

MISCELLANEA

117

COLECCION
DE IMPRESOS

ASCETICA
Y
MISTICA

BX880

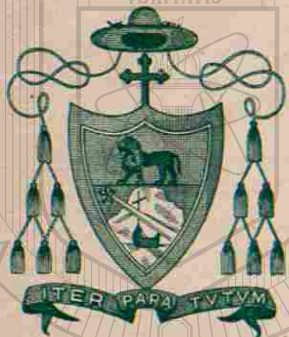
M5

v. 117

004522



1080015537



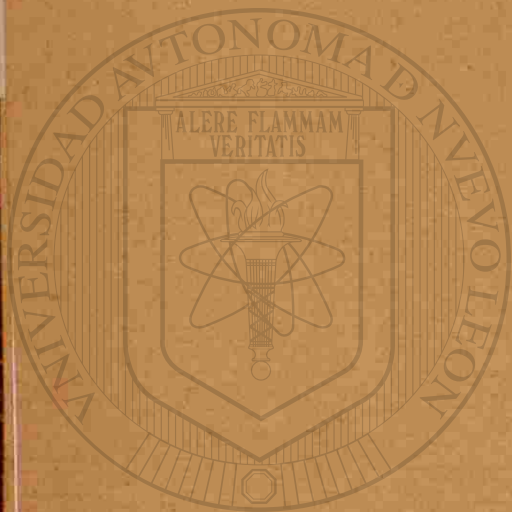
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

U A N L

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ORO MOLIDO.

DEL CONOCIMIENTO

Y DEL AMOR

Del Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo

POREL

P. J. B. DE SAINT JURE

De la Compañía de Jesús.
Edición
revisada, corregida y enriquecida con una tabla
analítica por

EL P. J. B. LOBREY

Cura de Vauchassis, antiguo director

DEL SEMINARIO MAYOR DE TROYES

Traducido del Francés
por

Francisco María Oviedo Pbro.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

J. J. TERRAZAS IMP. PUENTE DE SANTO DOMINGO 2.

1894

MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. EN C.
SAN JOSE EL REAL NO. 3.
MEXICO.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ORO MOLIDO.

DEL CONOCIMIENTO

Y DEL AMOR

Del Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo

POR EL

P. J. B. DE SAINT JURE

De la Compañía de Jesús.
Edición
revisada, corregida y enriquecida con una tabla
analítica por

EL P. J. B. LOBREY

Cura de Vauchassis, antiguo director

DEL SEMINARIO MAYOR DE TOLUCA

Traducido del Francés
por

Francisco María Oviedo Obispo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonso

MEXICO

Biblioteca Universitaria

J. J. TERRAZAS IMP., PUENTE DE SANTO DOMINGO 2.

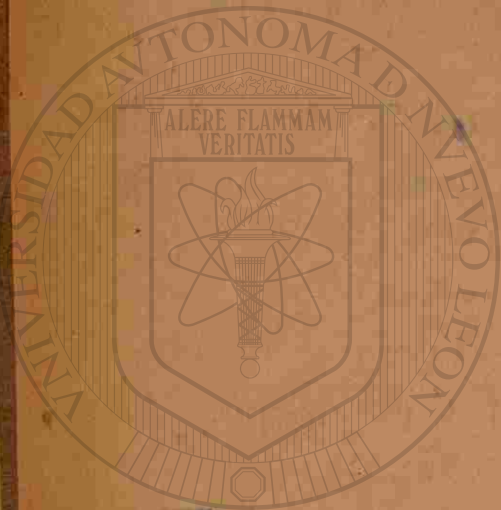
1894

41694

BX 880

H. S.

v. 117



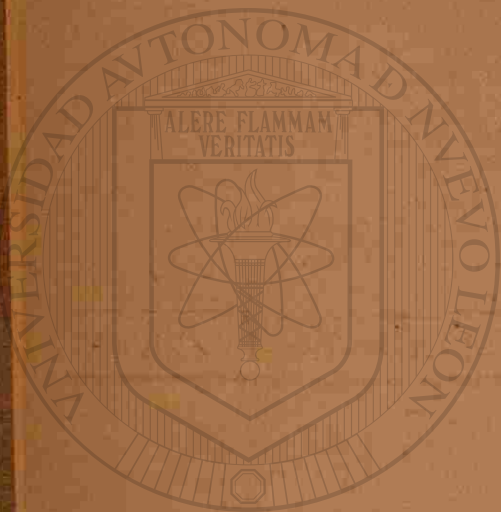
Es propiedad del Traductor.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

004522



APROBACION.

El Ilustrísimo Sr. Arzobispo, Administrador de la Diócesis de Cuernavaca, en vista del dictamen del Censor á cuya revisión pasó la traducción de la obra titulada "De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu" ha tenido á bien conceder su superior licencia, para que se imprima dicha traducción.

Y lo comunico á Vd. para su inteligencia, protestándole mi aprecio y consideración.

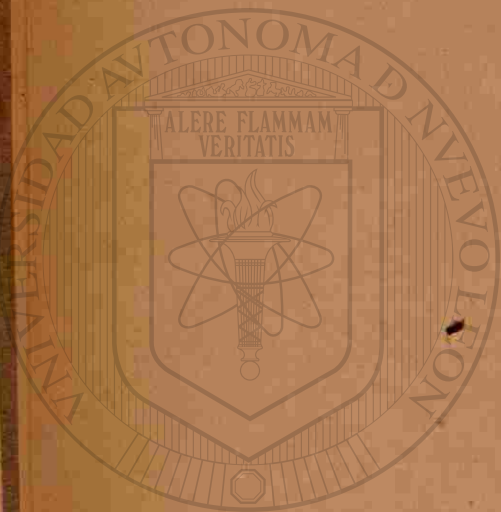
Dios guarde á usted muchos años.—México, Febrero 7 de 1894.

*Joaquín Arcadio Pagaza,
Stio.*

Al Sr. Pbro. D. Francisco María Oviedo.

Presente.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**A LOS HOMBRES Y MUJERES,
ANCIANOS Y NIÑOS, POBRES Y RICOS,**

SABIOS É IGNORANTES.

A todos dedico la traducción de esta obra en la que el autor por el excelentísimo asunto de que trata, por su modo tan sorprendente de tratarlo, por la clara y oportuna explicación y aplicación del texto divino y por su buen juicio, hacen la lectura de esta obra tan deleitable y placentera, útil y agradable.

Los que perdeis tantas horas en busca de vanos, quiméricos y fugaces consuelos, gozad útilmente con la lectura de esta obra.

Los que no sabeis qué creer y estais con pùtridos errores, abrid vuestra inteligencia á la lectura de esta obra.

Almas rectas, amantes de lo bueno que buscáis la verdad en todo, las verdades sólidas, las creencias salvadoras; aquí las teneis en el asunto de esta obra.

Hombres y mujeres, quien quiera que seais, dotados como estais por Dios, de un entendimiento capaz de entender y conocer, de un corazón capaz de amar, de razón y voluntad que se rinde á la evidencia la una y que se adhiere cual aguja al imán la otra, toda vez que la inteligencia está persuadida; aquí teneis el imán; deseais luz en las tinieblas, pan y agua en el hambre y sed, consuelo en las aficciones, paz en las turbaciones, certidumbre firme en las dudas, descanso en los trabajos; algo que llene vuestro corazón y que satisfaga por completo vuestra alma.

Amáis á tientas, estais hechos para amar; pues aquí se trata del que puede únicamente satisfacer por completo á ese vuestro amor.

Aquí teneis en esta obra todo eso; os proporcionará un placer dulcísimo é inmenso en este desierto de la vida llena de miserias, os llevará gradualmente á una subida perfección y os servirá para conseguir vuestra felicidad posible en esta pasajera vida y vuestra felicidad eterna.

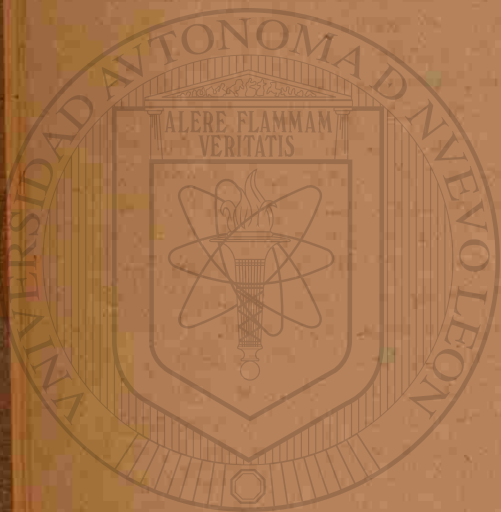
Devorad este librito, saboreadlo á solas, quizá sus primeras líneas parezcan amargas á unos, mas luego sigue dulzura de miel.

En fin, gustad este libro que os ofrece luz, verdad, camino, vida, goce, consuelo, salvación, porque os habla de Él que es todo esto, Jesucristo Señor Nuestro.

¿No os va bien en el mundo, verdad? hay mucho egoísmo, vanidad é injusticias, ficción, engaño, doblez, perfidia, injusticia, crimen, tempes-

tad. ¿qué hareis? Estais llenos de sufrimientos.

Pues si la niebla espesa de duda é ignorancia os ennegrece vuestra existencia; si las penas os afligen y gastan, si os consumen los trabajos de cada día, si experimentais el tedio y fastidio, y las tentaciones os asaltan, tomad este libro, leedlo fijad vuestra atención muy bien en él y cuando la luz verídica y salvadora de su contenido ilumine vuestra inteligencia, y el bálsamo consolador se derrame en vuestro corazón y empiece á latir con un amor nuevo, y salgan las lágrimas por vuestros ojos; y os recreéis con este bellissimo panorama que vais á ver pasar por vuestra vista, en una palabra. cuando conozcais y améis al Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo; ¡oh! felices y bienaventurados sereis y en ese vuestro reino acordaos de mí que por proporcionaros tan rico bien trabajé en esta traducción que os dedico.—EL TRADUCTOR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

PROLOGO.

Habiéramos querido, al publicar esta nueva edición del "Conocimiento y Amor del Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo," poder dar una noticia biográfica de su piadoso autor. Hemos buscado en los diccionarios biográficos, en los anales de la Compañía de Jesús, y no hemos encontrado más que estas pocas líneas de Taller: "Juan Bautista de Saint Jure, nacido en Metz en 1588, entró á los Jesuitas en 1604, á la edad de 16 años y se distinguió por sus trabajos continuos por la salvación de las almas y particularmente por la dirección de colegios. Durante doce años estuvo encargado de los de Amiens, Alençon ó París. Pasó á Inglaterra con algunos miembros de su orden, en tiempo de la reina Enriqueta, esposa de Carlos I. Las obras ascéticas que publicó le manifiestan un hombre consumado en las vías de Dios y de la ciencia de los Santos. Se estiman particularmente "el Libro de los Elegidos ó Jesús Crucificado; el Conocimiento y el Amor de Jesucristo, de las que se han hecho muchas ediciones en diversas formas. Esta obra está dividida en cuatro libros: el primero contiene los motivos que

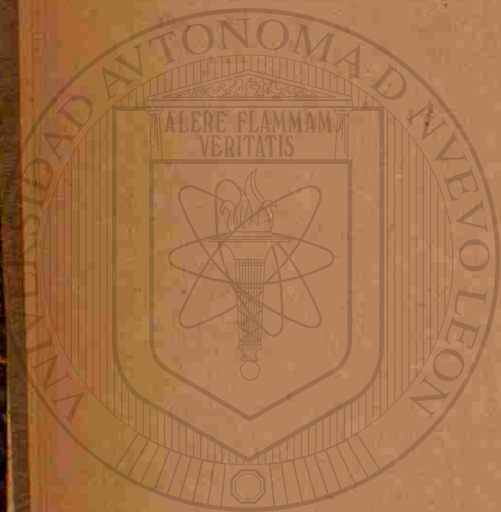
deben llevarnos á dedicarnos al conocimiento y al amor de Jesucristo; el segundo expone y explica los ejercicios de este amor; el tercero muestra sus efectos, y el cuarto presenta los ejemplos de Santos que han hecho una profesión particular de amar á Nuestro Señor. El autor, naturalmente fecundo y acostumbrado á meditar lo que pertenece á la vida espiritual, se ha extendido bastante sobre estos diversos objetos, y, agota, en cierto modo, la materia; sin embargo, jamás fatiga, porque ha reunido á su asunto toda la economía de la religión, y porque recorre todo lo que hay de importante en las doctrinas y las prácticas del cristianismo.

Este libro precioso ha sido reimpresso en Lyon, 1825, 5 volúmenes, en 8., ° y se ha tenido cuidado de retocar el estilo, que lo necesitaba. El P. de Saint-Jure dejó además "La vida del Sr. Rentí, El hombre religioso, etc. Murió en París el 30 de Abril de 1657."

Esa edición de Lyon fué impresa con extrema negligencia. El Abate Tarpin que había retocado el estilo, no pudo sin duda revisar su trabajo, por lo cual hubo incorrecciones, supresiones, faltas de sentido y frecuentemente aun aserciones opuestas directamente, á lo que quiso decir el autor primitivo. Añádase que más de una tercera parte de citas indicadas por el P. de Saint-Jure, han sido omitidas completamente. En la edición presente hemos restablecido todas esas citas y, al mismo tiempo que nos hemos servido muchas veces de las correcciones del Abate Tarpin, nos hemos esforzado por conservar en toda la obra el sentido del autor y en hacer el estilo de esta obra excelen-

te capaz de sufrir una lectura pública. Tal ha sido el fin de nuestro trabajo. Hemos querido hacer más extractiva y por consiguiente más útil la lectura del "Conocimiento y Amor de Nuestro Señor Jesucristo." Ojalá lo hayamos obtenido!.....

Vauchassis, 21 Noviembre de 1875.



Del Conocimiento y del amor

DE NUESTRO SR. JESUCRISTO.

LIBRO PRIMERO

Motivos que deben llevar á los hombres á este conocimiento y á este amor.

CAPITULO PRIMERO.

Extrema ignorancia é insensibilidad de los hombres por las cosas de la salvación.

I. Pasaje de San Gregorio sobre el mal uso de la razón. II. Ceguedad de Salomón y de Aristóteles en las cosas de la salvación.—III. Primera causa de la ceguedad de los hombres, el pecado original.—IV. Segunda causa, las pasiones y los pecados actuales.

I. Como introducción á nuestro asunto citaremos un bello pasaje sobre la razón del hombre, que se lee, al principio de un pequeño tratado que S. Gregorio de Nysa, doctor elocuente de la Iglesia griega, ha compuesto contra aquellos á quienes impacientan las advertencias que se les da. He aquí sus palabras: El espíritu y la razón del hombre son ciertamente sublimes: son la posesión más noble, el don más grande y el tesoro más rico que haya recibido de la mano liberal de su Creador. Por la razón, como por un sello divino, está marcado á imágen de Dios, distinguido de las bestias y elevado incomparablemente sobre ellas. La razón es la que le pone cetro en la mano, y corona en la ca-

beza, y lo establece rey de los animales; éstos se reconocen sus súbditos, y les muestran su dependencia por la obediencia que le rinden. Todo lo que hay en el hombre, sea en su cuerpo, sea en sus sentidos, sea en su alma vegetativa, no lo eleva sobre ellos, puesto que ellos están provistos de ello lo mismo que él; sólo la razón pone entre ellos y él esa distancia inmensa que lo ennoblece y hace de él un sér de una naturaleza toda diferente.

Nosotros aunque más débiles de cuerpo, por la razón damos la ley á los más fuertes; domamos los bueyes, y los sugetamos á encorbarse bajo el yugo para labrar la tierra; gobernamos un caballo con la rienda, lo enseñamos á ser manejable, dócil y á tomar todos los pasos; acostumbramos á los elefantes, camellos y burros á llevar nuestras cargas. Con el socorro de la razón atravesamos la inmensidad de los mares; y no teniendo para conducirnos más que nuestro espíritu, nos metemos en una frágil embarcación y atravesamos el oceano; el aspecto de los astros nos muestra la direccion de los vientos y nos indica el camino que es menester seguir: así es como la razón, á semejanza de un piloto hábil, nos guía sobre las aguas, y dirige nuestro viage, como la estrella guiaba á los Magos sobre la tierra.

Con la razón, medimos la longitud y latitud, altura y profundidad de los cielos; conocemos sus diversos movimientos y circuitos; sabemos de una multitud de estrellas, su grandeza y distancia; preveemos los eclipses de sol, los de la Luna y sus diferentes fases, los temblores de tierra, las sequías y lluvias; descubrimos las virtudes y propiedades de los simples. ¿Qué sería si habláramos

de la teología, de la filosofía, de las matemáticas, de la jurisprudencia, de la medicina, de la elocuencia, de la historia, de la poesía, del conocimiento de lenguas, de todas las ciencias, de todas las artes, tanto liberales como mecánicas, todo lo cual son del dominio del espíritu del hombre! Y sin embargo, este sér tan sabio, tan elevado sobre los animales, este sér tan noble, tan activo y tan penetrante, que tiene tantos conocimientos y ciencias, carece de una cosa: ni gota ve en el conocimiento de la verdadera vida y en la ciencia de su salvación.

Así habla S. Gregorio; (1) y esto que él dice, ¡ay! es demasiado verdadero.

II. En efecto, sin ir muy lejos encontramos una prueba evidente de ello en dos de los hombres más sabios que han vivido, Salomón y Aristóteles. Habiéndose Dios complacido en derramar en el espíritu de Salomón toda suerte de conocimientos, fué entre todos los hombres el que tuvo más ciencia infusa. Te he dado, le dijo Dios, un corazón sabio é inteligente: de suerte que jamás ha habido hombre antes que tú que te haya igualado, ni se ventará después de tí. (1) Su reputación como un atractivo poderoso, atraía á las reinas de los países más retirados del Mediodía, para venir á oír su palabra y admirar su sabiduría. Discurría acerca de todo con una exactitud asombrosa, así fué llamado el sabio por excelencia. Y sin embargo, este sabio Salomón, tan versado y consumado en

1 S. Greg. Nys. Tract. cit ad initium.

1 Cor sapiens et intelligens in tantum ut nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit, III, Reg. III, 12.

el conocimiento de tantas cosas, fué de tal modo ignorante y ciego en el negocio de su salvación, que adoró los ídolos, dobló la rodilla ante la madera y la piedra, y les rindió honores debidos á solo Dios, y esto en una vejez avanzada, á la edad en que el juicio y prudencia del hombre deben estar en toda su fuerza. En cuanto á Aristóteles, se puede decir que este filósofo fué uno de aquellos que tuvo más ciencia adquirida; quien por la vivacidad de su espíritu y la fuerza de su juicio, ha penetrado más que ninguno en los secretos de la naturaleza, y él es quien ha como establecido los fundamentos de la filosofía. De él es de quien ha dicho un famoso filósofo: Aristóteles ha sido el manantial de la ciencia por la cual han sido formados los demás filósofos; su espíritu ha tocado los últimos límites del espíritu humano; Dios lo ha elevado al grado mas alto de la perfección intelectual á que pueda llegar un hombre. (2) Y bien! Aristóteles ha estado tan profundamente cegado que según refiere Teodoreto, (3) que á su mujer, que había sido la criada de un tirano, á la que había visto morir y que le había dado durante su vida graves motivos de queja; le ofreció sacrificio y con las ceremonias más religiosas de la gentilidad, puesto que practicó todos los ritos que observaban los atenienses en los misterios de Ceres. ¡Qué exceso de ceguera! Y qué cosa más propia

2 Aristóteles fuit princeps per quem perficiuntur omnes sapientes; Aristótelis intellectus fuit finis humani intellectus; Deus appropriavit ei ultimam dignitatem, quam nullus homo potest in ullá etate attingere. Averroés apud Pererium, lb. V, de Principiis, cap. 1.

3 De curatione grocorum affectionum lib. VIII.

para demostrar y hacer tocar con el dedo la verdad de las palabras de S. Gregorio: El espíritu humano tan perspicaz en el conocimiento de tantas cosas, está, sin embargo, en la última ignorancia en cuanto á lo que pertenece á la más importante de todas, quiero decir la de la salvación.

III. La primera causa de una desgracia tan grande viene del pecado original, que, entre los innumerables males que ha causado al hombre, ha puesto el colmo de su desgracia hiriéndolo mortalmente en sus dos facultades más nobles, el entendimiento y la voluntad: el entendimiento llenándolo de ignorancia y de tinieblas, que le impiden conocer sus verdaderos intereses y lo que puede conducirle á la verdadera y única felicidad; la voluntad, hiriéndola de insensibilidad y de debilidad e impidiéndole abrazar los medios de llegar á ella. Nuestro primer padre, quebrantando el mandamiento de Dios y comiendo del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal, creyó llegar á ser más sabio; por esto es que Dios lo vistió inmediatamente después con pieles de bestias, para enseñarle que, por su pecado, se había hecho semejante á los animales desprovistos de razón, y que dejaría á sus hijos esta herencia desgraciada. En el estado de inocencia hubieran venido al mundo dotados de una ciencia perfecta, ó á lo menos hubieran sido capaces de adquirirla en muy poco tiempo, á causa de la excelencia de su espíritu y de la perfección de los órganos de sus cuerpos; y no como ahora vienen cual animales, sin uso de razón, pasando días infortunados en las tinieblas, con muy poco y á veces ningún conocimiento de

su verdadero bien. (1) Por esto es también, que lo primero que hacen los niños en el vientre de su madre es dormir, según el testimonio de los filósofos y de los médicos. Dos santos doctores, elevándose más alto en la consideración de este secreto, aseguran que la causa moral de ese sueño no es otra cosa más que el pecado. Según ellos de tal manera ha dispuesto Dios la entrada de los hijos de Adán en el mundo, que su primera acción es el sueño, durante el cual los ojos del cuerpo están cerrados, los sentidos adormecidos y sin acción alguna sobre las cosas exteriores, para mostrar que el alma estará después en el mismo estado en cuanto á las cosas interiores. (2) Platon, aunque no conoció la verdadera causa de estas miserias, pero que vio solamente los efectos, considerando la gran de ignorancia y el adormecimiento profundo en que estaba sumergida, decía que el alma del hombre dormía en su cuerpo. S. Juan Crisostomo desarrolla aún mucho mejor esta verdad, al escribir sobre estas palabras de S. Pablo: Tiempo es ya de salir de nuestro sueño. (3) Por lo que mira al negocio de nuestra salvación, somos semejantes, nos dice él, á hombres hundidos en la cuna, en medio de una noche oscura, y que sin inquietud alguna, se entregan al sueño más profundo. Si yo pudiera mostraros vuestras almas, os las haría ver teniendo apagada la lámpara de la gracia del Espíritu Santo, agravadas por el humo de las cosas de la tierra, y como anegadas y sepulta-

1 Sallia ann. 1 mandí die 3.º núm. 95.

2 Aristó de. gen. Animal cap. V.

3 Hora est jam nos de somno surgere. Rom., XIII, 11.

das en un sueño letárgico. (1) Por esto es que podemos con mucha razón, comparar el pecado á la golondrina que cegó á Tobías dejando caer su estiércol sobre los ojos de este buen anciano; desgracia que él deploraba tan tristemente por estas palabras: Ay! ¿á qué sentimiento de alegría pudiera yo entregarme ahora, estando sumergido en las tinieblas, privado de la luz del día y del arrebatador espectáculo que ofrece la belleza de los astros? (2) Porque el pecado con sus tristes consecuencias ha sumergido en la ceguedad al género humano, que podría, con título mucho más justo que Tobías, quejarse de que está en las tinieblas, de que no ve la luz del cielo y no puede conocer como sería tan necesario á su felicidad, las cosas eternas y divinas.

IV. Pero, además del pecado original, hay otra causa que San Gregorio ha notado particularmente en su discurso, y que contribuye mucho á esa ceguedad: son los pecados actuales y las pasiones los que, por la turbación y confusión que arrojan en el alma, hacen que los hombres, ya muy cegados por el pecado de nuestro primer padre se cieguen más aún, vean todavía menos las cosas de su salvación, no tengan ni gusto ni afecto por ella, y como si les fuesen extrañas, se dejen llevar por sus apetitos desarreglados y sus vanos deseos, empleando sus pensamientos y sus afectos á objetos absolutamente contrarios.

Si alguno sabiera á una torre alta en una ciudad grande, como por ejemplo, París, y que Dios

1 Homil. 24, in Ep ad Roman.

2 Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, et lumen cæli non video. Tob., V, 12.

le hiciera los ojos del cuerpo y del espíritu tan vivos y tan penetrantes, que pudiera desde allí descubrir todo lo que pasa, lo que todos los hombres, en cualquier lugar que estén, piensan, lo que buscan con afán, lo que hacen, es indudable que vería una multitud inmensa de pensamientos y de afectos diversos; pero tendiendo todos á las cosas perecederas de esta vida. Vería á uno únicamente ocupado en elevarse, al otro en enriquecerse, éste no pensando más que en los juegos y en los placeres, á aquél todo afanado en levantar edificios, á ese otro no teniendo en la cabeza más que sus pleitos, otro su comercio, otro el cuidado de sus negocios domésticos. Vería el corazón de éste transportado de amor, á aquél de odio, éste otro de envidia; en fin, un número infinito de pensamientos, de afectos, de diferentes deseos; pero todos tendiendo á las cosas de la tierra, á nada, casi á ninguno que piense en el gran negocio de la salvación y que diga de corazón: Quiero salvarme cuéstemelo que me cueste. Tan verídicas son las palabras de David: Dios ha mirado desde lo alto del cielo á los hijos de los hombres, para ver si en una tan grande multitud se encuentran algunos bastante juicioso, y bastante prudentes para buscar al Señor y no detenerse, como niños, en miserias y futilidades; pero todos se han apartado del recto sendero: se han extraviado en caminos perdidos, entretenidos en cosas vanas é inútiles; no hay más quien haga el bien, ni uno sólo (1).

1 Ut videat si est intelligens aut requirens Deum; omnes declinarunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. Ps. XIII y LII.

¡Qué prodigiosa ceguera! ¡Qué deplorable estupidez!

Reflexionando los santos Padres sobre los misterios ocultos en la curación de los ciegos, obrada por Jesucristo durante el curso de su vida, veían en todos esos ciegos otras tantas imágenes de la ceguera espiritual de los hombres. San Gregorio el grande, habla así del ciego de quien San Lucas hace mención en el capítulo XVIII: "Ignoramos quién haya sido este hombre ciego, y sin embargo, conocemos el misterio oculto en esta curación. Este ciego es el género humano, que, privado de los gozes del Paraíso por el pecado del primer padre, no viendo más la claridad de la luz divina, está envuelto en las tinieblas de su condenación, pero que es iluminado en seguida por la presencia de su Redentor." (1) Y así como el padre de Tobías recobró la vista por medio de la hiel del pescado de la cual su hijo le hizo un colirio, por orden del arcángel Rafael, así nuestro divino Salvador, como un médico caritativo, ha curado la ceguera del hombre, por el remedio saludable compuesto de la hiel del pez misterioso, es decir, de los trabajos de su vida y de los dolores de su muerte; remedio que, aplicado sobre los ojos del alma de este pobre ciego, hará desaparecer de él las manchas que le ocultaban la luz, le hará co-

1 Ecce quis juxta historiam cæcus iste fuerit, ignoramus; sed tamen quid per mysterium significet, norimus. Cæcus quippe est genus humanum, quod à parente primo à Paradisi gaudiis expulsus, claritatem supernæ lucis ignorans, damnationis suæ tenebras patitur, sed tamen per Redemptoris sui presentiam illuminatur. Hom. II in. Evang.

nocer los misterios del cielo, y lo inclinará á trabajar con ardor en los negocios de su conciencia.

Por consecuencia, mi querido lector, á este Dios lleno de ternura y de misericordia, es al que es menester ir, y como el ciego del Evangelio clamale con un afecto ardiente: Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí (1). Brillante sol de justicia, que iluminais á todo hombre que viene á este mundo, tened compasión de mi ceguera, esclareced mis tinieblas, *abrid mis ojos á fin, de que yo pueda ver* y gustar vuestras verdades, las cosas del cielo y el muy importante negocio de mi salvación.

1. Jezu fili David, miserere mei..... Domine ut videam. Luc. XVIII, 38 y 41.

SECCION PRIMERA.

El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación.

I. Se carece de buen juicio y de buen espíritu.—II. En qué consiste el buen juicio.—III. El buen espíritu según el mundo.— El buen espíritu según la verdad.

I. Aún cuando, como acabamos de decir, los hombres piensen tan poco en su salvación, es menester, sin embargo, que sepan y que tengan como una verdad cierta é indudable, que el buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en ella, y darse enteramente á ella. Porque cualquiera que sea la ciencia y capacidad que pueda tener un hombre, que sea gran teólogo, filósofo sutil, elocuente orador, que sea muy hábil en el manejo de negocios y en el gobierno de los Estados, si no toma con resolución el cuidado de su salvación, carece de espíritu y de juicio. Todo lo que se podrá decir de él, es que lo tiene para esas cosas en las cuales sobresale; pero no podrá ser llamado, de una manera absoluta, hombre de juicio y de espíritu, porque carece de él en lo más importante de todo, en lo que la luz de la razón debe aparecer con más brillo. No se tendría ciertamente como un hombre juicioso y entendido á aquel que no pudiera aplicarse más que á las cosas pequeñas, y se perdiera en las grandes; con mucha ma-

por razón no debe mirarse como sabio y juicioso á aquel que no sabe salvarse, cualquiera que sea la destreza que tenga para lo demás. Se juzga de la profundidad del espíritu por la importancia de los objetos de que se ocupa uno y los que tienen buen resultado. *Se conoce al niño por sus ejercicios*, dice el sabio: (1) así, pues, como el negocio de la salvación es, sin contradicción, el más grande y el más importante, es claro que, el buen espíritu y el buen juicio consisten en conducirlo bien y en llegar á conseguirla; y la prueba más completa de que se está desprovisto de este buen espíritu y de ese buen juicio, es cuando se la descuida.

II. Mas para mostrar esta verdad en toda su claridad, examinemos en qué consisten el buen juicio y el buen espíritu. No es muy difícil comprender que el buen juicio, como su nombre lo indica, consiste en juzgar bien de las cosas, estimándolas tanto cuanto valen, según su peso y su importancia; y como la perfección del ojo corporal consiste en juzgar bien de los colores, en ver blanca una cosa blanca, y en el grado de blancura que tiene, y así de lo demás; de la misma manera la excelencia del ojo del alma, que es el juicio, consiste en distinguir el precio de las cosas y en estimarlas según su mérito, y, por consiguiente, en hacer incomparablemente más caso del alma que del cuerpo, de las cosas eternas que de las cosas corporales, del negocio de la salvación más que de todos los demás; y el que no lo hace, muestra que está desprovisto de juicio, puesto que juzga tan

1. Ex studiis suis intelligitur puer. Prov. XX, 11.

mal de objetos de un valor tan desproporcionado, y que excluyen toda comparación.

III. ¿En qué consiste el buen espíritu? El mundo lo co'oca en engrandecerse, y dice de un hombre hábil en hacer sus negocios, que siendo pobre se ha hecho rico, y ha establecido bien la fortuna de sus hijos, que este es un hombre de espíritu; pero los hijos de los hombres se engañan en la balanza de sus designios y de sus palabras (1). Llamais buen espíritu aquél que, después de haber adquirido algunos honores pasajeros, y dejado riquezas á su posteridad, la cual tal vez no se acordará más de él después de su muerte y desperdiciará bienes reunidos con tanto trabajo, se verá de repente despojado de sus posesiones y de todas sus grandezas, desgraciadamente condenado y precipitado á las llamas eternas, para deplorar allá siempre el poco espíritu que ha tenido de pensar tan débilmente en su salvación? ¡Ah! cómo hubiera estado dotado de un espíritu mucho mejor, si, luchando contra ese deseo y esos cuidados excesivos de adquirir bienes y honores perecederos, que ya no tiene, y ya no tendrá jamás hubiera trabajado en ganar los tesoros infinitos y la gloria soberana, que le esperaban en el cielo y que nada en el mundo le podía arrebatarse! Es menester decir que este insensato tuvo espíritu para los otros y que no lo tuvo para sí; que no hizo sus negocios sino los de otros, y que arruinó los suyos. “Y sin embargo, el primero y más verdadero efec-

1. Mendaces filii hominum instateriis. Psal, LXI, 9.

to de la sabiduría, dice Platón, (1) es ser sabio para sí mismo."

Salomón había dicho antes de él: *Si tú eres sabio, lo serás para tí mismo.* (2) Si un hombre versado en toda suerte de ciencias y en el conocimiento de todas las lenguas, pasando sobre un puente, se precipitara al río, los asistentes admirados y mirándose unos á otros exclamarían: Oh! hombre insensato y despojado de espíritu y de juicio! ¿Para qué tanto griego, tanto latín, tanta ciencia? La ciencia más necesaria al pasar sobre un puente, es la de cuidarse para no caer. Y ciertamente, no es una gran ciencia saberse perder. Salomón que ha sido mirado como el más sabio de todos los hombres, debe ser mirado como el más insensato de todos, si tiene la desgracia de estar en el infierno, y cuando él dice en los proverbios: *Soy el más insensato de todos los hombres,* (3) merece que se le responda: dices verdad. El demonio que tiene sin duda más conocimientos que todos los hombres sabios que hay en la tierra, no tiene un solo grano de verdadera sabiduría, puesto que se ha perdido para siempre, y se ha alejado infinitamente de la sabiduría por esencia, que es Dios. Por esto es que la santa Escritura llama á los pecadores locos é insensatos, por más ciencia y espíritu que tengan por otra parte.

IV. El espíritu bueno es salvarse. Esto es lo que el Doctor angélico Sto. Tomás nos hace comprender de una manera muy clara, diciendo que

1 In Hippia major.

2 Si sapiens fueris, tibi metipsi eris. Prov. IX, 12.

3 Prov. XXX, 2 *Suavitissia eum vrm. r. um*

las palabras espíritu y entendimiento significan un conocimiento profundo é íntimo, y que la palabra comprender quiere decir, leer en el interior; (1) lo que se comprenderá, si se atiende á la diferencia que se encuentra entre los conocimientos del espíritu y aquello que nos viene por los sentidos. Los conocimientos de los sentidos se limitan á los objetos sensibles y que aparecen en el exterior; y los conocimientos del espíritu penetran hasta el fondo, y á la esencia de las cosas como á su objeto propio. Pues bien, entre las cosas interiores en las cuales puede penetrar nuestro espíritu, es indudable que las de la salvación tienen el primer rango, como que son las más espirituales, las más divinas y las más separadas de los sentidos. Debemos pues, concluir de esto que apearse á los honores, á las riquezas y á todo aquello que no tiene más que un brillo exterior, no pensar más que en lo que lisonjea los sentidos, esto es mostrar un espíritu material y grosero, despojado de entendimiento, y que la señal infalible de un buen espíritu, es el aplicarse á conocer las cosas que nos llevan á Dios, y que nos conducen á la bienaventuranza.

Mas no basta conocerlas, es preciso amarlas y ponerlas en práctica. *Aquellos que observan los mandamientos de Dios, decía David, están llenos de un buen espíritu.* (2) Lo que Genebrardo explica en estos términos: Están dotados de un espíritu justo y de un juicio sólido, aquellos que temen á

1 *Quandam íntimam cognitionem importat; dicitur enim intelligere, quasi intus legere.* (11, 2, 9, 8, a. 1.)

2 *Intellectus bonus omnibus facientibus eum, Psal., CX, 10.*

Dios y observan sus santas leyes (1). Sí, añade San Gregorio de Nazianzo, sobre estas mismas palabras: (2) tienen el espíritu justo aquellos que observan los mandamientos de Dios, y no aquellos que se contentan con conocerlos y anunciarlos. Las Santas Escrituras no cesan de repetir que un hombre no merece el nombre de sabio sino cuando teme á Dios, porque en esto es en lo que consiste la verdadera sabiduría. *Temer al Señor, hé aquí la sabiduría*, decía Job; *huir de lo malo, hé aquí la inteligencia* (3). *La plenitud de la sabiduría es el temor del Señor* (4) dice el Eclesiástico; *el temor del Señor es el principio de la sabiduría*, (5) dice el Psalmista; lo que Genebrardo explica así: «La introducción, el principio, la perfección de la sabiduría es el temor del Señor.» (6) Por consiguiente es fácil ver que el origen, el principio, la perfección soberana de la sabiduría, la consumación de la prudencia, es temer á Dios, alejarse del mal, lograr su salvación, y que en esto está la sola señal que puede hacer reconocer á los verdaderos sabios y á los buenos espíritus.

Por esto el profeta rey decía: *«He sobresalido en inteligencia á todos mis maestros, porque medito vuestros oráculos. Avenajé en prudencia á*

1 Intellectus sanus et integer, sanum iudicium et sincerum inest his qui se exercent in timore Domini, et mandatis eius exequendis. Geneb. lib.

2 Orat. 15.

3 Ecce timor Domini, ipsa est sapientia, et recedere á ma lo, inteligencia. Job XXVIII, 28.

4 Plenitudo sapientia, est timere Deum. Eccli., I, 20.

5 Initium sapientia timor Domini, Psal., CX, 9.

6 Introductio ad sapientiam, caput et summa perfectio sapientia, timor Domini. Geneb.

los más ancianos, porque practico vuestros mandamientos para cumplirlos (1). El cardenal Cayetano dice sabiamente á propósito de esto, hablando de los dones del Espíritu Santo, de la sabiduría, de la inteligencia, y de la ciencia de la salvación: En verdad una pobre mujer que únicamente sabe amar á Dios y observa bien sus mandamientos, tiene mucha más inteligencia y sabiduría, no digo solamente que los impíos y los herejes, quienes, por su falsa doctrina y su vida desarreglada, están en completa oposición con sus mandamientos, sino que los doctores en teología y los hombres más sabios, encaneci los en el estudio y mirados por todos como los más sabios. Y en efecto, importa muy poco ignorar todo lo demás, con tal que se conozca esta sola cosa; puesto que esta sola cosa puede hacer á un hombre bienaventurado, mientras que todas las demás no lo harán, ni le impedirán el ser miserable. San Agustín, al pensar en el tiempo en que era maniqueo, exclama: «Oh Señor, mi Dios, ¿de qué me servía este espíritu sutil y tan penetrante para todas las ciencias? ¿De qué me servía descubrir, sin ayuda de profesor, las dificultades más arduas de tantos libros oscuros, mientras que, por un desarreglo vergonzoso y sacrilego, me engañaba yo tan pesadamente en la doctrina de la salvación y de la piedad? Y ¿qué tan gran daño podían acarrear á vuestros hijos, á las simples mujeres y á los arte-

1 Super omnes docentes me intellexi (factus sum intelligentior et prudentior), quia testimonia tua meditation mea est. Super senes intellexi, quia mandata tua quoesivi. Psal. CXVIII, v. 33 y 100.

sanos, su espíritu tosco y la ignorancia que tenían de las letras, mientras que os conocían, á vos que sois la verdad soberana, y que, como pajaritos é inocentes palomas, estaban educados y calentados en el nido de vuestra Iglesia, y si las alas de su caridad se fortificaban por el alimento y el jugo de la verdadera fe, á fin de poder volar más frecuentemente hácia vos" (1).

Aplicuémonos por tanto enteramente á esta grande é importante ciencia, á la ciencia de la salvación; acordémonos siempre que el buen juicio y el buen espíritu consisten en comprenderla bien y en practicarla bien; y aquellos que se aplican á ella con más cuidado y hacen más progresos en ella, deb en ser mirados como los más sabios y los más prudentes de todos.

1. Quid Domine Deus! mihi proderat ingenium per omnes doctrinas liberales agile, et tot nodosissimi libri sine ullo humani magisterii adminiculo enodati; cum deformiter et sacrilega turpitudine in doctrina pietatis errarem? aut quid tantum aberat parvulis tuis longe tardius ingenium, cum á te longè non recederent, ut in nido Ecclesia tui plumescerent, et alas charitatis alimento sane fidei nutrent. Confess, lib. IV, caput ult.

SECCION SEGUNDA.

No estamos en el mundo sino para pensar en nuestra salvación.

I. La salvación es el fin de todos los hombres.—II. Este es el sólo negocio grande é importante.—III. Debemos estimar la salvación sobre todo lo demás.—IV. Debemos referir á ella todos nuestros cuidados y todos nuestros afectos.

I. Para aplicarnos con fruto en el cuidado de nuestra salvación, nos importa en gran manera el pensar seriamente que solamente para esto estamos en el mundo, y que por consiguiente nos debemos dar á ella más que á toda otra cosa.

Cuando dirigimos una mirada sobre la sociedad de los hombres, descubrimos en ella una variedad admirable de estados, de profesiones, y una multitud de ocupaciones diversas. Unos siguen la carrera de las armas, otros se aplican al estudio de las letras, otros se dan al comercio; uno es pintor, el otro es escultor, el otro arquitecto. Vemos labradores, viñadores, jardineros, y en fin, toda clase de oficios diferentes. Pero la vocación y el oficio general de todos los hombres es hacer su salvación. Los Papas no han venido al mundo para ser Papas, ni los reyes para ser reyes, ni los sabios para ser sabios, ni los ricos para ser ricos; sino que todos han venido á él para salvarse. Para esto son criados, este debe

sanos, su espíritu tosco y la ignorancia que tenían de las letras, mientras que os conocían, á vos que sois la verdad soberana, y que, como pajaritos é inocentes palomas, estaban educados y calentados en el nido de vuestra Iglesia, y si las alas de su caridad se fortificaban por el alimento y el jugo de la verdadera fe, á fin de poder volar más frecuentemente hácia vos" (1).

Aplicuémonos por tanto enteramente á esta grande é importante ciencia, á la ciencia de la salvación; acordémonos siempre que el buen juicio y el buen espíritu consisten en comprenderla bien y en practicarla bien; y aquellos que se aplican á ella con más cuidado y hacen más progresos en ella, deb en ser mirados como los más sabios y los más prudentes de todos.

1. Quid Domine Deus! mihi proderat ingenium per omnes doctrinas liberales agile, et tot nodosissimi libri sine ullo humani magisterii adminiculo enodati; cum deformiter et sacrilega turpitudine in doctrina pietatis errarem? aut quid tantum aberat parvulis tuis longe tardius ingenium, cum á te longè non recederent, ut in nido Ecclesia tui plumescerent, et alas charitatis alimento sane fidei nutrent. Confess, lib. IV, caput ult.

SECCION SEGUNDA.

No estamos en el mundo sino para pensar en nuestra salvación.

I. La salvación es el fin de todos los hombres.—II. Este es el sólo negocio grande é importante.—III. Debemos estimar la salvación sobre todo lo demás.—IV. Debemos referir á ella todos nuestros cuidados y todos nuestros afectos.

I. Para aplicarnos con fruto en el cuidado de nuestra salvación, nos importa en gran manera el pensar seriamente que solamente para esto estamos en el mundo, y que por consiguiente nos debemos dar á ella más que á toda otra cosa.

Cuando dirigimos una mirada sobre la sociedad de los hombres, descubrimos en ella una variedad admirable de estados, de profesiones, y una multitud de ocupaciones diversas. Unos siguen la carrera de las armas, otros se aplican al estudio de las letras, otros se dan al comercio; uno es pintor, el otro es escultor, el otro arquitecto. Vemos labradores, viñadores, jardineros, y en fin, toda clase de oficios diferentes. Pero la vocación y el oficio general de todos los hombres es hacer su salvación. Los Papas no han venido al mundo para ser Papas, ni los reyes para ser reyes, ni los sabios para ser sabios, ni los ricos para ser ricos; sino que todos han venido á él para salvarse. Para esto son criados, este debe

ser el blanco de toda su vida. Salomón al acabar su libro del *Eclesiastés*, dice estas notables palabras: Por conclusión de mi libro y de todos mis discursos, temed á Dios, observad sus mandamientos: porque esto es todo el hombre, (1) este es el fin señalado á cada hombre, (2) ó como traduce San Gerónimo: Para esto es para lo que ha nacido el hombre (3). Si en esto consiste todo el hombre, dice San Bernardo, sin esto el hombre es nada, (4) para esto es para lo que Dios lo ha puesto en el mundo: lo demás no es más que accesorio.

Al crear Dios al primer hombre y en él á todos los demás, hizo dos cosas extraordinariamente notables: primero crió al hombre solo, sin darle compañera, mientras que en la formación de los animales creó los dos sexos juntamente; en segundo lugar, antes que Eva fuese formada y que Adán supiera que Dios quería darle una compañera, antes aún que comiera y bebiera, dice la Sagrada Escritura, (5) que Dios le envió un profundo sueño, que no era sueño natural, sino un éxtasis, como traducen los setenta. Durante este éxtasis, elevó su espíritu al cielo á la contemplación y al amor de las cosas celestes, le mostró aun claramente su divina esencia, según algunos, (6) y mientras que el

1 Finem loquendi pariter omnes audiamus. Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo. Eccl. Cap. ult. v. 73.

2 Hoc est quod ab artifice uno datum est cuilibet. Vers. Syriaca.

3 Ad hoc natus omnis homo. Trad. Hiero.

4 Ergo si hoc est omnis homo, absque hoc nihil omnis homo. Bern. serm. 20, in Cant.

5 Genes. 2-21.

6 Richard, in 2.

hombre estaba interiormente ocupado en estos sublimes pensamientos y en estos santos afectos, formó á Eva de una de sus costillas, para mostrar que el hombre no estaba creado para casarse, para beber, para comer ni aplicarse á las acciones de los sentidos y establecerse en la tierra sino para tender al cielo, para elevar allá sus pensamientos, dar á Dios todos sus afectos y dejar ahí su razón.

En cuanto á los cuidados del cuerpo y de la tierra, á los cuales la necesidad obliga al hombre todos los días, no hay que entregarse únicamente á ellos, sino que hay que tener su espíritu fijado en el Cielo y en el deseo de su salvación.

II. Así la Sagrada Escritura llama á la salvación el negocio *negotium*, el negocio por excelencia, para mostrar que el hombre no debe aplicarse propiamente más que á este negocio. Se lee en la profecía de Daniel que este profeta entró á su casa, y que anunció el negocio á sus compañeros Ananías, Misael y Azarías. (1) Ricardo de S. Víctor explica esto del negocio y del cuidado de su salvación. (2) *Os ruego, hermanos míos*, dice S. Pablo en la epístola á los Tesalonicenses, *que crezcáis más y más en las buenas obras y que pongáis todos vuestros cuidados por conservaros en la calma y en la paz, á fin de que esteis atentos á vuestro negocio*, (3) el negocio de vuestra salvación.

(1) Ingressus est domum suam. Ananiaque et Misael et Azario sociis suis indicavit negotium. Dan. II, 17.

2 In magno Benjam.

3 Rogamus vos, fratres, ut abundetis magis in omni opere bono, et operam detis ut quieti sitis, et ut vestrum negotium agatis. I. Thess. IV, 10.

Las demás ocupaciones, cualesquiera que ellas sean, no merecen ser llamadas negocios; son más bien pequeños entretenimientos y pasatiempos de la juventud. Y ciertamente, no se da el nombre de negocios á las ocupaciones de los niños; cuando forman casitas, cuando se entretienen con sus juguetes, montan en carrizos y se esfuerzan con tanto ardor en adquirir la gloria de ser reyes en sus juegos, no se dice entonces que tienen negocios, sino solamente que pasan el tiempo en puerilidades; porque todo esto es tan frágil, que el más leve viento puede derribarlo, y de tan poca consideración, que las personas razonables no se dignan hacer atención á eso. Se puede decir otro tanto de las empresas y de las ocupaciones de los hombres, cuando ponen todos sus afanes en edificar casas, en adquirir honores, en amontonar riquezas; porque, aunque todas estas cosas sean más grandes y más durables que las de los niños, no por eso merecen el nombre de negocios, sino solamente el de bagatelas, de cosas de poca importancia, sujetas á mil accidentes, y en último resultado, á la ley inevitable de la destrucción.

III. Debemos sacar de esto dos conclusiones muy importantes. La primera, que debemos tener la más alta estima por el negocio de nuestra salvación, y preferirla á todo, porque este es propiamente el único punto que nos toca; y este negocio es de tal importancia, que de él depende nuestra felicidad ó nuestra desgracia mientras dure el tiempo y en la duración infinita de la eternidad. Esta es la *sola cosa necesaria* de que habla Jesu-

Cristo en el Evangelio, (1) y sin la cual, hagamos lo que hagamos, hacemos nada. Porque como dice también Jesu. Cristo en otro lugar del Evangelio: *De qué le sirve al hombre ganar, no digo una parte ó la mitad del universo, sino todo el universo entero, con todo lo que puede contener de riqueza y de gloria, si llega á perder su alma! Y ¿por qué cosa podrá cambiar su salvación para no perder en el cambio!* (2) ¿Sería esta el oro, la plata, palacios, reinos? Todo esto es nada, porque si el alma se salva, todo se ha salvado; si el alma se pierde, todo se ha perdido, reinos, palacios, todos los tesoros, y perdido para siempre.

Por esto San Enquerio, escribiendo á su primo Valeriano y queriendo imprimir vivamente en su corazón esta importante verdad, después de haber referido las palabras del Salvador, concluye en estos términos: "No puede haber algún provecho en cosa alguna, cualquiera que ella sea, si este provecho trae consigo la pérdida de nuestra alma, y jamás hay ganancia en donde hay que temer la pérdida de la salvación." (3)

IV. La segunda conclusión que debemos sacar de estas verdades, con S. Enquerio, es que debiendo las cosas más grandes y más importantes tener el primer lugar en nuestros pensamientos y en nuestros afectos, y siendo el negocio de nuestra

1 Porro unum est necessarium. Luc., X. 41.

2 Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, anima vero suo detrimentum patiat? aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Matth. XVI. 26.

3 Proinde non potest ulla compendii causa consistere, si constet anima intervenire dispendium; ubi salutis damnum est, illic utique jam lucrum nullum est. Epist. paron. ad Valer.

salvación el primero y el más elevado de todos, debe ser el objeto particular de nuestra mayor sollicitud. El pensamiento de nuestra salvación debe ser como un anclaje y una salvaguardia contra todo aquello que pudiera distraernos; debe ser no solamente lo primero, sino lo único. (1) Si este es el único negocio, debe ser por tanto el único objeto de nuestros deseos y de nuestros afanes; y puesto que solamente tenemos que hacer esto en el mundo, debemos en consecuencia aplicarnos á él enteramente.

Sigamos el ejemplo de los mundanos en la dirección e sus negocios: ¿qué no hacen si tienen un proceso importante? ¿Qué de cuidados! qué de agitaciones! no piensan, no hablan más que de eso; si van, si vienen, si hacen oraciones, si hacen regalos, todo tiende á ese proceso; no se ocupan más que de lo que puede hacerlos ganar. Y ciertamente, lo menos es que no hacemos otro tanto por el gran negocio de nuestra salvación. Si un hombre hubiera venido expresamente á una ciudad para arreglar un negocio del cual dependiesen sus bienes, su honra y su vida, y que en lugar de dedicarse á él pasara los días enteros en jugar, en comeliones y en pensar en todo menos en su negocio, se le miraría, con razón, como desprovisto de sentido. ¿No debe juzgarse igualmente de aquellos que obran del mismo modo en el negocio de su salvación? Y desgraciadamente es la mayor parte. "Nos sucede frecuentemente, dice S. Cri-

1 Primas apud nos curas quo prima habentur, obtineant, summaque sibi sollicitudinis partes salus, quo summa est, vindicet: hoc nos occupet in prosidium et tutelam sui jam non plané prima sed sola. S. Euch. ibid.

sóstomo, lo que se nota en los criados perezosos, que, cuando son mandados á alguna parte por sus amos, se detienen en el camino á bobear, á oír un cuento nuevo en una esquina, en donde rodean á un charlatán y mantienen su curiosidad con las mentiras que cuenta. Somos enviados por Dios en este mundo para un negocio de consecuencia infinita, negocio que es extraordinariamente urgente: es decir, para obrar nuestra salvación. Y bien! abandonamos el cuidado de este negocio, y nos entretenemos en admirar y tener como dichoso á un hombre rico en un brillante coche, rodeado de muchos criados; en ver una belleza perecedera que muy pronto va á desvanecerse, ó ciertas miserias de ese género que no son de alguna utilidad para nosotros. Pero, así como el mal sirviente es castigado por su amo cuando se le presenta después de haber dejado pasar el tiempo necesario para la ejecución de las ordenes que habia recibido, de la misma manera, si hemos perdido la ocasión de trabajar en nuestra salvación por ocuparnos de bagatelas y cosas de nada, la justicia de Dios tomará sobre nosotros rigurosas venganzas, para castigarnos por nuestra locura y nuestra pereza!" (1)

No séamos de ese número, y puesto que nuestra salvación es el solo fin por el cual Dios nos deja en el mundo, y que de este negocio dependen la vida ó la muerte eterna de nuestra alma y de nuestro cuerpo, el establecimiento ó la ruina de todo lo que puede elevarnos, enriquecernos y llenarnos de toda suerte de contento y de paz, empleemos todo lo que tenemos de fuerzas corpora-

1 Homil. IV in Epist. ad Rom.

les y espirituales en este grande y único negocio; empleemos el todo por el todo.

Habiendo preguntado un día el cardenal de los Ursinos al sabio y piadoso Berlarmino, si cierto negocio, que éste le había recomendado, urgía mucho, contestó: "Nada me urge. Monseñor, más que el cuidado de mi salvación." (1) Que nada nos urge también á nosotros más que este mismo cuidado. Explicando S. Bernardo estas palabras de David: *Mi alma está siempre en mis manos*, (2) añade: "Es preciso que digamos con el Santo profeta: mi alma está siempre en mis manos; escojamos más bien arder que ceder; y así como no olvidamos fácilmente lo que tenemos en las manos, así no olvidemos jamás el gran negocio de la salvación de nuestra alma, y que el cuidado de este único negocio tenga siempre el primer lugar en nuestros corazones." (3)

Es menester, por tanto, primeramente, que dirijamos hacia este fin todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras y todas nuestras acciones; y así como el cielo rodea la tierra, la gobierna y la tiene en la dependencia de sus movimientos y de su influencia, así es menester que el negocio de nuestra salvación abraze y dirija todos los demás; y que si nos vemos obligados á ocuparnos de las cosas de la tierra, es preciso

1 Vit. Bellarmin. cap. 17.

2 Anima mea in manibus meis semper. Psal., CXVIII, 109.

3 Dicendum cum Sancto: Anima mea in manibus meis semper. Eligamus potius ardere quam cedere; et sicut quod in manibus nostris tenemus, non facile obliviscimur, sic nunquam obliviscamur negotium animarum nostrarum, et illa cura principaliter vigeat in cordibus nostris. Serm. 5. Vigil. Nat. Domini.

siempre que estén subordinadas á la salvación, que estén siempre, si puedo expresarme así, en su circunferencia; y se necesita mucho tener cuidado de que nada en el mundo nos arroje fuera de este círculo. Se necesita en segundo lugar, que rechacemos con fuerza todo lo que pudiera poner obstáculo á ella, de cualquiera parte que venga. Habiendo preguntado el juez Secundino al glorioso mártir S. Adrias, el cual era atormentado por la fe con sus hijos, ¿en dónde había escondido los tesoros de la Iglesia? respondió: "Nuestros tesoros son nuestras almas, que no queremos perder por nada en el mundo. Cortad, desgarrad, quemad, crucificad nuestros cuerpos; hacednos sufrir todos los suplicios que la rabia pueda inventar: nuestros tesoros y nuestras riquezas son nuestras almas, que no queremos perder ni por el atractivo del placer, ni por el temor del dolor, ni por nada de esta vida." (1) Digamos y hagamos del mismo modo.

Qué cosa mas razonable, cuando vemos á los hombres tomar tanto trabajo todos los días por cosas despreciables. Esto es lo que hizo decir á S. Bernardo: "Os ruego, puesto que sois tan cuidadosos de los bienes de la tierra, que no descuriais ni aun las cosas más pequeñas, que guardais con tanto cuidado vuestra paja, el que os acordeis al menos de conservar vuestro granero, que está lleno de trigo, y puesto que sois tan afanosos para conservar vuestro estiércol, el que no os expon-

1 Thesauri nostri anima nostro sunt: quas perdere nullatenus volumus. S. S. Surius. 2 Decemb. Baronius. Ann. 259, n. 17.

gais á perder vuestro tesoro." (1) Vuestra paja y vuestro estiércol son vuestras riquezas, vuestros honores, vuestros contentamientos y todo lo que la tierra puede ofrecer; vuestro trigo y vuestro tesoro, es vuestra alma y vuestra salvación. Si os tomáis tantos cuidados y vigilancia por conservar esos bienes viles y perecederos, podreis dormir cobardemente, cuando se trata de conservar estos bienes eternos, y querer en seguida pasar por sabio? Concluyamos con S. Gregorio, que esto es obrar no como un hombre dotado de razón, sino como un insensato. "Como es posible, añá e el mismo santo doctor, que estando dotado de espíritu y de juicio, como lo estais, no veis lo que os es más ventajoso, no pensais en vuestra inmortalidad futura, no os advertís jamás el preguntaros á vos mismo lo que debéis llegar á ser un día; sino que traicionais vuestra razón, el don más bello que hayais recibido de vuestro Creador, haciéndola inútil, y entregandoos á la ociosidad y á la embriaguez de los sentidos. ¿No es una vergüenza el obrar así, no es vivir como un muchacho, y merecer justos reproches?" (2) Tales son las palabras de las que no teme servirse este santo doctor en un asunto tan importante. Véamos ahora lo que tenemos que hacer para tomar un verdadero cuidado de nuestra salvación.

DIRECCIÓN GENERAL

1 Quoso te, si tam sollicitus es, sic nec minima negligis, si tam prudenter servas paleas tuas, etiam horreum tuum servare memento; imò verò non exponas thesaurum tuum, qui sic incubas sterquilinio tuo. Serm. 7, in Psalm. Qui habitat.

2 Greg-Nyss, loco supra citato.

CAPITULO SEGUNDO.

Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual.

- I. Cuán importante es conocer en qué consiste la perfección.—
- II. La perfección del hombre está en el alma.—III. Razón fundamental de esta verdad.—IV. Ejemplo de la Santísima Virgen.—V. Ejemplo del primer ángel y de S. Luis Gonzaga.

I. La ignorancia del punto esencial de la vida espiritual trae graves consecuencias, y puede causar grandes males. Un buen número de personas religiosas y seglares, llenas de buena voluntad, tomándose mucho trabajo, si supieran en qué consiste la vida espiritual y qué camino debe conducir á ella, harían muy grandes progresos en la virtud, adquirirían inmensos tesoros de mérito, se elevarían á un alto grado de perfección; pero, por falta de este conocimiento, pocos progresos hacen y quedan, con todo su trabajo, muy lejos del fin hácia el cual tienden. Pudiera decirseles lo que Moisés decía al pueblo de Israel: Arrojaréis mucha semilla á la tierra para sembrar, y después de mucho trabajo no recogeréis más que muy poco;... plantareis viñas con el sudor de vuestra frente, las cultivareis, y cuando llegue el tiempo de cosechar las uvas, no encontrareis ahí ni un racimo, y jamás

gais á perder vuestro tesoro." (1) Vuestra paja y vuestro estiércol son vuestras riquezas, vuestros honores, vuestros contentamientos y todo lo que la tierra puede ofrecer; vuestro trigo y vuestro tesoro, es vuestra alma y vuestra salvación. Si os tomáis tantos cuidados y vigilancia por conservar esos bienes viles y perecederos, podreis dormir cobardemente, cuando se trata de conservar estos bienes eternos, y querer en seguida pasar por sabio? Concluyamos con S. Gregorio, que esto es obrar no como un hombre dotado de razón, sino como un insensato. "Como es posible, añá e el mismo santo doctor, que estando dotado de espíritu y de juicio, como lo estais, no veis lo que os es más ventajoso, no pensais en vuestra inmortalidad futura, no os advertís jamás el preguntaros á vos mismo lo que debéis llegar á ser un día; sino que traicionais vuestra razón, el don más bello que hayais recibido de vuestro Creador, haciéndola inútil, y entregandoos á la ociosidad y á la embriaguez de los sentidos. ¿No es una vergüenza el obrar así, no es vivir como un muchacho, y merecer justos reproches?" (2) Tales son las palabras de las que no teme servirse este santo doctor en un asunto tan importante. Véamos ahora lo que tenemos que hacer para tomar un verdadero cuidado de nuestra salvación.

DIRECCIÓN GENERAL

1 Quosó te, si tam sollicitus es, sic nec minima negligis, si tam prudenter servas paleas tuas, etiám horreum tuum servare memento; imó verò non exponas thesaurum tuum, qui sic incubas sterquilinio tuo. Serm. 7, in Psalm. Qui habitat.

2 Greg-Nyss, loco supra citato.

CAPITULO SEGUNDO.

Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual.

- I. Cuán importante es conocer en qué consiste la perfección.—
- II. La perfección del hombre está en el alma.—III. Razón fundamental de esta verdad.—IV. Ejemplo de la Santísima Virgen.—V. Ejemplo del primer ángel y de S. Luis Gonzaga.

I. La ignorancia del punto esencial de la vida espiritual trae graves consecuencias, y puede causar grandes males. Un buen número de personas religiosas y seglares, llenas de buena voluntad, tomándose mucho trabajo, si supieran en qué consiste la vida espiritual y qué camino debe conducir á ella, harían muy grandes progresos en la virtud, adquirirían inmensos tesoros de mérito, se elevarían á un alto grado de perfección; pero, por falta de este conocimiento, pocos progresos hacen y quedan, con todo su trabajo, muy lejos del fin hácia el cual tienden. Pudiera decirseles lo que Moisés decía al pueblo de Israel: Arrojaréis mucha semilla á la tierra para sembrar, y después de mucho trabajo no recogeréis más que muy poco;... plantareis viñas con el sudor de vuestra frente, las cultivareis, y cuando llegue el tiempo de cosechar las uvas, no encontrareis ahí ni un racimo, y jamás

beberéis vino de su producto (1). De la misma manera, muchos arrojan todos los días la semilla de sus oraciones, de sus limosnas, de sus ayunos y de otras buenas obras, semilla, por lo demás, buena en sí, pero no sacan de ella más que poco ó ningún fruto.

Por esto es en extremo importante el saber justamente en qué consiste la esencia de la virtud, de nuestro mérito y de nuestra perfección; porque conociéndolo bien, se podrá avanzar fácilmente, con más seguridad y reposo de espíritu, y aprovechar más en una semana, y aun en un día, lo que no se haría de otra manera en un año. Saber dónde está un tesoro, es casi haberlo encontrado; no saber en dónde está, es estar en el caso de no encontrarlo jamás. De la misma manera, si se conoce en qué consiste la verdadera virtud, el punto esencial de la perfección, esto es ya haberla adquirido en cierto modo, porque una buena voluntad, iluminada con este conocimiento, se inclinará inmediatamente hácia ese punto, hácia él dirigirá todas sus acciones; mientras que si no se le conoce, se irá á la aventura, se alejará del verdadero camino y se expondrá á no llegar jamás á su término. Por tanto, es necesario conocer su fin, si se quiere llegar á él. Es menester, como dice Aristóteles (2), que el tirador vea el blanco para apuntarle; de otro modo, entre cien tiros que tire, será raro que dé uno en el blanco, y aun este será á la

1. Sementem multam jacies in terram, et modicum congregabis;... vinean plantabis et fodies, et vinum non libes, nec colliges ex ea quippiam. Deut., XXVIII, 38.

2 Ethic. I, cap. 2.

ventura; pero si lo ve, le será fácil pegarle, con tal que le tire con acierto. Consideremos, pues, esta grande é importante verdad.

Es una cosa cierta y reconócela, que la perfección no consiste en la pobreza, ni en el abandono de los bienes exteriores, puesto que puede uno ser despojado de estos bienes y estar al mismo tiempo muy distante de la perfección. Crates de Tébas arrojó todas sus riquezas á la mar, á fin de tener menos obstáculos para entregarse á la filosofía, no estaba por eso menos lejos de la perfección, puesto que era pagano, y que no pudo tener en eso verdadera y sólida virtud, sin el conocimiento del verdadero Dios. Vemos también que entre aquellos que piden limosna, hay un gran número que son imperfectos y viciosos, y tan pobres de los bienes del alma como de los del cuerpo. Si la perfección no está en la pobreza, mucho menos se encontrará en las riquezas, habiendo Nuestro Señor fulminado contra los ricos estas terribles palabras que deberían hacerlos temblar continuamente: *¡Ay! de vosotros ricos..... (1) es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el reino de los cielos.* El abate Tarpin ha substituido en este texto á la palabra *Camello* empleada por San Lucas la de *Cable* indicad por algunos intérpretes. Sin embargo, parece que es preciso conservar la palabra *Camello*. Este pasaje tan difícil ha recibido recientemente una explicación verosímil y que satisface. En efecto, se lee en la "Revista del arte Cristiano:"

1 *Vae vobis divitibus.* Luc. VI, 24.

“Un viajero acaba de descubrir que había en Jerusalén una puerta de Aduana que se llamaba el *Ojo de la aguja*; era ella tan estrecha y tan baja, que un camello cargado de mercancías, apenas podría pisar por ella y doblando las rodillas. Desde luego se comprende la exactitud perfecta de la comparación entre el rico, obstruido con sus bienes temporales, á la entrada de los cielos, y el camello, recargado con sus equipajes, ante la puerta del *“Ojo de la aguja.”* Estas son dos dificultades que están en paralelo y no una dificultad parecida á una imposibilidad.”

Es igualmente cierto que la virtud y la perfección no consisten, hablando rigurosamente, en las aficciones y mortificaciones del cuerpo; porque de esto se seguiría que los soldados en los ejércitos, los criminales en las prisiones, los presidiarios en las galeras, los pobres en los hospitales, los enfermos en su cama, serían perfectos; lo que no es siempre, desgraciadamente. Los monjes turcos, y los bonzos de las Indias atormentan más sus cuerpos por la hambre, la sed, el calor, el frío, las cortaduras sangrientas y otras muchas penitencias extraordinariamente rigurosas, que los religiosos de las órdenes más austeras de la Iglesia; y á pesar de esto, son hombres que, además de su pecado de infidelidad, se abandonan y se prostituyen vergonzosamente á toda clase de vicios y de crímenes monstruosos. Si la perfección no consiste en las austeridades del cuerpo, mucho menos consiste en los placeres, puesto que Nuestro Señor ha pronunciado esta sentencia contra los voluptuosos: *¡Ay de vosotros que no pensáis más que en reír y en entregaros al placer, porque un día llorareis, y*

todas vuestras alegrías se convertirán en tristezas eternas! (1) Está fuera de duda también que la perfección no se encuentra en las acciones del cuerpo, ni en cosa alguna que proceda del cuerpo; porque entonces era necesario decir que Dios y los ángeles no son perfectos, puesto que no tienen cuerpo y son espíritus puros; y sin embargo, Dios es la perfección por esencia y los ángeles son criaturas muy perfectas.

Es también cierto que la perfección, no está en una multitud de acciones que, por lo demás, siendo bien hechas, son por su naturaleza muy buenas y muy excelentes, como las limosnas, las oraciones, la recitación del oficio, la psalmódia y aun la comunión frecuente, puesto que hay un gran número de personas de ambos sexos que hacen todo esto y que no son mejores; tantos sacerdotes se acercan todos los días al santo altar y dicen la Santa Misa, quienes sin embargo no hacen progreso alguno en la santidad y en la virtud, sino más bien se alejan de ella.

II. ¿En qué, pues, consistirán la virtud y la perfección, supuesto que no consisten en alguna de estas cosas? Para comprenderlo bien, es menester recordar que el hombre es un todo compuesto de dos partes bien diferentes: la una material y por consiguiente vil y despreciable, esta es el cuerpo; la otra espiritual, inmortal, criada á la imagen de Dios, y por consiguiente, excelente y divina, esta es el alma. Ahora bien, decimos, y quisiéramos que todo el mundo lo supiera y lo comprendiera

¹ *Vae vobis qui ridetis nunc, quia lugebitis et flebitis* Luc. VI, 25.

bien, que, la virtud, la santidad y la perfección del hombre no consisten en el cuerpo, ni en alguna de las operaciones del cuerpo, sino en el alma y en las operaciones virtuosas del alma. Consisten: 1^o En los actos interiores de las virtudes de fe, de esperanza, de religión; en las adoraciones, las bendiciones, las alabanzas, los agradecimientos, las humillaciones, los anoradamientos, y, sobre todo, en los actos de la virtud de la caridad. 2^o La perfección consiste en hacer todas sus acciones con intenciones muy nobles y muy perfectas. 3^o Puesto que no somos espíritus puros, como los ángeles, sino que tenemos cuerpo, con el cual podemos glorificar á Dios ú ofenderle, se sigue que la virtud y la perfección consisten en hacer las acciones del cuerpo por el movimiento del espíritu, y en acompañar con sentimiento interior todo lo que es exterior. Hé aquí en qué consiste la excelencia del hombre y cuál es el verdadero punto de la vida espiritual. Es menester hacer estas tres cosas, y hacerlas de una manera elevada y sublime, como lo desarrollaremos en la continuación de esta obra.

El Espíritu Santo nos enseña claramente estas verdades en el salmo XLIV^o, en el cual el profeta real, describiendo la unión espiritual de Nuestro Señor y del alma justa, dice: realzando con los colores más vivos las bellezas y las perfecciones de este esposo y de esta esposa: *Toda la gloria de la hija del Rey es interior* (1). Quiere hacernos entender por estas palabras, que toda la belleza, toda la bondad, todo cuanto hay de rico y precioso en

1 Omnis gloria filia regis ab intus. S. Aug. S. Hier.—Intrínsecas. Ps. XLIV, 14.

esta noble esposa del Hijo de Dios, todo, y no solamente una parte, está adentro, en su interior, en su espíritu, en sus pensamientos, como lo explica un texto griego, y en las operaciones de su alma; y que, si hay alguna belleza, alguna bondad en las acciones exteriores, en la pobreza, por ejemplo, los sufrimientos, ó en cualquiera otra acción, es preciso necesariamente que esta belleza y esta bondad emanen del interior, como el rayo emana del sol; y que el alma debe conferírselas. Santo Tomás (1) San Buenaventura (2) y los demás teólogos nos enseñan, después de la Sagrada Escritura, que la bondad ó la malicia de la acción exterior, que merezca de Dios ó la recompensa, ó el castigo, procede únicamente de la voluntad.

III. Y, en efecto, puesto que la libertad del hombre reside esencial y formalmente en su alma y en su voluntad, es preciso necesariamente que la virtud, la santidad y el mérito del hombre tomen allí también nacimiento y den vida á las cosas exteriores, si se quiere que sean buenas, santas y meritorias. En el orden de la naturaleza, la perfección natural del hombre no consiste en su cuerpo, sino en su alma, que es de una naturaleza incomparablemente más noble. El cuerpo no tiene excelencia sino en tanto que la recibe del alma que lo anima, sin el alma estaría sin belleza, sin fuerza, sin movimiento y sin vida; del mismo modo, en el orden de la gracia debemos mirar como fuera de duda que la perfección sobrenatural del hombre reside en el alma, como en su centro, y que todas las

1 S. Thom. 1, 2, quest. 20, a. 4.

2 I. Bonav. in 2. dist. 42.

acciones del cuerpo, cualesquiera que ellas sean, no tienen fuerza y perfección, sino en tanto que están animadas, vivificadas y perfeccionadas por las buenas intenciones que proceden del alma, sin la cual serían un cuerpo muerto, sin espíritu y sin vida.

Acabemos de explicar esta verdad por una comparación muy clara y sencilla.

Supongamos á dos hombres en gracia con Dios, haciendo al mismo tiempo la misma limosna á un mismo pobre que se presenta á ellos; el primero con una intención pura y elevada, y el otro sin intención alguna; estas dos limosnas son perfectamente las mismas, si se considera solamente la acción exterior; es la misma cantidad, es dada al mismo tiempo al mismo pobre; y sin embargo, estas dos limosnas son muy diferentes en cuanto al mérito. La limosna del primero es buena, agradable á Dios y meritoria para la vida eterna; la del segundo no es ni buena ni mala, y no merece recompensa alguna. ¿Por qué una igualdad tan grande en la acción exterior, y una desigualdad tan grande en el mérito y en el valor? Depende solamente de que el hombre sensato hace jugar un resorte secreto en su alma, la buena intención, que dá á su limosna todo el precio, y todo el mérito; mientras que el otro, por haber descuidado el hacer mover ese resorte, queda delante de Dios sin virtud y sin mérito. Este ejemplo debe mostrar á todo el mundo que la excelencia, la virtud y la perfección del hombre no vienen del cuerpo y de lo exterior, sino del alma y de lo interior; sin embargo, para establecer aún todavía mejor esta verdad, sirvámonos de dos ejemplos muy manifiestos.

IV. Maria, la más noble y la más acabada de todas las puras criaturas, nos suministrará el primer ejemplo. Algunos grandes teólogos aseguran y prueban con buenas razones, (1) que esta reina incomparable ha tenido ella sola más gracias, mientras estuvo en la tierra, y que ella tiene ahora más gloria en el cielo, que no han tenido ni tendrán jamás todos los elegidos juntos; de suerte que si se pusieran en una balanza, de un lado, todas las riquezas que posee ese tesoro de maravillas, y del otro, todos aquellos de que gozarán los ángeles y los santos, es cierto que la Santísima Virgen aventajaría á todos los ángeles y los santos, según esta palabra del Sabio: *Muchas hijas, es decir, todos los elegidos, han reunido grandes tesoros y riquezas espirituales, de gracia y de gloria, pero vos habeis reunido más, y habeis aventajado á todas.* (2)

Y esto no sorprende, puesto que ellos no son más que súbditos y vos sois su reina; ellos no son más que simples servidores de Dios, y vos sois su digna madre. Esto supuesto, y lo creemos verdadero, decimos que, teniendo en consideración á la multitud casi innumerable de ángeles y de santos, y al poco tiempo que Maria ha vivido sobre la tierra, puesto que no ha permanecido en ella más de sesenta y tres años, y á las acciones que ha hecho, es preciso que tenga ella más mérito por la más pequeña de sus acciones, manejando simple-

1 Suares in III p. 1, 2, disp. 18, sect. 4, Conclus. 2, Salazar in cap. Proverb. 31 v. 29 et alii.

2 Multo filio congregaverunt divitias, tu supergressa es universas. Prov. XXXI, 29.

mente su huso, por ejemplo, que un gran santo en toda su vida. ¿De donde podía venir un mérito tan prodigioso? Es claro que esto no es por haber manejado un huso, porque esta acción nada tiene en sí de elevado, sino que viene de la excelencia de los actos interiores de virtud que ella hacía, y de la pureza de intenciones que la hacían obrar, y estas intenciones, juntas á la eminente dignidad de su persona, enaltecían y ennoblecían extraordinariamente esta acción exterior, naturalmente pequeña y de poco valor por sí misma. Así se dice de ella en los proverbios: Hace acciones fuertes, generosas y memorables; (1) y el Sabio explica inmediatamente cuáles eran estas acciones: *Ella ha tomado, dice, su huso para hilar.* (2) Ved aquí cuáles han sido estas acciones grandes y señaladas: grandes, no en sí mismas puesto que son naturalmente pequeñas, sino grandes y muy grandes por la excelencia de los actos del alma y la nobleza de motivos con que ella las animaba.

V. Sacamos el segundo ejemplo del primero y más perfecto de los ángeles, en el que es preciso considerar tres cosas: la primera, que él es, según la opinión de algunos, (3) el más elevado en gloria de todos los bienaventurados, después de la Santísima Virgen, ó á lo menos, según el consentimiento de todos, uno de los más elevados; la segunda, que él posee toda esta gloria á título de recompensa, de lo cual es preciso concluir que la ha merecido, puesto que la recompensa supone mé-

1 Manum suam misit ad fortia. I. bid XXXI, 19.

2 Dignitatem ejus apprehenderunt fsum. ibid.

3 S. Thom. de ang. tract. 16. disp. 3.

rito; la tercera, que la ha adquirido, como lo aseguran todos, en muy poco tiempo, en menos de un cuarto de hora.

Siendo esto verdadero, preguntamos ahora: ¿Qué ha hecho, pues, para ganar en tan poco tiempo bienes tan inmensos; y por qué grados ha subido tan pronto á la cumbre de gloria, que muchos grandes Santos no conseguirían después de ochenta ó cien años de vida? No puede decirse que fue por alguna acción corporal, puesto que no tiene cuerpo; por qué, pues? Es indudable que fué por los actos de fe, de esperanza, de amor de Dios, por las adoraciones, los homenajes, las alabanzas y los demás actos interiores hechos de la manera más noble y más sublime, juntos á lo que la excelencia de su persona podía además añadirles, por lo que ha sido elevado sobre todos ó de casi todos los ángeles y santos, y por lo que está sentado en los primeros rangos del reino de los Cielos.

Añadiremos á estos dos ejemplos un rasgo muy notable y muy auténtico, sacado de la vida de S. Luis Gonzaga, religioso de nuestra Compañía. (1) Se dice en la vida de la bienaventurada Maria Magdalena de Pazzi, que esta santa religiosa vió un día al bienaventurado Luis dotado de una belleza tan rara, y resplandeciente de gloria tan admirable, que deslumbrada por sus rayos y conmovida por una admiración extraordinaria, exclamó, con palabras entrecortadas: Oh! qué gloria la de Luis, hijo de Ignacio! jamás lo hubiera yo creído si mi Señor Jesús no me lo hubiese mostrado. Me parece, en cierto modo, que no debe haber en el

1 Parte 1ª de su vida, Cap. LXIX.

cielo una belleza y una grandeza comparables á las que veo en este gran santo; quisiera yo poder ir por todo el mundo, y decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo, y hacer ver á cada uno la eminencia de su gloria, á fin de que Dios fuera glorificado por eso. Y después de haber prostrado pido en alabanzas semejantes, queriendo marcar la causa de la elevación prodigiosa de Luis, dice: Goza de tanta gloria, porque trabajaba en su interior; y añade: ¿Quién pudiera contar el mérito y fuerza de los actos interiores de virtud? (1) No puede haber comparación alguna entre el interior y el exterior.

A pesar de lo que acabamos de decir, no se puede negar, digan lo que quieran algunos, que aun cuando la fuerza, el mérito y la excelencia de la acción exterior tomen su origen en el movimiento interior del alma, sin embargo, la dificultad, la cantidad, la cualidad, y las demás circunstancias de la acción exterior, le aumentan en cierto modo el mérito: así, aquel que ayuna y se alimenta frugalmente, pudiendo vivir con delicadeza, aventajará á aquel que no ayuna ó que se alimenta de viandas exquisitas, aun cuando los dos estén en el mismo grado de gracias y que obren con intenciones igualmente perfectas, porque la dificultad es más grande. Así mismo, por ejemplo, aun cuando el alma sea el verdadero manantial de la belleza y agradabilidad de todo el cuerpo, sin embargo, la belleza del rostro es más grande que la

1 Esta visión ha sido aprobada y confirmada por acta pública en presencia y por mandato del Arzobispo de Florencia, el 15 de Abril 1606.

de la mano, no á causa del alma, puesto que ella se comunica toda entera á la mano como al rostro, sino á causa de la diferencia natural que se encuentra en la belleza de estas dos partes del cuerpo; del mismo modo también, aunque sea la misma intención la que anime y vivifique el ayuno y la acción de comer, el uno, sin embargo, es más meritorio que la otra, porque es en sí mismo más penoso.

I

Pocas personas merecen mucho.

I. Pocas personas obran por motivos interiores.—Estudio de las personas verdaderamente espirituales.

I. Se infiere de lo que acabamos de decir, que hay pocas personas que merecen mucho, porque hay también pocas que obren por motivos interiores; la mayor parte de los hombres hacen sus acciones sin pensar en ellas, por costumbre y á más no poder. *No encuentro vuestras obras llenas delante de mi Dios, (1) decía el ángel del Apocalipsis al obispo de Sardo. Hay obras llenas ante los hombres y obras llenas ante Dios: ayunar, hacer oración, dar limosna y otras cosas semejan-*

1 Non invenio opera tua plena coram Dei meo. Apoc. III, 2.

tes, son obras llenas ante los hombres. En efecto, cuanto se ve hacerlas á cualquiera, sobre todo, si son muy repetidas, no teme uno decir del que las hace, que es un hombre de bien; lo que muestra que esas obras atraen la estima y la consideración de los hombres; pero no es lo mismo ante Dios, porque muy lejos de ser llenas, están vacías de todo mérito si no proceden del espíritu interior, y si no están animadas por intenciones buenas. Por esto el obispo de Sardo que obraba de esa manera, predicando, confesando, ordenando, haciendo limosnas, llenando los demás deberes de su cargo por hábito y por un movimiento puramente natural, sin alguna aplicación de espíritu, no tenía sus obras llenas ante Dios, como se lo dijo el ángel.

Oh! cuántas personas hay de todas condiciones á quienes se les pudiera dirigir también justamente el mismo reproche! Sus obras no son llenas sino ante los hombres; pero son vacías ante Dios, porque nada de interior hay en ellas, no tienen alma; su acción no es tan solo exterior y aparente, y en el interior todo está vacío; y, por consiguiente, aun cuando ellas trabajen años enteros y se tomen mucha molestia, muy poco ó nada ganan; porque los sacrificios que Dios pide, son sacrificios llenos de médula (1). Este es un punto de una importancia tan grande que las personas espirituales deben poner en él una seria atención, y acordarse siempre de esta grande advertencia, que Dios nos da por el profeta Ageo: Hé aquí lo que dice el Dios de los ejércitos: *considerad atentamente vuestros ca-*

1 Holocausta medullata. Psal., LXV, 15.

minos, ved de qué manera avanzaís en la vida espiritual como os conducís en ella, y vereis que *habeis sembrado mucho y habeis recogido poco, habeis comido y no habeis quedado satisfechos; habeis bebido y no habeis apagado vuestra sed; os habeis cubierto, y no habeis podido calentaros; habeis obrado como aquel que arrojara oro y piedras preciosas en un saco roto; (1) es decir habeis hecho muchas buenas obras, muchas limosnas, oraciones, comuniones, ejercicios de piedad, y los habeis hecho sin fruto, porque los habeis hecho sin espíritu interior, sin designio, ó con una deplorable inflexión. Por esto, considerad atentamente de qué manera caminaís en las vías de la piedad, cuál es el motivo que os impulsa, á fin de poner orden en ello: *Vigilad sobre vosotros mismos* dice S. Juan; tened siempre los ojos abiertos sobre vuestras acciones, *por temor de que no perdais el fruto de vuestros trabajos*, y que no os priveis de la recompensa que esas acciones merecerian si estuvieran bien hechas (2).*

II. Las personas verdaderamente espirituales difieren de las que no lo son mas que en apariencia, en que ellas se dedican con aplicación particularmente á hacer todo por el movimiento del espíritu interior. La parábola de las Virgenes con sus lámparas nos muestra claramente esta ver-

1 Hoc dicit Dominus exercituum: Ponite corda vestra super vias vestras. Seminastis multum, et intulistis parum; comedistis, et non estis satiati; bibistis, et non estis inebriati; operuistis vos, et non estis calefacti, et qui mercedes congregavit, misit eas in sacculum pertusum. Agg. 1, 5 et 6.

2 Videte vosmetipsos, ne perdati quos operati estis, sed ut mercedem plenam accipiatis Joan, Ep. II, 8.

dad (1); eran diez, cinco prudentes y cinco necias. La diferencia que existía entre ellas no era porque solo las prudentes eran vírgenes y fueran con sus lámparas á encontrar al esposo; las necias tenían todas estas ventajas: todas eran vírgenes, tenían su lámpara en la mano, iban todas á recibir al esposo y á la esposa; pero las prudentes habían puesto aceite en sus lámparas, mientras que las necias lo habían olvidado. Lo mismo sucede con las personas que se conducen prudentemente en el negocio de la salvación, mientras que otras obran neciamente y con aturdimiento. En cada orden hay religiosos sabios y prudentes, y hay también inconstantes é imprudentes; la diferencia que existe entre ellos no proviene de las cosas exteriores; porque habitan la misma casa, se nutren con los mismos alimentos, visten el mismo hábito, se levantan, se acuestan y hacen oración á la misma hora; ayunan los mismos días, tienen la misma regla; en fin, las acciones exteriores son perfectamente las mismas: mas ella proviene de que los prudentes y sabios ponen en sus lámparas, es decir, en sus oraciones exteriores, aceite, que es el espíritu interior, las buenas intenciones, los santos afectos; mientras que los imprudentes nada de eso ponen, sino que obran por rutina y sin reflexión. Por esto Nuestro Señor les dirá el día del juicio, como á las vírgenes necias: No os conozco (2); sé bien que habeis ayunado lo que habeis velado y cumplido los demás ejercicios de la religion; pero yo no conozco, no puedo aprobar ni á vosotros ni á vues-

1 Matth. XXV, 1.

2 Nescio vos. Matth. XXV, 12.

tras obras; no es por mí por quien las habeis hecho puesto que no habeis tenido intencion en ellas y no han estado animadas de algún motivo bueno; así no seré quien os dara la recompensa; buscad quien os la dé.

Hé aquí lo que distingue á los religiosos prudentes y á los religiosos imprudentes, y en general, á los que marchan en el recto sendero de la devoción y los que se alejan de él.

Esto es también lo que debe servirnos de regla para medir nuestro mayor ó menor avance en la perfección. Se encuentra generalmente una gran desigualdad de virtud, sea entre los seculares, sea entre los religiosos. En una misma casa, habrá allí veinte, treinta, cincuenta religiosos; á considerarlos exteriormente, parecen todos obrar de la misma manera; pero si se penetra en el interior, se encuentra una diferencia muy grande. Sucede con ellos como con los astros: levantad los ojos al cielo, considerad el firmamento y las estrellas que brillan en él; están todas fijadas en el mismo cielo, describen todos los días el mismo círculo, y sin embargo, no son igualmente grandes y luminosas, no tienen la misma rapidez; entre ellas hay de la primera, de la segunda, y aun de la tercera magnitud, hasta aquellas que se nombran nebulosas que parecen tan pequeñas á nuestros ojos, que apenas puede uno distinguirlas. Las que están entre los trópicos recorren su órbita con una rapidez extraordinaria, mientras que las cercanas á los polos van muy lentamente, si se las compara con aquellas. Del mismo modo en el cielo de la religion, en una misma familia, habrá ahí varios religiosos empleados en los mismos oficios, pasando los

días y las noches en los mismos ejercicios, y sin embargo, delante de Dios estarán en grados de perfección muy diferentes; unos son mucho más luminosos, recorren el círculo de la perfección con rapidez mucho mayor que los otros. Sucede frecuentemente aun que los que hacen menos progresos, pasan á los ojos de los hombres como los que hacen más, porque se agitan y se mueven mucho en lo exterior. Así es como á nuestros débiles ojos los pájaros parecen que van mucho más pronto que el sol; mientras que este astro recorre más espacio en una hora que los pájaros no podrían recorrer durante muchos años, cualquiera que sea su velocidad. El mérito no consiste en ir pronto ni en hacer mucho por de fuera á los ojos de los hombres, sino en obrar bien en lo interior. Los obreros de quienes habla San Mateo, que fueron enviados á la viña del padre de familia, recibieron todos la misma recompensa, aun cuando hubo una diferencia grande en el trabajo; y aun los que habían llegado los últimos, y que, por consiguiente, habían trabajado mucho menos, y se habían molestado menos, fueron pagados antes que los otros, antes que esos mismos que habían llegado primero y que habían soportado el peso del día y del calor. El verdadero punto del negocio de la salvación no consiste por tanto en remover los brazos, antes bien en remover el corazón y en obrar por el movimiento del espíritu interior.

II

I. Ciencia de los santos.—II. Obrar á imitación de Jesucristo.—
III. Es necesario servir á Dios en espíritu y en verdad.—IV.
La práctica de la virtud es llamada vida espiritual.

I. Puesto que es de una importancia tan grande obrar por el movimiento del espíritu interior, y que todo depende de eso, es menester, pues, mi querido lector, que trabajéis con todo vuestro corazón, que os apliqueis séria y constantemente á adquirir esta gran ciencia, que la Santa Escritura llama ciencia de los santos, (1) porque esta es la ciencia que hace á los santos. Por esto es que el Espíritu Santo los llama en los salmos, los interiores, los ocultos. *Los malos han conjurado en su consejo la ruina de vuestro pueblo; han formado designios iníquos contra vuestros santos, vuestros ocultos.* (2) Siguiendo S. Pablo el mismo pensamiento, dice á los colosenses: *Estais muertos, y vuestra vida está oculta con Jesu-Cristo en Dios,* (3) para darnos á entender que los santos y los verdaderos cristianos llevan una vida recogida.

1 Dedit illi scientiam sanctorum, Sap., X, 10.

2 Super populum tuum malignaverunt consilium; et cogitaverunt adversus sanctos tuos. Según el hebreo, adversus absconditos tuos. Psalm, LXXXII, 4, Pagninus.

3 Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Coloss. III, 4.

da en sí mismo; oculta en sus corazones, aplicándose á operaciones santas y divinas, al ejercicio de los actos interiores de las virtudes, y á realizar sus acciones exteriores por la excelencia de los motivos que se proponen.

II. *In Deo*, en Dios; es decir, á imitación de Dios, que obra continuamente en el interior de sí mismo. Así como no hay proporción alguna entre las operaciones interiores que Dios produce en sí mismo, y las operaciones exteriores que produce fuera de sí, porque unas son eternas, infinitamente perfectas, y Dios mismo, como engendrar al Verbo, producir al Espíritu Santo, y las otras son temporales y de una perfección limitada, puesto que no son más que criaturas; así no hay comparación alguna entre los actos interiores de las virtudes y los actos exteriores en cuanto á su excelencia y á su nobleza.

S. Pablo añade: *Cum Christo*, á ejemplo de Jesu-
su-Christo, á causa de los excelentes actos interiores que produjo este divino Salvador: por esto Isaías lo llama un Dios escondido. (1) Y ciertamente, aquel que no hubiera considerado en Nuestro Señor más que el exterior, y sobre todo, antes del tiempo de su predicación y de sus milagros, lo hubiera tomado por un hombre vulgar; él bebía, comía, dormía y hacía todo lo demás como los otros hombres; pero sí, con ojos iluminados de una luz sobrenatural, hubiera podido penetrar más adelante en el interior de Jesucristo y ver lo que hacían su alma santísima y su divinidad, ¡qué

1 Deus absconditus. Isaías, XLV, 15.

maravillas incomprensibles no hubiera apercibido! Hubiera visto operaciones infinitamente nobles y perfectas que daban un precio y un valor infinito á todo lo que hacía exteriormente, y hasta en el movimiento más pequeño de sus dedos, una fuerza más que suficiente para salvar al mundo. Era, por tanto, verdaderamente un Dios escondido, puesto que era semejante á los demás hombres en el exterior, y tan diferente y tan elevado sobre ellos por sus actos interiores.

Así es como se esfuerzan en obrar los verdaderos discípulos de este gran maestro y de este Dios escondido; quieren, á ejemplo suyo, llegar á ser hombres interiores. En lo exterior, nada los distingue del común de los hombres; mas interiormente son muy diferentes; se encierran en sí mismos, y hacen todo lo que es exterior, aun el menor paso, la más ligera mirada, con los sentimientos interiores más sublimes y más elevados. Se parecen en esto á esos famosos Silenos de que habla Platón (1) y á las cuales comparaba Alcibiades á Sócrates: estos Silenos eran pequeñas estatuas groseramente trabajadas en lo exterior y de una materia bastante vil, pero que, al abrirlas, dejaban ver bellezas admirables, figuras de cosas sagradas resplandecientes de oro y plata, y de un trabajo exquisito. En efecto, esos hombres verdaderamente piadosos son en lo exterior como los demás, hacen las acciones comunes de la vida ordinaria; pero si pudiéramos entrar en sus corazones y ver lo que allí pasa, oh Dios, qué tesoros! qué excelencia! Nada veríamos allí de común; todo ahí es raro, ex-

1 Platón convivio.

quisito y precioso, todo es brillante de oro; veríamos allí las intenciones puras, los motivos sobrenaturales, por los cuales realzan las acciones más pequeñas, y engrandecen las acciones corporales más comunes. Aquellos que tienen tan sólo una devoción falsa y engañosa se parecen, al contrario, á los sepuleros revestidos de mármol, enriquecidos de piedras preciosas, y que no encierran sino podredumbre: ó á esos famosos templos del Egypto, tan ricos, tan suntuosos y de un trabajo tan perfecto, que no encerraban sino un gato, una serpiente, un cocodrilo que adoraban, y al que ofrecían sacrificios, puesto que sólo se detenían en pulir el exterior, y en hacer muchas cosas que tenían brillo y que hacían ruido; mientras que lo interior es solamente corrupción, ambición, envidia, apego á las criaturas, pasiones levantadas sobre el altar del corazón y que adoran.

III. Establezcamos, por tanto, en el corazón el fundamento de nuestra devoción, y del culto que queremos rendir á Dios. *Dios es espíritu*, decía Jesucristo á la Samaritana, enseñándole el camino recto de la vida espiritual, *y es menester que los que lo adoren, lo adoren en espíritu y en verdad*; (1) en espíritu, retirados en el templo del corazón, como dice la glosa (2), sobre cuyo altar se ofrece á éste soberano espíritu, en olor de suavidad, los sacrificios puros de la fe, de la esperanza y de la caridad, las adoraciones, los anonadamientos, las acciones de gracias y todos los actos interiores de

1 Spiritus est Deus: et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare. Joan. IV, 24.

2 Intimo templo cordis. Glossa.

virtud; en verdad, haciendo todas las cosas exteriores por el movimiento del espíritu interior, y arreglando de tal modo todo, que el interior acompañe siempre al exterior; que los movimientos del alma acompañen á los del cuerpo y la buena intención á la buena acción; porque no se puede adorar á la soberana y esencial verdad con la mentira. Dios nos lo prohíbe expresamente en Isaías: *No me ofrezcáis sacrificios vanos*. ó como traduce Cayetano, sacrificios de falsedad y de mentira (1). Esta es, sin embargo, la conducta de aquellos que hacen buenas acciones en lo exterior sin acompañarlas de la buena intención y del movimiento del corazón; se hacen culpables de una mentira de acción, puesto que sus acciones parecen buenas y agradables á Dios, y no lo son. No séamos de ese número. *La hora ha llegado*, añade Nuestro Señor á la Samaritana, *la hora ha llegado, y hemos llegado al momento en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; así los busca que le adoren* (2). Séamos de éste número, porque si no lo somos, jamás seremos verdaderamente espirituales, puesto que éste es el verdadero punto de la vida espiritual, como lo muestran las mismas palabras.

IV. Se le llama vida espiritual y no corporal, porque es una vida que está en el espíritu, que toma toda su fuerza y todo su mérito en el espíritu; se la llama también vida interior y no exterior, por-

1 Ne offeratis ultra sacrificium frustra. Isaie, 1, 13.—Sacrificium falsitatis, sive mendacii. Cajen.

2 Venit hora, et nunc est, quando veri adoradores adorabunt Patrem in spiritu et veritate, Nam et Pater tales querit, qui adorent eum. Joan IV, 23.

que se pasa en el interior en el fondo del alma, y porque por lo interior es por donde se debe comenzar, si se quieren arreglar los movimientos exteriores. Cuando la naturaleza quiere formar el cuerpo del hombre, no comienza por los cabellos, los dedos ó las extremidades; sino por las partes internas, el corazón, el hígado y las demás partes nobles, después llega poco á poco á las partes externas, las traza, las organiza y las perfecciona. Cuando un reloj está descompuesto, no basta colocar la aguja en la hora que debe señalar, sino que es menester abrirlo para volver á poner en orden los resortes; así es como, cuando uno quiere arreglar su exterior y llegar á ser un hombre espiritual y virtuoso, es menester comenzar por arreglar el espíritu y lo interior. En fin, en último análisis, acordémonos bien que no trabajando por el movimiento interior, trabajamos en vano, y que nada merecemos, hagamos lo que hagamos, y cualquiera que sea el trabajo que nos tomamos; por el contrario, obrando con este espíritu interior, ganamos tesoros inestimables y riquezas eternas por las más pequeñas acciones, y que corremos á paso de gigantes en la carrera de la salvación y en el camino de la perfección.

Por esto, querido lector mío, comenzad, con un ánimo todo nuevo, á conducir os según el espíritu; escuchad esta palabra de San Pablo: *Os lo digo, y os lo doy como el fundamento de vuestros méritos, conducíos según el espíritu* (1). Llegad á ser un hombre interior, sed un hombre escondido, obrad en el interior de vos mismo, á fin que vuestro Fa-

1 Dico autem, spiritu ambulate. Gal., V, 19.

dre, que ve todo cuanto pasa en el secreto de vuestro corazón (1), os dé la recompensa de él o. Haced que todas vuestras obras sean llenas ante Dios; ofrecedle sacrificios llenos de médula y de un jugo interior; sed un adorador tal cual él lo pide, un adorador en espíritu y en verdad. La hora ha llegado; ahora es cuando es preciso comenzar: vos lo podeis, en cualquier condición que esteis, y con mayor razón si estais en el estado religioso. Nuestro Señor lo recomendó á la Samaritana, que era una mujer pobre, ruda, aun viciosa, para mostrarnos que todos lo podemos, de cualquier sexo y condición que séamos. Estad, por tanto, invariablemente unido á esta regla, y practicad noblemente los actos interiores de fe, de esperanza, de religión y de las demás virtudes, y vivificad todas vuestras acciones exteriores por medio de grandes sentimientos interiores. Para quitaros toda excusa, os vamos á mostrar, en los capítulos siguientes, de qué modo debe hacerse, y en particular en lo que mira al amor para con Jesucristo que es la virtud primera y más grande. Comenzaremos por desarrollar los motivos que deben llevarnos á practicarlo.

1 Qui videt in abscondito. Matth., VI, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO TERCERO.

Debemos esforzarnos por conocer á Nuestro Señor
Jesucristo.

I. Es necesario conocer para amar.—II. El conocimiento de Nuestro Señor es el más noble de todos.—III. Nuestro Señor es el gran todo para él y para nosotros.—IV. El conocimiento de Nuestro Señor es el más agradable de todos.—V. Es el más útil y el más necesario.

I. Puesto que nos proponemos amar á Nuestro Señor Jesucristo, se necesita, para obtenerlo, comenzar necesariamente por conocerle; por tanto á este conocimiento es al que debemos aplicarnos, esforzándonos en comprender lo que lo hace amable. Tal es el orden establecido entre el entendimiento y la voluntad, que la voluntad es una potencia ciega que no sabría ir sola, sino que es menester conducirla, y el entendimiento es el que está encargado de esta función; él es el que camina delante de ella llevando la luz para alumbrarla y dirigirla, de suerte que ella va como él la guía, sus afectos siguen la naturaleza de los conocimientos que el le da, y ella ama ó aborrece una cosa según él se la muestra digna de amor ó de odio. Así, sabemos que en el cielo el conocimiento claro y evidente que los bienaventurados tienen de Dios y

de sus perfecciones infinitas, es la causa y la medida del amor soberano y necesario de que están abrasados, y de ese océano de alegrías inefables en el cual los tiene sumergidos y abismados su gozo; del mismo modo, en esta vida miserable, nuestro amor, y en general todos nuestros afectos para con nuestro Dios, dependen del conocimiento y de la idea que tenemos de él.

Así es para nosotros de la mayor importancia el esforzarnos por conocerle; porque es imposible conocerlo sin amarlo, y sin amarlo con el amor más profundo y ardiente, puesto que él es soberana é infinitamente amable. La Esposa del Cantar de los cantares declara, en el estilo más dulce y más enérgico, los sentimientos maravillosos de amor, que excitaba en ella este conocimiento. *El me ha hecho entrar, dice ella, en las bodegas de sus más preciosos vinos* (1). Por esta bodega y vino, entienden los santos Padres el conocimiento que podemos tener de Nuestro Señor en esta miserable tierra, y la inteligencia de los misterios que fué dada á la Esposa. Y ¿qué se sigue de ahí? Ella lo cuenta inmediatamente después: Ha dirigido tantas batallas contra mi corazón para hacerse dueño de él, que me ha hecho conocer misterios, y lo han batido con tanta fuerza, que no pudiendo resistir, he tenido que rendir la plaza. Entonces, Nuestro Señor victorioso, enarboló allí el estandarte de su amor, cuya fuerza ha sido tan grande, que estando abrasada por sus castos fuegos y pronta á caer en desfallecimiento, me he visto obligada á pedir so-

1 Introdixit me in cellam vinariam. Cant II, 4.

corro y exclamar: *Acostadme sobre flores, sustentadme con el jugo de frutas, confortadme con olivares, porque languidezco de amor por mi amable Señor.* Estoy vivamente atacado por las heridas de su caridad; el conocimiento de sus perfecciones divinas y de sus beneficios es como un encanto poderoso y un filtro que me pone fuera de mí. Mas este amable Maestro, viéndome en este estado, ha acudido lleno de una dulzura extrema y de una tierna piedad; me ha tomado entre sus brazos para sostenerme y me ha estrechado contra su corazón para fortalecerme (1). Hé aquí los fuegos que encienden en una alma el conocimiento de Jesucristo. Sentiremos nuestros corazones abrasados y consumidos por esos divinos fuegos, si podemos llegar a este sublime conocimiento; porque si lo amamos tan poco, es que no lo conocemos. ¿Y no vemos todos los días que una pobre y miserable criatura inflama el corazón, porque encuentran en ella una sombra de perfección y de belleza, ó que procura un placer de un instante? ¿qué será por tanto de nuestro divino Salvador tan infinito en su belleza, y en sus divinas perfecciones, cuando hubiéremos aprendido á conocerlo? Por tanto, si tenemos el deseo ardiente de amarle, apliquémonos en seguida á conocerlo, y para afirmarnos en nuestro deseo, meditemos algunos de los motivos que pueden excitarnos más vivamente á adquirir este conocimiento.

1 Ordinavit in me charitatem. O como dice el texto hebreo: Vexillum ejus super me charitas, fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo. Los setenta han traducido: Vulnerata charitate ego sum. Symmaco: Vulnerata philtro: lora ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. Cant 11, 4, 5, 6.

II. Primer motivo. El conocimiento de Jesucristo es el más noble de todos los conocimientos, la ciencia más sublime de todas aquellas á las cuales podemos aplicarnos sobre la tierra, puesto que ella tiene por objeto á nuestro divino Salvador, que es seguramente el sér más noble y excelente de todos, porque él encierra la divinidad y la humanidad, y por consiguiente, todo cuanto hay en el universo. Se encuentra encerrada en su divinidad la soberana y esencial belleza, la bondad, la sabiduría, el poder, las riquezas, la santidad, la perfección; en una palabra, todo cuanto hay en Dios. Se encuentra todo lo demás en su humanidad, puesto que todos los diferentes grados de los seres, del sér simple, del sér vegetante, del sér viviente é inteligente, que están como repartidos en las demás criaturas, vienen á confundirse y á reunirse en el hombre, que es como un compendio de toda la creación. Por esto es que Nuestro Señor, según la interpretación de San Gregorio (1) y de los demás Padres, lo llama *toda criatura* (2). Los filósofos lo llamaban el *pequeño mundo*, y San Gregorio de Nazianzo (3) á causa de su excelencia y preeminencia sobre las demás criaturas, lo llama mucho más elegantemente, no ya el *pequeño mundo*, sino el *gran mundo* colocado en medio del pequeño, es decir, del mundo visible, sin que, sin embargo, este mundo pueda encerrarlo y limitarlo puesto que él es infinitamente más grande.

1 S. Greg. hom. XIX in Evangelio.

2 Omnis creatura, Marc. XVI, 15.

3 S. Greg. Naz. Serm de Nat. Dom. et orat. 2. in Pascha.

Así es como se encuentra en Jesu-Cristo al Creador y la criatura, Dios y el hombre, y por medio del hombre, todas las cosas espirituales y corporales; pero en un brillo mucho más admirable y de una manera mucho más eminente y más sublime, porque siendo la humanidad de Jesu-Cristo infinitamente santa y pura, por su unión con la pureza de Dios, en ella están contenidas las criaturas de una manera mucho más noble que en los hombres corrompidos por el pecado.

Están de la manera más magnífica y la más gloriosa, purificadas, santificadas, divinizadas en su persona, y en esa humanidad santa y sagrada, unida á la divinidad, por medio de la que vuelven á Dios y en Dios como á su principio. Dios ha resuelto, dice S. Pablo, siguiendo la interpretación de S. Ireneo, (1) llamar y hacer entrar de nuevo en él por la redención, y en la persona de su Hijo, todas las criaturas que habían como salido de él por la creación. (2) Habían sido manchadas en la persona del hombre pecador, él las purifica, las ennoblece, las perfecciona y las deifica todas en esta humanidad unida personalmente á la divinidad. O bien el Apóstol quiere decir, como lo explican S. Crisóstomo y algunos otros, que Nuestro Señor es un cuadro abreviado, un sumario, y como una recapitulación de las obras de Dios, que están todas juntas y reunidas en él; que todo se refiere y acaba en él, como las líneas al centro, los ríos al mar; que él encierra todas las gracias y to-

1 Sn. Iren. 1. III. ch. 18.

2 Proposuit.... instaurare omnia in Christo, quæ in coelis et quæ in terrâ sunt, in ipso. Ephes., V, 10.

das las perfecciones que hay en el cielo y en la tierra, en los ángeles, los hombres, y todas las criaturas; de suerte que, si quereis aplicar vuestro espíritu á conocerle y á mirarle atentamente, no hay necesidad de considerar ni á los ángeles ni á los hombres, ni á las demás criaturas para descubrir en ellas dones, prerogativas, ejercicios de virtud, actos heroicos y memorables, ni perfección alguna de la naturaleza, de la gracia ó de la gloria, porque encontrareis todo esto en él de una manera infinitamente más excelente y más sublime. Ved aquí cómo Nuestro Señor es todo, y el gran todo.

III. Y lo que hay más admirable en ello, es que no es sólomente todo en sí y para sí, sino que lo es también para nosotros; porque él es nuestro Dios, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestra salvación, nuestro Redentor y el precio de nuestro rescate, nuestro Justificador y nuestra justicia, nuestro guía y nuestro camino, nuestro Legislador y nuestra ley, nuestro Maestro y nuestra sabiduría, nuestro Sacerdote y nuestra víctima, nuestro nutricio y nuestro alimento, nuestro fin último y la soberana beatitud de nuestros cuerpos y de nuestras almas: de nuestras almas como Dios, y de nuestros cuerpos como hombre; en una palabra, él es nuestro todo. "¿Qué podeis buscar que no encontréis en Jesu-Cristo? dice S. Bernardo. ¿Estais enfermo? él es el médico que os curará; ¿estais extraviado? él es vuestra guía; ¿estais abandonado? él es el rey que os protegerá; ¿sois asaltado por vuestros enemigos? es él el fuerte que os defenderá; ¿estais seco de sed devorante? él es agua de vida eterna, que es la única que os puede qui-

tar la sed; ¿estais sin abrigo y transido de frío? él es el vestido que os calentará; ¿estais triste? él será vuestra alegría; ¿estais en tinieblas? él será vuestra luz; ¿sois huérfano? él será vuestro padre; (1) Es vuestro esposo, continúa este santo doctor, vuestro amigo, vuestro hermano, infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, infinitamente bello, infinitamente sabio, infinitamente poderoso; él es el principio y el conservador eterno de todo. ¿Por qué os dejais llevar de agitación y del temor? Encontrais en Jesu-Cristo todo cuanto podeis y debeis desear. Deseadlo, buscadlo, porque él es esa preciosa y única perla del Evangelio, por cuya adquisición no debeis temer vender todo cuanto poseis, porque poseyéndola, gozareis de todos los bienes y estareis al abrigo de todas las tempestades (2)

Pues que esto es así, es cierto que Jesu-Cristo es el objeto más digno que el entendimiento humano pueda proponerse, y que la ciencia que nos enseña á conocerle es la más sublime de todas las ciencias. La ciencia de la filosofía sólo se extien-

1 Quid queris, quod in illo non invenies? Si agrotus es, medicus es; si exulas, dux est; si desolatus es, rex est; si impugnavis, pugil est; si sitis, potus est; si alges, vestimentum est; si tristaris, gaudium est; si obtenebraris, lux est; si orphanus es, pater est. Bern., de Pas. Dom. cap. XXIV.

2 Sponsus est, amicus est, frater est, summus, optimus, misericordissimus, fortissimus, pulcherrimus, sapientissimus est, omnia sine fine gubernans. Quid autem laboro? omnia que velle potes et debes, est Dominus Jesus Christus: desidera hunc, require hunc, quia hoc est illa una pretiosa margarita, pro qua emenda, etiam vendenda sunt omnia que tua sunt; qua habitata, nullius tempestatis procellam timebis. Bern. de Pass. Domini, cap. XXIV.

de á las cosas naturales; la política de los imperantes no comprende, en todas sus máximas, sino lo que puede tender á tomar ó á conservar las ciudades, á gobernar los estados, á mantenerles en paz, al abrigo de los enemigos exteriores é interiores, y á conservar una prosperidad perecedera. Pero la de Jesu-Cristo es mucho más sublime y mucho más elevada, porque ella tiene por objeto á un hombre Dios, y en él todas las cosas criadas é increadas, temporales y eternas. Por esto este divino Salvador puede decir de sí lo que Dios dice por boca del profeta Jeremías: *Que el sabio no se glorifique en su sabiduría, ni el fuerte en su fuerza, ni el rico en su riqueza; sino que el que se glorifique, se glorifique en que me conoce*, y no en los demás conocimientos que ha podido adquirir. (1) Porque, así como en el cielo, los bienaventurados no son bienaventurados porque conocen las criaturas, sino solamente porque conocen á Dios; como no son santos porque aman otra cosa que á él; así en este mundo, no podría el hombre ser feliz, santo y perfecto por el conocimiento y amor de las criaturas cualesquiera que ellas puedan ser, sino por el conocimiento y el amor de Jesu-Cristo. Esto es lo que ha hecho decir á S. Agustín: "Desgraciado aquel que sabe todo y que no os conoce; feliz aquel que os conoce y que ignora todo lo demás. Aquel que os conoce, y con vos las criaturas, no es más dichoso á causa del conocimiento de las

1 Non gloriatur sapiens in sapientiâ suâ, et non gloriatur fortis y fortitudine suâ; et non gloriatur dives in divitiis suis; sed in hoc gloriatur, qui gloriatur, scire et nosse me. Jerem., IX, 23 y 24.

criaturas, sino únicamente á causa de vos, si al conoceros, os honra como á su Dios!" (1)

IV. El segundo motivo que debe llevarnos al conocimiento de Jesu-Cristo, es que este conocimiento es el más agradable y el más delicioso de todos; porque, así como el ojo experimenta tanto mayor placer cuanto la cosa que ve es más bella y más perfecta, siendo Nuestro Señor el centro de todas las bellezas, y de todas las perfecciones del Universo, el entendimiento debe gustar en este conocimiento las delicias más grandes y las satisfacciones más maravillosas. S. Cipriano, no hablando sino únicamente del solo conocimiento de este Señor, y explicando las famosas palabras de Isaías: Un niño nos ha nacido y un hijo nos ha sido dado, (2) dice á este propósito: "Cuando os aplicáreis á considerar lo que la fe nos enseña de este divino nacimiento, vuestro corazón será arrebatado de admiración; se ensanchará, se llenará de alegría cuando comprenda los secretos profundos de este misterio; vereis cómo aquel que era vil y abyecto, ha llegado á ser admirable, como aquel que nada había aprendido, ni aun siquiera las primeras nociones que se da á la infancia, ha llegado á ser el maestro de los hombres, y les ha enseñado el verdadero conocimiento de las cosas divinas y humanas; como la divinidad y la

1 Infelix homo qui sciat illa omnia, te autem nescit: beatus autem qui te scit, etiamse illa nesciat. Qui verò te et illa novit, non propter illa beatior, sed propter te solum beatus est, si cognoscens te, sicut Deum glorificet. Augus., lib. V. confus., cap. IV.

2 Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis. Isaías IX. 9.

humanidad, estos dos extremos separa los por una distancia infinita, se han acercado la una á la otra, y se han unido en una misma persona." (1) Cuando conozeis todas estas maravillas y tantas otras, os entregareis á todos los trasportes de la admiración y de un asombro semejante á aquel de un aldeano que jamás habiendo salido de su aldea, y ni aun dudando siquiera que hubiera cosas más bellas que las que allí ve, entra derrepente á los palacios de los reyes y á los gabinetes de los príncipes, y en ellos descubre todas las rarezas y las obras maestras de la naturaleza y del arte, en las que jamás se había atrevido á pensar, y que, extasiado, ya no se comprende más, y parece estar fuera de sí. Vosotros experimentaréis los mismos sentimientos al ver cosas mucho más maravillosas que todas las de la naturaleza, y vuestro corazón se derretirá en los arrobamientos de una alegría y de un consuelo del que es imposible formarse una idea.

San Agustín lo experimentó al principio de su conversión, como él mismo lo atestigua diciendo á Dios: "No podía yo, en esos primeros días, saciarme de considerar, en los trasportes de una dulzura admirable y de un contento extraordinario de mi espíritu, la altura y la profundidad de vuestra sabiduría, en el medio que habeis inventado para salvar al género humano." (2)

1 Mirabitur et dilatabitur cor tuum, quando intelliges profundissimum sacramentum in eo, quod contemptibilis factus est admirabilis, et qui litteras non didicit, nec legibus instructus est, sufficiens sit divinarum humanarumque rerum consiliarius, quomodo divinitas et humanitas in unam personam convenerunt, etc. S. Cyp., de Nat. Christi.

2 Nec satiabar illis diebus dulcedine mirabili considerare alti

La Esposa lo experimentó aún mucho más vivamente; por esto es que al principio del Cántico, después de haber pedido á su esposo, Nuestro Señor, este conocimiento de sus divinas bellezas, y haberlo obtenido, exclama: La leche de vuestros pechos es más dulce que el vino. (1) Por los pechos y la leche que mana de ellos, entienden los santos Padres (2) la inteligencia de los misterios de Nuestro Señor, encerrados, como leche, en los dos Testamentos, que son como sus dos pechos; y por el vino, los demás conocimientos que puede uno tener acerca de las cosas de la naturaleza. La comparación de la leche y del vino es muy propia para esclarecer este pensamiento: la leche es muy blanca, dulce, sabrosa, nutritiva; quita la sed y alimenta al mismo tiempo; es el alimento de los niños que la maman de los pechos sin verla.

Del mismo modo los misterios de Nuestro Señor son muy puros muy santos, llenos de un jago excelente y de un gusto delicioso para nuestra alma; mas para gustarlos es preciso ser niño, es decir, inocente, sencillo y humilde; porque los soberbios los encuentran insípidos; y para saborearlos bien, no se necesita tanto verlos como creerlos. Las ciencias de la tierra son como el vino, que, si no se toma con la moderación necesaria, envía al cerebro vapores groseros, que lo turban y embriagan al hombre intemperante; de aquí resultan desarreglos grandes en sus palabras, en sus acciones y en

tudinem consilii tui super salutem generis humani. August., lib. IX. Conf. cap. VI.

1 Meliora sunt, ubera tua vino. Cant., I., 1.

2 Orig. hom. 1 ex 4 in Cant.—Greg. Nyss. hom 1. in Cant. Ambr. Anselm. apud Ghislerium.

toda su conducta; sus pensamientos son extravagantes, sus palabras impertinentes; se encoleriza, grita, echa pestes, dice injurias; to lo da vueltas á sus ojos; no ve lo que está á sus piés da pasos falsos, cae, en fin, con gran peligro de matarse. Tal es el efecto que produce el conocimiento de las ciencias de la tierra, si no se está en guardia; porque ellas llenan la cabeza de humos espesos de vanidad, que echan por tierra el espíritu y embriagan al hombre de la estima de sí mismo; entonces se pierde en sus pensamientos y en sus caprichos; abraza opiniones extravagantes y las sostiene con terquedad; cree ver lo que no hay, y se acaloriza por persuadirlo; todo viene á ser el blanco de sus tiros, es susceptible en todo, contesta con cólera por cosas inútiles, y se entrega á una multitud de desórdenes que lo hacen extraviarse de los caminos de su salvación. Por esto la Esposa, penetrada de estas verdades, exclama con todo el ardor de su alma: Oh! la leche de vuestros pechos, el conocimiento de vuestros misterios, es mejor sin comparación, más sana, más dulce, y de otro gusto enteramente que el vino de todas las ciencias de los hombres! El profeta Isaías había prometido esta alegría y esta dulzura á los fieles, diciéndoles: *Tomareis las aguas de la devoción, de dulces lágrimas, de regocijos de corazón, y una inefable alegría en las fuentes del Señor;* es decir, en la consideración de sus misterios, que son las fuentes de estas aguas misteriosas. Y, como las fuentes suministran todos los días aguas nuevas, y el sol todos los días nuevos rayos, así los misterios de Nuestro Señor, como manantiales inagotables, han dado, dan todos los días y darán perpétuamente

nuevos conocimientos, nuevas ideas, nuevos sentimientos y nuevas afecciones á las almas santas, en sus meditaciones y contemplaciones. Penetrados, entonces, de estas gracias, prorrumpiremos en alabanzas y en bendiciones para con nuestro Dios; pero, sintiéndonos muy débiles para alabarle agradecerle y amarlo, según la extensión de nuestros deseos, llamaremos en socorro nuestro á todas las criaturas, y les diremos: *Glorificad al Señor; invocad su santo nombre, anunciad á todos los pueblos las maravillas de su sabiduría y los misterios santos de su amor* (1)

Por tanto, hagamos esfuerzos grandes para llegar al conocimiento de Nuestro Señor; vayamos á sus fuentes, llevemos allá grandes vasos, un entendimiento y una voluntad dispuestos bien, para sacar esas aguas deliciosas; acerquémonos á esos sagrados pechos del Esposo, saquemos de ahí la leche de que están llenos, y diremos muy pronto con la Esposa: Oh! conoceros á vos, excede inestimablemente en dulzura y en delicias á conocer todo lo demás.

Aun cuando se necesita una fe extraordinaria y una gran luz que toma su origen en el don de sabiduría, que pocas personas reciben, para gustar con abundancia esas grandes delicias, sin embargo, por poca que se pueda tener de ella, esto poco es mejor que todo cuanto pudieran procurarnos todos los demás conocimientos; porque, como dice San Gregorio de Nyssa, "aun cuando la leche

1 *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris, et dicetis in die illa: Confitemine Domino, et invocare nomen ejus: notas facite in populis adventiones ejus. Isaie. XII, 3 et 4.*

sea el alimento de los niños pequeños, y que el vino, á causa de su fuerza y de su calor, no se dé sino á los hombres hechos, sin embargo, lo que hay de más sólido y más perfecto en las ciencias humanas es menor que el más pequeño conocimiento de las cosas de Nuestro Señor (1). Aristóteles había dicho antes de él que un ligero conocimiento de un objeto excelente, el del cielo, por ejemplo, valía más y daba más contento al espíritu que un gran conocimiento que no se extendiese sino sobre un pequeño objeto puramente natural (2).

V. El tercer motivo que debe atraernos á adquirir el conocimiento de Jesu-Cristo, es que este conocimiento es no solamente el más noble y el más dulce, sino además el más útil y el más necesario. *La vida eterna*, dice San Juan, consiste en conoceros, á vos el sólo Dios verdadero, y á Jesu-Cristo, á quien habeis enviado (3); es decir, como lo explica San Cirilo, este conocimiento es la fuente de la vida eterna. En este mismo sentido es preciso entender las palabras del Sabio, hablando del conocimiento de la sabiduría increada y encarnada: *El medio de adquirir una virtud perfecta y consumada es el conoceros, y la raíz de la inmortalidad es el saber vuestra justicia y vuestras excelencias* (4). Nuestro Señor dice también, hablando de sí mismo: *Yo soy la puerta; si alguno entra por mí será salvo; entrará y saldrá, y encon-*

1 *Greg. Niss. hom. 1, in cant.*

2 *Arist. lib. 1, de partib. anim. ch. V.*

3 *Hoc est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum-Christum. Joan. XVII, 3.*

4 *Nosse te consumata justitia est; et scire justitiam, et virtutem tuam, radix est immortalitatis. Sap., XV, 3.*

trará de qué alimentarse (1). El se llama la puerta, porque es preciso necesariamente pasar por él para llegar á la salvación; no hay otro camino, y él asegura que cualquiera que entrará por él, será colmado de toda suerte de bienes en esta vida y en la otra; que será salvo; y que sobre la tierra, al entrar por medio de la fe en la consideración de los misterios de su humanidad y de su divinidad, allí encontrará pasturas admirables, como lo había prometido por Ezequiel: Yo conduciré á mis ovejas á grandes pastos (2), en donde encontrarán en abundancia de qué alimentarse. Los hombres, quienes quieran que sean, los justos, los pecadores, los que comienzan, los que están más adelantados, los perfectos, encuentran en esos pastos un alimento excelente, propio para su alma, y proporcionado á su capacidad y á sus necesidades. Los pecadores, reflexionando á su satisfacción sobre lo que Nuestro Señor naciendo, viviendo y muriendo, ha hecho y sufrido por sus pecados, encuentran en esto el alimento de una viva y sincera contrición, de una grande abundancia de lágrimas, de una digna penitencia que los guía á detestar sus pecados y á llevar una vida nueva. Los principiantes toman en ello el alimento de una sólida mortificación interior y exterior. Alimento toman de virtudes cristianas que domanan las pasiones, desarraigan los vicios, arreglan los movimientos, y sujetan la carne al espíritu. Los que están más aprovechados encuentran en ello

1 Ego sum ostiu m: per me si quis introierit, salvabitur, et in gre lie tur et egredietur et pascua inveniet. Joan. X. 9.

2 In pascuis uberrimis pascam eas. Ezech. XIV. 14.

un alimento más delicado, en él ven el modelo de todas las virtudes llevadas á su último grado de perfección, propuestas á su imitación. Mas los perfectos saborean en él lo que más delicioso y exquisito hay en él; se elevan por la humanidad santa de Jesu-Cristo á los misterios más sublimes de la divinidad, en donde encuentran un reino de luz y de gloria, y los manantiales vivos de los afectos santos y de los ardores más encendidos; de los misterios de la divinidad descenden á los de la humanidad: de este modo van de los unos á los otros, sin cuidarse de ir á otra parte ni de conocer otra cosa: y en efecto, ¿cómo podrían encontrar algo de comparable? La Esposa lo sabía bien, cuando, al hablar de estos misterios según la interpretación de los santos, dice: El Rey me introdujo en sus bodegas. (1) La palabra bodega ó despensa, en la lengua hebrea y en la griega significa igualmente las cuevas subterráneas en donde guardan el vino, el lugar en donde conservan las viandas, el arsenal en donde están depositadas las armas ofensivas y defensivas, los gabinetes en donde están arregladas las cosas más raras y más preciosas: el oro, la plata, las pedrerías, los tesoros, y en fin, el lugar secreto en donde conversa uno confidencial y deliciosamente con la persona que uno ama; estos misterios son todo esto. Los principiantes y los que están más adelantados, encuentran ahí armas de un temple maravilloso, para atacar á sus enemigos y defenderse, alimentos excelentes para nutrirse, rarezas y riquezas inestimables, lo más precioso que hay en

1 Introduxit me Rex in cellaria sua. Cant. 13.

el mundo, el precio de su salvación y tesoros infinitos. Los perfectos, retirados de todo ruido, se entregan en silencio á los ejercicios de la caridad y del santo amor; allí contemplan ellos, admiran y gustan las perfecciones de Nuestro Señor, la dulzura de sus beneficios, las maravillas de su obras; se regocijan de ello; se bañan en torrentes de delicias que ellos solos conocen, y que, elevándolos fuera de sí mismos, los llevan á exclamar con la Esposa: *Nos regocijamos, saltamos de alegría en vos, acordándonos de vuestros pechos, y de ese amor soberano que nos teneis; los preferimos al vino de todos los consuelos que pudieran ofrecernos las criaturas.* (1) Aquí están los bienes y las dulzuras que dimanán del conocimiento de Jesu-Cristo. Por esto es que el Padre Balthazar Alvarez, santo religioso de nuestra Compañía, convencido de todas estas verdades por su propia experiencia, decía con un do'or extremo: (2) que la ignorancia más perjudicial al pueblo cristiano era la ignorancia de las perfecciones adorables de Jesu-Cristo, y de las inmensas riquezas que tenemos en él y por él. Esta ignorancia los precipita en abismos profundos de miseria, en donde se entregan á la tristeza, á las desolaciones, á las desconfianzas, como si sus males no tuvieran remedio. Así era como los hermanos de José estaban sumergidos en la miseria y en la angustia porque ignoraban que su hermano reinaba en Egypto, que tenía en su

1 Exultabimus et letabimur in te, memores uberum tuorum super vinum. Cant. I, 3. Según el Hebreo: Amorum tuorum. Pagn.

2 P. Dupont, Vie du P. Balthazar, ch. III.

poder, para soportarlos, toda la abundancia de este reino fértil, como lo experimentaron, cuando lo reconocieron y estuvieron á su lado.

En fin, el conocimiento de Nuestro Señor es tan necesario, que sin él, el conocimiento de todas las demás cosas no puede servirnos, y él solo puede bastarnos. Saber á Jesu-Cristo, es saber bastante y saberlo todo: no conocerlo, es saber nada. Así un tirador que supiera todos los medios de tirar á los diversos lados del blanco y no supiera el de dar con acierto en él, sería tan poco laudable como si nada supiera; le sería más útil conocer la línea recta ó ignorar las demás, puesto que solamente esa puede hacerle reportar el premio, mientras que las demás de nada le sirven. San Pablo también, aunque muy versado en las letras humanas, decía, sin embargo, *que no sabía mas que una sola cosa, á Jesu-Cristo crucificado,* (1) haciendo tan poco caso de todo lo demás como si lo hubiera ignorado. Véamos ahora cuál debe ser este conocimiento.

1 Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. I. Cor., II. 2.

el mundo, el precio de su salvación y tesoros infinitos. Los perfectos, retirados de todo ruido, se entregan en silencio á los ejercicios de la caridad y del santo amor; allí contemplan ellos, admiran y gustan las perfecciones de Nuestro Señor, la dulzura de sus beneficios, las maravillas de su obras; se regocijan de ello; se bañan en torrentes de delicias que ellos solos conocen, y que, elevándolos fuera de sí mismos, los llevan á exclamar con la Esposa: *Nos regocijamos, saltamos de alegría en vos, acordándonos de vuestros pechos, y de ese amor soberano que nos teneis; los preferimos al vino de todos los consuelos que pudieran ofrecernos las criaturas.* (1) Aquí están los bienes y las dulzuras que dimanán del conocimiento de Jesu-Cristo. Por esto es que el Padre Balthazar Alvarez, santo religioso de nuestra Compañía, convencido de todas estas verdades por su propia experiencia, decía con un do'or extremo: (2) que la ignorancia más perjudicial al pueblo cristiano era la ignorancia de las perfecciones adorables de Jesu-Cristo, y de las inmensas riquezas que tenemos en él y por él. Esta ignorancia los precipita en abismos profundos de miseria, en donde se entregan á la tristeza, á las desolaciones, á las desconfianzas, como si sus males no tuvieran remedio. Así era como los hermanos de José estaban sumergidos en la miseria y en la angustia porque ignoraban que su hermano reinaba en Egypto, que tenía en su

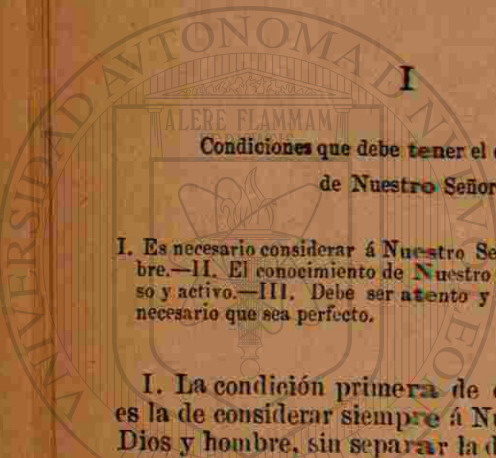
1 Exultabimus et letabimur in te, memores uberum tuorum super vinum. Cant. I, 3. Según el Hebreo: Amorum tuorum. Pagn.

2 P. Dupont, Vie du P. Balthazar, ch. III.

poder, para soborrerlos, toda la abundancia de este reino fértil, como lo experimentaron, cuando lo reconocieron y estuvieron á su lado.

En fin, el conocimiento de Nuestro Señor es tan necesario, que sin él, el conocimiento de todas las demás cosas no puede servirnos, y él solo puede bastarnos. Saber á Jesu-Cristo, es saber bastante y saberlo todo: no conocerlo, es saber nada. Así un tirador que supiera todos los medios de tirar á los diversos lados del blanco y no supiera el de dar con acierto en él, sería tan poco laudable como si nada supiera; le sería más útil conocer la línea recta ó ignorar las demás, puesto que solamente esa puede hacerle reportar el premio, mientras que las demás de nada le sirven. San Pablo también, aunque muy versado en las letras humanas, decía, sin embargo, *que no sabía mas que una sola cosa, á Jesu-Cristo crucificado,* (1) haciendo tan poco caso de todo lo demás como si lo hubiera ignorado. Véamos ahora cuál debe ser este conocimiento.

1 Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. I. Cor., II. 2.



I
Condiciones que debe tener el conocimiento
de Nuestro Señor.

I. Es necesario considerar á Nuestro Señor como Dios y hombre.—II. El conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo.—III. Debe ser atento y profundo.—IV. No es necesario que sea perfecto.

I. La condición primera de este conocimiento es la de considerar siempre á Nuestro Señor como Dios y hombre, sin separar la divinidad de la humanidad, ni la humanidad de la divinidad. Esto era lo que decía el profeta Abacuc: *Señor, vos se-reis conocido en medio de dos vidas* (1), se os considerará, se meditarán vuestras acciones en vuestras dos vidas, en la vida divina y en la vida humana; de manera que, si se os considera tomando nacimiento del seno de una Virgen en un pobre establo, entre dos animales, se os verá al mismo tiempo en el seno de vuestro Padre, engendrado de él como Dios de Dios y luz de luz. Si se os vé fijado en un patíbulo, sufriendo los dolores más crueles, lleno de oprobios, entre dos ladrones, se le-

1 In medio duarum vitarum cognosceris, Abacuc, III, 2.

vantarán al mismo tiempo los ojos al cielo, para contemplaros sentado sobre un trono de gloria en medio de vuestros ángeles. Así es, *¡oh Dios mío, como he considerado vuestras obras en este día; entonces, mi alma ha permanecido arrobada en los sentimientos de la admiración más grande, y de la más viva impresión* (1). Así es como necesitamos considerar siempre á Nuestro Señor en la unión de sus dos naturalezas; ved aquí la razón: Nuestro Señor, sin su divinidad, ya no es más Nuestro Señor; su sola humanidad no lo distingue de nuestra naturaleza, de nada podían servirnos su vida y su muerte, puesto que toda su fuerza para obrar nuestra salvación le viene de su divinidad, como la fuerza de Sansón, dice sabiamente San Próspero (2), venía de su cabeza. La cabeza de Nuestro Señor, dice San Pablo, era su divinidad (3), de la cual, como de la parte principal, descendían sobre su humanidad las influencias de esta virtud infinita, por la cual estaba él tan elevado sobre nosotros. El venerable Beda nota que Saul ha sido figura de Jesu-Cristo en muchas cosas, y principalmente en que de él se dijo: *Cuando apareció en medio del pueblo, sobresalía su cabeza entre todos* (4). Nuestro Señor solamente por la cabeza sobresale entre el resto de los hombres, es decir, por su divinidad, sin la cual él no sería más que nosotros.

Si es necesario no separar la divinidad de la hu-

1 Domine, consideravi opera tua, et expavi. Abacuc. III, 2.

2 S. Prosp. de prod. art. 2. ch. 21.

3 Caput vero Christi Deus. I. Cor., XI, 3.

4 Altior fuit universo populo ab humero et sursum. I. Reg., X, 23. Beda super. 1. Reg. cap. V.

manidad, no lo es menos el no separar la humanidad de la divinidad, porque esto sería despojar á Nuestro Señor de muchas cualidades muy gloriosas, como del título de nuestro Redentor, de nuestro Mediador, de nuestro Sacerdote, de nuestro sacrificio, de nuestro hermano, etc., y á nuestros cuerpos de la felicidad eterna. puesto que en este estado, no se hubiera él revestido de nuestra naturaleza, y no hubiera padecido la muerte por nosotros. Eso sería también quitarle atractivos muy grandes de amor, y arrancarle las flechas más acérrimas con que hiere los corazones; pues muchos dicen con San Bernardo (1), que lo que los mueve más piadosamente y los penetra de una manera más sensible de su amor, es el ver que siendo Dios, haya querido hacerse hombre, morir por ellos y sufrir tal muerte. Es necesario, pues, siempre, en nuestras meditaciones y nuestras consideraciones referentes á Nuestro Señor, unir de una manera inseparable la humanidad y la divinidad, como en efecto lo están. La Esposa nos dá ejemplo de ello; habiéndole dicho sus compañeras: *¿Qué tiene, pues, vuestro muy amado sobre todo lo que se ama, joh la más bella de todas las mujeres!* (2) para que lo améis con tanta fuerza y lo prefirais á todos? Ella responde: *Mi esposo es blanco y encarnado. Blanco*, dice San Ambrosio, por su divinidad, *rojo* á causa de su humanidad, de la carne que ha tomado y de la sangre que ha derramado por mí. (3)

1 Bern. serm 20 in cant.

2 Qualis est dilectus tuus ex dilecto, ó pulcherrima mulierum! Cant. V. 9.

3 Rubicundus Christus Dominus ex incarnatione, candidus autem ex divinitate. S. Ambr. de obitu Theod. imp. Theod. Aponius et alii, in eum locum.

¡Ved cuál es él; más en esta unión y en esta agradable mezcla de colores, en esta unión de la divinidad y de la humanidad, yo lo considero, lo miro, lo amo y lo encuentro, *escogido entre mil*, más amable que diez mil, y preferible á todo cuanto se puede amar (1).

II. En segundo lugar, el conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo, excitando eficazmente la voluntad á las obras buenas y al amor, y no solamente seco, especulativo y desvaneciéndose en pensamientos vanos. Es necesario que no sea estéril, como los rayos del sol que caen en las puntas de las rocas, y sobre las cuales no hacen brotar ni siquiera una brizna de yerba, sino fecundo como los rayos que alumbran los valles, calientan la tierra y le hacen dar frutos en abundancia. El conocimiento que aquí en la tierra tenemos de Nuestro Señor, debe parecerse al que los santos tienen en el cielo, conocimiento que no se reduce solamente á iluminar su entendimiento, sino que, además, excita poderosamente su voluntad á amarlo, á honrarlo, á adorarlo y á servirlo con todo su corazón. "El santo conocimiento de estos espíritus elevados sobre el mundo, dice San Dionisio, es infatigable, y arde en un amor que no conoce ni olvido ni reposo." (2) Así debe ser el nuestro, guardada proporción; firme, unida constantemente á este único objeto, ardiente en amor y victorioso del olvido y del pecado. Y para elevarnos á un conocimiento aun más sublime, sabe-

1 Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. Cant., V. 10.

2 S. Dionys. cap. 4, Eccl. hier.

mos que el Hijo de Dios, dice Santo Tomás, es un Verbo, es decir, no un conocimiento vano sino un conocimiento y un Verbo produciendo el amor (1), es decir, el Espíritu Santo, amor esencial y personal del Padre para el Hijo, y del Hijo para el Padre, que los une por un lazo indisoluble; esto es lo que la fe nos enseña. El conocimiento que tenemos del Hijo de Dios, no debe, pues, evaporarse en un humo de vanos pensamientos y de altas especulaciones que nada producen; sino que debe engendrar en nosotros su amor, ligarnos estrechamente y mirros inseparablemente á él. Por esto es que este amable Salvador, invitando á los hombres, en el Cántico de los cánticos, á la consideración de sus misterios, como á un festín magnífico, les dice: *Preparo ante vosotros una mesa cubierta de las viandas más exquisitas, no quiero que nada más las veáis, no han sido hechas para eso las viandas, sino que las toméis, que os nutrais de ellas; comed por tanto, amigos míos, mis muy amados; bebed, y bebed en tal abundancia, que os embriagueis de amor, de esta sábia y sobria embriaguez que purifica el cuerpo, ilumina el espíritu, amortigua las pasiones, calienta el corazón con mi amor, y hace olvidar todo lo demás, para no pensar sino sólo en mí.* (2) La esposa también, despues de ese festín, de este conocimiento de Nuestro Señor, no puede contener más los transportes de su corazón: grita por todas partes que ella arde, que langui-

1 Verbum non qualecumque, sed spirans amorem. S. Thom., II, p. q. 43, art. 5 ad 2.

2 Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi. Cant., V, 1. Y según la traducción de algunos otros: inebriamini amoribus. Catena trium Patrum. Ricardo de Sn. Victor.

dece de su amor, que ella es toda de él, que no tiene cuerpo, alma, pensamientos ni afectos sino para él. San Pablo dice, hablando de sí mismo y de las personas verdaderamente espirituales, que se aplican al conocimiento de Nuestro Señor: *En cuanto á nosotros, contemplamos la gloria de Nuestro Señor, los misterios de su divinidad y de su humanidad, no con miedo ni aprensión, á causa de la bajeza aparente de algunos de ellos; sino á cara descubierta, con firmeza y seguridad, mirándolos todos como muy gloriosos, y tanto más gloriosos para nosotros y útiles para nuestra salvación, cuanto ellos parecen más cubiertos de oprobios. Y entonces, recibiendo por la fuerza de esta contemplación, como en espejos fieles, los rayos de esta gloria y de estos misterios, nos transformamos en la imagen de aquel que vemos, y que los ha obrado; pasamos de una claridad á otra, es decir, de un misterio á otro misterio, impulsados por el movimiento del Espíritu Santo, y llegando á ser cada día más iluminados y más inflamados de amor.* (1) Ved aquí el modelo que debemos seguir en el conocimiento que queremos tener de Nuestro Señor; es menester que este conocimiento nos lleve á amarle, á honrarle, á hacemos semejante á él; la razón de esto es evidente: ¿de qué nos serviría en efecto, conocerle, si no le amáramos? *Aún cuando yo tuviera el don de profecía,* dice el Apóstol, aunque tuviera un conocimiento perfecto de todos los misterios y de todas las cien-

1 Nos vero omnes, revelatâ facie, gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur á claritate in claritatem, tanquam á Domini spiritu. II. ad Cor., III, 18. Vide Gagneus et Estius, ibid.

cias, si no tengo la caridad, nada soy. (1) No son las ciencias ni los pensamientos sublimes quienes deben salvarnos, sino la conciencia y la virtud.

III. En tercer lugar, este conocimiento debe ser atento, serio, penetrante y profundo, y no ligero ni superficial, porque como la apariencia exterior de los misterios de Nuestro Señor, está frecuentemente llena de amargura, si se detuviera uno solamente en la corteza, quedaria disgustado, y para nada gozaria de la dulzura y del fruto que están ocultos en lo interior. El Espíritu Santo, en el libro de los Cánticos (2) los compara á las nueces: se necesita abrir la nuez para sacar de ella el fruto, de otra manera viene á ser inútil. "Todo cuanto de bello habia en el tabernáculo de la ley antigua, estaba cubierto con pieles, dice San Gerónimo; así, no hubiera uno hecho algún caso de él, si solo se hubieran considerado las apariencias; pero, levantando esta vil cobertura y penetrando en el interior, lo encontraba uno admirable; se veía la arca de la alianza hecha de una madera incorruptible, toda brillante de oro, guardando todo lo que Israel tenía de más precioso y sagrado: las tablas de la ley, la vara de Moisés y un vaso lleno de maná. Esta era figura de Jesu-Cristo: en lo exterior no se ve en él otra cosa que humillación, trabajos, dolores; mas si se quiere entrar más adelante y penetrar hasta en el interior, allí encontrará uno la gloria, el reposo y la vida, y cuanto hay de más grande y divino en el mun-

1 Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam, caritatem autem non habuero, nihil sum. I. Cor. XIII. 1.

2 Descendí in hortum nucum. Cant., VI, 10.

do." (1) Es preciso que el conocimiento que quereis tener de él llegue hasta eso, que quereis que os sea provechoso; tanto más que, siendo el fin de este conocimiento el conducirnos á imitarle y formar en vosotros los rasgos de este modelo divino, es necesario considerarlo de cerca y atenta mente. Cuando un pintor quiere copiar un original excelente, no se contenta con mirarle ligeramente y con precipitación, sino que fija sobre él un ojo atento, le considera con mucho cuidado, aplica en él toda la vivacidad de su espíritu, y toda la fuerza de su vista, á fin de no perder alguno de los rasgos, aún los más ligeros, que se propone imitar. Así es como debemos considerar á Nuestro Señor y sus misterios divinos; es necesario, con una atención profunda y firme, examinar con cuidado todos los rasgos de este modelo, que debemos reproducir en nosotros lo más perfectamente que nos sea posible. San Dionisio dice excelentemente á propósito de esto: "El uso de la virtud divina se forma en una alma en un alto grado de semejanza, cuando esta alma mira y contempla atentamente esta belleza inteligible; del mismo modo que, cuando un pintor detiene fijamente su vista sobre su original, sin distraerla en manera alguna, sin dividir su atención, ciertamente lo representará al natural, y para servirme de los términos del santo, duplicará el objeto que saca, y lo hará de tal manera semejante, que no habrá más diferencia ahí que en la substancia; así, la contemplación atenta é invariable de la belleza divina, producirá, en el alma de las personas espiri-

1 Hieron., in Prol. galea.

tuales, una imagen exquisita y natural de Dios, que ofrecerá entonces una semejanza grande." (1) Podemos concluir de estas palabras, que se necesita, para formar en nosotros una imagen de Nuestro Señor, que su conocimiento y la consideración de sus misterios no sean ligeros, sino atentos y profundos.

Advertiremos con motivo de esto, como una cosa de importancia muy grande en la vida espiritual, que una de las causas principales, por las cuales un gran número de personas no avanzan en la virtud, y no recojen de sus meditaciones, oraciones y otros ejercicios espirituales, los frutos que estos medios poderosos pudieran producir, es que piensan muy ligeramente en los misterios de la fe, y no hacen, por decirlo así, sino tratar de una manera superficial; de suerte que no pudiendo el espíritu concebílos, penetrarlos y gustarlos, y no recibiendo el alma impresión alguna de ellos, la persona se queda siempre en el mismo estado. Los ojos del cuerpo no ven sino la superficie de los objetos, y las más veces, por lo ordinario, nos contentamos con que los ojos de nuestra alma hagan lo mismo, y no vayan mas adelante en las cosas de Dios y de la salvación. Es necesario no obrar así, sino considerarlos con cuidado y con atención; y mientras una cosa de esta importancia sea más vista, revista y profundizada, entrará más profundamente en el espíritu y obrará grandes efectos en la voluntad. Una verdad fuerte, sentida y vivamente, tal como la presencia de Dios que nos sigue por todas partes, la felicidad ó la desgracia

1 S. Dionis., cap. IV, de Eccl. Hier.

que nos espera en la eternidad, el fin para el cual estamos en el mundo, la obligación estrecha que tenemos de amar á Nuestro Señor, y otras semejantes uno de estos grandes principios, bien fijo en el espíritu y en el corazón, obrará más eficazmente y producirá efectos más felices en un hombre, que un gran número de ligeros conocimientos de tantos asuntos diferentes.

IV. En cuarto lugar, es menester que este conocimiento sea moderado; no se necesita un conocimiento perfecto de Nuestro Señor para amarlo mucho. "Verdad es que, como dice San Agustín, de ningún modo sabría uno amar una cosa que no conoce uno en nada." (1) Pero también, para amar mucho, no se necesita conocer mucho; un poco de conocimiento puede dar un amor ardiente, así como una pequeña chispa pueda causar un gran fuego. Esto es lo que enseña el Doctor angélico, (2) cuando dice que se necesita mucho más para un conocimiento perfecto, que para un amor perfecto; porque, para conocer perfectamente una cosa, es preciso conocer clara y distintamente todo cuanto hay en ella, su esencia, sus virtudes, sus propiedades, sus operaciones; mientras que el amor se encierra en límites mas estrechos; se inclina simplemente al objeto y solamente como es en sí mismo y le basta, para amarlo, encontrar en él algo amable. Se ve, pues, claramente por esto que se necesita mucha menos aplicación para amar que para conocer. Lo vemos todos los días en aquellos que aman: una madre ama apasionadamente

1 Rem prorsus ignotam amare omnino nullus potest. Aug. lib. X de Trin. cap. 1 y 11.

2 S. Thom. 1. 2. quæst. 27. a. 2. ad 2.

á su hijo único, á quien no conoce sino muy imperfectamente, porque ella no conoce su alma, su memoria, su entendimiento, su voluntad, la justa distribución de las partes interiores de su cuerpo y otras mil cosas que hay en él. Por tanto, es verdad que una cosa puede ser perfectamente amada, sin ser perfectamente conocida; y por consiguiente, para amar mucho á Nuestro Señor, no es necesario conocerlo perfectamente, ni buscar muchos motivos que nos lleven á amarle; basta tener uno ó dos de ellos bien concebidos y desarrollados claramente en el espíritu. Y en efecto, si se les preguntara á los que se aman más en esta vida cuáles son las causas de este amor extremo que tienen, darían muy pocas, y muy frecuentemente imaginarias y mal fundadas, un no se qué, la simpatía, alguna pretendida perfección, cualquier beneficio ú otras cosas semejantes. Del mismo modo, para amar perfectamente á Nuestro Señor, no se necesitan tantos conocimientos, discursos, razonamientos; uno de sus misterios meditado seriamente, una de sus perfecciones con admiración atentamente y conocida claramente, tanto cuanto es posible, el menor de sus beneficios pesado en una balanza justa, bastaría para abrasar nuestros corazones. Bastan pocos conocimientos á un buen corazón, decía Séneca. (1)

Por esto es necesario procurar dedicaros á un punto particular cualquiera, y escoger, en los motivos diferentes de amor, que vamos á desarrollar, uno ó dos de aquellos que comprenda más fácilmente vuestro espíritu y que inflamen más vues-

1 Paucis opus est ad bonam mentem litteris, Senec, ep. 109.

tro corazón. Damos muchos de ellos, á fin de que cada uno entre el os encuentre el suyo, según su gusto y atractivo. Será menester deteneros y fijaros en el que habiereis escogido, sin recurrir á otros; considerarlo atentamente, estudiarlo, rumiarlo, con tanto cuidado y tan largo tiempo, que tengáis un conocimiento suficiente de él para moveros; entonces dejareis todas las consideraciones y las indagaciones nuevas, y no os ocupareis sino en entregaros á los ejercicios del amor.

Hay algunos que tienen un ansia insaciable de saber siempre, de aprender siempre nuevas cosas de Nuestro Señor, de descubrir motivos nuevos de amor, sin llegar jamás al ejercicio de este santo amor; esto es ciertamente un gran abuso. ¿Qué se dirá de un hombre que no hiciera continuamente sino amontonar leña, sin encender fuego jamás? Para hacer fuego, basta una cantidad competente de leña bien dispuesta, y hacerla arder; no espera sino esto. Del mismo modo, para encender en nuestros corazones el fuego del amor de Nuestro Señor, verdad es que primero se necesita reunir leña, es decir, algunos conocimientos de él; mas en seguida es necesario encenderlos y hacerlos arrojar flamas.

II.

CONCLUSIÓN.

I. El hombre desea naturalmente conocer Ejemplos —II. Debemos desear con mucho mas ardor conocer a Nuestro Señor.

El Espíritu Santo dice por boca de Salomón: *Los ojos del sabio están en su cabeza, y el insensato anda en las tinieblas* (1). Explicando San Gregorio de Nysa este pasaje (2), se admira de esta manera de hablar, y pregunta ¿qué quiere decir, tanto más, que no hay algún sér viviente que tenga los ojos fuera de la cabeza? después responde él que el hombre sabio pone sus ojos, es decir, sus pensamientos, en Nuestro Señor Jesu-Cristo, que es su cabeza, según la palabra de San Pablo (3), y que el necio lleva los ojos en sus piés, es de ir, á las cosas viles y percederas de esta vida, y que así, camina en las tinieblas.

I. Siendo el conocimiento de Jesu-Cristo tan noble, tan dulce, tan útil y tan elevado sobre todos los demás, como lo hemos demostrado, es pre-

1 Sapientis oculus in capite ejus: stultus in tenebris ambulat. Eccl., II, 14.

2 Greg. Nyss. hom. 5 in Eccl.

3 Omnis viri caput, Christus est. I. Cor. 3, XI.

ciso ahora trabajar con todas nuestras fuerzas en conocerlo y en conocerlo de la manera que lo hemos indicado. Aristóteles comienza su libro sobre la metafísica por esta sentencia: Todos los hombres desean naturalmente saber; (1) traen desde el seno de su madre una inclinación muy fuerte á saber siempre algo nuevo. Según esta necesidad del hombre, muchos grandes personajes de la antigüedad, tales como Pitágoras, Platon, Aristóteles y otros, de quienes habla San Gerónimo (2), han dejado su país, sus casas, sus parientes, sus amigos, y han hecho viajes largos y penosos al Egipto, las Indias y hasta las estremidades de la tierra habitable, para ver lo que se hacia ahí, ser instruidos de lo que ignoraban, y descubrir algunos secretos escondidos. En la mayor parte de los pueblos, aquellos que pasaban por los mejores espíritus dejaban todo otro cuidado para aplicarse al conocimiento de las cosas naturales. Tales eran los filósofos entre los griegos, los druidas entre los galos, los magos en la Persia, los gimnosofistas en Etiopía, y los brahmanes en las Indias. Los gimnosofistas se quedaban inmóviles días enteros considerando el sol. Un cierto Aristómaco consagró, según lo refiere Plinio, (3) cincuenta y ocho años en estudiar la república de las abejas: otro llamado Philico pasó toda su vida en las selvas entre las colmenas, para conocer las costumbres secretas de estos insectos. Pero ¿quién llevó más lejos que Demóstenes (4) el deseo de ser elocuente? El

1 Omnes homines naturá scire desiderant. Arist. init. Metaph.

2 Hier., ad Paulinum.

3 Plin. liv. XI. c. 6.

4 Val. Max. livr. VIII, ch. 7.

ardor de que estaba inflamado, y las penas que se tomó para hacerse hábil en este arte, parecen increíbles. Grandes defectos naturales lo ponían casi en la imposibilidad de conseguirlo, se hizo violencias extraordinarias para corregirse de ellos y para formarse á decir bien, á despecho de la naturaleza. No podía ni aun pronunciar la primera letra del arte por el cual estaba apasionado, la letra R, porque tartamudeaba; para remediarlo, llenaba su boca de piedritas, y así pronunciaba los discursos que sabía de memoria; por este medio se corrigió de tal manera de éste defecto, que no había en Grecia un solo hombre, que pronunciara tan clara y distintamente como él. Tenía la voz aguda y los riñones débiles; para reforzarlos, trepaba las rocas declamando hasta perder la respiración las arengas que se había aprendido. Otras veces iba á la orilla de la mar, al lugar donde las olas se rompían con más violencia y ruido, y ahí recitaba, lo más en voz alta que le era posible, para fortalecer el pecho y la voz, y acostumbrarse al ruido de un pueblo agitado. No tenía gracia para hablar, un gesto pesado que causaba risa; él no se desconcertó nunca, y tomó con un valor invencible la resolución de corregirse á costa de cualquier precio. Hizo cavar bajo la tierra un lugar á donde bajaba todos los días y allá, en pie, delante de un espejo, se ejercitaba en formar su gesto y en pulir su pronunciación con una aplicación tan ardiente, y una constancia tal, que muy frecuentemente permanecía allí dos ó tres meses, haciéndose rasurar la mitad de la cabeza, á fin de que la vergüenza le impidiera salir, por más deseos que de ello tuviera, y que así se viera obligado á per-

manecer allí. ¡Qué resolución y qué valor para llegar á ser elocuente! Oleantes, (1) famoso filósofo, tenía un deseo tan grande de aprender que, no pudiendo suministrar á los gastos de sus estudios, á causa de su pobreza, para subvenir á ellos, en lugar de tomar reposo, pasaba las noches en sacar agua, ¡tan grande y violento era el deseo de que tenía de saber! Y estos ejemplos se encuentran, no solamente entre los antiguos, los modernos nos los suministran tan prodigiosos. Tico-Brahé, (2) joven Señor de Dinamarca, de una nobleza y de una fortuna distinguidas, dotado de un espíritu excelente, fué cautivado del amor de la astronomía de tal modo, que, para entregarse enteramente á él, abandonó todas sus pretensiones y todas las grandezas á las cuales le daban derecho su espíritu, su nobleza, sus riquezas y sus parientes, hizo construir, con gastos inmensos, un gran castillo, ó más bien una ciudad, á la cual dió el nombre de Urano-burgo, ó ciudad del cielo. La llenó de todos los artesanos que le eran necesarios para la fabricación de las cosas necesarias á su estudio y se confinó hasta la muerte en lo alto de su habitación, en una cúpula de cristal que llamaba Esteban-burgo, ó ciudad de las estrellas. Ahí, durante cuarenta ó cincuenta años que vivió, se aplicó constantemente á considerarlas, privado de las dulzuras de la vida, no dando en el día sino algunas horas al sueño, y aun á fuerza, y pasando todas las noches, aun en los inviernos mas rigurosos, en esta región del norte, para aplicarse úni-

1 Valer. Max. ibi.

2 In ejus vita.

eamente al conocimiento de los astros, que le había llegado á ser tan querido.

II. Si este caballero tuvo tanta pasión para conocer el movimiento de algunos cuerpos inanimados, insensibles y que de ningún modo pudieron corresponderle; si Demóstenes ha trabajado tanto para arreglar unas cuantas palabras, y engañar al pueblo por medio de arengas artificiosas; si los filósofos han gastado las fuerzas de sus cuerpos y de su espíritu por considerar las cosas naturales; si todos los hombres, en fin, tienen una grande necesidad de conocer, á tal grado que, tienen siempre los ojos y las orejas abiertas para saber alguna cosa nueva, la cual muchas veces les sería más ventajoso ignorar, ¡cuánto más razonable es pasar los días y las noches ocupándose únicamente del conocimiento más noble, más dulce, más necesario, más útil á nuestro espíritu, y el único que puede contentarlo, quiero decir, el conocimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo! Santo Tomás dice excelentemente que hay muchas fuentes, en donde los hombres han tratado de apagar la sed y el deseo natural que tienen de saber. Los cuatro elementos y el cielo son cinco de esas fuentes; los cuerpos mixtos, las plantas, los animales, los hombres, los ángeles, forman otras cinco de ellas; en estas fuentes es en donde han bebido diversamente y con una grande ansia los filósofos, los matemáticos, los geómetras, y los médicos; sin embargo, no han calmado su sed, porque no es posible, dice el Santo Doctor, que el conocimiento de criatura alguna pueda contentar al espíritu humano. (1) Uno de

1 S. Thom. Opusc ad., 6 gradum charitatis.

ellos decía: *He corrido con una sed ardiente* (1) y un ardor extremo á estas fuentes; pero porque ellas no contienen el bien soberano, ni la primera verdad, no pueden calvarnos. Elévate, por tanto, más alto, hombre criado á la imagen de Dios, y dí: Mi alma ha tenido sed del Dios fuerte, fuente de agua viva, manantial inagotable de toda verdad. (2) A esta fuente es á la que es preciso ir á beber y apagar la sed que tenemos de saber, porque en ella encontraremos todo cuanto nuestros espíritus y nuestros deseos más ardientes, pueden desear, y mil veces más.

Debemos imitar en esto á San Pablo, que decía á los de Filipo, hablando de sí: Desprecio yo y tengo en nada todos los conocimientos de los que hasta el presente he hecho el mayor caso, cuando los comparo al conocimiento de Jesu-Cristo mi Señor; la ciencia de la cual es él el objeto la encuentro tan bella, tan admirable, tan dulce, tan provechosa, que no tengo cuenta alguna de todas las demás, que en otro tiempo me habían agradado tanto; *las veo como bagatelas*, viandas sin sustancia, incapaces de nutrir y de contentar mi espíritu; detenerse en ellas es perder el tiempo, y llegan á ser un gran obstáculo al espíritu de Dios, si no se tiene cuidado en ello. (3) El da la razón fundamental de ésto hablando á los Colossenses. Deseo, dice él, que sepáis que trabajo por vosotros

1 Cucurri in siti. Psal. VI. 15.

2 Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. Ps. XLI. 2.

3 Quae mihi fuerunt lucra, hoc arbitratus sum propter Christum detrimenta: verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi Domini mei. Philip. III. 7, et 8.

y que todos mis cuidados tienden á que esteis unidos y estrechados juntamente en la caridad llenos de los tesoros de la gracia, y de un perfecto conocimiento del misterio de Dios Padre y de Jesu-Cristo; en quien están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia. (1) Por la sabiduría, dice el doctor angélico, se entiende el conocimiento de Dios y de las cosas divinas: por la ciencia, el de las criaturas. (2) Examinando los Santos Crisóstomo y Theofilacto las demás palabras de San Pablo, dicen que la palabra *tesoros* puesta en plural, muestra la abundancia y la plenitud de la sabiduría y de la ciencia que posee Nuestro Señor; cuando añade *todos*, declara que él sabe todo y nada ignora; y por la palabra *escondidos en él*, anuncia que solo él es quien sabe todo, que tiene el conocimiento de todas las cosas divinas y humanas, increadas y creadas, y que todos los conocimientos verdaderos que tienen los ángeles y los hombres no son sino como pequeños arroyuelos de agua de este manantial. (3)

Puesto que Nuestro Señor Jesucristo sabe todo y que nada ignora, es necesario no buscar fuera de él la sabiduría y la ciencia, dice Santo Tomás (4) y dá la razón de ello por esta comparación: "Un hombre que tuviera un libro que contuviera todo, no tendría que abrir otro libro para apren-

1 Instructi in charitate et in omnes divitias plenitudinis intellectus in agnitionem mysterii Dei Patris et Christi Jesu: in quo sunt omnes thesauri sapientie et scientie absconditi. Coloss., II, 2 et 3.

2 D. Thoma, ibid.

3 S. S. Chrys., et Theoph., in illum locum.

4 Non oportet sapientiam querere nisi in Christo. S. Thom., ibid.

der algo; del mismo modo, no debemos pensar sino en buscar á Jesucristo, y en leer noche y dia en este gran libro, que nos enseñará todo." Habiendo dicho San Agustín que se podía llegar á la sabiduría por muchos caminos, se desdijo de esto en el libro de sus retractaciones, y corrige esta opinión diciendo: que no hay más que un solo camino para llegar á ella; á saber Nuestro Señor, quien por esto se llama el camino: (1) él se nombra el camino y á la vez la verdad, para significar que por él es por quien se ha de ir á la verdad y á todas las riquezas de la sabiduría y de la ciencia, que todo se encontrará en él. Mas, *os digo*, añade el Apóstol, en el lugar ya citado, que Nuestro Señor es el abismo de toda la ciencia, á fin de que no os dejéis engañar por palabras bellas y magníficas de oradores, ni por las sutilezas y las curiosidades engañosas de los filósofos (2) "Que Demóstenes y Cicerón no os deslumbren por el brillo de su elocuencia," dice Santo Tomás; (3) que Aristóteles y Platon no os encanten por los atractivos de su doctrina; si leéis esos libros, si os aplicais á esas ciencias, haced, en primer lugar, más caso incomparablemente de la ciencia de Jesucristo que de todas esas; aplicaos en seguida á esas ciencias con motivos buenos, para gloria de Dios vuestra salvación y la del prójimo. Escribiendo San Pau-

1 Quia dixi ad sapientie conjunctionem non una via per veniri non bene sonat, quasi alia via sit, propter Christum, qui dixit: Ego sum via. S. Aug., I, Solil., cap. III; Retrac. lib I., cap. IV.

2 Hoc autem dico, ut nemo vos decipiat in sublimitate sermonum.... Videte ne quis vos decipiat per philosophiam, et inanem fallaciam. Coloss., II, 4 et 8.

3 Nec Demosthenes, nec Tullius vos decipiant in sublimitate sermonis. D. Thom.

lino á un hombre sabio llamado Aper, y regocijándose con él de que de abogado y juez se había dado enteramente á Dios, consagrándose á él por el estado religioso, le dijo entre otras cosas: "Que los oradores guarden sus discursos bellos, los filósofos sus ciencias, los ricos sus riquezas, y los reyes sus reinos! en quanto á nosotros, Jesucristo es nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino. En él es en quien hemos sido sepultados y por quien ahora estamos escondidos á los ojos del mundo, para aparecer un día, para su vergüenza y confusión, con honor y en triunfo, en compañía de ese Señor, en la reunión de todas las criaturas. (1) Dejallos, mi muy querido hermano, dejadlos; que gocen de sus humores durante el poco tiempo que tienen de vida; que recojan los frutos de sus tristes placeres, porque muy pronto se secarán como la yerba del campo, y los días de estos desgraciados, cuyas esperanzas se limitan á esta vida y no más allá, se desvanecerán como la sombra. Jesucristo nos enseña por sus palabras y sus ejemplos á conocer la verdad, ya inclinándonos á despreciar las cosas temporales, ya excitando en nosotros el deseo de los bienes eternos. Ellos se han alejado de Jesucristo, que es la verdad soberana: es preciso necesariamente que caigan en una ceguera tan desgraciada; que vean como solido lo que es frágil y perecedero, y como bagatelas, quanto hay más grande y duradero. Se burlan de la ver-

1 Sibi habeant litteras suas oratores, sibi sapientiam suam philosophi, sibi divitias suas divites, sibi regna sua reges: nobis gloria et possessio et regnum Christus est cui consepulti sumus, in quo nunc abscondimur hujus mundi oculis, est confusio ejusdem, cum ipso revelemur. S. Paulini ep. 27, ad Aprum.

dad como si ella fuera una locura, y acogen la locura como si fuera la verdad." (1) Para no engañarnos tan groseramente acerca del mérito verdadero y la elección de las cosas, unámonos firmemente á la verdad, que es Jesu-Cristo, dejemos á los otros sus ciencias inútiles, apliquémosnos á conocerlo, pues que en él están contenidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

III.

Respuesta á las excusas.

I. Tenemos bastante espíritu.—II. Tenemos bastante tiempo.—
III. Estimulo para este estudio.

I. Es inútil el alegar, para excusarse de aplicarse al conocimiento de Jesu-Cristo, que no se tiene bastante espíritu, decís, y teneis tanto para una multitud de otras cosas que no son comparables á esta: no careceis de él, cuando se trata de

1 Sine illos interim, frater dilectissime, sine fruuntur gloria et vitá suá, potiantur fructibus suis, quoniam sicut olera herbarum citò decident, et dies eorum, sicut umbra, prætereunt, quorum spes intra hujus sævi spatia concluditur. Per Christum discimus agnoscere veritatem, vel in contentu temporalium, vel in appetitu æternorum bonorum, á quo alieni, quia et veritas Christus est, in hác necesse est errorum infelicitium cæcitate permanent, ut in fragili soliditatem et in sólido inapitatem putent, vera pro vanis rideant, et pro veris vana mirentur. S. Paulinus, ead., ep. 27, ad Aprum.

lino á un hombre sabio llamado Aper, y regocijándose con él de que de abogado y juez se había dado enteramente á Dios, consagrándose á él por el estado religioso, le dijo entre otras cosas: "Que los oradores guarden sus discursos bellos, los filósofos sus ciencias, los ricos sus riquezas, y los reyes sus reinos! en quanto á nosotros, Jesucristo es nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino. En él es en quien hemos sido sepultados y por quien ahora estamos escondidos á los ojos del mundo, para aparecer un día, para su vergüenza y confusión, con honor y en triunfo, en compañía de ese Señor, en la reunión de todas las criaturas. (1) Dejallos, mi muy querido hermano, dejadlos; que gocen de sus humores durante el poco tiempo que tienen de vida; que recojan los frutos de sus tristes placeres, porque muy pronto se secarán como la yerba del campo, y los días de estos desgraciados, cuyas esperanzas se limitan á esta vida y no más allá, se desvanecerán como la sombra. Jesucristo nos enseña por sus palabras y sus ejemplos á conocer la verdad, ya inclinándonos á despreciar las cosas temporales, ya excitando en nosotros el deseo de los bienes eternos. Ellos se han alejado de Jesucristo, que es la verdad soberana: es preciso necesariamente que caigan en una ceguera tan desgraciada; que vean como solido lo que es frágil y perecedero, y como bagatelas, quanto hay más grande y duradero. Se burlan de la ver-

1 Sibi habeant litteras suas oratores, sibi sapientiam suam philosophi, sibi divitias suas divites, sibi regna sua reges: nobis gloria et possessio et regnum Christus est cui consepulti sumus, in quo nunc abscondimur hujus mundi oculis, est confusio ejusdem, cum ipso revelemur. S. Paulini ep. 27, ad Aprum.

dad como si ella fuera una locura, y acojen la locura como si fuera la verdad." (1) Para no engañarnos tan groseramente acerca del mérito verdadero y la elección de las cosas, unámonos firmemente á la verdad, que es Jesu-Cristo, dejemos á los otros sus ciencias inútiles, apliquémosnos á conocerlo, pues que en él están contenidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

III.

Respuesta á las excusas.

I. Tenemos bastante espíritu.—II. Tenemos bastante tiempo.—
III. Estimulo para este estudio.

I. Es inútil el alegar, para excusarse de aplicarse al conocimiento de Jesu-Cristo, que no se tiene bastante espíritu, decís, y teneis tanto para una multitud de otras cosas que no son comparables á esta: no careceis de él, cuando se trata de

1 Sine illos interim, frater dilectissime, sine fruuntur gloria et vitá suá, potiantur fructibus suis, quoniam sicut olera herbarum citò decident, et dies eorum, sicut umbra, prætereunt, quorum spes intra hujus sævi spatia concluditur. Per Christum discimus agnoscere veritatem, vel in contentu temporalium, vel in appetitu æternorum bonorum, á quo alieni, quia et veritas Christus est, in hác necesse est errorum infelicitium cecitate permanent, ut in fragili soliditatem et in sólido inapitatem putent, vera pro vanis rideant, et pro veris vana mirentur. S. Paulinus, ead. ep. 27. ad Aprum.

vuestro honor ó de vuestro interés; y por otra parte, aun cuando fuese verdad que no tuviereis talento, no es tanto el talento que se necesita para adquirir esta ciencia, como la buena voluntad. En las ciencias humanas, la retórica, la filosofía, las matemáticas y aun la teología escolástica, es verdad que se necesita capacidad, el entendimiento tiene en ellas el imperio, y aquel que está dotado de mejor juicio, aventaja á los demás; pero en la teología mística y para conocer á Nuestro Señor, la voluntad es la que preside, la que tiene la llave, y la que abre la puerta de esta escuela, en la cual este soberano maestro enseña á las almas en silencio y les da la inteligencia de sus misterios. "No es la lectura de los libros la que dá esta ciencia, dice San Bernardo, sino la unión interior; no es la letra muerta, sino el espíritu de gracia; no son las investigaciones profundas, sino la ejecución de los mandamientos." (1) Si quereis conocer mucho á Nuestro Señor, amadlo mucho; el amor os dará más conocimientos que todas las frías especulaciones. Es cierto que así como el conocimiento engendra amor, así también el amor sirve mucho para aumentar el conocimiento; esto es lo que hizo decir á San Gregorio: "El amor es un conocimiento," (2) y á San Agustín: "El amor es un ojo; y amar es ver." (3) Una poca de miel que hayais probado, os hará comprender mejor su

1 Non enim hanc scientiam lectio docet, sed unctio; non littera, sed spiritus; non eruditio, sed exercitatio in mandatis Dei. S. Beró. ep. 108, ad Thomam de sancto Andomaro.

2 Amor notitia est. S. Greg. Hom. 27, in Evang.

3 Amor oculus est, et amare videre est. S. Aug. apud. Rich. cap. III, de grad, charit.

dulzura que todos los discursos de los hombres; así, si amais á Nuestro Señor, el amor os lo hará gustar; y este amor y ese gusto os harán conocer mil veces mejor lo que es, que todo cuanto de él se os pudiera decir; porque la ciencia experimental sobrepuja á todas las demás. Por esto decía David: Probad y ved cuán dulce es el Señor, (1) coloca el gusto antes de la vista, porque el gusto aumenta y fortifica la vista. Así, Jonatás, el gran amigo de David, habiendo probado una poca de miel, aseguró que sus ojos habían sido esclarecidos y fortificados. (2) Por esto ya no deis ahora la exensa, que no teneis bastante espíritu para daros al conocimiento de Nuestro Señor; teneis un corazón para amarlo, amadlo, gustadlo, y ciertamente lo conoceréis más perfectamente que si tuviereis el más sutil espíritu.

II. No digais tampoco que no teneis bastante tiempo para aplicaros á él, porque también lo teneis bastante, si quereis servir de él, lo teneis bastante para leer libros curiosos, para aprender tantas cosas vanas, tantas bagatelas que, como dice Séneca, si las encerrais en vos mismo, no os harán aparecer más sabio, sino más molesto. (3) Respondiendo San Paulino á un cierto Jovio, receptor de contribuciones, hombre muy sabio, que se excusaba con las obligaciones de su empleo, en

1 Gustate et videte quoniam suavis est Dominus. Ps. XXXIII, 9.

2 Illuminata sunt oculi mei, eò quòd gustavorum paululum de melle isto. I. Reg. XIV, 29.

3 Quae sive contineas, nihil tacitam conscientiam juvant; sive próferas, non doctior videberis, sed molestior. Senec. de brevitate vitæ, cap. XIII.

no poder dedicarse al conocimiento de Nuestro Señor, como este Santo lo deseaba, lo estrecha con estas fuertes y poderosas palabras: "Habeis recogido las flores de todos los poetas, estais lleno de la elocuencia de todos los oradores, estais versado en la doctrina de los filósofos, rico en la literatura extranjera, habeis podido aplicaros al estudio de la lengua griega; y ahora, os lo pregunto, ¿qué se hacen los deberes de vuestro cargo, cuando leéis á Cicerón y Demóstenes, ó cuando, disgustado de una lectura habitual, ojeais á Jenofonte, Platón, Catón y tantos otros, cuyos nombres apenas sabemos nosotros, mientras que vos conocéis lo que encierran?" (1) Para aplicaros á esos conocimientos encontráis bastante tiempo; y para entregaros al conocimiento de Jesu-Cristo que es la sabiduría de Dios, no lo encontráis? Alegáis como excusa las ocupaciones de vuestro cargo. Teneis tiempo para vacar á la filosofía, y ¿no tendríais tiempo para considerar los misterios del cristianismo? Hacedlo mejor, cambiad de resolucion, sed filósofo de Dios, sed peripatético en la escuela de Jesu-Cristo." (2) La sabia advertencia que San Paulino hacía á este sabio, pudiera dirigirse á un gran

1 *Omnium poetarum floribus spiras, omnium oratorum fluminibus exundas, philosophæ quoque fontibus irrigaris, peregrinis etiam dives literis, os atticis faris implet. Quærote, ubi tunc tributa sunt, cum Tullium et Demosthenem perlegis, vel jam usitatorum de saturitate fastidens lectionum, Xenophontem, Platonem, Catonem, perlectos rerolbis multosque prætereas, quorum nos fortè nec nomina, ut etiam volumina, tenes? S. Paulinus, ep. XXXVI, ad Jovium tributarium.*

2 *Ut istis occuparis, immunis es et liber; ut Christum, hoc est, sapientiam Dei discas, tributarius et occupatus es. Vacat tibi ut philosophus sis, non vacat ut christianus sis. Verte potius sententiam, sis Dei philosophus, esto peripateticus Deo. ibid.*

número de otras personas, que no piensan sino raramente en Nuestro Señor, y creen justificarse diciendo, que no tienen tiempo. Oh! lo tienen bastante para leer los libros de los paganos, para ser gramáticos, para aprender lenguas diversas! Lo tienen bastante para conocer las bellezas de la poesía y de la retórica, para penetrar los secretos de la filosofía, y no lo tienen para estudiar los de Jesu-Cristo. Bastante lo tienen, y no es la falta de tiempo la causa de su ignorancia, sino la falta de afición y voluntad. "No es el tiempo el que nos falta, decia Séneca: sino que lo perdemos mucho en juegos, en recreaciones, en conversaciones inútiles, en ocupaciones frívolas;" (1) así, no podemos decir que el tiempo nos falte, sino más bien que lo desperdiciamos. Si empleárais en el conocimiento de Nuestro Señor el que perdéis en cosas inútiles, muy pronto seríais sabio en este conocimiento.

III. Puesto que nada puede excusarnos de no trabajar en conocer á Nuestro Señor, y que por otra parte, este conocimiento nos presenta ventajas que descuellan, como lo hemos visto, entre las que pueden procurarnos los demás conocimientos, tomemos, por tanto, la resolucion de aplicar nos á él en lo de adelante con un ardor vivo y constante, y de una manera enteramente diferente de como lo hemos hecho hasta ahora; esforcémos en conocer sus perfecciones, sus beneficios y todas las cosas que lo hacen amable, para amarlo desde el momento con todo nuestro corazón. Puede ser que hasta este momento os hayais aplicado con ardor á

1 *Non exiguum temperis habemus, sed multum perdimus. Seneca, de brevitate vite, cap. 1.*

aprender las letras humanas, y á conocer las cosas naturales, en ello habeis encontrado espinas muchas, según esta palabra de Salomón: *Esta es una ocupación muy penosa, que engendra solamente trabajo y aflicción de espíritu.* (1) Y bien! ahora, sin abandonar esas ciencias, si vuestro bien ó el del prójimo os obliga á aplicaros á ellas, daos eficazmente á la sobrecientemente ciencia de Jesu-Christo: venid á la fuente de la sabiduría, á aquel en quien encontrareis todos los tesoros de la ciencia y de la verdad, y estad seguro que, cualquiera ciencia que tengais, no estareis sino en los primeros elementos de la sabiduría, mientras no hayais llegado á conocer á aquél que es el manantial de ella. Un doctor judío, (2) se sirve de una comparación bella é ingeniosa, que puede servir de instrucción sólida sobre esta materia: Sabed, hijo mío, dice, que mientras no estudiéis sino las ciencias humanas, seréis siempre semejante á los que vagan en rededor del palacio del rey, buscando la puerta sin encontrarla, como dice uno de nuestros antiguos proverbios. *El hijo de Aben Zoma está todavía fuera.*

Quando hayais comprendido las cosas corporales, comenzareis á entrar en el palacio y á pasearos en los patios; y si os eleváis á las cosas espirituales, entonces estais en la casa del rey, habreis entrado á su habitación; pero todavía no habeis visto su rostro. Aquí es donde los sabios del mundo se definen, se aplican á la consideración de la

1 Occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum.... labor et afflictio spiritus. Eccli. I, 15, et 16.

2 Moyses, Egyptus, in ductore dubitantium.

naturaleza, y no van más lejos; pero aquél que refiere todos sus estudios á Dios, y que se si ve del conocimiento de las criaturas para elevarse al conocimiento y al amor del Criador, es del número de aquellos que están siempre con el rey y que ven la belleza de su rostro." He aquí lo que dice el judío. Así, aun cuando fuerais un poeta tan hábil como Virgilio, tan elocuente como Cicerón; aun cuando penetrarais en las ciencias naturales tanto como Aristóteles y que tuvierais solo tanta ciencia como todos los hombres sabios juntos, si no teneis la ciencia de Jesu-Christo, todavía no habeis visto el rostro del rey, no es ais aún más que á la puerta de su palacio. Por esto buscad este rostro, pedidle esta ciencia. Mas, pedidla al mismo Jesu-Christo, porque solo él os la puede dar. No se puede ver al sol con otra luz más que con la suya; del mismo modo no se puede conocer al sol de justicia más que con la luz de su gracia. Pedid, *él es el Dios de las ciencias; (1) él es quien enseña la ciencia á los hombres, y quien da la sabiduría á los sabios.* (2) y como él es infinitamente liberal, y tiene un deseo vivo de darla y de hacerse conocer para la felicidad de los hombres, os la dará con abundancia y largueza. *Si alguno de entre vosotros necesita sabiduría, dice Santiago, que la pida á Dios, que la comunica a todos liberalmente, y le será dada con amor.* (3)

1 Scientiarum Dominus, I, Reg. II, 3.

2 Qui docet hominem scientiam, et dat sapientiam sapientibus. Ps. XCIII, 19. Dan. II, 21.

3 Si quis autem vestrum indiget sapientia, postulet á Deo, qui dat omnibus affluenter, et non improperat, et dabitur ei, Jacob. I, 5.

Pidámosla unos por otros; sigamos en esto el consejo y ejemplo de San Pablo, cuyo deseo y oración frecuentes eran que los cristianos aprendieran á conocer á Jesu-Cristo. *No cesso de acordarme de vosotros en mis oraciones, dice á los de Efeso, á fin de que el Dios de la gloria y Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo os de el espíritu de sabiduría, y os revele el misterio de su conocimiento; que esclarezca los ojos de vuestro espíritu, á fin de que sepais á qué esperanza os da derecho vuestra vocación de cristiano, y qué tesoro de gloria y de riqueza está reservado á sus santos en la herencia que él les ha prometido.* (1) Esto es por lo que, doblando la rodilla, con toda la humildad y el afecto posibles, ruego á Dios Padre que os fortalezca interiormente con su gracia, haga germinar en vuestros corazones la fe, el conocimiento y el amor de su Hijo, á fin de que estando arraigados profundamente, y fundados firmemente en este amor, podais comprender con todos los santos y verdaderos cristianos, cual es la longitud, latitud, altura y profundidad de las bellezas que hay en él, de los bienes que os vienen de él, del soberano amor que os tiene, que excede todo lo que pueda concebir el espíritu, para que estéis llenos y colmados de su fe de su conocimiento, de su amor, y de todos sus de

1 Non cesso.....memoriam vestri faciens in orationibus meis: ut Deus, Domini Nostri Jesu-Christi Pater glorio, det vobis spiritum sapientiae et revelationis ejus: illuminatos oculos cordis vestri, ut sciatis quae sit spes vocationis ejus, et quae divitiae gloriae hereditatis ejus in sanctis. Ephes, I, 16, 17, 18.

más dones. (1) He aquí lo que San Pablo deseaba y pedía para los cristianos. Deseemos y pidamos lo mismo los unos por los otros; y por esto, concuyo con las palabras que terminan la última epístola del príncipe de los Apóstoles: *Creced, hermanos míos, en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, á quien sea dada gloria ahora y en la eternidad. Así sea.* (2) Más es suficiente hablar del celo que debemos llevar para conocer á Jesu-Cristo; venga nos abo á á los motivos que deben llevarnos á amarlo. Sin embargo, antes de entrar en el detalle de estos motivos diferentes, vamos á referir dos pasajes célebres de la Santa Escritura, que son, por decir así, el resumen de un gran número.

1 Hujus rei gratiã flecto genua mea... ut det vobis secundùm divitias gloriae suae, virtute corroborari per spiritum ejus in interiorum hominem, Christum habitare per fidem in cordibus vestris: in charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quae sit latitudo et longitudo, et sublimitas et profundum: scire etiam supereminentem scientiae claritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. Eph... III, 14, 16, 17, 18, 19.

2 Vos igitur fratres... crescite in gratiã et in cognitione Domini nostri, et salvatoris Jesu-Christi. Ipsi gloria, et nunc, et in diem aeternitatis. Amen. II, Petr, III, 18.

Pidámosla unos por otros; sigamos en esto el consejo y ejemplo de San Pablo, cuyo deseo y oración frecuentes eran que los cristianos aprendieran á conocer á Jesu-Cristo. *No cesso de acordarme de vosotros en mis oraciones, dice á los de Efeso, á fin de que el Dios de la gloria y Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo os de el espíritu de sabiduría, y os revele el misterio de su conocimiento; que esclarezca los ojos de vuestro espíritu, á fin de que sepais á qué esperanza os da derecho vuestra vocación de cristiano, y qué tesoro de gloria y de riqueza está reservado á sus santos en la herencia que él les ha prometido.* (1) Esto es por lo que, doblando la rodilla, con toda la humildad y el afecto posibles, ruego á Dios Padre que os fortalezca interiormente con su gracia, haga germinar en vuestros corazones la fe, el conocimiento y el amor de su Hijo, á fin de que estando arraigados profundamente, y fundados firmemente en este amor, podais comprender con todos los santos y verdaderos cristianos, cual es la longitud, latitud, altura y profundidad de las bellezas que hay en él, de los bienes que os vienen de él, del soberano amor que os tiene, que excede todo lo que pueda concebir el espíritu, para que estéis llenos y colmados de su fe de su conocimiento, de su amor, y de todos sus de

1 Non cesso.....memoriam vestri faciens in orationibus meis: ut Deus, Domini Nostri Jesu-Christi Pater glorio, det vobis spiritum sapientiae et revelationis ejus: illuminatos oculos cordis vestri, ut sciatis quae sit spes vocationis ejus, et quae divitiae gloriae hereditatis ejus in sanctis. Ephes, I, 16, 17, 18.

más dones. (1) He aquí lo que San Pablo deseaba y pedía para los cristianos. Deseemos y pidamos lo mismo los unos por los otros; y por esto, concuyo con las palabras que terminan la última epístola del príncipe de los Apóstoles: *Creced, hermanos míos, en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, á quien sea dada gloria ahora y en la eternidad. Así sea.* (2) Más es suficiente hablar del celo que debemos llevar para conocer á Jesu-Cristo; venga nos ahora á los motivos que deben llevarnos á amarlo. Sin embargo, antes de entrar en el detalle de estos motivos diferentes, vamos á referir dos pasajes célebres de la Santa Escritura, que son, por decir así, el resumen de un gran número.

1 Hujus rei gratiã flecto genua mea... ut det vobis secundùm divitias gloriae suae, virtute corroborari per spiritum ejus in interiorum hominem, Christum habitare per fidem in cordibus vestris: in charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quae sit latitudo et longitudo, et sublimitas et profundum: scire etiam supereminentem scientiae claritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. Eph... III, 14, 16, 17, 18, 19.

2 Vos igitur fratres... crescite in gratiã et in cognitione Domini nostri, et salvatoris Jesu-Christi. Ipsi gloria, et nunc, et in diem aeternitatis. Amen. II, Petr, III, 18.

CAPITULO CUARTO.

Dos pasajes muy notables de la Escritura Santa, conteniendo muchos motivos que pueden llevar nuestros corazones al amor de Nuestro Señor Jesu-Christo.

1. Es necesario escoger para amar.—II. Primer pasaje: tomado del libro VIII de los Proverbios.—III. Segundo pasaje, de la Sabiduría.—IV. Ejemplos de Enrique Suso y de San Lorenzo Justiniano.—V. Cual es el verdadero filósofo.

I. Escribiendo Séneca á su amigo Lucilo, le da un aviso muy importante acerca del amor: Escoge, le dice, y después amad. (1) Qu'ere decir por esto, que se debe amar, no por pasión más bien que por razón, ni por ligereza y sin examen, como la mayor parte de los hombres; sino con conocimiento y juicio, examinar el mérito de la persona que se quiere amar, pesar el bien y el mal que pueden resultar de la elección que haremos, no ir con precipitación en un negocio de esta importancia, sino con una gran circunspección, mucha malicia y prudencia. Por esto añade: Nada hagáis sin deliberarlo con vuestro amigo y tomar sus consejos; más antes reflexionad maduramente si debéis tomarlo por vuestro amigo. (2) Y en efecto, si quien

1 Ep. III Elige, postea dilige. Sem. ep. III.

2 Omnia cum amico delibera, sed de ipso prius. Ibid.

quiere comprar alguna cosa, no toma al acaso la primera que le cae á la mano, sino que mira y considera con cuidado en todo sentido, para hacer una buena elección y no ser engañado; si ninguno monta un caballo sin haberlo montado, paño sin haberlo examinado, vino sin haberlo probado, un instrumento de música sin haberlo ensayado, cuán puesto en razón y necesario es el poner la mayor atención en la elección de un amigo, el no dar su corazón al primero que se presenta, sino examinar cuidadosamente si es digno de ello! Al escoger un amigo, se le da lo más precioso, puesto que le da uno su corazón y por consiguiente todo; por otra parte se toma fácilmente el carácter y las costumbres de su amigo, con quien nos hace insensiblemente semejantes la fuerza del amor. Además, el amor tiene un imperio tan maravilloso sobre el hombre, que arrastra y lleva tras sí, como un primer móvil todas las demás pasiones y las hace como quiere, y así como si el primer móvil se des-arreglara en sus movimientos, se seguiría de esto una confusión horrible en el universo, porque él dirige los movimientos de los cuerpos celestes, del cual depende toda la economía de las cosas de la tierra; así, si el amor, que tiene un dominio tan absoluto sobre nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestro honor, nuestros bienes, y sobre todo en general, es des-arreglado, debe necesariamente turbar y pervertir á todo el hombre, y causar el desorden más grande en sus afectos y pensamientos, en su alma y en su cuerpo. Por tanto, es de una gran importancia, fundar juiciosamente y escoger bien á aquel á quien quiere dárselo. Ahora bien, pretendemos demostrar en este pri-

mer libro, y con la gracia de Dios nada será más fácil, que Nuestro Señor Jesu Christo es el único objeto digno de nuestro corazón; que todo hombre de juicio debe necesariamente escogerlo por el objeto de su amor, y que no se puede dejar de hacer esta elección sin carecer de buen sentido. Vamos, como lo hemos prometido, á dar en este capítulo dos pasajes notables de la Santa Escritura, que encierran muchas razones muy poderosas para inclinarnos á esta elección.

II. El primero está tomado del capítulo 8.º de los Proverbios, en el que Salomón hace intervenir á la sabiduría, es decir, según la interpretación común de los santos Padres. (1) Nuestro Señor Jesu Christo, la sabiduría encarnada, quien, desde lo alto de las montañas, en los grandes caminos, á la entrada de las ciudades, á las puertas de las casas, y por todas las partes, llama á todos los hombres con una voz fuerte y los invita á venir á él.

Oh hombres, á vosotros hablo, á vosotros se dirige mi voz; escuchad y venid á mí; (2) y para comprometerlos á ello y atraerlos como con fuertes cadenas, les dice: Por mí y por mi gracia, los reyes reinan, los príncipes mandan, los potentados y los monarcas llevan el cetro y la corona. Yo soy quien da á los legisladores la ciencia de formar leyes buenas para gobernar los Estados, y á los magistrados la fuerza para ejercer la justicia equitativamente y

1 Ath. Bas. Naz. Chris. Niss. Cyril. Ambr. Hier. Aug. Hil. según Salazar.

2 Oirii, ad vos clamato, et vox mea ad filios hominum Prov. VIII, 4.

sin temor. Amo á los que me aman, y el que sea diligente en buscarme, me encontrará, y encontrará conmigo, la abundancia de todos los bienes; porque las riquezas, la gloria, los honores las dignidades, los placeres sólidos y las virtudes verdaderas, están conmigo; es incomparablemente más honorable, más provechoso, y más feliz para el hombre el poseerme, que el poseer todo el oro, toda la plata, todas las piedras preciosas y todos los bienes de la tierra. Yo conduzco á los que vienen á mí por los caminos de la prudencia y de la justicia; los enriquezco por la posesión de los bienes verdaderos, como todos sus deseos y mis más dulces placeres y mis más caras delicias son estar con los hijos de los hombres. (1)

Por esto, hijos míos, seguid mi consejo, venid á mí. Dichosos aquellos que dan oído á mis palabras. Pesad lo que os digo, guardaos de desecharlo y sed sabios en la elección que hagais del objeto de vuestro amor. Feliz el hombre que sigue mis consejos que vela todos los días en mi puerta para encontrarme, y que me espera á la entrada de mi casa. Quien me encuentre, encontrará la vida, y su salvación en el Señor. Quien me ofenda, dañará su alma. Todos los que me odian se odian á sí mismos y aman la muerte. (2)

1 Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt; per me principes funderant, et potentates decernunt justitiam. Ego diligentes me diligo; et qui mane vigilat ad me, inveniet me. Mecum sunt divitiae, et gloria, opes superbiae, et justitia. Melior est enim fructus meus auro, et lapide pretioso, et gemina mea argento electo. In viis justitiae ambulo, in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me, et thesauras eorum repleam..... et deliciae mea esse cum filiis hominum. Prov. VIII, v. 32, ad 36.

2 Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam.

III. El segundo pasaje está tomado de los capítulos sexto, séptimo y octavo del libro de la sabiduría: Hablando allí el Espíritu Santo de la sabiduría encarnada, dice entre otras cosas: *La sabiduría es de un acceso fácil; se deja ver fácilmente de los que la aman y se deja encontrar de los que la buscan; se adelanta, hacia aquellos que la desean y les sale al encuentro para mostrarse la primera. El que madrugare para buscarla, la encontrará sin trabajo, porque ella estará sentada en su puerta para esperarlo. Pensad por tanto en ella; esta es la señal más segura de un buen espíritu, y el punto más elevado de la prudencia*" (1)

"Yo la he preferido á los reinos y á los trenos de los monarcas; no he hecho caso alguno de las riquezas, y las he visto como viles comparándolas á ella. Las más bellas piedras preciosas no me han parecido de algún precio; el oro más puro me ha parecido una ligera arena; la plata más probada, como lofo delante de ella. La he amado más que la salud y belleza; he resuelto quererla más que mis ojos, tomarla por mi luz, porque es la única que nunca se apaga. Todos los bienes y tesoros inestimables de gloria y de honor me han

Bonus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et habiet salutem à Domino; qui autem in me peccaverit, loquet animam suam. Omnes qui me oderunt, diligunt mortem. Prov., VIII, v. 32 ad 36.

1 Scientia facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quorunt illam. Prooccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Qui de luce vigilaverit ad illam, non laboravit: assidentem enim illam foribus suis inveniet. Cogitare ergo de illa sensus est consummatus. Sap., VI, v. 13, ad 16.

venido con ella. Encontré por todas partes dicha y alegría, porque ella iba delante de mí, y me conducía. Oh Dios! antes de amarla y de encontrarla, ignoraba yo que ella fuera la causa de tantos bienes y la verdadera madre de tanta dicha. Ella es la virtud de Dios, la efusión toda pura de la claridad del Todopoderoso; es ella el esplendor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imagen perfecta de su bondad; es más bella que el sol, más elevada que todas las estrellas; si se la compara á la luz, ella la aventajará." (1)

Esto es por lo que "la he amado, la he buscado con afán desde mi juventud; he tratado de tenerla por esposa, porque sus atractivos me han conmovido vivamente, y he quedado ardentemente prendado de su belleza." Y cómo no amarla viendo cómo trata á sus amigos! "Ella es la que enseña la ciencia de Dios, y la que dirige sus obras;" da á sus amigos la luz para discernir las acciones más perfectas, y la fuerza para ejecutarlas. "Si se de-

1 Praeposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse dixi in comparatione illius nec comparavi illi lapidem pretiosum, quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tanquam lutum estimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam: quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius. Et letatus sum in omnibus; quoniam antecedebar me ista scientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est..... Vapor est enim virtutis Dei, et emanatio quaedam est claritatis omnipotentis Dei sincera..... Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis illius..... Est enim haec speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum, luci comparata invenitur prior. Sap., VII, v. 8, ad 12, et á. 25 ad 30.

sean las riquezas de esta vida, ¿qué cosa hay más rica que la sabiduría, que hace todas las cosas? Si alguno desea la justicia, las grandes virtudes son también su obra; si alguno desea la profundidad de la ciencia, ella es quien sabe lo pasado, y quien juzga de lo porvenir; penetra lo que hay más sutil en los discursos, y descubre la solución de los argumentos más difíciles; conoce los signos y prodigios antes que aparezcan, y lo que debe suceder en la sucesión del tiempo y de los siglos." (1)

"Por tanto, he resuelto tomarla por la compañera de mi vida, sabiendo que ella me participará de sus bienes, y que me consolará en mis penas y desazones, como un amigo consuela á su amigo desolado y enjuga sus lágrimas. Ella es también la que me dará la inmortalidad,.... al entrar á mi casa encontraré mi reposo con ella, porque su conversación no tiene amargura y su compañía nada de enojoso; al contrario, ella es un manantial continuo de placeres maravillosos y de arrebatadoras delicias. En consecuencia habiendo pensado en todas estas cosas, y habiéndolas meditado, en mi corazón, iba yo á buscar la sabiduría por todas partes á fin de tomarla por compañera." (2)

1 Hanc amavi, et exquisivi á juventute meá, et quæsi vi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius..... Doctrix enim est disciplinæ D. I. et electrix operum illius. Et si divitiæ apponuntur in vita, quid sapientiâ locupletius quæ queratur omnia.....? Et si justitiam quis diligit, labores hujus magnas habent virtutes..... Et si multitudinem scientiæ desiderat quis, scit præterita, et de futuris aestimat; scit versutias sermonum, et dissolutiones argumentorum: signa et monstra scit antequam fiant et eventus temporum et sæculorum. Sap. VIII, 2, ad 9.

2 Proposui ergo hanc adducere ad convivendum: sciens quo-

Hé aquí las palabras del Espíritu Santo; son notables, y será bueno volverlas á leer muchas veces, considerarlas y meditarlas atentamente, siguiendo las divisiones que hemos establecido, porque cada una de ellas contiene muchos motivos poderosos para llevarnos al amor de Nuestro Señor, y encender este fuego sagrado en nuestros corazones; será muy difícil no sentir á lo menos algunas centellas, por poco que se las quiera profundizar.

IV. La historia de la vida de Enrique Suso, hombre muy santo, de la orden de Sto. Domingo, refiere que siendo aún joven religioso, y oyendo leer á la hora de comer las palabras que acabamos de referir, su espíritu se impresionó tan vivamente con ellas, y se incendió en un ardor tal, que estaba hecho un fuego y como fuera de sí, ardiendo y languideciendo en un deseo indecible de tener esta bella y rica esposa. Ciertamente, decía él, yo haré todos mis esfuerzos para ganar el amor de esta excelente sabiduría, de la que dicen tantas maravillas: ¡oh! si puedo llegar á conseguirlo, seré el hombre más dichoso del mundo; no desearé, ni pediré nada más. Después de haber suspirado mucho tiempo, después de muchas oraciones y súplicas, la sabiduría se mostró un día á él en una nube brillante como el sol, y con tantos atractivos que ella hubiera movido á los más insensibles, y

nam mecum communicabit de bonis, et erit allocutio cogitationis et tœdii mei..... Habebo per hanc immortalitatem..... Intrans in domum meam, conquiescam cum illa: non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tœdium convictus illius, sed lætitiã et gaudium. Hoc cogitans apud me, et commemorans in corde meo..... circueibam quaerens, ut mihi illam assumerem. Sap. VIII, 9 ad 19.

abrasado los corazones más helados: é inclinándose á él con una benevolencia extrema y con el esplendor de una majestad toda divina, le dijo sonriendo graciosamente: *Hijo mío, dame tu corazón.* (1) Ante este espectáculo y oyendo estas palabras Suso fuera de sí mismo y en el transporte de la alegría, se arroja á sus pies, la agradece con la más profunda humildad y todo el ardor de su alma y se consagra enteramente á su servicio. Desde entonces, más que nunca, ardió en amor de ella, pensando continuamente en ella; había aun tomado la costumbre, siempre que oía cantar alguna canción profana, de retirarse inmediatamente á su corazón para conservar á esta divina esposa, y consagrarle todo, diciendo: Señor Jesús, si una gran reina, dotada de la belleza del cuerpo y del espíritu, llena de toda clase de perfecciones, me hubiera sido dada por esposa, tendría yo justamente el derecho de regocijarme por eso, si todavía perteneciera yo al mundo; pero ahora que la sabiduría divina me ha sido dada, ¿cómo no me entregaré á todos los transportes de la alegría y del arrobamiento? Por esto yo ya no deseo nada sobre la tierra, en ella encuentro la abundancia de riquezas, de honores, de placeres, de ciencia y de todos los bienes. Y entonces, este santo hombre, todo absorto en sus pensamientos sublimes, con el rostro radiante de alegría, el corazón ensanchado, todos sus sentidos interiores embalsamados con una unción celeste, iba por todas partes gritando: "Yo he amado la sabiduría más que la belleza y que la salud; he resuelto verla como mi única luz, y toda clase de bienes y de ben-

1 Praebe, filioi, cor tuum mihi. Prov., XXIII, 6.

diciones me han venido con ella." Así es como las palabras que hemos citado llevaron á Enrique Suso á amar la sabiduría, y tal es el favor señalado que la sabiduría le concedió. (1)

Ella le hizo otro tanto á san Lorenzo Justiniano, y lo cuenta él mismo que, siendo de 19 años, y buscando, según la inclinación de su edad, su reposo en las criaturas, sin poder encontrarlo en ellas, la sabiduría le apareció bajo la forma de una virgen joven, dotada de una belleza incomparable, de una majestad y de un esplendor extraordinarios, y con un rostro muy gracioso le dijo con una voz llena de dulzura: ¿Por qué mi muy amado, prodigais tú los afectos de tu corazón, y buscas en las criaturas lo que pueda saciar tus deseos y darte la felicidad? Sólo yo poseo lo que tú buscas, tú lo encontrarás infaliblemente en mí; aun desde esa vida gozarás de una paz increíble y de un reposo inefable de espíritu, si me tomas por esposa. Admitado de esta maravilla, el joven Lorenzo deseaba saber quién era la que le dirigía esas dulces palabras; ella le dijo que era la sabiduría de Dios que se había revestido de nuestra naturaleza por la salvación de los hombres, y que él debía apresurarse á rendirse á su invitación. Habiendo Lorenzo aceptado con sentimientos de la más viva alegría ofrecimientos tan ventajosos, le dió entonces ella el beso de paz, después desapareció, dejando la flecha del santo amor, en el corazón del joven, quien la llevó toda su vida, amando á

1 B. Laurent, Jus, in fasciculo amoris, et Bern. Justin. in ejus, vitá apud, Surium, 8, Jan.

esta esposa divina con el amor más tierno, más abrasado, más fuerte y más constante.

Y Imitadlo, mi querido lector; rendios á las razones que encierran las palabras que hemos referido; tomad á la sabiduría por esposa, puesto que ella misma lo quiere, que se ofrece, y es la que primero os busca; en esto consisten la sabiduría y la verdadera filosofía. En efecto, si Dios es la sabiduría, como dice san Agustín, (1) el verdadero filósofo, es decir, aquel que ama la sabiduría, es aquel que ama á Dios; y como la sabiduría es atribuida propia y personalmente al Hijo de Dios, se sigue de esto que el verdadero filósofo es aquel que ama al Hijo de Dios, y que la verdadera filosofía no es otra cosa que el amor de Jesu-Cristo Nuestro Señor. De aquí viene que los Santos Padres, por un filósofo, entiendan un cristiano; y según ellos, dedicarse á la filosofía, significa creer en Jesu-Cristo, imitarlo y amarlo. En este sentido dice san Justino: (2) "Es necesario que todos los hombres estudien la filosofía, es decir, que se esfuercen por conocer y amar á Jesu-Cristo, y que estén bien persuadidos que esta es la acción más grande y más honrosa que puedan hacer; todo lo demás no es más que accesorio." Esto es bastante sobre los motivos generales que deben llevarnos á amar á Jesu-Cristo.

Examinemos ahora estos motivos en particular.

1 Si sapientia Deus est, veris philosophus est amator Dei. S. Aug. VIII de Civit. cap. I.

2 Justin. Dialog. cum Triphone.

CAPITULO QUINTO.

Primer motivo de amor.

Nuestro Señor es amable á causa de las perfecciones infinitas de su divinidad.

I. Del motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Dios es absolutamente perfecto.—III. Dios es infinitamente perfecto.—IV. Dios sólo es un acto puro.—V. Efectos que producen las perfecciones de Dios.

I. El motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor, será sin duda las perfecciones de su divinidad, porque ellas son ciertamente las más grandes de todas, puesto que son infinitas. Mas estas perfecciones son puramente espirituales; por otra parte, constando nosotros de alma y cuerpo, estamos reducidos á la triste necesidad de no poder conocer durante esta vida las cosas espirituales tales como son; no pudiendo nuestros espíritus ver nada sino al través de los sentidos corporales, lo ven todo corporal y sensible así como nuestros ojos, viendo diversos objetos de diferentes colores al través de un vidrio rojo, los ven todos de este color. De esto se sigue, en consecuencia, que siéndonos muy poco conocidas las perfecciones de Dios, no hacen en nuestras almas toda

esta esposa divina con el amor más tierno, más abrasado, más fuerte y más constante.

Y Imitadlo, mi querido lector; rendios á las razones que encierran las palabras que hemos referido; tomad á la sabiduría por esposa, puesto que ella misma lo quiere, que se ofrece, y es la que primero os busca; en esto consisten la sabiduría y la verdadera filosofía. En efecto, si Dios es la sabiduría, como dice san Agustín, (1) el verdadero filósofo, es decir, aquel que ama la sabiduría, es aquel que ama á Dios; y como la sabiduría es atribuida propia y personalmente al Hijo de Dios, se sigue de esto que el verdadero filósofo es aquel que ama al Hijo de Dios, y que la verdadera filosofía no es otra cosa que el amor de Jesu-Cristo Nuestro Señor. De aquí viene que los Santos Padres, por un filósofo, entiendan un cristiano; y según ellos, dedicarse á la filosofía, significa creer en Jesu-Cristo, imitarlo y amarlo. En este sentido dice san Justino: (2) "Es necesario que todos los hombres estudien la filosofía, es decir, que se esfuercen por conocer y amar á Jesu-Cristo, y que estén bien persuadidos que esta es la acción más grande y más honrosa que puedan hacer; todo lo demás no es más que accesorio." Esto es bastante sobre los motivos generales que deben llevarnos á amar á Jesu-Cristo.

Examinemos ahora estos motivos en particular.

1 Si sapientia Deus est, veris philosophus est amator Dei. S. Aug. VIII de Civit. cap. I.

2 Justin. Dialog. cum Triphone.

CAPITULO QUINTO.

Primer motivo de amor.

Nuestro Señor es amable á causa de las perfecciones infinitas de su divinidad.

- I. Del motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Dios es absolutamente perfecto.—III. Dios es infinitamente perfecto.—IV. Dios sólo es un acto puro.—V. Efectos que producen las perfecciones de Dios.

I. El motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor, será sin duda las perfecciones de su divinidad, porque ellas son ciertamente las más grandes de todas, puesto que son infinitas. Mas estas perfecciones son puramente espirituales; por otra parte, constando nosotros de alma y cuerpo, estamos reducidos á la triste necesidad de no poder conocer durante esta vida las cosas espirituales tales como son; no pudiendo nuestros espíritus ver nada sino al través de los sentidos corporales, lo ven todo corporal y sensible así como nuestros ojos, viendo diversos objetos de diferentes colores al través de un vidrio rojo, los ven todos de este color. De esto se sigue, en consecuencia, que siéndonos muy poco conocidas las perfecciones de Dios, no hacen en nuestras almas toda

la impresión que en ella deberían producir. Y como las palabras son las imágenes de nuestros conocimientos, no siéndonos conocidas las perfecciones divinas más que imperfectamente, casi no podemos hablar de ellas de una manera conveniente; sin embargo, puesto que el asunto á ello nos obliga, trataremos de decir algo de ellas, ó mejor dicho, de balbutir, y de sacar á lo menos una gota de agua de este océano infinito.

II. Santo Tomás dice, escribiendo contra los gentiles: Dios es un ser perfecto en todas las cosas; no le falta nobleza alguna, excelencia alguna, ni perfección alguna de cualquier género que sea. (1) Dios es perfecto en sí mismo y por sí mismo, decía el filósofo Alcino; El es siempre perfecto y es perfecto en todo género de perfección. (2) El es perfecto en todo, dice más largamente San Cirilo de Jerusalem, (3) perfecto en conocimiento, en poder, en grandeza, en previsión, en bondad y absolutamente perfecto en todo. Por esto los antiguos comparaban á Dios con el círculo, que es la figura más perfecta; lo que hacía decir á Zenon que Dios era esférico, es decir, perfecto. Refiere Sinésio que los sacerdotes Egipcios tenían costumbre de retirarse en lugares subterráneos, en donde estaban encerradas con candado esferas, que adoraban ellos, porque les parecía que ellas representaban la excelencia y la perfección de Dios. (4) Esto es

1 Deus est universaliter ens perfectum, cui non deest alicujus generis nobilitas. D. Thom., lib. I contra Gent., cap. XXVIII.

2 Deus est sibi ipso, perfectus, semper perfectus, omni ex parte perfectus. Alcinois cap. IX.

3 Catech. VI.

4 De encomio Calirtii.

lo que no es expresado por esta famosa sentencia de Empédocles, que algunos atribuyen á Trismégisto: Dios es una esfera intelectual é incomprensible, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.

III. Dios es por tanto infinitamente perfecto y la perfección misma; es un círculo que, en perfección, no tiene ni principio ni fin. *El Señor es grande, exclama David, está sobre toda alabanza, su grandeza no tiene límites; (1) es grande en su naturaleza, en su bondad, en su belleza, en su sabiduría, en su poder, en sus riquezas, en sus perfecciones; ellas son todas infinitas. El es grande, es elevado, es inmenso, decía el profeta Baruc, y su grandeza y su inmensidad no tienen límites; (2) El es la grandeza, la bondad, la belleza, la sabiduría misma, la única perfección esencial, decían los platónicos (3) y él es todo esto, porque él es el ser mismo. Esté es el sentido en que decía á Moisés: Yo soy el que soy. (4) Si los hijos de Israel te preguntan quién soy y en nombre de quién les hablas, les dirás: Aquel que es me ha enviado hácia vosotros. El se da este nombre para declararles, como lo notan San Gregorio y San Agustín, la necesidad y la eternidad de su ser. (5) Esto era lo que los paganos habían querido significar por la*

1 Magnus Dominus et laudabilis nimis: et magnitudinis ejus non est finis. Ps. CXLV, 3.

2 Magnus est, et non habet finem: excelsus et inensus. Baruch. III, 25.

3 Ipsum bonum, ipsum pulchrum, ipsum esse.

4 Ego sum qui sum..... Qui est, misit me ad vos. Exod., III, 14.

5 S. Greg. oratis in Pascha. S. Aug., de vera Relig. XLIX.

inscripción misteriosa del templo de Delfos, que decía: *Vos sois*, como para decir á Dios: Solamente vos sois el que sois, y nosotros y todas las demás criaturas no somos. El Santo hombre Job dice de Dios en el mismo sentido: *El solo es* (1) A propósito de esto San Gregorio pregunta con admiración: "¿Pero acaso los ángeles, los hombres, el cielo, la tierra y los animales no existen? Ciertamente, además del testimonio de nuestros ojos, ¿no está escrito: *El ha creado todas las cosas á fin de que existiesen?*" (2) ¿Cómo, pues, Job puede decir que sólo Dios existe?" Después responde: una cosa es existir y existir principalmente y como el principio de la existencia para sí y para los demás; otra cosa es tener un ser mutable y perecedero, y tener un ser inmutable. Es verdad que los ángeles, los hombres y las demás criaturas son ó existen, pero no existen como principio, y hablando propiamente, porque tienen la existencia como préstamo solamente; no subsisten por sí mismos, sino en Dios que es quien los sostiene, y ellos dejarían de existir, si su mano no los sostuviera. (3) Habiendo sido sacadas todas las cosas de la nada, añade el mismo Santo, tienen una inclinación á volver á la nada, como á lo que les es natural; y, en efecto, el peso de esta inclinación las precipitaría allá, si la mano todopoderosa que las ha criado no las detuviera, y no las tu-

1 *Ipsé solus est.* Job XXIII, 13.

2 *Creavit ut essent omnia.* Sap. I, 14.

3 *Sed aliud esse, aliud principaliter esse: aliud mutabiliter, aliud immutabiliter esse. Sunt enim hoc omnia, sed principaliter non sunt, quia in semetipses minimè subsistunt, et nisi gubernantis manu teneantur, esse nequaquam possunt.* S. Greg., Moral. lib. XXI, cap. XVI.

viera suspendidas sobre la nada conservándoles el ser que les ha dado por su sola bondad. (1) No es así tratándose de Dios, porque él subsiste por sí mismo; por sí mismo es el principio y el origen de su ser, sin deber nada á na lie de todo cuanto El es.

IV. Dios es perfecto, dice San Dionisio, porque es perfecto en sí mismo, sin el socorro de ningún otro, por su esencia y no por accidente, porque está todo entero en todas las cosas, siempre de la misma manera, y porque es incapaz de recibir ni aumento ni pérdida." (2) Santo Tomás da la razón de ello en otros términos, cuando dice que Dios es perfecto, porque es "un acto puro," (3) es decir, perfecto en todo lo que es él, y la perfección misma. Las criaturas, por excelentes que sean, jamás pueden ser actos puros, porque están compuestas de perfecciones y de imperfecciones, y que no hay una sola que no pueda recibir una nueva perfección, y por consiguiente ninguna que sea completamente acabada y absolutamente perfecta. Cada cosa criada, dice sabiamente Platon, tiene mucho más del no ser que del ser; el hombre por ejemplo, no tiene más que el sólo ser de hombre; no tiene el del sol, del ángel, ni los seres de las demás criaturas que hay en el universo; y aun cuando los tuviera, no tiene todos los seres diferentes, todas las propiedades, todas las perfecciones diversas que Dios puede criar en número infi-

1 *Cuncta quippè ex nihilo facta sunt, eorumque essentia ad nihilum tenderet, nisi eam auctor omnium regiminis manu retineret.* Sap. I, 14.

2 *St. Dionys. de. Divin. non, cap. XIII.*

3 *Actus purus.* S. Thom. I, p. q. 25, a. 1.

nito; por consiguiente, es claro que ni el hombre, ni criatura alguna pueden encerrar en sí todas las perfecciones, y que solamente Dios es quien las contiene. *¿Por qué me llamáis bueno?* dijo Nuestro Señor á aquel joven, de quien habla el evangelio, que tomándolo por un hombre solamente, es verdad que excelente, lo había llamado bueno, sólo *Dios es bueno.* (1) Si Nuestro Señor ha dicho esto de su humanidad, que era tan buena, tan santa, la primera y la más acabada de las criaturas, únicamente porque no tiene de sí misma, sino de Dios, esa bondad, esa santidad, su ser y todas sus perfecciones, podemos decirlo bien con mucha mayor razón de las demás criaturas.

V. Para conocer aún las perfecciones de Dios, considerémoslas en sus efectos. Se necesita bien que Dios sea maravillosamente perfecto, pues que con solo verlo son tan soberanamente dichosos los santos que están en el cielo, que se extingue en ellos el deseo de cualquiera otra felicidad, los sumerge en un océano de delicias, y que, contemplándolo sin cesar, sin que nada pueda distraerlos aunque sea poco, verán en él cosas, ó por decir mejor, una cosa tan admirable y tan arrebatadora, que lo verán durante la eternidad toda, no solamente sin disgusto alguno, sino siempre con una admiración, un asombro, un amor, y torrentes de gozos inexplicables, indecibles. Y para decir todavía algo más fuerte, se necesita que Dios sea bien perfecto; puesto que El encuentra toda su felicidad en contemplarse á sí mismo; porque teniendo una capacidad infinita, se necesita un objeto infinita-

1 Nemo bonus, nisi solus Deus. Luc. XVIII, 19.

mente perfecto para llenarla; y existiendo esta inmensidad desde toda la eternidad, y debiendo ser eternamente satisfecha, se debe necesariamente concluir que Él es infinitamente perfecto y que sus perfecciones no tienen límites. San Agustín nos da grandes ideas de las perfecciones de Dios, habiéndole así: ¡Oh ser soberano, infinitamente bueno, infinitamente bello, infinitamente fuerte y poderoso, invisible y viendo todo, inmutable y cambiando todo, siempre obrando y siempre en reposo; grande sin cantidad, y por esto sin medida; bueno sin cualidad, y por esto mismo único verdadera, y soberanamente bueno; cuyas voluntades son efectos, cuyo querer es poder; que habeis criado todas las cosas de la nada, por vuestro solo beneplácito; que poseis todas vuestras criaturas sin tener necesidad de ninguna de ellas; que las gobernais sin trabajo, que disponéis todo sin molestia y que nada encontráis ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni en los infiernos que se oponga al orden establecido por vuestra sabiduría y por vuestro poder; sois necesariamente el que sois, y sólo á vos conviene propiamente el ser. (1) Creo de todo mi corazón, dice el mismo santo, que existis en subs-

1 O sum me, optimo, pulcherrime et fortissimo, invisibilis omnia videns, immutabilis omnia mutans, semper agens, semper quietus. Magnus es sine quantitate, et ideo immensus; bonus es sine qualitate, et ideo verè et summè bonus, et nemo bonus nisi tu solus; cujus voluntas est opus, cujus velle posse est; qui omnia de nihilo creasti, que sola voluntate tua fecisti; qui omnem creaturam tuam absquè indigentia aliqua possides, et sine labore gubernas, et absquè tædio regis, et nihil est quod perturbet ordinem imperii tui, vel in imis; qui verè es quod es, et non mutaris, cui maximè convenit quod græci dicunt. v. Latini ens, S. Aug. Med. cap. XXIX.

tancia; que hay en vos tres personas, verdadero Dios, de una naturaleza simple, espiritual, y que no está limitada absolutamente por nada; que nada hay sobre ni bajo vos más grande que vos; que que poseis todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfecciones; que sois fuerte sin debilidad alguna, estais presente por todas partes sin alguna situación particular, llenándolo todo sin extenderos en manera alguna, encontrándoos por todas partes sin resistencia alguna, recorriendo todo sin movimiento; infinito en grandeza, todopoderoso en fuerza, elevado sobre todo en bondad, incomprendible en sabiduría, terrible en vuestros concejos, justo en vuestros juicios, impenetrable en vuestros secretos, veráz en vuestras palabras, santo en todas vuestras obras. (1) Tales son las palabras de San Agustín; mas lo que sigue nos hará comprender todavía más clara y distintamente las perfecciones de Dios.

I Credo de toto corde in personis trium, et in substantia unum, verum Deum, unius simplicis, incorporeo, in circumscriptione natura, nihil te superius aut inferius, majusne aliquid habentem, sed per omnem modum sine deformitate perfectum, sine infirmitate fortem, sine situ ubique presentem, sine extensione omnia implentem, sine contradictione ubique occurrentem, sin motu omnia transcendentem, in magnitudini infinitum, in virtute omnipotentem, in bonitate summum, in sapientia inestimabilem, in consiliis terribilem, in judiciis justum, in cogitationibus secretissimum, in verbis veracem, in operibus sanctum. Sancti Augustini, Medicorum, capitulo XII.

I

Manera de conocer á Dios por afirmación.

I. Dos maneras de conocer á Dios.—II. Por afirmación.—III. Dios posee todas las perfecciones formal ó eminentemente.

I. Los maestros de la vida espiritual nos enseñan que podemos llegar á algún conocimiento de las perfecciones de Dios por dos caminos opuestos, y que los dos tienen su fundamento en la Sagrada Escritura. El primero, dándole todas las perfecciones de las criaturas, y refiriéndoselas como á su verdadero origen; el segundo, quitándoselas como siendo indignas de él, é infinitamente inferiores á las suyas; esto es lo que ellos llaman conocer á Dios por afirmación y por negación, y explican esto por una comparación muy propia para hacer comprender claramente su pensamiento. Dicen que trabajando en conocer á Dios por afirmación, se procede como el pintor que, queriendo hacer un cuadro, por ejemplo el de Jesús Crucificado, comienza por preparar su tela, añá le en seguida color sobre color, de los más toscos á los más finos y á los más vivos, y en fin, acaba su obra dando la última mano y barnizando su cuadro. Para aprender á conocer á Dios por negación, se sigue un procedimiento del todo opuesto, y se imi-

ta al escultor que, queriendo hacer del mismo modo una estatua de Nuestro Señor en mármol, nada añade al mármol, sino al contrario, quita en todo sentido, corta todo lo que es superfluo, todo lo que impedía, como dice San Dionisio, (1) que se viera claramente la imagen escondida en el trozo; de suerte que, para hacer resaltar la belleza que estaba invisible, no hace sino quitar lo que impedía el mirarla. Así puede uno formarse en su espíritu una idea alta de las perfecciones de Dios por afirmación, tomando todas las perfecciones de las criaturas esparcidas en el universo, toda su bondad, su belleza, su sabiduría, y sus demás perfecciones: esto es obrar entonces como el pintor. También puede hacerse por negación, quitándole todo esto y tirándolo como otros tantos obstáculos que impiden verlo tal cual es: en este caso se invita al escultor. La Sagrada Escritura lo llama algunas veces bueno, sabio, poderoso; entonces habla de Dios por afirmación; otras veces dice que es inefable, incomprendible, que habita una luz inaccesible; esto es hablar de él por negación.

II. Podemos, con razón, esforzarnos por conocer las perfecciones de Dios por afirmación, atribuyéndole todas las perfecciones de las criaturas y concibiéndolas en él, pues en efecto las encierra todas. Esto es lo que prueba sólidamente el doctor argélico. Es necesario, dice, que todas las perfecciones de los efectos se encuentren en primer lugar en la causa, porque no se puede dar lo que no se tiene. Habiendo hecho Dios todas las criaturas, se deduce concluir necesariamente de esto

(1) *Mysticæ Theolog.* cap. II.

que todas las perfecciones y la excelencia que poseen están en él puesto que han venido de él. Siendo el ser subsistente en sí mismo, y por sí mismo, y no en otro ó por otro, comprende y encierra en sí la perfección del ser tomada en toda su extensión. (1) "Todo lo que existe está contenido en la bondad soberana de Dios substancialmente como todos los números están contenidos en la unidad, de la cual se derivan todos. Y del mismo modo que todos los radios de una circunferencia están unidos al centro, y que el punto central encierra en sí todos los radios unidos entre sí, y es el único principio de donde han salido, del mismo modo también todas las perfecciones de cada criatura en particular están encerradas en Dios de una manera distinta, como en la naturaleza universal de todas las cosas, en la causa única de donde dimana cuanto existe, todo principio, todo fin, toda vida, toda inmortalidad, toda sabiduría, toda armonía, todo poder, toda inteligencia, toda razón, todo reposo, todo movimiento, todo amor. No se necesita pensar que Dios es de tal ó cual manera, que tiene tal cosa, y que no tiene otra, sino que se necesita creer que él es todas las cosas, que él es la causa de todas las cosas, que tienen el ser en él antes de tenerlo fuera de él." Así es como razona San Dionisio. (2) San Agustín dice casi lo mismo en estas bellas palabras que dirige á Dios: ¡Oh Dios, en quien están todas las cosas, Dios padre de la verdad, padre de la sabiduría, padre de

1 *Totam perfectionem essendi in se continet.* S. Thom. in præfat. lib. III. *contr. Gent.*

2 *De, div. Nom.* cap. V.

la vida verdadera y soberana, padre de la felicidad, padre de la bondad y de la belleza, padre de la luz intelectual! Yo os invoco, oh Dios de verdad, en quien, de quien, y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas; Dios de sabiduría, en quien, de quien y por quien son sabios todos los que son sabios; Dios, manantial soberano de la vida verdadera, en quien, de quien y por quien viven todos los que viven una vida verdadera y soberana; Dios, felicidad soberana, en quien, de quien y por quien son felices todos los que son felices; Dios, bondad soberana y soberana belleza, en quien, de quien y por quien son buenas y bellas todas las cosas que tienen alguna belleza ó alguna bondad; Dios, luz intelectual, en quien, de quien y por quien brilla intelectualmente toda luz intelectual; Dios, sobre quien nada hay sin él que nada puede subsistir y fuera de quien sólo no hay sino la nada; Dios que encerrais todo bajo vos, todo en vos y todo con vos." (1) San Gregorio de Nacianzo llama á Dios: "un océano sin

1 Deus in quo sunt omnia. Deus pater veritatis, pater sapientiae, pater vere summoque vitae, pater beatitudinis, pater boni et pulchri, pater intelligibilis lucis. Te invoco, Deus veritas! in quo, et à quo, et per quem vera sunt, quae vera sunt omnia. Deus sapientiae, in quo, et à quo et per quem sapiunt quae sunt omnia. Deus vera et summa vita, in quo et à quo, et per quem vivunt quae verè summèque vivunt omnia. Deus, beatitudo, in quo, et à quo, et per quem beata sunt omnia. Deus, bonum et pulchrum, in quo, et à quo, et per quem bona et pulchra sunt, quae bona et pulchra sunt omnia. Deus intelligibilis lux, in quo, et à quo et per quem intelligibiliter lucent, quae intelligibiliter lucent omnia. Deus suprà quem nihil, extra quem nihil, sinè quo nihil est. Deus, sub quo totum est, in quo totum est, cum quo totum est. S. August, lib. Solil, sen de, cong, Dei et animae, cap. 1.º

fondo y sin orillas, que encierra la esencia y la perfección de todas las cosas." (1) Un antiguo explicaba muy bien esta verdad por la comparación de una granada: "Así como la granada encierra bajo su corteza una gran cantidad de granos apretados, y puestos cada uno en su lugar, sin confundirse, así Dios encierra en sí mismo todos los géneros, todas las especies, todos los individuos, y todos los diferentes grados de perfección y de ser." Por esto es que los filósofos llamaban á Dios el Todo, y decían que estaba figurado por el Pan de los antiguos; muchos también piensan que este famoso oráculo: *El gran Pan ha muerto* (2) que oyeron unos marineros en el mar de Jonia, bajo el emperador Tiberio, no significaba otra cosa que la muerte de Jesu-Cristo, á quien ellos llamaban el gran Pan, es decir, el gran Todo, porque él es todo y que por razón de su divinidad encierra todo en sí mismo. Debemos por tanto concluir de esto que Dios encierra en sí todas las perfecciones de las criaturas.

III. Los teólogos nos enseñan que Dios contiene estas perfecciones de dos maneras, ó formal ó eminentemente; contiene propia ó formalmente las perfecciones simples, es decir, aquellas que uno concibe sin mezcla alguna de imperfecciones, (3) como son la sabiduría, la bondad, la verdad, el poder, y otras, que es mejor poseer que no poseer. En cuanto á las perfecciones que están mancha-

1 Oratio in Nat.

2 Euseb, lib. V, de prepor. Evang. c. 8. 2.

3 Perfectio simpliciter simplex, melior ipsa, quàm non ipsa. Sn. Ans, cap. XIV, Monol, et, cap. V et XI, Prasoloq.

das de algunos defectos y que tienen siempre algún defecto inherente, unido á su naturaleza, como son las perfecciones corporales, Dios no las posee formalmente, porque sería imperfecto siao que las posee eminentemente, es decir, que puede producirlas; él posee todo cuanto hay de bueno en esas perfecciones, y de ninguna manera lo imperfecto que está adherido á su naturaleza.

Mas de cualquier manera que las perfecciones de las criaturas estén en Dios, es cierto que son incomparablemente más grandes y más perfectas en él que en las criaturas. San Agustín enseña, en muchos lugares de sus obras, que los bienaventurados, por el conocimiento que él llama de la mañana, ven las criaturas mucho más perfectas y más bellas en Dios que en sí mismas. "Del mismo modo, dice, que se conoce mucho mejor la rectitud de las líneas y la verdad de las figuras por las operaciones del espíritu, que trazándolas sobre el polvo; del mismo modo también la justicia y la virtud se encuentran de una manera mucho más perfecta en la verdad inmutable de Dios que en el alma del justo." (1)

El mismo santo dice en otra parte muy elegantemente: "Una pintura, por bella que sea, no lo parece tanto cuando se la ve con poca luz, que cuando se la considera en su verdadero punto de vista; del mismo modo, cuando se consideran á las criaturas en sí mismas, no parecen ni tan ex-

1 Sicut aliter scitur rectitudo linearum, sen veritas figurarum cum intellectu conspicitur, aliter cum in pulvere scribitur; et aliter justitia describitur in veritate, incommutabili, aliter in anima justii. S. Aug. de civit. Dei, lib. XI, cap. XXIX.

celentes, ni tan perfectas como cuando las ve uno en Dios; en sí parecen descoloridas, mientras que en Dios tienen colores vivos y brillantes." (1) S. Juan da la razón de esto en pocas palabras: *nada de lo que fué hecho se hizo sin él. En Él estaba la vida.* (2)

Todas las criaturas, antes de su creación y después de su creación, tienen vida en Dios; un gran número no tienen vida en sí mismas, tales como la tierra, las piedras, etc.; más en Dios viven todas. San Agustín explica esta verdad por una comparación suada de las obras de arte: "Un obrero, dice él, hace un mueble; considerad este mueble en sí mismo y acabado, y consideradlo en la idea del obrero; este mueble en sí mismo y estando acabado, no tiene vida, sino que vive en el espíritu del obrero, en donde está, y en donde primeramente ha estado; porque si el obrero no lo hubiera concebido en su pensamiento, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Del mismo modo la sabiduría de Dios, que ha hecho todas las cosas, contiene la idea de ellas y su modelo antes de producirlas; lo que ella produce, hablando generalmente, no tiene la vida en sí, porque muchas cosas están desprovistas de vida; pero todo vive en Dios. La tierra, el sol, la luna, etc., son cuerpos inanimados, pero están vivientes en su modelo, que se conserva siempre en la sabiduría de Dios, y de una manera mucho más noble, más sublime,

1 Cognitio creaturarum in se ipsa est decoloratior, ut ita dicam, quam quæ in Dei sapientiâ cognoscitur. Exod. lib. I, cap. VII.

2. Quod factum est. In ipso vita erat, Sn. Joan. cap. I, 3.

y por consiguiente más diferente, de lo que es el retrato muerto é insensible de un hombre respecto á su original que está vivo." (1)

"Las criaturas en sí mismas, dice S. Anselmo, son esencias sujetas á cambio; mas en Dios, son la esencia misma de Dios, y el primer Ser subsistente." (2)

"La justicia y la virtud, decía S. Agustín (en el texto que hemos citado,) son muy diferentes en la verdad inmutable de Dios y en el alma del justo: en Dios, son sustancias; en el alma del justo, no son más que accidentes; en Dios, son firmes, constantes, eternal y esencialmente variables; en el hombre, pueden disminuirse y aun perderse completamente por el pecado; en Dios, son absolutamente infinitas y no tienen medida; en el hombre, tienen una medida y cierto número de grados determinados. Además, en el hombre, la justicia no es la sabiduría, el poder, la verdad, la grandeza; pero en Dios, todas estas perfecciones están unidas inseparablemente; porque, como dice S. Agustín, su grandeza es su sabiduría, y su bon-

1 Faber facit arcam; attende arcam in arte, et arcam in opere. Arca in opere non est vita, arca in arte vita est, quia vivit in animá artificis, ubi sunt ista omnia, antequam perficiantur: sic ergo, quia sapientia Dei, per quam facta sunt omnia, secundum artem continet omnia, antequam fabricet omnia, hic que sunt, per ipsam artem non continuo vita sunt, sed quidquid factum est, vita in illo est. Terram vides, est in arte terra. Cælum vides, est in arte cælum. Solem et lunam vides, sunt et ista in arte, sed foris corpora sunt, in arte vita sunt. S. Aug., Tract. I, in Joan.

2 Etenim in seipsis sunt essentia mutabilia, secundum mutabilem rationem creata; in ipso verò sunt ipsa prima essentia, et prima existendi veritas. S. Ans. Monol. cap. XXX III.

dad es su sabiduría, y su grandeza, y la verdad es todo esto junto. (1)

Por esto dice S. Dionisio: (2) "que Dios es llamado uno, porque Él es únicamente todas las cosas, por la preeminencia de la unidad que hay en él, sin mezcla alguna, y en la cual todas las cosas están perfectamente unidas, lo cual forma su esencia indivisible."

II.

Modo de conocer á Dios por negación.

I. Lo que se entiende por este conocimiento negativo.—II. Discurso de Pico de la Mirándola.—III. La vía de las negaciones es más conveniente que la de las afirmaciones.—IV. Dios es conocido mejor por el silencio que por las palabras.

I. Se conoce á Dios de una segunda manera, por negación; en este caso no se le atribuye, como lo hemos hecho en el párrafo precedente, la bondad, la belleza, el poder y las demás perfecciones de las criaturas; al contrario, se le quitan, como siendo indignas de Él. Decimos que nada tiene de todo esto, nada de lo que los sentidos puedan

1 Eadem magnitudo ejus est, que sapientia; et eadem bonitas, que sapientia et magnitudo; et eadem veritas, que illa omnia. S. Aug. de Trin. cap. VII.

2 De div. Nom. XIII.

y por consiguiente más diferente, de lo que es el retrato muerto é insensible de un hombre respecto á su original que está vivo." (1)

"Las criaturas en sí mismas, dice S. Anselmo, son esencias sujetas á cambio; mas en Dios, son la esencia misma de Dios, y el primer Ser subsistente." (2)

"La justicia y la virtud, decía S. Agustín (en el texto que hemos citado,) son muy diferentes en la verdad inmutable de Dios y en el alma del justo: en Dios, son sustancias; en el alma del justo, no son más que accidentes; en Dios, son firmes, constantes, eternal y esencialmente variables; en el hombre, pueden disminuirse y aun perderse completamente por el pecado; en Dios, son absolutamente infinitas y no tienen medida; en el hombre, tienen una medida y cierto número de grados determinados. Además, en el hombre, la justicia no es la sabiduría, el poder, la verdad, la grandeza; pero en Dios, todas estas perfecciones están unidas inseparablemente; porque, como dice S. Agustín, su grandeza es su sabiduría, y su bon-

1 Faber facit arcam; attende arcam in arte, et arcam in opere. Arca in opere non est vita, arca in arte vita est, quia vivit in animá artificis, ubi sunt ista omnia, antequam perficiantur: sic ergo, quia sapientia Dei, per quam facta sunt omnia, secundum artem continet omnia, antequam fabricet omnia, hic quee sunt, per ipsam artem non continuo vita sunt, sed quidquid factum est, vita in illo est. Terram vides, est in arte terra. Cælum vides, est in arte cælum. Solem et lunam vides, sunt et ista in arte, sed foris corpora sunt, in arte vita sunt. S. Aug., Tract. I, in Joan.

2 Etenim in seipsis sunt essentia mutabilia, secundum mutabilem rationem creata; in ipso verò sunt ipsa prima essentia, et prima existendi veritas. S. Ans. Monol. cap. XXX III.

dad es su sabiduría, y su grandeza, y la verdad es todo esto junto. (1)

Por esto dice S. Dionisio: (2) "que Dios es llamado uno, porque Él es únicamente todas las cosas, por la preeminencia de la unidad que hay en él, sin mezcla alguna, y en la cual todas las cosas están perfectamente unidas, lo cual forma su esencia indivisible."

II.

Modo de conocer á Dios por negación.

I. Lo que se entiende por este conocimiento negativo.—II. Discurso de Pico de la Mirándola.—III. La vía de las negaciones es más conveniente que la de las afirmaciones.—IV. Dios es conocido mejor por el silencio que por las palabras.

I. Se conoce á Dios de una segunda manera, por negación; en este caso no se le atribuye, como lo hemos hecho en el párrafo precedente, la bondad, la belleza, el poder y las demás perfecciones de las criaturas; al contrario, se le quitan, como siendo indignas de Él. Decimos que nada tiene de todo esto, nada de lo que los sentidos puedan

1 Eadem magnitudo ejus est, quee sapientia; et eadem bonitas, quee sapientia et magnitudo; et eadem veritas, quee illa omnia. S. Aug. de Trin. cap. VII.

2 De div. Nom. XIII.

percibir, de todo lo que la imaginación pueda figurarse, de lo que el entendimiento de los ángeles y de los hombres pueda concebir; sino que él es enteramente otro; que es una esencia sobre todas las esencias, una bondad sobre todas las bondades, una belleza sobre todas las bellezas, un poder sobre todos los poderes, una perfección sobre todas las perfecciones; perfección desconocida á nuestros sentidos, á nuestras imaginaciones y á nuestros espíritus. S. Dionisio (1) habla de todo esto con una sublimidad de doctrina y de estilo grande, y muestra que podemos llegar al conocimiento de Dios, por la vía de afirmación y de negación. "Es á propósito, dice, que indagemos cómo conocemos á Dios, puesto que no puede ser conocido ni por nuestro espíritu, ni por nuestros sentidos, y que El nada es de todas las cosas criadas. Tal vez diremos verdad, si decimos que lo conocemos, no en su naturaleza propia, porque ella nos está enteramente oculta en esta vida, y no podemos decir justamente lo que ella es; sino por las cosas que él ha producido, en las cuales ha impreso las figuras de los modelos divinos que él encierra en sí, y pintado las imágenes de sus perfecciones infinitas, de su bondad, de su belleza, de su poder, etc. Por esta vía subimos en orden tanto como nos lo permiten nuestras fuerzas, hacia Aquel que está más allá de todas las cosas, y le atribuimos todas estas perfecciones, asegurando que ellas están en él de una manera infinitamente más eminente y más perfecto; y después se las

1 De divin. Nom., XIII.

quitamos: de suerte que Dios está como en todas las criaturas, y también como sin ellas; así, se puede decir que es conocido por ignorancia y por conocimiento. Como él nada es de todo cuanto existe, no puede ser conocido de nadie en su sustancia; y porque él está todo en todas las cosas, puede ser conocido de todos en todas estas cosas." El mismo santo dice en otra parte: (1) Decimos que esta causa universal de todo cuanto existe, no está sin esencia, sin vida, sin razón, sin entendimiento; y decimos que ella no es ni entendimiento, ni razón, ni inteligencia; que no está ni en reposo, ni en movimiento; que no tiene poder y que no es potencia; que no vive y no es vida. No es ni esencia, ni eternidad, ni tiempo; no es ni ciencia, ni verdad, ni reino, ni sabiduría, ni unidad, ni bondad, ni espíritu, ni aun divinidad, tal como podemos conocerla; no es paternidad ni filiación, ni cosa alguna de las que podamos saber naturalmente; nadie la conoce tal cual es ella; no hay de ella ni palabra, ni nombre, ni ciencia; no es ni luz, ni tinieblas; en una palabra, no hay de ella ni afirmación ni negación. Como causa única y general de todas las cosas, está ella sobre toda afirmación; y por la sobre eminencia de su independencia y su elevación sobre todo, está sobre toda negación."

San Basilio, (2) tratando el mismo asunto, después de haber dicho que no hay ni espíritu, ni lengua de ángel ó arcángel ó de cualquiera otra criatura que sea, que pueda concebir y explicar

1 De Myst. Theol, cap IV, et V.

2 Hom, de Fide.

la menor cosa de la divinidad, y mucho menos todavía lo que ella es en su todo, nos da sin embargo un medio de conocerla, diciendo: "Si queréis hablar ú oír hablar de Dios, es menester salir de vuestro cuerpo, y de todos vuestros sentidos, y, con un espíritu enteramente desprendido de la materia, elevaros sobre toda la naturaleza criada. Dejad el mar y la tierra, y, hundiendo los aires, elevaos mucho más; poned bajo vuestros pies los elementos, toda la belleza, toda la gloria, todas las riquezas, y todos los adornos de este mundo terrestre: elevad vuestro vuelo hasta el firmamento; ved el sol, la luna y las estrellas, considerad sus magnitudes, su brillo, su movimiento, sus influencias, su posición, su orden, sus conjunciones y sus distancias. Despreciando aun todas estas claridades, lanzaos hasta el cielo, entrad á esta habitación llena de maravillas, considerad las bellezas admirables que allí brillan por todas partes, esas estrellas espirituales que brillan con una luz tan resplandeciente, y tan agradable, los ángeles, los arcángeles, las dominaciones, las virtudes, los principados y todos los dichosos espíritus dotados de una perfección tan elevada y tan sublime; y, después de haberlas contemplado bien, dejadlas y á todas las demás criaturas con ellas, y contemplad la divina esencia, al primer principio de todas las cosas, estable, inmóvil, teniéndolo todo sólo de él, poder inefable, grandeza sin medida, gloria infinita, bondad única, belleza soberana, que bien puede herir los corazones con sus dardos, pero que no puede ser explicada por lengua alguna." Tal es la marcha que nos traza San Basilio para haceruos llegar al conocimiento de Dios.

II. El sabio y piadoso Juan Pico, príncipe de Mirándola, (1) nos suministra otro medio en un excelente discurso que hizo sobre esta materia, y del que vamos á extraer la sustancia. Dice en primer lugar que Dios es todas las cosas y que por consiguiente encierra en sí las perfecciones de todo, y porque él es todas las cosas de una manera muy eminente, muy noble y perfecta, encierra excelentemente todas estas perfecciones, sin mezcla alguna de imperfecciones. Dice, en segundo lugar, que una cosa puede ser imperfecta de dos maneras: ó porque ella no tiene toda la perfección de su especie, ó porque, si la tiene, no tiene sino la sola perfección particular á su especie: por ejemplo, el conocimiento que tenemos por los sentidos es imperfecto, no solamente porque únicamente es conocimiento y no amor, sino también porque está obligado á servirse de un instrumento lento y tosco, que se detiene en la superficie del objeto, sin poder penetrar en el interior. De mismo modo, el conocimiento espiritual que tenemos es imperfecto, porque es obscuro y dudoso, y que no se adquiere sino con mucho trabajo; el conocimiento de los ángeles, aunque tan perfecto, no está también sin mezcla de imperfecciones, puesto que está obligado á buscar fuera de sí la luz y la verdad, que no encuentra en sí, y de las cuales sin embargo tiene necesidad para ser perfecto en el grado que le conviene. Lo mismo es respecto de la vida de todas las criaturas vivientes, que tiene siempre esta imperfección, que no existe por sí misma, sino que tiene una necesidad continua de la omnipo-

1 Lib. de Ente et uno, ch. V.

tencia de Dios, sin la cual dejaría de existir y sería anonadada. Mas cuando decimos que Dios posee la vida y el conocimiento, se necesita primero que nos formemos una idea tal de la vida, y del conocimiento que le atribuimos, que no esté sujeta á esas imperfecciones, sino soberanamente perfecta en todo aquello que es necesario á la perfección de la vida y del conocimiento; y todavía esto no es bastante para hacer esta vida y este conocimiento dignos de Dios, porque resta aún una imperfección que es preciso quitarle. Figuraos, pues, en tercer lugar, una vida perfecta en todo lo que puede ser vida, que sea vida en todo lo que ella es, y que no tenga necesidad de cosa alguna fuera de sí misma para vivir, y vivir para siempre; representaos del mismo modo un conocimiento absolutamente perfecto en el género de conocimiento, por el cual se conozcan todas las cosas, y todas juntas con toda la claridad y la precisión con que las cuales pueden ser conocidas; y además, que la persona que posea este conocimiento no busque fuera de sí la verdad y el objeto de este conocimiento, sino que lo encuentre en ella siendo ella misma la verdad. Y bien! aun cuando esta vida y este conocimiento sean enteramente perfectos en su género, que nada les falte y que por esta razón no puedan convenir sino á solo Dios, sin embargo, distinguiendo la vida del conocimiento, y no mirándolos como una misma cosa, las dos juntas son muy indignas de él, porque Dios, siendo la perfección infinita, no puede encerrar en sí mismo distintas perfecciones infinitas entre sí; de otra manera no sería un ser simple, sino un todo compuesto de muchas perfecciones diferentes,

lo cual no puede decirse sin blasfemia de la simplicidad indivisible de su naturaleza; sino que él tiene las perfecciones de vida y de conocimiento unidas indivisiblemente en la unidad simplicísima de una misma cosa y de una esencia única. Para que una vida (y lo mismo es de todos los demás atributos de Dios) pueda ser atribuida á Dios, se necesita primero que sea muy perfecta en su género, y que sea á la vez, conocimiento, afecto, bondad, belleza, poder y perfección de todo género. Por esto es que, cuando por medio del pensamiento hubiéreis alejado cuanto pueda hacer imperfectas la vida, la bondad, la belleza y las perfecciones de Dios, y todas las manchas que, en las criaturas, deslucen las perfecciones de este género, es preciso todavía quitar todos los límites que pudieran limitar esta perfección, y distinguirlas de las demás, á fin de que se extienda sin obstáculo alguno á todas las demás perfecciones juntas, para ser con ellas una misma cosa; entonces tendreis una idea justa de la vida de Dios, de su bondad, de su belleza y de sus perfecciones. ¿Por qué tantas cosas? decía San Agustín, (1) quitad todas estas distinciones, todos esos encojimientos, todos esos límites á la bondad de Dios, entonces vereis la bondad de Dios, no limitada y particular, ni ésta, ni aquella, sino la bondad universal y toda bondad. Pero, como todo cuanto podemos pensar y decir de Dios, concluye este docto príncipe, que-

1 Quid plura et plura? Bonum hoc et bonum illud: tolle hoc et illud, et vide ipsum bonum si potes; ita Deum videbis, non alio bono bonum, sed ipsum bonum omnis boni. Deus non est hoc et illud bonum, sed ipsum bonum. S. Aug. lib. VIII, de Trin, cap. 3.

da infinitamente inferior de lo que El es y de su excelencia, la mejor manera de conocerlo es entrar en la luz de la ignorancia, y ahí, cegarlos por las sagradas tinieblas de su esplendor divino y por el brillo inefable de su gloria, exclamar con el Profeta: ¡Oh Señor! mi corazón ha caído en desfallecimiento, mi espíritu se ha perdido en la contemplación de vuestras grandezas; (1) confesando que Dios es un ser invisible, insensible, inimaginable, incomprendible, inefable, sobrepasando infinitamente todo cuanto podemos pensar y decir de El, con todas las fuerzas de la naturaleza, y que así, no lo conocemos. Tal es el discurso de este gran personaje; en él encontramos un medio excelente de elevarnos al conocimiento de Dios.

III. Podemos concluir también de esto que el camino de las negaciones es mucho más perfecto que el de las afirmaciones para elevarnos al conocimiento de Dios, á lo menos el que podemos tener en esta vida. Esto es lo que enseña también Sto. Tomás, (2) y con él todos los teólogos místicos. "Los teólogos, dice San Dionisio, (3) han preferido la vía de las negaciones para elevarse á Dios, porque el alma está más desprendida de las cosas naturales, y más elevada para encontrar á Aquél que está sobre toda la naturaleza." Deseamos decir en otra parte, estar en esta brillante obscuridad, y, nada viendo y nada conociendo, ver y conocer á Aquél que está sobre toda vista y sobre todo conocimiento; porque entonces es cuando vemos y

1^o Psalm. LXXXIII, 3.

2 D. Thom. 22. q. 8. a 7.

3 De Div. nom. cap. ult.

cuando conocemos á Aquél que está sobre todos los seres, cuando alejamos de él todas las cosas que tienen sér." La razón de estas palabras de San Dionisio, es muy clara; porque por medio de las afirmaciones, atribuimos á Dios las perfecciones de las criaturas, que ciertamente no tiene, porque ellas son finitas, accidentales, y las perfecciones de Dios son absolutamente infinitas, necesarias y eternas; mientras que, por medio de las negaciones, le quitamos todo lo que es creado y por consiguiente finito; le dejamos su sér, su bondad, su belleza, sus perfecciones increadas é infinitas, tales cuales él las posee. Por las negaciones aprendemos pues á conocer á Dios según la verdad, y aun cuando parezcan decir menos que las afirmaciones, sin embargo, dejan entender mucho más porque quitando á Dios las perfecciones limitadas, le dejan las que son sin límite y sin medida.

La Esposa, dice San Gregorio de Nisa, (1) encuentra á su esposo por el camino de las negaciones, después de haberlo buscado inútilmente por el de las afirmaciones: He buscado, dice ella, en todo el universo á aquél que mi corazón ama, lo he buscado, y no lo he encontrado; he recorrido la tierra, he explorado los mares, me he elevado hasta el cielo, he considerado los astros, he mirado á los ángeles y á los hombres, cuanto hay de más bello y de más excelente en las criaturas; he preguntado á todas y cada una de ellas si no habían visto á Aquél que ama mi corazón, si estaba entre ellas, (he aquí la contemplación afirmativa), y ellas me han res-

1 Greg. Niss. in Cántico.

pondido que no. Por esto, viendo que no estaba en medio de ellas, y que no podría encontrarlo jamás allí, *las dejé todas*, me elevé sobre ellas, las abandoné, (he aquí la contemplación negativa), y *lo encontré inmediatamente*. (1) Y en efecto, como dice San Dionisio, (2) "la divinidad, que es el origen de todo, y que por su esencia está elevada sobre todo, se digna mostrarse, cuanto es posible en esta vida, á aquellos que se elevan sobre todo lo que es puro é impuro, que dejan atrás de sí todo lo que es grande, sublime, glorioso, y que, cerrando los ojos para no ver nada más, se abisman en esta oscuridad tenebrosa, en donde está verdaderamente Aquél á quien las Santas Escrituras colorean muy sobre todas las cosas."

Y ciertamente, no hay duda alguna que sería hacer injuria á Dios el atribuirle ó el concebir de él alguna de las perfecciones de las criaturas, por noble y elevada que fuera; porque todo lo que pertenece á las criaturas, y todas las perfecciones criadas están infinitamente abajo de lo que pertenece á Dios y de sus perfecciones infinitas. Para hacer comprender cuán indigno de Dios es todo esto, hagamos una suposición que mostrará claramente esta verdad. Si se reuniera toda la bondad, la belleza, la sabiduría, el poder, las riquezas, la

I. Quæsi vi quem diligit anima mea: quæsi vi illum et non inveni. Surgam et circuibo civitatem: per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea: quæsi vi illum et non inveni. Inveniam me vigilans, qui custodiant civitatem: Num quem diligit anima mea, vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea. Cant. III, 1.

2 De myst. Theolog. cap. II.

misericordia, la liberalidad, la pureza, la santidad, la dulzura, los placeres, y en general, todas las perfecciones de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, que ha habido, que hay y que habrá, y aun aquellas que son solamente posibles, y que las duplicase, triplicase y multiplicase por millones á cada minuto durante toda la eternidad, es cierto que esta bondad, esta belleza y todas estas perfecciones multiplicadas á tal exceso, serian sobre todo lo que podemos figurarnos, que serian como infinitas: sin embargo, nada serian en comparación de la bondad, de la belleza y de las perfecciones de Dios, se eclipsarían delante de él, mucho más rápidamente que la estrella delante del sol. Aunque la estrella no deje de ser estrella y por consiguiente luminosa, sin embargo, desaparece delante del sol y no muestra más su luz, porque la del sol, aunque finita, es incomparablemente más grande y la absorbe. Hay más en ello todavía: esta bondad de la cual hemos hablado en la suposición, y que sería tan grande y tan excesiva, no parecería, por decirlo así, más que malicia delante de la bondad de Dios: toda esa belleza, en presencia de la belleza de Dios, no parecería más que fealdad, esa sabiduría nada más que ignorancia, ese poder nada más que debilidad, esas riquezas nada más que pobreza, esa misericordia nada más que crueldad, esa dulzura nada más que amargura, esos placeres nada más que aflicción, esa pureza nada más que mancha, esa perfección nada más que imperfección á causa de la infinita desproporción que habrá siempre entre ellas. Porque, aun cuando se añadiera á lo que es finito durante la eternidad entera, no habría en ello proporción al-

guna con lo infinito. (1) *Todas las naciones, dice Isaías, son delante de Dios como una gota de agua que está en el fondo de un vaso, y como un grano de polvo, que no puede dar la menor inclinación a la balanza. Todos los pueblos del mundo son ante él como si no existieran, tan poca cosa son, y él los ve como un ración y como nada. El se sienta sobre el globo de la tierra, y ve á todos los hombres que encierra, tan chiquitos como insectos.* (2) *Los cielos y las estrellas no son puros ante él, dice Job; la luna no refleja luz alguna en su presencia.* (3) Por tanto, puesto que nada hay entre las criaturas, que pueda entrar en comparación con lo que hay en Dios, y aun que no diste de él infinitamente, sería una injuria el comparar las perfecciones criadas con las suyas.

IV. Es:á, pues, fuera de duda que el mejor medio de conocer á Dios, es el de hacer abstracción de todo lo que es criado, y alejar de nuestro pensamiento todo lo que pertenece á la criatura. También se ha pensado siempre que la manera más perfecta de alabar á esta magestad soberana era el silencio y no las palabras; porque no tenemos palabra alguna que pueda dar idea ni de una sola de sus perfecciones, y mucho menos que pueda hacernos conocer su excelencia. Por esto decía Da-

1 Finiti ad infinitum nulla est proportio.

2 Ecce gentes quasi stilla stillarum, et quasi momentum statera reputato sunt..... Omnes gentes quae si non sint, sic sunt coram eo, et quasi nihilum et inane reputato sunt ei..... Qui sedet super cirum terrae, et habitatores ejus sunt quasi locustae. Isaías XL, 15, et seq.

3 Caeli non sunt mundo in conspectu ejus.... Ecce luna etiam non splendet, et stellae non sumt mundae in conspectu ejus. Job. XV, 15 et XXV, 5.

vid: *El silencio es vuestra alabanza, oh Dios de Sión;* (1) como si hubiera dicho: Oh Dios, la mayor alabanza que os podemos dar al presentarnos en vuestro santo templo, es el permanecer delante de vos en un silencio respetuoso, con el corazón penetrado, sin proferir una palabra; porque ¿cuál palabra, oh Señor, pudiera darnos una idea de vuestras maravillas? Vos me enviáis á anunciar vuestras grandezas y vuestros misterios, decía el profeta Jeremías; *yo no soy sino un niño que apenas puede tartamudear, cómo podré hablar de cosas tan grandes?* (2)

También S. Diadoco (3) ha notado bien que para hablar de Dios, es menester no tener sino una luz y conocimiento medio de él, porque un gran conocimiento sofoca las palabras y cierra la boca; porque la misma luz que descubre al alma tantas cosas admirables, le muestra también cuán débiles son las palabras y qué insuficientes para dar la idea que la gracia nos hace concebir; por esto es por lo que el alma se calla y alaba á Dios por su silencio. "He visto siempre, dice la bienaventurada Angela de Foligüg, (4) que las personas más vivamente penetradas de grandes sentimientos para con Dios, son siempre las que se aventuran menos á hablar de ello, porque á medida que el conocimiento de este objeto infinito llega á ser más claro y más vivo, comprenden también más vivamente que todo cuanto dicen ó pudieran decir es nada; y aunque

1 Tibi silentium laus, Deus in Sion. Ps. LXIV, 2, juxta hebr.

2 A, A, A. Domine Deus; ecce nescio loqui, quia puer ego sum. Jerem, 1, 6.

3 De Perfect. cap. VII.

4 Cap. LIII.

todo cuanto ha sido dicho, desde el principio del mundo, no puede servir para darnos idea de este ser perfecto, como la mitad de un grano de alpistie no puede darnos idea de este vasto universo." El bienaventurado hermano Gil, compañero de San Francisco, personaje muy avanzado en la contemplación, habiendo en un éxtasis visto á Nuestro Señor, y en él cosas inefables, le parecían después tartamudeces y puerilidades indignas de una tal magestad, todo lo que oía decir de las perfecciones de la divinidad. San Antonino, (1) cuenta que dos religiosos de Santo Domingo, habiendo ido á visitar á ese Santo contemplativo, y conversando con él de las cosas divinas, uno de ellos dijo que San Juan, estallando como un trueno al principio de su evangelio por estas palabras misteriosas: En el principio existía el Verbo, (2) había dicho cosas muy grandes y sublimes de Dios, San Juan nada ha dicho, le respondió el hermano Gil. El religioso, admirado de estas palabras, dijo que San Agustín aseguraba sin embargo que, si San Juan hubiera dicho aunque fuera un poco más, el mundo no hubiera sido capaz de entenderlo. Sin embargo, nada ó casi nada ha dicho, continúa el Santo; y viéndolos á los dos aun más admirados, les explicó su sentir por esta comparación: Vosotros veis, les dijo, esta elevada montaña: si fuera no de tierra, sino de grauos de alpistie, y que un gorrión comiera uno cada día, al cabo de cien años ¿se hubiera disminuido mucho la montaña? Lo que hubiera quitado este pájaro, le res-

1 Surius, 23, Abril.

2 In principio erat Verbum, Joan, I, J.

pondieron los religiosos, sería casi nada en comparación de lo que quedaba. Y bien! San Juan nos ha dicho tan poquito y aun menos, hab'ando de Dios en su evangelio, en comparación de lo que falta decir. Detengámonos por tanto, repentinamente, y, con corazones llenos del respeto más profundo, conozcamos esta majestad soberana é infinita separándola de todas las cosas criadas, alabémosla en un silencio humilde, confesemos la impotencia de nuestro entendimiento y de nuestras palabras, y estemos bien persuadidos que nada podemos concebir que sea digno de ella.

III

Resumen de las verdades contenidas en este capítulo.
Sentimientos que deben producir en nosotros.

I. Manera muy útil de conocer á Dios.—II. Afectos que deben ser su consecuencia.—III. Resoluciones.—IV. Debemos concebir una alta estima de Dios y un gran desprecio de todo lo demás.—V. Todos nuestros deseos se deben dirigir hacia Dios.—VI. Debemos sobre todo amarlo.

I. Para tener una idea justa y un conocimiento sólido de Nuestro Señor, considerado como Dios, no se necesita ir á buscar lejos de nosotros á nuestro Dios, sino retirarnos en nosotros mismos, imponer silencio á nuestros sentidos y á todas nuestras facultades, solamente abrir los ojos del alma

para considerar esta soberana é infinita majestad, que se digna habitar en ella con todas sus perfecciones, contemplarla según la extensión de las luces que recibiremos de la gracia y mirar como cierto.

1º Que Nuestro Señor, siendo Dios, posee todas las perfecciones y todas las excelencias posibles, sin exceptuarse una sólo; que él es bueno y la bondad misma; que él es bello y la belleza misma; que él es sabio, poderoso, rico, dulce y perfecto, puesto que él es la sabiduría, el poder, la riqueza y la perfección esenciales.

2º Que todas las criaturas, por poderosas, nobles, ricas, bellas y acabadas que sean, no son de sí mismas y de su propio fondo, sino nada de todo poder, de toda nobleza, de toda riqueza, de toda belleza, de toda esencia y absolutamente de todo.

3º Que cuanto ellas son y cuanto tienen de poder, de belleza ó de otras perfecciones, lo han recibido de Dios Nuestro Señor, que se los ha dado cuando ha querido y lo tendrán sólo mientras él quiera, y no más.

4º Que Dios Nuestro Señor tiene ciertamente todas las perfecciones que ellas tienen, puesto que él se las ha dado, y que él las tiene de un modo mucho más sublime, mucho más brillante y en un grado infinitamente elevado sobre todas las perfecciones criadas; puesto que estas perfecciones son finitas en las criaturas, y en él son infinitas; y que así, todas las perfecciones de las criaturas son, en comparación de las perfecciones de Dios, como una gota de agua relativamente al mar, y como la luz pálida de una vela en comparación de la luz brillante del sol y de cien millones de soles

más brillantes todavía, ó por decir mejor, son nada. Todavía más, toda belleza criada no es otra cosa que fealdad en comparación de su belleza; todo poder no es sino debilidad ante su poder; toda la sabiduría no es sino ignorancia; todas las riquezas no son sino pobreza, y en general todo cuanto hay y pueda haber, por excelente y perfecto que pueda concebirse, no es sino pura bajeza, comparado á la grandeza de Dios Nuestro Señor y á la majestad de su gloria.

II. Después de haber considerado y reconocido estas grandes y sublimes verdades, es menester hacer los grandes actos interiores de las virtudes y los afectos heroicos de la voluntad, que deben ser las consecuencias necesarias de estas consideraciones.

1º Es necesario hacer los actos de fe, creyendo vivamente estas verdades importantes y haciendo sus actos frecuentemente con un espíritu y un corazón fuertes y vigorosos, á fin de establecerse firmemente sobre estos grandes principios que, estando bien afirmados en el alma, la llenarán de mil bienes.

2º Es preciso entregarse á sentimientos de admiración, extenderse en adoraciones, alabanzas, bendiciones y glorificaciones, sirviéndose para esto ya del silencio, ya de la palabra: del silencio, como no teniendo términos algunos que puedan alabarle y bendecirlo convenientemente; imitando á esos pueblos religiosos en su error, que, adorando el sol, lo admiraban, y no hacían otra cosa que extender la mano hacia él, llevarla en seguida á su boca, como para mostrarle que no tenían palabras algunas dignas de él.

Estemos algunas veces del mismo modo en la presencia de esta majestad augusta e infinita, sin decir palabra, con los ojos bajos, con una gran modestia y un respeto profundo. ¡Y ciertamente! los más grandes serafines, como los vió Isaías, (1) cubren sus rostros y sus pies con sus alas en su presencia, á causa del respeto profundo que le tienen, humillándose y anonadándose hasta los abismos. ¿Qué no debemos hacer, nosotros que no somos más que polvo y ceniza?..... Debemos también alabarle con nuestras palabras; porque, como dice San Basilio, (2) "aun cuando no podamos medir el espacio que hay entre el cielo y la tierra, ni ver la grandeza del sol y de las estrellas, no dejamos por eso de verlas como podemos; así aun cuando no podamos hablar de Dios y alabarle según su excelencia, no debemos sin embargo reducirnos al silencio de tal modo, que no empleemos las palabras que tenemos, para hacerlo del mejor modo que nos sea posible, imitando en esto á los santos, que casi no han empleado su lengua sobre la tierra más que para cumplir este sólo deber, y los serafines mismos, que, aun cuando confiesen, ocultándose, su insuficiencia para alabarle según merece, lo hacen sin embargo lo mejor que pueden y con todas sus fuerzas, exclamando sin cesar: Santo, santo, santo es el Dios de los ejércitos. Debemos del mismo modo alabar y bendecir á Dios cuando podamos, y con todas nuestras palabras, ofreciéndole, para suplir á la debilidad y á la falta de nuestras alabanzas, las que los bienaventu-

1 Isaías VI, 2.

2 Basil. homil. XV de fide.

rados le rinden con mucha mayor perfección en el cielo, y sobre todo las que se rinde á sí mismo, como las únicas que sean justas, iguales y proporcionadas á su gloria."

III. Es necesario tomar una resolución inviolable de servir á Dios, teniéndose por dichoso en servir á un tan gran príncipe, y prefiriendo este honor á todos los honores, y aun á todos los centros y á todos los imperios de la tierra; porque, puesto que estamos persuadidos que es mucho más noble y más honroso el servir á un rey que servir á un aldeano, aumentando la dignidad del servidor á proporción de la del amo, y que, por otra parte, sabemos que todos los reyes no son ante Dios sino un grano de polvo, es claro que es una cosa incomparablemente más excelente y más gloriosa el servir á Dios, que servir á un rey ó á cualquier monarca de la tierra. Por esto, penetrados de estos sentimientos, y saboreando la sublimidad y la dulzura de este honor, digámosle frecuentemente y de todo corazón, con el profeta real: *Oh Señor, yo soy vuestro siervo; yo soy vuestro servidor y el hijo de vuestra esclava.* (1)

IV. Concibámos una alta estima de Dios Ntro. Señor y un gran desprecio de todo lo demás; porque puesto que Dios es todo y que todo lo demás es nada, que las criaturas, por grandes, bellas, poderosas y perfectas que sean, y á cualquier grado que puedan llegar, son y serán siempre pequeñas, feas, débiles, imperfectas y pura nada ante esa esencia incomprensible é infinita, el alma tiene una faci-

1 O Domine, ego servus tuus, ego servus tuus et filius ancillae tuae. Ps CXV, v 16.

lidad maravillosa, para fundar en sí misma, sobre esta extrema desigualdad, sobre esta desproporción infinita, una opinión muy grande y sublime de Dios, y al mismo tiempo una estima muy baja de todas las criaturas comparadas á él. Con semejantes sentimientos, es necesario siempre elevar su alma y su espíritu, sobre toda la naturaleza, y decir frecuentemente en sí mismo con David: (1) *Señor Dios de las virtudes! ¿quién hay semejante á vos? ¿Qué bondad hay que se pueda comparar á la vuestra? ¿qué belleza, qué sabiduría y qué poder se atreverán á parecer ante la vuestra? Y con Baruch: (2) Este Señor, tan perfecto, es verdaderamente nuestro Dios, y se despreciará todo lo demás desde que se habrá conocido.* Así como unas luces pálidas no son de uso alguno, y no merecen atención, en presencia del sol, sino solamente en su ausencia y durante las tinieblas; así también, cuando el conocimiento de Dios, de su belleza y de sus demás perfecciones esclarece á una alma, no hace ella caso alguno de las inocuas ni de las ligeras perfecciones de las criaturas de la tierra, y no se ocupa de ellas más que cuando no conoce las de Dios, y mientras su espíritu está hundido en las tinieblas.

V. Puesto que toda nuestra estima debe ponerse únicamente en Jesu-Cristo Nuestro Señor, es necesario, en consecuencia fijar y detener en él todos nuestros deseos, y no buscar sino sólo en él nuestra gloria, nuestro contento, nuestro reposo y

1 Domine Deus virtutum! quis similis tibi? Ps. LXXXVIII, 9.

2 Hic est Deus noster, et non aestimabitur alius adversus eam. Baruch. I. 36.

todo nuestro bien, persuadiéndonos muy íntimamente de que no podemos encontrarlos sino en sólo él, y que los encontraremos infaliblemente en él; que todos nuestros deseos, por grandes que sean serán colmados, puesto que en él, como en su verdadero manantial, se vuelve á encontrar toda la naturaleza, toda la gracia y toda la gloria, todos los bienes que duran en de ahí, en un grado infinitamente superior á cuanto se pueda concebir. Mas supuesto que sólo en él existen perfectamente, ¿á donde querríamos, pues, irlos á basear fuera de él? Y ciertamente! sería una gran tontera sacar, con mucho trabajo, dos gotas de agua turbia en un pantano fangoso, cuando tenemos á nuestro alcance una límpida fuente; buscar la luz en la reverberación de una pizarra, mas bien que tomarla en su verdadero origen; querer mejor la sombra y pintura de un reino que el reino mismo. Pero, ¿qué mayor tontera, qué ceguedad mas deplorable y qué locura más extraña que buscar nuestro reposo y nuestra felicidad en las criaturas, que ni la tienen ni para sí mismas, ni para nosotros, puesto que nada son, y que podemos encontrarlas con tanta abundancia en Jesu-Cristo! "Oh hombre cegado, decía San Anselmo, ¿por qué te pierdes en vanas solitudes por las criaturas, buscando con tanto afán los bienes de tu alma y de tu cuerpo? Busca el único bien en quien están todos los bienes, y te bastará; dese el bien simple que, en su simplicidad, es todo bien, y él llenará todos tus deseos. (1)

1 Cur ergo per multa vagaris, homuncio! Querendo bona anime tue, corporis tui, ama unum bonum, in quo sunt omnia bona, et sufficit: desidera simplex bonum, quod est omne bonum et satis est. S. Anselm. cap. XXV Proslogii.

VI. Pero el sentimiento que conviene aún de una manera más especial á nuestro asunto, y el que debemos principalmente excitar en nosotros, es el amor de un objeto tan perfecto; porque Nuestro Señor, como Dios que es, siendo el ser soberano, eterno é infinitamente perfecto en todas las cosas, se sigue necesariamente de esto, que él es infinitamente amable. En efecto, toda perfección es amable en sí; es ella el atractivo particular del amor á proporción de su grandeza, pues que un grado más grande de amor es debido naturalmente á cada grado mayor de perfección. Debemos, por tanto como vir, que siendo Dios Nuestro Señor la belleza, la sabiduría y la perfección infinita, es necesario concluir de esto, que él es soberano é infinitamente amable, y que estamos obligados á amarle infinitamente; pero ya que no podemos llegar á ese amor infinito, á lo menos estamos obligados á amarle con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, como nos lo manda.

A este ejercicio es al que debemos aplicarnos principalmente, porque es el más noble y el más importante de todos; por esto es preciso ejercitarnos en practicar excelentemente los actos de amor, de complacencia, de benevolencia y los demás de que hablaremos más extensamente en el libro segundo, rindiendo con ardor estos deberes respetuosos á las perfecciones infinitas de Dios Nuestro Señor. Aquí también es donde el alma, considerando y contemplando ya la una, ya otra de estas perfecciones infinitas, toda sorprendida y toda deslumbrada de los rayos de su gloria, debe exclamar con David: *Señor Dios de los ejércitos,*

quién hay semejante á vos en el universo? (1) Y responder con él: *No Señor, nadie puede ser semejante á vos.* (2)

Y puesto que nadie hay que pueda compararse á Dios, y que pueda siquiera aproximarse de cualquiera manera que sea á sus divinas perfecciones, no hay por consiguiente nadie amable como él, y por consiguiente nada que podamos amar tanto como él. Determinémoslo por tanto á amarle sobre todo, pues que él merece nuestro amor incomparablemente sobre todo. Es a fué la resolución que tomó San Agustín, después de haber contemplado estas perfecciones divinas, y la oración que hace á Dios, al fin del bello discurso que ha hecho sobre las perfecciones divinas, del que hemos referido una parte en el párrafo primero: «Escuchad, escuchad, escuchad me, Dios mío, mi Señor, mi rey, padre mío, mi principio, mi tesoro, mi gloria, mi reposo, patri mío, mi salud, mi luz y mi vida; escuchad, escuchad, escuchadme con aquella dulzura secreta, conocida de tan pocas personas. Sí, yo amo ahora solamente á vos, quiero seguirlos y buscaros á vos sólo. Caead y abrid mis ojos, desatad de mí la tozura á fin de que os conozca. Recibid, os lo suplico Señor mío, padre lleno de misericordia y de bondad, recibid á este prodigo que se había alejado de vos; he sido castigado bastante, he servido bastante largo tiempo á los enemigos que pisais, he sido bastante largo tiempo el juguete de las mentiras y embustes del mundo. Recibid á vuestro servidor que

1 Domine Deus, quis similis tibi.

2 Non est similis tui in diis, Domine, Pa. LXXXV. 8.

huye lejos de él, que recurre á vos, para no servir sino á vos. So'a nente suplico á vuestra clemencia infinita el que me convierta enteramente á vos; alejad de mí todo cuanto pudiera impedirme dirigirme hacia vos; hace l que yo sea sincero, valeroso, justo, prudente, perfecto, amante y poseedor de vuestra sabiduría." (1)

Tales el fin del discurso de San Agustín: he aquí como Pico de Mirandola termina las palabras citadas en el párrafo segundo:

"Pero ved qué locura nos ciega; mientras estamos en esta vida, en la oscura prisión de nuestros cuerpos, nos es mucho más fácil amar á Dios que aprender á conocerlo y á hablar dignamente de él; amándolo, somos mucho más dichosos, el trabajo es mucho menos penoso, estamos seguros de serie más agradables. Sin embargo, mejor queremos buscar con mucho trabajo lo que jamás encontraremos aquí en la tierra, que encontrar á El

1 Exaudi, exaudi, exaudi me, Deus meus, Dominus meus, rex meus, pater meus, causa mea, res mea, honor meus, domus mea, patria mea, salus mea, lux mea, vita mea; exaudi, exaudi, exaudi me, moro illo, tuo paucis, notissimo. Ita te solum amo, te solum sequor, te solum quero. Sana et aperi oculos meos, expelle à me insaniam, ut recognoscam te. Recipe, oro, fugitivorum tuum, Domine, clementissime Pater! Jam satis penas dederim, satis inimicis tuis, quos sub pedibus habes, servierim, satis facierim fallaciarum ludibrium; accipe me ab istis fugientem famulum tuum. Tantum oro excellentissimam clementiam tuam, ut me penitus ad te convertas nihilque mihi reagnare facias tendenti ad te, joveasque me purum, magnanimum, justum, prudentemque esse, perfectumque amatorem, perceptoremque sapientie tue. Sa. Aug. lib. I. Soliloq. seu de cognitione Dei et anima. cap. 1.

mismo y poseerlo amándolo." (1) Estas palabras notables deben excitarnos muy vivamente á la práctica del amor de Dios, y nos hacen comprender que debemos dedicarnos mucho mas á amarlo que á conocerlo.

1 Sed vide que nos insania tenent, amare Deum, dum sumunt in corporibus plura possumus, quam eloqui vel cognoscere; amando plus nobis proficimus, minus laboramus, illi magis obsequimur; malimus tamen semper querendo per cognitionem nunquam invenire quod querimus, quam amando possidere. Pic. Mirand. lib. de Ente et Uno, cap. V.

CAPITULO SEXTO.

Segundo motivo de amor.

La belleza soberana de Jesucristo Nuestro Señor.

I. Lo que es la belleza.—II. Belleza corporal.—III. Belleza de la naturaleza vegetativa.—IV. Belleza del alma sensitiva.—V. Belleza del alma racional.—VI. Belleza natural del ángel.—VII. Belleza sobrenatural de los cuerpos gloriosos.—VIII. Belleza sobrenatural del alma que es á en gracia.—IX. Belleza sobrenatural que hay en la gloria.—X. Belleza divina.

Puesto que queremos probar que Jesu-Cristo Nuestro Señor es infinitamente amable á causa de su belleza infinita, es necesario, para poner esta verdad en toda su claridad, explicar lo que se entiende por belleza, y cuántas especies de ella se distinguen:

I. Como la belleza corporal es la que nos es más conocida, los filósofos se han aplicado á darnos la definición de ella, y por esta definición nos han dado los medios de conocer la belleza en general. He aquí la definición que dan más ordinariamente: La belleza es una proporción de los miembros ó de las partes que componen un cuerpo, acompañada de un color suave y agradable. (1) Que es como si

1 Palchritudo est membrorum, partiumque proportio, cum quadam suavitate coloris.

se dijera que un cuerpo, para ser bello, debe tener tres cosas: 1.º todas sus partes, sin que le falte una sola; 2.º una relación justa de todas esas partes entre sí, una si netría guardada exactamente, en cuanto á su lugar y tamaño, de suerte que cada una esté en su lugar natural, y que no sea ni más pequeña ni más grande de lo necesario; 3.º es preciso, además de esto, un color vivo y suave, lleno de lustre y esplendor, que haga á este cuerpo agradable, y le dé no se qué de celeste, que hiera como con rayos de luz á los que lo ven, los arrebatara en admiración, y lo hace gustar el entusiasmo ó un placer verdadero. De esta definición de la belleza corporal, se puede concluir fácilmente que la belleza en general no es otra cosa que un justo arreglo y una proporción de partes bien observadas, y de todo lo que es necesario á una cosa para hacerla perfecta en su especie. De aquí se sigue, lo que enseñó S. Dionisio con esos mis filósofos, (1) que la belleza no es diferente de la bondad, sino que son una misma cosa, y que no existe entre ellas otra diferencia más de la que el pensamiento les da. Así, una cosa es buena y absolutamente buena, cuando tiene todo cuanto pide su naturaleza, ó cuando es buena relativamente á otro objeto cualquiera; como por ejemplo, se dice: el calor es bueno para un hombre que tenga frío. Mas se dice que es bella y no buena, si esta misma cosa es considerada en sus relaciones con las facultades por las cuales conocemos los objetos, como el ojo, la imaginación, el espíritu, y les procura algún placer y cierto contento. Así, las mismas per-

1 De divin, Nom. cap. IV.

fecciones pueden llamarse bondad y belleza. Se les llama bondad cuando hacen al objeto que las posee acabar en sí, ó útil á otro; se les llama belleza cuando se consierran al objeto como agradable á los ojos del cuerpo ó del alma. Aun cuando la bondad y la belleza sean una misma cosa, sin embargo, como tratamos aquí del conocimiento relativamente al amor, y como la palabra belleza se emplea cuando se trata de conocimiento, y tiene no se qué de más dulce y más poderoso para excitar el amor en el corazón, nos serviremos aquí de la palabra belleza más bien que de la de bondad.

Las especies diferentes de bellezas pueden reducirse á nueve, no consierrando sino las que están en las substancias. (1)

II. La belleza menos estimable de todas es la corporal, sea la belleza de los cuerpos inanimados, como la del sol, de la luna y de las estrellas, ó de las piedras preciosas, de los diamantes, del oro, de la plata; sea de los cuerpos animados de una alma vegetativa, como el de las flores, las rosas, los lirios, etc., de los árboles, de las plantas; sea de los cuerpos animados de una alma sensitiva, como la de los pájaros, de los peces, de los animales; ó en fin, de aquellos que están animados de una alma racional, como la belleza de los cuerpos humanos.

Más aun cuando esta belleza sea la menos estimable de todas, es tan grande, tan excelente y tan admirable en muchos cuerpos, que los que la ven quedan por eso arrebatados y transportados.

1 Lessius, lib. 11, de summo Bono, cap. XVI.

Sabemos, por una multitud de ejemplos pasados y aun diarios que la belleza que brilla sobre algunos rostros humanos hace frecuentemente impresiones repentinas, violentas y tan extrañas sobre los espíritus, que vuelve locos á los más sabios, empobrece á los más ricos, ablanda los corazones más duros, cautiva á los más independientes, y subyuga hasta los conquistadores y monarcas.

III. La segunda especie de belleza, es la belleza del alma vegetativa, que da la vida á las plantas, á las flores y á los árboles, y que es sin duda alguna incomparablemente más grande y más perfecta que la belleza puramente corporal; porque toda la belleza exterior que adorna esos cuerpos depende y dimana de la belleza interior, de los principios que la vivifican, y en los cuales está encerrada de una manera mucho más simple, más elevada, más perfecta y por consiguiente más agradable. En efecto, toda esa disposición que se nota en cada planta, tan bella en cada flor, en la rosa, el tulipan, etc., todas esas formas tan diferentes y tan agradables, esos colores, esos olores, esas proporciones, esas propiedades están encerradas de una manera mucho más admirable, aunque invisible y escondida, en el alma vegetativa de la flor, que es como su principio y origen. Esta alma vegetativa saca de sí misma esas bellezas, esas perfecciones de figura de color y de olor, y las comunica al cuerpo exterior que ella anima.

IV. La belleza del alma sensitiva es todavía más grande que la del alma vegetativa, porque el alma sensitiva es inestimablemente más noble y más elevada en su género, que el alma vegetativa

en el suyo. Lo que se verá evidentemente por la diferencia de perfección que existe entre las operaciones de la una y las de la otra. Las operaciones del alma vegetativa son: vivir, crecer, producir su semejante; mientras que el alma sensitiva, además de las operaciones del alma vegetativa, que le son comunes con ella, y que ella encierra eminentemente como especie superior, tiene también la facultad de sentir, ver los colores, oír los sonidos, oler los olores, gustar, tocar, andar, imaginar, desear, amar, aborrecer, y en fin, excitar las pasiones, de las cuales se sirve para buscar lo que le es útil y huir lo que le es dañoso.

V. La belleza natural del alma racional excede en grandeza y perfección, y en un grado casi infinito, á toda belleza del alma sensitiva y negativa; porque, además de que ella posee cuanto ellas tienen de bueno y precioso, ella es, además, una substancia que no está sacada de las inmundicias de la materia por medio de la generación, sino que por medio de la creación, sale de las manos purísimas de Dios. Es una substancia del todo espiritual, inmortal, la imagen viviente de Dios, dotada de entendimiento y de razón, de voluntad y de libertad, y enriquecida de mil prerogativas señaladas.

VI. La belleza natural del ángel es sin duda más brillante y más excelente que la del alma racional; sin embargo, no se diferencia tanto de ella como la belleza del alma racional aventaja á la del alma sensitiva, porque son del mismo género, y que no difieren sino como de los más á lo menos; como, por ejemplo, una luz grande se diferencia de una pequeña, un planeta de una pequeña estrella,

un espejo bello y fino de Venecia, de uno de vidrio.

VII. La belleza sobrenatural, y primeramente la belleza sobrenatural de los cuerpos gloriosos. Es tan grande, tan augusta, tan llena de majestad, que la belleza natural de todos los cuerpos humanos que han existido desde el principio del mundo, y que existirán hasta el fin, no se aproxima al menor grado de su perfección, y ni aun puede comparárseles, como una criatura fea y deforme no puede compararse á una Ester ó á una Judit; porque, además de la integridad de todos los miembros, proporcionados y arreglados con tanta exactitud, vivificados por su color el más propio y dispuesto de la manera más viva, la más dulce y la más delicada posible, serán todos luminosos como el sol, lo que hará su vista extraordinariamente agradable y sobre cuanto pudiera decirse. El sol es una criatura llena de tanto esplendor y belleza, que varias naciones lo han adorado como verdadero Dios, tanto poder tenía su belleza para encantar algunos espíritus. Esta belleza, sin embargo, no consiste sino en su luz; por lo demás, es un cuerpo simple, inanimado, insensible, el mismo en todas sus partes. Mas si Dios, por su omnipotencia, produjera en el cuerpo del sol una diversidad de miembros y partes bella y agradable, tal como en el rostro del cuerpo humano, y que estas partes, conservando á la vez esa grande y brillante luz con que Dios ha adornado tan magníficamente este bello astro, tuvieran la variedad de colores necesarios para formar un bellissimo rostro, y que se hiciera viva esta belleza admirable, el sol sería mucho más bello y tendría sin duda atrae-

tivos más poderosos. Y bien! tales serán, pero de una manera mucho más brillante y más bella, los cuerpos de los justos en el cielo, durante toda la eternidad; por esto se les llama cuerpos gloriosos, porque siempre estarán revestidos de gloria en su conjunto y en cada una de sus partes.

VIII. La belleza sobrenatural del alma que está en gracia aventaja en un grado casi infinito todas las bellezas naturales de los cuerpos y de las almas. Platón decía que si se pudiera ver con los ojos del cuerpo la belleza de una alma sabia y virtuosa, inflamaría de amor los corazones de todos los hombres. (1) Si una alma dotada solamente de virtudes morales y naturales (porque Platón no conocía otra) es tan bella y tan perfecta, ¿cuál es pues la belleza y la perfección de una alma enriquecida con la gracia, adornada de virtudes sobrenaturales, que, siendo de un orden mucho más elevado, tienen también mucho más brillo y esplendor? Por consiguiente, está absolutamente fuera de toda duda que el alma que está en gracia es lo más bello que hay y lo más agradable en todo cuanto hay aquí en la tierra, en el orden de las simples criaturas, y que ella sola contiene más bellezas y maravillas, que el universo entero en todas las cosas naturales.

Ella está enriquecida en la gracia habitual, que la hace admirablemente bella y graciosa, pues to que ella emana de una manera particular de la primera é infinita belleza, que es Dios. Por esto Santo Tomas llama á la gracia una participación

1 In Phedro.

de la naturaleza divina. (1) Este admirable estado ennoblece al alma de una manera tan realzada, que la hace hija de Dios Padre, esposa de Dios Hijo, templo del Espíritu Santo, gran reina, con derecho de gozar para siempre del reino del cielo y de la dichosa posesión de Dios. Por efecto de la gracia, el alma es adornada de todas las virtudes infusas, teologales y morales, de los dones del Espíritu Santo, que acompañan inseparablemente la gracia, como las damas de honor acompañan á su reina, y de otros mil dones exquisitos, que, como adornos preciosos y joyas inestimables, llenan el alma de una belleza tan exquisita y colmada de tantos encantos, que la naturaleza, con todos sus tesoros y todos sus esfuerzos jamás puede producir algo semejante. Mostrando un día Nuestro Señor á Santa Catalina de Sena (2) la belleza de una alma que estaba en gracia, aunque por otra parte muy imperfecta, la santa quedó por ello de tal manera admirada y arrebatada, que dijo que ningún lenguaje humano podía expresar tal perfección. Nosotros mismos podemos juzgar de esto por analogía, considerando lo que pasa á nuestra vista en la naturaleza: la experiencia nos muestra que una pequeña causa natural, el alma vegetativa, por ejemplo, da á la flor, verbigracia, á un tulipán, una diversidad tan agradable, una variedad tan grande, tal aterciopelado, una vivacidad de colores tan bella, que al ver á esta flor se detiene uno cerca de ella, y obliga la atención y la admiración á tal punto algunas veces, que muchas per-

1 1^a 2^a. Questio 110, art. 3, et alibi.

2 Raimundus, in ejus vita apud Surium. 20 April.

sonas se prendan de ella realmente. El alma sensitiva da al pavo esa belleza que admiramos en él, esa púrpura, ese azul, esos ojos como estrellas y todo ese bello y magnífico vestido de que está ricamente ataviado. Y para remontar al hombre, consideremos lo que el alma hace en él, lo que ella le da con su presencia, lo que le quita con su ausencia. Tomemos un cuerpo de una belleza perfecta, el cuerpo de una Ester en la flor de la edad, pero privado de su alma; en este estado ya no tiene nada de belleza, sino que es feo, horroroso, esperece un olor pestilencial; ved aquí lo que es un cuerpo sin el alma. Mas, para comprender lo que el alma es al cuerpo, supongamos que esta alma vuelve á entrar por voluntad de Dios, en ese cuerpo; ella volverá inmediatamente la vida á ese cuerpo tan deforme y horroroso, y con la vida el movimiento, su primer color, su agradabilidad; hará de él una obra maestra de belleza, una Ester. Si, pues, una causa puramente natural puede producir efectos tan prodigiosos en un cuerpo, podemos juzgar fácilmente lo que hará en una alma una causa sobrenatural y divina, tal cual la gracia, que es mucho más noble y más poderosa que la naturaleza y que maravillosos efectos producirá allí. Mas si la gracia ennoblece al alma de una manera tan relevante, y la adorna de una belleza tan admirable, la gloria, que es la gracia consumada y acabada en todo, lo hará mucho más, como lo vamos á ver.

IX. La belleza sobrenatural del alma que está en la gloria, es, después de la belleza divina, seguramente la más grande y la más perfecta de todas, porque, entre las puras criaturas, no hay al-

guna más semejante á Dios que el alma bienaventurada, y es aún probable que no pueda haberla ahí; porque si algún espíritu pudiera concebir, si aun la sabiduría infinita de Dios pudiera inventar, y su omnipotencia producir un medio más eficaz y más propio para participar de las perfecciones de la divinidad, de su belleza, de su bondad, de sus riquezas, y hacer á una pura criatura más divina, si puedo hablar así, es cierto que la beatitud del alma no consistiría para nada en la visión y en el amor de Dios, como lo enseñan los doctores, sino en este nuevo medio, porque la última felicidad del alma no es ni puede ser otra que la participación más sublime, y la posesión más perfecta de la divinidad de que el alma pueda ser capaz. Siendo, pues, el alma bienaventurada tan semejante á Dios, que una pura criatura no puede serlo más, se sigue de aquí, que su belleza es incomprendible á nuestros espíritus, inaccesible á todas las lenguas, y que ella brilla, como una divinidad, con un esplendor, una majestad y una perfección casi infinitas.

X. La belleza más elevada de todas es la belleza divina, que es la belleza soberana é infinita, en comparación de la cual todas las bellezas naturales y sobrenaturales de los cuerpos de las almas y de los espíritus no son sino como centellitas, y pierden su brillo. Los filósofos paganos, alumbrados con las solas luces de la razón, han sentido esta verdad; Platón, entre otros, y Sócrates, dicen que la Virgen más bella, comparada á Dios, es fea y tiene tan poca gracia como un vaso de barro junto á ella. (1) Heráclito decía que el hombre más sa-

1 Plato in Hippias majore.

bio y más perfecto de todos, comparado á Dios, no era sino una sombra en sabiduría en belleza y en perfecciones. El mismo Platón enseña en muchos lugares que solamente Dios es propiamente bello, porque es bello por sí mismo, es bello siempre, y es bello en todo y por todo. (1) Hablando San Dionisio de la belleza de Dios, (2) dice estas bellas palabras: 'Esta bella y graciosa belleza es el origen de la belleza, de el agrado, de la amabilidad, de todas las cosas, haciendo brillar sobre cada una de ellas, según su alcance, el brillo de su esplendor, que le da lo gracioso que tiene. Dios es llamado bello, porque llama y atrae á sí todas las cosas para hacerlas participantes de su belleza, y perfectas en su naturaleza; El es llamado bello como bello en su todo, eminentemente bello, siempre bello de la misma manera, bello que no puede ni nacer, ni morir, ni crecer, ni decrecer; no bello en una parte é imperfecto en otra, bello una vez y no en otro momento, bello en un lugar y no en otros, bello á los ojos de unos é imperfecto á los de otros, sino siempre bello en sí mismo y por sí mismo, de una manera invariable y constante, como aquel que, antes que todos, tiene en sí mismo, de una manera soberanamente perfecta, la belleza primera, origen de todas las bellezas.' Estas palabras de San Dionisio encierran cinco perfecciones admirables de la belleza de Dios, que solamente en El se encuentran: 1.º Dios es bello en su propia esencia y por sí mismo, y no por otro, y por consiguiente es esencialmente la belleza misma; 2.º es

1 In Phedro, in *Hippia* majore, in symposio.
2 S. Dyonis. de div, nomín cap. IV.

bello con una belleza inmutable que jamás puede perderse ó marchitarse aun que sea poco, sino que es completa, y en todo lo que hace, y siempre del mismo modo; 3º El es la causa y el origen de las bellezas de todas las cosas espirituales y corporales que hay en el universo; 4º es bello de una manera infinita y sin límites; acopia y reúne en sí todos los grados de belleza que están esparcidos entre las criaturas, y los contiene todos de una manera infinitamente más noble y más sublime como no pueden encontrarse en las más perfectas de entre ellas; 5.º es El el fin y al mismo tiempo el modelo de todas las cosas bellas, que llama y atrae á sí para hacer brillar sobre ellas los rayos de su belleza, y por estos rayos, embellecerlas y perfeccionarlas.

SECCION SEGUNDA.

Nuestro Señor es perfecto en todas sus bellezas.

I. Belleza del cuerpo glorioso de Nuestro Señor.—II. Belleza de su alma santísima.—III. Belleza de su divinidad.

Nuestro Señor Jesu-Cristo tiene estas nueve clases de bellezas, que podemos reducir á tres: la belleza de su cuerpo sagrado, la belleza de su alma santísima, y la de su divinidad.

I. Es cierto que el cuerpo sagrado de Nuestro Señor tiene en sí más belleza, atractivos, majestad, gracias, suavidad, color y aroma, rayos de luz, proporción admirable de partes y toda otra perfección que pueda haber á un cuerpo soberanamente bello y agradable, que todos los cuerpos del universo juntos; porque la gloria y la belleza de los cuerpos bienaventurados siguen la medida de la gloria de sus almas. Mas como el alma de Nuestro Señor tiene, ella sola, más gloria que todas las de los demás hombres y de todos los espíritus criados, su cuerpo debe ser el más bello y el más amable de todos los cuerpos del cielo y de la tierra. Que si el cuerpo del bienaventurado el menos elevado en gloria, es radiante como el sol, y dotado de una belleza tan rara y tan esquisita, que todos los cuerpos humanos que la naturaleza ha producido, son nada en comparación de él, por más es-

fuerzo que haya hecho para hacerlos acabados y para darles los últimos rasgos de perfección, cuán brillante, bello y excelente debe ser el cuerpo del rey de gloria, pues que sólo él tiene más luz, belleza excelencia, de la que jamás tendrán todos los cuerpos gloriosos! Porque, puesto que él los excede á todos en dignidad de una manera infinita, siendo el cuerpo del Hijo de Dios, los excede también á todos de una manera incomparable en belleza. Añadamos á esto, que tiene una belleza infinitamente eminente y particular él solo, á saber, la belleza del Verbo, que le está unido íntimamente ó hipostáticamente, porque, como dice San Pablo, (1) *toda la plenitud de la divinidad*, y por consiguiente la belleza de Dios, *habita corporalmente en la humanidad de Nuestro Señor*: ella habita no solamente en su alma, sino también en su cuerpo, á quien, por esta unión, comunica necesariamente una belleza extraordinaria, toda divina y como infinita. Santa Teresa, (2) refiere que estando un día en oración ella, Nuestro Señor, por un favor muy particular, le mostró en una visión, solamente sus manos, que eran tan bellas, que quedó transportada por esto, hasta el punto de no saber cómo expresar este arrobamiento. Algunos días después, vió su rostro divino, cuya luz resplandeciente y divinos atractivos la pusieron como fuera de sí misma; vió en seguida su cuerpo sagrado, tal como se le pinta en el momento de su resurrección, pero dotado de una belleza tan grande, y de una ma-

1 Quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. Coloss.

2 Cap. XXVIII. vitæ suæ.

jestad tan deslumbrante, que ella asegura que todo cuanto pueda decirse de él por maravilloso que sea, no puede dar idea de lo que vió. Ella añade en seguida que, aun cuando no hubiera en el cielo sino la grande y admirable belleza de los cuerpos glorificados, para recrear la vista, sería siempre una gloria muy grande y un placer indecible el ver, sobre todo, la humanidad santísima de Nuestro Señor Jesu-Cristo, aun cuando, dice la santa, no se mostrara á nosotros sino como se muestra aquí en la tierra, es decir, según la capacidad de nuestra debilidad; porque no se muestra á nosotros en esta vida en toda la grandeza de su gloria y de su belleza, porque la debilidad de nuestra naturaleza, no podría soportar su brillo, como nuestros ojos no pueden ver al sol sin parpadear. "Aun cuando yo me hubiera esforzado, añade ella, durante años enteros en figurarme una belleza tan perfecta, esto me hubiera sido imposible, tanto excede su sola blancura y brillantez á todo cuanto pueda imaginarse aquí en la tierra. Es un resplandor que no deslumbra; una blancura inconcebible; un esplendor que alegra la vista sin cansarla; una claridad que hace al alma capaz de ver esta belleza toda divina, y en fin, es una luz en comparación de la cual, la del sol parece tan oscura, que ni se dignaría uno abrir los ojos para verlo. Entre estas dos luces hay la misma diferencia que entre una agua muy clara que corriera sobre cristal y cuya claridad aumentaría el sol por la reverberación de sus rayos, y una agua turbia y lodosa, que corriera por la tierra, y que estuviera cubierta de un vapor espeso. Mas esta luz admirable nada tiene semejante á la del sol, y parece tan natu-

ral, que la de ese gran astro, comparada á ella, parece artificial: esta luz es como un día sin noche, todo brillante, todo luminoso, sin que nada sea capaz de obscurecerlo; y en fin, es tal, que no hay espíritu, por penetrante que sea, y por esfuerzos que se haga que pueda representarse lo que ella es. (1)

II. El alma santísima de Nuestro Señor Jesu-Cristo es la obra maestra, la más perfecta de todas las obras de Dios: tiene más belleza que la que puedan tener todos los hombres y ángeles juntos, todos los cuerpos y todos los espíritus del universo, tanto á causa de la belleza infinita del Verbo, que le está substancial y corporalmente unido, y que la hace infinitamente bella, como á causa de la gracia, de la caridad, de todas las virtudes sobrenaturales y de los dones del Espíritu-Santo, que le han sido comunicados sin medida: En efecto, como dice San Juan (2) y como lo explican los santos: (3) *Dios Padre no ha dado las riquezas espirituales á la humanidad de su Hijo con peso y medida, sino sobre toda medida, como á aquel que es el único heredero por naturaleza de todos sus tesoros, y que debía distribuir á los elegidos, de la plenitud y de la sobreabundancia de su gracia y de su gloria, toda la gracia y toda la gloria que tendrán para siempre.* (4) El profeta Isaías había predicho de él que una flor saldría de la raíz de José, y que el Espíritu Santo con todos sus dones

1 Caput XXVIII, vite sue.

2 Non enim ad mensuram dat Deus spiritum. S. Joan. III. 34

3 S. Aug. S. Chris. S. Cyril. Beda, Maldor. ibid.

4 De plenitudine ejus omnes nos accepimus, et gratiam pro gratia. S. Joan. 1. 16.

debía reposarse sobre esta flor. "Ha sido del beneplácito de Dios, dice San Gerónimo explicando este pasaje, (1) el hacer habitar real é inseparablemente toda su divinidad en el cuerpo y en el alma de su Hijo, dándole, no como á los otros santos, una parte de las virtudes, de las bendiciones y de los dones del Espíritu Santo, sino toda su abundancia. Los Nazarenos, en su evangelio, dicen que todas las fuentes del Espíritu Santo han sido abiertas y se han reunido en él, de donde dimanaban después por arroyos sobre los elegidos." Ahora bien, si cada uno de estos pequeños arroyos de gracia y de gloria puede elevar á una alma á un grado tan alto de gracia y belleza que, como lo hemos dicho anteriormente, que no puede haber, entre las puras criaturas, en ningún otro estado, una belleza más grande, más perfecta y más semejante á la belleza divina que la del alma que está en gloria, qué serán pues todos estos arroyos reunidos en la nobilísima, purísima y santísima alma del Hijo de Dios, como en su manantial? Qué inefable belleza y qué perfección incomprendible no tendrá ella, pues que en comparación de ella, no solamente cada alma gloriosa, sino todas juntas, son como pequeños rayos de luz delante del sol, ó como gotas de agua comparadas á la inmensidad del océano! En verdad, todo esto está sobre todo cuanto podemos decir y concebir, y no puede dejar sino una grande admiración en nuestro espíritu y un deseo ardiente de admirar y de amar con todo nuestro corazón una belleza tan incomparable.

1 Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem divinitatis habitare corporaliter, nequaquam per partes, ut in ceteris sanc-

III. La belleza de la divinidad de Nuestro Señor Jesu-Cristo excede aún infinitamente todas las demás, puesto que ella es infinita en sí misma. Y lo que debemos notar aquí de una manera particular, es que, aun cuando la belleza sea común á las tres personas divinas, como los demás atributos, sin embargo, según la advertencia de San Hilario (1) es atribuida particularmente á la segunda persona, que Isaías llama por esto la belleza de Dios; porque, hablando de la conversión de los gentiles, dice: *Verán la gloria del Señor y la belleza de nuestro Dios*, (2) es decir, al Mesías, que, en su persona divina, es el esplendor de la gloria y la belleza del Padre. Por la misma razón es por lo que es llamado también en la Escritura el rostro de Dios: *He aquí que yo envío á mi ángel delante de mi rostro*. (3) Es Dios Padre quien anuncia que él envía á San Juan Bautista como precursor delante de su Hijo. El sumo sacerdote de la ley antigua daba la bendición al pueblo en estos términos prescritos por Dios mismo: *Que Dios te bendiga, y se digne guardarte; que te muestre su rostro, que tenga piedad de tí, que vuelva hacia tí su rostro y que te dé la paz*. (4) Dios según la

tis, sed juxta evangelium eorum, quod habere sermone conscriptum legunt Nazareni, descendet super eum omnis fons Domini. Hier. ibid.

1 Hilari. lib. II, de Trinit.

2 Videbunt gloriam Domini, et decorem Dei nostri. Is. XXXV, 2.

3 Ecce ego mitto angelum meum ante faciem meam. Malach. III, 1.

4 Benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat Dominus faciem suam tibi, et misereatur tui. Convertat Dominus vultum suum ad te, et det tibi pacem. Núm. VI. 24.

advertencia de Teodoro, (1) entiende por su faz y por su rostro, la persona de su Hijo; cuya encarnación deseaba á los hijos de Israel el sacerdote. Y lo llama así, porque, así como el hombre es conocido más particularmente por su cara que por el resto del cuerpo, así Dios Padre es manifestado claramente por su Hijo, y más por él sólo que por todas las criaturas. Además, así como la belleza del hombre brilla sobre su rostro de una manera más particular, así la belleza divina reside de una manera especial en el Hijo. Enseñando el doctor angélico Santo Tomás (2) esto y dando la razón, dice, como lo hemos notado antes, que son necesarias tres cosas para constituir la belleza; 1.º La integridad de partes; 2.º una justa proporción y una bella conveniencia entre ellas; 3.º un color y lustre que los iluminen y hagan lucir. El Hijo de Dios posee la primera, puesto que tiene verdadera y perfectamente toda la naturaleza del Padre; tiene también la segunda, pues que él es propiamente la imagen expresa y el retrato viviente y substancial del Padre; y vemos que una imagen es bella cuando representa perfectamente su original; cómo pudiera faltarle la tercera, pues que él es personalmente el Verbo; y por consiguiente como dice San Juan Damasceno, la luz y el esplendor del entendimiento divino. (3)

Ved una muy débil muestra de la belleza que Nuestro Señor tiene en el cielo: es soberana, infinita, y sobre todas las demás bellezas, sin pro-

1 Theod. ibi.

2 1. p. quest. 39. art., 8.

3 Lib. 1. cap. VIII et XVIII.

porción alguna; ellas por tanto lo hacen soberana é infinitamente más amable que cuanto se puede amar en las criaturas. Y es necesario advertir además que teniendo Nuestro Señor tres cosas, el cuerpo, el alma y la divinidad, estas son, sin comparación y sin excepción, las tres cosas más bellas del mundo; su cuerpo sagrado es el más bello de todos los cuerpos; su alma santísima, la más bella de todas las almas y de todos los espíritus; y su divinidad la belleza de las bellezas existentes y posibles. Digamos también, para contento de las almas que quieren amar á Jesu-Cristo, algo de la belleza que tenía cuando vivió en la tierra, en medio de los hombres.



SECCION TERCERA.

Belleza de Nuestro Señor Jesu-Cristo como hombre mortal.

1. Lo que se necesita para una belleza perfecta.—II. Belleza del cuerpo de Nuestro Señor.—III. Belleza de Nuestro Señor en sus acciones.—IV. Belleza de Nuestro Señor en su palabra.—V. Respuesta á una objeción.

Nuestro Señor Jesu-Cristo, como hombre mortal, tenía los tres géneros de bellezas de que acabamos de hablar; la belleza divina, la belleza del alma y la belleza del cuerpo. En cuanto á la belleza divina y á la del alma, las tenía en el mismo grado sobre la tierra en que ahora las tiene en el cielo, no estando la belleza divina sujeta á cambio, y habiendo poseído su alma santísima desde el instante de su creación toda la belleza de que goza, al presente. En cuanto á la belleza corporal, no la tenía en el mismo grado porque su cuerpo sagrado, no era aún glorioso; no dejaba sin embargo de tenerla en un grado eminente.

I. Se necesitan tres cosas para hacer á un hombre de una belleza perfecta: la belleza del cuerpo, la gracia en las acciones, el don de la palabra.

La belleza del cuerpo, como lo hemos dicho ya, consiste en la exacta proporción de todas las partes, en la vivacidad y brillo del color; la gracia en las acciones es también una proporción exacta en las acciones, es decir, una cierta conveniencia y una cierta medida observada en todo lo que se hace: así, vemos personas que cualquier cosa que digan ó hagan, que estén sentadas ó en pie, que anden, que vean, que tomen ó den alguna cosa, lo dicen y lo hacen con tanta gracia, con tanta exactitud y propiedad y buen modo, que encantan á todo el mundo. Los latinos llaman á esta belleza particular de las acciones *decorum*, hermoso; los franceses la llaman comúnmente agradabilidad porque ella hace á una persona muy agradable, y hasta tal punto que, sin ella, toda la belleza del cuerpo no tiene efecto porque, cualquiera que sea la belleza de que está dotada una criatura, si tiene modales bruscos y groseros, si obra y habla de una manera desagradable, su belleza parecerá disminuida y llegará á ser casi nula; mientras que el buen modo, aun cuando no esté acompañado de la belleza, realza de tal modo el porte y los hechos de un hombre, que da lustre á todas sus acciones, atrae sobre sí las miradas y causa admiración á todos. ¡Cuántas personas, con un vestido simple y corriente, agradarán más que otras cubiertas de oro y seda! La belleza de la palabra, si puedo decir así, consiste en la dulzura de la voz, en la gracia de bien decir, ó la elocuencia, que es absolutamente necesaria á la belleza del cuerpo y á la agradabilidad en las acciones para hacerlas perfectas y atractivas; porque, puesto que tenemos continua-

mente necesidad de la lengua y de las palabras para manifestar nuestros pensamientos y nuestros afectos, si la lengua no llena este oficio convenientemente, si las palabras no son agradables, esas bellezas mudas perderán una gran parte de su poder. Estas tres cosas son por tanto absolutamente necesarias para hacer una belleza humana perfectamente acabada; vamos á ver que Jesu-Cristo las poseía todas en su estado mismo de hombre mortal.

II. Nuestro Señor estaba dotado de la belleza del cuerpo; tenía el cuerpo más puro que hubo jamás, puesto que estaba formado de la sangre virginal de la Reina de las vírgenes, unido á la pureza infinita de Dios mismo, organizado, no por la naturaleza, como los demás cuerpos, sino por el Espíritu Santo mismo, que lo había formado de una manera mucho más perfecta cual no pudiera haberlo hecho la naturaleza. Y como este cuerpo debía ser el primero de todos los cuerpos humanos en dignidad, lo hizo primero en belleza; no con una belleza falta de vigor y afeminada, sino con una belleza llena de grandeza y majestad, y tal cual convenía á la divina persona de Nuestro Señor, y al gran designio por el cual había tomado este cuerpo. Por esto el profeta David invitaba á todas las naciones para alabarle y darse á él. *La gloria y la belleza están en su presencia; la santidad y la magnificencia están en su santuario; por consiguiente él es digno de vuestro amor y de vuestra admiración. Por esto, pueblos, apresuraos, rendid al Señor, familia de las naciones, rendid al Señor la gloria y el honor, rendid al Señor la gloria que es debida á su nombre*, venid á traerle

el homenaje de vuestros corazones. (1) El mismo profeta se explica más claramente, por decirlo así en este texto tan conocido, al cual la paráfrasis caldea da todavía más fuerza: Sois el más bello de entre los hijos de los hombres, la gracia está esparcida sobre vuestros labios, porque el Señor os ha bendecido por la eternidad. (2) Acercad de este lugar dice San Gerónimo: El hijo de una virgen, este primer manantial de la virginidad, este Señor que no había nacido por voluntad de hombres, sino por operación de Dios, debía ser el más bello de los hijos de los hombres; en efecto, si no hubiera tenido sobre su rostro y en sus ojos algo de celeste y divino, jamás lo hubieran seguido los Apóstoles á su primera palabra, y los soldados que fueron á prenderlo no hubieran quedado delumbados y derribados de espaldas al suelo. (3) San Crisóstomo cita el mismo texto y nos enseña que la belleza y la majestad de Jesu-Cristo eran tan grandes, que muchos, prendados de su amor, se adherían á él, lo seguían por todas partes, y deseaban no separarse nunca de él. (4) La belleza de su rostro era tan majestuosa, el brillo de sus ojos,

1 Confessio et pulchritudo in conspectu ejus: sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus. Ps. XCV, 6. Genebr., ibid. Afferte Domino patrie gentium, afferte Domino gloriam et honorem: afferte Domino gloriam nomini ejus. Ibid. 7.

2 Speciosus forma pro filiis hominum. Ps. XLIV, 3. Pulchritudo tua, ó rex Christil præstantior est filiorum hominum. Paph. Chald. ibid.

3 Univerſis pulchrior est virgo de Virgine, qui non ex voluntate viri, sed ex Deo natus est: nisi enim habuisset, et in vultu quidam oculisque sidereum, nunquam eum statim secuti fuissent Apostoli, nec qui ad comprehendendum eum venerant, corruissent. S. Hier. ep. CXL, ad Principiam Virginem.

4 Hom. 28. in Math.

tenía tanta dulzura y tanta fuerza, que los que la conocían, y que no estaban cegados por la envidia, eran penetrados de respeto, de amor y de veneración, y le rendían honores que Alejandro el grande, á pesar de su poder, jamás pudo obtener de los griegos. Y aun cuando era todavía niño pequeño, estaba dotado de una belleza tan grande y tan extraordinaria, que las personas afligidas, para disipar sus pesares, y aun todos, se decían unos á otros: Vamos á ver al hijo de María.

III. El se hacía amable en todas sus acciones, en reposo ó en movimiento, consolando á los afligidos, acariciando á los párvulos, perdonando los pecados, curando á los enfermos ó haciendo otros milagros; todas estas acciones, cualesquiera que fuesen, eran hechas con una gracia singular. Es indudable que él conocía perfectamente hasta dónde debe llegar el bien parecer, de qué manera debía componer y medir sus modales, sus movimientos, toda la economía de sus acciones, aun las más pequeñas, para hacerlas todas en la exactitud y precisión convenientes; es bien cierto también que se servía de este conocimiento para perfeccionar sus acciones y hacerlas agradables, á fin de tener una entrada más fácil en los espíritus y en los corazones, para ganarlos para su Padre, y para servirnos también de modelo y enseñarnos á arreglar así todas nuestras acciones exteriores. La esposa de los Cánticos lo había anunciado mucho tiempo antes, dirigiendo á su divino esposo estas palabras, que encierran el elogio de su belleza corporal, y de su gracia en las acciones: *¡Qué grande es la belleza de vuestro cuerpo sagrado, oh mi muy amado, y con qué admirable gracia hacéis*

todas vuestras acciones (1) David había dicho también: *Se ha revestido del esplendor y del agrado como de un vestido*; (2) y esto es también lo que los judíos, que tuvieron la felicidad de verlo y de conversar con él, notaban en toda su persona; porque, según la advertencia de San Lucas, *todo el pueblo se alegraba al ver con qué nobleza, y grandeza llena de gracia hacía todas sus acciones*; (3) por esto le rendía este testimonio glorioso: *Ha hecho bien todas las cosas*. (4)

IV. Nuestro Señor estaba dotado del don de la palabra en el grado más alto; porque, sea que él hablara, en público ó en particular, que instruyera, que consolara, que reprendiera, que preguntase, que respondiese, sus palabras estaban llenas de tanta gracia y eficacia, que iluminaban los espíritus más ignorantes y más groseros, enternecían los corazones más duros, calentaban los más helados, llenaban de amor á los más insensibles, hacían nacer una dulce confianza en los corazones más desesperados, rompían los designios, cambiaban las voluntades, llenaban de dulzura á aquellos que estaban inflamados de cólera, reconciliaban á los enemigos, sometían á los más rebeldes, en fin, obraban sobre los hombres los efectos más maravillosos. Y ciertamente! nada hay en esto de muy admirable, puesto que, siendo el Verbo, era la palabra de Dios, la sabiduría increada. Esto es lo que ha hecho decir á San Pablo: *La palabra de*

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant., I, 15.

2 Decorem indutus est. Ps. XCII, 1.

3 Omnis populus gaudebat in universis quae gloriosè fiebant ab eis. S. Luc. XIII, 17.

4 Bene omnia fecit. Marc. VII, 37.

Dios es viva y eficaz; es más penetrante que una espada de dos filos, penetra hasta en los pliegues más escondidos del alma y del espíritu, pone en claro todos los pensamientos y todos los movimientos de los corazones. (1) David también, después de haber dicho que Nuestro Señor era el más hermoso de los hijos de los hombres, no deja de añadir: *La elocuencia y la gracia están esparcidas sobre sus labios.* (2) *Todas las palabras que salen de su boca, dice la Esposa, son como perfumes preciosos, que llenan de alegría á aquellos que las escuchan con un corazón bien dispuesto.* (3) Muy pronto después, atraída por el encanto de esta voz divina, exclama: *Su lengua está llena de suavidad y de delicias; torrentes de dulzura salen de su boca.* (4) Los judíos experimentaron durante tres años los efectos de su palabra llena de dulzura y fuerza, porque, según se refiere por los evangelistas, los pueblos estaban llenos de admiración y de sorpresa viendo la fuerza de su palabra. (5) Todos ellos admiraban la gracia indescriptible con que acompañaba todos sus discursos, y atraídos por el encanto de sus palabras, iban muy de madrugada al templo para poder oirlo; y cuando Nuestro Señor esparcía los torrentes de su divina elocuencia, y ellos sentían sus almas arrebatadas y transpor-

1 Vivus est enim sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio accipiti, et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritalis, compagum quoque ac medullarum. Hebr., IV, 12.

2 Diffusa est gratia in labiis tuis. Ps. XLIV, 3.

3 Labia ejus, lilia distillantia myrrhan primam. Cant. V, 13.

4 Guttur illius suavissimum. Cant. V, 16. Guttur illius dulcedines. Sept.

5 Admirabantur tarbae super doctrina ejus. Matth., VII, 18.

tadas, exclamaban todos fuera de sí: Jamás hombre alguno ha hablado con tanta gracia, tanta dulzura, tanta fuerza y tanta perfección como habla este hombre. (1) Su elocuencia, como una fuerte cadena, los tenía ligados y adheridos á él con tal unión, que olvidaban sus casas, sus familias, aun las cosas más necesarias á la vida, para seguirle hasta en los desiertos.

Esta divina elocuencia de Jesu-Cristo, unida á la belleza de su cuerpo y á la gracia que acompañaba todas sus acciones, lo hacía, conforme á la profecía de David, el más hermoso de los hijos de los hombres. El casto José, y Moisés el legislador del pueblo de Dios, habían sido en esto, como en otras muchas cosas, las figuras de Nuestro Señor. La Escritura refiere del patriarca José, que era de una tan gran belleza, que los hijos é hijas del Egipto salían de sus casas y corrían á los lugares por donde debía pasar, para gozar del espectáculo arrebatador de su extrema belleza y del encanto inespresable difundido sobre su persona, y que no podían dejar de manifestar altamente su admiración. (2) Josefo el historiador, cuenta que Moisés (3) siendo todavía un niño, estaba dotado de una belleza tan grande, y de tantas gracias, que atraía

1 Omnes testimonium illi dabant, et mirabantur in verbis gratiae, quae procedebant de ore ipsius. Luc. IV, 22.--Omnis enim populus suspensus erat audiens illum. Luc. XIX, 48.--Erat autem diebus docens in templo..... Et omnis populus manebat ad eum in templo, audire eum. Luc. XXI, 37.--Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo. Joan., VII, 46.

2 Joseph..... Decorus aspectu: filiae discurrerunt super mum. Genes., XLIX, 22.

3 Lib. 1º, Antiq. cap. V.

las miradas de todos, y nadie había, cualquiera que fuera la tristeza y el abatimiento que sintiera en su corazón, que no se sintiera aliviado y reanimado mirándolo; cuando lo llevaban por las calles de la ciudad, todos dejaban sus ocupaciones y salían de sus casas para admirar este bello niño, y seguirlo con los ojos cuanto les era posible. Ved aquí, sin duda, grandes ejemplos de belleza, y sin embargo, esto no era sino la sombra y figura de la belleza de Nuestro Señor.

V. Yo sé que, algunos para sostener un sentimiento contrario no dejan de apoyarse sobre este texto de Isaías: *No hay en él gracia ni belleza, lo hemos visto, sus ojos estaban apagados, su rostro lívido y ceniciento; estaba en un estado tan asombroso que, nos ha parecido un leproso.* (1) Mas respondemos con San Gerónimo: "la solución de esta dificultad es fácil, estas palabras se entienden de la pasión y muerte de Nuestro Señor; no tenía ni gracia ni belleza cuando estaba clavado en la cruz, cuando estaba cargado de nuestras iniquidades para atraer sobre sí todos los rigores de la justicia divina." (2) Y se puede decir también que en este estado no estaba sin belleza; escuchemos lo que decía San Agustín: "Nada hay de más bello en el mundo que este esposo. Aun cuando haya parecido sin forma y sin belleza entre las manos de sus verdugos, y que Isaías haya dicho de él: *Lo hemos visto, y no tenía gracia ni belleza,*

1 Nont est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus..... Nos putavimus eum quasi leprosum. Isai. LIII 2.

2 Facile solvitur, despectus erat et ignobilis, quando pendebat in cruce, et factus pro nobis maledictum peccata nostra portabat. S. Hier., in illum locum Isaia.

debemos concluir de estas palabras que nada le quedara de su incomparable belleza? No lo permita Dios! y como tantas vírgenes hubieran abandonado á todos los esposos de la tierra, para unirse únicamente al Esposo divino de nuestros corazones y no amar sino á él? ¡Ah! si ha parecido sin belleza, esto era sólo á los ojos de sus enemigos:" (1) pero sus verdaderos amigos nunca lo han encontrado más bello, y más agradable, como cuando se ha cargado de todas las humillaciones y de todos los oprobios para purificarlos, ennoblecerlos y salvarlos. "Señor mío y Dios mío, exclama San Bernardo, jamás ha parecido vuestra ternura más grande, vuestro amor más ardiente, y vuestra gracia coronada de una luz más brillante, como cuando os habeis dignado humillaros, anonadaros y ocultar los rayos brillantes de esa luz natural de que estais revestido." (2) "Que la belleza de Nuestro Señor se haya manifestado en todo su esplendor aun durante el curso de su pasión, esto es lo que declara San Agustín, explicando el pasaje del salmo XLIV. que hemos citado." Que este esposo divino aparezca en medio de nosotros á fin de que le demos todo á nuestro corazón; si sin embargo encontramos alguna mancha en él

1 Sponsus est ille, quo nihil est pulchrius, qui quasi foedus apparuit inter manus persequentium, de quo dicebat Isaias: Et vidimus eum, et non habebat speciem, neque decorem. Ergo Sponsus noster foedus est? Absit: quomodo enim illum virgines amarent, quo in terrâ maritos non quaesierint? Ergo persequentibus foedus apparuit. Aug. iu. Po. CXXVII.

2 Ubi etenim te, Domine, exinanivisti, ubi naturalibus radus lumen indeficiens exuisti: ibi pietas magis emicuit: ibi charitas; plus affulsit, ibi amplius gratia radiabit. S. Bern., Serm. 45, in Cant.

consiento en que le rehusemos nuestro amor. ¿Pudieramos rehusárselo porque se ha dignado revestirse de nuestra naturaleza, tomar nuestra pobreza, todas nuestras debilidades y nuestras miserias, porque la belleza de su rostro ha sido borrada, y los rayos de su luz divina, se han obscurecido por los dolores crueles y los humillantes ultrajes de la pasión y de la muerte que sufrió sobre la cruz? ¡Ah! jamás apareció más bello, porque jamás su misericordia se ha mostrado con más esplendor. *No permita Dios, dice uno de los amigos del Esposo, que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de Jesucristo.* Y nosotros también, iluminados con el don de la fe, seremos atraídos por todas partes, en su seguimiento, por sus atractivos divinos.

El es bello en su divinidad y cuando reposa en el seno de su Padre, bello en el seno de María su madre; en donde sin perder su divinidad, se dignó revestirse de su humanidad; bello en su infancia santa, cuando los cielos anunciaban su gloria, cuando los ángeles cantaban sus alabanzas, cuando la estrella guiaba á los Magos hacia el establo, cuando era adorado en el pesebre. (1) En cou-

1 Ecce sponsus procedat nobis, amemus illum, aut si invenimus in eo aliquid foedi, non amemus. Quia et hoc ipsum quod car ne indutus est ut de illo etiam diceretur: Vidimus eum, et non habebat speciem ne que decorem: si consideres misericordiam qua factus est; et ibi pulcher est. Mihí autem absit gloria, dixit unum amicorum Sponsi, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Gal., VI, 1. Nobis ergo credentibus ubique, Sponsus pulcher occurrat, pulcher Deus, verbum apud Deum, pulcher in utero Virginis ubi non amisit divinitatem, et sumpsit humanitatem. Pulcher natus infans Verbum, quia cum esset infans, coeli loci tunc sunt, angeli laudes dixerunt, Magos stella direxit, adoratus est in prosepio Aug., in Ps. XLIV.

secuencia es bello en el cielo, continúa San Agustín, bello sobre la tierra, bello en el seno de su Madre, bello reposando en sus brazos, bello en sus milagros, bello en medio de los tormentos, bello llamándonos á la vida y á la felicidad, bello despreciando la muerte, bello entregando su alma, bello volviéndola á tomar por la fuerza de su poder, bello clavado en el árbol de la cruz, bello en el sepulcro. Escuchad este cántico, y que la debilidad aparente de Jesu-Cristo no aparte vuestros ojos del esplendor de su belleza. En donde está la justicia, allí está la verdadera belleza. Y bien! si podeis encontrar en él alguna injusticia ó pecado, dejad de encontrarlo bello, consiento en ello; mas oh mi Maestro divino, ¿acaso no sois en todo soberanamente justo? por tanto en todo sois soberanamente bello." (2)

2 Pulcher ergo in coelo, pulcher in terrá, pulcher in utero, pulcher in manibus parentum, pulcher in miraculis, pulcher in flagellis, pulcher invitans ad vitam, pulcher non curans mortem, pulcher deponens animam, pulcher recipiens, pulcher in ligno, pulcher in sepulchro. Audite canticum, neque oculos vestros á splendore pulchritudines illius avertat carnis infirmitas. Summa et vera pulchritudo, justitia est. Ibi illum non videbis pulchrum, ubi deprehendis injustum, si ubique justus, ubique decorus. S. Aug., in Ps. XLIV.

SECCION CUARTA.

Poder que la belleza de Nuestro Señor debe tener
sobre nosotros.

I. Poder admirable de la belleza.—II. Ejemplos.—III. Poder que debe tener la de Nuestro Señor.—IV. Bellas palabras de Santa Teresa.

I. La razón y la experiencia están de acuerdo en mostrarnos el poder maravilloso que la belleza ejerce sobre los corazones y sobre los afectos. Por este los griegos, según lo refiere San Dionisio, (1) le habían dado un nombre que significaba su fuerza para atraer los corazones y llevar tras de sí los afectos. Platón; (2) dice que la belleza es de todos los atractivos el más fuerte y el más dulce, y por esta razón sus discípulos defuían el amor, el deseo de la belleza. (3) Xenefonte (4) nota que tres cosas tienen un gran imperio sobre los hombres; la fuerza, la sabiduría y la belleza; pero con esta diferencia, que la fuerza tiene necesidad de trabajo y movimiento, y que se expone frecuentemente á peligros muy grandes para llegar á sus fines; que la sabiduría tiene necesidad de estudios y cuida-

1 De diy. Nom. IV.

2 Plato in Phaedro.

3 Márcil Ficin. ad com. Plat. cap. IV.

4 Xenoph. in convivio.

dos para encontrar y disponer sus razones, de elocuencia para presentarlas de una manera victoriosa; mientras que la belleza, sin movimiento alguno, sin algún esfuerzo y sin peligro, aun sin proferir una sola palabra, sinó solamente mostrándose, da sus asaltos, gana las batallas, rinde las plazas, obtiene las victorias y lo consigue todo. Por esto el filósofo Carneades (1) la compara á un reino, que no necesita ni soldados, ni máquinas de guerra, para sostener su poder y triunfar de todo. Los antiguos, (2) para hacer comprender la fuerza de la belleza, la representaban bajo la figura de una mujer de completa belleza, teniendo en la mano un ramo de flores y á sus pies un león, una liebre, un pájaro y un pescado, para indicar que ella vencía al fuerte y al débil, al humilde y al soberbio. El león significaba la fuerza; la liebre la debilidad; el pájaro que sube por los aires, el orgullo; el pez, que se pierde en la profundidad de las aguas, la humildad; por tanto la belleza pisa todo y reina por todas partes como soberana.

II. La historia está llena de ejemplos que prueban esta verdad.

La belleza de Raquel hizo trabajar á Jacob día y noche durante catorce años; (3) la de Thamar causó la enfermedad de Amnon; (4) la de Betsabé triunfó de la santidad de David; (5) la belleza de las mujeres extranjeras inutilizó la sabiduría de

1 Apud. Laertium.

2 Sambuc in Emblem.

3 Gen. XXIX.

4 II. Reg. XIII. 2.

5 II. Reg. XI. 3.

Salomón; (1) y la de Ompala, reina de Lydia, encadenó la fuerza de Hércules. ¿Cuál no fué el poder de la belleza de Santa Catarina sobre el emperador Maximino; la de Santa Inés sobre el hijo del Gobernador de Roma; de Santa Agata sobre Quinciano, que mandaba en Sicilia en lugar del emperador Decio? (2) ¿Qué dulce tiranía no ejercía la belleza de tantas vírgenes sobre el corazón de tantos tiranos bárbaros, quienes después la ejercían tan cruel y sangrienta sobre los cuerpos de ellas? La belleza de Cleopatra bamboleó á todo el imperio romano, é hizo perder sus bienes á Marco-Antonio juntamente con su honor y su vida; (3) la de Elena, hizo revelarse á la Europa y Asia; y prendió la guerra más furiosa entre ellas durante diez años. Los Troyanos, sin duda, temían por el resultado; sin embargo, habiendo visto un día á Elena salir de su palacio, quedaron deslumbrados de su belleza incomparable de tal manera, que no dejaron de decir que la guerra era justa y que era preciso sostenerla. (4) Esto era lo que los Asirios decían del pueblo judío, al ver la belleza maravillosa de la casta Judit. (5) Cuantas niñas de un obscuro nacimiento, reducidas aun á la esclavitud, han sido elevadas al trono por su sola belleza? Ester era una simple niña judía, á quien la desgracia de la guerra había hecho prisionera, pero su belleza

1 Reg. XI.

2 Surius et Ribaden.

3 Plutar in Antonio.

4 Homer. Illiac. III.

5 Quis contemnat populum Hebraeorum, qui tam decoras mulieres habent, ut non pro his meritò pugnare debeamus? Judith. X, 18.

inflamó de tal modo el corazón de Assuero, que la prefirió á todas las damas de su corte, la tomó por su esposa y puso sobre su cabeza la corona de su imperio. (1) La prudente y virtuosa Aspasia era una pobre niña de la Fócide, Grecia, mas ella agradó tanto á Ciro el joven y después á Artaxerjes, á causa de su rara belleza, que la tuvieron sucesivamente por esposa y la elevaron al rango de una alta y poderosa reina. (2)

III. Si estas bellezas han tenido tanto poder sobre los hombres, ¿qué poder no debe tener sobre nosotros la belleza de Nuestro Señor Jesu-Cristo? Mas para comprender mejor esta verdad, notemos que todas las bellezas, cualesquiera que ellas sean, tienen siempre dos defectos que disminuyen mucho el precio que se les da. 1.º Por grandes y completas que sean, jamás son perfectas en su especie; al contrario, están siempre acompañadas de imperfecciones, y algunas veces aun de defectos notables en el color, la disposición de partes, en la gracia, el porte ó el lenguaje. Además, estas bellezas son tan inconstantes, tan sujetas á mudanzas, que basta una sola pasión, una enfermedad, para hacerles perder todo su lustre. La vejez y la muerte causan también otros muchos desastres: muy pronto todas esas bellas flores se marchitarán, se secarán y serán reducidas á polvo. 2.º Esas bellezas no son jamás otra cosa que una belleza particular, y por consiguiente muy reducida: Raquel no tiene más que la belleza de Raquel, Thamar la de Thamar; y sin embargo, si estas bellezas,

1 Esther. II.

2 Ælian. lib. XIII. variat ab initio.

con todas sus imperfecciones y todos sus defectos han parecido tan grandes y han producido efectos tan maravillosos, ¿qué no hubieran hecho si hubieran estado libres de ellos? Si todas las bellezas, que ha habido desde el principio del mundo, se hubieran reunido en una sola persona, y que esta persona hubiera tenido todo lo que parecía tan agradable á Jacob en Raquel, lo que causaba la enfermedad de Amnón en Thamar, y así de los demás, ¿qué efectos hubiera producido tal belleza? ¿de qué fuegos no hubiera abrasado todos los corazones? ¡Ah! sin duda Jacob hubiera trabajado no solamente catorce años sino toda su vida por semejante Raquel; Amnón no solamente se hubiera enfermado, sino que hubiera muerto, por semejante Thamar. Juana, hija de Alfonso V, rey de Portugal, fué buscada con solicitud por todos los príncipes de la cristiandad, á causa de su gran belleza y de las perfecciones de su espíritu, tres la pidieron de una manera particular: Luis XI para el delfín Carlos VIII; Maximiliano, archiduque de Austria y después emperador, y Ricardo III, rey de Inglaterra, para sí mismos. (1) Pero ella, elevando más alto sus designios, despreció la alianza de los reyes de la tierra para unirse al Rey del cielo; ella le sacrificó, por un raro y generoso ejemplo, la belleza que de él había recibido, y con el permiso de su padre se hizo religiosa en el convento de Alveiro, de la orden de Santo Domingo, en donde vivió muchos años y murió santamente. Se cuenta que habiendo recibido Luis XI el retrato de esta princesa y viendo tal belleza, se puso de

1 Hilar. de Cost. eloge des femmes illustres.

rodillas para bendecir á Dios, para admirar y alabar al Creador en la belleza de su criatura, y agradecerle la gracia que le había hecho de permitirle ver la imagen de tal obra maestra de sus manos. Ahora bien, si sólo el retrato de esta princesa ha podido mover tan sensiblemente al rey, y hacer una impresión tan profunda en su espíritu, su presencia hubiera sin duda producido efectos más asombrosos é inspirado sentimientos mucho más vivos; y si se hubieran añá lido á esta belleza los encantos de todas las que existían entonces, qué fuegos no hubiera encendido! porque estos atractivos hubieran sido mucho más poderosos y su acción hubiera tenido mayor fuerza.

Y sin embargo, todas esas bellezas, por grandes y maravillosas que parezcan, son nada en comparación de un cuerpo glorioso; y si los hombres más apegados á las bellezas corporales, pudieran ver á aquél que está menos elevado en la gloria, muy pronto olvidarían y despreciarían todas las bellezas de la tierra, aun las más extraordinarias, y ya no tendrían en separarse de ellas más pena, que la que se experimenta en apartar la vista de sobre un moseo para fijarla sobre el objeto más bello de la tierra. Si el cuerpo del menor de los bienaventurados produce efectos tan admirables, ¿qué hará el cuerpo de un santo muy eminente en gloria? ¿Qué producirá la vista de la belleza corporal de la Reina de los ángeles y de los hombres, belleza tan grande, tan perfecta, que es imposible que nuestras palabras puedan dar una idea de ella? Y ahora qué prodemos decir del cuerpo glorioso del Hijo de Dios, que aventaja tanto en belleza, en gracia, en majestad y en toda suerte de perfeccio-

nes, á todos los cuerpos gloriosos, como el sol excede en luz á los demás astros del firmamento? ¿Qué sentimientos además, no deberá inspirarnos la belleza de su alma santísima, la más perfecta de todas las bellezas criadas, y sobre todo, la belleza infinita de su divinidad! ¡Qué fuegos, qué flamas, dabe encender en nuestros corazones la unión de estas tres primeras, ó más bien, de estas tres únicas bellezas, la belleza del cuerpo, del alma y de la divinidad de Jesu Cristo, delante de la que toda la belleza desaparece y se anonada! Cuando se piensa que una belleza mortal, tan débil, tan inconstante y llena de tantos defectos, tiene un ascendiente tan grande, que los devora y consume, altera su salud, debilita su espíritu; que los hace sufrir mil trabajos, les hace perder las riquezas, les quita el sentimiento de su honor, y, lo que es más deplorable, el de su salvación eterna; que los encanta hasta tal punto, que olvidan todo lo demás por fijar ahí todos sus pensamientos y todos sus afectos! ¿Qué podemos decir, qué debemos pensar, qué debemos hacer, sino condenarnos á nosotros mismos por haber amado tan poco, hasta el presente, la belleza soberana y perfecta del Salvador de nuestras almas, y tomar la resolución de amarlo en lo de adelante con todas nuestras fuerzas? Por tanto, digamos con San Agustín, desengañados como él, y desimpresionados del amor de las criaturas: "Ah! qué tarde os he amado, oh belleza siempre antigua y siempre nueva, cuanto he tardado en amaros! (1) Belleza siempre antigua.

1 Seró te amavi, pulchritudo tam antiqua et tan nova, seró te amavi. Aug. Conf., lib. X. cap. XXVII.

puesto que sois eterna; belleza tan nueva para mí, puesto que he tardado tan largo tiempo en conoceros y en amaros, y que solamente comienzo á tomar la resolución de ello; pero que desde ahora os ame y jamás os deje de amar, que yo sepulte todas las bellezas de la tierra en un olvido eterno, para no tener en lo de adelante sino pensamientos, deseos y afectos para vos solo. Y ciertamente! si hay alguna belleza que pueda mover é inflamar el corazón de los hombres, ¿no es evidente que esta deba ser la de Nuestro Señor Jesu-Cristo? Por ella es por la que debemos tener deseos, ardores, incendios, desfallecimientos y deliquios. Y qué! una criatura miserable destinada á ser presa de la muerte y comida de gusanos, tendrá bastante fuerza para excitar todos estos sentimientos en una alma, porque está cubierta de piel y animado por un pequeño soplo de vida; y el Hijo de Dios, tan noble y tan amable, con todos sus atractivos y todas sus perfecciones infinitas, no podrá derretir el hielo de nuestro corazón! ¡Qué prodigio! "Si el amor de una belleza corporal, decía San Crisóstomo (1) quejándose de este horrible desorden, doma á una alma hasta arrancarla á todo, y privarla de todo, para encadenarla inseparablemente á la persona amada, y hacerla esclava de su tiranía, ¡qué imperio no debe ejercer sobre nosotros el amor de Jesu-Cristo, y con qué dulces cadenas no debe ligarnos este amable Señor, para hacernos para siempre esclavos de su belleza!

Es una cosa tan natural, que los espíritus sabios y los corazones verdaderamente generosos hayau

1 Lib. II, de comp. Cordis, cap. III.

consagrado siempre y consagren aún cada día todo amor y todos sus afectos á esta belleza divina despreciando todo lo demás. *¡Cuán bello sois y lleno de gracia, oh mi muy amado!* (1) exclama la Esposa; es decir, como lo explica San Gregorio de Nysa, (2) después que he conocido vuestra belleza, no he encontrado entre las criaturas que pueda detener á mi corazón; he despreciado como á lodo todo lo que me parecía antes bello y excelente y ahora yo me guardaré bien de creer que una cosa es bella y buena fuera de vos sólo. No estimaré ni los honores, ni las riquezas, ni el poder, ni cuanto hay en el mundo, porque todas estas cosas no tienen sino una apariencia de belleza, y un ligero barniz de belleza, que engañan á aquellos que no ven los objetos sino con los ojos del cuerpo, y que en realidad no son lo que parecen. En cuanto á mí, yo desprecio todas esas bellezas mentirosas; la vuestra arrebató mi corazón y lleva de tal manera mis afectos que no me queda alguno para nadie.

IV. Santa Teresa cuenta á propósito de esto, muchas cosas notables y muy propias para nuestra instrucción: "La indecible belleza de Jesu-Cristo, dice ella, me ha hecho tal impresión, que la tengo siempre presente; y no hay motivo para admirarse de esto, porque, puesto que para esto ha bastado el haberlo visto una sola vez, ¡qué no debe obrar en mi alma la felicidad de haber sido honrada tantas otras veces con un favor tan extremo! Yo sabía de esto una ventaja maravillosa, porque esto remedió un defecto muy grande que tenía yo, y

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant. I. 15.

2 S. Greg. de Nysa. Hom. 4, in Cant.

que me era muy dañoso; y este es que tan pronto como conocía yo que una persona que estimaba y que amaba, tenía afición por mí, me apegaba de tal manera á eso, que pensaba en ella casi á toda hora; me representaba con gusto las buenas cualidades que notaba en ella, y tenía una gran alegría de hablarle, sin tener en todo esto desseo alguno de ofender á Dios. Mas, después que tuve la felicidad de ver esta belleza suprema de Jesu-Cristo, todo lo cuanto hay en la tierra me parece tan despreciable en comparación de sus perfecciones infinitas, que nadie me mueve; y si una sola de sus palabras puede dar disgusto de los placeres más grandes de la tierra, cuál debe ser el uso de haber oído tantas palabras salidas de su boca divina! Así, yo no creo posible, á menos que Dios, por castigo de mis pecados, no borrara de mi espíritu este recuerdo, que algo sea capaz de ocuparme de tal suerte, que no me encuentre yo al momento en la libertad de pensar sólo en él. Lo mismo me ha sucedido con algunos de mis confesores, porque, mirando á aquellos que toman cuidado de mi alma, como teniendo, para conmigo, el lugar de Dios, me afecciono extremadamente á ellos; lo que hace que en la convicción que tengo de no aventurar nada, hablándoles con entera franqueza de corazón, no tengo dificultad en darles cuenta de las gracias con que Nuestro Señor me favorece; mas como ellos son eminentes en virtud, el temor que tienen de que me apegue yo demasiado á ellos, aun cuando sea con un afecto santo, los lleva á tratarme duramente. Esto no ha sucedido sino hasta después que les he sido sumisa en extremo; porque, antes, mi afecto por ellos no era tan grande; yo me reía

dentro de mí al ver cómo se habían engañado, y no les decía yo siempre el poco apego que tenía por las criaturas; yo me contentaba con asegurarme, y esto no fué sino en la serie de las comunicaciones que tenía con ellos, que perdieran este temor." (1) Podemos comprender, por estas palabras, lo que puede la belleza de Jesu-Cristo sobre un corazón, y aun cuando no lo hayamos visto, como esta santa, estamos seguros siempre que ella no vió sino una parte de sus perfecciones; porque, como él es cien millones de veces más brillante que el sol, jamás hubiera podido ella contemplar un tan vivo esplendor, una majestad tan grande y perfecciones tan infinitas, si él se hubiera mostrado en toda su belleza. Nosotros podemos aun verlo de una manera mucho más cierta y más perfecta, viéndolo con los ojos de la fe, que nos lo muestra tal cual es él en verdad, y nos enseña que, siendo infinitamente amable, la justicia y el reconocimiento nos hacen un deber de amarlo y de hacer homenaje á su belleza con todos nuestros afectos.

1 Cap. XXXVII de su vida.

SECCION QUINTA.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Nuestra alma no puede ser bella sino amando á Nuestro Señor.—II. Palabras de la Escritura.

I Mas aun cuando no fuera tan justo el amar á esta soberana belleza, nuestro interés debía llevarnos á ello, puesto que no podemos uniros á ella si nuestra alma no es bella, y que ella no puede poseer esta belleza sin amarlo. San Agustín explica elegantemente esta verdad, mostrando la diferencia que hay entre la belleza de Dios y la de las criaturas: la una hace bello al hombre que la ama, lo que no puede hacer la otra; en efecto no llega uno á ser más bello amando á una criatura excelentemente bella; sino que quedamos tales cuales somos. "Nuestra alma, dice él, llega á ser abominable por el pecado; amando á Dios, llega á ser bella. ¿Qué amor, cualquiera que sea su fuerza, puede hacer bella á la persona amante? Dios es siempre bello: este Dios siempre bello nos ha amado él primero; nos ha amado cuando el pecado nos había hecho abominables á sus ojos, no para dejarnos en nuestra fealdad y nuestra deformidad, sino para colmarnos de belleza. ¿Cómo podremos conservar esa belleza? Amando siempre á este Dios que es siempre bello, y mientras nuestro amor sea

más ardiente, nuestra belleza será más grande, porque la caridad es la belleza del alma." (1)

II. Por consecuencia unámonos con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas á esta belleza arrebatadora, por nuestro interés, pero mucho más todavía por su mérito. Y para familiarizarnos con esta práctica, llenemos nuestro corazón con su amor, y tengamos frecuentemente en la boca las palabras de la Sabiduría: que hemos citado, (2) y á las cuales se podrán añadir las siguientes:

Mi hijo José es bello por excelencia, su rostro está lleno de atractivos y de encantos; las almas más nobles se han elevado sobre las cosas de la tierra; ellas han abandonado todo para correr en pos de él, á fin de tener la felicidad de verlo, y de consagrarle todos sus pensamientos y todos sus afectos (3). ¡Qué grande es vuestra belleza; oh mi muy amado, qué amable sois! Sois la flor de los campos y el lirio de los valles; mi muy amado aventaja en perfección á todos los hijos de los hombres, como el árbol cargado de frutos aventaja al árbol estéril de las selvas. Todo en vos es amable; sólo

1 Anima vero nostra foeda est per iniquitatem, amando Deum pulchra efficitur. Qualis amor est, qui reddit pulchrum amantem. Deus autem semper pulcher est; amavit me prior qui semper est pulcher, et qualis amavit nisi foedos et deformes? Non ideo tamen ut foedos dimitteret, sed ut mutaret, et ex deformibus pulcher faceret. Quomodo erimus pulchri? amando eum qui semper est pulcher, quantum in te crescit amor, tantum crescit pulchritudo, quia ipsa caritas est anima pulchritudo. Aug. trad. IX, in Ep. I. Joan.

2 Capítulo IV.

3 Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum. Genes.

vos podeis llenar la inmensidad de nuestros deseos y abrazar los corazones de todos los hombres. Los angeles mismos arden en deseo de veros y desearán siempre contemplar vuestra belleza infinita.

(1) Meditemos frecuentemente las bellas palabras encerradas en el psalmo XLIV; no se podría encontrar algo más propio para nutrir los sentimientos de amor. Tiene por título: Al conquistador glorioso, al vencedor de los corazones, canto de triunfo y cántico de amor para el muy amado; cántico que dará á los hombres inteligencia y les enseñará quién es aquel á quien deben amar; cántico que cantarán los fieles dados á luz sobre el Calvario, cuando, vaciando sus corazones del amor de las criaturas, los consagrarán enteramente al Hijo de Dios (2) *Mi corazón no puede contener más la palabra dichosa; es preciso que mi lengua obedezca al espíritu que me inspira; es al Rey de los reyes, al Hijo del Altísimo, á quien dirijo mi canto. No me habéis más de la belleza de los hijos de los hombres, ¿hay entre ellos uno sólo que se os pueda comparar? La belleza del cuerpo y la del alma están elevadas en vos al grado más eminente de perfección. La gracia está difundida sobre vuestros labios, la elocuencia se reposa sobre vuestra lengua, de donde hace correr palabras tan dulces*

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant. I. 15.—Ego flos campi et lilium convallium II, 1.—Sicut malus inter ligna sylvarum, sic dilectus meus inter filios. II. 3.—Totus es desiderabilis, totus desiderium (según el Hebreo y los setenta.) V. 16.—In te desiderant angeli prospicere. I. Pet. I. 12.

2 Victori..... Triumphate carmen; pro iis qui commutabantur, filiis core ad intellectum. Canticum pro dilecto..... Canticum amantissimi. carissimi..... Canticum amoris. Ps. XLIV. apud. Lorin.

y tan tiernamente apremiantes, que encantan los oídos, arrebatan los espíritus y satisfacen los corazones. Y no es admirable que vuestras perfecciones estén sobre nuestras débiles inteligencias, puesto que *Dios ha vertido sobre vos*, el bálsamo de su gracia, el esplendor de su gloria y la abundancia de todas esas bendiciones de una manera mucho más admirable que sobre todos los hombres y todos los ángeles juntos, puesto que El ha dignádose consagrar vuestra humanidad santa por la unión de su divinidad. (1) Esta belleza tan elevada sobre las demás bellezas, os dá también la fuerza de triunfar sobre nuestros corazones: por esto, *armaos de vuestra espada, oh el más poderoso de los reyes*, revestios de vuestras armas, de esas armas que no son otras que *vuestra belleza*, la dulce serenidad de vuestra frente, el fuego de vuestras miradas, *la gracia indecible de vuestro rostro*, la dulzura de vuestras palabras, vuestra brillante majestad, las delicias de vuestra conversaci6n; con estas armas, *marchad á la victoria, montad sobre el carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia*, y *vuestra diestra se distinguirá por admirables maravillas* sobre los corazones más insensibles y más obstinados. Estableced vuestro imperio en todos los corazones. *¡Oh, qué ardientes son vuestras flechas, qué acerados los dardos que lanza vuestra belleza!* Traspasarán los corazones de *nuestros enemigos* que querían rehusaros su amor; y entonces, sintiéndose heridos profundamente, ven-

1 Eructavit cor meum verbum bonum, dico ego opera mea regi..... Speciosus forma prae filiis hominum; diffusa est gratia in labiis tuis, propterea benedixit te Deus in eternum..... Unxit te Deus, Deus tuus oleo latitiae prae consortibus tuis.

drán á rendirse y caer á vuestros piés, no deseando sino vuestras cadenas y no pensando sino en amaros. (1) De vuestra humanidad santa, que ha sido formada en las castas entrañas de la más pura de las vírgenes, y de la que vuestra divinidad se ha revestido como de un vestido, se escapa el perfume de todas las gracias y de todas las virtudes, mil veces más olorosa que todos los perfumes de la myrra, del ámbar y del sándalo. Por esto, *todas las almas verdaderamente reales*, atraídas por tantas maravillas, encantadas y transportadas por tantas delicias, *han corrido tras de vos*, y os han regocido por el honor que os han rendido, por el amor que os han tenido, y por el imperio absoluto que os han dado sobre sus corazones. (2) ¡Oh almas fieles, que quereis tener por esposo á un rey de una belleza tan grande y llena de tanta perfecciones, que nada en el mundo se le puede comparar, escuchad y prestad oído atento al aviso saludable que se os es dado: *Borrad de vuestra memoria y de vuestro corazón el recuerdo de vuestro pueblo, de la casa de vuestro padre, y de todas las criaturas*, para no ocuparnos sino de este amable esposo, y esforzados en hacerlos dignas de su amor. Entonces llegareis á ser bellas vosotras mismas; *él buscará con solicitud vuestra belleza y la amará*: ¡qué honor para vosotras y qué glo-

1 Accingere gladio tuo super femur tuum, potentissime. Specie tua, et pulchritudine tua intende, prospere procede, et regna. Propter veritatem et mansuetudinem, et justitiam: et deducet te mirabiliter dextera tua. Sagittae tuae acutae, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis. Ibid.

2 Myrrha et gutta, et casia à vestimentis tuis, à domibus eburneis, ex quibus dele taverunt te filiae regum in honore tuo. Ibid.

ria! porque él es vuestro Dios, ese Dios vivo á quien debéis, como todas las criaturas, los sentimientos de la más alta adoración y del sentimiento más profundo. (1) En cuanto á vos, oh mi Dios, vencedor de todos los corazones, vuestra belleza, vuestros atractivos divinos, vuestra dulzura, los encantos inexplicables esparcidos sobre vuestro rostro, y todas vuestras sublimes perfecciones se imprimirán tan fuertemente en nuestros espíritus, y herirán tan profundamente nuestros corazones, que pensaremos continuamente en vos, os bendicaremos sin cesar, y os amaremos por siempre. (2)

1 Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam; et obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum. Ps. XLIV.

2 Memores erunt nominis tui, Domine, in omni generatione et generationem. Propterea populi confitebuntur tibi in eternum, et in seculum seculi. Ibid.

CAPITULO SEPTIMO.

Tercer motivo de amor.

Los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza.

SECCION PRIMERA.

- I. Beneficios de la naturaleza.—II. Estos beneficios nos vienen de Jesu-Cristo.—III. Beneficios de la gracia.—IV. Beneficios de la gloria.—V. Grandeza de estos beneficios.—VI. Son infinitos por parte de Dios.—VII. Son infinitos á causa de nuestra infinita baja. —VIII. Algunos son infinitos en sí mismos.—IX. Nos son dados con un amor infinito.

La multitud de los beneficios que Nuestro Señor nos ha concedido, es tan grande, que excede todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras; más fácil es poder contar los granos de arena que cubren las playas del mar, que los beneficios. Podemos dividirlos en tres clases: beneficios de la naturaleza, beneficios de la gracia y beneficios de la gloria.

I. Los beneficios de la naturaleza son primero la creación, por medio de la cual Dios nos ha dado el existir con un alto grado de excelencia y nobleza, puesto que el hombre es la más noble y la más perfecta de las criaturas corpóreas, dotada de entendimiento y de voluntad, imagen de Dios, obra

ria! porque él es vuestro Dios, ese Dios vivo á quien debéis, como todas las criaturas, los sentimientos de la más alta adoración y del sentimiento más profundo. (1) En cuanto á vos, oh mi Dios, vencedor de todos los corazones, vuestra belleza, vuestros atractivos divinos, vuestra dulzura, los encantos inexplicables esparcidos sobre vuestro rostro, y todas vuestras sublimes perfecciones se imprimirán tan fuertemente en nuestros espíritus, y herirán tan profundamente nuestros corazones, que pensaremos continuamente en vos, os bendicaremos sin cesar, y os amaremos por siempre. (2)

1 Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum. Ps. XLIV.

2 Memores erunt nominis tui, Domine, in omni generatione et generationem. Propterea populi confitebuntur tibi in eternum, et in seculum seculi. Ibid.

CAPITULO SEPTIMO.

Tercer motivo de amor.

Los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza.

SECCION PRIMERA.

- I. Beneficios de la naturaleza.—II. Estos beneficios nos vienen de Jesu-Cristo.—III. Beneficios de la gracia.—IV. Beneficios de la gloria.—V. Grandeza de estos beneficios.—VI. Son infinitos por parte de Dios.—VII. Son infinitos á causa de nuestra infinita baja. —VIII. Algunos son infinitos en sí mismos.—IX. Nos son dados con un amor infinito.

La multitud de los beneficios que Nuestro Señor nos ha concedido, es tan grande, que excede todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras; más fácil es poder contar los granos de arena que cubren las playas del mar, que los beneficios. Podemos dividirlos en tres clases: beneficios de la naturaleza, beneficios de la gracia y beneficios de la gloria.

I. Los beneficios de la naturaleza son primero la creación, por medio de la cual Dios nos ha dado el existir con un alto grado de excelencia y nobleza, puesto que el hombre es la más noble y la más perfecta de las criaturas corpóreas, dotada de entendimiento y de voluntad, imagen de Dios, obra

maestra de sus manos. La conservación de este estado noble y excelente, que es la continuación del beneficio de la creación, la alimentación, el vestido, las riquezas, los honores, las dignidades, los cielos, el sol, la luna, las estrellas, los elementos, los animales, las plantas, los minerales, todas las criaturas visibles del universo, con cuanto tienen y hacen, son otros tantos beneficios de Dios dados al hombre. Porque en efecto, no los hizo para él, no los necesita; no para los ángeles, puesto que solo son espíritus; no para sí mismas, sino para servir al hombre, según esta palabra de David: Por un favor todo particular, oh Señor, *habeis colmado al hombre de gloria y honor, lo habeis establecido sobre las obras de nuestras manos, habeis hecho todo por él, y habeis sujetado todo á vuestro imperio.* (1)

II. Todos estos bienes, por grandes é innumerables que sean, vienen de la pura bondad de Jesu-Cristo; y bien que algunos doctores piensan que los hemos recibido de él en calidad de Criador, y no de Redentor, otros son de parecer contrario, y su opinión parece más probable, porque estos bienes contribuyen á la salvación eterna. (2) Es claro, dice Santo Tomás, (3) que todo beneficio de Dios que sirve al hombre para obrar su salvación, es un efecto de la predestinación divina, y ningu-

1 Gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum. Omnia subiecisti sub pedibus ejus. Ps. VIII, 7.

2 Vazq. in 1. disp. 93. c. 1.—Duraud. in 1. d. 41, q. 2.—Suar. 1. III de pred. c. VII.—Gam in 1 part. VI de pred. disc. 2.

3 Manifestum est quod omne Dei beneficium, quod homini confert salutem, est divine predestinationis effectus. S. Thom., lec. VI, in cap. IX. ad Rom., et 1 p. q. 23, art. 6.

no ignora que Jesu-Cristo es la causa de esta predestinación, y que todos los beneficios que Dios concede á los elegidos son concedidos, en consideración de los méritos del Salvador." En este sentido, tenemos todos los beneficios naturales de la bondad de Nuestro Señor Jesu-Cristo, y por esto le estamos doblemente obligados, pues que él es nuestro Creador y nuestro Redentor. Añadamos á esto, que su gracia es la que nos impide cometer el pecado, y la que nos da el medio de volvernos á levantar cuando hemos caído; mas, el pecado, por ligero que sea, nos hace dignos de perder tanto la vida como los bienes temporales, nos sujeta á todas las penas y á todas las miserias de la vida: por tanto, debemos á Jesu-Cristo la conservación y el disfrutar de los bienes temporales; nuevo beneficio, por el cual debemos atestiguarle nuestro reconocimiento.

III. Los beneficios de la gracia son infinitamente más grandes; ellos comprenden la encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento, todos los misterios adorables de su vida y de su muerte, las Santas Escrituras, los libros buenos, la predicación del Evangelio, el bautismo, la eucaristía y todos los demás sacramentos, la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, las gracias actuales, los buenos pensamientos, los santos afectos, los consuelos interiores y otros mil favores que nos son desconocidos en este mundo; porque, como dice San Pablo, *hemos sido enriquecidos en Jesu-Cristo de todo lo que es necesario para nuestra salvación, á tal punto que no nos falta gracia alguna ni don alguno del Espíritu Santo.*

(1) *Todas las gracias han sido difundidas en nosotros con abundancia por los méritos de este divino Salvador;* (2) de suerte que podemos decir con el mismo Apóstol: *Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha llenado de toda suerte de bendiciones celestes, en vista de sus méritos y de su amor.* (3)

IV. A los beneficios de la gloria que son los mayores de todos, se refiere todo lo que pertenece á la felicidad eterna: el ver á Dios clara y distintamente, el gozo de la esencia divina, de la bondad infinita, de la inefable belleza, y de todas las demás perfecciones infinitas de esta naturaleza incomprendible, un amor ardiente por este objeto arrebatador, con seguridad cierta de jamás perderlo, ni de sentir resfriarse sus deseos, y los torrentes de una alegría innarrable corriendo sin cesar de ese goce, como de un manantial inagotable; la vista arrebatadora de la santa humanidad de Nuestro Señor, la de la reina del cielo, la compañía de los ángeles y de los santos, la abundancia de todos los bienes, de todas las riquezas, de todos los honores; una nobleza divina, los placeres más deliciosos del alma y del cuerpo, la perfecta felicidad del hombre todo entero. Aun cuando no poseamos todavía todos estos bienes, no por eso debemos menos á Nuestro Señor la esperanza de gozar algún día de ellos, porque él los ha querido y

1 In omnibus divites facti estis in illo..... ita ut nihil vobis desit in ultá gratiá, I. Cor., I, 5 y 7.

2 Effudit in nos abundè per Jesum-Christum salvatorem nostrum. Ad. Tito, III, 6.

3 Benedictus Deus et pater D. N. J. C. qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in cælestibus. Eph., I, 3.

comprado al precio de su sangre, y que estamos seguros infaliblemente de poseerlos si nos hacemos dignos de ellos, con la ayuda de su gracia.

En suma, los beneficios que el hombre recibe de Nuestro Señor, son en tan gran número que, á cualquier lado que vea, que eleve sus miradas, que las baje, que vea á la derecha, á la izquierda, su cuerpo, su alma, sus riquezas, su ciencia, su virtud, el cielo, la tierra, y todos los bienes que contienen, verá que son otros tantos dones que Jesu-Cristo le ha hecho, y otros tantos testimonios de su amor. Así puede definirse al hombre: Un compuesto de beneficios de Nuestro Señor, adonde todo va á parar: la naturaleza para servirlo, la gracia para salvarlo, la gloria para recompensarlo y hacerlo eternamente feliz. Hasta aquí, no hemos hablado sino de la multitud de los beneficios de Dios.

V. En cuanto á su tamaño, para formarnos una idea que esté al alcance de nuestros débiles espíritus, distingamos cuatro clases de infinidades que se encuentran en ellos: 1.º La infinidad de Dios Nuestro Señor que concede el beneficio; 2.º la bajeza infinita del hombre que lo recibe; 3.º la infinidad del beneficio en sí mismo; 4.º la infinidad del amor con que Dios nos lo concede.

VI. 1.º Debemos considerar la grandeza infinita de Dios en todos los beneficios que tiene á bien concedernos, porque el que da, comunica su grandeza y su excelencia al don que hace. Así, una cosa de poco valor, dada por un hombre del pueblo, sólo tiene su valor real: dada por un grande del Estado, es algo más; por un rey, es un gran favor que los cortesanos comprarían á gran precio.

De aquí debemos concluir que Dios, por razón de su grandeza infinita, de su nobleza y de su excelencia, engrandece, ennoblece y realza infinitamente todos los dones que se digna El hacernos, por pequeños que puedan ser.

VII. 2.º Después de haber considerado algún tiempo la grandeza infinita de Dios que nos da, pongamos los ojos en nuestra bajeza infinita; porque, puesto que Dios está elevado infinitamente sobre nosotros, es necesario que estemos infinitamente abajo de El. Esto es lo que da una grandeza prodigiosa á todos los beneficios que recibimos de su mano; porque, si el don crece á proporción de la grandeza y de la excelencia de aquel que lo hace, crece también, en cierta manera, por la bajeza de aquel que lo recibe. Si un rey hace un regalo de una cosa de poco valor á un aldeano, este valor viene á ser muy grande, y este aldeano debè hacer mucho caso de él, no solamente á causa de la dignidad real de aquel que se lo da, sino por razón de su propia bajeza; y si se quejara como de un pequeño regalo, habría derecho de reprehenderlo, mostrándole que es una cosa de gran precio para él, viniendo de tal mano.

VIII. 3.º Debemos considerar la infinidad de los beneficios en particular, como el de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía, que son infinitos á causa de Nuestro Señor, Dios y hombre, que está presente en persona y que se da todo entero; el de la glorificación, que encierra el gozo de un bien infinito, que es Dios mismo, y porque la duración de este beneficio es infinita.

IX. 4.º Mas, el amor infinito con el cual Dios nos hace estos regalos, y el cual es el primero de

sus dones, es otra especie de infinidad que los eleva de una manera todavía más considerable; porque, como el beneficio, dice Séneca, es un efecto de benevolencia, que viene de un corazón bueno y de un sentimiento de amor, poco importa que se de cualquier cosa, porque la naturaleza del beneficio no consiste en la cosa hecha ó dada, sino en el amor de aquel que da. (1) Así, si vuestro amor es débil, cualquier que sea la cosa que deis, vuestro regalo es pequeño; si vuestro amor es grande, vuestro regalo, por ligero que sea en sí mismo, será grande, y grande á proporción del amor y de la buena voluntad que será el principio de él.

Ahora bien, como Dios da todo, aun las cosas más pequeñas, con un amor infinito, debemos concluir de esto, que todos sus dones son infinitos: de suerte que, por esta razón y las dos primeras que hemos citado, una gota de agua, una migaja de pan que Dios nos da, es un beneficio de Dios más grande, y merece mucho más amor y reconocimiento, que si un ángel nos diera millares de mundos; porque el don de Dios viene de un amor infinito hacia nosotros, y el del ángel no tomaría su origen sino en un amor limitado, y por consiguiente, infinitamente menor. Si pues una gota de agua, una migaja de pan por venir de Dios es un beneficio tan grande y merece tan gran reconocimiento, ¿qué debemos pensar del beneficio de la creación, de la conservación y de todo lo que nos es necesario? ¿Podremos acaso estimar lo bastante los de la Encarna

1 Non quid fiat, aut quid detur, refert; sed quâ mente: quia beneficium non in eo, quod fit aut datur, consistit; sed in ipso dantis animo. Senec., lib. 1, de Benef., cap. VI.

ción, de la Redención y de la Eucaristía, todos los bienes de la gracia y los de la gloria? ¿Y cómo podremos comprender la fuerza de nuestras obligaciones para con Dios animado de un amor tan generoso? Añadamos todavía á este amor infinito, de donde dimanán todos los dones de Dios; que El nos lo concede con un corazón tan bueno, tan franco, tan noble que no atiende á nuestro mérito, que no se desanima por nuestra indignidad, nuestra ingratitude, nuestra malicia, sino que es atraído por la inclinación de su generosa y real naturaleza. Además, nos la da con tanto desinterés, que no le resultan por ellos ventaja alguna, sino que todo es enteramente para nosotros; y no exige nuestro reconocimiento sino para tener nuevos motivos para hacernos nuevos dones. La Esposa de los Cantícos compara los beneficios de Nuestro Señor á la leche: *Nos acordaremos de la leche de vuestros pechos*, conserva-remos preciosamente el recuerdo de vuestros beneficios. (1) Ella llama *pechos* á los beneficios de Nuestro Señor, primero para mostrarnos la abundancia de ellos, puesto que los pechos son fuentes que no se agotan, teniendo la naturaleza cuñado de llenarlos cuando se vacían; y después, para mostrarnos que ellos vienen del amor, puesto que los pechos están colocados sobre el corazón, cuyo calor los calienta y hace fecundos. Por esto, á algunos intérpretes, fundados sobre la doble significación de la palabra hebrea, han traducido: *Nos acordaremos de vuestros amores*; (2) haciendo referencia al nombre que merecen con tan justo tí-

1 Memores uberum tuorum. Cant. I, 3.

2 Memores amorum tuorum. Ibid. juxta: hebr.

tulo los beneficios de Nuestro Señor, puesto que toman su origen en el amor infinito de su noble corazón, y que nos lo da con el amor más tierno y más maternal, como á sus queridos hijos. Esta comparación nos hace comprender también que estos beneficios son el precio de la sangre de Jesu-Cristo, es decir, que sólo se nos conceden por el mérito de esta sangre, teniendo la leche su principio en la sangre.

Lo que realza aún infinitamente los beneficios de Nuestro Señor, es que la mayor parte nos son tan necesarios, que no podemos pasar sin ellos; tales son: el sol, el fuego, el aire, el agua, la tierra, el alimento, los vestidos; tal es la gracia para hacer obras buenas, huir el pecado, vencer las tentaciones, y en general, para obrar nuestra salvación; porque, como dice el príncipe de los Apóstoles: Nadie puede salvarse sino por Nuestro Señor Jesu-Cristo. (1) Para concebir bien esta necesidad de los beneficios de Dios, representémosnos el estado en que estaríamos si estuviéramos privados de ellos, y digamos, por ejemplo, si no estuviera yo alumbrado por el sol, si estuviera yo privado del aire, del fuego; si no tuviera yo ni ojos, ni orejas, ni manos, ¿en qué estado estaría yo? ¿cuantas incomodidades experimentaríamos yo?

1 Non est in alio aliquo salus; nec enim aliud nomen est sub oculo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri, Act. IV, 12.

SECCION SEGUNDA.

Poder que deben tener los beneficios de Nuestro Señor.

I.—Fuerza de los beneficios.—II. Su fuerza sobre los mismos animales.—III. Los beneficios de Nuestro Señor deben tener sobre nosotros una fuerza mucho más grande.—IV. Recapitulación y resoluciones.

I. Los beneficios tienen naturalmente una fuerza extraordinaria y un poder increíble sobre los hombres, para atraer sus espíritus y llevar tras sí sus afectos. Aquél que puede conceder beneficios, posee lazos y cadenas para ligar y encadenar los corazones y atraerselos; y como dice un autor, los beneficios hacen hacer á los grandes, maravillas y á los pequeños, milagros. *Esta es la naturaleza de los hijos de Adán*, decía David. (1) Por ellos el hombre es prendido; los beneficios son una llave que abre todo, y no hay corazón alguno, por feroz que sea, que no sea reducido y forzado por tales armas. Por este medio, Jacob calmó la irritación de su hermano Esaú, y cambió su voluntad. *Yo lo apaciguaré con regalos.* (2) *Si tu enemigo tiene*

1 *Ista est enim lex Adam.* II, Reg. VII, 19.

2 *Placabillo ium muneribus.* Gen. XXXII, 20.

hambre, dice Salomón, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; por este medio amontonarás sobre su cabeza carbones ardientes, que ablandarán su dureza, inflamarán su corazón helado y lo volverán tu amigo. (1) Pesando Jansenio la fuerza de la palabra *amontonarás*, y la que emplean los Setenta, nota que los beneficios, aunque en pequeño número, hacen sin embargo, un gran montón de carbones encendidos, que se elevan sobre la cabeza de aquél que recibe los beneficios, lo rodean, lo cubren por todas partes, lo queman y lo consumen.

II. Los animales mismos, aunque desprovistos de razón, se sienten sin embargo movidos de este sentimiento. Se han encontrado y se encuentran aún animales salvajes y feroces, tales como los tigres, los leones, amansados por los beneficios, que dan señales admirables de engreimiento y reconocimiento, sirviendo, asistiendo, defendiendo á aquellos de quienes los han recibido. Paseándose el santo abad Gerásimo un día en las riberas del Jordán, vió venir á sí un león, con una pata encogida y rugiendo de dolor, el buen anciano se detiene al momento para ver qué iba á hacer este animal; éste se le acercó, le presentó su pata que estaba toda muy hinchada á consecuencia de una astilla de caña que tenía encajada, y parecía suplicarle al santo que se la sacara y le diera algún alivio. El santo se sentó, cogió la pata del león, le dió una cortadita sobre el tumor, sacó la astilla, hizo salir el pus, vendó la llaga después de

3 *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitierit, da ei aquam bibere; prunas enim congregabis super caput ejus.* Prov. XXV, 21.

haberla limpiado. El león tuvo tanto reconocimiento por este beneficio, que se quedó con el santo abad; le siguió siempre, le sirvió con una fidelidad admirable y con tan gran engreimiento, que, habiendo muerto el santo hombre, tuvo tan gran dolor por eso; que nadie pudo calmarlo; rugía de una manera lamentable todo el día; y poco tiempo después, estando sobre el sepulcro de Gerásimo y redoblando sus rugidos y gritos, murió allí por la violencia del dolor. (1) Se cuenta lo mismo de otro león, que alimentó á un tal Androcleo, durante tres años, en una caverna, porque le había hecho un servicio semejante sacándole una espina de un pié. Su engreimiento fué más lejos; porque habiendo sido apresado Androcleo y conducido á Roma para combatir en el anfiteatro contra un león lanzaron contra él el mismo león que él había curado; éste reconoció á su médico, y, muy lejos de hacerle mal, se apresuró á hacerle caricias, lo que obligó al pueblo á dar la vida y libertad á uno y á otro. La historia cuenta que se veía á Androcleo en la ciudad, llevando á su león atado de una débil correa, como un perrito. (2) Habiendo San Macario de Alejandría vuelto la vista á dos pequeñas hienas que estaban ciegas, la madre le llevó al santo, al día siguiente, una piel de oveja en reconocimiento del servicio que le había prestado. (3) Ajax, hijo de Oileo, había familiarizado y domesticado á una serpiente de siete dedos de largo, tanto, que es taba siempre á sus

1 Mosechus in prato spirituali.
2 A. Gellius. lib. V. cap. 14.
3 Pallad. in Lausiac. cap. 20.

pies, lo acompañaba y seguía por todas partes. (1) Santa Golinduca, gran dama de Persia, domó también á otra de tal modo que reposaba su cabeza sobre ella para dormir, sin correr peligro. (2) Habiendo un segador ido á sacar agua á una fuente, vió á una águila que combatía contra una gran serpiente, enroscada esta en el águila la apretaba tanto, que no la dejaba volar y la sofocaba. Viendo ese hombre al águila en ese estado, le tuvo lástima: descargó con tanta astucia como destreza, un gran golpe con su hoz sobre la serpiente, que la mató y libró al águila; después fué á sacar agua, regresó y contó á sus compañeros lo que le había sucedido. Todos bebieron de esa agua; iba él á beber como los demás, cuando el águila cayó sobre el vaso y lo derramó con sus alas: se estaba quejando de su ingratitude cuando vió caer y morir de repente á todos sus compañeros; entonces comprendió que el agua había sido envenenada por la ponzoña de la serpiente, y que el águila le había mostrado su reconocimiento salvándole la vida. (3) ¿Qué pudiéramos decir del perro, que de todos los animales es el que conserva más el recuerdo del bien que se le ha hecho? ¿Qué admirable es bajo este aspecto, y qué bellas lecciones da al hombre! ¿Qué no hace por su amo? Lo acompaña por todas partes con la mayor fidelidad, lo defiende con valor, le busca con tenacidad, prueba con sus aullidos el pesar de haberle perdido, cuando lo encuentra no sabe como atestiguarle su ale-

1 Philostr. in. her. in Ajaci Locrensi.
2 Memolog. 13 Jul.
3 Pierius. hierogl. lib. XIX.

gría, le salta encima, lo acaricia y trata de mostrarle su cariño por todos los medios de que puede servirse. Cuenta San Ambrosio (1) que un perro aulló toda la noche junto al cuerpo de su amo, que un malvado había asesinado. El día siguiente, habiendo ido muchas personas á ver el cuerpo del muerto, fué también el asesino para mejor encubrir su crimen; tan pronto como el perro lo reconoció, se lanzó sobre él con horrorosos ladridos, lo muerde, lo derriba, y se esfuerza con sus dientes y sus uñas por desgarrarlo. Los asistentes, admirados de una cosa tan extraña, lo ven como un rayo de luz que Dios les envía para descubrir al homicida, y, sospechando que éste hombre es el asesino, lo cercan, le preguntan, éste, todo admirado, tiembla, palidece, tartamudea, se corta en sus respuestas; lo aprisionan, confiesa su crimen y es castigado. La conducta de un perro de uno de los esclavos de Tito Sabino fué todavía más admirable: (2) jamás abandonó á su amo en todo el tiempo que duró en su prisión; lo siguió cuando lo llevaron al último suplicio, dando aullidos horrorosos por todo el camino; no abandonó el cuerpo de su amo después de la ejecución, y, cuando le aventaban algún pedazo de pan para que se callara ó para que comiera, lo arrimaba á la boca del cuerpo muerto; arrojaron el cadáver al río Tiber, el perro se echó tras él, y se metió debajo de él y lo tuvo levantado para impedir que se fuera al fondo. ¿Qué ejemplo de fidelidad y de engrimiento en este animal! ¿Qué fué lo que excitó

1 Lib. VI. hexam. cap. IV.

2 Plin. lib. VIII. cap. 40.

en él estos sentimientos? Un pedazo de pan duro, negro, mojado en agua.

III. Si los beneficios mueven tan sensiblemente á los leones y á los animales más crueles, si obran tantos prodigios de fidelidad en los perros, si tienen tanto poder sobre los hombres, ¿cuál debese la fuerza de los beneficios de Dios sobre nuestros corazones para atraerlos, encadenarlos entera é irrevocablemente á su amor, cualquiera que sea la resistencia que opongan! Si estuviéramos reducidos á una pobreza extrema y que un hombre nos colmara de riquezas, sin el menor interés por su parte; si nos estuviéramos muriendo de hambre y sed, y que nos dieran de comer y de beber, si estuviéramos encerrados en un calabozo obscuro é infecto, y que nos pusieran en libertad; si estuviéramos ciegos y que nos dieran la vista, ¿podríamos rehusar nuestro amor á aquel que nos hubiera hecho tantos servicios? ¿Sería nuestro corazón tan insensible y tan bárbaro para no guardar ~~ningún~~ alguno de esos beneficios? Si ello es así, ¿por qué no amamos á nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha dado los bienes, el alimento, la libertad, la salud, la vida y todo cuanto tenemos? ¿Por qué somos tan insensibles á sus beneficios? Si un hombre nos hubiera dado la cien milésima parte de lo que hemos recibido de él, nos sería imposible impedir á nuestro corazón de arder en su amor, pensaríamos en él, hablaríamos de él, pondríamos nuestra felicidad en verlo y hablarle; ¿qué no haríamos para conservar su amistad? ¿Como es pues posible que después de haber recibido tantos beneficios, quede nuestro corazón insensible y helado? ¿Por qué los beneficios del hijo de Dios no

excitan en nuestros corazones los mismos sentimientos de amor y reconocimiento que los beneficios de los hombres? ¡Oh hombre! ¿qué adviertes en los beneficios de Dios, que sea menos digno de encantar tu corazón, que los de las criaturas? ¿Dinos la causa de una parcialidad tan extraña? ¿Será acaso porque nos son dados por una persona infinitamente elevada en perfección, ó porque toman su origen en un amor infinitamente más grande, ó porque son, sin comparación alguna, más excelentes, y en mayor número y más necesarios? ¿No deberían al contrario, estas razones, obligarte á amarlos más? Y sin embargo, por unos cuantos servicios que recibirás de una criatura miserable (y eso si de ella los recibes, porque más bien es de Dios, que se sirve de su criatura como de un instrumento,) te conmoverás vivamente, la amarás, la agradecerás, la servirás: mirarías como un ingrato y un monstruo indigno de todo favor á aquel que obrara de otro modo; y los beneficios de Nuestro Señor, cuya multitud es excesiva, la excelencia infinita, la necesidad absoluta no te darán afecto alguno por él! ¡Ah! te establezco por juez en tu propia causa: escucha tu conciencia; sin duda ella te reprochará tu ingratitud y tu injusticia.

Observa á los animales, como dice Job, *pregunta á las bestias y ellas te enseñarán el reconocimiento* (1) Cuando veas á tu perro, ¿qué reflexión debes hacer, si quieres hacer atención á ello? ¿Qué debes concluir de su conducta? Tú le das un pedazo de pan, le arrojas un hueso inútil, le das

1 Interroga jumenta, et docebunt te. Job., XII, 7.

una poca de agua, y por tan poca cosa, te ama, te alhaga, te acompaña, te mira, te presta mil servicios; y Nuestro Señor te da la carne de ese hueso, te da por alimento una gran variedad de viandas de peces y de frutos, de vinos exquisitos y delicados, y de tantas otras cosas; hace más, te da sus gracias, te enriquece con los méritos de su vida y de su muerte, ¡y tu corazón está sin amor por él! ¿Quién no se ruborizaría de vergüenza, dice aquí San Ambrosio, si desconociera los beneficios de Nuestro Señor, viendo á los animales que repulzan el crimen de la ingratitud! Tienen poca memoria, y sin embargo conservan el recuerdo de un pobre alimento que se les tira, y tú, que te acuerdas de tantas otras cosas, pierdes el recuerdo del gran beneficio de la Redención; por el cual Nuestro Señor te ha librado de la tiranía del demonio y merecido la salvación eterna. (1)

IV. Por tanto, puesto que es tan justo amar á Nuestro Señor á causa de sus beneficios, amémosle en consecuencia, de hoy en adelante, más de lo que lo hemos hecho hasta ahora; sirvámonos de nuestra razón para cumplir un deber tan grande de justicia; no mostremos que tenemos el corazón más insensible y más duro que los leones y los tigres; acordémonos que somos obra de Nuestro Señor en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; que no somos sino un compuesto de sus beneficios. Si tenemos un cuerpo, es él quien nos lo ha dado; si tenemos una alma, es él quien la ha

1 Quis non erubescat gratiam de se bené merentibus non referre, cum videat bestias refugere crimen ingrati? El illa imperitiae alimonie servant memoriam, tu non servas salutis acceptae. S. Ambr., Lib. VI, cap. IV.

formado; si tenemos riquezas, de él es de quien las tenemos; su sol es el que nos ilumina, su tierra la que nos agnanta, sus aguas las que nos calman la sed; su fuego es el que nos calienta, su aire el que respiramos, sus frutos los que comemos, sus vestidos los que nos cubren, sus casas las que nos hospedan, sus criaturas las que nos sirven; ¿podemos negarlo? Si somos cristianos y no idólatras, si somos católicos y no herejes, si estamos separados del común de los fieles para entregarnos con más cuidado á nuestra salvación en el estado eclesiástico, si estamos á cubierto de las tempestades del mundo en el puerto seguro del estado religioso, á él es á quien debemos todos estos favores. Todos los peligros de que escapamos, todas las tentaciones que vencemos, todos los pensamientos santos que tenemos, todos los movimientos buenos que experimentamos, todas las palabras buenas que decimos, todas las obras virtuosas que hacemos, son otros tantos beneficios de sus manos. El ha tomado un cuerpo y una alma por nosotros, él vivió en trabajos continuos por nosotros, él se ha sumergido en un abismo de dolores y de oprobios muriendo en la cruz por nosotros; nos da todos los días su cuerpo, su sangre, su humanidad, su divinidad, en el augusto sacramento del altar, y después de todo esto, nos prepara los bienes infinitos y eternos de su gloria. ¿No son acaso estos beneficios bastante fuertes para unirnos á él, y para encender en nuestro corazón el fuego de su amor? ¿Cómo no amar á aquel de quien se recibe todo? Por esto, convencidos de la verdad de un deber tan justo, amémoslo sin tardanza; que estos beneficios obren sobre nuestro espíritu y le hagan experimentar todo su

poder, puesto que son, como dice la Esposa, *lámparas de fuego, flechas ardientes*, (1) para iluminar nuestro entendimiento, abrasar las voluntades, y atravesar los corazones; que nos esclarezcan y nos abran los ojos para hacernos conocer á nuestro verdadero bienhechor; que rompan la dureza de nuestro corazón y lo inflamen en su amor, no sea que los animales vayan á ser los acusadores y los jueces de nuestra ingratitud, después de haber sido los modelos del reconocimiento que debemos tener.

1 Lampades ignis atque flammarum, vel, sagittæ ignis. Cant. VIII, 6. Juxta sept.

CAPITULO OCTAVO.

Cuarto motivo de amor.

Jesucristo se ha hecho hombre para hacerse amar de los hombres.

SECCION PRIMERA.

I. El designio de obligar á los hombres á pagarle el tributo de su amor, no ha sido una de las menores razones por las cuales el Hijo de Dios se ha dignado revestirse de su humanidad. Para comprender bien esta verdad, es preciso ante todo, estar bien persuadido, de que Dios ha pedido siempre al hombre, sobre todas las cosas, su corazón y su amor. Así es como los intérpretes han explicado estas palabras del sabio: Hijo mío, dame tu corazón. (1) Para inclinarlo á darle su corazón y su amor se ha servido de los medios más admirables y más propios para hacerse amar. Conociendo el poder maravilloso de los beneficios sobre el corazón del hombre, lo ha cobrado de ellos; le ha concedido inmensos en todo género, en número casi infinito é incomparablemente más que á toda otra criatura. Ha reunido en él todo el sér creado,

1 Probe, fili mi, cor tuum mihi. Prov. XXIII, 26.

el sér simple, el alma vegetativa, sensitiva é inteligente, que había como distribuido y repartido á los elementos, á las plantas, á los animales y á los ángeles; en una palabra, ha hecho del hombre el gran objeto de sus liberalidades y de su amor, á fin de persuadirlo de la necesidad de conocerlo y amarlo. Además, siendo la semejanza el motivo más fuerte y más poderoso, para inclinar al amor, como lo enseña la filosofía, ha impreso el suyo en él y lo hizo á su imagen. (1) Y debemos advertir que Dios no ha hecho hacer al hombre á su imagen, como aquel que mandara hacer su retrato á un pintor; sino que El mismo es el que lo hizo así; ¡qué nuevo motivo de amor! Si el retrato de un rey pudiera hablar y amar á alguno, ¿á quién amaría con más razón que al rey mismo? y si el mismo rey lo hubiera pintado, no estaría aún más obligado á amarlo? Ah! ¿qué queréis que yo ame, pudiera responder, si lo obligaran á amar á otro en perjuicio del rey, á quién otro que á mí prototipo queréis que yo ame, puesto que soy su imagen que el me ha hecho, y que, además, es la persona más amable? Añadamos á todo esto, que Dios ha dado al hombre un corazón de tal manera inclinado á amar, que no puede vivir sin amor como sin movimiento, le ha dado un mandamiento expreso de amarle como á su Creador y á su soberano Señor; ha hecho depender bienes infinitos de la ejecución de este mandamiento, y castiga con males incontables su transgresión; en fin, ha empleado otros mil medios poderosos para ganar su afecto y unirse su corazón.

1 Creavit Deus hominem ad imaginem suam. Gen., I, 27.

II. Mas, viendo que todos estos medios eran inútiles, y que á pesar de la fuerza y poder que tienen, en lugar de amarle, el hombre prostituía indignamente su corazón á otros objetos: queriendo, á cualquier precio, atraer su corazón, Dios ha escogido, en los tesoros infinitos de su sabiduría y de su omnipotencia el último y más eficaz de todos los sacrificios; ha descendido del cielo y se ha hecho hombre.

“El motivo principal que ha determinado á Nuestro Señor á venir aquí á la tierra, y á revestirse de nuestra naturaleza, dice San Agustín, ha sido el hacer conocer al hombre hasta qué punto lo amaba Dios, á fin de que iluminado y convencido por este conocimiento, ardiera de amor por aquél que lo había amado primero que nadie.” (1) Ann cuando el hombre estuviera obligado por toda clase de razones á amar á su Dios, sin embargo, experimentaba una dificultad muy grande para hacerlo. Siendo Dios un espíritu puro, invisible á nuestra naturaleza, é inaccesible á nuestros sentidos, no podía el hombre alcanzarle, porque en esta vida, su entendimiento no puede concebir sino lo que es material y sensible; los sentidos le transmiten los objetos que él propone á la voluntad, que es la única que puede amar. Por esto, Dios, para quitarle este obstáculo y facilitarle su amor, se ha dignado hacerse sensible, y por un exceso de bondad, se ha puesto en un estado en que el hombre

1 Maxime propterea Christus advenit, ut cognosceret homo quantum eum diligat Deus, et ideo cognosceret, ut in ejus amorem, á quo prior dilectus est, inardesceret. Aug., cap. IV, de eotechnia, rudibus.

puede verle con sus ojos, oírle con sus oídos, tocarle con sus manos; por este admirable medio, se ha hecho sensible y amable, y el corazón humano puede fácilmente unirse á él de una manera conveniente á su naturaleza. En otro tiempo, durante las crueles persecuciones contra los cristianos, sucedía frecuentemente que los animales más feroces, que lanzaban contra los santos mártires para desgarrarlos, se detenían derrepente, sin atreverse á hacerles algún daño; entonces los verdugos cubrían á los santos con algunas pieles de bestias, á fin de engañar los ojos de esos crueles animales y librarlos del respeto y miedo de que se sentían poseídos; engañados así, se lanzaban con furor sobre los mártires y los hacían pedazos; del mismo modo, no pudiendo el hombre casi comprender y amar sino las cosas sensibles y corporales, Dios, que es todo espíritu, se ha dignado revestirse de un cuerpo, á fin de dar al hombre posesión sobre él, si puedo decir así, y quitarle por este medio la única y última excusa que parecía tener algún fundamento.

Mas lo que hay más admirable en eso, es que Dios ha querido hacerse sensible en forma y naturaleza verdadera de hombre, con preferencia á toda otra naturaleza. *El Verbo se hizo carne*, y en este estado habitó entre nosotros. (1) Estas palabras expresan y encierran todo el misterio admirable de la Encarnación; por esto, la Iglesia las pone todos los días en boca de sus sacerdotes, en el santo altar, y los obliga á doblar la rodilla con los sentimientos más profundos de respeto, de reco-

1 Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. S. Joán, 1, 14.

nocimiento y amor. Y ciertamente, esto no es sin razón, puesto que por un exceso de bondad ha escogido nuestra naturaleza; porque pudo, para acomodarse á la imbecilidad de nuestro entendimiento y á la debilidad de nuestra voluntad, hacerse visible y sensible tomando una naturaleza corporal diferente de la nuestra; hubiera podido revestirse del sol, como de un vestido, y obrar nuestra salvación, difundiendo sobre nosotros los rayos de sus gracias; pero no era este el plan de sus amores, como lo advierte San Agustín. "Dios, dice él, ha preparado con una sabiduría maravillosa los remedios más propios para curar, en todos tiempos y de la manera más admirable, los males de sus criaturas; pero se dejó ver su ternura para con el género humano, nunca se dejó ver con más brillo como cuando la sabiduría misma de Dios, es decir el Hijo único, coeterno y consubstancial a su Padre, se ha revestido del hombre todo entero, y ha mostrado con esto á los espíritus carnales y dominados por los sentidos, cuán elevada estaba la naturaleza humana sobre las demás criaturas; porque, no solamente ha querido mostrarse á los hombres de una manera visible, (que bien podía sin duda encerrarse en un cuerpo celeste, cuyo brillo hubiera moderado y proporcionado á la debilidad de nuestros sentidos); pero ha querido venir á ser verdaderamente un hombre semejante á ellos." (1)

1 Cum omnibus modis medeatur Deus animis, pro temporum opportunitatibus, que mirá sapientiá ejus ordinantur, nullo modo beneficentiús consulit generi humano, quám cum ipsa sapientiá Dei, id est, unicus filius consubstantialis Patri, et coeternus, totum hominem suscepit; ita enim demonstravit carnalibus, corporeisque sensibus deditis, quám excelsum locum inter creaturas

Y el mismo santo da la razón de ello en otro lugar: "Esto es, dice, á fin de que los hombres pudieran amarlo con más facilidad y con una especie de familiaridad." (1) Alejandro el grande, para hacerse agradable á los Persas y para hacerse dueño de sus corazones, como se hacia dueño de su país se presentaba delante de ellos vestido á lo persa; el Hijo de Dios, para hacerse amar más tiernamente de los hombres, sin necesitar de su amor para nada, se revistió de su carne y se hizo semejante á ellos. (2) Primero los había hecho á su semejanza, por el beneficio de la creación; después, él mismo se hizo semejante á ellos por el beneficio de la encarnación, para obligarlos, por esta doble y mútua semejanza á redoblar su amor hacia él. Por esto es que hablando de sí, se llamaba ordinariamente el Hijo del hombre; y no lo decía solamente por un sentimiento de humildad, ó para declarar el amor particular que tenía por el hombre, siguiendo el genio de la lengua hebrea que llama hijo de la paz á aquél que ama mucho la paz y que hace cuanto puede para procurarla, sino porque se había hecho semejante al hombre, y su imagen, así como el hijo es imagen y semejanza viviente de su padre.

III Por lo demás, es preciso advertir, con San Bernardo, que el Hijo de Dios, al concebir el no-

habeat humana natura, quod non solum visibiliter (nam et id poterat in aliquo ætherico corpore ad nostrorum aspectum tolerantiam temperato), sed etiam hominibus in vero homine apparuit. Aug., de vera Relig., cap. X.

1 Ut familiarius diligeretur ab homine Deus, in similitudinem hominis Deus apparuit. Aug., Manual., XXVI.

2 In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Philip., II, 7.

ble designio de tomar un cuerpo, y un cuerpo humano para hacerse más fácilmente amar de los hombres, ha querido ganarles los corazones y conducirlos á un amor particular hacia su santa humanidad, que era un objeto conveniente á su naturaleza, y, por este amor, hacerlos subir como por grados hasta el amor de su divinidad. “En cuanto á mí, yo pienso, dice este santo doctor, que la causa principal por la cual Dios, que es invisible, ha querido hacerse ver en nuestra carne y conversar con los hombres bajo la forma de un hombre, ha sido, el condescender con la naturaleza de ellos toda carnal, y arrancarles al amor funesto de las criaturas atrayéndolas al amor tan saludable de su santísima humanidad, para elevarlos en seguida poco á poco al amor más espiritual de su divinidad. (1) Y aun cuando el amor hacia la humanidad santa de Nuestro Señor sea un don, y un gran don del Espíritu Santo, puede, sin embargo, llamarse carnal en alguna manera, si se le compara, no tanto al amor que se siente por el Verbo hecho carne y considerado en su humanidad, sino al amor del Verbo en tanto que es sabiduría, justicia, verdad, santidad, y que es contemplado y amado en su divinidad. (2)

1 Ego hanc arbitror præcipuam invisibili Deo fuisse causam, quod voluit in carne videre, et cum hominibus homo conversari, ut carnalium videlicet qui nisi carnaliter amare non poterant, cunctas primò ad suæ carnis salutarem amorem affectiones retraheret, atque ita gradatim ad amorem perduceret spiritualem. Bern., Serm. 20. in Cant.

2 Et licet donum et magnum donum spiritus sit erga carnem Christi devotio, carnalem tamen dixerit hunc amorem, illius utique amoris respectu, quo non tam verbum caro sapit, quam ver-

IV. A esta razón, que ha traído á Jesu-Cristo á revestirse de nuestra naturaleza, brevemente añadiré yo otras dos, que tienden al mismo fin, y que merecen nuestra atención. La primera, es que Dios se ha encarnado porque quería agotar todos sus tesoros en favor del hombre y usar para con él de la mayor liberalidad posible, uniendo personalmente su esencia á la suya, y dándose todo á él, lo que es todo decir; así Jesu-Cristo dijo á Nicodemus estas bellas palabras: *Dios ha amado á los hombres hasta tal punto, que les ha dado á su único Hijo.* (1) La segunda razón, es que él quería encontrar el medio de ser la felicidad completa del hombre, no solamente la de su alma, sino también la de su cuerpo. En efecto, por una parte, el amor más grande que el hombre experimenta es el de su último fin y de su felicidad soberana, puesto que todos los deseos y todos los afectos del hombre por los honores, placeres y riquezas de este mundo, hacia las cuales se siente transportado algunas veces con tanta violencia, no son sino los retoños de él; por otra parte, como está compuesto de un cuerpo como también de un espíritu, necesita para la felicidad de su cuerpo un objeto corporal. Y bien! para que el hombre no se viera obligado á dividir su amor y á amar á otro que á él, ó con él, ha agradado á esta majestad soberana el tomar un cuerpo, á fin de que el hombre encontrara en él toda su felicidad, la de su alma y la de su

bum sapientia, verbum justitia, verbum veritas, verbum sanctitas, pietas, virtus, et si quid aliud, quod sit hujusmodi, dici potest, Bern., Serm. 20, in Cant.

1 Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret; Joan III. 6.

cuerpo, y de este modo reuniera en él todos sus afectos. Tal es el pensamiento de San Agustín: "Dios, dice él, se hizo hombre por los hombres, á fin de que una y otra parte del hombre encontrasen su felicidad en él, que el ojo de su alma quedara saciado contemplando su divinidad, el de su cuerpo contemplando su humanidad, y que la naturaleza humana, criada por él, encontrárase, sea interiormente, sea exteriormente, el alimento abundante de que tiene necesidad." (1)

I Deus propter homines factus est homo, ut uterque sensus hominis in ipso beatificaretur et reficeretur oculus cordis in ejus divinitate, et oculus corporis in ejus humanitate, ut sive ingrediens, sive egrediens, in ipso pascha inveniret humana natura cóndita ab ipso. Aug., Manual, cap. XXV.

SECCION SEGUNDA.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Este motivo es muy poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Nuestro Señor lo predijo.—III. La naturaleza humana lo ha prometido.

I A aquel que nos ha amado tan tiernamente, amémoslo tierna y ardientemente; esta es la conclusión que debemos sacar de todo este discurso. San Pablo, todo abrasado de este amor, fulmina este anatema contra aquellos que no lo amasen: *Si alguno no ama á Jesu-Cristo, que sea maldito del cielo y de la tierra, que sea desterrado y exterminado de entre los vivos; tan justo es así el amar á un señor tan amable y tan amante, y el no amarlo es tan injusto y criminal así.* (1) La razón de esto está marcada en la palabra syriaca maran-atha, que significa *Nuestro Señor ha venido*. Es nuestro señor, el Hijo de Dios y Dios mismo, infinitamente bueno, infinitamente bello, infinitamente sabio é infinitamente perfecto y por consiguiente infinitamente amable, á quien somos deudores de beneficios tan grandes é innumerables como hemos recibido, y recibimos todos los días; que nos los prepara sin cesar, y que, sobre todo es-

1 Si quis non amat D. N. J. C., sit anathema: maran-atha. I. Cor., XVI. 22.

to se ha hecho hombre para hacerse amar de nosotros; que desea y que pide nuestro amor con un amor inconcebible. Aun cuando no tuviéramos los millones de motivos para amarlo como tenemos, el sólo deseo que él tiene ¿no debiera bastar para obligarnos á ello? El Padre Avila dice (1) que este deseo es tan grande en Dios que si pudiera sufrir, le causaría la muerte. ¿Qué podemos añadir á esto? ¿Y no es acaso para atestiguar el ardor de su deseo y verlo satisfecho por lo que ha hecho la cosa más nueva y la más extraña que ha habido jamás, y que será durante toda la eternidad el objeto de la admiración y asombro de todas las criaturas, es decir, haber tomado un cuerpo y haberse hecho hombre?

Si un habitante de la China ó del Japón viniera á México, si dejara su país, su casa, sus parientes, sus amigos; si se expusiera al hambre, á la sed, al calor, al frío, á mil peligros para su vida únicamente por buscar nuestra amistad; si nos rogara y suplicara con todas las instancias posibles que lo apreciásemos, ¿habría alguno tan desnaturalizado y tan bárbaro que quisiera, mas aún, que pudiera rehusarle su amor, después de un viaje tan largo y penoso, después de tantos peligros, tantos trabajos tomados por nosotros, y después de pruebas tan grandes de su amor? Al contrario, ¿no todos se apresurarian á probarle á porfía su afecto? Si vuestro rey os pidiera una cosa, si os rogara con la instancia más viva que le diérais tal cosa; si os lo mandara con autoridad soberana; si os prometiera mil bienes en recompensa de

1 Epist. 9.

vuestra buena voluntad en concedérsela; si os amenazara, en caso de negativa, con la prisión y la muerte; si esta cosa fuera de tal naturaleza que pudiérais dársela, no solamente sin trabajo y sin incomodidad; sino con muchas ventajas para vos, ¿por quién pasaríais entre los hombres, si se lo negarais? Y aun cuando no encontrarais en ella interés alguno, la sola consideración de la dignidad de su persona, el ardor de su deseo y de su petición, ¿no sería bastante para arrancar vuestro consentimiento? Mas el Dios de gloria, el Rey de los reyes, y el Señor de los señores ha bajado del cielo á la tierra; se ha humillado y abatido infinitamente tomando un cuerpo pasible y mortal; ha aceptado los sufrimientos más terribles para ganar nuestros corazones y ser amado de todos. ¿Hay acaso un solo hombre, si le queda una chispa de razón y un germen de sentimiento, que, viéndose así perseguido por esa majestad adorable, pueda cerrarle la puerta de su corazón, sino antes bien que no lo haga dueño enteramente de él? Sólo se ha encontrado un hombre en el mundo, que haya hecho profesión abierta de nada amar y de no ser amado de nadie: que es Timon el Ateniense. llamado con el sobre-nombre de el enemigo de los hombres. (1) Persistía en su humor fe-
roz, ó por grandeza de valor, no viendo nada entre los hombres que fuera digno de su amor, ó por antipatía. ¡Y bien! si él volviera á la vida, si él pudiera conocer un objeto tan amable como un Dios hecho hombre por él, si se viera amado tan ardientemente, tan sinceramente, tan cordialmen-

1 Nec amat, mee amatur ab ullo

te y tan constantemente por un Señor tan amable. él dejaría muy pronto de ser insensible; toda su obstinación caería, no podría dejar de amarlo. San Crisóstomo dice también, explicando las palabras de San Pablo, desde que el Hijo de Dios se encarnó, ya no queda excusa ni perdón para aquel que no lo ama. "Amáis al hombre, dice Santo Tomás, porque es hombre y á causa de la semejanza de naturaleza que tiene con vos; y bien! para que el hombre no tuviera esta ventaja sobre Dios, y que esta consideración no nos hiciera preferir el hombre á Dios, Dios se hizo hombre. Si pues amáis al hombre porque es hombre como vos, amad con preferencia á aquel que se ha hecho hombre por vos, para rescataros por la muerte de su humanidad, para nutrirnos con el sacramento de su cuerpo y de su sangre, para instruirnos con sus ejemplos, para hacer á vuestra alma y á vuestro cuerpo dichosos por el gozo eterno de sus dos naturalezas." (1) Después de esto, ¿no tiene razón el apóstol de lanzar los rayos de la maldición contra aquel que no ame á Jesu-Cristo? Nadie podrá libertarse de la imprecación de San Pablo, si se da á otro que á Jesu-Cristo después de haber sido tan amado de él, y haber sido rescatado con una solicitud tan amorosa.

1 Es amicus hominis propter naturæ conformitatem, quia homo est; ne in hoc præponderaret, et ideò præligeretur homo Deo, Deus factus est homo. Quare si amicus es hominis qui tecum fit, vel factus est homo potius ejus qui propter te factus est homo; utique propter te redimendum morte humanitatis, propter te nutriendum sacramento corporis et sanguinis, propter te erudiendum exemplis, et beatificandum dupliciter duabus naturis. S. Thom., Opusc. LXL, cap. XIX.

II. Bastante motivo hay para esperar que estas razones abrirán los ojos á los hombres, y los harán tomar fuertes resoluciones de amar al Hijo de Dios. Este Hijo de Dios, la primera verdad, lo había predicho ya hacía largo tiempo por el profeta Oséas: *Yo atraeré, dice, yo atraeré á los hombres con los lazos de Adán, con los lazos de la caridad, yo me revestiré de su carne para mostrarles mi amor y obtener el suyo; yo endulzaré, yo aligeraré el yugo del mandamiento que les había hecho de amarme, haciéndoselos dulce y fácil.* (1) Notad bien que él llama á su carne sagrada y á su humanidad santa, no una cuerda, sino lazos, cuerdas, porque todas las partes de su carne, todos los miembros de su cuerpo, todos los cabellos de su cabeza, todas las gotas de su sangre, son otras tantas cuerdas y lazos formados por el amor para atraer los corazones de los hombres al amor.

III. Si el Hijo de Dios ha prometido que haciéndose hombre, encendería á los hombres en su amor, la naturaleza humana le ha prometido solemnemente también que, si él lo hacía, ella lo amaría con todo su corazón; porque, al suplicarle que le hiciera esta gracia, exclama en Isaías: ¡Oh Hijo único de Dios, vos que estais sentado en lo más alto de los cielos sobre vuestro trono de gloria, rodeado de luz en medio de las adoraciones de vuestros ángeles, ah! quiera vuestra majestad divina levantarse y descender sobre la tierra! Levantaos, levantaos, ¡oh Dios de las misericordias! cumplid vuestras promesas, *rasgad los cielos para apresu-*

1 In funiculis Adam traham eos, in vinculis caritatis, et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum. Osée, cap. XI. 4.

rar vuestra visita; si os rendís al ardor de nuestros deseos y de nuestros votos, las montañas se aplanarán en vuestra presencia, las rocas más duras se romperán, los corazones más insensibles, los espíritus más orgullosos, atraídos por la fuerza todopoderosa de vuestro amor, vendrán á arrojarse en vuestras dulces cadenas; los corazones endurecidos se enternecerán; los vereis derretirse delante de vos, como la cera en la lumbre; las almas heladas arderán de amor. (1) Cuando hayáis obrado esta maravilla, los hombres más rebeldes y más necios vendrán á rendiros las armas, y á hacer os homenaje de sus corazones y de todos sus afectos. La Esposa santa, suspirando por el mismo favor, dice á su Esposo: *Atraedme tras de vos; correremos al olor de vuestros perfumes.* (2) Como si ella hubiera querido decir: todas las criaturas que habeis hecho por mí, todos los favores de que me habeis colmado me atraen á vos, pero muy débilmente todavía; me atraen, pero no me llevan tras de sí; sus lazos no son bastante fuertes, y yo soy tan difícil para seguir; pero atraedme vos mismo con los lazos de la carne de Adán, dignándoos revestiros de ella por mí; y entonces, os lo prometo, atraído por el olor suave de vuestra humanidad, iré, correré tras de vos, con todos los corazones. La misma Esposa, después de haber obtenido el objeto de su petición y viéndose en los brazos de su muy amado, dice en su estilo lleno de mis-

1 Utinam dirumpere cælos, et descenderes; á facie tua montes defluerent. Sicut exustio ignis tabescerent, atque arderent igne... Cùm feceris mirabilia, non sustinebimus. Isaias, LXIV. 1.

2 Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum. Cant. I. 3.

terios: *Las mandragoras han esparcido su agradable olor; tenemos á nuestras puertas toda clase de frutos: os guardé, oh mi muy amado, los nuevos y los añejos.* (1) Para comprender bien estas palabras, es preciso advertir que la manzana es tomada por todos los autores, por el símbolo del amor, (2) y que la mandragora, siguiendo el parecer de los intérpretes sobre este pasaje, y de los que han escrito acerca de la naturaleza de las plantas es una yerba que tiene propiedades admirables, que pueden figurar la Encarnación del Hijo de Dios: 1.º su raíz casi tiene la figura del cuerpo humano; 2.º es medicinal; 3.º sus tomates son muy bellos, muy dulces y de un olor agradable; 4.º procura un dulce sueño; 5.º es narcótica, adormece y hace perder el dolor al miembro que se corta; 6.º es un remedio para la esterilidad; en fin, es un encanto poderoso y un filtro violento para inclinar al amor; por esto los hebreos le dan un nombre derivado del del amor; los griegos y los latinos la llaman *Circoecium* por la misma razón. Todas las virtudes de la mandragora nos muestran los efectos del misterio de amor de la encarnación, misterio en el cual Jesús ha aparecido infinitamente bello, sea á causa de su divinidad, belleza esencial y origen y fuente de toda belleza; sea á causa de su humanidad, elevada en belleza sobre todos los ángeles y los hombres, dotada en el grado más alto de todas las perfecciones de la

1 Mandragoræ dederunt odorem suum: in portis nostris omnia poma nova et vetera: dilecte mi, servavi tibi. Cant. VII, 13

2 S. Epiph. in phgs. Cap. IV.—Theophr de plantis, ch. X. Philost. in Iacone amorum, et ibi Vignerus.

naturaleza y de la gracia, como dice Isaiás; (1) también por esta humanidad santa ha embalsamado al mundo con el perfume suave de sus virtudes incomparables.

En una palabra, en este misterio de la encarnación, el Hijo de Dios ha traído consigo y en sí los remedios infalibles para todas nuestras enfermedades y á todas nuestras llagas, y por la dulce violencia del amor inmenso que nos ha mostrado, como por un encanto y un filtro potente, ha enternecido los corazones más duros, los ha domado y sometido á su amor, y los ha obligado á darle un amor lleno de verdad, de fuerza y de ardor. Este amor es el que, por su fuerza, ha hecho fecundos en buenas obras á los hombres que hasta entonces habían sido estériles, los ha hecho olvidar á las criaturas para no pensar sino en él, y los ha revestido de un valor tan grande, que insensibles á los objetos más seductores de la naturaleza, sufren generosamente que les despedacen sus miembros, la pérdida de sus bienes, de sus honores, de sus placeres y de cuanto más querido tienen en el mundo, más bien que ofenderle. ¡Oh mi muy amado, dice la Esposa de los cantares con todo el ardor de su corazón, desde que habeis difundido el olor de esta misericordia infinita y de este amor incomparable, os he dado cuanto en mí había de antiguo y nuevo, todos mis pensamientos, todas mis palabras y todas mis obras pasadas, presentes y futuras; os he consagrado irrevocablemente mi corazón, mi amor y todos mis afectos.

3 Formosus in stola sua. Is., LXIII, 1.

CAPITULO NOVENO.

Quinto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro Esposo.

I. Cómo es nuestro Señor esposo nuestro.—II. Bienes y grandeza de la esposa del Hijo de Dios.—III. Jesu-Cristo es el fruto de esta alianza.—IV. Deberes de esta esposa.

El Hijo de Dios no se contentó, para obligarnos á amarlo, con hacerse sensible, revistiéndose de nuestra naturaleza; su amor lo ha llevado mucho más lejos, porque ha escogido lo que había de más amable en esta naturaleza para ofrecerse á nosotros. Y como los sentimientos más fuertes, los más tiernos, los más afectuosos son los que existen entre los esposos, los hermanos y las hermanas, Jesu-Cristo, por un exceso de amor, se hizo nuestro esposo y nuestro hermano. (1)

I. Nuestro Señor, el Hijo único de Dios, es por consecuencia nuestro esposo; de éste nadie puede dudar, puesto que lo decimos y lo oímos decir tan frecuentemente. David, hablando de él y del misterio de su encarnación, dice: *Ha salido como un esposo de su tálamo nupcial*, es decir, como lo explica San Agustín, del seno purísimo de la Sma.

1 ¡Parece increíble cómo aparecerá el día del juicio!

naturaleza y de la gracia, como dice Isaiás; (1) también por esta humanidad santa ha embalsamado al mundo con el perfume suave de sus virtudes incomparables.

En una palabra, en este misterio de la encarnación, el Hijo de Dios ha traído consigo y en sí los remedios infalibles para todas nuestras enfermedades y á todas nuestras llagas, y por la dulce violencia del amor inmenso que nos ha mostrado, como por un encanto y un filtro potente, ha enternecido los corazones más duros, los ha domado y sometido á su amor, y los ha obligado á darle un amor lleno de verdad, de fuerza y de ardor. Este amor es el que, por su fuerza, ha hecho fecundos en buenas obras á los hombres que hasta entonces habían sido estériles, los ha hecho olvidar á las criaturas para no pensar sino en él, y los ha revestido de un valor tan grande, que insensibles á los objetos más seductores de la naturaleza, sufren generosamente que les despedacen sus miembros, la pérdida de sus bienes, de sus honores, de sus placeres y de cuanto más querido tienen en el mundo, más bien que ofenderle. ¡Oh mi muy amado, dice la Esposa de los cantares con todo el ardor de su corazón, desde que habeis difundido el olor de esta misericordia infinita y de este amor incomparable, os he dado cuanto en mí había de antiguo y nuevo, todos mis pensamientos, todas mis palabras y todas mis obras pasadas, presentes y futuras; os he consagrado irrevocablemente mi corazón, mi amor y todos mis afectos.

3 Formosus in stola sua. Is., LXIII, 1.

CAPITULO NOVENO.

Quinto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro Esposo.

I. Cómo es nuestro Señor esposo nuestro.—II. Bienes y grandeza de la esposa del Hijo de Dios.—III. Jesu-Cristo es el fruto de esta alianza.—IV. Deberes de esta esposa.

El Hijo de Dios no se contentó, para obligarnos á amarlo, con hacerse sensible, revistiéndose de nuestra naturaleza; su amor lo ha llevado mucho más lejos, porque ha escogido lo que había de más amable en esta naturaleza para ofrecerse á nosotros. Y como los sentimientos más fuertes, los más tiernos, los más afectuosos son los que existen entre los esposos, los hermanos y las hermanas, Jesu-Cristo, por un exceso de amor, se hizo nuestro esposo y nuestro hermano. (1)

I. Nuestro Señor, el Hijo único de Dios, es por consecuencia nuestro esposo; de éste nadie puede dudar, puesto que lo decimos y lo oímos decir tan frecuentemente. David, hablando de él y del misterio de su encarnación, dice: *Ha salido como un esposo de su tálamo nupcial*, es decir, como lo explica San Agustín, del seno purísimo de la Sma.

1 ¡Parece increíble cómo aparecerá el día del juicio!

Virgen, en donde se había unido á la naturaleza humana como un esposo á su esposa. (1) Salomón, su hijo, no enseña otra cosa en su cántico misterioso. Y Nuestro Señor se da él mismo á nosotros como tal, cuando declarando á sus apóstoles que, durante el tiempo de su permanencia con ellos, no debían observar los ayunos de tristeza y de duelo como los discípulos de San Juan Bautista, les dice: *Los hijos del Esposo, (que no son otros que los Apóstoles) ¿pueden acaso ayunar y afligirse mientras que el Esposo está con ellos?* (2) San Pablo declara también esta verdad hablando del sacramento del matrimonio: *Este sacramento es grande, dice él, en su significación, pues que él representa la unión de Jesu-Cristo y de su Iglesia.* (3) "Por tanto es verdad, dice San Bernardo, que Nuestro Señor es esposo, que su esposa es la naturaleza humana, la Iglesia, todos los fieles en general y cada uno en particular." (4)

II. Veamos cuales son los bienes y las ventajas que esta unión procura á esta dichosa esposa. ¡Ah! sin duda, antes de que se verifique, el alma es de tal manera vil, pobre y despreciable, que es asombroso que el Hijo de Dios, que es tan noble y tan elevado, se digne solamente mirarla y tener una

1 Ipse tanquam sponsus procedens de thalamo suo... Ipse procedens de utero virginali, ubi Deus naturae humanae, tanquam sponsus sponsae copulatus est. S. Aug., in Ps. XVIII. 6.

2 Nunquid possunt filii sponsi lugere, quando cum illis sponsus est? Math., IX, 15.

3 Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in ecclesia. Eph., V. 32. S. Thom. et alii in illum locum.

4 Sponsa nos ipsi sumus, et omnes simul una sponsa, et animae singulorum quasi singulae sponsae. S. Bern., Serm. 2, dom. 1, post. oct. Epiph.

poca de buena voluntad por ella; pero después de esta unión, es elevada á una grandeza soberana, enriquecida de la abundancia de todos los bienes y dotada de una belleza perfecta. San Bernardo compara esta unión al matrimonio de Moisés con la Etiópiana; el cual sin embargo no es más que una figura muy imperfecta. "Esta esposa, dice él, es muy inferior á su esposo en nobleza, en belleza y en dignidad, y sin embargo el Hijo de Dios ha venido de muy lejos para unirse á esta Etiópiana. Moisés, ciertamente, hizo buen casamiento se casó con una Etiópiana, pero jamás pudo cambiar su color, y de negra hacerla blanca; pero Jesu-Cristo habiendo amado á su Iglesia que era vil y sin belleza, la ha vuelto, uniéndose á ella, sin arrugas, sin mancha, llena de gloria y brillante de belleza." (1) San Basilio, aplicando al mismo asunto este texto de David: *Apareció la reina á vuestro lado vestida con un traje de tela de oro, brillante de pedrerías,* añade: (2) Así, la que antes estaba cubierta de harapos y seguida de una criada, ha llegado á ser reina de los cielos, y elevada á la más alta nobleza, y adornada con los más ricos atavíos; de manera que podemos compararla á la esposa de Ariston, décimo quinto rey de Esparta, quien, antes de casarse aparecía sin lucimiento,

1 Multam hoc sponsa sponso suo inferior genere, inferior specie, inferior dignitate. Attamen propter Ethioissam istam filius Dei de longinquo venit, ut sibi desponsaret illam. Moyses quidem Ethioissam duxit uxorem; sed non potuit ejus mutare colorem: Christus vero quam adamavit ignobilem adhuc et foetam, gloriosam sibi exhibuit ecclesiam, non habentem maculam aut rugam. S. Bern., ubi supra.

2 Astitit regina á dextris tuis in vestitu deaurato. S. Bas., lib. de ver. Virg.

pero que, siendo la esposa del rey, llegó á ser la mas bella después de Helena: (1) porque así como un rey realza á su esposa haciéndola reina, dándole su nombre y haciéndola participante de sus bienes, de sus honores y de su grandeza, cuando ella no sería sino la hija de un simple artesano; así, el Rey de los reyes, eleva á una alma, y la eleva tanto más cuanto que él tiene incomparablemente más riquezas, poder y amor que todos los hombres.

III. ¿Qué admirables son los frutos de esta alianza, de la que Jesu-Cristo es como el hijo primogénito. Esto es lo que él respondió á los que le habían dicho que su madre y sus hermanos lo buscaban: *Quien quiera que haga la voluntad de mi Padre que está en el cielo, es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Aprendemos por estas palabras que Jesu-Cristo es no solamente el esposo del alma, sino que es también hijo. Ved aquí como lo explica San Bernardo: "La virtud y la sabiduría del Padre forman el Hijo del Padre; el Verbo del Padre es la voluntad esencial del Padre. La voluntad del hombre no es otra cosa que el fruto y el hijo de su alma, si pues teneis la misma voluntad que el Padre, teneis el mismo hijo que él." (2) Por tanto, si en poder del alma está el ser madre de tal hijo, maldita el alma estéril que no quiere concebir; y llegar á ser por la gracia de Dios la madre

1 Vigenet, in sua Chronolog.

2 Virtus et sapientia Patris, filius est patris: verbum patris, voluntas est patris. Voluntas hominis nihil aliud est quam proles mentis. Si igitur eadem est voluntas tua, et voluntas patris, idem est filius tuus et filius patris. S. Bern., de inter. domo, C. I. XV III.

de un hijo tan excelente, (1) que, según la advertencia de Santo Tomás, sería el báculo de vuestra vejez, el ojo de vuestro guía, que se acordaría de vos, en el momento de vuestra muerte, con un afecto enteramente filial, puesto que no olvidó á su madre en el momento de su propia muerte." (2)

Las obras buenas son los demás frutos de esta unión. "De esta alianza dice Orígenes, (3) sale una raza generosa, la fuerza, la justicia, la paciencia, la dulzura, la caridad, y el feliz conjunto de todas las virtudes, con los castos deseos, los pensamientos valerosos, las acciones celestes, las resoluciones heroicas, hijos todos de bendición, figurados por Isaac, que quiere decir arroz; por José, que significa aumento; por Benjamín, es decir hijo de mi derecha. Estos no son Benones, hijos de dolor, que matan á su madre; sino que le dan la vida y la colman de alegría;" y si alguna vez, dice el doctor angélico, son hijos del dolor en el momento de nacer, muy pronto llegan á ser hijos de alegría y honor. (4)

IV. Hé aquí la dicha de esta Esposa; mas cuáles son los deberes del alma para con este Esposo divino? Estos son el respeto, la obediencia y sobre todo el amor; porque el amor es lo que él pide sobre todo. A propósito de esto dice San Bernar-

1 Si sic in potestate enjusque relinquatur utrumnam tanto proles materefficiatur, maledicta ergo sterilis quae non parit, quae talem filium pro voto, per Dei gratiam, habere potuit. Ibid.

2 Qui sit senectutis tuae baculus, cœcutientis oculus, qui filiali fide in morte tuâ meminert tui, cum etiam in morte suâ matres oblitus non fuerit. S. Thom., Opuse, LXI. 13.

3 Hom. XX. in cap. 25. Num.

4 Sed si prius fortè filius laboris, postmodum filius gaudii et honoris. S. Th., ubi supra.

do: "He leído que Dios es llamado caridad; pero no he advertido en alguna parte que sea llamado honor, no porque Dios no quiera ser honrado puesto que dice: *Si yo soy vuestro padre, ¿en dónde está el honor que me tributais?* Quiere honor, pero este en calidad de padre. Si él se hace esposo, me parece que cambiará de términos, y que dirá: Si soy vuestro esposo, ¿en dónde está el amor que me teneis? porque antes había dicho: *Si soy el Señor, ¿en dónde está el temor que teneis por mí?* Por consiguiente, Dios, como Señor, quiere ser temido; quiere ser honrado, como padre, y como esposo, quiere ser amado. (1) Ah! ¿no es acaso infinitamente digno de él, puesto que es un esposo infinitamente bello, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, infinitamente perfecto, y que ha amado á su esposa tanto que, para mirarse á ella, ha sufrido la muerte? ¿Merece él menos que un gran número de esposos por quienes sus esposas han hecho esfuerzos prodigiosos de amor y de valor? Una reina de Inglaterra, viendo á su esposo en la necesidad inevitable de morir de una herida envenenada, si no chupaban su llaga, lo que el rey, que estaba lleno de bondad, no podía permitir, no queriendo rescatar su vida á espensas de la de otro; la reina, que lo amaba ardientemente, y que no podía resolverse á verlo morir, se acerca en la noche á su

1 Legi quia Deus charitas est, et non quia honor est, vel dignitas legi, non quia honorem non vult Deus, qui ait: Si ego pater, ubi est honor meus? verum id pater. Sed si sponsus exhibeat, puto quia mutabit vocem, et dicet: Si ego sponsus, ubi est amor meus? et nam antea ita locutus est: Si ego Dominus, ubi est timor meus? exigit ergo Deus timeri ut Dominus, honorari ut pater, ut sponsus amari. S. Bern., serm. 83, in Cant.

cama, le toma dulcemente el brazo, deslíala la llaga, pone en ella su boca, saca todo el veneno de ahí, salva así los días de su esposo, y muere muy pronto después víctima de su amor. (1) Artémisa, reina de Caria, nos presenta otro ejemplo que no es menos notable. Afligida excesivamente por la muerte de Mausol, su esposo, á quien quería incomparablemente más que cuanto había en el mundo, quería dejar á la posteridad muestras de su dolor y endulzar en cierto modo su tristeza, dándole las dos tumbas más memorables que ha habido. Primero ella se comió una parte de las cenizas del difunto para unírselas, incorporárselas, y darles en cierto modo vida; en seguida puso el resto de sus cenizas en una tumba magnífica, hecha de los mármoles más preciosos, ricos y de un trabajo exquisito. Apesar de todo esto, vencida por la violencia de su amor y de su dolor, que le hacían insoportable la ausencia de su esposo, pasó el resto de sus días en gemidos y penas tan profundas, que, consumiéndose visiblemente, murió poco tiempo después toda seca y descarnada, víctima del amor conyugal. Pudieran citarse una infinidad de los que, por la misma razón, han sacrificado su vida, su libertad, sus bienes, sus goces y cuanto tenían.

Nuestro Señor Jesu-Cristo, modelo de todos los amables esposos, después de haber amado y honrado tanto á su esposa, merece sin duda mayores pruebas de amor. (2) Esto es lo que ha hecho de-

1 Roder. Tolet. arch. in actus Hisp.

2 ¡Oh dignación infinita, concepción digna de sólo Dios é inconcebible á nosotros! Lo que hizo la esposa del caso poco antes referido con cenizas repugnantes y nocivas, ideó el amoroso es-

cir á San Bernardo: "¿De dónde te viene, alma humana, de dónde te viene esta felicidad, de dónde te viene esta gloria inestimable, que tú seas la esposa de aquél cuyas perfecciones son tan grandes, los atractivos inefables, indecibles, que los ángeles mismos ponen su felicidad soberana en contemplarlo? ¿Quién te ha hecho esta gracia que tu esposo sea aquél cuya belleza admiran el sol y la luna? ¿Qué acciones de gracias darás á un Señor tal por todos los bienes, y por todos los favores de que te ha colmado tan liberalmente? Te ha hecho sentar en su mesa; te ha hecho participante de su reino; te ha introducido hasta sobre el trono de su amor para colmarte de más dulces caricias." (1) "Considera ahora, prosigue el mismo Santo, considera ahora qué opinión debes tener de tu Dios, considera qué sentimientos deben llenar tu corazón, con qué ardor y cuál vivacidad de amor debes precipitarte en sus brazos á fin de unirte para siempre á aquél que te ha estimado tanto, ó más bien que te ha elevado tanto, que en tu salvación, se durmió con el sueño de la muerte sobre el lecho de la cruz. Se dice que: *El hombre*

poso Jesús, é instituyó poniéndose él bajo la apariencia de lo que más nos gusta, nuestro alimento ordinario que es el pan, para proporcionar este alimento espiritual, en la S. Comunión, la prueba más grande y sublime que en su previsión infinita pudo dar del amor que tiene á las almas amantes sus esposas. N. del T.

1 Unde tibi, oh humana anima! unde tibi tam inestimabilis gloria, ut ejus sponsa merearis esse, in quem desiderant angeli ipsi prospicere? unde tibi hoc, ut ipse sit sponsus tuus cujus pulchritudinem sol et luna mirantur? Quid retribuies Domino pro omnibus que retribuit tibi, ut sis socia mensae, socia regni, socia denique thalami, ut introducat te rex in cubiculum suum. S. Bern. Serm. 2. dom. post. oct. Epiph.

dejará á su padre y á su madre para unirse á su esposa. (1) Y bien! esto es lo que ha hecho tu Esposo divino; no podía él abandonar á su padre, siendo de una misma naturaleza con él, mas á lo menos ha salido de él por el misterio de la Encarnación; ha dejado á su madre, la sinagoga, para unirse y adherirse á él, á fin de que tú no llegarás á ser sino un solo espíritu con él." (2) En seguida, San Bernardo concluye así: Por esto, hija mía, escucha, mira y considera atentamente cuán grande es el honor que él se ha dignado hacerte; *olvida tu pueblo y la casa de tu padre*, renuncia para siempre á los afectos caruales, pisotea los usos del mundo; que tu corazón no recuiga jamás en sus antiguos extravíos; declara la guerra á las costumbres peligrosas. Guárdate de olvidarlo! el angel del Señor, tu esposo, está en pie á tu lado, con una espada flamante en la mano, para partirti en dos, si (lo que Dios no permita) fueras tan infiel y tan ingrato para darle un rival." (3) Tales son los avisos que el Santo Doctor da á esta esposa.

1 Dimittet homo patrem et matrem, et adhaerebit uxori suae. Math. XIX. 5.

2 Vide jam quid de Deo tuo sentias, vide cujus brachiis vicariae caritatis redamandus et amplectendus sit, qui tanti te aestimavit, imò qui tanti te fecit; de latere enim suo te reformavit, quando propter te adormivit in cruce et somnum mortis excepit, propter te á Deo patre exivit et matrem synagogam reliquit, ut adherens ei unus cum eo spiritus efficiaris. S. Bern. ubi. supra.

3 Et tu ergo audi, filia! vide et considera quanta sit erga te dignatio Dei tui; et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, desere carnales affectus, saeculares mores dedisce, á prioribus vitiis abstine; consuetudines noxias obliviscere: quid enim putas? nonne stat angelus Domini, qui secat te mediam, si forte (quod aver tat ipse) alterum admiseris amatorem. S. Bern., ubi. supra.

Después de esto, es necesario que esta esposa se prosterne en espíritu ante su esposo, que derrame ante él los sentimientos de su corazón y que le diga: *Vos sois para mí un esposo de sangre.* (1) Ah! Dios mío, divino Jesús, único amable y digno de ser amado, no era suficiente, para obligarme á amaros y para hablandar mi corazón, aun cuando fuera más duro que la roca, el haceros sensible, á fin de que vuestro amor pudiera penetrar en mi corazón por todos los sentidos? ¿se necesitaba todavía el haceros sensible y haceros hombre de la manera más dulce, más atrayente, la más eficaz que haya entre los hombres para haceros amar y llegar á ser mi esposo? Sí, vos habeis venido á ser mi esposo, y un esposo de sangre, puesto que habeis tomado mi carne y mi sangre, y que vos habeis derramado por mí toda la vuestra. Haced, por tanto, oh mi soberano amor, y puesto que os dignais serlo, mi muy excelente, muy gracioso, muy amante y amabilísimo esposo, que yo os ame con un amor que sea digno de vos, y como quereis ser amado de vuestras esposas, es decir, con un amor ardiente, fiel é inviolable, que no sabe lo que es dividir su corazón y amar otra cosa que á vos. Vos habeis dicho, hablando de la unión de los esposos: *No seran sino una carne;* (2) que sea así de la alianza que os dignais contraer conmigo; y como no se trata aquí de la unión de los cuerpos, sino de los espíritus, que yo no tenga sino el mismo espíritu, la misma voluntad, los mismos pensamientos

1 Sponsus sanguinum tu mihi es. Exod., IV, 25.

2 Erunt duo in carne una; jam non sunt duo, sed una caro. Matth., XIX, 5.

tos, los mismos deseos, los mismos afectos que vos. Vos dijisteis también, para hacer indisoluble el matrimonio: *Que el hombre no intente separar lo que Dios ha unido.* (3) Ah! Señor mío, mi muy honorable y divino esposo, bendecid así la nuestra, hacedme esta gracia, afirmadla por una unión inseparable y eterna; de suerte que nada aquí en la tierra, ni el mundo, ni los parientes, ni los amigos, ni los enemigos, ni los honores, ni la infamia, ni las riquezas, ni la pobreza, ni los placeres, ni los dolores, ni la salud, ni la enfermedad, ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los demonios, ni criatura alguna me separe de vos; sino que os esté unida muy estrechamente para siempre. (a)

3 Quod Deus conjunxit, homo non separet. Idem., V, 6.

a Como en algunas comunidades de mujeres, usan un anillo las esposas de Jesu-Cristo; no sería inconveniente que las mujeres, por ser más propio ó menos impropio de ellas el llevar anillo en el dedo, que, al leer este trozo anterior, procuren recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesu-Cristo en la Santísima comunión y volviendo á leer este último párrafo se pongan un anillo en el dedo, si buenamente pueden, que les recuerde tan venturosa decisión. Margarita la pecadora y otras, llegaron á ser amantes esposas de Nuestro Señor, N. del T.

CAPITULO DECIMO.

Sexto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro hermano.

I. Pruebas sacadas de la Escritura.—II. Es nuestro hermano primogénito.—III. Nuestros deberes para con este hermano primogénito.

Otro motivo muy dulce que debe conducirnos al amor de Jesu-Cristo, es que él es nuestro hermano. En los Canticos, llama él frecuentemente hermana suya, á la Esposa, que es el alma fiel, como acabamos de verlo. *Heriste mi corazón, hermana mía, mi esposa* Mi hermana, mi esposa, es un jardín cerrado. (1) El nos llama sus hermanos en otros muchos lugares. Cuando envía á Magdalena á donde están sus discípulos para llevarles la feliz noticia de su resurrección, le dice: *Id á encontrar á mis hermanos, decidles de mi parte: subo hacia mi Padre, y padre vuestro, á mi Dios y vuestro Dios.* (2) No duda en llamarlos sus hermanos, dice San Pablo, puesto que dice: *Yo anunciaré*

1 Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa. . . . Hortus conclusus, soror mea sponsa! Cant., IV, 9, et 12.

2 Vade ad fratres meos, et dic eis. Ascendo ad patrem meum, et patrem vestrum, Deum meam et Deum vestrum. Joam. XX, 17.

vuestro nombre á mis hermanos; (1) y él entendía por esto, no solamente á sus discípulos y á todos los justos, que son sus hermanos por razón de la gracia y del espíritu de adopción que los hace hijos de Dios, no solamente á todos los fieles que lo son por el lazo de la fe, sino además, á todos los hombres, porque él ha tomado su naturaleza, y que es, como ellos, hijo de Adam.

II. Mas, es no solamente nuestro hermano, sino nuestro hermano primogénito; San Pablo lo llama por esto *el primogénito de muchos hermanos.* (2) Dignidad que le conviene, 1.º porque él es el único hijo y natural de Dios, y nosotros sólo somos hijos adoptivos; 2.º porque él es el primero de los predestinados, habiendo sido elegido antes que todos á la dignidad de hijo de Dios, sirviendo de modelo á todos aquellos que lo deben ser desde el primero hasta el último.

III. En la ley antigua, el primogénito tenía ventajas muy grandes sobre los demás hijos; era el jefe y el Señor de sus hermanos, quienes estaban obligados á honrarle y á inclinarse ante él con todas las señales de respeto; les daba su bendición en los festines y en las asambleas. Después del diluvio, antes de la promulgación de la ley, era sacerdote y ofrecía á Dios los sacrificios por el bien de la familia. Todas estas cosas señalaban el derecho que debía tocar á nuestro hermano primogénito, y nos enseñaban que él sería nuestro jefe, nuestro Señor y nuestro sacerdote; que nos bende-

1 Non confunditur fratres eos vocare, dicens: Nuntiabo nomen tuum fratribus meis. Hebr., II, 11.

2 Primogenitus in multis fratribus. Rom., VIII, 29.

airía con una bendición, que nos traería toda suerte de bienes; que estaríamos obligados á adorarle y á rendirle un respeto soberano. Cuando José contó á sus hermanos que él había visto en sueños al sol, la luna y once estrellas que lo adoraban, (1) lo cual significaba á su padre, su madre y sus once hermanos, como Jacob lo comprendió muy bien, predecía por esto que todos los hermanos de Nuestro Señor, Adam y Eva, de quienes era hijo, la Santísima Virgen, su muy digna madre, y San José, su padre nutricio, lo honrarían un día y adorarían su majestad.

Debemos además á este hermano incomparable un gran amor, un amor de hermano. Catón de Utique amaba tan perfectamente á su hermano Cepión, que, habiéndole preguntado uno, cuando era todavía muy joven, á quién amaba más, respondió que á su hermano: ¿y después de él? á mi hermano: y ¿á quién más? á mi hermano: lo que estuvo respondiendo hasta que dejaron de preguntarle. Este cariño fué tan lejos, que Catón, á la edad de veinte años siempre comió y anduvo en compañía de su hermano Cepión. (2) ¿No sería una vergüenza, amar menos á Nuestro Señor, que es nuestro hermano, y un hermano infinitamente más amable que Cepión y cualquiera otro?

Tratando Santo Tomás este asunto dice con razón: "Amáis á vuestro hermano, que parte con vos el cariño de vuestro padre, y que, partiéndolo, lo disminuye hacia vos; el cual partirá con vos su herencia, y que, por consiguiente, la hará me-

1 Genes. XXXVII, 9.

2 Plutarc. in Catone Altie.

nor para vos; vuestro hermano que, apenas en el mundo, ya comienza, en cierto modo, á perjudicaros quitándoos la leche de vuestra madre, y reposando en su seno en lugar de vos; á pesar de todo esto, lo amáis. (1) ¡Ah! amad más bien á éste hermano que, lejos de disminuir el cariño que os tiene vuestro padre, al contrario lo ha aumentando maravillosamente en sus afectos; que os ha hecho su coheredero; que os ha dado el derecho de entrar en la herencia del padre, aun cuando por vuestras desobediencias le hayais dado muchos motivos para que os desheredara; que no os ha quitado bien alguno de los que merecíais, sino que ha hecho que se os concedan muchos que de ningún modo se os debían. El hermano alguna vez procura la muerte á su hermano; mas éste, muy lejos de procuraros la muerte, al contrario la ha sufrido para daros la vida." (2) El hermano, empujado por la ambición, empapa las manos en la sangre de su hermano á fin de reinar sólo él, y Nuestro Señor ha derramado la suya para hacernos participantes de su reino y de su gloria.

¡Oh! con cuánto derecho debemos decirle estas palabras, que David dice de Jonatás, su hermano

2 Amas fratrem, qui tecum dividet, et dividendo diminit tibi paternum affectum, qui dividet etiam, et diminit, dividendo, paternum censum, et qui statim natus, quosi tibi injurians, diminit lac maternum, et adherens uberi, occupavit locum tuum. S. Thom., Opusc. LXI, cap. XIII.

3 Hunc fratrem ama potius per quem erga te crevit, quantum ad affectum, amor paternus; per quem heres efficeris et ad paternum sensum admitteris, quamvis patris rebellans exheredari merueris; per quem nullum bonum tibi debitum diminitur, sed multiplex bonum indebitum tribuitur: postremò tradit frater fratrem in mortem, sed hic pro fratribus semetipsum tradit in mortem. S. Thom., ubi suprâ.

de alianza y su perfecto amigo: Oh Jesús, mi Señor, mi muy bueno y muy querido hermano, vos que sois bello y amable sobre el amor de todas las criaturas, os amo con un amor tan grande, tan ardiente, tan entero, como la madre más tierna ama á su hijo único. (1) ¡Oh! cuán poderoso motivo es esta cualidad de hermano para honrarlo, servirlo, vivir y morir por él! Cuando Santo Thomas de Cantóbery se preparaba para el martirio por medio de austeridades muy grandes, Nuestro Señor se le apareció un día, mientras daba gracias después de la santa Misa, y le dijo: Tomás, tu honrarás mi Iglesia con tu sangre. El santo, todo asustado, le pregunta: “¿Quién sois vos, Señor?” “Yo soy Jesu-Cristo, le respondió, tu hermano y tu Salvador.” (2) Nuestro Señor se servía de estas palabras amables para inflamar su amor, y darle aun más valor para sufrir por él. El mismo Señor tocando en la puerta de la Esposa, tiene el mismo lenguaje con ella en los cánticos: *Abridme, hermana mía, mi muy amada, mi paloma, mi inmaculada.* (3) Gregorio de Nisa dice, que toma estos bellos nombres como cuatro llaves de oro muy propias para abrir el corazón de la Esposa, entrar ahí, y hacerse dueño de sus afectos.

1 Frater mi Jonathas! decore nimis et amabilis super amorem mulierum, sicut mater unicum amat filium, ita ego te diligebam II. Reg. I. 26.

2 Sarius, 29 decemb.

3 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, inmaculata mea. Cant. V. 2.

CAPITULO UNDECIMO.

Sexto motivo de amor.

Los sufrimientos y la muerte de Jesu-Cristo.

SECCION PRIMERA.

I. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor.—II. Circunstancias de los dolores de Nuestro Señor.—III. Bajeza é indignidad del hombre.

I. Entre todos los motivos que pueden inclinar nuestros corazones al amor de Jesu-Cristo, uno de los más poderosos es la consideración de los sufrimientos terribles que este noble Hijo de Dios, este divino Esposo, este hermano tan lleno de bondad, ha querido sufrir por nosotros, puesto que la prueba más cierta que puede darse á alguno de su amor, es sufrir por él, porque es el sacrificio más grande que se puede esperar de un amigo. Jesu-Cristo mismo nos lo ha enseñado por sus palabras y por su ejemplo: *Nadie, dice él, puede dar á sus amigos pruebas mejores de su afecto como la de morir por ellos.* (1) Esto es lo que hace decir á San Bernardo: “Los beneficios de la creación, de

1 Majorem hanc dilectionem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV. 13.

de alianza y su perfecto amigo: Oh Jesús, mi Señor, mi muy bueno y muy querido hermano, vos que sois bello y amable sobre el amor de todas las criaturas, os amo con un amor tan grande, tan ardiente, tan entero, como la madre más tierna ama á su hijo único. (1) ¡Oh! cuán poderoso motivo es esta cualidad de hermano para honrarlo, servirlo, vivir y morir por él! Cuando Santo Thomas de Cantóbery se preparaba para el martirio por medio de austeridades muy grandes, Nuestro Señor se le apareció un día, mientras daba gracias después de la santa Misa, y le dijo: Tomás, tu honrarás mi Iglesia con tu sangre. El santo, todo asustado, le pregunta: “¿Quién sois vos, Señor?” “Yo soy Jesu-Cristo, le respondió, tu hermano y tu Salvador.” (2) Nuestro Señor se servía de estas palabras amables para inflamar su amor, y darle aun más valor para sufrir por él. El mismo Señor tocando en la puerta de la Esposa, tiene el mismo lenguaje con ella en los cánticos: *Abridme, hermana mía, mi muy amada, mi paloma, mi inmaculada.* (3) Gregorio de Nisa dice, que toma estos bellos nombres como cuatro llaves de oro muy propias para abrir el corazón de la Esposa, entrar ahí, y hacerse dueño de sus afectos.

1 Frater mi Jonathas! decore nimis et amabilis super amorem mulierum, sicut mater unicum amat filium, ita ego te diligebam II. Reg. I. 26.

2 Sarius, 29 decemb.

3 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, inmaculata mea. Cant. V. 2.

CAPITULO UNDECIMO.

Sexto motivo de amor.

Los sufrimientos y la muerte de Jesu-Cristo.

SECCION PRIMERA.

I. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor.—II. Circunstancias de los dolores de Nuestro Señor.—III. Bajeza é indignidad del hombre.

I. Entre todos los motivos que pueden inclinar nuestros corazones al amor de Jesu-Cristo, uno de los más poderosos es la consideración de los sufrimientos terribles que este noble Hijo de Dios, este divino Esposo, este hermano tan lleno de bondad, ha querido sufrir por nosotros, puesto que la prueba más cierta que puede darse á alguno de su amor, es sufrir por él, porque es el sacrificio más grande que se puede esperar de un amigo. Jesu-Cristo mismo nos lo ha enseñado por sus palabras y por su ejemplo: *Nadie, dice él, puede dar á sus amigos pruebas mejores de su afecto como la de morir por ellos.* (1) Esto es lo que hace decir á San Bernardo: “Los beneficios de la creación, de

1 Majorem hanc dilectionem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV. 13.

la conservación y otros mil que Nuestro Señor me ha concedido, y me hace todos los días, son motivos muy grandes que me llevan á amarlo; mas hay uno que excede á todos los demás, que me mueve, que me estrecha, que me inflama, beneficio que os hace infinitamente más amable á mis ojos, oh buen Jesús! es este cáliz de amargura que habeis bebido, esta obra de la Redención que habeis acabado; ved aquí lo que encadena para siempre nuestros corazones. Este beneficio soberano, este incomparable testimonio de vuestro amor es lo que atraé más dulcemente nuestro afecto, que lo pide más justamente, que más estrechamente lo intima, que lo mueve más poderosamente." (1) El santo da la razón de esto en pocas palabras: "Porque es lo que ha costado más rudos trabajos al Salvador." (2) Para crearme no ha dicho sino una palabra, tan fácil así le era la cosa; pero para repararme después de que, por mi pecado, hube quebrado y hecho pedazos su imagen, le ha costado muy caro. ¿Quereis saber qué precio ha pagado? dice en otro lugar el mismo santo: "De Señor, se ha hecho esclavo; de rico, pobre; de feliz, miserable. Ha revestido su divinidad con nuestra carne, y cubierto su majestad con nuestra bajeza, su poder con nuestra debilidad; de hijo de Dios que era, no ha temido hacerse hijo del hombre. Así, acordaos

1 Sed est quod me plus movet, plus urget, plus accendit; super omnia, inquam, reddit amabilem te mihi, Jesu bone! calix quem bibisti, opus contrae Redemptionis, hoc omnino amorem nostrum facile vindicat totum sibi, hoc, inquam, est quod nostram devotionem et blandius allicit et justius exigit, arctius stringit, et afficit vehementius. S. Bern., Serm. 20, in Cant.

2 Multum quippe laboravit in eo Salvator. Ibid.

que si fuisteis creado de nada, no habeis sido rescatado con nada. Seis días han bastado á Dios para hacer salir de la nada al universo y al hombre, que es la más noble de sus obras; pero ha tenido á bien querer pasar treinta y tres años sobre la tierra, trabajando y sufriendo por vuestra salud. Oh! cuántas penas y angustias ha sufrido. (1) "El se ha anonadado hasta á la carne, á la muerte, y á la muerte de la cruz. ¿Cuál es el espíritu bastante penetrante para poder comprender, la lengua bastante elocuente para representarnos el esfuerzo prodigioso de humildad, de amor y de benevolencia por el cual el Dios de gloria se ha revestido de nuestra carne, ha sido condenado á la muerte, y clavado en la cruz por los verdugos? ¿Qué exceso de dolor para salvar al hombre! (2) Ha sufrido los trabajos más penosos y los sufrimientos mayores, á fin de obligar al hombre á amarlo mucho; y puesto que la facilidad de su creación había hecho al hombre menos apreciador y menos reconocido, ha querido que fuera inclinado á grandes sentimientos de reconocimiento y de amor por la dificultad de la redención." (3) Por

1 De Domino servus, de divite pauper, caro de verbo; et de Dei filio hominis filius fieri non desepxit. Memento jam te, et si de nihilo factum, non tamen de nihilo redemptum. Sex diebus condidit omnia et te inter omnia, at vero per totos triginta annos operatus est salutem tuam in medio terrae. Oh quantum laboravit sustinens. Id., Serm. 11, in Cant.

2 Semetipsum exinanivit usque ad carnem, ad mortem, ad crucem; quis dignè penset quantae fuerit humilitatis, mansuetudinis, dignationis Dominum majestatis carne indui, multatari morte, turpari cruce? Id. ibid.

3 Et multum fatigationis assumpsit, quò multae dilectionis hominem debitorem teneret, commonetque, gratiarum actionis difficultas redemptionis, quàm minus esse devotum fecerat conditionis facilitas. Id. ibid.

esto, este mismo Señor quizo que su corazón hubiera sido abierto por una lanza, cuando todavía estaba sobre la cruz, para mostrar á los hombres, por este lugar exterior, cuán ardiente estaba su corazón, y para herirlos con los más inflamados dardos de amor. Quiso recibir esta herida, la última de todas, y después de su muerte, para dar á entender que todos los trabajos de su vida y todos los dolores de su muerte, tenían por fin excitar el amor, quería mostrar á los hombres cuál era el suyo y atraer los corazones. Las cuatro dimensiones de largo, ancho, alto y profundo, de que habla San Pablo á los de Efeso, se refieren, según el sentir de muchos santos Padres, a esta caridad que Nuestro Señor nos ha demostrado en su pasión y su muerte: caridad tan grande y excesiva, que el Apóstol dice que *excede todo cuanto los espíritus criados pueden comprender*; (1) por esto ha querido ser extendido sobre el árbol de la cruz, como para abrazar las cuatro partes del mundo. "Nuestro Señor Jesu-Cristo, dice San Agustín, ha mostrado el ardor y la inmensidad de su caridad sobre la cruz, cuando tirada sobre la tierra lo clavaron en ella, y volteándola sobre él, según unos contemplativos, para remachar las puntas de los clavos, elevando su cabeza hácia el oriente, bajando sus piés hácia el occidente y estendiendo sus manos al septentrión y al mediodía." (2) Quería así, por todos los males que sufría en su cuerpo y

1 Supereminenter scientie caritatem. Eph., III. 19.

2 Significavit hanc caritatis suae amplitudinem Dominus Jesus in cruce, caput ad orientem erigens, pedes ad occidentem submittens, manus ad aquilonem et austrum extendens. S. Aug. Ser. 3, de aun Dom.

en su alma, manifestar á todos los hombres, que habitan la tierra, el exceso del amor que tenía por ellos y el deseo que tenía de ser amado de ellos.

II. Mas lo que todavía nos hará comprender mejor la profundidad del amor del Hijo de Dios por nosotros, y la obligación que tenemos de amarle, es la consideración de algunas circunstancias de sus sufrimientos: 1.º la excelencia de su persona, que, siendo infinita, da un precio infinito á todo lo que pasó en su pasión. Si un hombre de baja condición sufre por alguno, merece su amor, puesto que le da una muestra infalible del suyo; expone su vida; aunque sea esta la vida de una persona, que no goza de consideración alguna en el mundo, sin embargo, como que es el mayor bien natural que posee, que nada tiene más caro, y que le da la mayor y más cierta prenda de su afecto, merece de su parte un afecto recíproco. Mas cuando el criador del cielo y de la tierra, el Hijo único de Dios, Jesu-Cristo nuestro soberano Señor, en cuya comparación la vida de todos los ángeles, de todos los hombres y de todas las criaturas juntas, es infinitamente menos importante que la vida de un mosquito comparada á la de todos los monarcas, puesto que es la vida de un hombre Dios, y por consiguiente una vida de un mérito, de un valor y de una dignidad absolutamente infinitas; cuando digo, el Hijo de Dios se digna sufrir y dar su vida por nosotros, ¿qué profundidad de amor no nos descubre en este misterio? ¿No nos persuade con dulce y admirable fuerza á amarle, si no queremos pagar este beneficio por la más monstruosa ingratitud? Si Dios hubiera enviado á un serafín, ó bien á un ángel del último orden, para hacerse hombre y morir por no-

sotros, esto hubiera sido, sin duda, una maravilla muy grande y un beneficio inestimable; más cuando viene él mismo, ¿qué podremos decir de una gracia tan extraordinaria, y con qué sentimientos de admiración y de amor no debemos recibirlo? Cuenta la Escritura Santa que el santo hombre Tobias, (1) al saber que aquél que había conducido á su hijo en su viaje, era un angel, se postró en compañía de su hijo con el rostro contra la tierra y así permaneció durante tres horas, tan grande así era la admiración de que se sintieron poseídos á la vista de un beneficio tan señalado. ¿Qué hubieran hecho pues, y de qué sentimientos se hubieran penetrado, si Dios en persona se hubiera dignado acompañar, conducir y volver a traer al joven Tobias? La admiración hubiera llegado á ser infinitamente mas grande aún, si Dios mismo hubiera querido sufrir todo lo que la crueldad de los hombres pudiera inventar, y aun perder la vida para conducir felizmente á este hijo.

Y ciertamente, podemos creer con razón que, si fueron poseídos de admiración porque un angel les había prestado ese servicio, su admiración hubiera sido mucho más grande si este angel hubiera sido obligado por eso, á ser entregado á los verdugos, azotado con varas, cubierto de ultrajes y llevarlo cruelmente á la muerte. Mas, ¿qué sería por consiguiente, si éste hubiera sido el Señor de los ángeles? Y, ¿puede uno acaso figurarse un espectáculo más admirable que este? espectáculo que sería durante toda la eternidad el objeto de la admiración, del amor y de las alabanzas de los án-

1 Tob. XII, 22.

geles y de los hombres? Un Dios atado, sujetado, azotado, coronado de espinas, cubierto de salivas; aquel á quien los ángeles contemplan en el seno de su Padre, sentado sobre el trono de su gloria, infinitamente elevado sobre todo cuanto es posible imaginarse de más grande, ser atado ignominiosamente en un patíbulo, en medio de dos infames ladrones? Ante este espectáculo nuestros corazones deben ablandarse y derretirse. Viendo los amigos de Job á este santo hombre caído de la fortuna más floreciente en un abismo de miserias, sentado en un muladar, limpiando con un guijarro las úlceras de que estaba cubierto su cuerpo, de tal modo se enternecieron y se espantaron de este extraño espectáculo, que permanecieron siete días y siete noches viéndolo, sin poder dirigirle una sola palabra. (1) ¿Con qué ternura y con qué profunda admiración debemos en consecuencia considerar á este Dios de toda majestad, á este Señor absoluto del universo, con el cuerpo quebrantado, desgarrado á golpes de azotes, agobiado de dolor, clavado ignominiosamente en un patíbulo, ¡y todo esto por amor á nosotros! Yo no me admiro ahora más de que Moisés al conocer este misterio sobre la santa montaña, exclamó, todo arrebatado y fuera de sí mismo: "Oh Dios infinitamente misericordioso, lleno de bondad y de paciencia! ¡Oh Dios lleno de piedad!" (2) sin poder proferir otra palabra para publicar esta misericordia infinita, y este amor incomprensible que le acababa de ser representado.

1 Job. II, 13.

2 Exod. XXXIV, 6.

III. La segunda circunstancia que debemos notar es la cualidad de las personas por quienes sufren. Son los hombres, es decir criaturas muy viles, de las que nada tenía que esperar ni que temer, y que aun eran sus enemigos. Se ha visto á padres morir por sus hijos, á hijos por sus padres, esposos por sus esposas, esposas por sus esposos, parientes por parientes, amigos por sus amigos; pero morir por sus enemigos, morir con una muerte tan infame y tan dolorosa, como lo era el suplicio de la cruz entre los Judíos, esto es lo que jamás se ha visto sino en el Hijo de Dios, *que ha hecho ver*, como dice San Pablo, *el amor ardiente que nos tiene muriendo por nosotros*, aun cuando éramos aún todavía pecadores y sus enemigos; (1) y que ha llevado su ternura hasta el punto de llamarnos sus amigos, aun cuando fuéramos sus enemigos declarados. Mis amigos, dice él, por boca de David, *se han levantado y armado contra mí*; (2) lo que, según la interpretación de San Agustín y de San Crisóstomo, (3) se aplica á la queja que Nuestro Señor hace á los Judíos que lo persiguieron y condenaron á muerte. Y cuando Jesu-Cristo mismo decía *que ninguno podía dar mayor prueba de amor á sus amigos que sufrir por ellos la muerte*, hablaba de los hombres por los cuales quería morir. Cuando Judas, el más malo de sus enemigos, fué á buscarlo en el jardín de los Oli-

1 Commendat charitatem suam in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus pro nobis mortuus est. Rom. V. 8.

2 Amici mei, et proximi mei, appropinquaverunt adversum me, et steterunt. Ps., XXXVII, 12.

3 Aug. ib, Chrigs. Hom. in. Psalm. XXXVII.

vos para entregarlo en manos de los soldados, lo recibió con estas palabras, que hubieran podido ablandar á este tigre: *Amigo mio ¿á qué has venido?* (1) Lo cual muestra que él llama, amigos suyos á Judas y á todos los hombres: amigos, como dice Santo Tomás después de San Crisóstomo, no porque él era amado de ellos, sino porque ellos eran amados de él. (2) Y en efecto, ¿cómo hubiera podido él llamarlos sus enemigos, pues que, para procurarles la vida eterna, y asociarlos á la participación de su reino y de sus bienes, había resuelto sufrir tantos males y aun la muerte misma de la cruz.

1 Amice, ad quid venisti? Math. XXVI. 60.

2 Licet non essent amici, quasi amantes, erant tamen amici ut amati. S. Thom. in Joan., XV. S. Chrysot. loco. citato.

SECCION SEGUNDA.

Otras dos circunstancias notables de los sufrimientos de Nuestro Señor.

I. Su multitud y su grandeza.—II. Sufrimientos del alma y del cuerpo.—III. Su duración.—VI. Delicadeza de la complexión de Nuestro Señor.—V. El amor extremo con el cual él ha sufrido.

I. La primer circunstancia es la multitud de sus dolores, que han sido tales, que el profeta Isaías llama á Nuestro Señor *un hombre de dolores*; (1) y que dice en otro lugar: *desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, no hay una parte que no esté desgarrada.* (2) También el mismo Salvador exclama por boca del profeta Jeremías: *¡Oh! vosotros todos que pasáis por el camino considerad y ved si hay dolor semejante al mio.* (3)

II. Santo Tomás, hablando de este asunto, nos enseña que los males de Nuestro Señor han extendido á todos cuantos los hombres pueden sufrir en esta vida. La razón se toma de la generalidad puesto que él ha sufrido en su cuerpo, y en su alma, en todos los miembros y todos los sentidos

1 Viram dolorum, cap. LV, 3.

2 A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas, cap. I, 6.

3 Oh vos homines qui transitis per viam, attendite, et videte, si est dolor sicut dolor meus. Thren., I, 12.

de su cuerpo, y en todas las potencias de su alma, en su interior y exteriormente. Por esto él mismo compara sus sufrimientos, al hablar de ellos con sus discípulos, ya el bautismo, ya el cáliz; el bautismo significa los males del cuerpo, puesto que está destinado á purificar exteriormente; el cáliz figura los del alma, puesto que el licor está destinado al interior. Ha sufrido exteriormente por parte de los bienes; porque, sin hablar de la pobreza de su nacimiento, de su huida, de su permanencia en Egipto y de las miserias de toda su vida; en el tiempo de su pasión, fué despojado de sus vestidos por los soldados, que se los repartieron entre sí, y clavado en el patíbulo. Ha sufrido en su honor y en su reputación, pues que ha sido cargado de oprobios, llamado blasfemador, sedicioso, glotón y poseído del demonio; en su sabiduría divina, puesto que ha sido mirado como un ignorante; un impostor y un insensato; en su poder, puesto que atribuían sus milagros a la intervención del demonio; en sus discípulos, uno de los cuales lo traicionó y lo vendió; el primero de todos lo negó, y todos los demás lo abandonaron. Sufrió de parte de toda clase de personas, de reyes, de gobernadores, de jueces, de cortesanos, de soldados, de pontífices, de sacerdotes, de gentes instruidas, de levitas, de seglares, de judíos, de hombres y de mujeres; y generalmente de todos; su santa Madre aun le fué un gran aumento de aflicción, cuando la vió al pié de la cruz, presente á su muerte, y anegada en un oceano de amargura.

El ha sufrido además en todos los miembros de su cuerpo sagrado; su cabeza fué coronada e es.

pinas, su rostro cubierto de salivas; su barba y sus cabellos fueron arrancados, sus mejillas amaratadas por las bofetadas, su cuello y sus brazos apretados en los lazos, sus espaldas agobiadas bajo el peso de la cruz, sus piés y sus manos atravesadas de clavos, su costado abierto por una lanza, y todo su cuerpo desgarrado sin piedad por 5.000 azotes y según San Bernardo: seis mil seiscientos sesenta y seis. Todos sus sentidos fueron también lavados por este bautismo de dolor: sus ojos fueron ofendidos por los gestos llenos de desprecio que le hacían sus enemigos, por las lágrimas y desolación de sus amigos; sus orejas, por los falsos testimonios, las calumnias, las horribles blasfemias que esas bocas impuras bonitaban contra él; su olfato, por la infecta podredumbre que exhalaban los cadáveres del Calvario; su gusto, por una sed ardiente, que no fué aliviada sino por la hiel y vinagre; el tacto, por los dolores excesivos que le hicieron sufrir los azotes, las espinas y los clavos. Su muy santa alma fué atormentada horriblemente por la vista de los pecados de todos los hombres, que él miraba como otros tantos ultrajes hechos á Dios su Padre, por los cuales él quería satisfacer, y de los que tenía un dolor más vivo, dice el doctor Angélico, (1) que el hombre más arrepentido. Este dolor era muy vivo, sea á causa de su objeto, á saber: los pecados del género humano, que era, ciertamente, el objeto más capaz de inspirar el arrepentimiento más grande y más vehemente, sea porque la sabiduría y el amor, que son ciertamente las causas más propias para excitar

1 Quæstio. cit., art. IV, ad. 4.

el arrepentimiento más amargo, estaban en Jesu-Cristo en un grado infinitamente sobre todo cuanto pueden reunir todas las criaturas juntas. El consideraba, además, los males de los hombres, á quienes amaba soberanamente, y de los que por consiguiente tenía una compasión extrema; y no solamente se afligía por todos los hombres en general, sino que tenía piedad de cada uno en particular. Veía todos los pecados, (1) y sufría tantos dolores como hombres había, cuantos pecados y suplicios preparados á cada uno de ellos: dolores que tomaban su origen en las entrañas de su misericordia y de su bondad infinita; mas, como los pecados de los hombres y los castigos que merecían eran casi sin número, sus dolores han sido también sin número y sin medida. El aceptó todos estos dolores y la muerte, porque quería librar á los hombres de sus pecados y de todos los castigos que habían merecido.

No solamente tenía compasión de los hombres, sino que tenía también compasión de sí mismo, porque conociendo, por una parte, que su vida era infinitamente preciosa, la amaba infinitamente; y por otra, sabiendo que había venido él para perderla, y perderla por una muerte violenta é ignominiosa, le era imposible el no sentir por esto un vivo dolor; porque, como dice Aristóteles, á quien cita Santo Tomás á propósito de esto, aun cuando el hombre virtuoso exponga voluntariamente su vida por el bien público, la estima sin embargo y la quiere tanto más cuanto sabe que es de mayor precio. (2) Por eso Nuestro Señor dice por Jere-

1 B. Angela. Folio. CLXI.

2 Aristot. lib. 3. Ethic. cap. IX.—Sn. Thom., loco citado.

mías: *Yo he abandonado mi alma, mi vida, que me era tan querida, á la crueldad de sus enemigos.* (1) Además, Nuestro Señor resentía en su alma vivos disgustos de todas las afrentas que le hacían, porque mientras una persona es más noble é ilustre, más siente el desprecio y las ignominias. Un rey que comprende su dignidad, sentirá ciertamente más pena que un simple aldeano; ¿cuál no habrá sido, por tanto, la pena de este noble Hijo de Dios, de este Rey de reyes, en medio de tanta confusión y orrobios?

En fin, esta alma divina ha sentido vivos dolores en su memoria, recordando todos los males que le habían hecho; en su entendimiento, preciendo cuán poco imitarían sus virtudes los hombres, y cuán poco provecho sacarían de sus trabajos; en su voluntad, por los abandonos interiores, las desolaciones extremas, las tristezas y los disgustos inexplicables, las agonías mortales, que ocasionaron aquel sudor de sangre, tan abundante, que bañó la tierra en donde hacía oración.

III. Lo que ha contribuido también á aumentar considerablemente los dolores de Nuestro Señor, fué su duración, puesto que comenzaron en el momento de su concepción y no acabaron sino hasta su muerte. Desde el momento en que su alma santísima fué criada y unida al cuerpo y á la divinidad, estuvo dotado de una sabiduría infinita, que le hizo ver muy claramente, y en particular, todos los tormentos reservados á su cuerpo y á su alma. Vió y sintió desde entonces, en cierto mo-

1 Dedi dilectam animam meam in manibus inimicorum ejus. Jerem. XII, 7.

do, los golpes de martillos que iban á desgarrarlo, el dolor de piés y manos por los clavos que iban á atravesarlos, el de cabeza por las espinas que iban á enterrarle; toda la sangre que iba á derramar, los ultrajes y las infamias de que iba á ser agobiado; cuáles serían sus verdugos, el tiempo en que debía sufrir, el género de sufrimientos que le estaban destinados, su tamaño, y desde el primer momento de su concepción él abrazó en espíritu esos clavos, esas espinas, esos azotes y todos esos males, repitiendo las palabras que David había puesto en su boca: *Yo estoy preparado para sufrir todos los dolores y á morir;* mi pasión se presenta día y noche á mi pensamiento. (1) Aristóteles cuenta que un hombre de la Grecia tenía continuamente su imagen presente ante los ojos; (2) del mismo modo Nuestro Señor, por el conocimiento perfecto que tenía de todo, desde el momento de su concepción, veía sin cesar todos los tormentos que debía sufrir; se veía vendido, traicionado, abofeteado, coronado de espinas, atado á una columna, desgarrado por una granizada de azotes, puesto en paralelo con un asesino que le es preferido, clavado en un patíbulo, rindiendo el último suspiro en medio de un abismo de males. El tenía continuamente estos tristes objetos á sus ojos, y esta vista le atravesaba el corazón, y llenaba su alma de aprehensiones mortales. No hay que admirar, después de esto, que jamás haya reído, como lo cuenta la tradición, puesto que estaba sin cesar poseído por estos lúgubres objetos.

1 Ego in flagellá paratus sum, et dolor meus in conspectu meo semper. Ps., XXXVII, 18.

2 Apud cardan. lib. XIII, de variet, cap. XLIII.

IV. La delicadeza de su complexión, mayor que la de los demás hombres, le hacía también todos estos dolores extremadamente penosos y sensibles; añadid á esto la perfección de su imaginación que comprendía muy vivamente todos los objetos, y se los representaba sin ninguna especie de alivio. Los que sufren, experimentan ordinariamente algún alivio en sus penas; los mártires, en medio de sus tormentos, caían frecuentemente en éxtasis; estaban revestidos de un espíritu de fuerza y de amor, que colmaba sus almas de consolaciones tan sensibles, que andando sobre carbones encendidos, creían pisar rosas, y en medio de las llamas se sentían refrescados de un dulce rocío. Mas Nuestro Señor bebió la amargura de su cáliz hasta las heces, sin alivio alguno, y fué entregado al rigor de todos sus males de tal manera, que estando sobre la cruz, la fuerza de sus angustias le arrancó estas palabras dolorosas: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?* (1) De manera que si nos presentaran todos los mártires, San Pedro con su cruz, San Pablo con su espada, San Esteban con sus piedras, San Ignacio con sus leones, San Lorenzo con su parrilla, Santa Catarina con su rueda de navajas, todos los demás con todos los instrumentos de sus suplicios, y en general todos los hombres que han sufrido desde el principio del mundo, y que, por otra parte, Jesu-Cristo se mostrara á nosotros con todos los instrumentos de su pasión, todos sus dolores, todas sus angustias, tanto interiores como exteriores, bien

1 Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquiste me? Math. XXVIII, 48.

pronto juzgaríamos que él es el martir de los mártires, el rey de aquellos que sufren; que sus males exceden todo cuanto han sufrido los hombres sobre la tierra, y que con justa razón el profeta lo llama *varón de dolores*. Ahora bien, si el dolor que un hombre sufre por otro hombre es una razón suficiente para merecer su amor; si el más pequeño de los dolores que Nuestro Señor ha sufrido por nosotros es de un precio mucho mayor, y debe conmovernos más sensiblemente que si todos los ángeles y los hombres hubieran muerto y se hubieran anonadado por nosotros; puesto que sus dolores han excedido todo cuanto el espíritu humano puede concebir ¿no debemos concluir de esto que nos ha dado él las pruebas de un amor infinito, y que debemos corresponder á este amor por todos los medios que el amor pueda sugerirnos?

V. La segunda circunstancia que debe todavía movernos más, es el amor extremo con el cual ha sufrido; lo que ha mostrado evidentemente de muchas maneras:

1.º En la elección de los sufrimientos: *Pudiendo permanecer en el seno del gozo, dice San Pablo, él prefirió la cruz*, (1) lo cual quiere decir, según la interpretación de San Crisóstomo, de Theofilato y de todos los Padres latinos, que el Hijo de Dios, pudiendo permanecer en el cielo, en el seno de su gloria, infinitamente alejado de todas nuestras miserias, ha preferido mejor, por amor á nosotros, bajar á la tierra, hacerse hombre y ser crucificado. Además, desde que Jesu-Cristo se hizo hombre y se unió su divinidad á nuestra humani-

1 Proposito gaudio, sustinuit crucem. Hebr. XII, 2.

dad, podía comunicar á su cuerpo sagrado el mismo gozo, la misma inmortalidad, la misma bienaventuranza de que goza ahora; todo esto le era debido naturalmente; él se privó de ello por un tiempo, y permitió que ese cuerpo sufriera toda suerte de dolores y la muerte misma. Ruperto añade que el Padre eterno propuso á su Hijo, en el momento de su Encarnación, la elección de salvar al mundo por los placeres ó las aflicciones, los honores ó las infamias, las riquezas ó la pobreza, la vida ó la muerte: de suerte que si él hubiera querido, hubiera podido, en medio de los goces y delicias, glorioso y triunfante, rescatar á los hombres y conducirlos con él al cielo; pero él escogió más bien los trabajos y la cruz para dar más gloria á Dios su Padre, y dar á los hombres el testimonio de un amor más grande.

2.º El ha mostrado este amor, en que habiendo escogido los males, podía contentarse con el menor de los dolores: una gotita de sangre suya, siendo de un precio infinito, á causa de la dignidad de su persona, hubiera bastado para lavar al género humano y pagar todas nuestras deudas; pero él ha querido satisfacer de una manera sobreabundante, como dice David. (1) Para descubrirnos la profundidad de su amor, él ha dado su sangre hasta la última gota; ha querido que tantas espinas atravesaran su cabeza, que los clavos desgarraran su carne virginal, que sus espaldas fueran destrozadas por tantos azotes, y que su cuerpo y su alma fueran la presa de una infinidad de dolores.

1 Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio. Ps. CXXIX, 7.

3.º El deseó todos estos tormentos con un ardor increíble, y esperó con una santa impaciencia la hora en que debía verse este *hombre de dolores*, que Isaías había anunciado. Jamás avaro alguno deseó con tanto ardor las riquezas, un ambicioso los honores, un sensual los manjares más exquisitos, como Nuestro Señor deseó su pasión y muerte. *Fuego he traído á la tierra*, dijo él un día á sus discípulos, estrechado por el ardor de sus deseos, *nada deseo tanto como verme en medio de las flamas, y que este fuego me devore; yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre; y ¡cuánto lo deseo hasta que se cumpla en mí!* (1) ¡Qué tarde se me hace el ver llegar el día en el que seré entregado á los verdugos, llevado bruscamente por las calles de Jerusalem, cubierto de oprobios, desgarrado por azotes, coronado de espinas, clavado en un patíbulo, tomando en mi sed hiel y vinagre, abismado en un océano de amarguras! Y sabiendo el designio que Judas tenía de traicionarle y de abandonarle á la rabia de los judíos, le dice: *Has pronto lo que has resuelto hacer.* (2) Prosigue, yo no pongó obstáculo alguno á ello; muy lejos de eso, yo tengo un deseo de ser vendi lo más grande que el tuyo de venderme; más tarde se me hace á mí el verme entre las manos de mis enemigos, que á tí el entregarme; yo deseo más ardentemente dar el precio de la redención de los hombres, que tú recibir el de tu perfidia. Para mostrar el ardor de su deseo, él hablaba frecuentemente de su pa-

1 Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Baptismo habeo baptisari, et quomodo coactor usque dum perficiatur. Luc., XII, 49.—Maldon., ibid.

2 Quod facio fac citiu. Joan. XIII, 27.

sión; se complacía en hablar de ella con sus discípulos; llegó hasta á reprender severamente á San Pedro un día que trataba de apartarlo de ella; *Retírate de mí Satanás*, le dijo, *me eres un motivo de escándalo*; tus discursos son contrarios á mis deseos y á los designios de mi Padre. (1) En sus mismas alegrías gustaba traer el recuerdo de su pasión; no las encontraba nunca sino en tanto que estaban mojadadas en la hiel. El día de su transfiguración, hablaba con Moisés y Elías de lo que había de sucederle en Jerusalem, de los dolores excesivos que debía sufrir para mostrar su amor. (2)

4.º Cuando ya no se trató de desear solamente los tormentos, sino que llegó la hora de sufríroslos realmente, se manifestó á sus discípulos, y les declaró con una grande alegría el cumplimiento de sus deseos. Sería difícil, sin duda, el pintar con qué amor y con qué alegría una madre abraza y estrecha en sus brazos á su hijo único, que vuelve sano y salvo de una batalla, cuando lo creía muerto; pero ¿cómo pintar el que experimentó Nuestro Señor al abrazar su cruz y viendo los tormentos que iba á sufrir por nuestra salvación? Los deseaba ya hacía treinta y tres años, con todo el ardor de su corazón; ¿cómo figurarse los transportes de alegría que sentía viendo cumplidos sus deseos? Por esto, contra su costumbre, hizo una entrada triunfante en la ciudad de Jerusalem, en donde sabía que los judíos debían

1 Vado post me, Satanas, scandalum factus es mihi. Matth., XVI, 23.

2 Dicebant excessum ejus, quem complecturus erat in Jerusalem. Is., IX, 31.

prenderlo y condenarlo á muerte. En la cena que hizo con sus apóstoles, antes de su pasión, les dijo que tenía un deseo extremo de comer esta pascua con ellos por la última vez. Cuando fué terminada, los evangelistas dicen que salió de la sala para ir al jardín de los Olivos, *después de haber rezado el himno*; (1) es decir, como lo interpretan muchos doctores, (2) antes de salir, cantó como el cisne divino, con una voz dulce y melodiosa un bello himno, tanto para terminar la cena del cordero pascual, según la costumbre de los judíos, como para demostrar la alegría que experimentaba en dirigirse hacia el lugar en el cual iba á ser entregado. Después de esto se levantó diciendo: *A fin de que el mundo sepa que yo amo á mi Padre y que hago lo que él me ha mandado, levantaos, salgamos de aquí*; (3) lo que hizo con un rostro radiante de alegría. Así el profeta había dicho de él: *Ha sido ofrecido en sacrificio*, no por fuerza sino por su completo gusto, y *porque él lo ha querido*. (4) Habiendo llegado al lugar; de su sacrificio, se puso en oración, y, conociendo que sus enemigos se acercaban, se levantó, fué ante ellos, les declaró quién era él. Derribados con estas palabras, les hubiera reñido á la impotencia de hacerle mal, si él lo hubiera querido; pero les permitió levantarse, que lo aprehieran, lo ataran, lo condujeran en este estado á los jueces, sin hacer resistencia alguna; al contrario, se opuso á

1 Hymno dicto. Matth., XXVI, 30.

2 Palacios, in Matth.—Petr. Mont C. de Pass.—Barrad. etc.

3 Ut conoseat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi pater, sic facio, surgite, ea mushinc. Joan., XIV, 31.

4 Oblatus est quia ipse voluit. Is., LIII, 7.

aquellos de los suyos que querían hacerla, y por una bondad y una dulzura incomparables, curó la oreja de un criado del Sumo Sacerdote, á quien San Pedro se la había cortado para defenderlo.

En fin, él llama en los Cánticos, según la interpretación de San Ambrosio y de muchos otros, (1) al día de su pasión, el día de sus bodas y de su alegría, para mostrar que este día le era tan agradable como lo es á los hombres el de sus nupcias, ó aquel en que les sucede alguna gran felicidad. Estando sobre la cruz, no quiso aligerar ó abreviar sus dolores; no bebió sino vino mezclado con hiel y vinagre, que acostumbraban dar á los pacientes, para hacerles perder, en cierto modo, la sensación de sus males, y anticipar su muerte; él lo probó, lo que bastó para sentir la amargura, mas no el que lo hubiera aletargado y entorpecido el sentir los dolores. Muy al contrario de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y sufrirlos mil veces más: por esto dijo: *Tengo sed.* (2) Y ¿qué puede, Señor, excitar en vos esa sed? ¿Hay acaso apariencia de que siendo vos quien sois, y queriendo darnos ejemplo de una paciencia perfecta, al punto de morir pensárais en refrescar vuestro cuerpo con algún licor? ¡Ah! vuestra alma santa está sedienta más bien del deseo de sufrir nuevos tormentos por nuestra felicidad. “Esta sed, dice San Lorenzo Justiniano, venía del ardor de su ternura, de la fuerza de su amor, de la abundancia de su caridad; tenía sed de nosotros, de darse á nosotros y de sufrir por nosotros. (3)

1 Cant. III. 11. apud. Ghislerium, ibi.

2 Sitio. Joan., XIX, 28.

3 Sitis hæc de ardore dilectionis, de amoris fonte, de latitu-

SECCION TERCERA.

Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo.

I. Fuerza de este motivo.—II. Nada podemos desear de mas.—III. Cuánto se han conmovido los santos por él.—IV. Revoluciones.

I. La excelencia de la persona divina, nuestra profunda miseria, el rigor y la multitud de los tormentos, el amor inmenso con el cual Jesu-Cristo los ha sufrido, todo nos obliga poderosamente, ó por decir mejor, nos estrecha á amarlo con todo nuestro corazón. San Bernardo hace un bellissimo discurso sobre esta materia. La consideración seria, dice él, del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, de todo cuanto ha hecho durante su vida, y particularmente de lo que ha sufrido después de su muerte, es un motivo infinitamente poderoso para encender en todos los corazones el amor más ardiente por este divino Salvador; “porque Dios viendo que el amor de los hombres dependía mucho de la carne y de los sentidos, les ha mostrado una dulzura tan grande, y los ha colmado de tantas curcias en la carne que él tomó por ellos, que se necesitaría tener un corazón

dine nascitur caritatis. Sitiebat nos, et dare se nobis desiderabat. S. Laur. Just. lib. de Agone, cap. XIX.

aquellos de los suyos que querían hacerla, y por una bondad y una dulzura incomparables, curó la oreja de un criado del Sumo Sacerdote, á quien San Pedro se la había cortado para defenderlo.

En fin, él llama en los Cánticos, según la interpretación de San Ambrosio y de muchos otros, (1) al día de su pasión, el día de sus bodas y de su alegría, para mostrar que este día le era tan agradable como lo es á los hombres el de sus nupcias, ó aquel en que les sucede alguna gran felicidad. Estando sobre la cruz, no quiso aligerar ó abreviar sus dolores; no bebió sino vino mezclado con hiel y vinagre, que acostumbraban dar á los pacientes, para hacerles perder, en cierto modo, la sensación de sus males, y anticipar su muerte; él lo probó, lo que bastó para sentir la amargura, mas no el que lo hubiera aletargado y entorpecido el sentir los dolores. Muy al contrario de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y sufrirlos mil veces más: por esto dijo: *Tengo sed.* (2) Y ¿qué puede, Señor, excitar en vos esa sed? ¿Hay acaso apariencia de que siendo vos quien sois, y queriendo darnos ejemplo de una paciencia perfecta, al punto de morir pensárais en refrescar vuestro cuerpo con algún licor? ¡Ah! vuestra alma santa está sedienta más bien del deseo de sufrir nuevos tormentos por nuestra felicidad. “Esta sed, dice San Lorenzo Justiniano, venía del ardor de su ternura, de la fuerza de su amor, de la abundancia de su caridad; tenía sed de nosotros, de darse á nosotros y de sufrir por nosotros. (3)

1 Cant. III. 11. apud. Ghislerium, ibi.

2 Sitio. Joan., XIX, 28.

3 Sitio hace de ardore dilectionis, de amoris fonte, de latitu-

SECCION TERCERA.

Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo.

I. Fuerza de este motivo.—II. Nada podemos desear de mas.—III. Cuánto se han conmovido los santos por él.—IV. Revoluciones.

I. La excelencia de la persona divina, nuestra profunda miseria, el rigor y la multitud de los tormentos, el amor inmenso con el cual Jesu-Cristo los ha sufrido, todo nos obliga poderosamente, ó por decir mejor, nos estrecha á amarlo con todo nuestro corazón. San Bernardo hace un bellissimo discurso sobre esta materia. La consideración seria, dice él, del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, de todo cuanto ha hecho durante su vida, y particularmente de lo que ha sufrido después de su muerte, es un motivo infinitamente poderoso para encender en todos los corazones el amor más ardiente por este divino Salvador; “porque Dios viendo que el amor de los hombres dependía mucho de la carne y de los sentidos, les ha mostrado una dulzura tan grande, y los ha colmado de tantas curcias en la carne que él tomó por ellos, que se necesitaría tener un corazón

dine nascitur caritatis. Sitiabat nos, et dare se nobis desiderabat. S. Laur. Just. lib. de Agone, cap. XIX.

más duro que la roca para no dárselo todo entero. (1) Queriendo rescatar al hombre que había perdido, y volver á sac r á esta noble criatura de las manos del demonio, que se la había arrebatado, dijo: "Si lo obligo á venir á mí contra su gusto, no será entónces un hombre lo que yo habré adquirido, sino un sér desprovisto de razón, porque no vendrá de buena voluntad y no podrá decir con todo su gusto: Yo os ofrezco voluntariamente el homenaje de mi corazón." (2) Para inclinarlo á hacer esta ofrenda de su propio movimiento, lo atemorizaré y le llenaré el alma de terror. Entónces lo amenaza con males que el espíritu humano no puede ni aun concebir, tinieblas eternas, gusanos roedores que jamás mueren, un fuego devorador que debe ser eterno." (3) No rindiéndose el hombre á las amenazas, Dios quiere atraerlo por promesas, y sabiendo que no solamente es tímido, sino que también está lleno de ambición, que desea naturalmente el oro, la plata, los honores, y sobre todo la vida, le ha prometido tesoros infinitos, riquezas, honores soberanos, una vida eternamente feliz, lo que el ojo no ha visto jamás, la oreja jamás ha oído, lo que el espíritu humano jamás ha podido comprender, creyendo que, puesto que él amaba tanto una vida tan cor-

1 Tantam eis dulcedinem exhibuit in carne, ut durissimi cordis sit, quisquis eum toto affectu non diligat. S. Bern., Serm., de dilig. Deo.

2 Si invitum coegero, asinum habeo, non hominem, quoniam quidem non libens veniet, nec spontaneus ut possit dicere: Voluntarie sacrificabo tibi. Ibid. Ps. LIII, 8.

3 Terebo eum si fortè convertatur et vivat: et comminatus est acerbiora quae excogitari possunt, tenebras aeternas, vermes immortales, ignem inextinguibilem. Ibid.

ta, y tan trabajosa, amaría mil veces más la que no debe jamás acabar, que está libre de todos los males, y llena de toda suerte de bienes. (1) Pero, viendo que todo esto era inútil, dijo: "Me queda aún un medio: no solamente el hombre se deja atraer por el temor y por el atractivo de las riquezas, sino que el amor es quizás el móvil más poderoso para atraerlo. Y bien, él ha empleado este último medio, el más eficaz de todos. Se ha revestido de nuestra carne, se ha hecho tan amable, y nos ha mostrado un amor tan prodigioso, que nos ha dado de él la prueba más fuerte que hubo jamás. ¡Cuán caros le éramos, puesto que ha muerto por salvarnos! Si después de esto hay todavía hombres tan endurecidos para resistir á tanto amor, para rehusar convertirse á él, y á darle todo su corazón, ¿no merecen con justicia oír salir de su boca estas palabras tronantes: *¡Oh hombre! qué he debido hacer por tí, y para ganar tu corazón que no lo haya yo hecho?*" (2) He aquí lo que dice San Bernardo, que nota con razón que los tormentos y la muerte de Jesu-Cristo son el testimonio más convincente de su amor por nosotros.

II. Y en efecto, ¿qué podemos desear aún, y á extremidad queremos reducirlo, puesto que él ha

1 Promisit vitam aeternam, promisit quod nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit. Ibid.

2 Unum restat adhuc, inest homini non solum timor et cupiditas, sed et amor, nec quicquam in eo vehementius ad irahendum. Venit itaque in carne, et tam amabilem se exhibuit ut illam nobis impenderet caritatem, quae majorem nemo habet quam ut animam suam daret pro nobis. Quis quis sanè nec ob hoc quidem converti volnerit, nonne meritò andict. ¿Quid debui facere tibi et non feci? Ibid.

derramado toda su sangre y que ha sufrido más tormentos que ninguno aquí en la tierra? Si él hubiera tenido algo más precioso que su sangre, nos lo hubiera dado. ¿Se puede acaso pedir una cosa con más instancia, que sufriendo mil dolores para obtenerla, y puede comprarse más caramente que dando su vida por ella? ¿Qué más podía hacer él? Os constituyo juez de ello, nos dice él mismo en Isaías, aun cuando seais parte, *¿qué debí yo hacer á mi niña que no lo haya yo hecho?* (1) ¿Qué medio más propio he podido emplear? ¿de qué invención más conforme á vuestra naturaleza he podido servirme para hacerme amar de vos, que unirme personalmente á vuestra naturaleza y morir por vos? ¿Qué podemos responder? ¿pudiéramos acaso encontrar algún otro? Por esto, una de las últimas palabras que profirió sobre la cruz, fué esta: *Todo está consumado.* (2) Él quería decir sin duda por esto, que el antiguo testamento, los desos de los patriarcas, las figuras y las profecías que miraban á su persona, estaban cumplidas; que la malicia de los judíos, la tiranía del demonio, estaban en su último período; mas él quería también declararnos que todos los artificios del amor estaban ya agotados, y que, á pesar de la profundidad de su sabiduría y de su poder, no podía hacer nada más fuerte, para hacerse amar de los hombres, que haberse hecho hombre y morir por ellos. Los santos Jerónimo y Agustín interpretan así ese texto del profeta Habacuc: *Tiene cuernos en sus manos, y ahí*

1 *Judicate inter me et vineam meam, quid est quod debin ultra facere vinee mee et non feci?* Isai., V, 3.

2 *Consummatum est.* Joan., XIX, 30.

está escondida su gran fuerza; (1) tiene en sus manos clavadas sobre la cruz una potencia soberana y una victoria asegurada, de la cual son símbolo los cuernos, según el lenguaje de la Escritura; y ha hecho de su cruz el arma más poderosa para atacar el corazón humano y hacerse dueño de él.

III. San Francisco de Paula, (2) contemplando un día este exceso de amor del Hijo de Dios para con los hombres, exclamó, teniendo el cuerpo elevado sobre la tierra y todo resplandeciente de luz: "Oh Dios, caridad! Oh Dios, caridad! Oh! cuán excesiva es la caridad que nos habeis mostrado sufriendo y muriendo por nosotros! y cuán poderosamente atraeis nuestros corazones á vuestro amor por un tal exceso!" La bienaventurada María Magdalena de Pazzi (3) se extasiaba en el mismo pensamiento; teniendo un día el crucifijo en la mano, transportada por la violencia del amor que quemaba su corazón, corrió por el monasterio sin poderse detener, gritando en alta voz: Oh amor! oh amor! Ya veía á su crucifijo, ya lo estrechaba tiernamente sobre su pecho y lo abrazaba con un fervor increíble, clamando siempre: Oh amor! Oh amor! yo no cesaré jamás de llamaros amor, mi querido amor, el goce de mi corazón, la esperanza y el sostén de mi alma; y deteniendo las miradas sobre el costado abierto, mostraba que ahí veía cosas admirables. Un día de la invención de la

1 *Cornua in manibus ejus, ibi abscondita est fortitudo ejus.* Tad. S. Hier. — *Cornua in manibus ejus, et posuit dilectionem robustam fortitudinis suae.* Abad., cap. III. 4. — S. Hier. *Ibid.* — S. Aug., XVIII, de Civit., cap. XXXII.

2 *In ejus vita.* 2. April.

3 *In ejus vita.*

santa cruz, abismada en el arrobamiento pensando en el amor que Dios ha mostrado al hombre muriendo por él, exclamó con una vehemencia extraordinaria: ¡Oh amor! Oh amor! cuán poco sois conocido! Y no decía sino mucha verdad; *el mundo no lo conoció*, dice San Juan. (1) Y en efecto, conocer lo que Nuestro Señor ha sufrido por nosotros, y no amarlo con ardor, es una cosa moralmente imposible.

La bienaventurada Angela de Foligno cuenta, (2) que preguntando un día á Nuestro Señor cómo podía ella agradarle, se le apareció clavado en la cruz, y mostrándose así á mí, dice ella, bajo esta forma, me dijo que viera sus santas llagas; me hizo ver al mismo tiempo, de una manera admirable, cuánto había sufrido él en todas sus llagas, por amor á mí, y me decía: Qué puedes tú hacer por mí que pueda corresponder al amor que te he tenido? Después me mostraba las heridas de su cabeza, de sus manos, de sus piés y me decía: Por tí he sufrido todos estos dolores; qué podrás tú hacer en cambio, y qué amor podrá corresponder á tanto amor? Al oír estas palabras, al ver tanta ternura, yo lloraba amargamente, yo derramaba gran abundancia de lágrimas tan ardientes, que mi cara parecía fuego, y tenía que templar este ardor con agua fría. Cuando el sol está en la cáncula, el mar comienza á borbotar, los estanques son agitados, la naturaleza entera resiente las influencias de este astro; todo se inflama, y en la Ethíopia, selvas enteras son consumidas. Si el sol

1 Mundus eum non cognovit. Sn. Joan, 1. 10.

2 In ejus vita. cap. X.

tiene tanto poder sobre los cuerpos, el divino sol de justicia la tiene mucho mayor sobre las almas, sobretodo si se piensa en los días de la Pasión, en los que se mostró tan abrasador. *El sol de justicia, dice el Eclesiástico, instrumento admirable y obra maestra del Todopoderoso, da al salir luz y calor; pero es mucho más abrasador al ocultarse y en su muerte; á su medio día, cuando fué clavado en la cruz, quemaba á los hombres más terrestres por medio de los braseros de los dolores y de la muerte que él sufría por ellos. Todos los tormentos que él sufrió por hacerlos felices, son otras tantas hogueras encendidas; ¿cuál es el alma que pueda soportar los ardores de ella sin abrasarse y reducirse á llamas?* (1)

IV. Si hasta este momento nuestros corazones han estado helados para Jesu-Cristo, dejémonos, en fin, doblegar, y que el recuerdo de tantos males, de una muerte tan cruel y tan ignominiosa vuelva á calentar, en fin, nuestros corazones. Las materias más duras pueden ablandarse: el fuego funde los metales, el fierro se dobla bajo la mano del herrero, lo mismo se llega á conseguir con el diamante á pesar de su inconcebible dureza. Yo supongo que nuestros corazones hayan sido tan duros como diamantes, según dice el Profeta; pero si no hemos sido los primeros en amarlo, dice San Agustín, ¿cómo pudiéramos no amarlo, pues que él nos ha amado primero hasta tal exceso? (2) Amor

1 Sol in aspectu annuntians in exitu, vas admirabile, opus exelsi. In meridiano exurit terram, et in conspectu ardoris ejus quis poterit sustinere? fornacem custodiens in operibus ardoris. Ecl. XLIII, 2.—Hug. Carde.

2 Cor suum posuerunt ut adamantem. Si amare pigebat, sal-

con amor se paga. "Amemos por tanto, dice San Bernardo, abrasemos estrechamente á este caro Salvador herido, azotado, coronado de espinas y crucificado por nosotros." (1)

La historia nos cuenta un hecho admirable sucedido en Patras, ciudad de la Acaia, y que citaremos aquí, porque puede aplicarse á nuestro asunto. (2) Coreso, sacerdote de un ídolo, buscaba en matrimonio á una doncella de la misma ciudad, llamada Calioirea, de la cual estaba perdidamente enamorado. Esta muchacha, solicitada con tanto afán, lo recibió muy mal, porque lo odiaba, y no respondió á sus persecuciones sino con desprecios, y á sus instancias sino por amenazas. Viendo Coreso que sus esfuerzos eran inútiles, y desesperando conseguir su intento, se dirigió á su ídolo; su demanda, cuentan, fué escuchada, aunque dirigida á un ídolo. El verdadero Dios afligió á la ciudad con una enfermedad peligrosa, que hacía á un gran número de habitantes furiosos y los hacía morir en un exceso de rabia. Los habitantes consultaron al oráculo para conocer la causa y el remedio de una enfermedad tan extraordinaria. El oráculo respondió que el azote no cesaría hasta que Coreso inmolará á Calioirea, ó á otra persona en su lugar, para apaciguar la cólera del cielo. Esta respuesta sorprendió extrañamente á los habitantes y sobre todo á Calioirea, que, no encon-

tem nunc redamare non pigeat. Zach. VII. 12.—Aug. de Chat. rud., cap. IV.

1. Nos amemus, redamemus, amplectemur quantum possumus vulneratum nostrum. S. Bern.

2. Nicolaus, Leonicus, Thomæus, lib. 1. de Variâ hist. cap. XXXIV.

trando quién muriera en lugar de ella, fué obligada á sacrificarse por el bien público. Es conducida al lugar del sacrificio ricamente vestida, según la costumbre de los paganos. Luego que llegó se arrojó al pie del altar; Coreso se presenta con una espada para cortarle la cabeza; pero el amor puede todo cuando es dueño de un corazón. No pudo el ver á la persona á quien tanto había amado sin estremecerse por sus lágrimas y las angustias de su corazón; su valor le abandona, vuelve la espada contra él mismo, se la pasa al travez del cuerpo, y, sacrificándose así por ella, le nuestra todavía más amor por su muerte del que le había mostrado durante su vida. Viendo Calioirea á Coreso bañado en su sangre, mirándole los ojos moribundos, que parecían decirle que se estimaba por dichoso en morir por ella, conmovida á su vez, se atravesó en presencia de todos para no sobrevivir á aquél que la había amado tanto. Todo esto no es una pintura fiel de lo que pasa entre Jesu-Cristo y nosotros, si no respondemos á su amor sino por la frialdad y el desprecio. Para aplacar la cólera de Dios ofendido por nuestros crímenes, somos justamente condenados á suplicios crueles y á la muerte; Nuestro Señor, lleno de amor, nos libra de ello sufriendo y muriendo en lugar de nosotros. ¿Qué nos queda, pues, que hacer después de una prueba tan grande de amor, sino morir á nosotros mismos y á todas las criaturas, para comenzar á vivir para Jesu-Cristo amándolo con todo nuestro corazón?

SECCION CUARTA.

Asunto de contemplación tomado de lo que hemos dicho para entregarnos al amor de Nuestro Señor.

Primer punto. Aplicación de la parábola siguiente.—Segundo punto. ¿Qué pensarían los hombres de tal elección?—Tercer punto. Provécho que debemos sacar de esta comparación.

Si un rey rico poderoso, en la flor de la edad, dotado de las cualidades más raras de cuerpo, de corazón y de espíritu, escogiera por esposa á una pobre campesina, súbdita suya, desprovista de todos los atractivos de cuerpo y de espíritu, llena, por el contrario, de defectos y deformidades; si él la prefiriera á las damas de su corte, dotadas de todas las perfecciones y de un nacimiento ilustre, ¿qué se diría de tal elección? Esta comparación hará el asunto de esta reflexión.

PRIMER PUNTO.

Esta comparación es la fiel imagen de lo que ha pasado en nosotros, puesto que, como lo hemos dicho, Nuestro Señor ha tomado nuestras almas por esposas; Nuestro Señor, digo, el único Hijo de Dios, poderoso monarca del cielo y de la tierra, Rey de

reyes y Señor de señores, infinitamente sabio, rico y poderoso, dotado en su cuerpo, en su alma y su divinidad de todas las perfecciones, que pueden hacer á una persona infinitamente amable; este dueño del universo toma por esposa al alma del hombre, y la mía en particular, pobre campesina, sin nobleza, sin sabiduría, sin riquezas y sin belleza, sin alguna cualidad que pueda atraer su amor; sino al contrario, llena de defectos, de imperfecciones y de manchas. Y lo que es todavía más admirable, es que este noble Hijo de Dios, no pudiendo tener á esta pobre alma sino por medio de mil tormentos, la efusión de su sangre, y la pérdida de su vida, ha sufrido todos estos males para obtenerla, y los ha sufrido con un ardor y una alegría increíbles. No tomó él á esta pobre ni por su dote, porque nada tiene, y él es infinitamente rico; ni por pasión, porque él es infinitamente sabio; ni por su placer, porque, además de que ella está llena de defectos, él es infinitamente feliz por sí mismo; ni por temor, porque él es infinitamente poderoso; sino únicamente por amor, por misericordia y por pura bondad, porque siendo Señor y dueño absoluto, él lo ha querido así. El se une á ella, y, por esta unión, le comunica sus riquezas, su poder, su nobleza y su belleza, la ama más que nunca cuando la ha adornado de todos sus dones; porque si él la amaba cuando estaba cubierta de defectos y de harapos, ¿qué no hará cuando la vea bella y adornada con todo cuanto había recibido de su amor?

SEGUNDO PUNTO.

¿Qué pensarían los hombres de tal elección?

¿Qué dirían los hombres de una cosa tan extraña, qué pensarían de tal rey y de tal reina? 1.º Ellos admirarían la fuerza de este amor que no ha tenido ejemplo; 2.º los que no conocieran la sabiduría del rey, lo mirarían como un incensato; pero sabiendo que su sabiduría es infinita, quedarían más admirados de esta ternura y de esta benevolencia; 3.º mirarían como la más dichosa de las mujeres á esa pobre que había llegado á ser una gran reina; 4.º en fin, todos convendrían en que esta reina será infinitamente deudora á este amable esposo, y obligada á rendirle toda obediencia, todo honor y un amor soberano.

TERCER PUNTO.

Provecho que debemos sacar de esta comparación.

Lo que nos importa infinitamente meditar, son los pensamientos, los afectos, los sentimientos admirables que tendría esta dichosa esposa durante todo el tiempo de su vida para con el rey su esposo; porque es, con mucha mayor razón aún, lo que debemos sentir por Nuestro Señor.

1.º Ella estaría penetrada del más profundo respeto, y se mantendría en su presencia con sentimientos de respeto y amor, pensando en lo que era ella y en lo que ha llegado á ser por su bondad.

2.º Ella no le dirigiría sino palabras llenas de honor, de humildad y de prudencia.

3.º Su corazón ardería en el amor más ardiente, más tierno, el más inviolablemente fiel, teniendo sólo amor para su caro esposo; porque, ¿á quién pudiera ella amar que no fuera él? ¿Qué persona tan amable pudiera encontrar en el reino? ¿Pudiera acaso encontrar una dignidad tan grande, perfecciones tan acabadas y obligaciones tan estrechas?

4.º Qué agradecimientos y qué reconocimiento no le manifestaría, impulsada por el sentimiento de la gratitud por todo cuanto él ha hecho y sufrido á fin de unirse á ella y de elevarla á la dicha y á la gloria de que goza?

5.º Si él estuviera enfermo, ¿qué dolor no experimentaríamos? estaría cerca de él, derritiéndose en lágrimas y gemidos, asistiéndolo, consolándolo y no abandonándolo para nada, sobre todo si ella estuviera segura que él sufre por ella, para hacerla más dichosa, más elevada en gloria, para curarla de algún mal, y que él no sufría sino por amor. Esto es lo que debe mostrarnos la compasión que debemos experimentar al pensar en los dolores de Nuestro Señor.

6.º Si él estuviera ausente ó distante, ella pensaría continuamente en él, hablaría de él, viviría en la tristeza y languidez, esperando con ansia su vuelta.

7.º Ella se complacería en cantar sus alabanzas, las acciones gloriosas de su vida, sus riquezas, su belleza, su dulzura, su amor por ella, sus perfecciones infinitas.

8.º Ella se servirá de todos los medios para hacerse más agradable á sus ojos; haría todo para agradarle, y más temería el desagradarle que el morir.

9.º Si ella lo ofendiese aun de la manera más ligera, ¡qué inconcebible pesar, qué dolor y qué lágrimas! con qué confusión le pediría perdón! Mas es probable que jamás se encontraría reducida á este extremo.

10.º Si fuera necesario sufrir algo por él, con qué prontitud y amor lo haría, teniéndose dichosa en probarle su amor derramando su sangre, y responder así al ardor del suyo.

11.º Estaría perfectamente sumisa á todas sus voluntades, sin olvidar jamás la ternura que él le ha manifestado.

12.º Comparando su estado pasado al presente, se tendrá por muy dichosa y se entregará á los sentimientos de la más viva alegría.

Es necesario reflexionar sobre todos estos sentimientos; y puesto que tenemos aún infinitamente más razón para entregarnos á ellos por Jesu-Cristo, el verdadero y único esposo de nuestras almas, que esa pobre muchacha pudiera tener para con ese rey, debemos esforzarnos por ponerlos en nuestro corazón, aumentarlos, nutrirlos, detenernos en ellos frecuentemente, á fin de que se enciendan para siempre en nosotros. Debemos esperar el obtenerlo, puesto que nuestros espíritus están convencidos, y que este divino esposo no dejará de asistirnos con su gracia, como él lo desea ardientemente.

CAPITULO XII.

Octavo motivo de amor.

Los beneficios de la creación y de la redención.

- I. El beneficio de la Creación da derecho á Nuestro Señor sobre nosotros.—II. El de la Redención le da nuevos derechos.—III. El nos ha adquirido por un precio infinito.

I. La creación nos impone la obligación de amar á Nuestro Señor, considerándola no solamente como un beneficio por el cual, en su amor infinito, nos ha sacado de la nada en la que podía dejarnos para siempre, y nos ha formado á semejanza suya, en lugar de darnos otra más baja y más vil, si no aun considerándola como un derecho por el cual le pertenecemos enteramente. Una cosa puede pertenecer á su señor por varios títulos, como por sucesión, donación, etc.; pero el mas legítimo es el de producción. La estatua que sale de manos del escultor le pertenece mejor que á cualquier otro, porque él la hizo; y sin embargo él no hizo ni la materia, ni la forma substancial de la estatua, puesto que él no ha hecho el mármol; él le ha dado solamente la figura y algunos otros accidentes. Dios da á las cosas criadas no solamente la figura, si no la substancia misma. Dios, dice San Agustín, penetra y llega por su fuerza hasta el

8.º Ella se servirá de todos los medios para hacerse más agradable á sus ojos; haría todo para agradarle, y más temería el desagradarle que el morir.

9.º Si ella lo ofendiese aun de la manera más ligera, ¡qué inconcebible pesar, qué dolor y qué lágrimas! con qué confusión le pediría perdón! Mas es probable que jamás se encontraría reducida á este extremo.

10.º Si fuera necesario sufrir algo por él, con qué prontitud y amor lo haría, teniéndose dichosa en probarle su amor derramando su sangre, y responder así al ardor del suyo.

11.º Estaría perfectamente sumisa á todas sus voluntades, sin olvidar jamás la ternura que él le ha manifestado.

12.º Comparando su estado pasado al presente, se tendrá por muy dichosa y se entregará á los sentimientos de la más viva alegría.

Es necesario reflexionar sobre todos estos sentimientos; y puesto que tenemos aún infinitamente más razón para entregarnos á ellos por Jesu-Cristo, el verdadero y único esposo de nuestras almas, que esa pobre muchacha pudiera tener para con ese rey, debemos esforzarnos por ponerlos en nuestro corazón, aumentarlos, nutrirlos, detenernos en ellos frecuentemente, á fin de que se enciendan para siempre en nosotros. Debemos esperar el obtenerlo, puesto que nuestros espíritus están convencidos, y que este divino esposo no dejará de asistirnos con su gracia, como él lo desea ardientemente.

CAPITULO XII.

Octavo motivo de amor.

Los beneficios de la creación y de la redención.

I. El beneficio de la Creación da derecho á Nuestro Señor sobre nosotros.—II. El de la Redención le da nuevos derechos.—III. El nos ha adquirido por un precio infinito.

I. La creación nos impone la obligación de amar á Nuestro Señor, considerándola no solamente como un beneficio por el cual, en su amor infinito, nos ha sacado de la nada en la que podía dejarnos para siempre, y nos ha formado á semejanza suya, en lugar de darnos otra más baja y más vil, sino aun considerándola como un derecho por el cual le pertenecemos enteramente. Una cosa puede pertenecer á su señor por varios títulos, como por sucesión, donación, etc.; pero el mas legítimo es el de producción. La estatua que sale de manos del escultor le pertenece mejor que á cualquier otro, porque él la hizo; y sin embargo él no hizo ni la materia, ni la forma substancial de la estatua, puesto que él no ha hecho el mármol; él le ha dado solamente la figura y algunos otros accidentes. Dios da á las cosas criadas no solamente la figura, sino la substancia misma. Dios, dice San Agustín, penetra y llega por su fuerza hasta el

fondo y grado más íntimo de la esencia de las cosas; por consiguiente le pertenecen enteramente. (1) *La tierra, dice el profeta real, está bajo su poder hasta en sus extremidades últimas; las montañas son de él, él es el dueño del mar; y da inmediatamente la razón, porque él ha hecho el mar, y sus manos han puesto los fundamentos de la tierra.* (2) San Pablo tomó por base esta verdad, en su famoso discurso ante el Areópago de Ateneas: *Dios es el Señor del cielo, de la tierra y de todo el universo, porque él los ha creado.* (3)

Por tanto, somos de Dios Nuestro Señor, puesto que nos ha criado y nos ha dado el sér; no solamente nos lo ha dado, sino que nos lo conserva, muy diferente del escultor, que, después de haber hecho su estatua, la deja y no la hace más; él nos ha hecho, y nos hace sin cesar conservándonos el goce del ser que hemos recibido de él. La conservación no es sino una continuación de la primera producción, como lo enseñan los filósofos; la diferencia sólo se aperece por la delicadeza del espíritu. Además, aun cuando todas las criaturas pertenezcan á Dios Nuestro Señor, nosotros le pertenecemos de una manera especial, por la reserva particular que de ello se ha hecho marcándonos á su imágen. Lo cual ha hecho no solamente para

1 Deus usque ad ipsum rerum fundum, id est, ultimum atque extremum essentiae gradum suá vi et virtute pertingit. S. Aug., I. Conf., cap. VI.

2 In manu ejussunt omnes fines terrae, et altitudines montium ipsius sunt, ipsius est mare. Ipse fecit illud, et siccam manus ejus formaverunt. Ps. XCLV, 24.

3 Deus qui fecit mundum et omnia quae in eo sunt hic caeli et terrae cum sit Dominus. Act. XVII, 24.

realzar nuestra nobleza y nuestra dignidad sobre todas las demás criaturas por este carácter de gloria, sino también para mostrar que él tomaba posesión de nosotros; que hacía de nosotros su herencia propia, como en otro tiempo escogió entre todos los demás pueblos de la tierra, el pueblo de Israel, al cual dice: *Sereis mi pueblo entre todos los pueblos.* (1) De este principio concluyo con el bienaventurado Lorenzo Justiniano, que la razón natural clama que se debe obediencia, honor y amor á aquel de quien se recibió la existencia. (2) San Bernardo va todavía más lejos, y sostiene que los paganos mismos están obligados á amor á Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y que si no lo hacen, no tienen excusa, porque la justicia de la cual la razón les da un conocimiento claro, clama en las orejas de su corazón que están obligados á amar con todo su sér á aquel al cual se deben enteramente. (3) Puesto que tenemos todo nuestro ser de Dios Nuestro Señor, y que por su misericordia somos cristianos, es decir, más alumbrados y más deudores á su misericordia que los paganos, rindá-lo que le debemos

II. Después del beneficio de la creación viene el de la redención, que nos da de una manera toda particular al Hijo de Dios; por esto es que San

1 Eritis mihi in peculium de cunctis populis. Exod. XIX, 5.
2 Clamat innata ratio, ut quisque se illi subjiciat, á quo habet ut sit. S. L. Just., lib. de Obed., cap. V.

3 Inexcusabilis est omnis, etiam infidelis, si non diligit Deum suum in toto corde, totá animá totá virtute suá. Clamet nempe utus et innata et non ignota ratione justitia, qua ex toto se-ellum diligere debeat, cui se totum debere non ignorat. S. Bern. Tract. de dilig. Deo.

Pablo dice á los Corintios: *No os perteneceis, porque habeis sido comprados á un gran precio.* (1) Una cosa pertenece perfectamente á aquél que la ha comprado; le pertenece con más justo título que si se la hubiera encontrado, porque pudieran reclamarla; si la hubiera recibido en regalo, estaría por eso obligado; si la hubiera adquirido por sucesión, nada le hubiera costado; mas cuando la ha comprado y pagado, le pertenece enteramente, sin que alguno tenga en ella derecho. Puesto que Jesu-Cristo nos ha rescatado, somos, por consiguiente, ciertamente de él, y tanto más justo es el título que tiene, cuanto que le hemos costado la vida; este es ese *gran precio* de que habla San Pablo; esto es lo que San Pedro explica en estos términos: *Habeis sido redimidos no con oro ni plata, ó con cualquiera otra cosa vil y despreciable, sino con la sangre preciosa de Jesu-Cristo, cordero sin mancha.* (2)

III. Para comprender bien cuanto somos de él, es preciso advertir que cuando se trata de una compra, desde el momento en que se da el justo precio de una cosa, se adquiere la posesión de ella; si se paga dos veces su valor, ella pertenece doblemente; si se da cien veces lo que vale, nos pertenece cien veces; en fin, tantas cuantas veces se paga el valor de la cosa, otras tantas se adquiere su posesión. Puesto que Nuestro Señor nos ha rescatado por medio de todos los trabajos de su vida,

1 Non estis vestri, empti enim estis pretio magno. I. Cor., VI., 20.

2 Non corruptibilibus auro vel argento redempti estis, sed pretioso sanguine, quasi agni immaculati, Christi. I. Epist., I 18.

por todos los dolores de su muerte, por todas las gotas de su sangre, la más pequeña de las cuales es infinitamente más preciosa que cuanto podemos valer, por consiguiente, nos ha adquirido para él una infinidad de veces. Esto es lo que hacía decir á San Bernardo: "Si yo me debo todo entero á Dios Nuestro Señor por haberme él hecho, ¿qué le deberé ahora por haberme hecho de nuevo, y rehecho de una manera tan admirable? La primera vez me ha dado á mí mismo; la segunda, él se ha dado á mí y por mí, y dándose á mí, me ha vuelto á mí. Habiéndome Nuestro Señor dado á mí por la creación, me ha vuelto á mí mismo por la redención. Por tanto yo me debo á él por mí, yo por consiguiente me debo dos veces todo entero. Ahora ¿qué le daré yo por haberselo dado á mí él mismo? Ah! aun cuando me diera yo mil veces, aun cuando me consumiera por su gloria, ¿qué soy yo delante de mi Dios? (1)

"Estoy seriamente obligado, dice en otra parte el mismo Padre, á amar con todo mi corazón á aquel de quien recibí la existencia, la vida y el conocimiento. Oh Jesús, Salvador mío, es verdaderamente digno de muerte aquel que rehusa vivir por vos. (2) Porque, ¿para quién pudiera el

1 Si totum me debeo pro me facto, quid addam jam pro refecto et refecto hoc modo? in primo opere me mihi dedit. in secundo se, et ubi se dedit, me mihi reddidit. Datus ergo et redditus, me pro me debeo, et bis debeo. Quid Deo tribuam pro se? nam etiam si me millies rependere possem, quid sum ego apud Deum? Sn. Bern., Tract. de Dilig. Deo.

2 Valdè mihi omninò amandus est, per quem sum, vivo et sapio. Dignus planè est morte, qui tibi, Domine Jesu! recusat vivere. Sn. Bern., Serm. 20 in Cant.

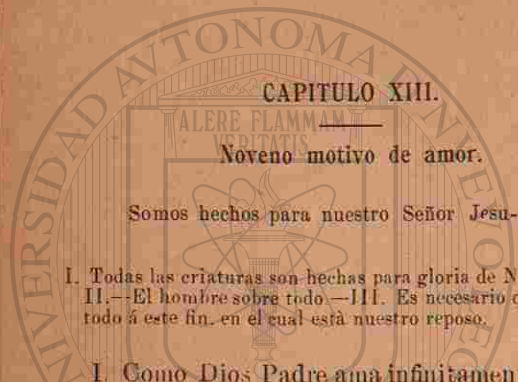
hombre emplear más justamente todos los momentos de su vida que por aquél, sin cuya muerte no podía aspirar á la vida verdadera? *Jesu-Cristo ha muerto, dice San Pablo, á fin de ser por su muerte el Dios de vivos y muertos.* Por consiguiente, puesto que él es Nuestro Señor, y que nuestra vida y nuestra muerte, nuestro cuerpo, nuestra alma, todo cuanto somos y cuanto poseemos es de él, debemos emplearlo en servirlo, en honrarlo y amarlo; y si rehusamos hacerlo, estamos obligados á volverle el precio de su sangre. (1) Estos dos títulos de posesión, tomados separadamente y más aún reunidos juntamente, tienen una muy grande fuerza para hacernos amar á Nuestro Señor. Por esto el martir glorioso San Epípolo, para mantenerse firme en el amor de Jesu-Cristo, se lo representaba en medio de los tormentos, que sufría en la persecución de Antonio Vera, y decía en voz alta: Yo creo que Jesu-Cristo con el Padre y el Espíritu Santo es Dios; es justo que yo rinda mi vida á aquél que es mi Creador y mi Redentor. (2) Esto es lo que enardecía también á esa santa virgen que murió de una sensación violenta de amor por Jesu-Cristo; este divino Salvador le había preguntado si lo amaba, y hasta dónde llegaba este amor; la fuerza del golpe que ella experimentó de estas palabras, hizo estallar su corazón, y en él se

1 In hoc Christus mortus est, et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur. Nemo monstrum sibi vivit, et nemo sibi moritur; sive enim vivimus, Domino vivimus; sive morimur, Domino morimur; sivi ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus. Rom. XIV. 7.

2 Christum cum Patre ac Spiritu Sancto Deum esse confiteor; dignumque est ut illi animam meam refundam, qui mihi et creator est et redemptor. In. Actis, apud, Sur., 22 april.

encontraron escritas con letras de oro estas palabras: Yo os amo más que á mí misma, porque me habeis criado, me habeis rescatado y porque me habeis tomado por esposa. (1)

1 Diligo te plus quàm me, quia tu erasti, redemisti et dotasti me. Cap. LXXIV. Speculi expm., distinct. 9.



CAPITULO XIII.

Noveno motivo de amor.

Somos hechos para nuestro Señor Jesu-cristo.

- I. Todas las criaturas son hechas para gloria de Nuestro Señor
II.—El hombre sobre todo.—III. Es necesario que refiramos todo á este fin, en el cual está nuestro reposo.

I. Como Dios Padre ama infinitamente á su Hijo, Nuestro Señor, á quien por esto llama su Hijo muy amado, *el hijo de su amor*, en el cual ha puesto todas sus delicias, (1) por él ha creado el universo, destinando á su servicio y á su gloria todas las criaturas en general y cada una en particular. Esto es lo que enseñan los teólogos (2) después de todos los santos Padres, y lo que el Hijo mismo de Dios, la Sabiduría encarnada, dice en los Proverbios, según el sentido que San Atanasio, San Gregorio de Nazianzo y otros muchos dan á este texto: *El Señor me ha hecho al principio de sus caminos antes de todas las cosas*, (3) Por vías del

1 Filium dilectionis suae. Coloss., I. 15. Math. III. 6.

2 Suarez in III p. diap. V sect. 2.

3 Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quiequam faceret á principio. Prov. VIII, 22.—Dominus condidit me, principium viarum suarum; in opera ejus. (Trad. Sept.—S. Athan. Sermo. 2. 3 et 4 contra Arianos.—Sn. Greg. Naz. orat. IV de Thael.

Señor entienden las criaturas, porque las criaturas conducen al conocimiento y al amor del Creador; como si dijera: el Señor me ha hecho la primogénita de las criaturas, no en cuanto al tiempo, sino en cuanto á la dignidad, estableciéndome su cabeza y el fin al cual todas ellas se refieren. Por esto también dice en el Apocalipsis: *Yo soy el principio y el fin*: (1) *el principio*, porque yo doy la existencia á cuanto la tiene en la naturaleza, la gracia y la gloria, como causa primera, causa ejemplar y causa meritoria; *yo soy el fin*, porque todo es hecho por mi honor, de suerte que todo viene de mí, como de su primer principio, y vuelve á mí, como á su fin último: así, todas las líneas del círculo salen del centro á la circunferencia y vuelven al centro. Moysés habla del Verbo al principio del Génesis y de la historia de la creación: *En el principio*, dice él, es decir, como lo explican comunmente los Santos Agustín, Jerónimo y los demás Padres, *en el Hijo, Dios crió el cielo y la tierra*, (2) para mostrar que el designio de Dios era unir un día en una sola persona el principio y el fin, el primero al último, el Verbo al Hombre; que todo cuanto hacía por su Hijo en el establecimiento de las criaturas, debía tomar su cumplimiento en este mismo Hijo encarnado, y que todo tenderá á su gloria. “¿Qué plan más sabio y más magnífico, dice Santo Tomás, á fin de elevar las cosas criadas al grado más alto de perfección al cual jamás esperaron llegar? lo primero, es decir, el Verbo de Dios, que es el principio de todo, y lo último, es

1 Ego sum alpha et omega, principium et finis. Apoc., I. 8.

2 In principio, creavit Deus cælum et terram. Gen., I. 2.

de cir, la naturaleza humana, que ha sido la última criatura criada, han sido unidos para componer el Hombre-Dios, á quien todo se refiere." (1) La santa Escritura llama frecuentemente á este Hombre-Dios el fruto de la tierra: *¡Oh Dios, que los pueblos os alaben, que todos os bendigan, porque la tierra ha dado su fruto,* es decir, Nuestro Señor, dicen los intérpretes. (2) Isaías lo llama *el fruto excelente de la tierra,* (3) porque así como el cuidado que se toma por un árbol, al plantarlo, y al regarlo para que crezca; y como todo el árbol, la raíz, el tronco, las ramas, las hojas y las flores son para el fruto, que es como el fin de ello; así, los ángeles, los hombres, el cielo, los elementos y generalmente todas las criaturas se refieren á Nuestro Señor. *Todas las cosas celestes y terrestres, visibles é invisibles,* dice San Pablo, *son hechas en él, como causa ejemplar; por él, como causa operante, y para él, como causa final,* porque todas no tienen otro fin que su honor y su servicio. (4) El mismo apóstol repite aún lo mismo en la Carta á los Hebreos: *Dios lo ha constituido heredero de todo; nada hay que no le pertenezca; él ha hecho*

1 Quid sapientiùs, quàm quòd ad complementum totius univ. versi fieret conjunctio primi et humanæ ultimi hoc est verbi Dei quod est omnium principium et naturæ, quæ in operibus sexdierum fuit ultimæ omnium creaturarum? S. Thom., Opuse. LX.

2 Confiteantur tibi populi, Deus! confiteantur tibi populi omnia terra dedit fructum suum, Ps., LXVI. 6. Geneb. ibid.

3 Fructus terræ sublimis. Is. IV, 2.

4 Omnia in ipso condita sunt, universa in coelis et in terra, visibilia et invisibilia, sive throni, sine dominatines, sine principatus, sine potestates, omnia per ipsum, et in ipso creata sunt Coloss. I. 16.

todo por él y para él. (1) El docto y piadoso Rupert le aplica estas palabras de San Pablo, y dice: que Dios se ha portado como un gran rey, que ha hecho construir para su hijo un palacio magnífico, ricamente amueblado y que le ha dado todo cuanto era conveniente á la dignidad de su nacimiento y á la grandeza del afecto paternal que le tiene. Porque Dios Padre ha criado para su hijo, Nuestro Señor, el cielo y la tierra, para hacer de ello como una casa real llena de ángeles, de hombres y de otras criaturas en muy gran número y de una variedad extraordinaria, como otros tantos servidores y oficiales para servirlo y ejecutar sus voluntades." El mismo doctor añade: "No hemos de ser tan ignorantes para creer que Dios no haya tenido el designio de crear al Hombre sino hasta después de la caída de los ángeles; es mucho más verdadero decir que el hombre no ha sido criado para los ángeles, sino que los ángeles y todas las criaturas han sido criadas para el hombre Dios, es decir Nuestro Señor; (2) y los sentimientos de respeto y de piedad que debemos tener; deben hacernos creer que Dios ha creado todo para coronar de gloria y colmar de honor á

1 Quen constituit heredem universorum, propter omnia quem et per quem omnia. Hebr., I. 2; II, 10.

2 Cavendum est, ne ita pueri simus, ut extimemus, Deum, nullum ante ruinam angelorum de homine creando habuisse propositum. Rectius sanè dicitur, quia non homo propter angelos, imò propter hominem quendam angeli quo que facti sunt sicut et caetera omnia, testante apóstolo, propter quem omnia et per quem omnia. Testatur et hoc ipsa sapientia: Dominus possedit me ab initio viarum suarum. Rup. III, de Glorific. Trin. lib. III cup. 20.

este Hombre Dios, su Hijo encarnado." (1) Los Hebreos pensaban mucho tiempo antes de él, según cuenta Galatino, (2) y miraban con una verdad incontestable, que Dios había criado el universo para el Mesías. La razón natural basta para comprender esta verdad, puesto que Aristóteles nos dice; lo que la experiencia nos muestra todos los días, que las plantas son hechas para los animales, los animales para el hombre, en una palabra las cosas menos nobles y las menos perfectas para las más nobles y las más perfectas.

II. Puesto que todas las criaturas han sido hechas para Nuestro Señor, y que nosotros tenemos el primer rango entre ellas, por consiguiente hemos sido hechos para este mismo fin; porque, como dice Ruperto: "Si, como lo hemos probado, todo ha sido hecho, no solamente por Jesu-Cristo, sino también para él, es por consiguiente muy cierto que el hombre, más que todos las demás criaturas, ha sido criado para él, a fin de servirle y glorificarle; (3) la cosa es evidente. Ahora bien, glorificar y servir á Nuestro Señor es amarle; porque aquel que lo ama poco, le sirve y lo glorifica poco; aquel que lo ama mucho, lo glorifica y lo sirve mucho; esta es doctrina de Hugo de San Víctor: Hermanos míos, dícenos él, es muy fácil y dulce el mostraros lo que es servir á Dios: ser-

1 Religiosè dicendum reverenterque est audiendum, quis propter hunc hominum gloria et honore coronandum, Deus omnia creavit. Ibid.

2 Lib. VII de Arcan. cap. II et IV.

3 Si enim quod sæpè dictum est semperque sciendum, non solum par ipsum Christum Jesum, verum etiam propter ipsum facta est creatura? Rup., lib. IV, de Gl. Tr.

vir a Dios es amarle; aquel que no lo ama, no lo sirve; aquel que lo ama, lo sirve; aquel que lo ama poco, lo sirve poco; aquel que lo ama mucho, lo sirve mucho; aquel que lo ama perfectamente, lo sirve perfectamente." (1) Es indudable, por tanto que somos criados para amar á Nuestro Señor y que este es nuestro fin.

III. Por consiguiente debemos aplicarnos con todas nuestras fuerzas á avanzar en este amor, puesto que es un trabajo y un fin inbuitamente honrosos y gloriosos para nosotros; en ellos están contenidas toda la alegría y felicidad que podemos gustar en esta vida; puesto que es cierto que mientras más sirvamos, honremos y amemos á Jesu-Cristo Nuestro Señor, tendremos más paz y contento. En efecto, según la advertencia de los filósofos y teólogos, el fin encierra en sí el reposo y la felicidad de la cosa de la cual es fin; de suerte que las palabras *fin*, *bien saberano*, *beatitud*, tienen la misma significación. Por tanto, una criatura no puede tener su reposo y verdadera felicidad sino en el gozo del fin para el cual Dios la ha hecho, y ella gozará de él tanto más perfectamente, cuanto esté unida más íntimamente á este fin, fuera del cual no puede encontrar sino turbación y desgracia. Las piedras, de cualquiera naturaleza que sean y en cualquier lugar que se las coloque, los diamantes mismos, sirviendo para adornar la diadema de los reyes, tienen una inclinación á

1 ¡Fratres! brevi sermone atque jucundo comprehenditur et declaratur quid sit servi e Deo. Deo namque servire, Deum diligere est. et qui non diligit, non servit, et qui diligit, servit, et qui parum diligit, parum servit, et qui multum diligit, multum servit, et qui perfecte diligit, perfecte servit. Serm. 88.

caer; sólo la violencia puede retenerlas ó impedir-
las tender hacia su centro. El fuego está en una
agitación continua y tiende necesariamente á lo
alto, porque allí está su esfera. Los Persas ado-
raban el fuego, lo colocaban en un bracero de oro,
lo conservaban con leños aromáticos, doblaban las
rodillas delante de él, diciéndole: dios poderoso,
alimentaos de esta leña que os llamamos con todo el
respeto de que somos capaces. Este fuego, sin em-
bargo, á pesar de todas estas ceremonias y todos
estos honores, no dejaba de estar en una agitación
continua y parecía decirles: Todos vuestros ho-
nores, todas vuestras adoraciones, vuestro brace-
ro de oro, vuestra leña preciosa no me contentan;
una sola cosa puede hacerlo, volvedme á mi ele-
mento, volvedme á colocar en la región que debo
habitar; entonces ya no habrá más agitación en
mí, estaré inmóvil y en un reposo perfecto. (1)

Todo lo que hemos dicho hasta aquí, prueba que
no hay cosa alguna, en cualquier estado que esté,
que pueda encontrar el reposo fuera de su fin, mas
también que es cierto que en él lo encontrará ella
infaliblemente. Hemos visto que nuestro único
fin era amar y servir á Dios; que para esto esta-
mos en el mundo; que no podemos estar en él sino
para esto, de otro modo se necesitaría que Dios
cambiara nuestra naturaleza. Por esta razón tam-
bién es por la cual San Pablo nos advierte el ha-
cer todo por Dios, y no dejar caer hacia la tierra
ninguno de nuestros pensamientos, ninguna de
nuestras palabras ni obras: *Referid á la gloria y
al amor de Nuestro Señor Jesu-Cristo cuanto di-*

1 Max. Tgr., Serm. 38.

gais y hagais. (1) Advertid aquí que el Apóstol,
hablando así, nos da no un consejo, como muchos
lo han pensado, sino como lo enseña Santo Tomás,
(2) un precepto expreso, al cual Dios nos obliga.
"Que nuestra intención se dirija hacia nuestro fin,
dice San Agustín; que ella se dirija hacia Jesu-
Cristo. ¿Por qué se llama nuestro fin? porque á él
es á quien debemos dirigir cuanto hacemos. (3)
Jesu-Cristo es nuestro fin, dice en otra parte el
mismo santo, no el fin que consume, sino el que
consume; porque consumir, es perder; consumir,
es acabar. Así, en el primer sentido se dice, cuan-
do el pan es comido, se ha consumido, y en el se-
gundo sentido, un trage ha sido acabado, cuando
está terminado. Jesu-Cristo, pues, es nuestro fin,
porque todos somos perfeccionados en él y por él;
nuestra perfección es llegar á él; y cuando habre-
mos llegado á él, no buscaremos más, porque ahí
está nuestro fin. Así como el fin de vuestro cami-
no es el punto adonde vais; tan pronto como ha-
beis llegado á él, no pasais adelante. Así Nuestro
Señor es el punto y fin de vuestras empresas, de
vuestras intenciones, de vuestros trabajos; desle
el momento en que habreis llegado hasta él en es-
ta vida por medio de la gracia y en la otra por la
gloria, ya no deseareis nada; porque, ¿qué podreis
encontrar de mejor?" (4)

1 Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in
nomini Domini Jesu Christi facite. Coloss. III. 17.

2 In illum locum.

3 Intentio dirigatur in finem, dirigatur in Christum. ¿Quare
finis dicitur? quia quidquid agimus, ad illum referimus. Aug. in
Ps. XXXIV.

4 Finis est Christus non qui consumat, sed qui consummet.
Consumere enim perdere est, consummare perficere. Finitum

Tendamos, por tanto, á este noble fin, puesto que él encierra la paz de nuestro corazón y todos los bienes que esta paz trae consigo. Ah! qué bien empleado estará cuanto tenemos, si de ello nos servimos para amar, honrar y servir á Jesu-Cristo, puesto que no hemos sido creados sino para esto. La flama tiende continuamente hacia su centro, el grano de arena tiende á él con toda su potencia; ¿por qué no tendemos hacia Aquel para el cual Dios nos ha hecho? ¿por qué nos dispensamos de esta ley nosotros más bien que todas las demás criaturas? Y ciertamente, si faltamos en ello, si nuestros designios y afectos se dirigen hacia otro fin, ¿no fuera mejor ser de la naturaleza de una piedra, ó de cualquier otro objeto insensible y desprovisto de razón? A lo menos haríamos constantemente aquello para lo cual Dios nos ha criado.

enim quidquid dicimus, á fine dicimus. Aliter dicimus: finitus est panis: aliter dicimus: finita est túnica. Finitus est panis qui manducabatur, finita est túnica quae texebatur. Panis ergo finitus est ut consumeretur, tunica finita est ut perficeretur. Finis ergo propositi nostri Christus est, quia in illo perficimur, et ab illo perficimur, et hoc est perfectio nostra ad illum pervenire, sed cum ad illum perveneris, ultra non quæris: finis tuus est. Quomodo enim finis viae tuae locus est quò tendis, quò cum perveneris, jam mane bis: sic finis studii tui, propositi tui, conatus tui, intentionis tuae, ille est ad quem pertendis, ad quem cum perveneris ultra nihil desiderabis, quia melius nihil habebis. S. Aug., in Ps. LVI.

CAPITULO XIV.

Motivo décimo de amor.

El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de él.

SECCION PRIMERA.

I. Primer mandamiento, las leyes conducen á los hombres á su fin.—II. Sobre todo la del amor.—III. Diferencia del entendimiento y de la voluntad.—IV. Bienes que procura la unión del alma con Dios.

I. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu.* (1) Ved aquí el mandamiento que Dios nos ha dado en la ley antigua, y que Nuestro Señor ha ratificado con su propia boca en la nueva, llamándola con razón *el mayor y más grande de los mandamientos*.

Para comprender bien la grandeza de este mandamiento, nos serviremos de las admirables palabras del Doctor angélico disputando contra los gentiles. 1.º Hay en este universo, dice este Padre,

1 Diligis Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animá tuá, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua. Deut., VI, 5.—Maximum et primum mandatum. Matth., XXII.

Tendamos, por tanto, á este noble fin, puesto que él encierra la paz de nuestro corazón y todos los bienes que esta paz trae consigo. Ah! qué bien empleado estará cuanto tenemos, si de ello nos servimos para amar, honrar y servir á Jesu-Cristo, puesto que no hemos sido creados sino para esto. La flama tiende continuamente hacia su centro, el grano de arena tiende á él con toda su potencia; ¿por qué no tendemos hacia Aquel para el cual Dios nos ha hecho? ¿por qué nos dispensamos de esta ley nosotros más bien que todas las demás criaturas? Y ciertamente, si faltamos en ello, si nuestros designios y afectos se dirigen hacia otro fin, ¿no fuera mejor ser de la naturaleza de una piedra, ó de cualquier otro objeto insensible y desprovisto de razón? A lo menos haríamos constantemente aquello para lo cual Dios nos ha criado.

enim quidquid dicimus, á fine dicimus. Aliter dicimus: finitus est panis: aliter dicimus: finita est túnica. Finitus est panis qui manducabatur, finita est túnica quae texebatur. Panis ergo finitus est ut consumeretur, tunica finita est ut perficeretur. Finis ergo propositi nostri Christus est, quia in illo perficimur, et ab illo perficimur, et hoc est perfectio nostra ad illum pervenire, sed cum ad illum perveneris, ultra non quæris: finis tuus est. Quomodo enim finis viae tuae locus est quò tendis, quò cum perveneris, jam mane bis: sic finis studii tui, propositi tui, conatus tui, intentionis tuae, ille est ad quem pertendis, ad quem cum perveneris ultra nihil desiderabis, quia melius nihil habebis. S. Aug., in Ps. LVI.

CAPITULO XIV.

Motivo décimo de amor.

El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de él.

SECCION PRIMERA.

I. Primer mandamiento, las leyes conducen á los hombres á su fin.—II. Sobre todo la del amor.—III. Diferencia del entendimiento y de la voluntad.—IV. Bienes que procura la unión del alma con Dios.

I. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu.* (1) Ved aquí el mandamiento que Dios nos ha dado en la ley antigua, y que Nuestro Señor ha ratificado con su propia boca en la nueva, llamándola con razón *el mayor y más grande de los mandamientos*.

Para comprender bien la grandeza de este mandamiento, nos serviremos de las admirables palabras del Doctor angélico disputando contra los gentiles. 1.º Hay en este universo, dice este Padre,

1 Diligis Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animá tuá, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua. Deut., VI, 5.—Maximum et primum mandatum. Matth., XXII.

un primer sér, soberano, independiente é infinito, (1) conteniendo en sí toda la perfección del sér, y conteniéndola de una manera tan excelente que es imposible, no digo solamente á la inteligencia humana y angelica sino aun á la inteligencia divina, el concebir grado alguno de bondad, de sabiduría, de belleza, de poder, etc., que no se encuentre excelentemente y con un brillo infinitamente más grande, en este primer sér que llamamos Dios. 2.º Este primer sér, no es solamente el más perfecto de todos, sino que también es la causa y el principio de todos los séres, dando de la sobreabundancia infinita de su perfección (2) á todas las cosas que existen, la bondad, la belleza, todas las riquezas y todas las perfecciones que poseen, y dándolas, no por necesidad y por fuerza, sino por la determinación pura y franca de su voluntad. (3) Se sigue de esto, por consiguiente, que él es el dueño absoluto de todas las cosas á las cuales da el sér; y como lo da á todas las criaturas que existen, él es el dueño absoluto de todas. 3.º Dios es no solamente el sér más perfecto, y el Señor absoluto de todas las criaturas, porque él las ha producido todas, sino además, porque ha hecho todas estas criaturas para fines muy nobles, á las cuales las conduce por medios excelentes. Así, él es soberanamente perfecto en su esencia, en sus obras, en su conducta por la cual conduce á cada cosa á

1 *Fotius esse perfectionem plenam possidens. S. Thom., in Præfat., lib. III. contra Gentes.*

2 *Ex suæ perfectionis abundantia. Ibid.*

3 *Non necessitate natura, sed secundum suæ arbitrium voluntatis. Ibid.*

su fin. (1) Todo llega á su fin por su propia acción, que debe ser gobernada por la mano de aquél que ha hecho la cosa y que le ha dado la fuerza de obrar; (2) mas para llegar á este fin, es preciso que la acción tienda á él directamente, una flecha jamás tocará al blanco, si no se le atina á él.

Ahora bien, hay dos suertes de criaturas: las unas dotadas de inteligencia y de una voluntad libre, que las hace dueñas de sus acciones, éstas son los ángeles y los hombres; las otras están privadas de ella, que son los animales y las criaturas insensibles. Estas últimas tienden y llegan á su fin de una manera directa y constante, porque son gobernadas por Dios, sabiduría soberana que no puede errar, puesto que, según la máxima recibida por todos los sabios, las obras de la naturaleza son las obras de la primera inteligencia, (3) como la experiencia lo enseña en un nido de golondrinas, en un panal y las celdillas de las abejas, que los obreros más hábiles no sabrían hacer ni mejor ni igual. No es así tratándose de los hombres, quienes son libres en sus operaciones, pudiendo obrar ó no obrar, obrar de una manera ó de otra. Por esto Dios los conduce á su fin, no determinándolos á una suerte de acción, la cual sería destruir su naturaleza y reducirlos á la condición de los animales, sino dándoles leyes, que les sirven de reglas para dirigir sus acciones libres, mostrarles el camino seguro que puede conducirlos á su fin, y

1 *Et in essendo, et in causando, et in regendo. Ibid.*

2 *Tinem ultimum unaquæque res per suam consequitur actionem, quam oportet dirigi ab eo, qui principia rebus dedit, per quæ agunt. Ibid.*

3 *Opera naturæ sunt opera intelligentiæ. Ibid.*

servirles como luminosas antorchas para dirigirlos seguramente. Tal es el razonamiento de Santo Tomás, que nos muestra evidentemente la necesidad que tenemos de leyes, y la ventaja preciosa que Dios nos ha hecho dándonoslas. Mas, ¿por qué nos ha hecho un mandamiento particular de amarlo, y por qué lo llama el primero y más grande de los mandamientos?

II. El mismo doctor enseña con la misma solidez y la misma sublimidad de doctrina, en otra parte de su obra contra los gentiles, que todo legislador tiene por fin, al dar sus leyes, el hacer buenos á aquellos á quienes las da, y conducirlos al fin que él se ha propuesto; así, las leyes que rigen una ciudad tienden á conservarla en paz; las que rigen un ejército, á hacerle reportar la victoria. Dios; por consiguiente, soberano legislador, dando leyes y mandamientos, se ha propuesto dos cosas: hacernos virtuosos, y hacernos llegar al fin para el cual nos ha creado. ¿Cuál es este fin, dice Santo Tomás? El fin del hombre es estar unido á Dios, porque en esto consiste su felicidad. (1) Mas, como el amor, más que toda otra cosa, es el que une al hombre con Dios, por la fuerza que identifica el objeto amante con el objeto amado, y que lo hace consumado en la virtud, uniéndole con la bondad y la santidad primera, se sigue necesariamente que la ley divina tiene por fin principal al amor, y que, por consiguiente el mandamiento del amor de Dios es el más grande y el primero de todos

1 Finis humanae creaturae, est adhaerere Deo; in hoc enim felicitas ejus consistit. S. Thom., lib. III. contr. Gent., cap. CXV y CXVI.

los mandamientos, al cual se refieren todos los demás, del cual dependen y el cual los rige á todos. (1) Por esto San Pablo dice que el precepto de la caridad es el fin de todos los mandamientos de Dios, (2) que no tienden sino á hacer observar más perfectamente éste, en el cual, como dice el mismo apóstol, está contenida toda la ley. (3)

Por esto aprendemos que el mandamiento del amor nos es dado como el más grande y el primero de todos, porque nos une á Dios, y que aquí está nuestro fin y nuestra felicidad en esta vida y en la otra; que, por consiguiente, este mandamiento es para nosotros el manantial de una multitud de riquezas; que llena nuestra alma de un torrente de alegría, y que es el fundamento de nuestra verdadera grandeza y de nuestra verdadera nobleza.

III. Para comprender mejor esta consecuencia, es preciso advertir la diferencia que hay entre el entendimiento y la voluntad, y entre las operaciones del uno y de la otra. Cuando el entendimiento piensa en un objeto, él lo atrae á sí, le identifica con él, se le hace semejante, es decir, puro, espiritual; descargado de toda materia. Así, cuando miramos un objeto, una columna, por ejemplo, el ojo no entra en la columna, sino que la imagen de la columna viene á fijarse en el ojo, no de una manera material y grosera, sino de una manera extraordinariamente sutil; esto es lo que se llama figura intencional; del mismo modo, cuando el en-

1 Necessae est quòd intentio divinae legis principaliter ordinatur ad amandum. Ibid.

2 Finis praecepti charitas. I. Tim., I. 2.

3 Plenitudo legis est dilectio. Rom. XIII, 10.

tendimiento piensa en esta columna, la recibe, en cierto modo, en sí mismo por la imagen que se forma de ella. Esto es lo que Santo Tomás y los filósofos llaman el verbo del alma, la expresión del objeto material, formada por la inteligencia. (2) La voluntad, por el contrario, no atrae á sí el ob-

² *Verrum mentis et lapis intellectus.*

jeto que ama, sino que ella va á él, ella lo recibe por la fuerza de sus afectos, ella se une á él, y se cambia en este objeto, tomando sus cualidades y su naturaleza en cierta manera. Se sigue de esto, que el hombre no se hace semejante á una cosa por el pensamiento que tiene de ella, sino por el amor que le tiene. Así, el conocimiento simple del vicio, no hace á un hombre vicioso, sino el amor del vicio; en efecto, Dios conserva su santidad infinita con el conocimiento muy particular que tiene de todos los pecados que se hacen y que puedan cometerse; pero sería pecador, si amara el menor de esos pecados, porque la acción del amor transforma al amante en el objeto amado y le da sus inclinaciones y su naturaleza: *Han llegado a ser abominables como las cosas que han amado.* (1) "Cada uno es tal cual es el objeto de su amor, dice S. Agustín; si amais la tierra, llegareis á ser terrestre; si amais á Dios, llegareis á ser, en cierto modo, divino; no me atreveré á decir esto de mí mismo, sino escuchemos las Escrituras que dicen, hablando de los hombres: *Yo he dicho: sois dioses é hijos del Altísimo.*" (2)

1 *Facti sunt abominabiles sicut ea quae dilexerunt.* Os. XI, 10

2 *Talis est quisque, qualis ejus dilectio est: terram diligis? terra eris! Deum diligis? quid dicam! deus eris, non audeo dicere ex me: Scripturas audiamus: Ego dixi dii estis, et filii altissimi omnes.* S. Aug., *Traet. 2. in. ep. 1 Joan.*

IV. Puesto que el amor tiene el poder de hacernos semejantes al objeto amado, cuál no es, pues, la grandeza á la cual el hombre es elevado por el amor de Dios! Porque, como Dios es infinitamente bello, noble, rico, poderoso, sabio, bueno, perfecto; como él es la nobleza, la riqueza, el poder, la sabiduría, la belleza, la bondad, la santidad, y la perfección por esencia, amándolo el hombre, por consiguiente, uniéndose y transformándose en él, llegará también á ser muy noble, muy rico, y como participante de todas las demás perfecciones de Dios; y esto en un grado tanto más eminente cuanto mas grande será el amor, porque los grados de la unión y de la transformación siguen á los del amor. Así se podrá decir, con el Profeta, de un hombre que ama en el grado más eminente: *estais como un dios.* Una cosa llega á ser vil cuando se une á cosa de menor valor; la plata no se envilece ligándose con el oro, al contrario, se ennoblece; pero se envilece ligándose con el plomo "Es evidente, dice Santo Tomás, que la creatura racional, que tiene alma espiritual, inmortal, criada á la imagen de Dios, es más excelente y más perfecta que todas las criaturas corporales, que no hacen sino pasar, y que así ella se mancha y se abaja, cuando da su amor á las cosas temporales que están bajo de ella; al contrario, ella se eleva y se purifica, cuando ama lo que está sobre ella, es decir, su Dios." (1) Aña-

1 *Manifestum est autem quòd rationalis creatura dignior est omnibus temporalibus et corporalibus creaturis, et ideò impura redditur ex hoc quod temporalibus se subicit per amorem, á quã quidem impuritate purificatur per contrarium motum dãm scilicet tendit in id quod es supra se scilicet in Deum.* S. Thom., II, 2, q. 7. art. 2.

damos á estas bellas consideraciones de Santo Tomás una reflexión excelente que nos viene de los platónicos, y que refiere Marcelo Ticin.

Aquel que ama á Dios con un amor verdadero, lo encontrará y se volverá á encontrar en él, porque volverá á su original y á su idea primera, que es Dios, sobre cuyo modelo ha sido formado; allí encontrará todo lo que le falta para ser perfecto, porque el amor lo tendrá siempre unido á aquel que es su verdadero prototipo. Por esto aquel de entre nosotros que permanece separado de Dios no es un verdadero hombre, sino solamente un hombre á medias; y no llega á ser un hombre perfecto sino cuando el amor lo une á su autor. (2)

2 Qui Deum vero amore prosecutus fuerit, Deum inveniet, et se in Deo recuperabit, qui ad suam, per quam creatus est, redibit ideam, ubi rursus reformabitur, quia ideae suae perpetuò cohaerebit. Ideò quisquis nostrum in terris á Deo separatus, est, non verus est homo, sed semi-homo, cum á sui ideâ sit formâque disjunctus. Plat., in Convivium. cap. XXI, orat. 6.

SECCION SEGUNDA.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Tenemos una muy grande obligación para con Dios por habernos dado el mandamiento de amarlo. II.—Este mandamiento no es imposible.

I. De todo cuanto acabamos de decir, debemos concluir que los tesoros de riquezas y de gloria que el amor de Dios nos procura, son inmensos, y que debemos á Dios un reconocimiento infinito por habernos dado este mandamiento. Puesto que Dios es tan grande y nosotros tan pequeños, que su amor es tan honroso para nosotros y tan útil, ya hubiera sido una gracia muy superior á nuestros méritos el que solamente nos hubiera permitido el amarlo. Podemos comprenderlo por lo que sucede comunmente entre los hombres. Los reyes, aunque de la misma naturaleza de sus súbditos, no acostumbran decirles: Os permito que me ameís, sino: quiero que me sirvais; ó si alguna vez lo dicen, es sólo á sus favoritos, en la intimidad, porque, como lo hemos dicho, el amor establece una especie de igualdad. Ahora bien, Dios no nos permite solamente el amarlo, sino que nos lo manda por el más grande, más expreso y el primero de todos los mandamientos; y este mandamiento es-

tá concebido en términos los más urgentes, y dado con seguridades infalibles de hacernos muy dichosos tanto en esta vida como en la vida eterna, si lo observamos, ó desgraciados si faltamos á él; ¿no debemos mirar este beneficio como el mayor de todos? Si él nos hubiera mandado amar un objeto sensible, como una piedra ó un árbol, hubiéramos debido hacerlo sin réplica, porque él es nuestro soberano Señor, porque tiene todo poder de mandarnos, porque somos sus criaturas y debemos obedecerlo. Pero mandarnos que lo amemos á él que es la bondad, la belleza, la riqueza y la felicidad por esencia; darnos por consiguiente el medio de unirnos á él por nuestro amor, y de llegar á ser participantes de su naturaleza cuanto la nuestra es capaz de ello, ¿no es este el testimonio más inconcebible de su amor para con nosotros, y un beneficio que debe unirnos á él y ser el motivo de nuestro reconocimiento eterno? Si S. Agustín, penetrado vivamente de la grandeza de este beneficio, exclama con todo el ardor de su corazón: "¿Quién sois para mí, oh Señor, y quién yo para vos, para que me mandeis que os ame, y que os irriteis contra mí si no soy fiel, y que me amenaceis con agobiarme y perderme sin recurso? Ah! ¿no es acaso la mayor desgracia el no amaros?" (1) Y, ciertamente, si Dios nos hubiera prohibido el amarle, hubiéramos debido solicitar el permiso de ello al precio de toda la sangre que corre en nuestras venas, puesto que este amor es el manantial de tantos bienes y de ventajas tan sólidas.

1 Quid mihi es? quid tibi sum ipse, ut amari te jubeas, á me et nisi faciam, irascaris mihi, et mineri ingentes miseriae? parvane ipsa est, si non amem te? S. Aug., lib. I. Conf. c. V.

Por esto, puesto que nos ha permitido amarle, que nos ha hecho aún de ello un precepto, observemos, por consecuencia, este mandamiento y guardémoslo en toda su extensión; es decir, amemos á nuestro Dios enteramente, con todo nuestro corazón y con toda nuestra voluntad, con toda la fuerza de nuestro entendimiento, con todo el ardor de nuestros sentimientos, con todos nuestros sentidos y con todas las potencias de nuestra alma; de manera que la voluntad con todos sus afectos, el entendimiento con todos sus pensamientos, el apetito con todas sus pasiones, el cuerpo con todos sus miembros y todas sus sensaciones, estén consagrados y empleados en la práctica del amor de este buen Maestro. Que todas las potencias de nuestra alma y de nuestro cuerpo sean como otros tantos tronos en donde él reine con una autoridad absoluta para gobernar el interior y el exterior; de suerte que los ojos no miren, las orejas no oigan, las manos no toquen, los demás sentidos no obren sino por su dirección. Así es como debemos esforzarnos por observar este mandamiento.

II. No podemos decir que esto es imposible, de otro modo esto sería acusar á Dios de ignorancia ó de injusticia; de ignorancia, puesto que entonces no sabría hasta dónde pueden llegar nuestras fuerzas, asistidas por su gracia, la cual no deja jamás de concedernos en la medida necesaria para obedecer exactamente á su mandamiento; de injusticia, puesto que nos condenaría á tormentos eternos, por no haber observado un mandamiento que estaría sobre nuestras fuerzas, y que por esto mismo no nos obligaría. Por consiguiente, puesto que este es un mandamiento, es posible. Iremos

más lejos, y diremos que no solamente es posible, sino aun fácil. Si era para los judíos fácil en la ley de temor y rigor, ¿no lo es más á los cristianos bajo la ley de gracia y amor, y más aún á los religiosos, si quieren corresponder á la gracia que han recibido? ¿No ha dicho Nuestro Señor que su yugo era dulce y su carga ligera? (1) ¿Por qué, pues, á pesar de este oráculo de la verdad misma, creíamos difíciles, imposibles aun las leyes que nos ha dado, y sobre todo la primera de todas, la que más toma á pechos, y cuya observancia nos ha recomendado con tanto cuidado? (2) Mas escuchemos á Dios mismo hablando á los judíos y á todos nosotros por boca de Moisés: *El mandamiento que os doy ahora, de amar á Dios con todo vuestro corazón, no está sobre vuestras fuerzas, ayudadas de mi gracia; no está lejos de vosotros, colocado en el cielo, de manera que podríais decir: Quién podrá llegar hasta ella para ser fiel á él? No está al otro lado de los mares, y no podríais decir: ¿Quién podrá atravesar la inmensidad de las aguas? Sino que está á vuestro alcance, proporcionado á vuestra debilidad, sostenido con un socorro divino; está en vuestro corazón, conforme á vuestra naturaleza; porque el hombre habla naturalmente de los que le hacen bien y no puede dejar de amarlos.* (3)

1 Matth. XI, 30.

2 Numquid adhaeret tibi sedes iniquitatis, qui fingis laborem in procepto? Ps. XCIII, 20.

3 Mandatum hoc, quod ego proecipio tibi hodie non supra te est, neque procul positum, nec in caelo situm, ut possis dicere: Quis nos trum valet ad caelum ascendere, ut deferat illud ad nos, et ardiamus atque opere compleamus? Neque trans mare positum, ut causeris et dicas: Quis ex nobis poterit transfretare mare et illud ad nos usque deferre; ut possimus adire et facere quod

Considerad, por tanto, atentamente, continúa Moisés, que yo os presento hoy la vida y la muerte, la felicidad y la desgracia, para llevaros á amar al Señor vuestro Dios, á fin de que viváis y que os bendiga. Mas si no quereis observar el mandamiento que os da, y si, dejandous seducir, adoráreis dioses extraños; si amais algo con perjuicio suyo, yo os anuncio hoy que todos perecereis. Tomo por testigo al cielo y la tierra, que yo os propango hoy la vida ó la muerte. En cuanto á nosotros, que somos cristianos, podemos con mucha mayor razon tomar el cielo por testigo, puesto que hay en este lugar de felicidad tantas almas dichosas, tantos hombres y mujeres, aveiaños y débiles niños, niños que han encontrado esta ley del amor no solamente posible, sino también dulce y fácil; que le han cumplido perfectamente durante su permanencia en la tierra, á pesar de todas las dificultades y las tentaciones, las prisiones, los destierros, las espaldas, las ruedas, los fuegos, el desgarramiento de su carne, el quebrantamiento de sus huesos y toda la rabia del infierno. Por otra parte, uno y otro hemisferio están llenos de personas de uno y otro sexo, de toda edad, de toda condicion, compuestos de carne y hueso como nosotros, sujetos á las mismas penas, á las mismas tentaciones, á las mismas debilidades, á mayores todavia quizás, que observan este mandamiento en toda su perfección, que aman á Dios con todo su corazón, y que están resueltos á sufrir más bien mil muertes que ofenderlo, ó hacer de propósito deliberado la

proscriptum est? Sed jura te est sermo valdè in ore tuo, et in corde tuo, ut facias illum. Deut., XXX, 11.

menor cosa contra su amor. *Amad por tanto al Señor vuestro Dios, concluye Moisés, uníos á él, y obtened por esto la vida verdadera.* (1)

Obedezcamos, pues, un mandamiento tan dulce y tan fácil; amemos á Nuestro Señor Jesu-Cristo y amémoslo como este mandamiento nos lo ordena, con todo nuestro corazón, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. El mismo nos enseña *que toda la ley consiste en el amor de Dios y del prójimo.* (2) Si lo amamos, cumpliremos perfectamente toda la ley, dice muy bien san Buenaventura, porque él es nuestro Dios, y al mismo tiempo nuestro prójimo, en cuanto hombre. Amémoslo, pues, observemos la ley y estemos ciertos que además de la vida eterna, que nos está asegurada en el cielo, poseeremos desde ahora todo el goce y toda la felicidad que es posible gustar en la tierra.

1 Elige ergó vitam ut et tu vivas, diligas Dominum Deum tuum, atque obedias voci ejus, et illi adhaer eas. Ibid.

2 In his duobus mandatis universa lex pendet et profetae. Matth., XXII, 40.

CAPITULO XV.

Motivo undécimo de amor.

El amor es la prueba más segura de la predestinación.

I. Los predestinados.—II. Predestinación de los ángeles y de los hombres fundada sobre Nuestro Señor.—III. Pruebas tomadas de parte de Dios Padre.—IV. Otras pruebas tomadas de parte de Dios Hijo.—V. Importancia de este motivo.

I. Este motivo es de grande importancia, puesto que nuestra felicidad eterna depende de él. El divino Esposo tocando en la noche la puerta de la casa de la Esposa, le dice: *Ábreme, hermana mía, mi muy amada, paloma mía, mi toda bella é immaculada, porque mi cabeza está cargada do rocío y mis cabellos están empapados con el rocío de la noche.* (1) ¿Cuáles son los cabellos de este sagrado amante? Los Padres dicen que son los predestinados. La cabeza de Jesu-Cristo, es Dios, dice San Paulino: los elegidos son sus cabellos, por los cuales el Padre toma en el Hijo sus divinas complacencias. (2) Con razón los elegidos son llamados los

1 A peri mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea, quia caput meum pleum est rore, et cincinni mei guttiss noctium. Cant. V, 2.

2 Caput Christi Deus, et crines ejus electio sanctorum in Christo, quiquis pater gaudet in illo. Sn. Paul in. op. IV.

menor cosa contra su amor. *Amad por tanto al Señor vuestro Dios, concluye Moisés, uníos á él, y obtened por esto la vida verdadera.* (1)

Obedezcamos, pues, un mandamiento tan dulce y tan fácil; amemos á Nuestro Señor Jesu-Cristo y amémoslo como este mandamiento nos lo ordena, con todo nuestro corazón, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. El mismo nos enseña *que toda la ley consiste en el amor de Dios y del prójimo.* (2) Si lo amamos, cumpliremos perfectamente toda la ley, dice muy bien san Buenaventura, porque él es nuestro Dios, y al mismo tiempo nuestro prójimo, en cuanto hombre. Amémoslo, pues, observemos la ley y estemos ciertos que además de la vida eterna, que nos está asegurada en el cielo, poseeremos desde ahora todo el goce y toda la felicidad que es posible gustar en la tierra.

1 Elige ergó vitam ut et tu vivas, diligas Dominum Deum tuum, atque obedias voci ejus, et illi adhaereas. Ibid.

2 In his duobus mandatis universa lex pendet et profetae. Matth., XXII, 40.

CAPITULO XV.

Motivo undécimo de amor.

El amor es la prueba más segura de la predestinación.

I. Los predestinados.—II. Predestinación de los ángeles y de los hombres fundada sobre Nuestro Señor.—III. Pruebas tomadas de parte de Dios Padre.—IV. Otras pruebas tomadas de parte de Dios Hijo.—V. Importancia de este motivo.

I. Este motivo es de grande importancia, puesto que nuestra felicidad eterna depende de él. El divino Esposo tocando en la noche la puerta de la casa de la Esposa, le dice: *Ábreme, hermana mía, mi muy amada, paloma mía, mi toda bella é immaculada, porque mi cabeza está cargada de rocío y mis cabellos están empapados con el rocío de la noche.* (1) ¿Cuáles son los cabellos de este sagrado amante? Los Padres dicen que son los predestinados. La cabeza de Jesu-Cristo, es Dios, dice San Paulino: los elegidos son sus cabellos, por los cuales el Padre toma en el Hijo sus divinas complacencias. (2) Con razón los elegidos son llamados los

1 A peri mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea, quia caput meum pleum est rore, et cincinni mei guttiss noctium. Cant. V, 2.

2 Caput Christi Deus, et crines ejus electio sanctorum in Christo, quiquis pater gaudet in illo. Sn. Paul in. op. IV.

cabellos de Jesu-Cristo; porque, así como los cabellos tienen su raíz en la cabeza, allí nacen y permanecen unidos no como partes de su substancia, sino producidos por su virtud, así los predestinados encuentran su felicidad en Jesu-Cristo, de el cual salen y al cual permanecen unidos; no como partes de su divinidad, sino como frutos de sus méritos, y como otras tantas obras maestras de su gracia que sobrea abunda en ellos. Los cabellos están más unidos á la cabeza que todas las demás partes del cuerpo; del mismo modo los elegidos están unidos á Jesu-Cristo por el amor particular que él ha tenido por ellos desde toda la eternidad, durante su vida mortal, y que tendrá para siempre, y por el que ellos sienten por él y que tendrán durante toda la eternidad. Además, los cabellos sirven de adorno y de defensa á la cabeza, la cubren y la garantizan contra todas las injurias del aire, de las incomodidades exteriores á las cuales está sujeta; del mismo modo, los elegidos son la corona y la gloria del Hijo de Dios, son sus más ricas conquistas, los adornos más bellos de sus triunfos: combaten por sus intereses, lo defienden cuando los males lo atacan, le forman un escudo con sus cuerpos, con su vida, sus bienes, y su honor por defender el de él.

Mas hay sobre todo dos cosas particulares en los cabellos de Jesu-Cristo, que convienen muy bien á los predestinados. 1.º Los cabellos de Jesu-Cristo jamás fueron cortados, porque era de profesión Nazareno, y la ley dice: *El fierro no tocará la cabeza del Nazareno; sino que dejará crecer sus cabellos, y por esta señal será consagrado*

al Señor. (1) Los predestinados, en el admirable designio de la predestinación; no son separados de su cabeza, Jesu-Cristo, como él mismo lo atestigua en la admirable oración que hizo á su Padre, algunos instantes antes de su muerte: *Yo he guardado á aquellos que me habeis dado, y ni uno solo de ellos ha perecido*. (2) Nuestro Nazareno no llega á ser calvo, los cabellos no se le caen, porque tiene en la cabeza bastante humedad, bastantes gracias eficaces y recursos poderosos para nutrirlos y conservarlos. *Yo doy la vida á mis elegidos, dice Jesu-Cristo, no perecerán jamás y nadie podrá arrancármelos*. (3) 2.º Esos cabellos son color de púrpura, puesto que el Espíritu Santo dice que los cabellos del Esposo eran de este color. (4) Lo mismo es de estos del Esposo, puesto que, según San Pablo, Jesu-Cristo es la cabeza de la Iglesia. (5) No se trata aquí de cabellos naturales, que según la relación de los historiadores, eran de un rubio obscuro, sino de cabellos misteriosos, es decir, de los elegidos. Pero, ¿por qué son de púrpura más bien que de otro color? La púrpura es un licor muy precioso que se saca del pescado, y que tiene la virtud de dar á la lana más simple un color tan brillante, que la hace propia para servir en el vestido de los reyes: así los predestinados son predes-

1 *Omni tempore separationis sue novacula non transibit per caput ejus, sicutum erit, crescente coesarie capitis ejus. Num. VI. 5*

2 *Quos dedisti mihi, custodivi, et nemo ex his perit. Joan. XVII, 12.*

3 *Ego vitam æternam do eis, et non peribunt in æternum, et non appiet eas quisquam de manu meá. Joan., X. 28.*

4 *Comae capitis ejus sicut purpura regis. Cant. VII, 5.*

5 *Ephes., V, 23.*

tinados porque están rociados y se lavan continuamente en la sangre del Hijo de Dios, con más abundancia aún que los demás; y aun cuando de sí mismos no sean sino pobres criaturas, sujetas á muchas miserias, y que á veces parezcan aun el desecho de los demás hombres, desde el momento que son lavados en esta sangre preciosa, toman ahí este color brillante que los vuelve bellos á los ojos de Dios. "La sangre de Jesu-Cristo es una púrpura que da nuevo vigor á los elegidos, dice San Ambrosio, y los vuelve no solamente brillantes de gloria, sino que los eleva en poder, los hace reyes, y reyes más elevados que los de la tierra, puesto que les da un reino eterno." (1) Así es como los predestinados son mirados como los oscabellos místicos de Jesu-Cristo.

II. Muchos grandes teólogos (2) piensan que el respeto y el amor para con el Verbo encarnado han sido la causa de la predestinación y de la reprobación de los ángeles. Dios les hizo conocer, después de haberlos criado, el designio que tenía de unir la naturaleza humana á la suya, y les propuso á este Hombre-Dios, con orden de reconocerlo por su Señor y adorarlo. Entonces se dividieron en dos partes: unos, teniendo á su cabeza á Lucifer, lleno de orgullo y de envidia de que este exceso de honor fuera concedido á la naturaleza humana,

1 Sanguis Christi purpura est, quae inficit sactorum animas, noa solùm colore resplendens, set etiam potestate, quia reges fecit et meliores reges quibus regnum donet aeternum. Sn. Ambr. Serm. 17, in Psal. 118.

2 Alex. 3. part. q. 2. membr. 13. Carthus. in 2 distinct. 5. q.—Suárez: 3. par. Tom. 2, d. 31, sect. 3.—Granad. de Angel. tr. 13. disp. 2, sect. 4.

muy inferior á la suya, rehusaron rendir sus deberes á este Hombre-Dios, y por esta repulsa fueron reprobados; otros, al contrario, mucho más sabios, tomaron una resolución que tenía su origen, no en el orgullo, sino en la humildad; no en la ambición de honor que era concedido á la humanidad, sino en un tierno afecto por ella. Honouraron la persona de Jesu-Cristo, le ofrecieron sus adoraciones y sus homenajes, y merecieron por esto la gracia de la predestinación. Si así pasó con los ángeles, con cuánta mayor razón podemos asegurar que la predestinación ó la reprobación, la felicidad ó la desgracia de los hombres dependen de la devoción y del amor que tendrán por Jesu-Cristo. Así, San Pablo, siempre inflamado de celo por la gloria de este Señor, fulmina los más terribles anatemas contra aquellos que no lo amaran. (1) Podemos con tanta seguridad prometer la bendición y la predestinación á cualquiera que tenga amor por él; mas veamos las pruebas.

III. Tomaremos las primeras pruebas de parte de Dios Padre. Nuestro Señor, dice, hablando á sus apóstoles, los cuales representaban á todos los predestinados: *Mi padre os ama, porque vosotros me habeis amado;* (2) el amor que me teneis es la causa del que mi Padre os tiene. Ahora bien, ¿qué felicidad más grande que la de ser amado de Dios Padre? ¿qué ventaja para aquel que posee este afecto! Jesu-Cristo mismo lo declara por estas bellas palabras: *Si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos á él y en él habitaremos,* no de una ma-

J I. od Cor. XVI, 22.

2 Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis. Joan., XVI, 27. S. Aug., S. Cyrillus, in illum locum.

nera pasajera, sino de una manera constante: (1) esto es lo que significa la palabra *mansio*, según los intérpretes. (2) Permaneceremos en él como en nuestro templo, añadía San Agustín, (3) consagrándolo á nuestro servicio, santificándolo, purificándolo, desplegando ahí la grandeza de nuestras misericordias, llenándolo de las riquezas de la gracia en su cuerpo y en su alma, y preparándolo á gozar de los tesoros eternos de la gloria; y esto porque me habeis amado. (4) San Agustín explica también esto en pocas palabras: Los que aman, son elegidos porque aman; los que no aman, quienes quiera que sean, son nada; cualquiera cosa que hagan, nada hacen; sólo el amor hace la elección, separa á los santos de los mundanos, á los elegidos de los réprobos. (5) El Espíritu Santo había dicho mucho tiempo antes, por boca del sabio: Dios no ama sino á aquel que ama la sabiduría, es decir, a la sabiduría encarnada, según la interpretación de los doctores; (6) de donde concluyo que el Padre ama á aquellos que aman á su Hijo, y que su predestinación es un efecto de este amor.

Pero, ¿por qué el amor que se siente por el Hijo tiene un poder tan grande sobre el Padre? el Hijo mismo ha respondido á esta pregunta por estas

- 1 Si quis diligit me, Pater meus diliget eum, et ad eum veni-
mus, et mansionem apud eum faciemus. Joan, XIV, 25.
2 Chrys-Theoph. apud Maloniat. ibid. tract. 76. in Joan.
3 Intus utique tanquam in templo suo. Aug., Tr. 76 in Joan.
4 Quia vos me amastis. Ibid.
5 Qui diligunt, quia diligunt eliguntur; qui vero non dili-
gunt, si linguis hominum loquantur et angelorum, sicut velut
oeramentum sonans; dilectio sanctorum discernit á mundo Ibid.
6 Neminem diligit Deus nisi eum, qui cum sapientiâ inhabi-
tat. Sap., VII, 28.

misteriosas palabras, que dirige á su Padre: *Que vuestro amor esté en ellos como yo estoy en ellos.* (1) Está en los elegidos no solamente, como Dios, cual está en las demás criaturas, por su esencia, su presencia y su potencia, ni por su sola gracia, por la cual se encuentra en todos los hombres, que no están en pecado mortal, sino que quiere decir que está ahí de una manera toda particular, por la semejanza que el amor que le tienen produce en ellos; y como este amor los forma á su imagen, es imposible que el Padre no los ame en esta semejanza con su Hijo. Y como él ama á su Hijo más que á cuanto ha creado, y que lo ha establecido, cabeza de los predestinados, y ha difundido sobre él toda la plenitud de sus riquezas, así, después de él, los ama más que á todos los demás hombres, los predestina de la manera más admirable, y los enriquece de una superabundancia de bienes, porque nada ve que se asemeje más á su Hijo; por esto los ama con el amor que tiene por este divino Hijo, según esta oración de Jesu-Cristo: *Que el amor que teneis por mí repose sobre ellos.* Es una máxima general, en materia de amor, que aquel que ama á alguno sinceramente y por sí mismo, ame por una consecuencia necesaria á todos aquellos que le están unidos, y los mire como estándole adquiridos por el amor. Así, vemos que la madre, que quiere perfectamente á su hijo, tiene cariño á todos los que se lo tienen á su hijo, les da entrada y los acoge en su casa. Amando el Padre Eterno con un amor infinito á su Hijo único, comprende en

1 Ut dilectio tua quâ me dilexisti, in eis sit, et ego in ipsis. Joan., XVII, 26.

este amor á todos aquellos que aman á este Hijo; y en virtud de este amor, los favorece, los destina á ser para siempre felices con su Hijo, aun cuando esto no fuera sino por no privarlo de un bien que es de él.

IV. Las demás razones están tomadas de parte del Hijo. Algunos piadosos y sabios teólogos, (1) enseñan que aun cuando el designio general de Dios, de restablecer el género humano en sus antiguos derechos, haya precedido al de la encarnación de su Hijo, puesto que ha escogido la encarnación como medio de ejecutar esta gran obra, sin embargo, el designio particular de la predestinación no ha sido formado sino después del de la encarnación, puesto que está fundado sobre los méritos de Nuestro Señor. *El nos ha elegido*, dice San Pablo, en Jesu-Cristo, es decir, en consideración de Jesu-Cristo, *antes de la producción, efectiva del mundo; nos ha predestinado y hecho sus hijos adoptivos por los méritos, como por la gloria de su Hijo natural.* (2) Estos doctores añaden en seguida que, en el asunto de la predestinación de los hombres, Dios no ha establecido á Nuestro Señor solamente como ejecutor de sus voluntades y el economo de sus gracias, sino que le ha elevado al honor de dejarle la libertad de concederlas á quien le agradase, pues que, conociendo todo lo que sería más ventajoso á la gloria y servicio de su Padre, su celo ardiente, le haría hacer la mejor elección. Añaden aún, con mucha probabilidad,

1 Lessius de proed. Christi, sect. 9.

2 Elegit nos in ipso, ante mundi constitutionem, prodestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum in ipsum. Ephes., I, 4.

que la dirección universal de las cosas humanas, de los ángeles mismos, del universo, en lo que tiene relación con la salvación del género humano, ha sido puesta en sus manos. Porque de otra manera, ¿cómo hubiera podido decir con verdad: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra*, (1) si no puede disponer por sí mismo de todas las cosas que tienen relación con el interés temporal ó eterno, y si está encargado solamente de cumplir los designios de Dios? Así, queriendo reanimar un valor abatido, dice en el Apocalipsis: *Nada temais, yo soy el primero y el último; estoy vivo y he muerto; mas ahora vivo para siempre y tengo en mis manos las llaves de la muerte y del infierno*, es decir, como lo explica Ruperto, tengo el poder de perdonar el pecado; y, cuando perdono, cierro las puertas de la muerte y del infierno para aquellos que creen en mí. (2) Con estas llaves, que son el poder soberano, *él abre y nadie puede cerrar, él cierra y nadie puede abrir.* (3)

Nada parece más justo; porque, puesto que Nuestro Señor ha muerto por todos los hombres, que ha satisfecho plenamente por los pecados de todos, que ha merecido á cada uno los socorros y gracias necesarias para salvarse, era conveniente que pudiera disponer de todos los bienes que había comprado él; distribuir, como quisiera, las gracias que había adquirido por su sangre, y dar á quien qui-

1 Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Matth., XXVIII, 18.

2 Potestatem habeo dimittendi peccata, peccata verò dimittendo, mortem in me credentibus claudio, infernum obstruo. Rupert in illum locum.

3 Aperit et nemo claudit; claudit et nemo aperit. Apocal., III, 7.

siera el precio de sus trabajos. Mas, ¿á quién hubiera podido dar estos testimonios de su benevolencia sino á aquellos á quienes ha previsto que lo habían de amar un día? No podemos dudar de ello, porque sería imposible á su corazón noble y generoso el verse amado de alguno, sin amarlo incomparablemente más, y sin colmarlo de bienes. Cuando Foción rehusó los grandes regalos que Alejandro le había enviado, como muestras del afecto, del cual le había dado pruebas en diferentes circunstancias, el encargado de llevárselos le instaba para que no los rehusara, diciéndole que Alejandro no podía sufrir que fuera pobre siendo su servidor. Nosotros tenemos mucha mayor razón de creer que este Dios, que aventaja infinitamente á Alejandro en bondad, en reconocimiento, en valor, en magnificencia y en riqueza, jamás dejará en necesidad á aquellos que lo aman, sino que los colmará de toda suerte de bienes. Así, después de haber dicho por Salomón: *Los reyes gobiernan por gracia mía, y los príncipes tienen sus coronas por mi liberalidad;* y entendiendo hablar aquí de los destinados á los cuales se les puede dar el título de grandes y poderosos reyes, puesto que son llamados á gozar de un reino infinitamente rico, y en comparación del cual todos los reinos de la tierra son como un grano de arena, añale: "Yo amo á aquellos que me aman; aquel que me busque con todo el ardor de su corazón me encontrará, y conmigo encontrará todas las riquezas y la gloria del cielo, que doy á quien quiero." (1) El mismo dice

1 Per me reges regnant, per me principes imperant. Ego diligentes me diligo, et qui manè vigilaverint ad me, invenient me; mecum sunt divitiæ et gloria. Prov. VIII, 15.

en San Juan: "Aquel que me ame será amado de mi Padre y yo también lo amaré, no solamente como Dios, sino también como hombre; y para darles pruebas de mi amor yo me manifestaré á él." (1) Lo haré primero desde este mundo, dice San Cyrilo, (2) dándole el conocimiento de mis misterios, no un conocimiento obscuro y ordinario, tal cual lo doy al común de los fieles, sino un conocimiento claro, distinto, un conocimiento interior, y después, según San Agustín, descubriéndome para siempre á él en el reino de mi gloria, que será la recompensa de su amor.

V. ¿Qué hay más propio para excitarnos al amor de Nuestro Señor! Hablando San Bernardo del misterio profundo de la predestinación, dice entre otras cosas: "¿Quién puede decir: yo soy del número de los elegidos, yo estoy predestinado á la vida, soy del número de los hijos? puesto que la Escritura nos asegura que *nadie sabe si es digno de amor ó de odio*. A la verdad, no tenemos certidumbre alguna; pero la esperanza nos consuela y nos fortifica, no fuera que la incertidumbre de una cosa tan importante nos sumergiera en la inquietud y abatimiento. Por esto Dios nos ha dado ciertas señales, que son prendas tan seguras de predestinación, que, meramente hablando, es imposible que aquellos en quienes se encuentren no sean del número de los elegidos." (3) Ahora bien, entre

1 Qui diligit me, diligetur á Patre meo, et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Joan. XIV, 21.

2 S. Cyrill. Alex. in illum locum.

3 Quis potest dicere, ego de electis sum, ego de prædestinatis ad vitam, ego de numero filiorum? Quis hæc iquam, dicere potest? reclamante nimirum scripturá. Nescit homo an sit dignus

todas estas señales, está fuera de duda que no hay otra más grande y más cierta que la del amor por Nuestro Señor, puesto que él es nuestro todo, que de él depende nuestra salvación y que *no hay otro nombre bajo el cielo, como dice el príncipe de los Apóstoles, por el cual podemos salvarnos.* (1) Amémosle, por tanto, ardentemente á fin de tener esta señal de predestinación, y la santa alegría que esta seguridad da al corazón. "¿Qué reposo y qué alegría puede tener nuestro espíritu, dice S. Bernardo, si poniendo los ojos en nosotros mismos, no encontramos ahí ninguna señal de predestinación ni presagio alguno de nuestra felicidad eterna?" (2) *La colocará como una columna en un lugar firme,* dice Isaias hablando del sumo sacerdote Eliacim; *será un trono de gloria en la casa de su padre; se suspenderá en esta columna todo cuanto hay de más raro y más precioso en la casa, desde las copas hasta los instrumentos de música.* (3) Esta profecía se aplica á Ntro. Señor, á el cual están unidos todos los predestinados, que son el honor del género humano, lo que hay de más noble y más

amore, aut odio. Certitudinem non habemus, sed spei fiducia consolatur nos, ne dubitationis hujus anxietate penitus cruciemur. Propter hoc data sunt signa quedam et indicia manifesta salutis ut indubitabile sit eum esse de numero electorum in quo ea signa permanserint. S. Bern. Serm. 1. in Septuag.

1 Nee enim aliud nomen est sub caelodatum hominibus, in quo oporteat nos solos fieri. A. A. IV. 20.

2 Quam enim requiem habere potest spiritus noster, dum predestinationis suae nullum adhuc testimonium tenet? S. 2. in oct. Pase.

3 Figam illum paxillum in loco fideli, et in solium gloriae domui patris ejus. Et suspendent super eum omnen gloriam domus patris ejus, vasorum diversa genera, omne vas parvulum. A vasis craterarum usque ad omne vas musicorum. Is., XXII, 23.

grande en el universo, órganos de la gloria de Dios, y que cantarán por siempre con la más dulce melodía y el más perfecto acorde las alabanzas de aquél que los ha salvado. Por tanto, unámonos así á él por la fe, la práctica de las obras buenas, mas sobre todo por los lazos del amor.

CAPITULO XVI.

Motivo duodécimo de amor.

El amor que los hombres se tienen entre sí

SECCION PRIMERA.

I. Amor excesivo que se tienen los hombres.—II. Diferencias entre el amor de Dios y el amor de los hombres, por parte de la persona amante.—III. Por parte de la persona amada.—IV. Diferencia común al uno y al otro.

I. La consideración del amor excesivo, que vemos tan frecuentemente entre los hombres, debe mover vivamente á un espíritu sabio, y hacerle tomar la resolución de amar á Nuestro Señor Jesu-Cristo con toda la fuerza de su corazón. La Escritura nos suministra dos ejemplos memorables del amor, que los hombres se tienen algunas veces entre sí. El patriarca Jacob amaba tan ardientemente á Raquel, que sirvió durante catorce años á su padre para obtenerla en matrimonio, y este templo le parecía corto, tan vivo era el afecto que le tenía. (1) Ammón, hijo de David, amaba tan

1 Videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. Genes XX, 29.

perdidamente á Thamar, su hermana, que se consumía y cayó enfermo. Jobadab, su primo y amigo íntimo, le dijo un día: ¿Cuál es, pues, la causa de esa profunda melancolía que os destruye todos los días, á vos que sois hijo del rey? Es que yo amo á Thamar, hermana de mi hermano Absalón, le respondió el príncipe; he aquí la causa de mi languidez y del triste estado en que me veis. (1) Como toda la Santa Escritura, dice San Pablo, ha sido inspirada por Dios para enseñar, para reprender, para instruir á los hombres y conducirlos á la perfección, (2) debemos pues creer, que el Espíritu Santo ha querido darnos una instrucción en estos dos ejemplos de afecciones humanas, una de las cuales no puede escusarse, y no es propia sino para cubrirnos de confusión. Pudiéramos, sin duda, referir otros muchos ejemplos, porque los libros están llenos de ellos, y no hay país alguno, ciudad, que no subministre todos los días ejemplos semejantes; pero no quiero, en una materia tan seria y tan santa como la que trato, hacer públicos desarreglos y locuras que debieran sepultarse en las tinieblas de un eterno olvido; estos dos ejemplos bastan. Añadiremos solamente lo que San Crisóstomo nos enseña, (3) y lo que la experiencia diaria confirma. Sucede frecuentemente, dice este Padre, que un hombre, arrastrado por un amor sensual por una criatura, la amaba con tanta pasión y furor, que aunque ella sea de baja condición, sin belleza al-

1 Ut propter amorem ejus aegrotaret, quare sic attenuaris macie, fili regis, per singulos dies? Thamar sororem fratris mei amo.

2 Reg. XIII, 9.

2 2. Timoth., III, 16.

3 in Psal., XLI.

gna natural, no tendrá en cuenta las amenazas de su padre, las lágrimas de su madre, ruegos de sus hermanos, buenos consejos de sus amigos; él sacrificará la herencia paterna, su reputación; consentirá en llegar á ser objeto del desprecio de todo un pueblo, y se creará suficientemente pagada de todos sus sacrificios con tal que obtenga el agrado de esa vil criatura. Ahora bien, si el hombre ama con tanto ardor un objeto que tampoco lo merece, concluye este santo doctor, ¿con cuánta mayor razón no debe amar á su Señor, que es el rey de la gloria? Si arde en tal fuego por un poco de lodo, por una miserable criatura que lo merece tan poco, ¿cu qué fuego no debe arder por la pureza, la belleza y la luz misma? Pero á fin de quitar toda escusa al corazón humano, es necesario mostrar las diferencias inmensas que hay entre el amor de Nuestro Señor y el de las criaturas; esto bastará á todo hombre sensato para excitarlo á renunciar absolutamente al uno y darse enteramente al otro. Yo noto seis diferencias; tres de las cuales son particulares á la criatura amante, dos á la criatura amada, y una común á una y otra.

II. La persona amante no ha sido criada para amar á la persona que ama, ni á ninguna otra criatura; por consiguiente, parece un gran equívoco en apegarse á la solicitud de una cosa para la cual no ha sido hecha; cualquiera que sea el amor que le tenga, jamás estará contenta, porque no siendo su fin el amor y la posesion de la criatura, por una consecuencia necesaria, no pueden hacer su felicidad. Por esto, tanto por la naturaleza de la cosa en sí misma, como por un efecto de la providencia toda particular de Dios, que se ocupa sin ce-

sar de la felicidad del hombre, se encuentran tantas dificultades, engaños y amarguras en la afición y posesion de las criaturas. Iré tras de los que amo, dice en el profeta Oseas una de esas almas apasionadas, iré tras de los que amo y allí encontraré el contento y la paz. Y bien? responde Dios, anda, persigue á las criaturas, prodígalas tus caricias, puesto que lo quieres; mas yo cerraré tu camino con zarzas y espinas, que te harán sentir su aguijón; tú perseguirás á las criaturas que amas, pero no podrás conseguir las; estarás siempre atormentada por tus deseos sin experimentar gozo, ó bien ese gozo estará lleno de disgustos, de arrepentimiento, de envidia y perfidia; el borde del vaso estará untado de miel, pero tú no encontrarás ahí sino hiel (1) Ved aquí la imagen fiel del amor de las criaturas. ¿Qué diferencia cuando se trata del amor de Dios Nuestro Señor, puesto que es cierto que somos creados por honrarle y amarle, y que sólo nos conserva la vida para emplearla en este santo ejercicio!

2.º La persona amante hace mil cosas por la persona amada, de lo cual ésta no tiene conocimiento. Si la persona que amais está distante, ¿cómo concibe los pensamientos que se refieren á ella cada día y cada instante? ¿Conoce ella todos los transportes, todos los ardores, todas las ternuras que experimentais cada vez que su recuerdo se presenta á vuestro espíritu? ¿Oye todas las pa-

1 Vadam post amatores meos..... Ece ego septiam viam tuam spinis: sequetur amatores suos, et non apprehendet eos, et quaerret eos et non inueniet et dicet: Vadam et reuertar ad virum meum priorem, quia bene mihi erat tunc magis, quam nunc. Os., II, 5 y 6.

labras que decís, ve todos los pasos que dais y todas las penas que experimentáis con motivo de ella? Haced en favor de ella una multitud de cosas que lo más frecuente os son inútiles lo mismo que á ella. Estas cosas no pueden procurarles el placer y la alegría que pretendéis procurarle, ni darle seguridad de vuestro amor, como lo desearíais; lo cual es una de las más dulces alegrías del amor. No sucede así con los que aman á Dios; porque el ojo penetrante de su sabiduría infinita, ve perfectamente todo lo que hacen, todo cuanto sufren, todo lo que piensan, todo lo que dicen de él; una palabra, un movimiento de corazón, un suspiro, nada se le escapa en todo tiempo y lugar, de día y de noche, en la soledad y en medio del mundo. Que la cosa esté oculta á los ojos de los hombres ó que sean testigos de ella, nada hay de lo cual no tenga un conocimiento particular, de lo cual no conserve recuerdo, y que reciba con la bondad más grande. El amor de Jesu-Cristo contiene, pues, este consuelo indecible, esta felicidad tan dulce, que cuanto se hace por él nada se pierde y su bondad tiene cuenta de todo.

3.º Es imposible que podáis hacer conocer tal cual es á la persona que amáis, el amor que sentís; no podéis hacerle ver el fondo de vuestra alma, para mostrarle cuán profundamente está grabada ahí vuestra imagen; cualesquiera que sean las palabras que empleis, hagáis lo que hagáis, no puede ver vuestro amor sino por las palabras y los efectos exteriores, que no son el amor mismo, sino solamente signos y pruebas frecuentemente equívocas. Pero la vista penetrante de Nuestro Señor conoce todo cuanto pasa en cada criatura; ve lo in-

terior y lo exterior, nada se oculta á sus miradas; ve el amor que le teneis, no solamente en sus efectos, sino en sí mismo; escudriña vuestro corazón y ve cuán abrasado está, conoce los grados de vuestro amor, los juzga porque ve las cosas tales cuales son.

III. 1.º En cuanto á la persona amada, tal vez no os amaré, aun cuando parezca hacerlo y que la améis perfectamente; tal vez no corresponde á vuestro ardor sino por la indiferencia, y á vuestro amor por el odio; cualquier cosa que hagáis para agradarle y para merecer su amor, es posible que se burle de vuestros ardores y sólo los vea con fastidio; os lisojeais quizás de ser amado, porque la otra persona lo atestigua con palabras y señales exteriores; pero estos signos exteriores, ¿pueden acaso disipar todas vuestras dudas? ¿No son engañadores, no engañan todos los días? Parece acogerlos con agrado; os promete de la manera más solemne amaros hasta la muerte; acompaña todas sus protestas con juramentos. Lo concedo; pero para que estos testimonios y estas protestas de amor puedan disipar todas vuestras dudas y temores, se necesitaría ver el fondo de su corazón, á fin de asegurarse que este amor es verdaderamente tal cual lo dice. Referíos en esto al Espíritu Santo, que dice que *el corazón del hombre es engañoso, lleno de disimulo y artificios.* (1) ¿Podéis estar seguro que no hay en todo esto alguna mira de interés, que no pretende conseguir nada de vos? Porque comunmente así es como aman los hombres. Si ello es así, no es tanto por amor á vos por lo que obra

1 Pravum est cor omnium et inscrutabile. Jerem. XVII, 9,

así, sino por el amor de sí mismo. Mas supongamos que no estais engañado, que realmente esa persona os ama, vos ama tanto como la amais y no hay acaso en esto un gran motivo de pena? No es así como Nuestro Señor hace; estamos seguros que nos ama; él nos lo ha probado y él ama infinitamente más de lo que jamás podríamos amarlo y como no somos capaces de hacerlo.

2.º Y aun cuando fuera verdad que la persona que amais os ama con un amor recíproco, igual al vuestro, y aún, si quereis, incomparablemente más grande que el que sentís por ella, este amor, por grande que parezca y que lo sea, no puede cambiar, resfriarse, convertirse en odio, como el de Amnon, que, según refiere la Escritura, *se cambió de tal manera en odio, que odió á su hermana más aún de lo que la había amado.* (1) ¿Cómo descansar de luego á luego sobre esas bellas apariencias? Los paganos con razón habían dado alas al amor, para indicar que es ligero y voluble, y que nada puede fijarlo. Si las cosas no van siempre tan lejos, es cierto que el amor se entibia, que sus fuegos se apagan y la experiencia nos enseña que la costumbre, la familiaridad disminuyen el amor y aun la estima que tenemos unos por otros. (2) La inmutabilidad de Dios, que dice por su profeta: *Yo soy el Señor, y no cambio,* (3) libra á su amor de esa inconstancia y nos cura de esta inquietud. Qué mayor motivo de alegría, qué reposo más perfecto

1 Exosam habuit Amnon odio magno nimis, ita ut majus esset odium, quo oderat eam, amore quò antea dilexerat. II. Reg., XIII, 15.

2 Ab assuetis non fit passio.

3 Ego Dominus et non mutor. Malach., III, 6.

de espíritu para quienes aman á Nuestro Señor, que el pensar que él no abandona jamás sino cuando se le abandona, que él no desprecia sino cuando él es despreciado primero!

IV. La diferencia común á la persona que ama y á la que es amada, es la separación que causa una dura necesidad. Durante la vida, en la que mil accidentes separa á dos corazones que se aman, no se han encontrado todavía dos amigos que jamás se hayan perdido de vista, y que, en todo tiempo y en todo lugar, hayan tenido la dicha de jamás ser separados; la experiencia muestra que esto es casi imposible. En efecto, la condición, los negocios obligaran á uno á estar en la ciudad y al otro en el campo, á uno en un lugar y á otro en otro, y hagan lo que hicieren, estarán enteramente separados la mayor parte del tiempo. Sin embargo, es muy cierto que la separación y la ausencia son la ruina de la amistad, porque la debilitan á la larga y la apagan, como se ve todos los días. La razón de esto es sencilla: si la persona amante no ve más á la persona amada, si no la escucha más, si no conversa más con ella, la imagen que de ella se ha formado en su espíritu, se borra, porque ya no es conservada por las miradas, las palabras, la conversación, que, como un buril, imprimen y gravan más profundamente en el corazón esa imagen que se forma el amor. Pero si la ausencia no causa algún debilitamiento al amor y no lo apaga, entonces causa otros males más penosos: que son la tristeza, los pesares, los disgustos inconsolables que agobian á las personas amantes, cuando se ven privadas de la presencia del objeto que quieren, y que muchas veces causan su

muerte. Así, la reina de Ormús, (1) que se hizo bautizar en Goa en 1586, habiéndose casado con un señor portugués, llamado Antonio de Acevedo Contigno, después de año y medio de matrimonio, viendo á su marido obligado á hacer un viaje á Ormús, para bien de sus negocios, sin que él pudiera llevarla consigo, tuvo una tristeza tan grande por esta separacion, que murió el mismo día que salió del puerto. No tenemos que temer una desgracia tal amando al Hijo de Dios: su inmensidad llena el cielo y la tierra, como él mismo lo dice; está real y esencialmente en todo lugar, siempre está cerca de nosotros, está interiormente en nosotros, y estamos en él, de tal suerte que, nada en el mundo puede separarnos y alejarnos de él; por otra parte, el amor que le tenemos lo hace presente en nosotros por su gracia en esta vida, y nos asegura su presencia eterna en el estado bienaventurado de su gloria.

1 Jarric. Lib. IV. hist. indicæ. Cap. VIII.

SECCION SEGUNDA.

I. Conclusión.—II. Respuesta á la objeción.

I. Puesto que los hombres se aman con tanta pasión, á pesar de las razones que son tan propias para apartarlos de ello, ¿con qué ardor no debemos aplicarnos á adelantar en el amor de Nuestro Señor, que nos procura ventajas tan grandes, y que contiene las preciosas ventajas de que acabamos de hablar! Todo hombre sensato que reflexione en ello seriamente, renunciará muy pronto al amor de las criaturas para no unirse sino á Jesu-Cristo. *El hombre, que es verdaderamente hombre, dice Isafas, arrojara los ídolos de oro y plata que él mismo se haya hecho, y los animales viles que adoraba,* (1) es decir, las criaturas que él amaba. El profeta real, penetrado de esta verdad, exclama en el fervor de su meditación: *¿Qué hay en el cielo y sobre la tierra que merezca ser el objeto de mis pensamientos; de mis afectos y de mis peticiones?* (2) Por estas palabras se acusa á sí mismo de haber amado demasiado las bellezas creadas; pero dice que después de haber reflexionado mejor, las

1 In illâ die projiciet homo idola argenti sui, et simulacra auri sui, quæ fecerat sibi, ut adoraret talpas et vespertiones. Is. II. 20.

2 *Quid mihi est in coelo, et á te quid volui super terram?* Ps., LXXII, 25.

abandona para no aplicarse sino á busear y amar sólo á Dios. Como si dijera que si otras veces se detuvo en las criaturas, fué porque no había encontrado nada más bello; pero habiendo tenido algún conocimiento de la bondad y belleza divinas y estando convencido que nada es más agradable, más honroso, ni más útil, que el amor del Señor, el amor de los objetos terrestres estaba apagado en su corazón, y que no quería dedicarse sino á encender y á nutrir en sí el amor de Dios. "Como un niño, dice San Gregorio de Nysa, (1) explicando este pasaje, que hubiera nacido y que hubiera sido educado en una obscura prisión, amaría las tinieblas hasta el momento en que le fuera dado disfrutar de la luz del día, y contemplar la belleza de los astros, podría dar por escusa que su ignorancia solamente había causado su desprecio, puesto que nada conocía más excelente; así David, se condena de haber juzgado tan mal de la soberana bondad y de la verdadera belleza, y confiesa francamente que había vivido como un sér desprovisto de razón, amando á las criaturas y buscando en ellas su reposo y su felicidad." *Estoy delante de vos como un jumento*, dice á propósito de esto. Habla así, dice San Agustín, porque se había envilecido apegándose á objetos terrestres; (2) pero habiendo reconocido la verdad, tiene otros pensamientos y otros deseos muy diferentes: dice un eterno adios al amor de las criaturas, no quiere aplicarse sino á amar á su Dios."

1 Tract. prior, in script. Psal., cap. VI.

2 Ut jumentum factus sum apud te, quasi pecus factus est considerando terrena. S. Aug. in Ps., LXXII.

Así es como debemos hacer; mas es preciso comenzar inmediatamente, y, sin esperar á mañana, desengañemos á nuestros espíritus, purifiquemos nuestros corazones del amor engañoso de las cosas de la tierra. Desarrollando San Crisóstomo con su elocuencia ordinaria este texto de David: *Como el venado sediento corre á la fuente de fresca agua, así mi alma suspira por vos, oh! mi Dios* (1) exclama: "Luego que habeis recitado en vuestras oraciones este verso del Profeta, habeis hecho un convenio con Dios, habeis contraído con él una obligación, no escrita, sino pronueciada en presencia del cielo y de la tierra, de amarle más que cuanto puede isonejar vuestros sentidos, preferirle á todo, y arder en su amor. Si encontráis á alguna criatura que parezca solicitar vuestro amor por los atractivos de su belleza, decíos á vos mismo: Estoy ligado, y he prometido á Dios, de la manera más solemne y en presencia de los más augustos testigos, que yo lo amaría sobre todo, que yo suspiraría por él, como el venado sediento desea la corriente de las aguas, no quiero faltar á mi promesa; así mi corazón no está abierto sino para él." Y en efecto, ¿no debe mirarse como un insensato á aquel que se apasiona por alguna criatura y que es insensible á las bellezas de su Creador, puesto que hay una diferencia tan grande entre estos dos objetos? Nuestra alma, dice Santo Tomás, está entre dos extremos que están á una distancia inmensa, á saber: El Creador y la criatura. El cita á propósito de esto, estas bellas palabras de S. Agus-

1 Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. S. Chrisost. in Ps. XLIII.

tín: "El alma está colocada entre Dios y las criaturas; si se vuelve de parte de Dios, es iluminada, mejorada, perfeccionada; si se vuelve del lado de las criaturas, cae en las tinieblas, se envilece y se corrompe." (1) Si á pesar de esta desigualdad extrema las criaturas tienen tanto poder sobre el corazón de los hombres, que los vemos algunas veces perdidamente enamora los, no es una vergüenza y una infamia el no amar ardientemente á Nuestro Señor? *Hijos de los hombres, ¿resistireis siempre á los atractivos del amor de vuestro Dios, os dejareis arrastrar siempre por el amor de las cosas de la tierra, que no son sino mentira y vanidad?* (2) A lo menos amad otro tanto la verdad, y sobre todo la verdad encarnada, Jesu-Cristo Nuestro Señor, puesto que él lo merece infinitamente más, y no le hagais más tiempo la injuria de preferir á él las criaturas.

II. Yo preveo vuestra objeción. No vemos á Nuestro Señor, decís, y por consiguiente no podemos amarle tan ardientemente como amamos á las criaturas que vemos, con las cuales conversamos, y que por consiguiente hacen una impresión más viva sobre nuestros sentidos y cautivan nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Mas esta objeción no puede excusar á aquellos que no aman firmemente á un maestro tan amable. En efecto, ¿no hay acaso un gran número de hombres que aman

1 Anima media inter Deum et creaturas posita, convertione ad Deum illuminatur, melioratur et perficitur; convertione ad creaturas obtenebratur, deterioratur, corrumpitur. S. Thom. Opuse. LXI. 3.

2 Filii hominum usquequò gravi corde ut quid diligitis vanitatem, et quearitis mendacium? Ps. IV. 3.

á personas que nunca han visto, por sólo la reputación de su virtud y de sus perfecciones? Un hijo ciego y sordo ¿no ama á su padre, aunque no lo vea ni lo oiga? La ceguera y sordera no le quitan el sentimiento de la naturaleza; no le quitan los principios de amor para con este hombre que le ha dado el sér. Digamos mejor, San Agustín nos ha prevenido, él ha respondido ya hace muchos siglos á esta excusa, y ha hecho ver la debilidad de ella por estas palabras: "Me direis, quizás: Yo no veo á Dios, ¿cómo podré amarlo? Si teneis un amigo anciano, amais nec sariamente algo en él, y, ¿qué amais? Es acaso su cuerpo encorvado, su cabeza calva, su frente arrugada, sus quijadas estrechas? Me respondeis que no; ¿qué amais, pues? Su felicidad, direis. Yo me esperaba esta respuesta; pero los mismos ojos que os hacen ver esta felicidad, que es una belleza espiritual y escondida en el fondo del alma, ¿no os hacen ver á vuestro Dios? (1) Vamos más lejos y mostremos más claramente esta verdad por una suposición: Hay en Roma un caballero de calidad que jamás habeis visto, pero que ha oído hablar de vos por acaso á los que viajaban con él y que os conocen; os ha tenido cariño, os da pruebas de él pidiendo continuamente noticias de vos, informándose de vuestros negocios, de vuestros amigos, de los honores á los cuales sois llamado, y todos los años, os envía regalos con-

1 Dicturus es mihi, Deum non video, quomòdò sum amatorum quem non video? Ecce amas amicum, quid in illo amas? Senex homo est, quid amas in sene? incurvum corpus, album caput, rugas in fronte, contractam maxillum? responsurus es mihi; homo est fidelis; ergo fidem amas? Si fidem amat, quibus oculis videtur fides, ipsis oculis videtur Deus. S. Aug., hom. 38.

siderables y las rarezas de su país. Os pregunto, no tendríais cariño á ese aballero? Hay más en eso, ¿habrá en el mundo un hombre tan insensible para no amarle? Sin embargo, este amor no tomaría su origen de la vista de esa persona; no la conocíais sino por sus regalos y por las pruebas de su buena voluntad. Y por qué no amais, pues, á Nuestro Señor? si no le veis en persona, ¿no le veis todos los días por los beneficios señalados con que os colma? Por consiguiente, no aleguemos más este pretexto para excusar nuestra tibieza y nuestro poco amor por él: no está en eso el origen del mal, como lo vemos por el ejemplo de los santos, que le han amado perfectamente en la tierra, aunque no le vieron mejor que nosotros. La verdadera causa del mal, es que no reflexionamos bastante seriamente en las razones que nos le hacen amable, y que no somos bastante fieles á su gracia. Por otra parte, si le viéramos, ¿qué gloria y qué mérito tendríamos en amarle? sus perfecciones son tan grandes, su belleza tan admirable, que al momento que se muestran es imposible no amarlas; ellas conmueven necesariamente el corazón y llevan tras sí el amor sin que se les pueda resistir. El mérito en esta vida consiste en amar á Jesu-Cristo sin verle, y en permanecerle unido de corazón, aun cuando no gocemos de su presencia corporal.

CAPITULO XVII.

Motivo décimotercero de amor.

Desprecio que debemos tener para las criaturas.

- I. Los bienes de este mundo son muy pequeños.—II. La Escritura nos los representa bajo la figura de una sombra.—III. Son dados á buenos y á malos.—IV. Jamás contentan.—V. Más bien son males que bienes.—VI. Pasan rápidamente.

Mas para que no tengais pesar de abandonar las criaturas por seguir á Jesu-Cristo, y para que os dediqueis enteramente á su amor, voy á mostraros en pocas palabras lo que las criaturas son en sí mismas, y que lo que pueden dar es tan poca cosa, está acompañado de tantas imperfecciones, que todo hombre sensato se disgustará de ello fácilmente, cuando encuentre en Jesu-Cristo abundantemente lo que encuentra esparcido en las criaturas.

1. Las riquezas, los honores y los placeres, que no son sino lodo, humo y basura, son toda la recompensa que podeis esperar de las criaturas, por los servicios que les prestais. San Benito, según refiere San Gregorio, (1) vió un dia, en un rayo de celeste claridad, al mundo con todo el lustre, toda la alegría, toda la pompa y todos los bienes que

1 Liber. II. Dial., cap. XXXV.

siderables y las rarezas de su país. Os pregunto, no tendríais cariño á ese aballero? Hay más en eso, ¿habrá en el mundo un hombre tan insensible para no amarle? Sin embargo, este amor no tomaría su origen de la vista de esa persona; no la conocíais sino por sus regalos y por las pruebas de su buena voluntad. Y por qué no amais, pues, á Nuestro Señor? si no le veis en persona, ¿no le veis todos los días por los beneficios señalados con que os colma? Por consiguiente, no aleguemos más este pretexto para excusar nuestra tibieza y nuestro poco amor por él; no está en eso el origen del mal, como lo vemos por el ejemplo de los santos, que le han amado perfectamente en la tierra, aunque no le vieron mejor que nosotros. La verdadera causa del mal, es que no reflexionamos bastante seriamente en las razones que nos le hacen amable, y que no somos bastante fieles á su gracia. Por otra parte, si le viéramos, ¿qué gloria y qué mérito tendríamos en amarle? sus perfecciones son tan grandes, su belleza tan admirable, que al momento que se muestran es imposible no amarlas; ellas conmueven necesariamente el corazón y llevan tras sí el amor sin que se les pueda resistir. El mérito en esta vida consiste en amar á Jesu-Cristo sin verle, y en permanecerle unido de corazón, aun cuando no gocemos de su presencia corporal.

CAPITULO XVII.

Motivo décimotercero de amor.

Desprecio que debemos tener para las criaturas.

- I. Los bienes de este mundo son muy pequeños.—II. La Escritura nos los representa bajo la figura de una sombra.—III. Son dados á buenos y á malos.—IV. Jamás contentan.—V. Más bien son males que bienes.—VI. Pasan rápidamente.

Mas para que no tengais pesar de abandonar las criaturas por seguir á Jesu-Cristo, y para que os dediqueis enteramente á su amor, voy á mostraros en pocas palabras lo que las criaturas son en sí mismas, y que lo que pueden dar es tan poca cosa, está acompañado de tantas imperfecciones, que todo hombre sensato se disgustará de ello fácilmente, cuando encuentre en Jesu-Cristo abundantemente lo que encuentra esparcido en las criaturas.

1. Las riquezas, los honores y los placeres, que no son sino lodo, humo y basura, son toda la recompensa que podeis esperar de las criaturas, por los servicios que les prestais. San Benito, según refiere San Gregorio, (1) vió un dia, en un rayo de celeste claridad, al mundo con todo el lustre, toda la alegría, toda la pompa y todos los bienes que

1 Liber. II. Dial., cap. XXXV.

encierra, reunido como en una bolita; nosotros lo veríamos tan pequeño, si tuviéramos las luces de este santo, y si lo estimamos es porque estamos en tinieblas: El Espíritu Santo compara, en muchos lugares de la Escritura, la prosperidad de esta vida á un sueño y á una visión. *Los mundanos desprovistos de juicio y sentido, dice David, después de haber trabajado mucho, han pasado la noche de esta vida en un sueño y en una vanidad; cuando han despertado en el día del Señor, se han encontrado con las manos vacías, y nada les ha quedado de lo que habían visto en su sueño, (1) porque, vos, Señor, anonadareis toda la pompa de sus grandezas imaginarias, y pasarán como una sombra. (2) Job lo había dicho mucho tiempo antes: Todo se ha deshecho como una nube que pasa, y ha desaparecido como una visión nocturna. (3) Todas las felicidades de que gozan los hombres aquí en la tierra, dice San Agustín, son sueños de personas que duermen. (4) El da de esto la razón que el Espíritu Santo había indicado: "Así como el pobre, que ve en sueño un tesoro que cree poseer, sólo es rico cuando duerme y vuelve á ser tan pobre como antes luego que despierta, así los hombres que se alegran con las vanidades y grandezas de este siglo, se alegran solamente durante su sue-*

1 Turbati sunt omnes insipientes corde, dormierunt somnium suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. Ps., LXXV, 6.

2 Velut somnium surgentium, Domine, in civitate tuá, imaginem ipsorum ad nihilum rediges. Ps., LXXII, 20.

3 Velut somnium avolans non invenietur, transiet velut visio nocturna. Job., XX, 8.

4 Omnes istae felicitates, quae videntur seculi, somnia sunt dormientium. S. Aug., in. Ps. CXXXI.

ño; pero vendrá el día en que despertarán, y entonces verán que todas las cosas á las cuales se han apegado y que han perseguido con tanto ardor, no han sido sino sueños que los han engañado y que han desaparecido, según la palabra de la Escritura, como el sueño de un hombre que ha dormido. (1)

II. Todos los bienes que el mundo da son semejantes también á una sombra. Por esto los desgraciados, que han hecho su ídolo de este mundo, hacen resonar el infierno con gritos de rabia que nos recuerdan estas palabras de la Sabiduría: *¿De qué nos han servido nuestros honores, nuestras dignidades, nuestro orgullo, la abundancia de nuestras riquezas? todo ha pasado como la sombra. (2) Por esto Dios se sirvió de la sombra de la aguja del reloj de Acáz, que retrocedió diez grados, para anunciar al rey Ezequías que le prolongaba, durante quince años, su vida y sus grandezas. (3) San Gregorio Nazianzeno anima al retórico Eudocio al desprecio del mundo, escribiéndole entre otras cosas: (4) "Salgamos de aquí, querido Eudocio, elevemos nuestros espíritus sobre la tierra, dejemos esas puerilidades, hagámonos hombres, deshagámonos de sueños, dejemos ahí las sombras." ¿Por*

1 Quomodo qui videt thesauros in somnis, dormiens dives est, sed evigilabit et pauper erit; sic omnia ista vana hujus seculi, de quibus homines gaudent, in somno gaudent, evigilabunt et invenient somnia illa fuisse, et transire, sicut dicit scriptura, velut somnium surgentis. Ibid.

2 Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? transierunt illa omnia tanquam umbra. Sap., V, 8.

3 IV. Reg. XX, 11.

4 Epist. 63.

qué los bienes de la tierra son llamados sombras? Porque la sombra de una cosa no es la cosa misma, sino solamente una representación muy imperfecta. Así, la sombra de un hombre no es un hombre vivo, imagen de Dios, sino una imagen muy imperfecta del hombre; así los honores, las riquezas y los placeres de la tierra no son los verdaderos placeres, los verdaderos honores ni las verdaderas riquezas, puesto que solamente se encuentran en el cielo, sino solamente sus sombras ó imágenes. *Ciertamente, dice el Profeta, el hombre pasa su vida en medio de sombras y de imágenes.*

(1) El rico que cree poseer las riquezas verdaderas, no posee sino apariencia de ellas; los voluptuosos no gozan sino un fantasma de placer; los que están en los honores no tienen sino imagen de ellos. Platón, según refiere San Clemente de Alejandría, (2) decía que había dos mundos: uno superior é inolegible, en donde habitan la verdad y las cosas en su propia naturaleza; el otro, sensible, que es el que habitamos, en donde las cosas no están sino en figura. El mismo Platón desarrolla esta idea por una comparación muy ingeniosa, en el libro séptimo de su República: "Si algunos hombres, dice él, estuvieran colocados y alimentados desde su infancia en una caverna larga y profunda, y pnestos de tal manera, que estuvieran atados, los ojos vueltos hacia el lugar más obscuro, sin poder cambiar de postura, si detrás de ellos y á bastante distancia, estuviera colgada una lám-

1 Verumtatem in imagine pertransit homo; alii.....in umbra. Ps. XXXVIII, 7; ex heb. apud. Lorinum.

2 Strom. 5.

para que alumbrara esta triste habitación y que entre ellos y la lámpara hubiera otros hombres que tuvieran vasos de un trabajo exquisito, estatuas perfectamente esculpidas, obras maestras de la naturaleza y del arte, los desgraciados que estaban amarrados no verían estas bellas cosas, puesto que estarían colocadas detrás de ellos, sino que verían solamente su sombra que les reflejaría la luz de la lámpara. Sin duda creerían ver las cosas mismas; lo asegurarían con tenacidad y rehusarían creer á los que quisieran persuadirles de lo contrario; pero si los desataran, si les dieran libertad, reconocerían muy pronto cuán engañados estaban." Por esta comparación se esforzaba este sabio de la antigüedad en mostrar la vanidad y pequeñez de las cosas de la tierra.

III. Otro filósofo, Séneca, comprendía esta verdad al ver la distribución que la Providencia hace de estos bienes, dándolos á los hombres más malos y privando de ellos á los buenos. Estimamos que un rey no haga gran caso de las cosas que da voluntariamente á sus enemigos, y no dejaría de rehusárselas, si las juzgara de algún valor. (1) Así, Dios no hace gran caso de los bienes temporales, de los honores, de las riquezas, de los palacios, de los placeres, puesto que todos los días los concede a los infieles y herejes, que blasfeman su santo nombre. Otro aseguraba que nada le hacia comprender mejor la pequeñez de las grandezas del mundo, y lo disgustaba más de apegar á ellas su corazón, como ver pasar ante él los triunfos

1 Nullo modo magis potest Deus concupita traducere, quam si illa ad turpissimos defert, ab optimis abigit. Sénec. lib. de Prov.

magníficos de los Romanos, en los que llevaban por las calles las riquezas de los reyes vencidos, de provincias conquistadas. ó, para aumentar la pomp, se ostentaba todo lo que esta capital del universo tenía de más raro y precioso; porque decía él, toda esta magnificencia, esta gran gloria, estas rarezas, todas estas riquezas, que eran inmensas, aparecían un instante y desaparecían en seguida; de manera que en pocas horas se veía no solamente todo lo que esta pujante ciudad, sino todo lo que la tierra entera poseía de más excelente y más rico. Tales son las riquezas y la gloria del mundo.

En cuanto á los placeres, ved aquí cómo los describe San Agustín: "¿Cuál es la alegría del mundo? Es el regocijarse de la iniquidad, jactarse de los desórdenes, de los excesos. El goce de los mundanos es pecar impunemente, cometer toda suerte de crímenes sin ser reprendido, conceder á sus apetitos desarreglados todo cuanto piden, entregarse á todo lo que la intemperancia ó exceso tiene de repugnante, mancharse con toda suerte de inmundicias; es el que los pecados de estos mundanos no sean castigados de Dios por la guerra, la enfermedad, la adversidad; que se bañen en la abundancia de las cosas temporales, en los placeres de la carne; que nada turbe sus desarreglos. Ved aquí lo que compone los placeres del mundo."

(1) Añadido á esto que, si no son todos tan malos

1 In seculo gaudium quod est? gaudere de iniquitate, gaudere de turpitudine, gaudere de deformitate, de his omnibus gaudet seculum. Seculi lectitia est impunita nequitia, luxurientur homines, fornicentur homines, in spectaculis nugentur, ebriositate ingurgitentur, turpitudine faedentur, nihil mali patiantur, vide-

y repugnantes, siempre serán muy equívocos y vanos: como son los juegos, los espectáculos, las danzas, los paseos, las compañías, en las que el menor de los inconvenientes es la pérdida de tiempo cuando menos.

IV. Además, los placeres, las riquezas, los honores, tienen otro defecto muy capaz de inspirarnos su desprecio y disgustar de ellos nuestros corazones: y es que jamás satisfacen. "Encontraremos siempre, dice San Agustín en todas las cosas de la tierra que nos parece que puedan contentar nuestro corazón, algo que nos ha de causar disgusto." (1) Porque, como dice el Sabio, *el avaro, y lo mismo es de los demás, jamás tendrá bastante dinero para estar satisfecho.* (2) *Quien quiera que sea el que beba de esta agua, dijo Jesu-Cristo á la Samaritana, es decir, que tenga bienes de este mundo, tendrá sed, no estará satisfecho con poseerlos; mas aquel que beba del agua que le dare, jamás tendrá sed.* (3) La razón de esto es clara: estos bienes son corporales y nuestra alma es espiritual. Nuestra alma es imagen de Dios, sólo puede ser dichosa en el goce de su original; los bienes son temporales, nuestra alma es inmortal; ellos son finitos, y nuestra alma no puede llenarse sino por

te seculi gaudium; ista mala, quae commemorari, non castigat fames, non belli timor, non aliquis morbus, non ulla adversitas, sed sint omnia in abundantia, in pace carnis, in securitate malae mentis, ecce, vide seculi gaudium. S. Aug., de Verb. Eom., Serm. 37.

1 Quidquid hic nobis providerimus ad refectioem, illic rursum invenimus defectionem. S. Aug., in Ps. LXXXIV.

2 Avarus non implebitur pecunia. Eccle., V. 9.

3 Omnis qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum; qui autem biberit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum. Joan., IV, 13.

la posesión de un objeto infinito. Esto es lo que hacía decir á San Bernardo: "Los bienes de la tierra no son el alimento natural de nuestra alma; un hombre hambriento no puede nutrirse con viento; que tome cuanto quiera, no es este el alimento que le es propio, es la del camaleón; veríamos como un insensato á un hombre que abriera la boca al aire para alimentarse de é. Pero, ¿es acaso menor locura querer saciar y satisfacer á un espíritu racional con cosas corporales? Puede inflamarse con ellos, como el que se llenara de viento, pero no queda satisfecho." (1) Santo Tomás da aún otra razón después de San Bernardo: es que no son un bien universal y soberano, que contenga todo bien, tal cual es necesario para llenar la capacidad inmensa del alma; (2) porque las riquezas son riquezas solamente y no contienen los honores, los honores no contienen los placeres y así de los demás. Son bienes particulares que encierran este gran inconveniente, que carecen de las demás especies de bienes; es necesario sin embargo, para satisfacer los deseos del hombre, que encuentre al mismo tiempo, la riqueza, el honor, el placer y toda suerte de bienes, porque su corazón desea todo esto.

Tenemos un ejemplo notable de esta verdad en la persona de Salomón, quien, después de haber empleado, como lo dice él mismo, cuanto tenía de inteligencia y de poder para gustar de todas las criaturas, á fin de ver si encontraba en algunas el

1 Sic non minoris insaniae est si spiritum rationalem rebus putet quibuscumque corporalibus non magis inflari quam satuari. S. Bern. tract. de Dilig. Deo.

2 Quia non sunt bonum universale; quia nihil in eis summum singulariter vel optimum est. S. Bern., Tract. de dilig. Deo.

contento de su corazón; después de haber edificado suntuosos edificios, jardines magníficos, llenado sus tesoros de riquezas inmensas, concedido á sus sentidos cuanto podía lisonjearlos, no encontró en todas estas cosas, que debían contentarle sin duda, (si alguna cosa pudiera contentar aquí en la tierra), sino turbación y aficción de espíritu. Persuadió entonces por la verdad y la fuerza de su experiencia, pronunció esta sentencia memorable, tan frecuentemente repetida y tan mal comprendida: *Vanidad de vanidades, todas las cosas de este mundo no son sino vanidad.* (1) La palabra hebrea de la cual se sirve para expresar esta *vanidad*, conviene perfectamente á nuestro asunto; significa ó una cosa que se desvanece en un instante, ó una cosa hueca y que nada tiene de sólido, que no puede servir al fin para que se emplea, ó una cosa que, con una bella apariencia, engaña á los que no toman precauciones, y esconde mucha amargura bajo una poca de miel. San Crisóstomo refiere esta célebre sentencia en su discurso por Eutropa, después de la desgracia de este famoso favorito del emperador Arcadio, y añade: "Es necesario que repitamos sin cesar estas bellas palabras: *Vanidad de vanidades, todo no es sino vanidad.* Deberíamos escribirlas en nuestras casas, sobre nuestras paredes, sobre nuestras puertas, sobre nuestras ventanas, sobre nuestros vestidos y principalmente en nuestro corazón; deberían estar continuamente pre-

1 Omnia quæ desideraverunt oculi mei non negavi eis, nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur..... Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes, vanitas vanitatum et omnia vanitas. Eecl., cap. XII.

sententes á nuestro espíritu, debíamos rumiar: as sin cesar, porque los honores, las riquezas y todos los demás bienes de los cuales hacen sus ídolos los hombres, les parecen reales y no son sino mentiras. Por esto, deberíamos buscar en toda ocasión modo de desengañar de esto á nuestro prójimo, y ser desengañados nosotros mismos por el de la estima que se hace de los bienes perecederos. Deberíamos referir sin cesar en nuestras conversaciones: *Todo es vanidad.* Salomón merece ciertamente que se dé fe á su palabra, puesto que él tuvo más honores, más bienes temporales, más placeres que hombre alguno ha tenido antes de él ni tendrá después él; y que él no ha podido encontrar en todo esto el reposo de su corazón, sino á lo más, una pequeña embriaguez de sentidos, que conducen al arrepentimiento, al disgusto, á la ceguedad de espíritu y á otros muchos males.

V. Y lo que hay de más notable todavía acerca de esto, es que los bienes presentes, no solamente son muy pequeños y no nos contentan, sino que pudiera llamárseles con mucha mayor razón males que bienes; porque si son bienes, ¿por qué no hacen buenos á los hombres? La blancura hace á una cosa blanca. Para ser bienes verdaderos, es necesario que hagan buenos á aquellos que los poseen; y sin embargo, esto es lo que no sucede; es más bien lo contrario lo que se nota, porque los vuelven por lo ordinario malos, orgullosos, avaros, crueles, impúdicos, insoportables: por consiguiente, son más bien males que bienes, puesto que producen efectos tan malos. La razón y la experiencia nos enseñan que es muy difícil en una gran prosperidad sostenerse sin ser acometido y destrozado

por las pasiones, á menos que haya virtud. *¿Cuál es el hombre rico, dice el sabio, que no ponga su confianza en sus tesoros? ¿En dónde está, y lo elogiaremos?* (1) Debemos decir otro tanto de los honores; es un milagro conservar en ellos la humildad de corazón y el desprecio de sí mismo, como la pureza de alma y de cuerpo en las comodidades de la vida y en los placeres de los sentidos. Así como se necesita un temperamento fuerte y una salud muy robusta, para resistir á la fuerza del veneno y no experimentar sus efectos, así se necesita también un valor extraordinario y una alma de un temple muy fuerte para estar á prueba de las tentaciones, á las cuales están expuestos los que poseen esos bienes, esos honores, y gustan esos placeres á los cuales Jesu-Cristo ha dicho anatema con sus máximas y ejemplos.

VI. Mas supongamos que los bienes de este mundo no tengan los defectos que acabamos de decir, y que sean bienes verdaderos, grandes bienes, capaces de satisfacer el corazón: siempre tendrán un gran inconveniente, y es que pasan rápidamente. No es acaso evidente que su duración no puede pasar la de nuestra vida? *Esta es un humo, dice San Jacobo, que, levantándose, aparece un poco de tiempo para desaparecer muy pronto.* (2) Job había dicho antes de él: *Mi vida no es sino un viento ligero que pasa.* (3) Hay en eso más; no pueden ser tan largos como la vida, puesto que la infancia, el sueño, las enfermedades y otras mil cosas nos quitan

1 *¿Quis est hic, et laudabimus eum? Eccol. XXXI, 8.*

2 *Quae est vita vestra? vapor ad modicum parens et postea exterminabitur. Ep. IV, 14.*

3 *Ventus est vita mea. Job. VII, 7.*

el conocimiento y sentimiento de ellas. Esto es lo que hizo decir á San Agustín: Aun cuando las alegrías de este mundo no son verdaderas, sin embargo, como quiera que se supongan y por grandes que puedan parecer, son tan frágiles que un pequeño acceso de fiebre las quita, y dejan alirse la conciencia vacía y herida." (1) Séneca escribía á Paulino: "Los placeres de los mundanos están atravesados de mil disgustos, sus alegrías llenas de amarguras, sus rosas herizadas de un gran número de espinas, que los desgarran en medio de sus mayores goces; en lo más fuerte de sus contentos y de sus grandezas los asalta el terror, cuando consideran que todo debe inevitablemente acabar. Este molesto pensamiento: ¿cuánto durará esta corona? ¿cuanto tiempo llevaré este cetro? ¿estaré vestido de púrpura? ¿cuantos años, ó tal vez días habitaré este palacio suntuoso? Este molesto pensamiento, digo, envenena todos sus placeres, empozoña todas sus alegrías; ha arrancado lágrimas á los reyes más poderosos, les ha inspirado disgustos en medio de sus placeres, y los ha esputado en medio de sus pompas y del esplendor de su poder (2) Sofar, uno de los amigos del santo hombre Job, había dicho mucho tiempo antes, con más energía: *Yo sé que desde que están los hombres so-*

1 *Quamvis humana gaudia non sint gaudia, tamen qualiacumque sint et quantum libet delectent, auferunt omnia ista una febrícula, et remanet inanis et saucia conscientia.* S. Aug., de Cath. rud., caq. XVII.

2 *Ipsae voluptates eorum trepidoe, et variis terroribus inquietae sunt, subitque cum maxime exultantes sollicita cogitatio, haec quandiú? Ab hoc affectu reges suam flevère potentiam, nec illos magnitudo fortunae suae delectavit, sed venturus aliquando finis exterruit.*, Senec. de brevit. vitae, cap. XVI.

bre la tierra, siempre ha sido verdad que la alabanza, la gloria, los gustos y placeres de los pecadores y de los mundanos no han hecho sino pasar; su grandeza no es sino un punto, y su duración un instante. (1) No hay que admirarse de que en el texto el hombre mundano sea llamado hipócrita, puesto que es cierto que, aunque parezca dichoso á causa de sus riquezas, de sus dignidades, de sus bienes y de toda su prosperidad, es realmente desgraciado y pobre, y más digno de compasión que de envidia.

Concluyamos con S. Pablo *que aquellos que están en el mundo deben estar en él como si no estuvieran; que estén en él corporalmente, sin estar en él en espíritu ni afecto; porque la figura de este mundo pasa,* (2) es decir, todos los bienes que se pueden poseer en este mundo no son sino la figura de los bienes reales y sólidos. Así, digamos con San Ambrosio: "Dejemos la sombra, nosotros que buscamos á Jesu-Cristo, sol de justicia; dejemos el humo para seguir la luz." (3) Despreciemos, á ejemplo de Nuestro Señor y por su amor, todos los bienes, los honores y los placeres que las criaturas puedan ofrecernos, porque él nos los ofrece y nos los dará incomparablemente más grandes, más sólidos, más verdaderos, dándose á nosotros en este mundo y en el otro; ¿qué pudiéramos por tanto

1 *Hoc scio á principio, quo positus est homo super terram, quod laus, cantus exultatio, impiorum, brevis sit, et gaudium hypocritae ad instar puncti.* Job. XX, 4.

2 *Reliquum est, ut utantur hoc modo tquam non utantur, praeterit enim figura hujus mundi.* 1. Cor., VII, 31.

3 *Relinquamus umbram qui solem quœrimur, deseramus fumum, qui lucem sequimur.* Sn. Ambr., lib. de fuga seculi. cap. V.

sentir? Por esto acabo por estas bellas palabras de San Bernardo: "Si sois verdaderamente sabios, si tenéis un corazón, si no estis heridos de ceguera, dejad de ir tras de bienes cuya adquisición os hará infaliblemente miserables. Dichosos los que los desprecian; puesto que estos bienes son una carga para aquellos que los poseen, que manchan á los que los aman, que llenan de aflicción á los que los pierden; ¿no es mejor tener el honor de despreciarlos que el dolor de perderlos? ¿No obrareis más prudentemente renunciando á ellos de buena voluntad, por amor á Jesu-Cristo, que esperar que la muerte os los arranque por fuerza?" (1)

CAPITULO XVIII.

Motivo décimo cuarto de amor.

SECCION PRIMERA.

Excelencia de la caridad.

- I. La caridad es el camino más corto para llegar á nuestro fin. —II. La caridad es la más perfecta de las virtudes. —III. La caridad es el alma y la vida de las virtudes. —IV. Nuestra perfección consiste en la caridad.

Mostraremos en este capítulo las perfecciones admirables de la caridad y las bellas prerogativas que la hacen la reina de las virtudes, á fin de que esta vista nos una más á ella todavía, y nos dé más afecto y valor para practicarla.

I. Establezcamos, ante todo, por principio que el camino de la caridad y del amor es el más seguro para llegar al fin para el cual estamos en el mundo, fin que consiste en el conocimiento, amor y servicio de Dios. Así como hay varias líneas para llegar al centro, así, aun cuando Dios sea uno, hay tantos caminos para llegar á él como virtudes diferentes hay, por las cuales cada uno puede dirigirse según su atractivo y como lo juzgue más conveniente para su bien. Vemos á unos hombres dedicarse á la práctica de tal virtud con preferencia á tal otra, y poner todo su cuidado para no perder ocasion alguna de ponerla en práctica. Así,

1 Si sapi, si habes cor, si tecum est lumen oculorum tuorum, desine ea sequi, quoe et assequi miserum est: bocatus qui post illa non abiit, quoe possessa onerant, amata inquinant, amissa cruciant; an non ea satius cum honore spernis quam cum dolore perdis? an non ea prudentius Christi cedis amori, quam morti? S. Bern., epist. 103.

entre los santos, muchos han sobresalido en fe, como Abraham; otros en obediencia, como Isaac; otros en el ardor por el trabajo, como Jacob; otros en la castidad, como José; Job se distinguió por su paciencia; Moisés por su mansedumbre, David por su piedad, Elías por su celo, los mártires por su fortaleza, los anacoretas por sus austeridades y su perseverancia en la oración, las vírgenes por su pureza. Todas estas virtudes son muy dignas de alabanza, son otros tantos caminos seguros, porque ellas vienen de Dios y conducen á Dios. *Todos vuestros caminos son buenos, todos vuestros senderos son rectos*, decía el Santo rey David. (1) Abaene llama á las virtudes *los caminos de la eternidad*. (2) Mas la caridad aventaja incomparablemente á todos los demás; no lo digo de mí mismo, San Pablo lo ha dicho mucho tiempo antes en la epístola á los Corintios. Después de haber dicho que hay en la Iglesia una gran variedad de oficios, que hay en ella apóstoles, profetas, doctores, que algunos tienen el don de hacer milagros, otros el de sanar enfermos, otros el de hablar diversas lenguas, otros el de interpretarlas; que todas estas funciones son útiles y buenas, aunque en un grado diferente, él exhorta á escoger las mejores, y añade: Todos estos caminos son buenos y seguros, todos pueden conducirnos á Dios; pero quiero enseñaros uno más excelente, más corto, más agradable y más perfecto que el apostolado mismo. Y este es la caridad, (3) por la cual se va más recta-

1 Omnes viae tuae veritas. Ps., CXVIII, 151.

2 Itinera aeternitatis. Abac., III, 6.

3 Et adhuc excellentiorem modum viam demonstro. I. Cor., XII, 31.—Jegum el griego, Excellentiorem supra modum viam.

mente á Dios, dice Santo Tomás. (1) “¡Oh mi Jesús! exclama el sabio y piadoso Idiota. oh mi amable Salvador! vos sois la recompensa del amor, que es el camino más derecho para ir á vos; ninguna otra virtud es necesaria, el amor solo basta; es el camino más recto, que no presenta vuelta alguna, el más corto, el más agradable, el más dulce, el más seguro y el más libre de todo peligro, porque aquel que os ama tiene la guía más fiel de todas. puesto que sois vos, oh mi Dios, el que os dignais acompañarlo con el amor más ardiente.” (2) Puestos estos fundamentos, vengamos á las razones que demuestran evidentemente esta verdad.

II. 1.º La caridad es la más noble y la más perfecta de todas las virtudes, entre las cuales tiene el mismo rango que el oro entre los metales, el sol entre los astros, el hombre entre las criaturas corporales. Se dividen las virtudes en morales y teologales: estas son más excelentes, porque tienden inmediatamente á Dios, mientras que las otras no miran sino á las cosas que pertenecen á servirlo, á dirigirlo y al trato con el prójimo. Hay tres virtudes teologales: *la fe, la esperanza y la caridad*; las dos primeras son muy inferiores á la tercera, (1) porque no consideran á Dios en una cantidad tan grande de perfecciones, sino solamente

1 Quæ directius in Deum itur. S. Thom., in illum.

2 Vera dilectio, benignissime Domine Jesu Criste, qui es merces amoris, es via rectissima venien di ad te, nec opus est aliquid aliá virtute, sed solúm amore et dilectione; via plana absque tumulo; via secure absque periculo, via jucunda cum bono socio, scilicet cum te, Domine, amantissimo duce. Id. Contempl., cap. XVII.

3 Nunc autem manent fides, spes, caritas; tria haec, major autem horum est caritas. I. Cor., XIII, 13.

en algunas; la fe no considera sino la verdad de sus palabras; la esperanza su poder y bondad, mas la caridad las contempla todas como los objetos de su afecto y de su amor, porque todas son infinitamente amables. Si las otras dos virtudes llevan hacia Dios, dice Santo Tomás, (1) es para nuestro interés, y no lo consideran con ojos tan puros como la caridad, que no tiene otro fin que el interés y gloria de Dios. La caridad, por tanto, excede en nobleza y en perfección á la fe y á las demás virtudes; por esto se la llama la reina de las virtudes. Se le da este nombre, y lo merece, no solamente porque es por sí misma y en su propia esencia, la virtud mas excelente y la más perfecta, sino también porque la acompañan las demás virtudes y la siguen como las princesas y las damas de honor siguen á su reina. Además, por la autoridad real que tiene sobre ellas, les manda hacer actos de puro amor; domina sobre el hombre entero; arregla su voluntad, su entendimiento, sus sentidos interiores y exteriores, por las órdenes de la voluntad divina.

III. 2.º La caridad es no solamente la más excelente y la reina de las virtudes, sino, además, es el alma, la vida y, como dice Santo Tomás después de los teólogos, la forma de las virtudes. (1) Es cierto que cada virtud tiene su esencia propia, que la distingue de todas las demás y por consiguiente de la caridad; pero en un sentido más ele-

1 Fides et spes attingunt quidem Deum secundum quod ex ipso provenit nobis, vel cognitio veri, vel adeptio boni, sed caritas attingit ipsum Deum, ut in ipso sistat, non ut ex eo aliquid nobis proveniant. S. Th., 2. 2. q. 23, at. 6.

2 Forma virtutum. 2. 2. q. 2. 3, at. ult.

vado la caridad es llamada el alma y forma de las virtudes, porque las hace dignas de la recompensa del cielo; sin ella, en efecto, las virtudes no tienen fuerza para elevarse sobre la tierra y tomar su vuelo hacia la Jerusalem celeste. Por esto los actos más lucientes y más heroicos de las demás virtudes no son sin ella sino obras muertas. Con ella esos actos llegan á ser vivos, porque entonces salen del principio de una vida celeste y divina; así como el alma, por su presencia, anima el cuerpo, une los miembros, los embellece, los fortalece, les da la fuerza para hacer acciones vivientes, da movimiento á todos los sentidos; mientras que su ausencia deja el cuerpo despojado de todas sus perfecciones, de su vida, de su belleza, de su fuerza, y á los miembros en un estado de disolución. Puede razonarse del mismo modo acerca de las virtudes cuando están acompañadas de la caridad ó no le están unidas; lo que nadie ha declarado jamás con más fuerza, autoridad y energía, que S. Pablo en su carta á los de Corinto, en la que dice que, sea él lo que sea en sí mismo, tenga la virtud que tuviere, nada es y nada tiene sin caridad; y sin embargo, hace mención de gracias gratuitas y de virtudes que nos disponen á ayudar al prójimo. Continuando después con su elocuencia ordinaria, añade: *Aun cuando yo hablara el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad, no soy sino un sonido de campana ó de instrumento que se pierde en el viento.* Pasa en seguida á las virtudes intelectuales y teológicas, y prosigue: *Aun cuando yo tuviera el don de la profecía, el conocimiento de todos los misterios y toda la ciencia de que es capaz el espíritu humano, una fe tan fuerte para arrancar*

las montañas de sus bases, para transportarlas de un lugar á otro, si no tengo caridad, todo esto de nada me sirve. Tal es la doctrina de San Pablo; esto es lo que inspira á San Agustín estas bellas palabras: "El Apostol habla de sufrimientos, de efusión de su sangre, de la quemazon de su cuerpo, pero por más que sufra, derrame toda la sangre de mis venas, haga quemar mi cuerpo en fuego lento, todo esto de nada me sirve si no tengo caridad. Poned la caridad, todo aprovecha; quitad la caridad, nada es útil. ¡Oh hermanos míos, cuán precioso es el tesoro de la caridad! ¡qué torrente de luz, de fuerza, de seguridad, de riquezas!" (1)

IV. 3.º Enseñan todos los doctores de común acuerdo, que nuestra perfeccion en esta vida consiste únicamente en la caridad, cuyo movimiento, dice San Dionísio, (2) después de su maestro Doroteo, es el medio más corto y el más perfecto para unirnos á Dios, y hacernos gustar las cosas divinas. "La caridad, dice San Agustín, es la justicia verdadera, perfecta y entera. La caridad comenzada es la justicia comenzada; la caridad perfecta es la justicia perfecta. (3) "La grandeza y exce-

1 Ecce venitur ad passionem, ecce venitur ad sanguinis effusionem, venitur et ad corporum incensionem, et tamen nihil prodest, quia charitas deest; adde charitatem, prosunt omnia: detrahe charitatem, nihil prosunt coetera. Quale bonum est charitas ista, fratres, quid pretiosius, quid luminosius, quid firmitus, quid utilius, quid securius! Aug., de Verb. Dom., in Joan., Serm. 50.

2 S. Dyonis, Cap. II, Eccles. hier.

3 Charitas est verissima, plenissima, perfectissima quo iustitia,.... Charitas inchoata, inchoata iustitia, est; charitas provec-

lencia de una alma se miden según el grado de caridad que tiene, si tiene un grado elevado de caridad, es ella grande; si no tiene sino un grado mediano, ella es pequeña; si no tiene caridad, nada es, puesto que San Pablo dice: *Si no tengo la caridad, nada soy.* (1)

Por tanto, en la caridad es en la que los santos establecen la perfeccion más bien que en cualquiera otra virtud. No exceptúan ellos ni aun á la gracia santificante, cuyas funciones no consisten en contribuir á las acciones de los hombres, sino solamente á adornar al alma y darle una belleza; ni á virtud moral o teologal alguna, porque sólo la caridad hace al hombre capaz de unirse á Dios por sus acciones, de transformarse en El; por esto San Pablo la llama el *lazo de perfeccion.* (2)

ta, provecita iustia est charitas magna, magna iustitia est; charitas perfecta, perfecta iustia est. S. Aug., lib. de nat. et grat., cap. XIII.

1 Qualitas cojusque anime aestimatur de mensura charitatis quam habet; ut verbi gratia, quae multum habet charitatis, magna sit, quae parum, parva; quae vero nihil, nihil; dicente Paulo. Si charitatem non habuerit, nihil sum. S. Bern., Serm. 17, in Cant.

2 Vinculum perfectionis. Coloss., III, 14.

SECCION SEGUNDA

Algunas otras prerogativas de la caridad.

I. La caridad es la virtud más provechosa.—II. La caridad es la virtud más deliciosa.—III. La caridad es la virtud más activa y más fuerte.—IV. Dios toma su nombre.

I. La caridad nos es más provechosa que todas las demás virtudes. *Dices que eres rico, colmado de bienes, que no tienes necesidad de nada, y no atiendes que eres pobre y miserable; desnudo de todo, ciego y despojado; te aconsejo que compres de mí para llegar á ser rico, del oro probado por el fuego.* (1) Tales son las palabras que el ángel del Apocalipsis dirige al obispo de Laodicea, que estaba inflado de la buena opinión que él tenía de sus obras, las cuales no estaban hechas en caridad. ¿Cuál es este oro? es, según la interpretación de todos los doctores, (2) esta misma caridad, sin la cual somos pobres y con la cual somos ricos; es comparada al oro, porque la caridad tiene el mismo valor y el mismo mérito entre las virtudes, que el oro entre

1 Dices, quod divis sum, et locupletatus, et nullius egeo; fet necis quia tu es miser, et miserabilis, es pauper, et coecus, et nudus: suadeo tibi emere á me aurum ignitum, probatum, ut locuplet fias. Apoc., III, 4.

2 Beda, Rupert., etc., apud Viegas.

los metales. Si quereis persuadir de esto, considerad enáles son las ventajas que procura al alma. Al entrar la caridad en una alma introduce allí la gracia, sea que forme una misma cosa con ella, como lo enseñan muchos grandes teólogos; (1) sea que, como piensa Santo Tomás, (2) con otros muchos, sea solamente la última disposición para la gracia santificante, de la cual es seguida infaliblemente. Esta gracia, esta cualidad verdaderamente bella y agradable á los ojos de Dios; la hace su esposa é hija, y participante de su divini ad comunicándole un rayo de ella. La gracia no está sola en el corazón, allí está acompañada de las virtudes infusas, de todas las cualidades sobrenaturales que son sus fieles compañeras y sus adornos, de los siete dones del Espíritu Santo, y del Espíritu Santo mismo; porque, como dice San Pablo, *la caridad esta difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se ha dado á nosotros con ella.* (3) La caridad, reinando en el alma con todos estos dones, la purifica, la santifica y perfecciona al hombre todo entero, su alma, su cuerpo, las acciones de una y otro; les da un precio tan grande, que las más pequeñas de estas acciones vienen á ser dignas del cielo y de la posesión eterna de Dios. Añadamos, con otros teólogos, (4) que la preeminencia de la caridad sobre las demás virtudes le hace ad-

1 Scotus, Gabr. Durand. Reilarm. Conink de Charit. disc. 21. dub. 7.

2 1. 2. quæst. 110. á. 3.

3 Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris; per spiritum sanctum qui datus est nobis. Rom. V. 5.

4 Suarez de grat. lib. IX, cap. 4.

quirir más gracia por sus actos que las demás virtudes. Hay más en eso, el hábito de una virtud llega á ser más fuerte por los actos de la caridad que por los que le son propios, porque, según la doctrina de los teólogos, los hábitos de las virtudes infusas, que son de los que hablamos, crecen con la gracia; mas, la gracia toma aumentos mucho mayores por la caridad que por las otras virtudes, porque procede de un principio más noble. Esto es lo que ha hecho decir á algunos teólogos. (1) que la gloria eterna, sólo se da por recompensa en la otra vida, únicamente á los actos de la caridad, y que es principalmente á ella á la que es debida. También con una regla de oro vió el ángel que medían las puertas y muros de la Jerusalem celeste. (2)

II. La caridad es la más agradable y la más deliciosa de las virtudes. ¿Qué hay de más dulce que el amor? ¿Puede acaso amarse una cosa sin que nos procure algún placer? “Desde que se ama una cosa, dice Santo Tomás, llega á ser deliciosa, porque el amor es una unión entre el objeto amante y el objeto amado; las naturalezas parecen confundirse, lo cual no puede ser sin goce.” (3) El amor es al hombre, lo que la pesantez á la piedra para llevarla hacia su centro, y la ligereza al fuego para hacerlo remontar hacia su esfera. Como los elementos vuelven á su centro con facilidad, yo diría aún con una especie de gusto, así el amor levá al

1 Bannes. 2. 2. q. 24, art. 6, dub. 5.

2 Apoc. XXI. 15.

3 Unumquodque in quantum amatur, efficitur delectabile; eo quod amor est qualdeam unio vel connaturalitas amantis ad amatum. S. Thom. s. 1. 2. q. 32, á 3. ad. 3.

objeto amante hacia el objeto amado con una sensación de placer como hacia su centro, en donde espera encontrar su reposo y su felicidad. (1) Y si cuesta al objeto amante obtener el objeto amado, como sucede ordinariamente, puesto que semejante empresa es una especie de combate, decía un antiguo, (2) el amor aligera todos esos trabajos y endulza todas esas penas, dice San Agustín. “El verdadero amor no siente amargura, está siempre acompañado de dulzura; no camina sobre espinas, sino sobre rosas.” (3) Me equivoco, marcha frecuentemente sobre espinas, se ve frecuentemente obligado á beber amargura; pero no siente esta amargura, se le transforma en dulzura, y las espinas se cambian en resas. San Tiburcio decía al tirano, andando sobre carbones encendidos, que le parecía andar sobre flores. “La caridad perfecta, dice San Agustín, hace á un hombre intrépido, aligera el peso del precepto; no solamente es ligera para aquel que la carga, sino que parece darle alas.” (4) Allí, en donde hay amor, dice San Bernardo, no hay trabajo. “Yo lo confieso, dice él hablando de sí mismo, no he sentido el peso del calor y del día; por la bondad y favor del padre de familia, encuentro el yugo dulce y la carga ligera.

Llevo una carga, es verdad, pero no la llevo sino un instante, ó si la llevo más tiempo el amor me

1 Velut amor corporum momenta sunt ponderant, siue deorsum gravitate, siue sorsum levitate nitantur. Aug. lib. XI, de civit. cap. XXVIII.

2 Militiae species amor est.

3 Verus amor non sentit amaritudinem, sed dulcedinem. Aug.

4 Perfecta charitas foras mittit timorem, et facit praecepti sarcinam levin, non solum non premente onore ponderum, verum etiam sublevante vice pennarum. Aug. de perf. jnst.

hace insensible su peso. (1) Ved ahí quiénes son aquellos que experimentan la verdad de estas palabras misteriosas de Jesu-Cristo: *Mi yugo es dulce y mi carga ligera.* (2) La bienaventurada Catarina Raconisía, (3) de la orden de Sto. Domingo, contemplando un día de Todos Santos la gloria del cielo, fué conducida en espíritu allá por San Juan evangelista: dos ángeles iban delante de ellos; uno de ellos, que era de la gerarquía de los Serafines, llevaba el estandarte blanco y rojo de la Santa Cruz y los precedía en el camino hacia este palacio de la verdadera felicidad. Ella vió entonces el ardor con que los cristianos aspiraban allá; pero muchos llevaban el yugo murmurando con impaciencia y cólera. Volviéndose entonces hacia el apóstol, le preguntó por qué el camino del cielo parecía tan rudo y tan difícil, puesto que Nuestro Señor, la verdad que no puede engañar, había asegurado con su propia boca *que su yugo era dulce y su carga ligera.* El Apóstol le respondió: En verdad el camino parece difícil, pero solamente á aquellos que no conocen y no aman á Nuestro Señor, mientras que es dulce y fácil para aquellos que lo conocen y lo aman con todo su corazón.

III. La caridad es la virtud más activa y más poderosa de todas; por esto la comparan al fuego, que es el más vivo y más fuerte de los elementos,

1 Ubi amor est, labor non est: fateor non sustinui pondus dici, et aestus, sed jugum suave et onus leve pro beneplacito patris familiás porto; onus meum vix unius horae, et si plus, pro amore non sentio. S. Bern. Sermon. LXXXV. in Cant.

2 Jugum meum suave est, et onus meum leve, Matth., XI, 30.

3 In ejus vita.

hasta tal punto que San Dionisio la llama un vencedor al cual nada resiste. (1) Lo mismo sucede con el amor; nada hay tan duro que no pueda sobrepujar. (2) Los antiguos, si creemos en eso á San Clemente de Alejandría, (3) cargaban las manos del amor con laureles y coronas, para mostrar las victorias que reportaba sobre la tierra y en el Olimpo. Hesíodo lo llama el vencedor de los dioses y de los hombres. Por esto lo representaban algunas veces llevando tras sí dioses encadenados, para mostrar que tenía bastante fuerza para sujetarlos á su imperio. Más todavía, el triunfo de Dios todo poderoso, si en esto creemos á San Bernardo. (4) El amor triunfa de Dios! ¿Qué poder, pues, es el suyo? Algunas veces le dan también por atributos riendas y fuetes, para mostrar que doma á los animales más feroces y á los corazones más rebeldes. Con el fuego ablandan el hierro, le dan la forma que quieren, lo cual sería imposible sin él. El amor obtiene los mismos triunfos sobre el espíritu; le trae y lleva á su gusto; hay en esto más, da fuerza á los débiles, hace valerosas á las almas tímidas y las hace llegar á ser invencibles. ¿Qué animal hay más tímido que la gallina? que sea madre y tenga polluelos; ya no la conoceréis: es fuerte, valiente, es bastante atrevida para avanzarse y lanzarse contra hombres armados. Se puede, pues, decir con verdad, según Máximo de Tyro, (5) fa-

1 Cap. XV. Coelest. hierar.

2 Nihil est tam durum atque ferreum quod non amoris igne vincatur. Aug., de mor. Eccl. lib. I. cap. XXII.

3 VI. Strom.

4 Triumphat de Deo amor. S. Bern., Sermon. 14, in. Cant.

5 Sermon. 10.

moso filósofo platónico, que el amor es generoso, noble, franco y más libre que Esparta mismo. También es el único sentimiento en el hombre que, si es muy puro, no admira las riquezas, no teme á los tiranos, desprecia los palacios de los reyes, afronta la senténcia de los jueces y no huye la muerte; los precipicios más horrorosos, los abismos de la mar, las bestias feroces, el fuego, la espada, no sabrían detenerle. Penetra los espacios más inaccesibles; vence fácilmente todas las dificultades; sube á las montañas más altas; la profundidad de los ríos no le detiene; las tempestades no sabrían retardarle; desprecia, sobrepuja todo, por todas partes es fuerte. Ahora bien, si el amor, y en particular el amor de las criaturas, es tal cual lo pinta este filósofo, es evidente que el amor del Creador será mucho más fuerte, y que producirá efectos mucho más prodigiosos aún, como lo veremos en los que lo han experimentado, tales como los mártires y los otros santos.

IV. En fin, para terminar el elogio de la caridad, diremos que se eleva tan alto, que San Juan se ha atrevido á decir que Dios es caridad; (1) acerca de lo cual exclama San Agustín: "¿Qué se ha podido decir de más grande, hermanos míos, y más de realce para mostrar la excelencia de la caridad? Cuando, en todas las páginas de esta epístola de San Juan, y aun en toda la Santa Escritura, no se diría otra cosa de la caridad que estas palabras, que nosotros oímos de boca del Espíritu Santo: *Dios es caridad*, esto sería bastante para hacernos

1 Deus charitas est. I. Joan., IV.

comprender cuán grande es su excelencia." (1) Añade en otra parte: "No sé si se podrá alabar más altamente la caridad, que diciéndolo: *Dios es caridad*. Este elogio es corto, pero ¡cuantas cosas encierra! es una sola palabra; pero, ¡qué extenso es su sentido! Muy pronto se dice: Dios es amor; pero si se trata de pesar el valor de esta palabra, ¡qué peso! puesto que Dios mismo entra en la balanza." (2) Los ángeles más elevados, es decir, las criaturas más perfectas, se llaman serafines, lo que significa en hebreo *inflamados*, á causa del amor ardiente en que arden por esta belleza divina á la cual están llamados para contemplar más de cerca que los demás. Los antiguos daban á los personajes más distinguidos en valor y en virtud el nombre de Heroe, que se deriva de la palabra griega eros, que, según la advertencia de Marcelo Licin, significa *inclinado al amor*. Sócrates, que fué tenido por el oráculo más sabio de todos los hombres que vivían entonces, hacía una profesión particular de enseñar el arte de amar, como si fuera necesario saber amar, y amar como se debe, para ser reputado como sabio.

1 Quid amplius sciri potuit, fratres? si nihil de laude dilectionis diceretur per omnes istas paginas hujus epistole; si nihil omnino per coeteras paginas Scripturarum et hoc solum unum audiremus de voce spiritus Dei quia Deus dilectio est, nihil amplius quaerere deberemus. Tract. 8, in. I. ep. Joam.

2 Nescio utrum magnificentius nobis charitas commendari possit, quam ut diceretur: Deus charitas est, brevis laus, et magna laus; brevis in sermone, et magna intellectu; quam cito dicitur: Deus dilectio est, et hoc brevi est, si numerca, unum est; si appendas, quantum est. Tr. 9.

SECCION TERCERA.

Consecuencias que debemos sacar de las excelencias de la caridad.

Puesto que la caridad es la más noble, la más grande y la más excelente de las virtudes, en consecuencia debemos aplicarnos constantemente, y con todo nuestro corazón, para hacer en ella todos los días progresos nuevos. Estas perfecciones admirables nos claman á todos que ella es el camino que conduce al Señor. *Caminad en el amor*, nos dice San Pablo; (1) seguid este camino, tiende directamente á El. "Vamos á Dios, no andando, sino amando, dice San Agustín; mientras más puro sea el amor que nos lleve hacia él, más gozaremos de su presencia. No es andando como se va á aquel cuya inmensidad tiene presente en todas partes, sino por las costumbres, de las cuales no debe juzgarse según nuestras aficiones, porque el amor, bueno ó malo, es el que hace á las costumbres buenas ó malas." (2) La caridad es no solamente el camino que conduce á Dios, sino que es

1 *Ambulate in dilectione. Ep. V. 2.*

2 *In Deum tendimus, non ambulando, sed amando, quem tanto habebimus presentiore, quanto eundem amorem, quo in eum tendimus, potuerimus habere puriorem; ad eum ergo, qui ubique proens est, non pedibus ire licet, sed ex eo quod quisque diligit, dijudicari solent; nec faciunt bonos vel malos mores, nisi boni vel mali amores. Aug. ep. LIII. ad Maced.*

el mejor, el más excelente, el más fácil, y el más corto. Es el más excelente, porque ella es la reina de las virtudes; el más perfecto, el más agradable y el más glorioso á Dios, porque la gloria de Dios es su fin; es la más efectiva de las virtudes, porque es la más activa; ella da á los más débiles el valor de emprender y de ejecutar sin temor las más grandes cosas. Es la más útil, porque es el principio de nuestros méritos, la vida y forma de las virtudes; sin ella las virtudes serían cuerpo sin alma, colores sin luz. Es la más fácil, porque es un manantial inagotable de dulzuras; da sabor á las cosas más insípidas, endulza las más amargas.

En fin, es el camino más corto para ir á Dios, porque es el más recto, á causa de la rectitud de su intención, como de todas las líneas que van á parar á un mismo punto, la más corta es la más recta. (1) Un campo lleno de malezas puede desmontarse de dos maneras; ó cortando las plantas malas, ó quemando. La primera es mucho más laboriosa y más larga, y no siempre surte efecto, porque si el campo es vasto, antes de que hayan arrancado enteramente todas las yerbas, habrán brotado otra vez; mas la segunda es corta y fácil: en pocas horas un viento favorable llevará al fuego de un cabo al otro, arderán las espigas, el terreno quedará preparado y aun más fértil. Del mismo modo tenemos dos maneras de purificar nuestra alma y llegar á la perfección: con el hecho de la mortificación, dando ya sobre una mala costumbre, ya sobre otra, ya sobre el orgullo, ya

1 *Linea recta, quae brevisima.*

sobre la envidia, etc. Por este medio, se puede llegar á cabo; pero sin embargo no tan segura y fácilmente como el fuego de la caridad, que consumirá en poco tiempo todas las malas costumbres de nuestra alma, la hará fértil en buenos afectos y en buenas obras. Esto fué lo que sucedió á los Apóstoles, luego que el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre ellos el día de Pentecostés; esto es lo que ha sucedido á San Pablo y Santa Magdalena, á Santa Catalina de Génova y á otros muchos. Así como las dos obras maestras más perfectas de la naturaleza y del arte, son el oro y el vidrio, sobre los cuales el fuego tiene tanto poder, así las conversiones más señaladas, las gracias más admirables de Dios son producidas por la caridad, cuando el alma, atraída por un gran amor, se esfuerza por aplicarse en todo tiempo y en todo lugar á los ejercicios interiores y exteriores de este amor. *La luz que Dios comunica á una alma, dice Isaías, para arrancarla á las tinieblas de sus pecados y atraerla á él, está acompañada de fuego; á aquel que querrá hacer santo y eminente en virtud, lo hará santo con la flama, le arderá, devorará las espigas y los cardos de sus vicios en un día.* (1) Ir á Dios de esta manera, es ir á pasos de gigante, es correr, es volar. De todas las almas que van á Dios, dice San Bernardo, aquella que ama más ardentemente, corre más rápidamente y llegará primero; (2) es aquella que ha des-

1 Erit lumen Israel in igne, et sanctus ejus in flammá, succendetur et devorabitur spina ejus et vepres in die una. Is., X, 17.

2 Quo amat ardentius, currit velocius, et citius pervenit. S. Bern. 23 in Cant.

terrado más pronto el pecado de su corazón, arreglado sus pasiones, desarraigado sus costumbres viejas, para ahí plantar en una tierra buena el hábito de todas las virtudes. Cuando en una guerra, cogen prisionero al rey, todo se acabó. Los pescadores de perlas en la India, hacen todo lo posible para apoderarse de la ostra á la cual llaman reina, en derredor de la cual se agrupan las demás, porque entonces consiguen fácilmente el resto. (1) Lo mismo sucede en la adquisición de las virtudes; es preciso trabajar con todo su corazón y cuanto se pueda por familiarizarse con la caridad, que es la reina de todas, porque tan pronto como la habremos obtenido, adquiriremos fácilmente todas las demás.

Puesto que ello es así, esforcémonos por ir á Dios Nuestro Señor por el camino real del amor, vivamos con una vida de amor, obremos con este espíritu, hagámonos fieles á la gracia que á esto nos invita y á esto nos lleva. La vida de Dios, dice San Gregorio de Nysa, (2) es el amor; se ama á sí mismo, y á esto atrae al Hombre continuamente. ¿Cuál es la ocupación de los bienaventurados en el cielo? Su primera y única ocupación, es el amor de Dios, al cual ven infinitamente amable y á quien aman cuanto pueden. Imitémoslos aquí en la tierra, tanto cuanto podamos, y acordémonos que mientras más amáremos en la tierra, seremos llamados á amar más en el cielo; porque no tendremos en hábito sino los grados que hubiéremos tenido en nuestras obras. Por esto, apresurémono-

1 Celian, lib. XIX, cap. 8.

2 Dialog. de Resurrect. et animá.

nos por adquirir esta virtud; imitemos á la Esposa del Cántico de los Cánticos que dice: *La caridad es el estandarte de que se sirve mi esposo para gobernarme*, (1) queriéndome mostrar por esto que, así como el estandarte ó guía en un ejército dirige todas las acciones de los soldados, su marcha, su descanso, todos sus movimientos, así el amor para con Jesu-Cristo tiene sobre ella el mismo poder, y nada puede hacer sino por su dirección. Enarbolemos este estandarte victorioso: que él reine sobre nuestros ojos, sobre nuestras orejas, sobre nuestra lengua, sobre nuestro corazón sobre todos los miembros de nuestro cuerpo, sobre todas las potencias de nuestra alma, á fin de que no haya en nosotros ningún movimiento, ni operación que no mande ni dirija él.

1 Vexillum ejus super me charitas. Cant. XXI, juxta. hebr.

CAPITULO XIX

Conclusión del primer libro.

I. Debemos aplicarnos á conocer á Nuestro Señor.—II. Sobre todo á amarle.

Hasta aquí hemos dado los motivos que deben llevarnos al conocimiento y al amor de Nuestro Señor; ¿qué tenemos que hacer ahora, sino ponerlo inmediatamente en ejecución? Rindámonos en consecuencia á razones tan poderosas; una sola debía bastar; pero, puesto que hay tantas, trabajemos con ardor y constancia.

I. Apliquémonos á conocer á este divino Señor, puesto que él es el objeto más noble y el más amable al cual pueda aplicarse nuestro espíritu; y que este conocimiento es el más excelente, el más agradable, el más útil, el más necesario que pudiéramos adquirir en la tierra. Porque, ¿qué es el hombre? dice San Bernado; si es algo, es porque os conoce. (1) Explicando San Agustín el salmo XLI, que tiene por título: *Inteligencia á los hijos de Coré*, porque este salmo enseña en qué consiste el buen espíritu de los cristianos, hijos de Jesús crucificado, y cuál es la ciencia á la cual deben aplicar-

1 Quid est homo, nisi quia tu innotuisti ei. S. Bern., Serm. 20, in Cant.

nos por adquirir esta virtud; imitemos á la Esposa del Cántico de los Cánticos que dice: *La caridad es el estandarte de que se sirve mi esposo para gobernarme*, (1) queriéndome mostrar por esto que, así como el estandarte ó guía en un ejército dirige todas las acciones de los soldados, su marcha, su descanso, todos sus movimientos, así el amor para con Jesu-Cristo tiene sobre ella el mismo poder, y nada puede hacer sino por su dirección. Enarbolemos este estandarte victorioso: que él reine sobre nuestros ojos, sobre nuestras orejas, sobre nuestra lengua, sobre nuestro corazón sobre todos los miembros de nuestro cuerpo, sobre todas las potencias de nuestra alma, á fin de que no haya en nosotros ningún movimiento, ni operación que no mande ni dirija él.

1 Vexillum ejus super me charitas. Cant. XXI, juxta. hebr.

CAPITULO XIX

Conclusión del primer libro.

I. Debemos aplicarnos á conocer á Nuestro Señor.—II. Sobre todo á amarle.

Hasta aquí hemos dado los motivos que deben llevarnos al conocimiento y al amor de Nuestro Señor; ¿qué tenemos que hacer ahora, sino ponerlo inmediatamente en ejecución? Rindámonos en consecuencia á razones tan poderosas; una sola debía bastar; pero, puesto que hay tantas, trabajemos con ardor y constancia.

I. Apliquémonos á conocer á este divino Señor, puesto que él es el objeto más noble y el más amable al cual pueda aplicarse nuestro espíritu; y que este conocimiento es el más excelente, el más agradable, el más útil, el más necesario que pudiéramos adquirir en la tierra. Porque, ¿qué es el hombre? dice San Bernado; si es algo, es porque os conoce. (1) Explicando San Agustín el salmo XLI, que tiene por título: *Inteligencia á los hijos de Coré*, porque este salmo enseña en qué consiste el buen espíritu de los cristianos, hijos de Jesús crucificado, y cuál es la ciencia á la cual deben aplicar-

1 Quid est homo, nisi quia tu innotuisti ei. S. Bern., Serm. 20, in Cant.

se principalmente, nos exhorta á este conocimiento por estas palabras inflamadas: "Este salmo comienza por un santo deseo; así lo expresa el que lo canta: *Como el venado sediento desea el agua de las fuentes, así mi alma os desea, ¡oh Dios mío!* y corre á vos con el mismo ardor. ¿Quién es aquel que expresa en estos cantos este sentimiento tan bello? seremos nosotros si lo queremos. Animo, hermanos míos, haceos sedientos como yo, tomad parte en el deseo que me devora, amemos, ardamos de esta sed ardiente, corramos juntamente á esta fuente de entendimiento; deseemos como el venado esta fuente de agua viva, esta fuente de que habla la Escritura, cuando nos dice: *Teneis cerca de vosotros una fuente de vida*; porque Nuestro Señor mismo es el manantial y la luz, puesto que se ha dicho *que en él veremos la luz*. Si él es el manantial y la luz, con mucho derecho es también nuestro entendimiento, porque él satisface al alma sedienta de saber. (1) Corred, por tanto, á las fuentes, continúa el Santo doctor, encontrareis en Nuestro Señor una fuente de vida que jamás se agota, encontrareis una luz que jamás se oscurece. Desead esta fuente y esta luz, que son tales

1 Coepit ipse psalmus à sancto quodam desiderio, et ait qui sic cantat: Quemadmodum desiderat servus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Quis est hic qui sic cantat? Si volumus, nos sumus. Eia fratres, aviditatem meam capite, desiderium hoc meum communicate, simul amemus, simul in hac siti exardescamus. simul ad fontem intelligendi curramus; desideremus ergo velut cervus, fontem, de quo scriptura dicit, quoniam apud te est fons vitae; ipse enim fons et lumen est, quoniam in lumine tuo videmus lumen; si et fons et lumen est, meritò et intellectus est, quia satiat animam avidam sciendi. Aug., in Ps. XLI.

cuales el ojo jamás ha visto semejantes. Mas, para ver esta luz, es menester preparar su espíritu; y para beber en esta fuente, es menester encender la sed del alma. (1) Corred, corred por consiguiente á esta fuente; mas es necesario correr ahí con ardor, corred allá como un sediento venado. ¿Por qué como un venado sediento? es decir, sin tardanza, sin lentitud; se necesita el ardor y la vivacidad del venado, es preciso el arranque y toda la fuerza del deseo." (2)

II. Mas no basta conocer á Jesu-Cristo, es necesario avanzar más. Después de haber aprendido á conocerle, es preciso aprender á amarle. Es necesario que las luces que nos procura este conocimiento sean como las del sol, que nos calienta al mismo tiempo que nos alumbra. El conocimiento solo, lejos de servirnos, nos sería al contrario dañoso, y nos haría tanto más culpables para con Nuestro Señor, cuanto lo hubiéramos visto digno de más honor y de más amor, sin honrarle y sin amarle. Los diablos, dice San Agustín, (3) según los antiguos, (4) son llamados demonios á causa de la profundidad de su ciencia; pero, añade el santo doctor, como según la doctrina de San Pablo, *la ciencia infla, y la caridad edifica*; es decir

1 Curre ad fontes, desidera aquarum fontes, apud Deum est fons vitae, et insiccabilis, fons, in illius luce lumen in obscurabile. Lumen hoc desidera, quendam fontem, quoddam lumen, quale non pòrunt oculi tui; cui lumini videndo oculus interior praeparatur; cui fonti hauriendo sitis interior inardescit. Ibid.

2 Curre ad fontem, desidera fontem, sed noli utcumque, noli ut quaecumque animal currere, ut cervus currit. Quid est ut cervus? non sit tarditas in currendo, impigrè desidera fontem. Ibid.

3 Lib. IX de Civit. ch. XX.

4 Plat in Cratylo.

que la ciencia sin la caridad de nada aprovecha, y no hace sino inflar de orgullo y de vanidad; los demonios tienen la ciencia sola sin caridad, y son por consiguiente soberbios. Pero no sucede lo mismo con los buenos ángeles, que no dan mucho valor á la ciencia de los demonios, la cual poseen ellos en grado mucho más eminente, porque tienen la caridad por la cual son santificados. Esta caridad les es tan querida, y los lleva á acompañar de un amor tan ardiente el conocimiento que tienen de Dios y de sus bellezas eternas, que ardiendo santamente en su flama, desprecian todo cuanto está bajo El, todo lo que no es El, y á sí mismos por consiguiente. (1) No seamos, pues, como los ángeles malos, no nos contentemos únicamente con la ciencia, sino imitemos á los buenos; unámonos la ciencia á la caridad, unámonos con lazos indisolubles, y después de haber adquirido algún conocimiento de Nuestro Señor, no nos acupemos más sino en amarle.

No podríamos dar mayor prueba de nuestra sabiduría; porque, como dice Saloiano, ilustre sacerdote de Marsella, ¿en qué consiste, os ruego me digais, la sabiduría del cristiano, si no en temer y amar á Jesu-Cristo? (2) Y ¿qué objeto puede merecerlo mejor que él, como lo hemos visto por las razones que hemos dado antes? San Agustín cuen-

1 Illis Dei, quæ sanctificatur, charitas chara est, prae cuius non solum incorporali, verum etiam incommutabili et ineffabili palehritudine, cuius sancto amore inardescunt, omnia quae infra sunt et quod illud est non sunt, sequæ ipsos inter illa contemnunt. Aug., lib. IV, de Civit. 22.

2 Quid est, queso, sapientia christiani? quid, nisi timor et amor Christi? Salv., lib. V, ad Eccl. Dath.

ta que leyendo el Hortensio de Cicerón, se sintió movido en extremo del amor de la sabiduría, aunque entonces tenía sólo diez y nueve años, que llevaba una vida mundana y disipada, y que había abrasado la heregía de los Maniqueos. "A pesar de todas estas trabas, dijo, me sentí maravillosamente movido y todo inflamado, por la lectura de ese libro y por la fuerza de las razones que contiene, del deseo de buscar, de adquirir, de amar y de abrazar estrechamente la sabiduría; y este deseo era tan ardiente que me sentía todo consumido por él." (1) Sin embargo, á pesar del placer que le procuraba ese libro, encontraba en él algo que le desagradaba. "El nombre de Nuestro Señor Jesu-Cristo no se encontraba en él para nada, porque, oh Señor, he mamado por vuestra infinita misericordia, juntamente con la leche de mi madre, el afecto de este nombre de vuestro Hijo, mi Salvador. Yo lo imprimía desde entonces muy adentro de mi corazón; de suerte que, todo lo que yo veía, todo lo que leía y cuanto escuchaba, cualquiera que fuese su belleza, la verdad misma, no me contentaba enteramente." (2) Los motivos de los cuales nos hemos servido para llevaros al amor de la sabiduría increada son mucho más fuertes

1 Ipsam, quoecumque esset, sapientiam, ut diligerem, et quererem et assequerem, et tenerem, atque amplexarer fortiter, excitabar sermone et accendebar, et ardebam. Aug. Conf., lib. III, et IV.

2 Quod nomen Christi non erat ibi quoniam hic nomen, secundum misericordiam tuam, Domine, hoc nomen Salvatoris me filii tui, in ipso adhuc lacte matris tenerum cor meum pie biberat et altè retinebat; et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litterarum et expolitum et veridicum non me totum rapiebat. Ibid.

que los de ese pagano, puesto que están tomados en la fe. En ellos encontrareis, además de esto, lo que buscaba San Agustín y lo que no podía encontrar, el nombre de Nuestro Señor; la sabiduría increada y encarnada, encuentra ahí su lugar, y lo encontrará frecuentemente. Tomad, por consiguiente, la resolución de amarlo y de arder en su amor. Si hubiera en algún pueblo ó ciudad una criatura dotada de la más grande bondad, de una belleza arrebatadora de alma y cuerpo, muy noble, muy rica, muy poderosa, de una alta sabiduría, de una prudencia consumada, de un juicio sólido, de una ciencia y elocuencia profundas; si, además, esta persona fuera muy virtuosa, muy santa, adornada de todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia que puedan hacer á una criatura soberanamente amable, y que á pesar de esto no se encontrara á nadie que quisiera conocer su mérito, verla, amarla, buscar con afán su amistad aun cuando ella se ofreciera á todos con muy buena voluntad, con la seguridad de enriquecerlos, de ennoblecerlos, de darles el reposo y la felicidad, ¿qué pudiera decirse de una cosa tan extraña? ¿Acaso esta amable criatura no tendría motivo de quejarse de la grosería y estupidez de sus habitantes? ¿Los hombres sabios de las ciudades vecinas no tendrían motivo de lamentarla viéndola tratada de ese modo? Ay! nosotros mismos acaso no reducimos á Nuestro Señor á este estado, y á un estado mucho peor todavía, cuando no lo amamos, puesto que él es infinitamente más perfecto, y por consiguiente infinitamente más amable de lo que pudiera ser dicha criatura, y que nosotros estamos incomparablemente más obligados á amar

lo. El es bueno, él es bello, está lleno de gracias, es sabio, es infinitamente perfecto, es nuestro Dios, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro esposo, nuestro Salvador y nuestro todo; de él hemos recibido todos los bienes que poseemos, y es de quien los debemos esperar siempre. El se ha hecho hombre y un hombre de dolores; se ha abatido hasta sufrir la muerte sobre un patíbulo infame para atraernos á su amor. En consecuencia, amémoslo con todo nuestro corazón; tendríamos valor de faltar á esta dulce obligación?

Este amor es la señal más segura de la predestinación, es el más gran mandato que hayamos recibido de Dios, esta es la virtud más sublime á la cual podemos aplicarnos; por otra parte, para esto nos ha hecho Dios, para esto ha creado el mundo y le ha dado á su divino Hijo. Explicando San Gerónimo el pasaje de Abacuc: *Ha puesto la fuerza en sus manos, una fuerza atrayente al amor*, añade estas palabras: "Dios Padre llenó los cielos de su gloria, y la tierra del objeto más digno de admiración. Ha dado el reino del universo á su Hijo, á fin de hacerlo amar de los hombres, no con un amor ordinario, sino con el amor más fuerte y más vehemente." (1) Entreguémonos, por tanto, á un ejercicio tan útil para nosotros y tan puesto en razón; y por otra parte, ¿no acaso es preciso que amemos necesariamente alguna cosa? ¿nos

1 Cornua in manibus ejus, et posuit dilectionem robustam fortitudinis suae. Abac.—Nimirum idcirco Deus pater operuit coelos gloria, et terram replevit laude; et cornua, id est, regnum posuit in manu filii sui, ut faceret dilectum suum ab hominibus diligi, diligi non leviter, sed vehementer et fortiter. Hier., in cap. III. Abac. IV.

es posible vivir sin amar? Jamás un hombre consentirá en vivir sin un amigo, dice Aristóteles, cualquiera que sea la oferta que se le pueda hacer, aun cuando poseyera todos los demás bienes.

(1) Mas si no amamos á Jesu-Cristo, será menester dar nuestro corazón á un objeto infinitamente menos amable que él, y que nos será dañoso. Amaremos el mundo y nuestras pasiones; porque, como dice San Leon: "Es necesario que el alma racional ame ó á su Dios ó al mundo, puesto que ella no puede vivir sin amor." (2) Ah! cuidémonos de amar nuestras pasiones, porque entonces amaríamos á nuestros verdugos; amemos más bien á aquel que es nuestro Salvador. Añadamos á la idea de nuestro interés, la felicidad del mandamiento: no se os dice que ayuneis si estais muy débil, que deis limosna, si sois pobre; hacer penitencias rigurosas si estais enfermo; rezar largo tiempo, si estais enfermo; ni hacer largas peregrinaciones, si sois cojos; sino que se os dice solamente que ameis, porque lo podeis. No todos tienen la fuerza necesaria para ayunar, ni riquezas para hacer limosna, ni una salud bastante robusta para causar dolor á sus cuerpos; pero los pobres, los débiles, los enfermos, todos, en una palabra, tienen un corazón y pueden amar. "Por esto, oh Jesús, mi dulcísimo Salvador, exclama el sabio Idiota, yo sé que es una cosa muy fácil el amaros, si se quiere; el cuerpo no recibe por eso incomodidad alguna, la cabeza no es fatigada, las riquezas no se disminuyen,

1 Aristot. Eth. lib. VIII, cap. 1.

2 Rationabilis animas, qui sine dilectione esse non potest, aut Dei amator est, aut mundi. S. Leo., Serm. 5, de jejum. 7 missen.

porque el amor es un movimiento del alma: por consiguiente, es seguro que aquel que ama no es incomodado." (1)

Después de haber pensado maduramente todas estas razones, tomemos una resolución eficaz de amar ahora á Nuestro Señor con todo nuestro corazón, de aplicarnos seriamente al ejercicio de su amor durante el curso de nuestra peregrinación, esperando con paciencia que se digue, en su misericordia, introducirnos en el cielo para amarle para siempre jamás de una manera mucho más perfecta. Cantemos por el camino el cántico del amor, á fin de endulzar con él las penas; *cantemos al Señor un cántico nuevo*. San Agustín nos enseña cuál es este nuevo cántico: "Este cántico nuevo no puede ser otro sino el cántico del amor, que debemos á Nuestro Señor Jesu-Cristo. Cantemos este amor; es propio del que ama, cantar; este canto no es otra cosa que la expansión del ardor del santo amor; amemos, y amemos con el ardor todo de nuestro corazón, amemos á este amable Señor. ¿Qué hay en el mundo que sea más amable y perfecto? Amémosle por él solo, alejémonos de todos aquellos que no arden en este amor; dejémoslos cegarse con el polvo que no deseansan de remover. En cuanto á mí, entraré al secreto de mi corazón, y allí, oh Jesús, mi Señor, mi reposo y mi todo, os cantaré el cántico del amor, derramaré en

1 Quare, benignissime Domine Jesu-Christi! scio quod tam facile est te diligere, quod ex hoc corpus non affligitur, pes non pungitur, caput non dolet, vel non laeditur, lingua non vexatur, crumena non evacuatur, quia dilectio proprie consistit in animá et inde sequitur quod qui amat, non laborat. Idiot. Contempl. 22.

vuestra presencia los gemidos, inarrables de la tierra de destierro, suspiraré por la patria del amor." (1) Cantemos, por tanto, querido lector mío, cantemos este delicioso cántico. Yo termino dirigiendolos el mismo deseo, y haciendolos la misma promesa que San Pablo hacía á los Efesios al terminar su carta: *Que la gracia y la gloria, la paz y toda suerte de bienes estén con todos aquellos que amen á Nuestro Señor Jesu-Cristo, pura, fiel y constantemente,* (2) es decir, según San Anselmo, con aquellos que lo aman como una casta esposa ama á su esposo, no queriendo ser amada sino de él, y no amar otra cosa que á él. Veamos ahora cuales son los ejercicios de la caridad, y demos como las modulaciones de este cántico del amor. (3)

—●—
 "Sigue aquí el libro 2.º que trata de los ejercicios del amor santo; el cual se anunciará luego que esté impreso."

1 Quid habet canticum novum, nisi amorem novum..... Cantare amantis est, vox hujus cantoris, fervor est sancti amoris; amemus, gratias amemus, Dominum enim amamus, quo nihil melius invenimus; ipsum amemus propter ipsum... Foris sufflantes in pulverem et exitum tes terram in oculus suos; et intrem in cubile meum, et cantem tibi amatoria, gemens inenarrabiles gemitus id peregrinatione mea. Aug. Conf. lib. XII, cap. XVI.

2 Gratia cum omnibus qui diligunt Dominum Nostro Jesum-Christum in incorruptione, amen, Eph. VI. 24.

3 Cantate Dominum canticum novum. Ps., XCV, 1.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

| | |
|--|-----|
| Motivos que deben llevar á los hombres a este conocimiento y á este amor..... | IX |
| PROLOGO..... | |
| CAPITULO I. Extrema ignorancia é insensibilidad de los hombres por las cosas de la salvación..... | 13 |
| SECCION PRIMERA. El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación..... | 23 |
| SECCION SEGUNDA. No estamos en el mundo sino para pensar en nuestra salvación..... | 31 |
| CAPITULO II. Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual..... | 41 |
| SECCION PRIMERA. Pocas personas merecen mucho..... | 53 |
| SECCION SEGUNDA. Conclusión del capítulo. Ciencia de los santos..... | 59 |
| CAPITULO III. Debemos esforzarnos por conocer á Nuestro Señor Jesucristo..... | 66 |
| SECCION PRIMERA. Condiciones que deben tener el conocimiento de Nuestro Señor..... | 84 |
| SECCION SEGUNDA. Conclusión..... | 96 |
| SECCION TERCERA. Respuesta á las escusas..... | 105 |
| CAPITULO IV. Dos pasajes muy notables de la Escritura Santa, conteniendo muchos | |

| | |
|--|-----|
| motivos que pueden llevar nuestros corazones al amor de Nuestro Señor Jesucristo... | 114 |
| CAPITULO V. Primer motivo de amor. Nuestro Señor es amable á causa de las perfecciones infinitas de su divinidad.... | 125 |
| SECCION PRIMERA. Manera de conocer á Dios por afirmación..... | 133 |
| SECCION SEGUNDA. Modo de conocer á Dios por negación..... | 141 |
| SECCION TERCERA. Resumen de las verdades contenidas en este capítulo. Sentimientos que deben producir en nosotros..... | 155 |
| CAPITULO VI. Segundo motivo de amor. La belleza soberana de Jesucristo Nuestro Señor..... | 166 |
| SECCION SEGUNDA. Nuestro Señor es perfecto en todas sus bellezas..... | 178 |
| SECCION TERCERA. Belleza de nuestro Señor Jesucristo como hombre mortal..... | 186 |
| SECCION CUARTA. Poder que la belleza de Nuestro Señor debe tener sobre nosotros.. | 198 |
| SECCION QUINTA. Conclusión del capítulo.. | 209 |
| CAPITULO VII. Tercer motivo de amor, los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza..... | 215 |
| SECCION PRIMERA. Beneficios de la naturaleza..... | 215 |
| SECCION SEGUNDA. Poder que deben tener los beneficios de Nuestro Señor..... | 224 |
| CAPITULO VIII. Cuarto motivo de amor. Jesucristo se ha hecho hombre para hacerse amar de los nombres..... | 234 |
| SECCION PRIMERA..... | 234 |
| SECCION SEGUNDA. Conclusión del capítulo | 243 |

| | |
|---|-----|
| CAPITULO IX. Quinto motivo de amor. Jesucristo es nuestro esposo..... | 251 |
| CAPITULO X. Sexto motivo de amor. Jesucristo es nuestro hermano..... | 262 |
| CAPITULO XI. Séptimo motivo de amor. Los sufrimientos y la muerte de Jesucristo | |
| SECCION PRIMERA. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor..... | 267 |
| SECCION SEGUNDA. Otras dos circunstancias notables de los sufrimientos de Nuestro Señor..... | 276 |
| SECCION TERCERA. Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo... | 289 |
| SECCION CUARTA. Asunto de contemplación tomado de lo que hemos dicho para entregarnos al amor de Nuestro Señor..... | 298 |
| CAPITULO XII. Octavo motivo de amor. Los beneficios de la creación y de la redención..... | 303 |
| CAPITULO XIII. Noveno motivo de amor. Somos hechos para nuestro Señor Jesucristo..... | 310 |
| CAPITULO XIV. Motivo décimo de amor. El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de El..... | 319 |
| SECCION PRIMERA. Primer mandamiento. las leyes conducen á los hombres a su fin... 319 | |
| SECCION SEGUNDA. Conclusión del capítulo | 327 |
| CAPITULO XV. Motivo undécimo de amor. El amor es la prueba más segura de la predestinación..... | 333 |
| CAPITULO XVI. Motivo duodécimo de amor. El amor que los hombres se tienen entre sí..... | |

| | |
|--|-----|
| SECCION PRIMERA. Amor excesivo que se tienen los hombres..... | 346 |
| SECCION SEGUNDA. Conclusión..... | 355 |
| CAPITULO XVII. Motivo décimo tercero de amor. Desprecio que debemos tener por las criaturas..... | 361 |
| CAPITULO XVIII. Motivo décimo cuarto de amor..... | |
| SECCION PRIMERA. Excelencia de la caridad..... | 375 |
| SECCION SEGUNDA. Algunas otras prerogativas de la caridad..... | 382 |
| SECCION TERCERA. Consecuencias que debemos sacar de las excelencias de la caridad..... | 390 |
| CAPITULO XIX. Conclusión del primer libro..... | 395 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2

EJERCICIO DE PERFECCION

Y

VIRTUDES CRISTIANAS

POR EL

V. P. ALONSO RODRÍGUEZ

COMPENDIADO POR EL

ILMO. Y RMO. SR. D. FR. JOSÉ M. PORTUGAL
Obispo de Sinaloa.

SEGUNDA EDICIÓN

REVISADA POR EL SR. D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA, CATEDRÁTICO
DE METAFÍSICA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



MÉXICO

LIBRERÍA RELIGIOSA

HERRERO HERMANOS

1.^a calle de San José el Real, núm. 3.

1894

Esta obra se vende en S.
Cosme 3.^a del Ciprés n.^o 2 y en
el Seminario de S. Camilo á
realés ejemplar y un peso en
los Estados y Exterior.

2
EJERCICIO DE PERFECCION

Y

VIRTUDES CRISTIANAS

POR EL

V. P. ALONSO RODRÍGUEZ

COMPENDIADO POR EL

ILMO. Y RMO. SR. D. FR. JOSÉ M. PORTUGAL
Obispo de Sinaloa.

SEGUNDA EDICIÓN

REVISADA POR EL SR. D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA, CATEDRÁTICO
DE METAFÍSICA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



MÉXICO

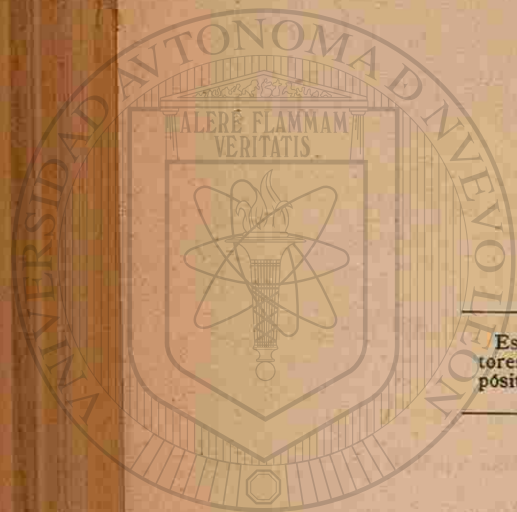
LIBRERÍA RELIGIOSA

HERRERO HERMANOS

1.^a calle de San José el Real, núm. 3.

1894

Esta obra se vende en S.
Cosme 3.^a del Ciprés n.^o 2 y en
el Seminario de S. Camilo á
realés ejemplar y un peso en
los Estados y Exterior.



Es propiedad de los Editores. Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL ILMO. Y RMO.

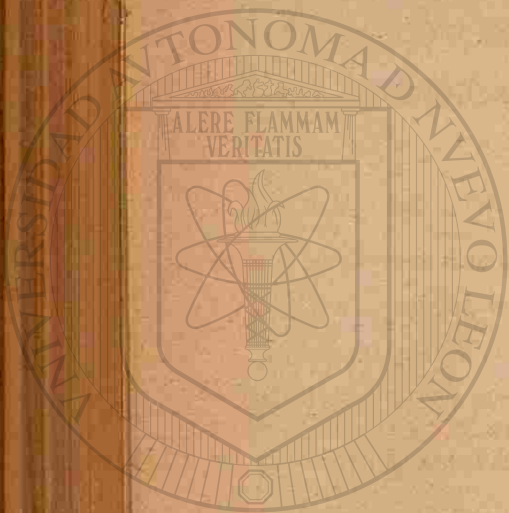
SR. ARZOBISPO DE MÉXICO

DR. D. PELAGIO ANTONIO LABASTIDA

En testimonio de nuestro profundo respeto y singular aprecio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ^{El Autor.}

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LICENCIA

DEL SUPERIOR GOBIERNO ECLESIASTICO DE GUADALAJARA

Asientos, Abril 3 de 1885.

Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza.

GUADALAJARA.

Ilmo. Sr., á quien mucho amo y venero: El Rdo. Padre Fray José María Portugal, por mi orden, ha formado un compendio de la nunca bien ponderada obra EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS, por el P. Alonso Rodríguez, adaptándolo en su estilo á la época presente, y omitiendo algunas cosas que ha parecido prudente omitir y substituyéndolas con otras de más actualidad; en lo que llevo leído de dicho compendio veo que el autor ha llenado perfectamente mis deseos y que su doctrina está enteramente conforme con la del P. Alonso. Mas deseando que cuanto antes se imprima para gloria de nuestro Señor y bien de las almas, suplico á V. S. I., si así fuere de su superior agrado, se sirva concederme la correspondiente licencia para proceder á la impresión y publicación del mencionado compendio. En lo que recibiré gracia.

Tengo la honra de repetirme de V. S. I. R. humilde, atento, seguro servidor y capellán que respetuosamente besa su mano, = *Fray Teófilo G. Sancho.*

GUADALAJARA, Abril 14 de 1885.

En vista del dictamen del muy Rdo. P. Comisario general de Franciscanos, Fray Teófilo G. Sancho, expresado en el ocurso que antecede, acerca de lo que había leído del compendio de la obra del P. Alonso Rodríguez, intitulado EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS, escrito por el Rdo. P. Fray José María Portugal, y siempre que acerca de lo restante de dicho compendio forme el mismo favorable concepto, concedemos nuestra licencia para su impresión, como S. P. M. R. lo solicita; debiéndose publicar al principio de la obra tanto el ocurso mencionado como este decreto. El Ilmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo así lo decretó y firmó. =M—
El Arzobispo, =JACINTO LÓPEZ, Secretario ¹.

¹ Hoy arzobispo de Linares.

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

CAPÍTULO PRIMERO

Preciosidad y belleza de los bienes espirituales. — Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos.

§ I

No deseé la inteligencia, y me fué concedida: invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió; y la preferí á los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas; ni comparé con ellas las piedras preciosas, porque todo el oro respecto de ella no es más que menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo ¹. » Así estimaba y deseaba Salomón la sabiduría, y así ha de ser también nuestro aprecio y deseo de la perfección y de todo lo que sirve para conseguirla. En su comparación lo demás nos ha de parecer un poco de arena, de lodo y basura. « Todas las

¹ Sap., VII, 7-9.

GUADALAJARA, Abril 14 de 1885.

En vista del dictamen del muy Rdo. P. Comisario general de Franciscanos, Fray Teófilo G. Sancho, expresado en el ocurso que antecede, acerca de lo que había leído del compendio de la obra del P. Alonso Rodríguez, intitulado EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS, escrito por el Rdo. P. Fray José María Portugal, y siempre que acerca de lo restante de dicho compendio forme el mismo favorable concepto, concedemos nuestra licencia para su impresión, como S. P. M. R. lo solicita; debiéndose publicar al principio de la obra tanto el ocurso mencionado como este decreto. El Ilmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo así lo decretó y firmó. =M—
El Arzobispo, =JACINTO LÓPEZ, Secretario ¹.

¹ Hoy arzobispo de Linares.

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

CAPÍTULO PRIMERO

Preciosidad y belleza de los bienes espirituales. — Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos.

§ I

No deseé la inteligencia, y me fué concedida: invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió; y la preferí á los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas; ni comparé con ellas las piedras preciosas, porque todo el oro respecto de ella no es más que menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo ¹. » Así estimaba y deseaba Salomón la sabiduría, y así ha de ser también nuestro aprecio y deseo de la perfección y de todo lo que sirve para conseguirla. En su comparación lo demás nos ha de parecer un poco de arena, de lodo y basura. « Todas las

¹ Sap., VII, 7-9.

cosas tengo por basura, — decía el Apóstol, — con tal que gane á Cristo ¹. »

• 2. He aquí un gran medio para alcanzar la perfección: el aprecio que hagamos de ella; porque si éste fuere muy grande, así también será nuestro aprovechamiento, supuesto que la voluntad es potencia ciega y sigue lo que el entendimiento le propone; y por lo mismo, si éste le presenta la perfección cristiana como lo más amable y excelente, la deseará la voluntad con toda su fuerza, y nacerán de tal deseo las grandes resoluciones de dejar el pecado, el poner en práctica los medios más oportunos para seguir el camino del Señor y continuar en él llenos de diligencia y alegría.

3. Somos negociadores del reino de los cielos; y como la grandeza de los bienes que encierra es la mayor que podemos concebir y su excelencia con nada es comparable, debemos estimarlos sobre todos los bienes de la tierra. La tierra con todos sus encantos y bellezas debe ser para nosotros, cuando vemos el cielo, como triste páramo donde sólo tenemos que llorar. Para David era un desierto sin agua y sin camino, y para el gran Ignacio de Loyola una mansión de dolor.

4. Tengamos, pues, en nuestro corazón un aprecio muy grande á los bienes espirituales;

¹ Philip., III, 8.

y para que veamos hasta dónde debe levantarse semejante aprecio, recordemos lo que nuestro Señor Jesucristo contestó á sus discípulos cuando volvían de su misión llenos de gozo. « Señor, — le dijeron, — hasta los demonios se nos sujetan por la virtud de tu nombre. — En esto no os gocéis, — les dijo Jesús, — porque los espíritus os están sujetos; antes gozaos porque vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos ¹. » En adquirir, pues, y ganar el reino de los cielos hemos de poner nuestro contento y alegría; porque, de otra suerte, no nos aprovechará ganar todo el mundo si perdemos nuestra alma.

5. La virtud, la perfección cristiana tengan, pues, en nuestra estimación un lugar preferente sobre todos los intereses y bienes de este mundo, y por lo mismo, nunca dejemos nuestros ejercicios espirituales, ya que su práctica es la que nos conserva y adelanta en la santidad; y si alguna vez llegamos á omitirlos, la gran voluntad que tenemos de servir á Dios háganos suplir de algún modo aquella triste omisión, que de esta suerte no nos dañará.

¡Oh mi amable y buen Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Disipad las tinieblas de mi alma, mostradme la preciosidad y la hermosura de los

¹ Luc., X.

bienes espirituales y haced que los estime en toda su importancia.

§ II

6. Debemos apreciar en gran manera la virtud y perfección cristiana; pero esto no es todo: es también indispensable desearlas vivamente. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*; esto es, de la virtud y perfección. No basta cualquier deseo, sino es necesario que éste sea tan grande que llegue á producir el hambre y la sed espiritual, de tal suerte que podamos decir con David: «De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á Ti, Dios mío¹.»

7. Semejante deseo es de suma importancia, pues bien sabemos que el principio para alcanzar la sabiduría, que es el conocimiento y amor de Dios, en lo cual consiste nuestra perfección, es un deseo verdadero y muy grande de ella misma² porque en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar, y cuanto más grandes

¹ Psalm. XLI, 2.

² Sap., VI, 6.

son aquel amor y este deseo, mayores son también nuestro cuidado y diligencia en alcanzar el fin que nos hemos propuesto.

8. Si nuestra conducta es buena por el respeto humano ó el temor de los castigos, no hay que esperar que adelantemos mucho en el camino de Dios, ni que duremos en él por mucho tiempo. Hay diferencia muy grande entre las cosas que se mueven por un impulso violento y exterior, y las otras que lo tienen natural; las primeras, cuanto más adelantan pierden más de su fuerza, sucediendo lo contrario en las segundas: tirad la piedra hacia arriba, y cuanto más suba, más perderá de su fuerza; pero al descender, cuanto más bajare, más se aumentará su fuerza y ligereza.

9. Si queremos, pues, adelantar en el camino de Dios, es necesario que el deseo de la virtud sea muy grande y sincero y enteramente voluntario; porque á nadie violenta el Señor para que sea perfecto, y si en realidad no queremos la perfección, serán inútiles todos los medios exteriores que practiquemos para conseguirla.

10. «¿Cómo podré salvarme?»—preguntó á Santo Tomás de Aquino una hermana suya; y el Santo la respondió: «Queriendo.» Si queremos, pues, aprovecharemos, seremos perfectos y nos salvaremos; pero nuestra voluntad debe ser sincera, y nuestro deseo muy grande y

constante; que Dios por su parte no nos faltará.

11. Semejante deseo nos hará diligentes y llenos de cuidado en todas nuestras obras, y hará muy fáciles y suaves aun las cosas de suyo muy dificultosas y pesadas.

12. Los grandes deseos de la virtud y perfección agradan mucho al Señor, que colma de sus bienes á los que tienen hambre; porque El mismo inspira esos deseos, y lleno de amor espera que le abramos nuestras almas. «Yo estoy á la puerta y llamo», nos dice en el *Apocalipsis*; y en los *Cantares* había dicho el Amado á su hermana: «Abreme, hermana mía.» Y si le abrimos, lo hallaremos sentado á nuestra puerta. Está esperando; y ¿qué espera el Señor? Nuestro corazón para usar con nosotros de misericordia. Y quiere que sean muy grandes los deseos que tengamos de servirlo, para que sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa los deseos con que se digne después enriquecernos. Deseos muy grandes, sinceros y eficaces, pues de otra suerte serían veleidades más bien que deseos, y entonces podrían decirsenos estas palabras: «Los deseos matan al perezoso, porque sus manos no quieren trabajar poco ni mucho; todo el día codicia y desea; el justo, empero, nunca está sin obrar»¹.

¹ *Prov.*, XXI, 25-26.

13. «Si, pues, buscamos al Señor, busquémosle, — decía Isaías, — y con deseos verdaderos, eficaces y perseverantes. Lo que nos pide el Señor es que obremos con justicia, y amemos la misericordia, y caminemos con solicitud y diligencia en el divino servicio»¹.

14. De estos deseos que Dios nos ha cumplido, su divina Majestad nos dice: «Los que de mí comen, tienen más hambre de mi, y tienen siempre sed los que de mí beben»². Porque los bienes espirituales, cuanto más los poseemos y gustamos, otro tanto vamos descubriendo en ellos un valor y una preciosidad inestimables, y sus delicias, en vez de fastidiarnos, aumentan los deseos que de ellas teníamos, y seguimos gustando sin fastidio las nuevas dulzuras que nos traen consigo.

15. *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.* Dios nos da lo que deseamos, y quedamos satisfechos; mas, con todo, el hambre no cesa, ni se extingue la sed que tenemos; pero ese hambre no da pena, sino contento, y esa sed no fatiga, sino recrea y nos llena de un gozo muy grande.

16. Si nuestro corazón está lleno de los deseos de la virtud, tenemos una gran señal de estar en gracia de Dios; «porque no hay mayor

¹ *Mich.*, VI, 8.

² *Eecl.*, XXIV, 29.

señal ni más cierto testimonio de la presencia del Señor en el alma, — dice San Bernardo, — que tener un gran deseo de más virtud, más gracia y perfección ¹ »; porque el mismo Dios pone en ella el hambre y la sed que tiene, y la lleva tras sí, como corriendo al olor de los perfumes; mas si no la tenemos temamos, no sea que la ausencia de Dios nos haya dejado sin esa hambre y esa sed de que hablamos.

17. Ignora el hombre si es digno de amor ó de odio. Terrible incertidumbre, tristísima ignorancia. Y aunque durante la vida no podemos tener seguridad de hallarnos en la gracia de Dios sin una particular revelación, sin embargo, podemos tener algunas conjeturas que nos lo indiquen; y una de ellas, y muy principal, es andar con hambre y deseo de aprovechar y de ir cada día creciendo más y más en virtud y perfección; pues la senda de los justos es como la luz brillante que va en aumento y crece hasta el perfecto día; y, al contrario, el camino de los impíos está lleno de tinieblas, ni advierten el precipicio en que van á caer ². El justo nunca dice basta, porque camina de virtud en virtud; el tibio va siempre descendiendo, y su luz se va debilitando hasta quedar envuelto en las profundas tinieblas del pecado.

¹ Serm. 2, *S. Andreae*.

² *Prov.*, VI.

18. ¡ Oh buen Señor ! Ahora no os pedimos solamente pan, sino también hambre y sed de justicia, para que después de esta vida quedemos satisfechos con la abundancia de los bienes celestiales.

CAPÍTULO II

El no ir adelante es volver atrás.— Medios para adquirir la perfección.

§ I

EN el camino de Dios, el no ir adelante es volver atrás. Lo dicho es sentencia común de los santos; oigamos por todos á San Bernardo, que hablando con un tibio se expresaba en estos términos: « ¿ No queréis ir adelante? — No. — ¿ Luego queréis volver atrás? — Tampoco. — ¿ Pues qué queréis? — Permanecer donde estoy; ni adelantar ni retroceder. — Queréis lo que no es posible; porque nada permanece en este mundo, y del hombre está escrito: « Huye como la sombra, y nunca » permanece en el mismo estado. » Del divino Jesús está escrito que adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres; y por lo mismo, si queremos permanecer en El, tenemos que andar como El; y si El camina y nosotros nos paramos, cada vez

nos veremos más lejos de su divina Majestad. »

2. En el camino de la virtud no hay medio entre el subir y el bajar, entre ir adelante y volver atrás; ese camino es como la escala de Jacob, en la cual no se paraban ni se detenían los ángeles, sino que bajaban ó subían por ella.

3. Si hallándonos en medio de un río caudaloso quisiéramos estar parados, sin ningún esfuerzo nos llevaría la corriente; ¿y no estamos durante la vida en medio de impetuosas y terribles pasiones, cuyo vencimiento exige de nosotros constantes y grandes esfuerzos? El reino del cielo padece fuerza, y los esforzados lo arrebatan.

4. Un criado que no es ladrón, ni jugador, ni tiene otro vicio, pero se está sentado sin hacer lo que le corresponde, digno es de ser castigado, pues no hace lo que debe. Un labrador, hombre de bien en todo lo demás, pero que no quisiese sembrar, ni arar, ni cultivar la viña, por la misma razón digno sería de ser reprendido. ¿Qué mayor mal queremos en una tierra que el ser estéril, especialmente si es bien labrada y cultivada? Pues nuestra alma ha sido cultivada por la mano de Dios, regada con las gracias de los cielos y calentada con los rayos del Sol de justicia; si después de esto permanece estéril, ¿no será criminal delante de Dios y no podrá temer sus terribles castigos?

5. La calma en el mar es muy peligrosa

para el navegante, porque le hace consumir sus provisiones sin llevarlo al puerto, y lo mismo nos sucede cuando hacemos calma en la virtud; consumimos lo que hemos adquirido en perfección y santidad, y después nos hallamos sin nada en medio de las olas y tempestades y tentaciones que se levantan y de ocasiones que se ofrecen, para cuyo vencimiento teníamos necesidad de más virtud; pero ésta se ha consumido en la calma, y nosotros nos hallamos en los mayores peligros de perdersnos.

§ II

6. ¿Qué haremos para evitar estos peligros y adelantar en la virtud y perfección? He aquí los medios que nos proponen los santos:

7. El primero es de San Pablo, y consiste en olvidar el bien que hemos hecho y poner los ojos en lo que nos falta¹. No debemos ver el bien pasado, porque esto serviría de ocasionarnos soberbia creyendonos algo y de preferirnos á los demás, como lo hizo el fariseo, que recordando sus buenas obras se prefirió al publicano, que sólo pedía misericordia de sus faltas, y del cual dijo Jesucristo, y no del otro, que había salido justificado del templo.

¹ Philip., III.

8. El recordar lo que hemos hecho en el camino de Dios nos dará ocasión de descuidarnos y andar con tibieza y flojedad, pareciéndonos que hemos trabajado mucho y que ya es tiempo de irnos al descanso. Los caminantes, cuando empiezan á cansarse, vuelven los ojos atrás para ver lo que han andado; y así también nosotros, cuando nos cansamos y nos entra la tibieza, vemos nuestras obras pasadas, y esto hace que nos contentemos con ellas y nos quedemos de asiento en nuestra flojedad. Para evitar estos males veamos lo que nos hace falta, así como el deudor que ha abonado su cuenta piensa en lo que aún le queda por pagar, y esto le inquieta y lo trae con gran cuidado. Nosotros pensemos también en lo mucho que nos falta que pagar á Dios: he aquí nuestro cuidado y la espina que siempre hemos de traer atravesada en el corazón.

9. Poco aprovecha al caminante haber andado mucho si no llega por fin al lugar adonde va. Así también, el que corre en el estadio no consigue el premio, por más que comience á correr con ligereza, si se cansa y se detiene antes de llegar al término de la carrera. Corramos, pues, de tal manera que logremos el premio, reflexionando que un largo camino nos queda todavía que andar: muchas pasiones tenemos que vencer; y en cuanto á las virtudes, ¿cuáles son las que hemos adquirido?

10. Los comerciantes cuidan con toda diligencia de aumentar su caudal y no hacen caso de lo que han ganado; así debemos hacerlo nosotros: de qué manera seremos más humildes y mortificados, y cómo aumentaremos nuestra caridad y todas las virtudes; he aquí el grande objeto y la santa ocupación de nuestras almas. Trabajemos, pues, en esto mientras viene el Señor.

11. Los comerciantes no pierden punto ni dejan pasar ocasión en que puedan aumentar su capital; hagamos nosotros lo mismo, sacando provecho de la palabrilla picante que se nos diga y de lo que se nos mande contra nuestra voluntad, de la ocasión que se nos ofrezca de humillarnos, recibiendo todo esto con acción de gracias y alabanzas al Señor.

12. Los comerciantes no piensan más que en sus ganancias, y en todos sus negocios discurren sobre la manera mejor de conseguir las: ¡oh, si así también buscáramos la virtud y perfección cristiana! sin duda pronto daríamos con ellas; y, sin embargo, ¿qué son las ganancias temporales comparadas con los bienes de que hablamos y con agradecer á Dios en nuestras obras?

13. « ¡ Ay de mí! — exclamaba el abad Pambo al ver á una mujer mundana que iba muy compuesta. — ¡ Ay miserable de mí! que esa mujer pone más cuidado en agradar á los

hombres y llevarlos á su perdición, que yo en agradar á Dios y llevarlos al cielo! » Con más razón que aquel santo avergoncémonos nosotros viendo que los hijos de este siglo son más prudentes en sus negocios que nosotros en los negocios de la salvación de nuestras almas.

14. El segundo medio para aprovechar es también de San Pablo, y consiste en poner los ojos en cosas altas y de gran perfección ¹, porque es necesario pasar muy adelante con nuestros deseos para llegar siquiera con la obra al punto que es indispensable. Cuando un arco está flojo, debe apuntarse más alto para dar en el blanco; ahora bien: nosotros, por el pecado, quedamos como el arco flojo y cuéstanos gran trabajo el cumplimiento del deber; y por lo mismo, para no faltar nos es indispensable pasar con los deseos muy adelante. Para animarnos á esto recordemos que el Señor nos ha dicho: « Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial. » Pongamos los ojos en nuestro Hermano primogénito, Jesucristo, y si tan alto ejemplo nos deslumbra, contemplemos á nuestros hermanos, tan flacos como nosotros y llenos de pasiones, tentaciones y malas inclinaciones, que han sabido vencer con su virtud. Su ejemplo debe animarnos, y al ver nuestra vida y la suya andaremos confundidos y humi-

¹ 1 Cor., XII.

llados, considerando cuán lejos estamos de llegar á lo que ellos llegaron. « ¡ Ay de mí, que falsamente tengo el nombre de religioso! — decía San Antonio Abad después de haber visto á San Pablo ermitaño. » ¡ Ay de nosotros, que falsamente tenemos el nombre de cristianos, pues no cumplimos como muchos otros cumplen los deberes del Cristianismo, y no cuidamos de adelantar en la virtud!

15. El tercer medio que tenemos para nuestro aprovechamiento, consiste en hacer caso de cosas pequeñas y no menospreciarlas: que quien las desprecia, poco á poco vendrá á caer. Es de suma importancia este medio, pues por faltas muy pequeñas comienzan los justos, que caen después en males muy grandes. Ninguno se hace de repente muy malo ni muy bueno, y como las enfermedades del cuerpo, las del alma por lo común se engendran también poco á poco.

16. Las casas no se caen de improviso, sino que primero comienzan las goteras, después se pudren las vigas, se debilitan las paredes, llega el mal á los cimientos y, por fin, la casa viene á tierra. Así comienzan nuestras pasiones: penetran poco á poco, debilitan insensiblemente las virtudes, hasta dejarlas sin vida.

17. He aquí el terrible mal que hay en menospreciar las faltas pequeñas; las grandes culpas se conocen más bien y nos mueven á evi-

tarlas con mayor empeño; no así las pequeñas, que por serlo no nos dan cuidado. Por esto decía San Crisóstomo que en algunas ocasiones es menester poner más diligencia en evitar las faltas pequeñas que las grandes, las cuales de suyo, por su gran fealdad, nos mueven á evitarlas. De pequeñas gotas de agua multiplicadas se forman avenidas capaces de arruinar grandes edificios. Por un pequeño agujero en un navio puede entrar el agua en tanta cantidad que lo sumerja; y ¿qué adelantaremos al perdernos, si esto sucede, no en virtud de terribles y grandes pasiones, sino á consecuencia de faltas pequeñas, que poco á poco nos llevaron á grandes extravíos, y por último á perder el alma?

18. Si negamos á Dios todo lo que podemos sin culpa grave; si no somos generosos con su divina Majestad, todavía nos dará sus auxilios generales para que no caigamos; pero tal vez no aquellos especiales y eficaces que acostumbra á dar á los que nada le niegan, sino que son liberales con El, procurando agradecerle en lo mucho y en lo poco, en las obras de obligación y en las de consejo. Siendo, por lo mismo, escasos con Dios, merecemos que Dios lo sea con nosotros, y mucho hay que temer que el Señor no nos dé sus auxilios eficaces y vengamos á caer en el pecado.

19. «El demonio, —dice San Crisóstomo,—

es un terrible enemigo que tenemos, que no duerme ni descansa, y contra el cual es necesario que estemos siempre con gran cuidado para no ser vencidos, y para esto el único medio será tener granjeado el auxilio especial de Dios por medio de una vida arreglada y perfecta ¹. »

20. El que teme á Dios nada desprecia, porque sabe que las cosas pequeñas lo pueden traer á las más grandes, y teme que si él no es liberal y generoso con Dios, tampoco lo será con él su divina Majestad.

21. ¡Oh Dios mío, es mi corazón tan miserable y tan pequeño, y todavía lo quiero dividir entre Vos y las criaturas! ¡Ser Vos tan amable y lleno de bondad para conmigo, llenando mi alma á cada instante de gracias y favores, y yo no querer entregaros todos mis afectos! Dadme vuestra gracia para romper los lazos que me unen con el mundo, para vencer con fortaleza mis pasiones y serviros con toda perfección.

¹ Homil. 90, in Genes.

CAPÍTULO III

Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana.

§ I

El gran negocio de nuestro aprovechamiento espiritual no debemos tomarlo en común, sino en particular y muy despacio, ocupándonos con preferencia en combatir el vicio ó la pasión que más nos domine y que sea la causa más frecuente de todas nuestras faltas; de otra suerte nuestros esfuerzos no producirán todos los efectos de que son capaces, y nosotros no conoceremos el verdadero origen de nuestras miserias.

2. Notemos de paso que debemos poner por obra los propósitos y santos deseos que el Señor nos inspire, para que su divina Majestad aumente sus favores; pues quien usa bien de lo que conoce, alcanzará luz para lo que no conoce. El maná se deshacía cuando le daba el primer rayo del sol, y no era ya de provecho; « para que entendiesen todos, — dice la Escritura, — que conviene ser diligentes en aprovecharnos de las mercedes que el Señor nos hace, y á las cuales Dios agregará otras nuevas ».

3. Esta diligencia en usar luego de las gra-

cias recibidas debe ser continua, y cuando nada hayamos hecho en el divino servicio, digamos muy entristecidos: Hoy no he dado paso ninguno en la virtud, ni me he mortificado en cosa alguna, ni he aprovechado las ocasiones de humillarme; pero no será de esta suerte mañana con la gracia del Señor.

4. ¿Queremos adelantar en la virtud? No cometamos de propósito ninguna falta, por más ligera que sea. Hay culpas veniales que proceden de flaqueza, de ignorancia ó inadvertencia: éstas no producen amargura en los siervos de Dios, sino humildad, la cual los dispone á recibir nuevos favores y gracias del cielo. Otras culpas hay que se cometen de propósito, y son las que nos impiden recibir los grandes bienes que el Señor sin duda nos dispensaría si no las cometiésemos; éstas son las que no nos dejan adelantar en la virtud. Es, pues, indispensable el evitarlas, procurando no detenernos en las sendas de la perfección cual si quisiéramos descansar un poco, pues no lograríamos tal descanso. En el camino de la vida espiritual, quien más se pára siente mayor cansancio. El cuerpo mientras más trabaja, más se fatiga y desfallece; pero el espíritu mientras más se ejercita, más aumenta sus fuerzas y adquiere nuevo aliento. Y así, cuando sintamos que decae nuestro fervor, procuremos luego reanimarnos, sin dejar que la frialdad endurezca nuestro corazón. El

herrero saca el hierro ardiendo de la fragua para que esté blando á los golpes del martillo, y antes que se enfrie lo vuelve á meter en ella, y luego sin trabajo se vuelve á calentar y enrojecer; así nosotros no dejemos que se acabe en nuestras almas al calor de la santa devoción, pues de otra suerte con gran dificultad volveremos al fervor primitivo.

5. Pongamos los ojos en las personas más virtuosas para imitarlas. Este es otro medio que tenemos para adelantar en las sendas de Dios. Decía San Antonio Abad que debíamos ser como las abejas, que toman la miel de las mejores flores, procurando imitar las virtudes en que más resplandece cada uno de nuestros hermanos: de uno la modestia, de otro la humildad, de otro la obediencia, y así de los demás. Y ésta sea la santa emulación que traigamos siempre con nosotros, adelantar en la virtud, aprender de los otros y á la vez edificarlos con nuestros ejemplos.

6. Para obtener lo que hemos dicho con mayor facilidad, es un medio muy provechoso considerarnos siempre como el primer día en que verdaderamente nos convertimos al Señor. En ese día lloramos con gran dolor nuestros pecados, nuestros propósitos eran muy firmes, y muy grandes los deseos que teníamos de servir á Dios; queríamos desagraviarlo á toda costa y nos sentíamos llenos de fervor. Pues recor-

demos y renovemos tan hermoso día, y esto nos será de gran provecho. Los buenos criados, por mucho que hayan servido á sus amos, no dejan de hacer lo que de nuevo se ofrece, que antes que todo lo ejecutan con gran voluntad y más bien que al principio. Digamos, pues, con David: « Ahora comienzo », y llenos de fervor trabajemos en el divino servicio; y así como los que cavan en busca de un tesoro, cuanto más se acercan á él trabajan con mayor diligencia, nosotros cuanto más adelantemos en la virtud y perfección y más nos acerquemos al Señor, procuremos también trabajar con mayor diligencia y empeño.

7. ¿Para qué nos ha llamado el Señor al Cristianismo? Esta pregunta que con frecuencia nos hagamos á nosotros mismos, será un buen medio para reanimar la devoción si hemos caído en la tibieza, ó para tomar de nuevo el buen camino si acaso nos hemos extraviado. Dios nos tiene en el seno de su Iglesia para que le amemos y sirvamos, y logremos así la salvación. No estamos en el Cristianismo con el fin de trabajar por las riquezas, ni para gozar de los placeres de la tierra, ni para obtener dignidades y grandezas, pues nada nos aprovechará que ganemos todo el mundo perdiendo nuestras almas. Si el Hijo de Dios no tuvo otro negocio en la tierra que entender en amarnos y buscar nuestro provecho, y muy á costa suya, ¿qué

mucho que nosotros no nos ocupemos sino en amar y agradar más á Dios, y en buscar y procurar su mayor gloria? Y así como el caminante que se ha dormido mucho y ve muy lejos á sus compañeros se da gran prisa con objeto de alcanzarlos, nosotros, cuando veamos que muchos de nuestros hermanos se nos han adelantado en el camino de Dios, corramos con gran diligencia por esa misma senda, y la pasada tardanza sirvanos de espuela que aligere y vio-lente nuestra marcha hasta llegar al monte de la perfección y de la gloria.

§ II

8. « Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, — nos dijo el divino Salvador. « Acá en la tierra, los padres se alegran en tener hijos semejantes á sí mismos: ¿cuál será el gozo que damos á Dios, nosotros sus hijos adoptivos, si procuramos parecernos á su divina Majestad con una vida irreprochable y santa? Y nosotros mismos tendremos un contento indecible cuando el Señor no tenga que decirnos: « He criado y exaltado hijos, y ellos me han despreciado », supuesto que en todas nuestras obras tratemos de glorificarlo. Dar contento á Dios: ¿no es esto, por ventura, un gran motivo para procurar con decidido empeño ha-

cernos santos? ¡ Oh, que yo agrado á Dios cumpliendo su divina ley! ¿Cómo no tratar de vencer mis pasiones, de humillar mi soberbia, de huir los placeres y amar los desprecios, á fin de alcanzar aquella gloria que los mismos ángeles, si fueran capaces de envidia, pudieran envidiarme?

9. Ser hijos parecidos al mejor de los Padres, que está en el cielo, es una dignidad muy grande, que nos da una nobleza que no podemos comprender; obremos, pues, como hijos de quien somos, y no desdigamos ni degeneremos de los altos y hermosos pensamientos de hijos del Señor.

10. La santidad de Dios es infinita, y con todo, Jesucristo nos dice que seamos perfectos como nuestro Padre celestial; trabajemos por lo mismo sin descanso para adquirir la perfección; que cuanto más avancemos en ella, más cercanos estaremos al Señor. Pero no debemos olvidar que es indispensable este trabajo hasta el fin de nuestra vida, porque no será coronado sino el que legitimamente pelearse, esto es, con perseverancia hasta el fin. Comenzar es de muchos, perseverar es de pocos. Muchos israelitas salieron de Egipto, y de todos ellos sólo dos entraron en la tierra prometida. Y no es el trabajo del que edifica echar los cimientos, sino concluir el edificio. Consideremos no tanto nuestros principios como

nuestro fin. San Pablo comenzó mal y acabó bien, y, al contrario, Judas comenzó bien y acabó mal. Reflexionemos que es necesario seguir el camino de la virtud hasta la muerte, donde únicamente se asegura el premio. De otra suerte, tenemos que recordar estas palabras del Señor: « El que echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. » Acordémonos de la mujer de Lot, convertida en estatua de sal. La sal sazona y preserva de la corrupción; así también ese recuerdo nos haga advertidos y nos conserve en el camino del bien; escarmentemos en cabeza ajena y no sirvamos para otros de escarmiento.

11. Para alcanzar esta perseverancia procuremos fundarnos muy bien en la virtud y en la mortificación. Las manzanas dañadas son las que presto se caen y no llegan á la sazón, pero las buenas son las que duran en el árbol; así nosotros, si no tenemos sólida virtud, si es vano nuestro corazón y en lo interior conservamos la soberbia, la presunción, la impaciencia ó alguna otra afición desordenada, nuestra perseverancia se halla en gran peligro.

12. Otro medio para adelantar en el camino del Señor es el escuchar como debemos la divina palabra, y he aquí las principales reglas para hacerlo con provecho:

13. Oigamos los sermones, no por costumbre, sino con verdadero deseo de aprovechar-

nos. No vayamos á ellos por curiosidad, atendiendo al modo y gracias del predicador ó á las flores de su elocuencia; atendamos á la substancia del discurso. No seamos como la criba, que despide el grano y la flor de la harina, y se queda con la paja y el salvado.

14. Reflexionemos que el objeto de los sermones y pláticas espirituales no es decirnos cosas nuevas y extraordinarias, sino traernos á la memoria lo que ya sabemos, para disipar nuestra tibieza y animarnos al cumplimiento de nuestros deberes. Así el Apostol decia á los filipenses que les escribía lo mismo que ya les había manifestado.

15. En los sermones y pláticas espirituales debemos tomar para nosotros mismos lo que allí se diga, y no aplicarlo á los demás. « El hombre prudente, — dice el Espiritu Santo, — aplica á si mismo las palabras provechosas; mas el vicioso y vano se desagrada de ellas y las echa á sus espaldas. Y aplicarlas á los demás y no á nosotros, seria ver la paja en el ojo de nuestro vecino y no ver la viga en el nuestro. »

16. Finalmente, debemos conservar en nuestro corazón las sentencias y los afectos que más nos hayan movido para que lleguen á fructificar en el tiempo conveniente, acordándonos de estas palabras del Señor: « La semilla que cae en buena tierra, denota á aquellos que con un corazón bueno y sano oyen la palabra de Dios

y la conservan en su corazón. » Y de estas otras de David : « Escondi tus palabras en mi corazón para no pecar, para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfección ¹. » ¡ Cuántas veces, en efecto, el recuerdo de lo que hemos oído en los sermones, y los sentimientos que en ellos el Señor nos ha inspirado, nos llenan de valor y fuerza en el combate, haciéndonos triunfar de todos nuestros enemigos ! No dejemos, pues, que las aves del cielo, los demonios, nos roben la buena semilla que el Señor ha sembrado en nuestros corazones por medio de su divina palabra.

¹ Luc., VIII. — Psalm. CXVIII.



TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

CAPITULO PRIMERO

Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse.

§ I

Lo que es bueno y justo, — dice el Señor — hacedlo bien ¹. » Todo nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como El quiere que lo hagamos. Lo primero lo tenemos en cumplir la ley de Dios y de la Iglesia y las obligaciones de nuestro estado, y lo segundo en cumplir bien esas obligaciones, porque de esta manera quiere Dios que las cumplamos; esto es, en hacer, por ejemplo, la oración bien hecha, nuestro examen con recogimiento; en oír la Misa ó decirla como

¹ Deut., XVI, 10.

y la conservan en su corazón. » Y de estas otras de David : « Escondi tus palabras en mi corazón para no pecar, para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfección ¹. » ¡ Cuántas veces, en efecto, el recuerdo de lo que hemos oído en los sermones, y los sentimientos que en ellos el Señor nos ha inspirado, nos llenan de valor y fuerza en el combate, haciéndonos triunfar de todos nuestros enemigos ! No dejemos, pues, que las aves del cielo, los demonios, nos roben la buena semilla que el Señor ha sembrado en nuestros corazones por medio de su divina palabra.

¹ Luc., VIII. — Psalm. CXVIII.



TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

CAPITULO PRIMERO

Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse.

§ I

Lo que es bueno y justo, — dice el Señor — hacedlo bien ¹. » Todo nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como El quiere que lo hagamos. Lo primero lo tenemos en cumplir la ley de Dios y de la Iglesia y las obligaciones de nuestro estado, y lo segundo en cumplir bien esas obligaciones, porque de esta manera quiere Dios que las cumplamos; esto es, en hacer, por ejemplo, la oración bien hecha, nuestro examen con recogimiento; en oír la Misa ó decirla como

¹ Deut., XVI, 10.

debemos; en rezar el Oficio, el Rosario y las otras oraciones con reverencia y atención; en ejercitarnos en la mortificación y penitencia, y en cumplir nuestros deberes con exactitud. Si hacemos estas obras con perfección, seremos perfectos; y si no las hacemos así, seremos imperfectos; pues hay muchos que sobre el fundamento de la fe ponen heno y paja, trabajando por vanidad, por respetos humanos ó por agradar á los hombres; todo lo cual evitaremos procurando edificar con oro y plata y piedras preciosas; esto es, con buenas obras bien ejecutadas.

2. Para animarnos á esto reflexionemos que para ser perfectos no se nos piden cosas extraordinarias y de gran trabajo, como ayunar á pan y agua, disciplinarnos diariamente, andar siempre ceñidos de cilicio, sino que hagamos bien las obras que ejecutamos diariamente. « Este mandamiento que yo te intimo, — decía el Señor á su pueblo en otro tiempo, — no está sobre tí ni lejos de tu alcance; no está en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos lo traiga, y lo oigamos y pongamos por obra? Ni está en la otra parte del mar para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá atravesar los mares y traerlo de allá para que podamos oír y hacer lo que se nos manda? Este mandamiento está muy cerca de tí. Está en tu

boca y en tu corazón, para que lo cumplas ¹. »

3. « Los griegos — decía San Antonio Abad — para aprender Filosofía hacen grandes jornadas y navegaciones; mas nosotros para alcanzar la perfección no tenemos que salir ni aun de casa, pues está en ejecutar bien las obras ordinarias y que hacemos diariamente. »

4. Esta facilidad para adquirir la virtud, que tanto debe animarnos, aumenta con la costumbre de hacer bien todas nuestras obras, porque semejante costumbre quita la dificultad que al principio tenemos en ellas, hallando después en las mismas alegría y consuelo. Cuando hayamos entrado en el camino de la justicia no se verán nuestros pies en caminos estrechos, ni hallaremos tropiezos en nuestras sendas ². Cierto es que toda disciplina y todo buen ejercicio por de pronto parece que no trae gozo, sino pena; empero después, con el uso, no sólo se hace fácil, sino muy suave y gustosa ³. David no podía pelear con las armas de Saúl, porque no tenía costumbre; mas después que la adquirió, peleaba muy bien con armas como aquéllas; así nosotros tendremos dificultad á los principios; pero después, el mismo ejercicio de la virtud nos hará su práctica muy fácil y agradable.

¹ Deut., XXX, 11 et seq.

² Prov., IV.

³ H. br., XII, 11.

5. Mas ¿cuáles son los medios de que podemos servirnos para hacer con perfección las obras ordinarias de la vida? He aquí los principales.

6. Primero, hacerlas puramente por Dios. Procuraremos que nuestra intención sea recta, no haciendo nada por vanidad, amor propio, respeto humano ú otros fines semejantes. Y no nos ha de bastar la buena intención, sino que es necesario al practicarlas hacer todo lo que está de nuestra parte á fin de que salgan bien hechas.

7. Segundo. Procuremos conservarnos en la presencia de Dios, pues semejante pensamiento mantendrá en nosotros el respeto y la atención, disipará nuestra tibieza y excitará en el alma grandes afectos de devoción y piedad; estaremos sobre nosotros mismos para no faltar en lo más mínimo, y como aquellos animales misteriosos del *Apocalipsis* que estaban llenos de ojos, examinaremos nuestras intenciones, palabras, obras y toda nuestra conducta para no desagradar á nuestro Dios.

8. Tercero. Pensemos que la obra que ejecutamos al presente es la única que entonces tenemos que hacer. ¿Quién va tras de nosotros? En la oración no pensemos en el estudio, ni en el oficio, ni en el negocio, pues todas las cosas tienen su tiempo. Mientras los sacerdotes paganos sacrificaban, un pregonero les decía en alt.

voz: *Hoc age, hoc age*: haz lo que haces, atiende á lo que haces. Así nosotros procuremos estar enteramente en lo que hacemos, dejando todo lo demás y poniendo todo cuidado en hacer bien lo que tenemos entre manos.

9. Pensemos que la obra que estamos haciendo es la última de nuestra vida. Este es el cuarto medio que nos ayudará á la perfección de nuestras obras. « Así te has de ordenar en todo como si luego hubieses de morir, — dice el autor de la *Imitación*. — Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche; y cuando de noche, no oses prometerte la mañana, porque muchos mueren de repente. »; Qué oración tan fervorosa sería la nuestra si supiéramos que había de ser la última! Pues reflexionemos que ignoramos la hora de nuestra muerte, y que la muerte vendrá, como viene el ladrón, de noche; el ladrón no avisa: antes aguarda á que todos estén descuidados y aun dormidos. Es por lo mismo indispensable en todas nuestras obras pensar en la muerte para que ésta no nos halle prevenidos, y su temor nos haga diligentes y perfectos en todo.

10. Si pensásemos que habíamos de durar muchos años mortificando siempre nuestras pasiones, negando nuestro gusto, quebrantando nuestra voluntad en todas las cosas y teniendo que guardar por largos años la modestia y el recogimiento, se nos haría muy penoso el ca-

mino de la virtud y sentiríamos que el corazón desfallecía; para evitar tan gran inconveniente no pensemos en el día de mañana, sino solamente en el de hoy; en este día, podemos decirnos á nosotros mismos, en este día tengo que reprimir mis pasiones y servir á Dios con toda exactitud; hoy tendré paciencia, andaré con modestia y vigilancia sobre mí mismo. Por un día, ¿quién no se animará á vivir bien y á procurar que todas sus obras sean bien hechas? Y esto mismo diremos todos los días de nuestra vida.

§ II

11. Lo dicho hasta aquí nos manifiesta que habiendo emprendido el camino de la virtud es sobremanera importante evitar la tibieza, procurando mantenernos en el fervor primitivo, pues de lo contrario muy grandes serian nuestras pérdidas y muy difícil nos sería después repararlas. Y por esto también debemos procurar desde el mismo principio de nuestra conversión servir á Dios con todo fervor y diligencia, pues de esta suerte evitaremos con más facilidad desfallecer en la virtud. La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, ésa misma seguirá también cuando sea ya viejo¹.

¹ *Prou.*, XXII, 5.

Si en los primeros días de nuestra conversión hemos sido fervorosos y en todo cumplidos, así seguiremos en los demás; y, por el contrario, si la tibieza y el descuido se han apoderado desde luego de nosotros, seremos siempre tibios y descuidados en el divino servicio; semejante tibieza y descuido son indicios manifiestos de caídas venideras.

12. El fervor desde los primeros días de nuestra conversión trae consigo otra ventaja, y es que aquellos días constituyen el tiempo en que podemos allegar grandes ganancias para nuestras almas: son la juventud, la primavera de la vida espiritual; y si entonces no procuramos juntar las verdaderas riquezas de las buenas obras, ¿cómo las juntaremos en la vejez¹?

13. Después de los medios para hacer con perfección las obras ordinarias de la vida, señalaremos los males que debemos huir, y que las harian muy defectuosas y culpables.

14. Evitemos con gran diligencia en nuestras buenas obras la vanagloria, porque este vicio es un ladrón muy astuto, que entra con disimulo, y muchas veces nos roba y despoja casi sin nosotros sentirlo.

15. Consiste la malicia de este vicio en que el hombre se quiere alzar con la gloria y honra propias de Dios, pervirtiendo el orden que el

¹ *Eccl.*, XXV, 5.

mismo Dios puso en las buenas obras, ó sea queriendo y procurando el hombre para sí el honor, la gloria y alabanza que pertenecen á Dios.

16. Se conocerá más bien la malicia de la vanagloria con esta comparación: si una mujer casada se compusiese y adornase para agradar á otro que no sea su marido, le haría á éste una injuria muy grave. Ahora bien: las buenas obras son los adornos y la compostura de nuestra alma, que es la esposa de Dios; y por lo mismo, si las practicamos por agradar á otro que no sea el Señor, haremos á su divina Majestad una injuria muy indigna de nosotros y muy sensible al Señor.

17. ¿Y qué diríamos de un vasallo que quisiera gloriarse y ser elogiado por algún pequeño trabajo emprendido por su rey, el cual hubiera antes sufrido por aquel vasallo grandes afrentas y fatigas, y más todavía si el rey le hubiera ayudado con su favor y animado con sus promesas? Pues apliquémonos todo esto para no envanecernos por nuestras buenas obras, sino antes para humillarnos y confundirnos, porque es vergüenza lo poco bueno que hacemos comparado con lo que ha hecho Dios por nosotros.

CAPÍTULO II

Daños de la vanagloria, y sus remedios.

§ I

MIRAD no hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos y alabados de ellos, pues de esta manera no tendréis premio ninguno en los cielos. No seáis como los hipócritas, que todo lo hacen por ser vistos y alabados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su premio ¹. Estas palabras del divino Maestro nos descubren la insensatez y miseria de los que trabajan por obtener las alabanzas humanas.

2. Tres son los daños principales que causa en nosotros el vicio de la vanagloria. El primero es cansar y afligir nuestro cuerpo con trabajos y buenas obras; el segundo hacernos perder el mérito de esas obras y trabajos. Semejante al corsario que roba la nave que sale del puerto cargada de ricas mercancías, la vanagloria nos despoja de las riquezas de las buenas obras, robándonos el premio que sin ella hubieran alcanzado.

3. El tercer daño de la vanagloria es que por

¹ M.tth., VI.

ella el bien se convierte en mal, y la virtud en vicio por el fin vano y malo que nos proponemos, recogiendo de esta suerte de la buena semilla sólo abrojos y espinas. Pero este vicio entra en nuestro corazón con tanta suavidad que no sólo no sentimos perder lo que perdemos, sino que estamos muy contentos y como encantados por el gran deseo de obtener las alabanzas de los hombres. Es la vanagloria un enemigo muy amable; pero con todo, sus heridas llegan hasta el corazón, y por lo mismo debemos huirla con toda diligencia, y tanto más cuanto que ella sabe acometer, no sólo á los que comienzan, sino también á los que van muy adelante en la virtud, pues á estos últimos los halaga diciéndoles que ya han llorado mucho sus pecados, y que sus buenas obras les están adquiriendo un tesoro de gracias y divinas bendiciones, con lo cual les hace perder la humildad y el bien que hayan obrado.

4. Tanto más debemos temer la vanagloria cuanto seamos superiores á nuestros hermanos por los distintos cargos que nos hubiere confiado el Señor; y así, para evitar los daños de este vicio en todo lo que hagamos por Dios, imitemos la conducta de Joab, quien estando para tomar la ciudad de Rabat, envió á decir á David que juntase el resto del pueblo y pusiese sitio á aquella ciudad y la tomase, añadiendo: «No sea que después de haber destruído yo la ciu-

dad se atribuya á mi nombre la victoria ¹.» Así nosotros demos al Señor la gloria en todas nuestras obras, aun las más pequeñas, para que esto nos facilite hacer lo mismo en las mayores.

5. He aquí los principales remedios contra este detestable vicio. Consideremos con detenimiento que la estimación de los hombres es un poco de viento y vanidad. Ni sus alabanzas nos hacen mejores, ni sus desprecios rebajan nuestro mérito. Nada somos, en verdad, sino lo que somos delante de Dios. Ni hay que incomodarse y perder la paz si dicen mal de nosotros; porque si es cierto lo que hablan, no es mucho que se atrevan á decir lo que nosotros nos atrevimos hacer; y si es falso, el sufrimiento y la paciencia curarán la oculta soberbia que acaso tengamos.

6. Evitemos con mucho cuidado elogiarnos á nosotros mismos, y guardemos cuanto sea posible el más inviolable secreto en las buenas obras que practicamos, pues el Señor nos dijo: «Cuando hubieres de orar entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en silencio á tu Padre; y tu Padre, que ve lo más secreto, te premiará ².» La misma reserva debemos tener en cuanto á la limosna, el ayuno y demás obras de piedad y penitencia. El rey Ezequías enseñó

¹ Reg., XXII, 28.

² Matth., VI, 6.

todos sus tesoros á los enviados del rey de Babilonia, después de lo cual Isaías le dijo: «Ven-drán días en que todas las cosas que hay en tu casa, y que han atesorado tus padres hasta este día, serán transportadas á Babilonia; no queda-rá cosa alguna¹.» Ocultemos, pues, nuestros tesoros espirituales en la humildad y el secreto para tenerlos en lugar seguro.

7. San Hilarión, viendo que todos le esti-maban por los milagros que hacía, andaba muy triste, pareciéndole que Dios premiaba todas sus obras en esta vida con la estimación de los hombres. He aquí otro remedio muy bueno de que podemos servirnos contra la vanidad: no queramos ni procuremos ser estimados de los hombres, no sea que Dios nos pague aquí lo que hayamos hecho por servirle, y que algún día se nos diga: «Hijo, acuérdate que recibiste bienes en tu vida.»

§ II

8. Si en nuestras obras, después de haber rectificado la intención y levantado el corazón á Dios, ofreciendo y dirigiendo á su divina Ma-jestad todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, viene la vanagloria, digámosle: «Tar-

¹ IV Reg., XX.

de llegaste, que ya todo está dado al Señor.» Y también: «Ni por ti lo comencé, ni por ti lo de-jaré»; pues las buenas obras no se han de omitir por temor de este vicio, sino que es necesario mirarlo con desprecio.

9. He aquí, finalmente, otro medio para evitar la vanagloria: nuestro propio conoci-miento. Procuremos conocernos á fondo, y des-cubriremos en nosotros un abismo profundí-simo de miserias y debilidades; veamos la multi-tud y gravedad de nuestros pecados; examine-mos nuestras buenas obras, y aun en éstas hallaremos muchas faltas. ¿De qué, pues, nos viene la vanagloria? Abracemos más bien la confusión y la vergüenza, y humillemos con sinceridad nuestro espíritu delante del Señor.

10. Pero hagamos por destruir aquel vicio en su mismo principio, lo cual obtendremos mediante la rectitud y pureza de nuestra inten-ción. Al levantarnos por la mañana hemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, pidiéndole que todo sea para honra y gloria suya. Renovemos esta in-tención al principio de cada una de nuestras obras. El albañil que levanta una pared, echa la plomada á cada piedra ó ladrillo que sienta, y la vuelve á echar una y otra vez hasta que las piedras quedan bien sentadas. Así nosotros, en cada obra que hagamos y mientras ésta dure, refiramos una y otra vez nuestra intención á

Dios, diciéndole: « Señor mío, lo hago por Vos, porque Vos me lo mandáis y lo queréis, y lo ofrezco á vuestra mayor gloria y al cumplimiento de vuestra santa voluntad. »

11. Para obtener esta rectitud y pureza de intención pongamos los ojos, no en la misma obra que hacemos, sino en cumplir la voluntad de Dios, porque todas nuestras buenas obras deben tener ese fin: la voluntad de nuestro Padre celestial y su divina gloria.

12. Fatigado Jesucristo del camino, se sentó junto al pozo de Jacob, y viniendo sus discipulos le ofrecían de comer, y el Señor les contestó: « Yo tengo un manjar que comer que vosotros no sabéis... Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió. » He aquí también cuál ha de ser nuestro manjar en todo lo que hagamos, al cumplir nuestro oficio, en el estudio, en el trabajo y en el descanso. Y nuestro contento y alegría serán porque cumplimos entonces la voluntad de Dios. Y debemos practicar de tal manera nuestras obras que estemos en ellas actualmente amando á Dios y gozándonos en cumplir su santa voluntad. ¡ Oh, si llegásemos á practicarlas de esta suerte ! ¡ Oh, si descubriésemos este tesoro escondido, cuán espirituales é interiores y aprovechados seríamos !

13. Procuremos por lo mismo en todas las obras conservar este espíritu y esta rectitud

de intención. Quebrems la nuez, que no se come lo de fuera, sino lo de dentro; no parando en lo exterior de la obra, que eso sería quebrantar el cuerpo y secar el espíritu, sino penetremos en su interior; que los que tratan de espíritu y de oración tienen mucho cuidado en ocuparse en las obras exteriores, de tal manera que no ahoguen el espíritu ni apaguen la devoción. Así Santa Catalina de Sena, á quien sus padres no concedían un lugar apartado en su casa para que se recogiese, sino antes bien la cargaban de trabajos y todo el día la tenían ocupada, por medio de ese espíritu de recogimiento, y viendo á Dios en todas sus obras, adquirió una santidad eminente; abrió en su propio corazón una estancia secreta donde siempre vivía con su amado Jesús. Pues hagámoslo así nosotros, y los trabajos y ocupaciones exteriores, en vez de disiparnos, nos ayudarán para andar muy recogidos.

14. De esta manera nuestras obras serán llenas delante de Dios y no vacías, como son las de aquellos que no piensan en cumplir la voluntad divina.

15. Declarando más en particular cuál debe ser la rectitud de intención, decimos que es necesario poner principalmente nuestra mira, no en el fruto ó resultado de lo que hacemos, sino en cumplir lo que Dios quiere de nosotros. Plantar y regar, esto es, trabajar por Dios,

es lo que nos toca, y al Señor dar el incremento.

16. Los ángeles de la guarda avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno; pero si los que les están encomendados usan mal de su libertad y se pierden, aquellos ángeles no se afligen ni entristecen, ni pierden la dicha que gozan en Dios; así nosotros, habiendo cumplido nuestras obras, si éstas no tienen resultado; conservemos empero la paz y el gozo en el Señor. Su divina Majestad no nos pedirá cuenta del fruto que hayamos ó no alcanzado, sino del cumplimiento de su voluntad, y nos premiará según nuestro trabajo y la grandeza y sinceridad de nuestro amor.

17. Pero ¿en qué conoceremos que obramos puramente por Dios? He aquí algunas señales para esto. Si nos alegramos igualmente de la gloria de Dios, ya sea que ésta se obtenga por nosotros mismos ó por nuestros prójimos, muy buena señal tenemos de la pureza de nuestra intención. A Josué, que quería resistir á unos que profetizaban, le dijo Moisés: «¿Qué celos son éstos? Pluguiese á Dios que todos fuesen profetas¹.» Y cuando Juan dijo á su divino Maestro que habían visto á uno que lanzaba á los demonios en el nombre del Señor y se lo habían prohibido, Jesús dijo que no se lo pro-

¹ Num., XI.

hibieran¹. Y San Pablo nos dijo también que algunos predicaban á Cristo por espíritu de envidia, mientras otros lo hacían con buena intención, y añadió: «Mas ¿qué importa? Con tal que de cualquier modo sea Cristo anunciado, en esto me gozo y siempre me gozaré.»

18. Aun en nuestro aprovechamiento personal tiene lugar esta regla, pues no hay que entristecernos porque otros nos aventajen en la virtud; porque si bien es cierto que debemos tener gran dolor por no servir á nuestro Dios como corresponde, no hay para qué dar lugar á una envidia secreta por la virtud de los otros, sino antes debemos gozarnos en que ellos sirvan de veras al Señor.

19. Cuando recibimos con el mismo agrado las ocupaciones y negocios que nos manda la divina Providencia, ya sean aquéllas humildes ó elevadas, y los negocios de grande ó de importancia, eso nos descubre que trabajamos verdaderamente por Dios. «Si Dios fuese la causa de nuestro deseo, — dice el libro de la *Imitación*, — nos alegraríamos de cualquier manera que su divina Majestad lo ordenase.»

20. La rectitud y pureza de intención tiene diferentes grados. El primero es obrar bien por el temor de Dios, recordando la severidad de sus juicios y la eternidad de las penas del infierno.

¹ Lucas, IX.

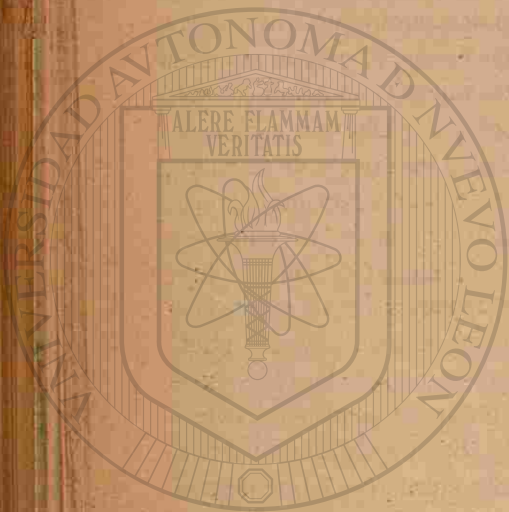
El segundo consiste en servir á su divina Majestad por la esperanza de la gloria. « Incliné mi corazón, — decía David, — á cumplir tu santa ley por el premio que me tienes prometido. » El tercer grado está puesto en servir á Dios por sí mismo, por ser quien es, infinita bondad, y este grado es muy superior y diferente de los anteriores, como es diferente el servicio del esclavo, del del criado y del del hijo; pues el primero sirve por miedo del castigo, el segundo por la paga, y el tercero por puro amor. Y ya que el Señor nos ha hecho hijos suyos, amémosle y sirvámosle como hijos, por puro amor, por dar contento á nuestro Padre celestial, y no por el premio; pues si supiésemos qué bien tan grande es agradarle, ya no buscaríamos otro galardón; porque ¿cuál puede haber comparable con servirle y agradarle? Y si Dios nos amó sin interés y tan á costa suya, pues que murió por darnos vida, amémosle también así nosotros, y deseemos las virtudes y dones sobrenaturales, no tanto por nuestro provecho, como por tener con qué agradarle más y más, y aun la misma gloria debemos deseársela, finalmente, por glorificar á Dios.

21. Un santo que hacía mucha oración y penitencia, fué tentado por el diablo, el cual le dijo que no se salvaría, y que por lo mismo era inútil que se fatigara tanto; mas aquél le respondió: « Yo no sirvo á Dios por la glo-

ria, sino por ser quien es, bondad infinita. »

22. Aunque este servicio de amor no se hace por el premio, no por esto lo habremos de perder; antes bien será el premio tanto mayor cuanto menos se piense en él, porque entonces serán más perfectas nuestras obras, pues están desnudas de todo interés, y Dios nos pagará como á hijos que heredan los tesoros de su padre.

23. Procuremos buscar solamente la gloria de Dios, y olvidando todo lo demás tengamos todo nuestro gozo en cumplir su santa voluntad; porque si aún tenemos alegría y consuelo en alguna criatura, no es del todo puro nuestro amor. Y olvidemos, no sólo las cosas exteriores, sino también á nosotros mismos, amándonos por Dios, en Dios y para Dios, y de tal manera que no tanto atendamos á que Dios se agrada de nosotros, como á nosotros agradarle y darle gloria en todas nuestras obras; y así como una gota de agua puesta en un barril de vino pierde todas sus propiedades, y como el hierro encendido y hecho ascua en la fragua no parece sino fuego, y como el aire con los rayos del sol queda iluminado, así procuremos nosotros transformarnos en Dios. Y si bien acá en la vida no es dable llegar á tanta perfección, pensemos no obstante en ésta, procurando adelantarse más y más en la virtud, yendo de claridad en claridad, llevados del Espíritu divino, con alegre y esforzado aliento.



TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de esta virtud.— Cómo debe ser.
Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla.

§ 1

QUOS mandamientos tenemos acerca de la caridad: el primero y principal, amar á Dios sobre todas las cosas; el segundo, amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos; este mandamiento es semejante al primero.

2. Estas últimas palabras manifiestan la excelencia del amor al prójimo; porque distando Dios infinitamente de nosotros, y teniendo nosotros que amarle sobre todas las cosas, todavía quiere que amemos al prójimo con un amor semejante al que tenemos á su divina Majestad.

3. El Señor nos dijo antes de morir: « Os doy un nuevo mandamiento: que os améis mutuamente como yo os he amado. » Su divina Majestad nos amó por Dios y para Dios, y he

aquí cómo debemos amar á nuestros prójimos. Es un nuevo mandamiento, porque es nuevo el amor que se nos pide, no de carne y sangre, sino espiritual y sobrenatural, y que nazca del mismo amor de caridad con que amamos á Dios. « Esto os mando, que os améis mutuamente, — añadió el divino Redentor. » Tal mandato nos lo deja como en testamento, para que veamos cuánto quería que quedase impreso en nuestras almas por lo mucho que su cumplimiento nos importa, pues quien ama al prójimo cumple la ley.

4. San Juan Evangelista repetía con frecuencia estas palabras: « Hijitos, amaos unos á otros »; y sus discípulos, enfadados de estar oyendo continuamente la misma sentencia, le dijeron que por qué siempre les decía lo mismo, y él les contestó: « Porque es mandamiento del Señor, y si lo cumplís esto sólo basta. »

5. Si tanta es la excelencia de la caridad fraternal, también es muy grande la necesidad que de ella tenemos, pues San Pablo nos ha dicho que sobre todas las cosas tengamos caridad, la cual es vínculo de perfección¹; y San Pedro se expresa en estos términos: « Ante todas cosas os encomiendo la caridad y unión continua de unos con otros. » Ante todas y sobre todas las cosas, de manera que siempre ha-

¹ Colos., III.

gamos de esto más caso que de todo lo restante. ¿Qué religión sería la nuestra si los cristianos no estuviésemos unidos unos con otros por medio de la caridad?

6. Si Dios así nos ha amado, nosotros debemos amarnos mutuamente. Es, por tanto, muy grande la necesidad y excelencia del amor del prójimo, y estima Dios en gran manera estos amores, el de Dios y el del prójimo, que son como dos anillos unidos entre sí y puestos en el dedo, que no puede quitarse el uno sin sacar el otro; por esto nos dice San Juan: « Si nos amamos mutuamente, Dios habita en nosotros y su caridad es consumada en nosotros... Si alguno dice: « Yo amo á Dios » y aborrece á su hermano, es un embustero. » Tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama á Dios, ame también á su hermano.

7. Dios se pone delante del prójimo, por decirlo así, de suerte que no podamos ofender á éste sin ofender á Dios; y por otra parte, Jesucristo recibe como si hubiere sido hecho á El mismo el bien que hacemos á los hombres sus hermanos.

§ II

8. El amor al prójimo no ha de ser de palabra y de lengua, sino de obra y de verdad. Somos miembros del cuerpo de la Iglesia, y Je-

sús es la cabeza de ese cuerpo ¹. Ahora bien: los miembros del cuerpo tienen solicitud unos de otros; si un miembro padece, todos los demás miembros padecen con él; si un miembro es honrado, todos ellos se regocijan con él. Están unidos entre sí y se ayudan mutuamente. Pues de esta manera debemos portarnos con nuestros hermanos, mirando los unos por los otros como por sí mismos, alegrándonos de su bien y sintiendo sus desgracias como si fuesen propias.

9. Los miembros del cuerpo tienen distintos oficios, y unos son superiores á los otros; y con todo, hay entre ellos la más perfecta unión, sin que los unos envidien el oficio de los otros, sino todos ellos se ayudan y se guardan en todo lo que pueden. Pues hagámoslo así también nosotros, sirviéndonos mutuamente invidios por la caridad ².

10. Declaremos esto más en particular. San Pablo dice que la caridad es paciente y benigna. Estas dos cosas son muy necesarias para conservar el amor que debemos á nuestros hermanos; porque, como todos estamos llenos de defectos, tenemos mucho que nos sufran los demás; y siendo tan miserables como somos, necesitamos de que nos ayuden y nos hagan bien.

1 I Cor., XII.

2 I Cor., XII.

Llevemos los unos las cargas de los otros, y así cumpliremos la ley de Cristo, soportándonos mutuamente con caridad, siendo solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz; porque la caridad todo lo sufre, á todo se acomoda y lo sobrelleva todo. Si no sabemos sufrir y tener paciencia y sobrellevar á nuestros hermanos, no conservaremos la caridad. — La madre y la esposa sufren las importunidades del hijo y del marido; y si esto hace el amor natural, justo es que la caridad también lo haga, y con mayor perfección.

11. La caridad no es envidiosa; antes bien, el que ama de veras á otro, desea y se alegra tanto de su bien como si fuese propio suyo. El hijo de Saúl dijo á David: « Tú serás rey de Israel, y yo seré el segundo después de ti. »

12. La caridad hace suyo el bien de los otros, y, al contrario, la envidia, el bien ajeno lo hace su propio mal.

13. La caridad no es ambiciosa, no busca sus comodidades. Si queremos para nosotros la honra, la estimación, el mejor puesto, nuestras comodidades y regalos, no conservaremos la caridad; sentiremos que nuestros prójimos sean estimados y preferidos á nosotros, y nos alegraremos cuando no vayan bien sus negocios; tal vez llegaremos á obscurecer su mérito con nuestras palabras. Nace todo lo dicho del amor propio desordenado, de la envi-

dia, de la ambición y la soberbia, polillas que destruyen la caridad fraternal, la cual no se goza en los males del prójimo, sino en sus bienes, que tiene por suyos, así como el comerciante que está en compañía se alegra de las ganancias de los socios y siente sus pérdidas, porque unas y otras son suyas.

14. El amor fraternal no debe ser tan sólo interior, sino que ha de mostrarse en las obras, manifestando el aprecio y estimación que hacemos de nuestros hermanos, porque es apreciativo y nace del que tenemos de Dios, á quien estimamos sobre todas las cosas; y al paso que anduviere el aprecio que realmente tengamos al prójimo, andará el amor á Dios y todo lo demás; y así San Pablo nos dice que cada uno, por humildad, mire como superiores á los otros, y que nos anticipemos unos á otros en las señales de amor y preferencia¹. No dice que no nos honremos unos á otros, sino que nos preveengamos en este oficio; que hablemos bien de nuestros prójimos, porque nada enciende y conserva la caridad como saber que se nos ama, y que se siente y habla bien de nosotros.

15. «¿Queréis recibir beneficios? — decía San Crisóstomo, — hacedlos á otro. ¿Queréis alcanzar misericordia? tenedla de vuestro prójimo. ¿Queréis ser alabados? alabad á los otros.

¹ Rem., XII, 10.

¿Queréis ser amados? amad. ¿Queréis la ventaja y el honor? cededlo á los otros.»

16. Fuera de esto, hablar bien de todos edifica al mundo, porque descubre nuestra caridad; lo contrario lo escandaliza. ¿Tiene faltas nuestro hermano? pues nuestro amor las oculte; ¿tiene alguna buena cualidad? pues echemos mano de ella, y seamos como la abeja que coge la flor y deja las espinas, y no como el escarabajo, que se revuelca en el estiércol.

17. Siguese de lo dicho que debemos evitar las murmuraciones y los chismes, que son el veneno de la caridad. «Seis cosas, — dice Salomón, — abomina el Señor, y otra además le es detestable: el que siembra discordias entre hermanos¹.» «El chismoso, — dice el *Eclesiástico*, — contamina su propia alma, y de todos será odiado; será mal visto quien comercie con él².» Y también dice: «No seas llamado chismoso.» Y para que los chismes den sus funestos resultados no es indispensable que sean sobre materia grave, pues cosas muy sencillas que tengamos la imprudencia de revelar traerán consigo la desunión y le discordia, porque han lastimado á nuestro prójimo, han tocado el amor propio, que es sensible en gran manera y delicado. «Parecen sencillas las palabras del

¹ Prov., VI.

² Eccl., XXI.

chismoso, — dice la Escritura, — pero ellas penetran hasta lo más íntimo de las entrañas ¹.» Y si es necesario que sepa nuestro hermano lo que de él se dice para su enmienda, no descubramos jamás quién lo dice; que esto sería perjudicar á nosotros mismos, á aquel de quien hablamos y al mismo que nos oye.

18. Al contrario de los chismes, las buenas palabras conservan y aumentan la caridad fraternal. «La palabra dulce y suave, — dice el *Eclesiástico*, — dicha con amor, multiplica los amigos y aplaca los enemigos, y la lengua graciosa vale mucho en un hombre virtuoso ².» «La palabra desabrida, áspera y dura despierta los enojos ³.» Por esto importa mucho que nuestras expresiones siempre sean suaves y llenas de caridad; que el hombre sabio con sus palabras se hace amable.

19. No nos excusemos con la virtud del prójimo, la cual le hará sufrido y paciente, pues eso no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra; y advirtamos también que ni aun los más virtuosos se hallan siempre tan bien dispuestos que dejen de sentir nuestras faltas.

20. Qué palabras sean las que ofenden á nuestros hermanos, lo conoceremos poniendo-

¹ *Prov.*, XXVI, 22.

² *Eccl.*, VI.

³ *Prov.*, XV.

nos en su lugar. Nadie quiere ser tratado sino con amor, suavidad, atención y finura; tratemos, pues, así á los demás.

21. Según lo que vamos diciendo, debemos evitar las palabras picantes, que pueden lastimar ó disgustar á nuestros prójimos, pues no hay que hacer á otro lo que no queremos que se haga con nosotros. Y si de las palabras ociosas hemos de dar cuenta el día del juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas, pues ofenden y molestan á nuestros hermanos?

22. Evitemos también porfiar y contradecir, porque todo esto es contrario á la caridad. «Guárdate de porfias y contiendas, — decía San Pablo á Timoteo, — porque desedifican á los que las oyen. Al siervo de Dios no le conviene porfiar, sino ser manso y pacífico con todos ¹.»

23. Muchas veces de cosa insignificante se trata, y no va nada en que sea de uno ó de otro modo, y en perder la paz y caridad si va mucho. «No porfies sobre cosa que no te importa nada,» — dice el *Eclesiástico* ². Y aun cuando pudiese seguirse algún inconveniente, esperemos mejor coyuntura y obtendremos mejor resultado. Pero si otro nos contradice, no porfiemos; mas después de haber afirmado una

¹ *Tim.*, II, 2.

² *Eccl.*, XI.

ó dos veces lo que tenemos por verdad, dejemos á los otros sentir como quisieren; que es honor del hombre separarse de contiendas, mientras que todos los necios se mezclan en altercados¹. Porque dejando la contienda hacemos un acto de caridad con el prójimo impidiendo su enojo, y otro de humildad al vencer el deseo que teníamos de triunfar en la disputa, y otro, en fin, de amor de Dios impidiendo los pecados que podían seguirse de ella; pues está escrito: «Apártate de las contiendas, y disminuirás los pecados².» Lo contrario desedifica, turba la paz, resfría la caridad y trae consigo otros muchos inconvenientes.

24. San Tomás de Aquino á nadie contradecía porfiadamente, sino decía su parecer con gran mansedumbre y dulces palabras, sin despreciar á nadie; antes estimando á los otros, porque sólo pretendía que fuese conocida la verdad. Imitemos tan noble y elevado ejemplo.

25. Dios permitió que entrase un demonio en el cuerpo del abad Moisés, en castigo de una palabra mortificativa y algo descompuesta que había dicho al gran Macario, el cual rogó al Señor, y por su ruego Moisés quedó libre del demonio.

26. Evitando estos defectos contra la cari-

¹ Prov., XX.

² Ecl., XXVIII.

dad, procuremos buen modo en lo que hacemos, y la dulzura y suavidad en todas nuestras expresiones, para que se entienda que el amor nos mueve y sea grato al prójimo el servicio que le hacemos. «Hijo, — nos dice el Señor, — no juntes con el beneficio la reprensión, ni acompañes tus dones con la aspereza de malas palabras. ¿No es cierto que el rocío templá el calor? Pues así también la buena palabra vale más que la dádiva. ¿No conoces que la palabra dulce vale más que el don? Mas el hombre justo acompañará lo uno con lo otro¹.» Y, por el contrario, sin buenas maneras y palabras suaves nuestros servicios no serán bien recibidos, porque el don del hombre sin buenas maneras contrista y saca lágrimas de los ojos.

27. Cuando no podamos servir á nuestros prójimos, procuremos compensar la negativa con tan buenas respuestas y expresiones tan dulces que quede satisfecho de nosotros, pues las palabras dichas con gracia y que muestran entrañas de amor han de abundar en el hombre virtuoso; por esto debemos confundirnos cuando hablemos de otra suerte, y es entonces necesario humillarnos y dar satisfacción á nuestro hermano.

28. Para servir bien á nuestros prójimos tenemos la regla siguiente: Hacer cuenta que

¹ Ecl., XVI.

servimos á Dios, y no á los hombres, pues de esta manera todo lo haremos bien y con buen modo. Y cuando el prójimo nos sirva, nos hemos de haber como el criado á quien sirve su Señor; como San Pedro cuando Jesús le quiso lavar los pies: «¿Vos, Señor, me laváis á mí los pies?»

CAPÍTULO II

Cómo nos hemos de portar en los disgustos que tengamos con el prójimo — Gravedad de los juicios temerarios. — Sus causas y remedios.

§ I

Si desgraciadamente tenemos algún disgusto con el prójimo, procuremos luego volver sobre nosotros mismos y no contestar con aspereza; mas disimulemos y llevémoslo todo en paciencia, procurando responder con dulzura, porque la respuesta blanda y suave quiebra y detiene la ira, y, por el contrario, la contestación áspera y desabrida la despierta y enciende más, porque esto es echar leña al fuego en vez de apagarlo.

2. Andemos por lo mismo con mucho cuidado para no ofender á nadie, y muy prevenidos para sufrir con paciencia lo adverso, que acaso nos venga de parte del prójimo. Pero si le

hemos ofendido luego reconciliémonos con él, y que el sol no se ponga sobre nuestra ira¹. No olvidemos que sólo la humildad repara las ofensas que hemos cometido contra el amor de nuestros hermanos.

3. Cuando éstos nos ofendan, nunca pensemos vengarnos, pues todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo, y ningún miembro, herido de otro miembro, se vengó de él. A nadie volvamos mal por mal, ni nos alegremos de las desgracias de nuestros hermanos, aunque sean muy leves, ni dejemos de estimarlos como antes, alejando de nosotros toda amargura, ira é indignación, siendo muy benignos unos con otros y llenos de misericordia y muy fáciles en olvidar las injurias, y esto muy de corazón. ¿Con cuánta sinceridad y hasta qué punto? Como el Señor nos ha perdonado, nos dice San Pablo. Su divina Majestad olvida enteramente nuestras culpas, y nos ama como si nunca le hubiéramos ofendido. De esta manera, pues, perdonemos también nosotros, sin admitir en el corazón ni la menor antipatía ni el más ligero resentimiento, no dejándonos vencer del mal, sino procurando vencer el mal con el bien.

4. El mal contra nuestros hermanos puede entrar en el corazón por medio de los juicios

¹ Ephes., IV.

temerarios. Acerca de esto nos dice San Pablo : «¿Por qué os atrevéis á juzgar á vuestros hermanos y á menospreciarlos en vuestro corazón?» Si queremos, pues, conservar la caridad fraternal, debemos guardarnos mucho de los juicios temerarios y de las sospechas, que son una peste oculta, pero gravísima, que aleja á Dios de nosotros y destruye el amor del prójimo. Por este vicio lo infamamos con nosotros mismos, despreciándolo y teniéndolo en mal concepto. Y cuanto fuere más grave lo que juzgamos en su contra y menos suficiente el motivo para esto, mayor será la injuria que le hagamos. Si lo infamásemos para con otras personas, bien se ve la injuria que le haríamos: pues esta misma le hacemos al infamarlo con nosotros mismos; porque tanto estima el hombre tener buena reputación con nosotros como con los demás.

5. Pero es de advertir que el mal no consiste en tener tentaciones, sospechas y juicios contra el prójimo, sino en consentir en ellos; mas con todo, debemos guardarnos mucho de decirlos á otras personas, y aun en la confesión no hay para qué mentar las personas de quienes hemos juzgado, para no dar lugar á que otros juzguen ó sospechen lo mismo que nosotros.

6. En el juicio temerario usurpamos la jurisdicción de Dios, pues nos dice San Pablo : «¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Si

cae ó si se mantiene firme, esto pertenece á su Señor¹.»

7. La primera raíz de los juicios temerarios es la soberbia; porque si tuviéramos un gran conocimiento de nuestras faltas, bien lejos estaríamos de pensar en las ajenas. Y notemos que las personas aventajadas en la virtud suelen tener grandes tentaciones de juicios temerarios cuando ven á otros menos recogidos y no tan exactos en cumplir los deberes; pero el verdadero humilde está lleno de la sencillez de la paloma; tiene abiertos sus ojos para ver sus propias faltas, y cerrados para las de sus prójimos; esta conducta le trae grandes bienes: la confusión de sí mismo, el temor de Dios, el recogimiento y la paz del corazón. Y si llega á ver algún defecto en sus hermanos, luego registra su conciencia; y si en ella lo descubre, se humilla y confunde de nuevo, reconociendo su culpa.

8. Nacen también los juicios temerarios de nuestra mala conducta en la materia que juzgamos; pues siendo defectuosos, nos parece que son los demás lo mismo que nosotros. Si vemos por un vidrio azul, todo nos parece azul, y si el vidrio es encarnado, todo nos parece encarnado; así al malo, al imperfecto, todo le parece malo y lo echa él á mala parte, porque

¹ Rom., XIII.

mala es su conducta; « pero al juzgar á otro se condena á sí propio, — dice San Pablo, — porque hace lo mismo que juzga ».

9. Cuando la conducta del prójimo es claramente mala, sin que pueda excusarse, aunque juzgarla por tal no es pecado, con todo, puede excusarse la intención, si no podemos más, pensando que obró por ignorancia, olvido, inconsideración ó por un primer movimiento inadvertido. ¿Cómo nos excusamos á nosotros mismos, y nos defendemos, y disminuimos y aligeramos nuestras faltas? Pues hagámoslo así con el prójimo, porque debemos amarle como á nosotros mismos, y entonces no nos faltarán razones que alegar en su favor. Pensemos que la ocasión fué terrible y muy graves los asaltos del demonio, y que si nosotros nos hubiésemos hallado en tales circunstancias tal vez habríamos sucumbido más culpable y lastimosamente.

10. Nacen también los juicios temerarios de la envidia y la emulación contra la persona que juzgamos, porque esas pasiones nos inclinan á ver el mal y á echar á la peor parte todo lo que tal persona ejecuta.

11. Arranquemos de nuestra alma tan funestas raíces por medio de un amor muy sincero de nuestros prójimos, pues la caridad oculta las faltas ajenas y nos ayuda en gran manera para alcanzar la sencillez y humildad de cora-

zón. La falta de amor muchas veces nos causa disgusto con el prójimo por culpas muy ligeras, siendo así que Dios, por estas mismas, no deja de amarle. Pues imitemos á nuestro Señor, que tanto á ellos como nosotros mismos, lleno de bondad y de paciencia, nos sufre mucho. De otra suerte podemos temer que nuestro amor al prójimo no sea de caridad ni agrade á Dios.

12. Fray León, compañero del gran Francisco de Asís, tuvo una visión maravillosa, en la cual contemplaba una bellísima procesión de religiosos menores, y entre éstos iba uno, Fray Bernardo de Quintaval, de cuyos ojos salían rayos más resplandecientes que los del sol, y eran tan claros y hermosos que no se le podía ver el rostro. El Señor lo había premiado con esta gloria porque siempre juzgaba bien de los demás, mientras él mismo se humillaba en todo, teniéndose por inferior á sus hermanos.

CAPÍTULO III

De la corrección fraterna. — Es prueba de amor. — Bienes que trae consigo. — Por qué no se recibe como es conveniente. — Como la debemos recibir. — Ejemplos. — Avisos.

§ I

Yo reprendo y castigo á los que amo, — dijo el Señor en el *Apocalipsis*. Y San Pablo dijo además « que á cualquiera que el Señor recibe por hijo, lo azota y prueba con adversidades... Porque, ¿cuál es el hijo á quien su padre no corrige ¹? » Conocemos por estas palabras que la corrección de que ahora tratamos es una prueba de amor, y como tal debemos apreciarla en gran manera; mas si, al contrario, se nos deja seguir el camino que nos agrade, tendremos que llorar nuestro abandono y la triste indiferencia con que se ve nuestra suerte, y ambas cosas son un terrible y funesto castigo; y así, cuando Dios quería manifestar su indignación contra el pueblo de Israel, se expresaba en estos términos: « Cesará mi indignación contra ti, y se acabarán los celos que me causaste, y descansaré, y no me irritaré

¹ *Apoc.*, III, 19. — *Heb.*, XIV, 6-7.

más ¹. » « Y si el celo nos ha abandonado, nos ha abandonado también el amor, » — nos dijo San Bernardo. Esto mismo pasa en nuestros padres y en los demás superiores con respecto á sus súbditos; ellos nos muestran el gran amor que nos tienen, al corregir nuestras faltas, y su indignación la descubre el abandono en que nos dejan cuando no nos corrigen.

2. Manifiesta también la corrección que nuestro padre ó el superior que tenemos está satisfecho de nosotros, que cree que lo amamos y que conocemos su amor: él nos tiene, además, por capaces de recibir sus avisos provechosamente. Mas sucede todo lo contrario si la corrección se ausenta de nosotros.

3. Muchos son los bienes que consigo trae la corrección fraternal; he aquí algunos de ellos: nos da á conocer nuestras faltas. El amor que nos tenemos impidenos con mucha frecuencia ver nuestros defectos, y si acaso los vemos, no es, por cierto, en todo su grandor; pero aquel que nos corrige los ha visto como son en sí, juzga sin pasión, es independiente, y sólo le mueve á corregirnos el amor que nos tiene.

4. Otro bien que trae la corrección, es animarnos á enmendar nuestras faltas, ya porque vemos que los otros las han conocido, y nadie

¹ *Ezech.*, XII, 42.

quiere que se noten sus defectos, y ya también por los consejos que suelen acompañar á la misma corrección. El que nos corrige nos muestra el buen camino abandonado, nos ruega que volvamos á tomarlo, y para esto nos facilita los medios más oportunos. Por el contrario, si no hay quien nos corrija careceremos de estos bienes; y ¿cuánto será el tiempo en que acaso duremos con nuestros defectos? No lo sabemos.

5. Recibamos, pues, con agrado cualquiera corrección que se nos haga, ya que trae consigo tantos bienes; y como por otra parte es molesto, y muchas veces costoso, el corregir, para que haya quien se anime á hacerlo no nos excusemos aunque ciertamente no tengamos la falta que se nos reprende, sino, al contrario, demos las más sinceras gracias por aquel aviso, pues de otra suerte no habrá en adelante quien quiera corregirnos. Es necesario hacer esto mismo aunque se exageren nuestras faltas ó se nos reprenda de una manera inconveniente. Recibámoslo todo con agrado y humildad, bendiciendo al Señor que así nos brinda con tan bellas ocasiones de adelantar en la virtud.

6. Si no hay quien nos corrija, envejeceremos acaso con nuestros defectos; y si alguno llega á advertirnos y recibimos mal la corrección, mucho nos podrá dañar en vez de aprovecharnos: creeremos que nos han ofendido, y mostraremos la amargura y el resentimiento en

que abundamos en nuestras palabras y conversaciones. Por esto nos dice el Espíritu Santo: « Quien aborrece la corrección, perecerá. Quien la recibe, va por el camino de la vida. Quien no hace caso de ella, anda descarriado. Quien la aborrece, es un insensato ¹. »

7. Si no la recibimos bien, seremos semejantes á los enfermos que están frenéticos y no quieren ver al médico y resisten las medicinas que se les aplican, quedando de esta suerte sin remedio. Mas ¿cuál es la causa porque tan mal nos parece y tomamos con tan poca voluntad la corrección? « Es nuestra soberbia, — dice San Gregorio; — pues parecemos que al ser corregidos quedamos deshonorados y perdemos la estimación de los demás. » La corrección nos toca en lo más vivo, y por eso no la podemos sufrir. Sucede también muchas veces que nosotros de buena voluntad confesamos nuestras propias faltas, mas no nos agrada que nos reprendan los otros, sino que luego nos defendemos y excusamos, mostrando en esto nuestra falta de humildad; porque si realmente fuéramos humildes, no sentiríamos tanto que nos reprendieran; pues la verdadera humildad, no sólo consiste en conocernos y tenernos en poco, sino en desear que los otros conozcan nuestras faltas y nos desprecien como merecemos.

¹ Prov., XV, 10; X, 17; XII, 1.

8. Consultando, pues, á nuestro verdadero bien, recibamos la corrección, no sólo con mansedumbre y humildad, y mostrando el agrado que en esto sentimos, sino también procurando desealarla con sinceridad. No olvidemos que el sol ablanda y derrite la cera, pero seca y endurece el barro; y á las plantas que están arraigadas en la tierra, el agua, el aire y el sol les ayudan á crecer; pero si no lo están, estos mismos agentes las secan y pudren más pronto. Así al humilde, arraigado en su propio conocimiento, la corrección lo ablanda, lo enternece y aun aumenta su virtud; mientras que el soberbio, cuando es corregido, se endurece como el barro, y se pudre y corrompe como planta que no ha enraizado. Y en cuanto á los deseos de ser corregidos, para más avivarlos reflexionemos que si el hombre que ha perdido la salud del cuerpo desea con ansia recobrarla y toma gustoso las medicinas por más amargas que sean, nosotros también debemos tener ansias más vivas y más ardientes deseos de ser corregidos para obtener asimismo la salud de nuestras almas.

§ II

9. He aquí ahora algunos ejemplos que nos enseñan cómo debemos recibir la corrección. Jetró, observando que Moisés acudía por sí mis-

mo á todos los negocios del pueblo judío, le dijo: « No haces bien en eso. Con trabajo tan improbo te consumes, no solamente tú, sino también este pueblo que te rodea... escoge sujetos de firmeza y temerosos de Dios... para que sean jueces del pueblo continuamente. » Habiendo oído esto, hizo Moisés todo lo que Jetró le había aconsejado ¹. Y Moisés era el caudillo de su pueblo, puesto por el mismo Dios para gobernar á los israelitas, muy superior á Jetró, y con todo eso siguió con humildad sus consejos. Así también San Pedro, apóstol, el jefe de la Iglesia, una vez advertido por San Pablo con la libertad de la caridad, escuchó sus palabras con benigna y amorosa mansedumbre, dando admirable ejemplo á los mismos superiores de aceptar humildemente la corrección que se les diere ².

10. El emperador Teodosio fué corregido por San Ambrosio, y recibió con humildad la corrección del santo Obispo. El mismo San Ambrosio, cuando le advertían algún defecto, daba gracias por ello y tenía tal advertencia por singular beneficio. Cierta religiosa, siempre que era corregido rogaba á Dios por la persona que le corregía, rezando por ella á lo menos un Padrenuestro; y esto se estableció después como

¹ Exod., XVIII.

² Galat. II, 11. — August., epist. 29 ad Hieron.

ley inviolable en el monasterio de Claraval, de donde era aquel religioso.

11. Para concluir el presente capítulo daremos los siguientes avisos, de los cuales unos se refieren al que corrige, y otros al que es corregido. Gran falta sería en nosotros llevar á mal la corrección fraterna, ó procurar excusarnos de la culpa que nos reprenden, pues á veces más faltamos en esto que con la falta cometida, pues así mostramos una gran imperfección, mucha soberbia, y damos lugar para que se piense que no tratamos de enmendarnos, sino solamente de ser estimados y honrados. Del que quiere ocultar sus faltas, y algunas veces aun con mentira, dice San Bernardo: « ¿Cómo podrá creerse que manifieste las culpas ocultas, que sólo conoce su conciencia, el que excusa las que todos conocen? De nada se espanta el humilde, porque se conoce á sí mismo y se tiene en lo que es; ni se admira, ni le coge de nuevo lo que de él se dijere, pues descubre en sí mayores faltas, y nada le parece lo que hablan en su contra comparado con aquello que, según él mismo, podría decirse.

12. A quien desea de veras enmendarse, le es muy grato que haya muchos que observen su conducta. « ¡Quién me diera, — dice el mismo San Bernardo, — que anduviesen cien pastores velando sobre mí! Cuantos más fueren los que cuidaren de mí, con tanta mayor

seguridad caminaré. Mas ¡oh locura digna de espanto! nos atrevemos á cargar con el cuidado de innumerables almas de los prójimos, y no podemos sufrir que un solo pastor cuide de la nuestra. Más temo los dientes del lobo que el cayado del pastor, cuyo amoroso y blando silbo nos vuelve al buen camino. »

13. Al corregir á nuestros prójimos debemos revestirnos de entrañas de misericordia y mansedumbre, manifestando la caridad que nos anima, usando de expresiones llenas de suavidad y de dulzura, sin que nos mueva ninguna indigna pasión ni nos precipite un celo indiscreto, sin exagerar las faltas que corregimos; y cuando así lo hiciéremos, recordemos para animarnos á la corrección estas palabras de los *Proverbios*: « Quien corrige á una persona, será al fin más grato á ella que otra que la engaña con palabras lisonjeras. » Y estas otras de San Pablo: « ¿Quién es el que me ha de alegrar, sino el que es contristado por mí? » Pues la pena y tristeza que causa la corrección es para bien de las personas corregidas. Y si no, ved lo que ha producido en vosotros, — añadía el Apóstol, — esa tristeza según Dios que habéis sentido: ¡cuánta solicitud, qué cuidado en justificaros, qué indignación contra

1 Psalm. XXVIII, 23.

2 I Cor., II, 2.

el incestuoso, qué temor, qué deseo de remediar el mal, qué celo, qué ardor para castigar el delito !»

14. Mas este buen resultado no se obtendrá fácilmente si al corregir al prójimo llegamos á olvidar el espíritu de caridad y mansedumbre de que hablamos; á fin de poder conservarlo pensemos en el cuidado con que una madre limpia las llagas de su hijo, con qué tiento y suavidad, con cuánta delicadeza y atención; que al fin siente el dolor de aquel hijo como si fuera propio. Corrigiendo al prójimo de esta manera, la corrección le será muy provechosa; y si por ventura no lo fuere, no por esto dejemos de corregir cuando sea necesario; pues «no se deja la medicina, — dice San Agustín, — ni dejamos de curar los enfermos porque algunos no sanen.» Probemos, pues, también nosotros los últimos medios, porque se trata de la gloria del Señor y del bien de las almas.

1. I Cor., VII, 11.

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla. — De la meditación. — De los afectos de la voluntad.

§ I

CONSISTE la oración en levantar á Dios el alma y pedirle mercedes. Por medio de ella tratamos con Dios nuestro Señor, y esto sólo basta para descubrirnos su excelencia y dignidad; «por lo cual, — dice el Crisóstomo, — no hay lengua humana que pueda declarar cuánta sea la elevación que trae consigo el hablar con Dios, y la utilidad y provecho que de esto nos resulta; porque si aun acá en el mundo tanto adelantamos en la ciencia y la virtud tratando con hombres sabios y virtuosos, ¿cuánto no será nuestro provecho si tratamos con Dios?»

2. El hombre siempre está lleno de necesidades y miserias, expuesto á innumerables caídas y rodeado de terribles enemigos, que sin

el incestuoso, qué temor, qué deseo de remediar el mal, qué celo, qué ardor para castigar el delito !»

14. Mas este buen resultado no se obtendrá fácilmente si al corregir al prójimo llegamos á olvidar el espíritu de caridad y mansedumbre de que hablamos; á fin de poder conservarlo pensemos en el cuidado con que una madre limpia las llagas de su hijo, con qué tiento y suavidad, con cuánta delicadeza y atención; que al fin siente el dolor de aquel hijo como si fuera propio. Corrigiendo al prójimo de esta manera, la corrección le será muy provechosa; y si por ventura no lo fuere, no por esto dejemos de corregir cuando sea necesario; pues «no se deja la medicina, — dice San Agustín, — ni dejamos de curar los enfermos porque algunos no sanen.» Probemos, pues, también nosotros los últimos medios, porque se trata de la gloria del Señor y del bien de las almas.

1. I Cor., VII, 11.

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla. — De la meditación. — De los afectos de la voluntad.

§ I

CONSISTE la oración en levantar á Dios el alma y pedirle mercedes. Por medio de ella tratamos con Dios nuestro Señor, y esto sólo basta para descubrirnos su excelencia y dignidad; «por lo cual, — dice el Crisóstomo, — no hay lengua humana que pueda declarar cuánta sea la elevación que trae consigo el hablar con Dios, y la utilidad y provecho que de esto nos resulta; porque si aun acá en el mundo tanto adelantamos en la ciencia y la virtud tratando con hombres sabios y virtuosos, ¿cuánto no será nuestro provecho si tratamos con Dios?»

2. El hombre siempre está lleno de necesidades y miserias, expuesto á innumerables caídas y rodeado de terribles enemigos, que sin

descanso procuran su ruina: es grande su ignorancia en los caminos del Señor; su debilidad es asombrosa, y sus malas inclinaciones lo acercan sin cesar al precipicio. Todo esto nos descubre la necesidad que tenemos de pedir á Dios socorro. Y si no hay tiempo ni negocio alguno en el cual no necesitemos del divino auxilio, en todo tiempo y en todos los negocios de la vida hemos de pedirlo al Señor.

3. « Las gracias que Dios ha determinado concedernos, las conseguimos por la oración, — dice Santo Tomas. » Y así nuestro Señor nos dice en el Evangelio: « Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre. »

4. Es la oración la escala de Jacob, por la cual suben nuestras oraciones al Señor y bajan sus divinas gracias. Es la llave del cielo, que abre todas sus puertas y pone en nuestras manos los tesoros de Dios. Es un medio muy eficaz para conocer nuestra vida y arreglarla; por esto dijo San Agustín: « Sabe vivir bien quien sabe bien orar. »

5. Así como el pan alimenta al cuerpo, así la oración alimenta al alma. Y bien lo vemos esto cuando al dejar la oración sentimos que nuestra alma se enflaquece y debilita, y nos asalta la

1 Matth., VII.

tibieza, y perdemos el vigor y aliento para la virtud, y empiezan luego á revivir nuestras antiguas pasiones: la disipación, la vanagloria, la ira, la envidia y otras muchas.

6. La oración es al alma lo que es al estómago el calor natural; sin éste no se conserva la vida ni aprovecha el alimento; así también, sin la oración no se conserva la vida espiritual; mas con ella viene el aliento, la fuerza y la salud, y es además el remedio para todos nuestros males, pues luego nos advierte de ellos y hácenos volver sobre nosotros mismos é implorar el auxilio del Señor.

7. La oración puede ser especialísima y extraordinaria, que el Señor da á quien le agrada; ó bien común y ordinaria, la cual podemos con nuestros esfuerzos conseguir, ayudados de la gracia de Dios. Y de ésta trataremos ahora.

8. El modo más sencillo para su práctica consiste en hacerla mediante el ejercicio de la memoria, del entendimiento y la voluntad: la memoria recuerda el punto ó el misterio sobre que deseamos tener oración; el entendimiento medita y discurre sobre ese mismo punto, considerando lo que más pueda ayudarle á mover la voluntad, la cual sigue después ejercitando sus afectos; y — esto es lo principal — el fin de la meditación y el fruto que hemos de sacar de los discursos del entendimiento, es movernos al deseo de lo bueno y aborrecimiento de lo malo.

9. Esta práctica es muy conforme á la naturaleza humana, que es discursiva y racional, y se gobierna por la razón, y con ésta se convence y se rinde. La voluntad es potencia ciega y tiene que seguir lo que el entendimiento le propone; por esto, cuando se quiere que mudemos de voluntad, se nos convence con razones de que nos conviene obrar de otra manera.

10. « Siendo el fin de la oración el afecto y las santas resoluciones de la voluntad, bien se deja ver cuán necesaria es para esto la meditación, sin la cual la oración es tibia, — dice San Agustín; — porque si el hombre no se ejercita en conocer sus debilidades y miserias, andará engañado y no sabrá pedir lo que le conviene; presumirá de sí mismo, lo cual no hiciera si se conociese, y tratará en la oración de otras cosas, y no de aquellas que ha menester. Podránse impedir estos males ejercitándonos en conocer nuestras faltas y miserias por medio de la meditación, que nos descubrirá el punto principal á que hemos de atender, y los medios para conseguir lo que deseamos. La meditación nos muestra lo que nos falta, y la oración nos lo alcanza; aquélla nos descubre el camino, y ésta nos lleva por él; con la meditación conocemos los peligros que nos cercan, y con la oración los evitamos. »

11. Finalmente, « la meditación, — dice

San Agustín, — es principio de todo bien; porque quien considera la bondad de Dios y su misericordia para con nosotros, y cuánto nos ha amado, y lo mucho que ha hecho y padecido por salvarnos, luego se enciende en su amor; quien reflexiona sobre sus culpas y miserias, y considera lo mal que ha servido á Dios y lo mucho que le ha ofendido, luego se humilla y se tiene en poco y siéntese digno de cualquier castigo. De esta manera la meditación enriquece al alma con todas las virtudes. »

12. « Toda la tierra está desolada, — decía un Profeta, — porque no hay quien reflexione en su corazón ¹. » Y, en efecto, ¿quién se atrevería á cometer un pecado mortal si considerase que Dios murió por el pecado, y que un solo pecado se castiga con penas eternas; si pensara en aquel para siempre jamás en que, mientras Dios fuere Dios, los pecadores arderán en el infierno ?

13. Pero es indispensable meditar como debemos, no superficialmente ni de corrida, sino con empeño, con mucha atención y reposo, hasta quedar muy desengañados y enterados de las verdades que meditamos, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Meditemos muy despacio y con mucho sosiego en la brevedad de la vida, en la vanidad del mundo y cómo

¹ San Jerónimo, XII.

acaba todo con la muerte, para que así menospreciemos todas las cosas de la tierra y pongamos todo nuestro corazón en lo que ha de durar para siempre.

14. Hay mucha diferencia de meditar á meditar, y de conocer á conocer. «¿Quién me ha tocado?» — dijo el Señor cuando le tocó la hemorroisa. San Pedro le contestó: «Maestro, la gente te comprime y te molesta, y tú dices ¿quién me ha tocado? — Alguno me ha tocado, — replicó el Señor, — pues yo he sentido que salió virtud de mí¹.» Así hemos de tocar á Jesucristo y sus misterios, de manera que sintamos en nosotros su divina virtud; y para esto importa mucho meditar con atención y sosiego, procurando penetrarnos cuanto sea posible del objeto en que nos ocupamos, desmenuzando, por decirlo así, todas sus circunstancias.

§ II

15. A la necesidad de la meditación se añade el gran provecho que consigo trae, y es que de ella nace la verdadera devoción, la cual no es otra cosa que una prontitud de la voluntad para lo bueno. «La devoción, — dice Santo Tomás, — reconoce dos causas: una extrínseca

¹ Luc., VIII.

o principal, que es Dios; otra intrínseca de parte nuestra, que es la meditación del entendido, la cual, después de la gracia de Dios, es la que mueve y enciende el fuego de nuestro corazón.» No está la verdadera devoción en la dulzura y gusto sensible que se experimenta en el trato con Dios, sino en la prontitud que tenemos para todas las cosas del divino servicio. Y esta devoción es la que dura y permanece, porque está fundada en la verdad, que nunca falta; verdad de la cual estamos convencidos por medio de la meditación. Al contrario, la devoción que se funda sólo en los gustos sensibles, no dura mucho; mas tiene que concluir en terminando éstos. «Inflamado senti mi corazón, — decía David, — y en mi meditación se encendían llamas de fuego¹.» Es, pues, la meditación el medio con que encendemos en el alma el amor de Dios; y si es medio no debemos parar en él, sino en los efectos que produzca en nosotros; pues si buscamos la virtud es para practicarla, y bien sabemos que la vida cristiana no consiste en los buenos pensamientos y en la inteligencia de las cosas santas, sino en las sólidas virtudes á que nos debe inclinar la meditación, cuyo fruto se halla en referirlo todo á nosotros para aprovecharnos de ella. Y como el sol no á todos los que alumbra calien-

¹ Psalm. XXXVIII.

ta, así la meditación, aunque enseña lo que hemos de hacer, no mueve á todos á la práctica del bien; y como una cosa es tener noticia de las riquezas y otra es poseerlas, y esto es lo que nos hace ricos, no lo primero, así también, no el conocimiento de la virtud, sino su práctica nos hace felices. No nos quita el hambre que nos aflige el tener delante una mesa cubierta de manjares, sino el comerlos; de la misma manera, poco nos aprovecharán las mejores consideraciones si no las aplicamos á nosotros mismos para practicarlas.

16. Que la meditación, pues, nos lleve á los afectos y santos deseos de la virtud, los cuales á su tiempo se pongan por obra. Ezequiel vió unos misteriosos animales que tenían manos de hombre debajo de las alas, dándose á entender en esto que la meditación que nos eleva á Dios ha de ser para practicar la virtud, sacando afectos y deseos de humildad, de paciencia en los trabajos, de dolor de los pecados, propósito de la enmienda, agradecimiento por los beneficios recibidos, resignación á la voluntad de Dios é imitación de Jesucristo.

17. Si la meditación es un medio para despertar y encender los deseos de la virtud, luego que esto se haya conseguido debemos detenernos y emplearnos con pausa y sosiego en los deseos y afectos de la voluntad, hasta satisfacerlos enteramente. En estos deseos y afec-

tos consiste la perfecta oración, y no en los discursos del entendimiento. De aquí es que no hemos de afligirnos si no podemos discurrir en la oración, con tal de que sepamos amar y resolvernos á vencer nuestras pasiones. Y no sólo no debemos afligirnos, sino además podemos considerar que aún hay más: cuando una fuente tiene diversos acueductos, cuanto más saliere por uno de ellos, menos saldrá por el otro; y así, cuanto más nosotros nos derramemos en consideraciones y discursos muy elevados y superfluos, menos afectos tendremos en la voluntad. David pedía al Señor alas de paloma para volar á las alturas, y no alas de otra ave más ligera, porque sabía muy bien que para volar á lo alto de la santidad son mejores las alas de paloma, esto es, la humildad y sencillez de corazón, que las meditaciones elevadas y sublimes, porque Dios se comunica á los humildes y sencillos.

18. La misma oración no es tampoco fin, sino medio para alcanzar una perfecta mortificación de nosotros mismos y de las pasiones y apetitos que nos hacen guerra. Así como metemos el hierro en el fuego para que se ablande y podamos doblarlo con facilidad, así también sucede en la oración; nos es muy duro el mortificarnos y vencer la propia voluntad, y por esto acudimos al fuego de la oración para que allí, con el ejemplo de Jesús y el auxilio de la

gracia, se ablande el corazón y podamos inclinarlo al servicio de Dios. Moisés salió de hablar con Dios lleno de fortaleza, y aun el mismo Jesucristo, confortado en la oración, se puso en manos de sus enemigos sin huir de la terrible muerte que le preparaban.

19. Para obtener buen resultado de la oración es de mucha importancia pensar de antemano en el fruto que deseamos sacar de ella. Para esto consideremos muy despacio cuál sea la mayor necesidad de nuestras almas, lo que más nos impide aprovechar ó nos hace más terrible guerra; esto ha de ser lo que pongamos delante de los ojos para insistir en ello y sacarlo de la oración. Sería engaño por lo mismo ir á ella sin tal preparación, tomando lo que se ofreciere casualmente á nuestra consideración. Seríamos como el cazador que tira sin apuntar y que inútilmente gasta la pólvora. El enfermo que va á la botica, no echa mano de lo primero que encuentra, sino de lo que ha menester para su enfermedad. Recordemos que el ciego del Evangelio, cuando el Señor le preguntó qué era lo que quería que hiciese con él, luego le representó su mayor necesidad, la falta de vista, y de ella pidió el remedio. Así nosotros en la oración acudamos al socorro de lo que más necesitamos, insistiendo y perseverando en ello hasta alcanzarlo.

20. Sin embargo, lo que hemos dicho no

impide que á más de nuestra principal necesidad nos ocupemos en los actos y ejercicios de otras virtudes; pero es indispensable insistir algún tiempo con decidido empeño en lo que más necesitamos, y ocuparnos en ello una y otra vez, y traerlo siempre delante de nosotros como el mayor negocio que tenemos. Y nota el Angélico Maestro que la oración es tanto mejor y más eficaz cuanto más se reduce á una cosa. Por esto también es muy bueno aplicar el examen particular al principal objeto de la oración, lo mismo que las oraciones jaculatorias que hagamos entre día, y las penitencias y mortificaciones que practiquemos.

21. La oración es como una fuente de agua en medio de un jardín, que riega todas las flores que se encuentran en él; pero entre éstas algunas hay más delicadas y preciosas que las demás, y que son cultivadas con mayor esmero y preferidas á las otras en el riego; así, en nuestras almas todas las virtudes se han de regar y conservar hermosas y lozanas por medio de la oración, pero entre éstas deben ser preferidas aquellas de que tengamos más necesidad.

CAPÍTULO II

Concluye el anterior. — Medios para tener buena oración
De las distracciones y sus remedios.

SEGÚN lo que decíamos en el capítulo anterior, en la oración podemos ejercitarnos, no sólo en aquello de que tenemos mayor necesidad, sino también en lo menos necesario; pero hay que advertir que aquello en que llegemos á ocuparnos no lo hemos de ver superficialmente y de corrida, sino muy despacio y con sosiego, hasta quedar enteramente convencidos y del todo resueltos; verbigracia: si nos ocupamos en el dolor de nuestros pecados, debemos detenernos en esto hasta sentir un horror y aborrecimiento tan grande del pecado que produzca en el alma el propósito más firme de primero morir mil veces antes que ofender á Dios. — Y lo mismo debemos hacer en el ejercicio de todas las demás virtudes, repitiéndolo una, dos y más veces; porque así como son necesarias muchas lluvias para que la tierra se empape y penetre del agua, así también es indispensable repetir unos mismos afectos y consideraciones en la oración para quedar enteramente penetrados y convencidos de su verdad. Y así como unos mismos manjares se preparan de distinto

modo, y de esta suerte siempre los tomamos con gusto, así también las mismas reflexiones y afectos, presentados á nuestra alma bajo diversos y nuevos aspectos, nos podrán ocupar sin causarnos fastidio, y si consuelo y alegría; verbigracia: si tratamos de humildad, consideremos unas veces nuestras miserias y flaquezas, despreciándonos por ellas, y otras avivemos en nosotros los deseos de ser despreciados de los hombres, teniendo su estimación por vanidad, ó bien hagamos por avergonzarnos por las faltas que cada día cometemos; otras veces alabemos y admiremos la paciencia del Señor que nos sufre tanto, ó démosle gracias por habernos impedido cometer nuevos pecados; y otras, por último, descendamos á cosas particulares y prácticas que probablemente se nos han de ofrecer en aquel mismo día. Y esto es en gran manera importante, porque la oración se ha de encaminar á la práctica de la virtud, ayudándonos á quitar dificultades y vencer repugnancias y prepararnos para la virtud. Los soldados, antes de la guerra, se dedican al ejercicio de las armas para estar diestros en ellas; así también nosotros debemos hacer lo mismo en la oración para alcanzar después victoria sobre nuestros enemigos, pues más fácilmente podremos vencerlos estando de antemano preparados.

2. En el mismo ejercicio de las virtudes en

que nos ocupamos durante la oración, hay muchos grados que subir para llegar á la perfecta santidad; por ejemplo, en las adversidades tenemos que recibirlas con paciencia, y bendecir á Dios por ellas y gozarnos en sufrirlas. Así también en la humildad, la pobreza y las otras virtudes hay que ejercitarlas con prontitud, facilidad y alegría, y teniendo tanto contento en los desprecios como tienen los mundanos en la estimación de los demás.

3. Para esto necesitamos mucho tiempo, pues muy lejos nos hallamos de tanta elevación.

4. Lo que hemos dicho tiene también lugar en la consideración de los divinos misterios; esto es, que debemos detenernos en una misma cosa y profundizarla, sin pasar por ellos de corrida; pues más aprovecha un misterio bien considerado que muchos por los cuales pasemos sin gran detención.

5. Reflexionemos, por tanto, una y otra vez sobre este mismo misterio, para sentir en él mayor provecho. Jesucristo no curó en un instante al ciego del Evangelio, sino que primero le puso saliva en los ojos, y el ciego empezó á ver los hombres como árboles; volvió el Señor á ponerle las manos sobre los ojos, y entonces el ciego vió con claridad y perfección.

6. Cuando entramos en un aposento obscuro, nada vemos al principio; pero deteniéndonos, vamos descubriendo poco á poco lo que

en él se encuentra. Hagamos esto mismo en la oración; detengámonos en ella lo más que podamos, y vendrá la luz del cielo y serán disipadas las tinieblas de nuestra alma, repitiendo unos mismos afectos.

7. Para conseguir el poder detenernos en una misma reflexión, tengamos gran afecto á Dios nuestro Señor. «Como yo amo en tanto grado vuestra ley, ¡oh Señor!, no me canso de pensar en ella todo el día», — decía David. Una madre siempre está pensando en el hijo que ama; y si tanto puede el amor natural, ¿no podrá todavía más el sobrenatural de Dios nuestro Señor, hermosura infinita y fuente de toda bondad? Todos piensan de buena gana en lo que aman; tienen el corazón donde está su tesoro; pues amemos á Dios y pensaremos siempre en El, y en El también tendremos nuestro corazón.

8. En nuestra mano está, con la gracia de Dios, tener siempre buena oración y sacar provecho de ella; pues podemos ejercitar nuestras potencias, el entendimiento con relaciones análogas al asunto que tratamos, y la voluntad con afectos y resoluciones particulares y muy prácticas; y si así lo hacemos, aunque la sequedad y el desconsuelo nos hayan abatido, habremos tenido buena oración.

9. He aquí algunos medios para conseguir esto con más facilidad. Primero: Tratemos en

la oración con nosotros mismos, con sinceridad y sencillez, haciéndonos, por ejemplo, estas preguntas: ¿He adelantado en el camino de mi salvación, pues para esto me tiene Dios en el mundo? ¿Qué grados he adquirido de humildad y mortificación? ¿Cumpló mis obligaciones como debo según la voluntad de Dios, gobierno mi casa y familia tan cristianamente que todos sirvan á Dios, y sobrellevo con paciencia todas las mortificaciones y pesadumbres de mi estado?

10. Segundo: Presentémonos delante de Dios como á su madre se presenta un niño; como el pobre, el ciego, el desnudo y el desamparado están delante de los ricos pidiendo limosna, Contemplemos la sencillez del niño, y la humildad, la paciencia y el respeto de aquellos necesitados, y de esta suerte descubramos al Señor nuestra pobreza y miseria, esperando el remedio de su infinita bondad.

11. Tercero: El abad Panuncio dijo á Tais la pecadora después de convertida: «No mereces tomar en tu boca sucia el nombre de Dios; tu oración será que, de rodillas y mirando al Oriente, dirijas al Señor estas palabras: «Tú» que me formaste, ten misericordia de mí.» Pues contentémonos con tener esta oración, y entendamos que no merecemos otra cosa.

12. Cuarto: Humillemos nuestras almas delante del Señor, y digámosle como alguno de

sus servidores: «Señor, yo soy una bestia y no sé tener oración; enseñadme Vos á tenerla.» Mucho alcanza la humildad con Dios nuestro Señor, y así como ella es medio para la oración, también la oración es medio para la humildad.

13. Quinto: Cuando las distracciones nos combatan, arrojémonos á los pies del Señor para decirle: «Señor, en cuanto es culpa mía tener estas distracciones, me pesa mucho de ellas; en cuanto es vuestra voluntad, las acepto en castigo de mis pecados y me regocijo en la cruz que me mandáis.»

14. Sexto: Si nos hemos descuidado en la oración, procuremos aquel día mortificarnos más y andar con mayor cuidado en todas nuestras obras.

15. Séptimo: No hagamos cosa contraria á la oración, y de esta manera nos comunicará el Señor muchas gracias.

16. Octavo: Cuando no sintamos el recogimiento y la devoción que quisiéramos tener, deseemos con gran voluntad el tenerla, y así supliremos lo que acaso nos falta. Demos á Dios todo nuestro corazón, deseando los ardores de los más elevados serafines, y ofrezcámosle lo que ellos hacen, y, sobre todo, unamos nuestras obras con las de Jesús y de su santa Madre, supliendo con sus méritos todas nuestras faltas, y presentemos al Padre la oración que hacemos,

y todo lo demás, en unión del amor y fervor con que Jesús le amó y le alabó en la tierra, y nuestros ayunos y penitencias con las suyas, y con sus santísimas virtudes las nuestras, tan flacas é imperfectas como son.

17. Con semejante oración podemos estar muy contentos, sin pretender elevarnos á otras regiones, donde acaso no podríamos permanecer por mucho tiempo. Consérvenos Dios en su gracia sin dejarnos caer en culpa mortal, y ¿qué mejor oración podemos querer que la que tiene tal fruto?

18. Respecto de las distracciones, de que hemos hablado, tres son sus causas principales. Primera, nuestro descuido en guardar el corazón y en no dejar que se derramen los sentidos durante el día. El remedio está en nuestra mano con la gracia del Señor: ocuparnos en santos pensamientos, guardar el corazón y recoger los sentidos. La piedra de molino muele lo que se le echa, trigo, cebada ó centeno; pero en manos del hombre está echarle lo que él quiera; así nuestro corazón se ocupará en los pensamientos y afectos que nosotros le procuremos, de Dios ó del mundo, de virtud ó de pecado.

19. La segunda causa de las distracciones proviene del demonio, que procura á todo trance impedir la oración, pues muy bien sabe las grandes ventajas que de ella nos resultan. El remedio contra este mal es invocar muy de

veras el auxilio del Señor con algunas jaculatorias humildes y amorosas.

20. La tercera causa puede ser alguna enfermedad corporal ó debilidad de cabeza. En este caso tomemos por materia de oración lo mismo que padecemos, y conociendo nuestra miseria ofrezcamos á Dios la cruz que nos manda.

21. A más de estos remedios, he aquí algunos otros que nos dan los santos. Reflexionemos que estamos en la presencia del Señor; y si delante de los grandes de la tierra procuramos estar con atención y respeto, ¿con cuánta mayor razón debemos hacerlo así delante de Dios y de sus santos ángeles?

22. Podemos hacer también nuestra oración delante del santísimo Sacramento; y si todavía no cesan las distracciones y el abatimiento del corazón, recordemos que el ciego del Evangelio, aunque la gente le decía que callase, él levantaba más y más su voz diciendo: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí;» y hagámoslo así nosotros, aunque el Señor disimule y nos parezca que pasa de largo, y aunque la turba de las distracciones pretenda que calleemos. Demos mayores voces diciendo: «Señor, ten piedad de mí; fortalece mi corazón en esta hora para que pueda pensar en Ti y permanecer en la oración.» Bueno será que ayudemos nuestra flaqueza con breves oraciones vocales.

23. Llevemos á la oración bien preparados los puntos en que hemos de meditar, para que, en advirtiendo que estamos distraídos, tengamos luego á la mano el objeto en que hemos de pensar. « Antes de la oración prepara tu alma, — nos dice el Espíritu Santo, — y no seas como el hombre que tienta á Dios ¹. »

24. Si á pesar de todo esto el corazón se nos va de entre las manos sin culpa nuestra, tengamos paciencia; pero sepamos que el Señor no se ofende por esto; antes se mueve á compasión y misericordia de nosotros, pues bien conoce nuestra miseria. Y si perseveramos en la oración á pesar de los pensamientos y sequedades que sufrimos, será muy agradable tal oración á los ojos de Dios y alcanzará grandes favores para mejor servirlo y crecer en la virtud.

25. Por lo mismo, no debemos dejar la oración por más que en ella nos vengan tentaciones y trabajos, ni permitamos que se nos entre la tibieza; mas, al contrario, procuremos mantener el corazón humilde y recogido en todo lugar.

26. Entre otras tentaciones, la del sueño puede venir de causas naturales, y debe entonces combatirse con remedios también naturales. Si nace de nuestra tibieza ó del demonio,

¹ *Eccl.*, XVIII.

procuremos disipar aquélla y acudir al auxilio del Señor.

CAPÍTULO III

Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año.

§ I

Los hombres del mundo celebran fiestas y espléndidos banquetes en distintas épocas del año, en las cuales más particularmente se entregan á los goces y placeres de la vida; así también nosotros debemos tener nuestras fiestas y banquetes espirituales para gozar en ellos, sin tasa ni medida, la dulzura del Señor y la abundancia de su gracia. Esto es sobremanera importante, no sólo para adelantar en la virtud, sino también para no volver atrás; pues siempre está nuestra miseria inclinándonos al mal y entibiando el fervor con que empezamos, y mientras más se multipliquen nuestras ocupaciones exteriores, más necesidad tenemos de entregarnos en ciertas épocas al retiro y la oración. Andaban los Apóstoles muy ocupados en la predicación, y volviendo á dar cuenta al Señor de lo que habían hecho, su divina Majestad les dijo: « Venid á retiraros con-

23. Llevemos á la oración bien preparados los puntos en que hemos de meditar, para que, en advirtiendo que estamos distraídos, tengamos luego á la mano el objeto en que hemos de pensar. « Antes de la oración prepara tu alma, — nos dice el Espíritu Santo, — y no seas como el hombre que tienta á Dios ¹. »

24. Si á pesar de todo esto el corazón se nos va de entre las manos sin culpa nuestra, tengamos paciencia; pero sepamos que el Señor no se ofende por esto; antes se mueve á compasión y misericordia de nosotros, pues bien conoce nuestra miseria. Y si perseveramos en la oración á pesar de los pensamientos y sequedades que sufrimos, será muy agradable tal oración á los ojos de Dios y alcanzará grandes favores para mejor servirlo y crecer en la virtud.

25. Por lo mismo, no debemos dejar la oración por más que en ella nos vengan tentaciones y trabajos, ni permitamos que se nos entre la tibieza; mas, al contrario, procuremos mantener el corazón humilde y recogido en todo lugar.

26. Entre otras tentaciones, la del sueño puede venir de causas naturales, y debe entonces combatirse con remedios también naturales. Si nace de nuestra tibieza ó del demonio,

¹ *Eccl.*, XVIII.

procuremos disipar aquélla y acudir al auxilio del Señor.

CAPÍTULO III

Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año.

§ I

Los hombres del mundo celebran fiestas y espléndidos banquetes en distintas épocas del año, en las cuales más particularmente se entregan á los goces y placeres de la vida; así también nosotros debemos tener nuestras fiestas y banquetes espirituales para gozar en ellos, sin tasa ni medida, la dulzura del Señor y la abundancia de su gracia. Esto es sobremanera importante, no sólo para adelantar en la virtud, sino también para no volver atrás; pues siempre está nuestra miseria inclinándonos al mal y entibiando el fervor con que empezamos, y mientras más se multipliquen nuestras ocupaciones exteriores, más necesidad tenemos de entregarnos en ciertas épocas al retiro y la oración. Andaban los Apóstoles muy ocupados en la predicación, y volviendo á dar cuenta al Señor de lo que habían hecho, su divina Majestad les dijo: « Venid á retiraros con-

migo á un lugar desierto, y reposad un poco ¹. » Y si los Apóstoles necesitaban semejante descanso, mucho más, sin duda, lo necesitamos nosotros.

2. He aquí algunos tiempos y ocasiones en que particularmente conviene entregarnos á la oración y á los ejercicios espirituales: cuando sentimos que se entibia nuestro fervor; cuando hemos aflojado en la oración, examen y lección espiritual; cuando ya no atendemos á cosas pequeñas ó no logramos vencernos en alguna pasión, pues muchas veces unos solos ejercicios bastan, con la gracia del Señor, para renovarnos enteramente, y así no se nos debiera pasar ningún año sin hacerlos.

3. En cuanto al fruto de estos ejercicios, consiste principalmente en tres cosas: Primera: En renovar el fervor de nuestro espíritu para hacer las obras que practicamos diariamente, con la perfección que sea posible; en oír bien la santa Misa, y tener con fruto la lección espiritual, y cumplir las obligaciones de nuestro estado con fidelidad y exactitud.

4. Segunda: Debemos tratar en los ejercicios de vencernos y mortificarnos en la pasión que más nos domine, y que es la causa de nuestras frecuentes caídas ó del escándalo de los demás, y que tal vencimiento y mortificación

¹ Marc., VI.

se deje conocer después en nuestras obras, como aquel joven antes perdido, de quien habla San Ambrosio, que encontrándolo una mala mujer, le dijo: « Yo soy aquélla. » Y él le contestó: « Pues yo no soy aquél. » Venía cambiado, y era ya otro. Así hemos también de cambiar de vida, para poder decir que ya no vive en nosotros el hombre antiguo, sino el nuevo, Jesucristo nuestro Señor.

5. Tercera: En lugar del vicio ó pasión que procuremos extirpar en los ejercicios, hemos de plantar en el alma la virtud contraria; pero esto debe hacerse con empeño y decididamente y poniendo los ojos en lo más elevado de la misma virtud; verbigracia: en una humildad que llegue hasta hacernos gozar en los desprecios; en una resignación perfecta en los manos de Dios que no nos deje gusto sino en cumplir su santa voluntad; en servir á Dios por complacerle, por puro amor de su bondad infinita. Y así de las otras virtudes.

6. Antes de los ejercicios espirituales debemos pensar muy despacio en las necesidades que nos aquejan, para conocer nuestra pasión dominante y lo que más nos impide el adelantar en la virtud, ó qué es lo que escandaliza al prójimo en nuestra conducta, y éste sea el fruto que saquemos de ellos y lo que hemos de tener delante de los ojos mientras duraren.

7. Después de la oración podemos exami-

nar cómo la hicimos, para ver si llevamos adelante el propósito que nos ha llevado á ejercicios y afirmarnos más en él. Semejante examen siempre conviene que lo hagamos para descubrir nuestros defectos y poder corregirlos. Y asimismo convendría escribir nuestros buenos deseos y propósitos á fin de conservarlos más en la memoria y reanimar nuestro fervor con su frecuente lectura.

§ II

8. Ya que hablamos de lectura, diremos alguna cosa sobre la importancia de leer diariamente en algún libro espiritual, á fin de aprovechar en la virtud. San Pablo decía á su discípulo Timoteo: « Atiende á la lección. » Y San Atanasio aseguraba que ninguno había que tratase de veras en su aprovechamiento que no se diese á la lectura espiritual. En la oración hablamos con Dios, y cuando leemos Dios nos habla, no sólo para revelarnos su santa voluntad, sino también para que la cumplamos.

9. Nos hemos de ocupar en la lectura de libros espirituales como si fueran cartas venidas de nuestra patria, que es el cielo; aquellos libros serán para nosotros como espejos en los cuales veamos nuestro interior, pues nos descubren el bien y el mal que hacemos, y si ade-

lantamos ó desfallecemos en la virtud. A veces nos recuerdan los hechos admirables de los santos, y también las faltas que algunos cometieron, para que éstas nos llenen de temor de Dios y aquéllos nos animen y conforten más en las sendas de la perfección.

10. He aquí las principales reglas para hacer con provecho la lección espiritual. Primera: No leamos muy aprisa, sino con sosiego, espacio y atención, y parémonos un poco al encontrar algún pensamiento que nos mueva ó nos llame la atención, para meditar sobre él un instante.

11. Segunda: No busquemos tanto el saber como el sabor y gusto de la voluntad, pues no es lo mismo leer para saber que leer para aprovecharse, leer para otros que leer para sí mismo. Lo primero es estudio; lo segundo lección espiritual.

12. Tercera: No leamos de una vez muchas cosas, ni pasemos en la lectura muchas horas, para no fatigar el espíritu y á fin de aprovechar lo que nos convenga; no sustenta al cuerpo la demasiada comida, sino la buena digestión; ni aprovecha al alma lo mucho que ha leído, sino el reflexionar y detenerse en eso.

13. Cuarta: Debemos conservar en la memoria lo que más nos haya movido, ó lo que más bien se refiera á la necesidad de nuestras almas, para andar después pensando en aquello

y no en cosas impertinentes; pues como el manjar se toma para que sustente y nos dé fuerzas en lo restante del día, la lectura tiene también el mismo objeto respecto de nuestra alma: sustentarla y darle fuerzas para que no desfallezca en el camino de Dios.

114. San Agustín entró en una ocasión en un huerto, y llorando, exclamó una y otra vez: « Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo? ¿Por qué hoy no he de dar fin á mis torpezas? » Y oyó una voz que le dijo: « Toma, lee; toma, lee. » Y tomó un libro de la Santa Escritura y empezó á leer en él, y el Señor le infundió una gran luz; y dejando él todas las cosas del mundo, se entregó enteramente al servicio de Dios.

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA
CONCIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios. — Sus grandes bienes, y en lo que consiste.

§ 1

BUSCAD á Dios con fortaleza y con perseverancia; buscad siempre su rostro ¹. El rostro de Dios es su presencia, y buscamos ese rostro divino andando en la presencia del Eterno, convirtiendo al Señor el corazón con el deseo y el amor.

2. Este ejercicio es como el principio de la gloria, pues la gloria consiste en contemplar á Dios sin perderlo de vista; y ya que en la tierra no lo vemos claramente, procuremos suplir esta vista por medio de la fe; y así como los ángeles de nuestra guarda se ocupan en defendernos y ampararnos sin perder la vista del Se-

¹ Psalm. CIV.

y no en cosas impertinentes; pues como el manjar se toma para que sustente y nos dé fuerzas en lo restante del día, la lectura tiene también el mismo objeto respecto de nuestra alma: sustentarla y darle fuerzas para que no desfallezca en el camino de Dios.

114. San Agustín entró en una ocasión en un huerto, y llorando, exclamó una y otra vez: « Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo? ¿Por qué hoy no he de dar fin á mis torpezas? » Y oyó una voz que le dijo: « Toma, lee; toma, lee. » Y tomó un libro de la Santa Escritura y empezó á leer en él, y el Señor le infundió una gran luz; y dejando él todas las cosas del mundo, se entregó enteramente al servicio de Dios.

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios. — Sus grandes bienes, y en lo que consiste.

§ 1

BUSCAD á Dios con fortaleza y con perseverancia; buscad siempre su rostro ¹. El rostro de Dios es su presencia, y buscamos ese rostro divino andando en la presencia del Eterno, convirtiendo al Señor el corazón con el deseo y el amor.

2. Este ejercicio es como el principio de la gloria, pues la gloria consiste en contemplar á Dios sin perderlo de vista; y ya que en la tierra no lo vemos claramente, procuremos suplir esta vista por medio de la fe; y así como los ángeles de nuestra guarda se ocupan en defendernos y ampararnos sin perder la vista del Se-

¹ Psalm. CIV.

ñor, así también nosotros, en los negocios temporales, debemos elevar á Dios el pensamiento, y dirigirle nuestro amor y cumplir su santa voluntad.

§ II

3. He aquí los bienes del ejercicio de la presencia de Dios. No hay siervo que delante de su señor no ande bien, ni hay ladrón que se atreva á robar delante de su juez. Ahora bien: Dios es nuestro Juez y Señor, y en todas partes estamos delante de sus ojos, y á toda hora y en cualquier lugar puede castigarnos; y si la presencia de un juez ó de un gran señor acá en la tierra nos contiene, ¿cómo no nos contendrá también la presencia del Eterno?

4. « La memoria de Dios, — decía San Jerónimo, — destierra los pecados; y si consideramos que Dios nos ve y está presente, nunca nos atreveremos á ofenderle. Y, por el contrario, el olvido de Dios trae consigo el pecado. » « No tiene á Dios delante de sus ojos, — decía David, — y por esto sus caminos están manchados en todo tiempo ¹. »

5. De aquí es que la presencia de Dios es un gran remedio contra todas las tentaciones,

¹ Psa'm. IX.

un gran alivio en los trabajos de la vida y un compendio de la perfección. « Anda delante de mí, — dijo Dios á Abraham, — y serás perfecto ¹. » Y así como no hay momento ni lugar en que no gocemos de la bondad de Dios, así es razón que siempre lo tengamos presente en la memoria para servirle y amarlo.

§ III

6. El ejercicio de la presencia de Dios consiste en dos actos: uno del entendimiento, y otro de la voluntad. Por el primero consideramos que Dios está aquí y en todo lugar, como lo enseña la fe, y está dentro y fuera de nosotros, y más presente á nuestro corazón que nosotros mismos, porque en El vivimos, nos movemos y existimos.

7. Para esta presencia no es necesario ninguna representación corporal, sino solamente un acto de fe, pues Dios es espíritu puro. Y en cuanto á nuestro Señor Jesucristo, si bien podemos representarnos su santa humanidad é imaginar que está junto á nosotros, ó en el huerto, ó atado á la columna, ó crucificado; pero esto, ni debe hacerse con esfuerzo, ni es para todos, y fácilmente lastima la cabeza. La

¹ Gén., XXII.

presencia de Dios, en cuanto Dios, no tiene estos inconvenientes; basta creer que está presente, sin querer saber cómo lo está. En la noche, y sin luz, podemos platicar con un amigo y gozarnos en estar con él aunque no le veamos; vendrá la mañana, y entonces le veremos; así también á Dios, cuando aparezca el día de la dichosa eternidad, lo veremos en sí mismo; y entretanto, acá en la tierra, nos consolamos con estar en su presencia, aunque sea entre sombras y al través de los velos de la fe sagrada.

8. Los actos de la voluntad que se refieren al ejercicio de la presencia de Dios son los vivos deseos de nuestra alma, que quiere unirse al sumo Bien; son los inflamados afectos, los ardientes suspiros con que le llamamos, los piadosos movimientos con que intentamos volar á su divina Majestad y unirnos á El con santo amor. Estos deseos y afectos se llaman aspiraciones, y son en realidad oraciones muy breves y ardientes que con frecuencia mandamos al seno de Dios. Debemos estimarlas en gran manera y usarlas mucho, pues ni cansan la cabeza por su brevedad y se hacen con fervor.

9. He aquí algunas que nos podrán servir y que nos proponen los santos: « Dios mío, atiende á mi ayuda; apresúrate á socorrerme. — ¡Oh Señor, quién nunca os hubiera ofendido! — Bondad infinita, yo os amo con todo mi

corazón. — Señor, ¿qué queréis que haga? — Mi amado para mí, y yo para El. »

10. En todo lo que hagamos procuremos levantar el corazón á Dios con la mayor frecuencia, diciendo: « Por vos, Señor, hago esto; por agradaros y contentaros, porque así lo queréis. Vuestra voluntad es la mía y vuestro contento es el mío, y no tengo que querer ni que desear sino agradaros y cumplir vuestra santa voluntad. »

11. Perseveremos con cuidado en estos afectos y deseos, y muy pronto nuestro corazón será mudado, adquiriendo el afecto de Dios y el desprecio del mundo.

12. Semejantes afectos y deseos los hemos de hacer como quien habla con Dios presente y que está dentro de nosotros mismos. Y no hay que olvidar esta presencia, pues los afectos que ella nos inspira son un medio para ejecutar bien todo lo que hacemos, y con tanta perfección que todas nuestras obras puedan parecer delante de sus ojos.

CAPÍTULO II

Del examen de conciencia. — Su importancia. — Su materia y modo de hacerlo.

§ I

UNO de los principales y más eficaces medios para aprovechar en la virtud es el examen de la conciencia, muy recomendado por los santos, entre los cuales San Crisóstomo nos dice que nos sirve para el presente día, porque al pensar que nos hemos de tomar cuenta y reprender á nosotros mismos, procuramos reprimirnos. Y nos sirve también para el día siguiente, porque habiéndonos examinado y arrepentido, y habiendo propuesto la enmienda, todo esto es como un freno para no faltar el día siguiente. Y como los comerciantes llevan todos los días cuenta de pérdida y ganancia, y procuran reparar aquélla cuando la hay, nosotros, por medio del examen, debemos reconocer nuestras faltas, y luego tratar de remediarlas.

§ II

2. Si somos descuidados en examinarnos, nuestra alma será como la viña de que nos ha-

bla Salomón: «Pasé, — nos dice, — por el campo de un perezoso y por la viña de un insensato, y vi que todo estaba cubierto de ortigas y la superficie llena de espinas, y arruinada la cerca de piedras ¹.»

3. El gran San Ignacio de Loyola estimaba más en cierta manera el examen que la oración, porque con el examen se pone por obra lo que se saca de la oración: la mortificación de las pasiones y extirpación de los vicios.

§ III

4. El examen puede ser ó particular ó general: el primero se hace de una sola cosa; el segundo de todas las faltas del día. Respecto del primero, debemos ante todo reconocer nuestra pasión dominante y aplicar á ella el examen particular, porque tal pasión es la que nos pone en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas; y una vez vencida ésta, con más facilidad venceremos las otras.

5. Demos cuenta á nuestro confesor de todo el estado de nuestra conciencia para conocer con más seguridad cuál es la pasión que más nos domina, porque es de suma importancia el conocerla. Si descubrimos el verdadero princi-

¹ Prov., XXIV.

pio y raíz de nuestros males, con facilidad podremos aplicarles el conveniente remedio. Pero es necesario que advirtamos dos cosas: Primera: que si hay faltas exteriores que ofendan á nuestros prójimos, procuremos quitarlas con el examen particular, ocupándonos en ellas antes que en las otras que tengamos. Segunda: que no debemos emplear toda la vida en el examen particular de las cosas exteriores, sino dedicarnos á adquirir las virtudes y adelantar en ellas sin descanso, y esto mismo nos servirá para disminuir las faltas exteriores.

6. El examen particular debe ser sobre una sola cosa, pues de otra manera no podríamos aprovechar sus resultados con tantas ventajas como ocupándonos en un solo objeto. Decía Moisés á los israelitas: «El Señor irá consumiendo á tu vista estas naciones poco á poco y por partes. No podrás acabar con ellas de un golpe juntamente ¹.»

7. Aun el examen particular de una sola virtud conviene dividirlo en varias partes para obtener con más facilidad el resultado que deseamos. He aquí el modelo de esta división respecto de las virtudes siguientes:

8. *De la humildad.* — ¿He dicho palabras en mi alabanza? ¿Me he complacido cuando se ha hablado bien de mí en vez de humillarme? ¿He

¹ Deut., VII.

obrado por respetos humanos? ¿Me excuso cuando se me culpa ó he inculcado á otro? ¿He rechazado prontamente los pensamientos de soberbia? ¿Tengo á los demás por superiores, exterior é interiormente? ¿Llevo las ocasiones que se me ofrecen de humillarme con paciencia, con prontitud y facilidad, con gozo y alegría? ¿Cuántos actos de humildad he practicado hoy por la mañana y por la tarde?

9. *De la caridad.* — ¿He dicho las faltas del prójimo, aunque sean ligeras y públicas? ¿He andado con chismes? ¿He dicho palabras picantes? ¿He porfiado? ¿He tratado á todos con amor en las palabras y en las obras? ¿He sofocado mis aversiones particulares, mostrando distinguido aprecio á los que no simpatizan conmigo? ¿He juzgado á otros? ¿Excuso sus faltas? ¿Tengo gran aprecio de todos?

10. *De la mortificación.* — ¿Me he mortificado en las ocasiones que Dios me envía ó me vienen de los hombres, llevándolas bien? ¿He combatido las faltas que me impiden hacer bien las obras ordinarias? ¿He sido modesto en la vista y en la lengua? ¿Me he mortificado no preguntando lo que no me importaba, no viendo alguna cosa curiosa? En la comida, en el estudio y en otras ocupaciones semejantes, ¿he reprimido mi ansiedad, haciéndolo todo por Dios?

11. *De la abstinencia.* — ¿He comido antes de la hora debida? ¿Más de lo que pide la tem-

planza? ¿Con mucha prisa? ¿Sin modestia? ¿Dejándome llevar de la gula? ¿He combatido los pensamientos de este vicio?

12. *De la paciencia.* — ¿He mostrado impaciencia en las palabras? ¿En las obras? ¿En el semblante? ¿O he reprimido los movimientos contrarios? ¿Me he indignado? ¿He deseado vengarme? ¿He visto la mano de Dios en todo lo que se me ofrece? ¿Cuántos actos de paciencia he practicado hoy por la mañana y por la noche?

13. *De la obediencia.* — ¿Cumplimos con prontitud lo que nos manda ó indica el superior? ¿Con gran voluntad? ¿Cautivamos nuestro juicio sin murmurar ni aun en lo interior? ¿Sin buscar otras razones que el ser aquello la voluntad de Dios? ¿Tenemos en cumplirla todo nuestro gusto?

14. *De la castidad.* — ¿Somos recatados y puros en la vista? ¿En lo que oímos y en lo que hablamos? ¿Desechamos con prontitud los malos pensamientos? ¿Tocamos á otra persona sin necesidad ó por ligereza? ¿Con nosotros mismos somos recatados y modestos?

15. *Sobre las obras ordinarias que practicamos diariamente.* — ¿Omitimos nuestros ejercicios de piedad sin suficiente motivo? ¿Hacemos la oración y los exámenes con fervor y diligencia, ó por costumbre? ¿La Misa, el Rosario, la lección espiritual, las penitencias y las obliga-

ciones de nuestro oficio? ¿Cometemos de propósito alguna falta? ¿Hacemos caso de cosas pequeñas?

16. *Sobre el hacer todas las cosas por Dios.* — Nuestras obras, ¿las hacemos por respetos humanos? ¿Las referimos á la gloria de Dios? ¿Al despertar en la mañana? ¿Al principio de cada obra ó durante ella? ¿Las practicamos como quien sirve á Dios y no á los hombres, gozándonos en cumplir la voluntad divina?

17. *De la conformidad con la voluntad de Dios.* — Todo lo que se me ofrece, grande y pequeño, y venga de donde viniere, ¿lo tomo como venido de la mano de Dios, con paciencia, con prontitud, con gozo y alegría? ¿He dejado de hacer alguna cosa que entiendo que es la voluntad de Dios?

18. Debemos escoger para el examen particular la virtud de que más necesidad tengamos; pero no hemos de cambiar ligeramente la materia escogida mientras no hayamos adquirido lo que pretendemos, ni antes que el vicio contrario esté tan débil y decaído que al asaltarnos podamos luego reprimirlo. Y para no errar en esta materia, consultemos con el confesor.

19. El examen particular se hace de la manera siguiente: Al levantarnos por la mañana, tenemos que proponer guardarnos del defecto que queremos corregir; al medio día, recorde-

mos las faltas cometidas hasta allí, implorando para esto la gracia del Señor; luego nos arrepentimos, pedimos perdón y proponemos la enmienda. De noche, antes de acostarnos, repetimos el examen en los mismos términos que al medio día, renovando nuestro dolor y propósito. Podemos comparar la tarde con la mañana, el día de hoy con el de ayer, y la presente semana con las anteriores, para humillarnos con el descuido y flojedad con que servimos al Señor.

20. Lo más importante en este examen, lo mismo que en el general, es el arrepentimiento y dolor de nuestras faltas y el propósito de la enmienda; pues poco nos aprovechará el examinarlas si no procuramos corregirlas, y en este dolor y propósito debemos emplear la mayor parte del tiempo que destinamos al examen, que puede ser un cuarto de hora.

21. Para que el examen sea más eficaz y abundante en frutos, añadámosle algunas penitencias corporales por nuestras faltas, como lo hacían los santos, y con lo cual el Señor más pronto y fácilmente oirá nuestros ruegos.

§ IV

22. El examen general de la conciencia contiene cinco puntos. Primero, dar gracias á Dios

por sus beneficios; segundo, pedirle su gracia para conocer nuestras faltas; tercero, examinarnos en pensamientos, palabras y obras; cuarto, arrepentirnos y pedir á Dios perdón de nuestras faltas; quinto, proponer la enmienda con su gracia y concluir con un Padrenuestro.

23. Este examen se hace juntamente con el particular; por la mañana, ofreciendo todas las obras de aquel día á mayor gloria de Dios y proponiendo no ofenderle en nada. Lo mismo se practica al medio día y por la noche; debiendo advertirse en este examen lo mismo que dijimos hablando del particular: que toda su eficacia consiste en el dolor y confusión de nuestras faltas y en el propósito de la enmienda.

24. Notemos, por último, que al examinar nuestra conciencia no veamos solamente nuestras faltas, sino mucho más su raíz, procurando conocer las causas y ocasiones que tuvimos, para preveniros y guardarnos de ellas y no caer en adelante.

25. El examen de la conciencia no debe practicarse por costumbre, sino por verdadero deseo de aprovechar y de poner en práctica con su auxilio todos los otros medios y avisos que se refieren al provecho espiritual de nuestras almas.

CAPÍTULO III

De la claridad de conciencia que se ha de tener con el director espiritual. — Importancia y necesidad de esta claridad. Grandes bienes que trae consigo.

§ I

Los Padres antiguos, — dice Casiano, — mandaban que las personas que entrasen en el servicio de Dios descubrieran desde luego á los superiores sus tentaciones y malos pensamientos y todo lo que pasase en su alma, y nada más racional que tal disposición, porque teniendo los superiores que dirigir la conciencia de sus súbditos, debían conocerlos; y esto, ¿cómo conseguirlo si los súbditos no manifiestan su interior?» Por lo cual dijo el Sabio: «Quien encubre sus pecados no podrá ser dirigido¹.» La Medicina no cura lo que no conoce; es por lo mismo indispensable manifestar todas las enfermedades del espíritu á nuestro director, que es el médico que Dios nos ha dado para curar nuestras almas. Sin esa manifestación, sus medicinas podrían acaso más bien dañarnos que sernos de provecho.

2. Cuanto más nos conociere el director es-

¹ *Prov.*, XXVIII, 13.

piritual, más acertada será su dirección. Conociendo en particular nuestras miserias, las inclinaciones que tenemos, las faltas cometidas y la mucha ó poca virtud que tengamos al presente, nos tratará con mayor cuidado y alejará de nosotros ciertos inconvenientes ó peligros que pudieran sernos muy funestos, los cuales no habrían llamado su atención si no hubiera tenido un conocimiento muy exacto y minucioso de nuestra conciencia. Tal conocimiento servirá también para que no nos mande sino aquello que podamos cumplir en provecho del alma, y para que tengan en cuenta al mandar, no sólo las circunstancias que acaso nos rodearen, sino principalmente las muy particulares y secretas de cada uno.

3. Una vez dada entera cuenta de nosotros mismos al director espiritual, si él en seguida nos manda alguna cosa, la cumpliremos llenos de paz y de consuelo; tengamos gran confianza en que Dios nos ha de ayudar y llevar felizmente en todas nuestras obras. Por el contrario, si no hemos revelado nuestro corazón con la sencillez y la sinceridad de un niño, ¿cómo no temer un peligro en lo mismo que se nos manda? Y las faltas y demás inconvenientes que ocurran en nuestra conducta, ¿cómo no atribuir las á ese silencio tan perjudicial con que acaso ha sellado nuestros labios la vergüenza ó algún otro motivo nada honroso?

§ II

4. Muchas son las ventajas que trae consigo la claridad de la conciencia; entre otras, notemos siquiera las siguientes: Es gran consuelo tener un amigo fiel á quien podamos descubrir enteramente nuestro corazón. El amigo fiel es una defensa poderosa; quien le halla, ha encontrado un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel, ni hay peso de oro ni plata que sea digno de compararse con la sinceridad de su fe; él es un bálsamo de vida y de inmortalidad para nuestras almas¹. Pues el director espiritual es ese fiel amigo, que está llamado á hacernos todo bien; lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de nuestras almas, hará todo esfuerzo por conducirnos al Señor, será para nosotros un padre amoroso, un hermano afable y compasivo; sus entrañas serán más tiernas que de madre; tomará sobre sí, como si fueran propias, nuestras miserias y dolencias. Pues he aquí ahora el consejo del Señor: « Si hallamos semejante amigo, acudamos á él, frecuentemos su casa, consultando y comunicando con él todos nuestros negocios². » En él hallaremos

¹ Eccl., VI, 14, 16.

² Idem, vers. 36.

el consuelo, el consejo y el remedio que necesitemos, como lo halla el enfermo al declarar sus dolencias al buen médico que lo ha de curar.

5. Si aun las artes mecánicas, tan humildes de por sí, no se aprenden con exactitud si no es siguiendo la dirección del maestro y sujetándose á la enseñanza, la ciencia del espíritu, tan elevada y oculta que, no sólo no se la ve con los ojos del cuerpo, sino que aun se escapa á los del alma cuando ésta no tiene una gran pureza y un fondo de rectitud muy grande, ¿podremos aprenderla sin la enseñanza del director espiritual? Y las ventajas de tal enseñanza las conoceremos reflexionando sobre qué materias se nos ha de dar; la oración, el modo con que en ella nos debemos portar y el fruto que de ella hemos de sacar; el recogimiento de los sentidos, el asunto de la lección espiritual, nuestras tentaciones y cómo las habemos de resistir; el ejercicio de la obediencia, la humildad y las demás virtudes. Sin duda que con sólo saber que hemos de dar cuenta de lo dicho andaremos en todo con mayor diligencia y cuidado.

6. Otra gran ventaja que trae consigo la claridad de la conciencia, es la mayor facilidad para vencer las tentaciones; pues ya el demonio no pelea solamente con nosotros, tal vez inexpertos en los combates del espíritu, y de ordinario halagados por el placer, turbados por la niebla que produce en el alma la tentación, é in-

clinados á sucumbir bajo el peso de nuestra miseria. El director espiritual, fuera de todo riesgo, en el sosiego de la paz y con la luz del cielo, ve nuestros peligros, nos da la mano, y al mismo tiempo que nos inspira aliento y firmeza, ó nos sostiene para que no caigamos, ó nos levanta si acaso hemos caído. Pero si no le hemos confiado los secretos de nuestra alma con toda claridad y sencillez, si en realidad estamos solos con nosotros mismos, muy triste será nuestra suerte. « ¡ Ay del solo ! que no tiene quien le ayude para que no caiga, ni quien le dé la mano para levantarse ¹. »

7. San Macario se encontró una vez con el demonio, al cual preguntó cómo le iba con los monjes. El demonio le respondió que muy mal, pues que ellos descubrían todos sus pensamientos al superior; « pero uno de esos monjes, — añadió, — es grande amigo mio, lo tengo en mi mano y hago de él lo que quiero. » San Macario, informado del nombre de ese monje, pasó con él á examinar su conducta, y encontró que no daba cuenta de sus tentaciones al director espiritual ni se regia por lo que éste le mandaba. El Santo le exhortó á no fiarse de su propio juicio y á manifestar su conciencia con toda claridad. Y volviendo á ver al demonio, le preguntó cómo le iba entonces con aquel

¹ Ecl., IV, 10.

monje su amigo. « Ya no es mi amigo, — respondió el demonio, — sino mi enemigo. » Y en efecto, era ya su enemigo, pues declarando su conciencia al superior, éste lo llevaba con acierto por el buen camino.

8. Muy agradable es al Señor la humildad de aquel que revela al director sus tentaciones y caídas para obtener el remedio; y sucede muchas veces que basta tal declaración para que las tentaciones huyan de nosotros. « Id y presentaos á los sacerdotes, — dijo Jesucristo á los diez leprosos. » Y sucedió que antes de llegar á presentarse quedaron limpios. Así también suele acontecer que, estando resueltos á declarar nuestras tentaciones al director, el Señor premia nuestra humildad dándonos la paz de la conciencia y la victoria en los combates.

CAPÍTULO IV

Dificultades que ofrece la claridad de la conciencia. — Su resolución.

§ I

MUCHAS personas saben perfectamente los remedios que hay para combatir las tentaciones, lo mismo que conocen cuál debe ser la dirección de las almas en los diferentes grados de

virtud, y los medios que conviene emplear para volverlas al buen camino si de él se han extraviado. Tales personas, ¿por qué razón deben manifestar al director espiritual con toda claridad el estado de su conciencia? Porque ninguno es buen juez en sus propios negocios. Además, las tentaciones ciegan los ojos del alma, y ésta no atina con el remedio que entonces le conviene: ellas la enflaquecen é inclinan al pecado. En tales circunstancias, un consejo, una palabra del director, le vuelven la vista y son como rayos de luz que la iluminan, como una fuerza que la alienta y vigoriza, como un panal de miel que la llena de dulzura, y como anuncio, en fin, de vida y esperanza que la alegra y la inunda de consuelo.

2. Cuando San Doroteo quería manifestar al superior las tentaciones que le molestaban, le ocurría esta otra: « Ya sé lo que me ha de decir; ¿para qué molestar al superior? » Pero el Santo se indignaba contra su propio juicio, y decía: « Apártate de mí, Satanás; anatema y maldición sobre ti. » Luego iba con el superior para decirle todo lo que pasaba, y aquél tal vez le contestaba lo que el Santo había pensado, y con tal respuesta volvía la tentación. San Doroteo decía entonces: « Ahora es bueno el remedio, ahora es del Espíritu Santo; cuando salía de mí, era sospechoso y no podía yo tenerle por seguro. »

3. Tal vez las cosas que nos ocurren son de poca monta, y algún secreto amor propio nos está inclinando á callarlas, diciéndonos que es vergüenza ir al director no llevándole otra cosa. He aquí la respuesta á lo que hemos dicho: Tratamos de perfección, y por lo mismo no hay que aguardar que sea grave ni de obligación lo que tengamos que comunicar al director, sino que hemos de atender á lo que fuere mejor y más perfecto. Además, muchas veces las faltas no son tan leves; mas la vergüenza y repugnancia que sentimos en decirlas son las que quieren persuadirnos á que no son nada, y por lo mismo, la sola vergüenza y repugnancia deben bastarnos para desconfiar y hacernos entender que conviene decir aquellas faltas. Por lo demás, no olvidemos que está escrito: « Toda iniquidad cerrará su boca ¹. »

4. Las faltas pequeñas suelen aumentarse, y por lo mismo, mejor es manifestarlas desde el principio, pues entonces fácil es el remedio, y después acaso no lo sea.

5. Si acudimos con frecuencia al director, podremos cansarlo y llegar á fastidiarlo, y á fin de evitar este mal, sólo rara vez trataremos con él los negocios de nuestra alma. Este es un engaño que nos ciega y un agravio que hacemos á nuestro director, que animado del deseo de

¹ Psalm. CVI, 42

nuestro bien espiritual no sólo habrá de llevar con paciencia, sino también con agrado, semejantes molestias, pues así lo pide la gloria del Señor y el bien de las almas que él dirige.

6. El abad Serapión, de joven era muy tentado de gula: todos los días después de la comida escondía un panecillo, que se comía él en la tarde sin que nadie lo supiese; pero después le remordía la conciencia por aquella falta, y, sin embargo, diariamente volvía á cometerla y no se atrevía á declararla al superior; cuando al fin lo hizo, salió de su seno como un fuego que llenó toda la celda de un hedor infernal y abominable; el abad Teonas, que era su superior, le dijo entonces: « El demonio ha huido de ti en virtud de tu confesión, pues no pudo sufrir que manifestasen sus enredos, y así no temas que venga otra vez á molestarte. » Lo cual así sucedió, pues ya nunca tuvo Serapión en toda su vida aquella molestia.

7. Muchas veces quisiéramos dejar de declararnos con el director espiritual por el trabajo y la dificultad que en esto sentimos; pero pongamos la mano en nuestra conciencia y conoceremos que al ocultar nuestras faltas son mayores las molestias que padecemos. ¡ Oh, cuántas congojas y remordimientos y sobresaltos nos afligen entonces !

§ II

8. La conciencia por una parte nos remuerde, y por otra el amor propio quiere acallar la voz de la conciencia; quisiéramos declararnos para tener descanso, y no nos determinamos porque la vergüenza nos detiene, la turbación nos atormenta y una penosa y triste inquietud se apodera de nosotros. ¿ Queremos la paz y serenidad de la conciencia? Pues no seamos pusilánimes; rompamos nuestro funesto silencio declarando al director con sencillez y claridad todas nuestras faltas, y nos vendrán la luz, el descanso, el consuelo que habíamos perdido, y ya entonces no tendremos que decir estas palabras: « Por no haber confesado mi pecado, por una detestable vergüenza, vi aumentarse mi desdicha y consumirse mis huesos ¹. »

9. Si descubrimos nuestras faltas con toda claridad al director espiritual, perderemos el buen concepto que con él teníamos y ya no nos tratará con el cariño de antes. Con lo siguiente queda tal dificultad desvanecida. Perdemos nuestro buen concepto con el director, y en general con todos los superiores, cuando no procedemos con claridad y franqueza, porque en

¹ Psa/m. XXXI, 3.

tal caso sospecharán de nosotros muchas faltas, pues no saben si como encubrimos una culpa encubrimos otras. La claridad y franqueza, por el contrario, descubriendo humildad y vencimiento de nuestras pasiones, manifiestan que nada ocultamos en nuestro interior.

10. Cuando conoce el director que le hablamos con claridad sin ocultarle cosa alguna, descubre nuestro amor, sabe entonces que lo estimamos como á padre y que le tenemos en lugar de Dios, pues así nos entregamos en sus manos; esto le roba el corazón y le obliga á amarnos con especial afecto; mas si él observa nuestro silencio, ni podrá conocer aquel amor ni la estimación que de él hacemos, y esto sin duda resfriará su cariño.

11. Por grandes y vergonzosas que sean las tentaciones que nos acometen, no perderemos nuestro buen concepto con descubrirlas á quien es debido; porque está escrito: «Hijo, al entrar al servicio de Dios... prepara tu alma para la tentación¹.» Así que no es extraño que vengan. No perderemos nada con descubrirle esas nuestras faltas, porque de hombres es caer; somos de barro, y el director conoce por sí mismo la humana flaqueza; él es lo mismo que nosotros, de una misma masa, ni tiene que espantarse por las ajenas faltas, sino,

¹ *Eccl.*, II, 1.

al contrario, edificarse de la humildad que mostramos al descubrirlas. Y nuestro deseo de aprovechar y ser remediados debe inclinarlo hacia nosotros; pues si todos procuramos ayudar y consolar á cualquiera que sufre, aunque sea un extraño, ¿qué tendrá que hacer el padre espiritual tratándose del bien de sus hijos? Por lo demás, para evitar una vergüenza de funestas consecuencias recordemos estas palabras: Hay una confusión que trae consigo pecado, y ésta es la que nos hace ocultar nuestras faltas; y hay otra que trae consigo gracia y gloria, y ésta es aquella que nos hace decirlas¹.

12. El no declararnos con la debida franqueza es un triste indicio de no querer la enmienda, y revela muy poca humildad en nosotros; pues esta virtud no sólo hace que conozcamos nuestra vileza y nos tengamos en poco, sino además nos colma de alegría cuando los otros conocen lo que somos y nos desprecian.

13. Derrama tu corazón como el agua delante del Señor². Esta comparación de los libros santos declara bien la manera con que debemos manifestar nuestra conciencia. Cuando se derrama un vaso de aceite ó de miel, algo se queda en el vaso; y si es de vino ó de

¹ *Eccl.*, IV, 25.

² *Jer.*, II, 9.

vinagre, queda á lo menos el olor; mas no teniendo sino agua, no queda ni olor, ni sabor, ni cosa alguna. Pues de esta manera hemos de declararnos al director de nuestra conciencia, manifestando enteramente el alma, sin ocultar cosa alguna en que hayamos ofendido al Señor, y sobre todo los principales defectos, y no sólo lo presente, sino también lo pasado, para que así se nos conozca y gobierne con mejor acierto y quedemos nosotros con más tranquilidad.

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto. — Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad. — Ejemplos.

§ I

JESUCRISTO descendió del cielo, no para hacer su voluntad, sino la del Padre, que lo envió. El mismo Jesucristo nos enseñó que pidiéramos al Padre que se hiciese su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Y en el Huerto dijo á su Padre: « Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. »

2. El ejemplo y la doctrina del divino Maestro, según estamos viendo, nos manifiestan que debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios.

3. La perfección cristiana consiste en el amor de Dios; y cuanto más amemos al Señor, seremos más perfectos. Ahora bien: lo más

vinagre, queda á lo menos el olor; mas no teniendo sino agua, no queda ni olor, ni sabor, ni cosa alguna. Pues de esta manera hemos de declararnos al director de nuestra conciencia, manifestando enteramente el alma, sin ocultar cosa alguna en que hayamos ofendido al Señor, y sobre todo los principales defectos, y no sólo lo presente, sino también lo pasado, para que así se nos conozca y gobierne con mejor acierto y quedemos nosotros con más tranquilidad.

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto. — Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad. — Ejemplos.

§ I

JESUCRISTO descendió del cielo, no para hacer su voluntad, sino la del Padre, que lo envió. El mismo Jesucristo nos enseñó que pidiéramos al Padre que se hiciese su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Y en el Huerto dijo á su Padre: « Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. »

2. El ejemplo y la doctrina del divino Maestro, según estamos viendo, nos manifiestan que debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios.

3. La perfección cristiana consiste en el amor de Dios; y cuanto más amemos al Señor, seremos más perfectos. Ahora bien: lo más

elevado y puro de ese amor es la conformidad de que tratamos; porque el tener un mismo querer y no querer con el amado, constituye la verdadera amistad, y por lo mismo, tal conformidad trae consigo la perfección y el amor de Dios; y cuanto más conforme estuviere nuestra voluntad con la de Dios, será más perfecto aquel amor.

4. Ninguna cosa, fuera del pecado, sucede en el mundo sino por voluntad del Señor. Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, las manda el Señor¹. Ni aun un pájaro cae en el lazo sin la voluntad del Padre celestial. Las suertes se ponen en la urna, pero el Señor dispone de ellas².

5. Veamos, pues, todas las cosas como venidas de la mano del Señor, sin atender á que nos lleguen por mano de los hombres ó de otras criaturas; así dejaremos de irritarnos con éstas, reflexionando que Dios las manda. El perro muerde la piedra que lo ha herido, pero no ve la mano que se la ha tirado; mas nosotros pensemos en Dios que quiere castigarnos y afligirnos por medio de las criaturas, no atendiendo á la malicia de éstas, sino solamente á la voluntad de Dios. — David decía de Semei: «Dejadlo, que el Señor le mandó que me mal-

¹ *Ecl.*, XI.

² *Prov.*, XVI.

dijese. ¿Quién hay que se atreva á preguntar por qué lo ha hecho así?» Esto es, lo ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme. — Job, en medio de sus padecimientos, decía también: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: ¡bendito sea su santo nombre!» No dijo: Lo que el Señor me dió, me lo ha quitado el demonio; mas todo lo atribuyó luego al Señor, porque el demonio no puede hacer sino lo que Dios le permite.

6. Grandes son los bienes que consigo trae la conformidad con la voluntad de Dios. Es el primero la paz del alma, porque quien en todo se conforma con el divino querer se pone en las manos de Dios como un poco de barro, y ya no desea ni procura otra cosa sino que en él se cumpla la divina voluntad en lo próspero y adverso, en lo triste y en lo alegre, y está igualmente dispuesto á recibir de manos del Señor el trabajo y el descanso, el consuelo y el dolor, bendiciendo á Dios por todo. ¿Qué cosa, pues, podrá turbar la paz del que así se conforma con la voluntad de Dios?

7. Nuestra propia voluntad y las malas inclinaciones no nos dejan conformarnos con la voluntad de Dios; y por esto, cuanto más nos hayamos aventajado en esa conformidad, tanto más habremos adelantado en el vencimiento

¹ *II Reg.*, XVI.

de esas inclinaciones y en el ejercicio de todas las virtudes.

8. Conformando nuestra voluntad con la de Dios, ofrecemos á su divina Majestad el más agradable sacrificio, pues en las otras mortificaciones le damos, por decirlo así, parte de nosotros mismos; verbigracia: en la modestia, en la templanza, en la paciencia; pero al conformarnos con su voluntad le ofrecemos un holocausto perfecto para que Dios haga de nosotros lo que quisiere, cuándo y como quisiere, sin exceptuar ni reservar cosa alguna.

9. Y debemos hacerlo así para agradar á Dios; porque si nosotros, miserables criaturas, no nos contentamos sino con poseer á Dios enteramente, ¿su divina Majestad quedará contento de nosotros, si sólo le damos una parte de un corazón tan pequeño y miserable como el nuestro?

10. Si recibimos todas las cosas como venidas de la mano del Señor y nos conformamos del todo con su divino querer, obtendremos gran felicidad en este mundo, viviendo en un gozo y alegría continua, y nada habrá que nos turbe y acongoje, pues los mismos trabajos y pesares se convierten luego en consuelos y delicias, porque en ellos vemos la santa voluntad de Dios, que tanto amamos, y que queremos se cumpla en nosotros.

11. He aquí el secreto de la alegría que los

santos han gozado en este mundo: padecieron grandes trabajos, enfermedades y aflicciones, pero estaban enteramente conformes con la voluntad de Dios, y en cumplirla tenían todo su gozo. «Ningún acontecimiento podrá contristar al justo», — nos dijo Salomón¹.

§ II

12. Bienaventurados los pacíficos, dijo el Señor, porque serán llamados hijos de Dios, porque no hay en ellos cosa que resista ni contradiga á la divina voluntad; y esto es lo que alcanzamos al conformarnos con el divino querer: quitamos esas resistencias y contradicciones que siempre nos inquietan, y afianzamos en nuestra alma aquella paz de Dios, cuyas santas delicias exceden todo sentido.

13. Los que conforman su voluntad con la divina, participan de la inmutabilidad y firmeza de ella, pues nadie puede quitarles el objeto de su amor. No sucede lo mismo si ponemos el corazón en las criaturas, pues entonces nos mudamos con ellas y nunca obtenemos la paz. «De hoy en adelante no serviré jamás á señor que se pueda morir», — decía San

¹ Prov., XII.

Francisco de Borja al ver el cadáver de la reina Isabel. » Y si nosotros no queremos sufrir con la pérdida de los objetos amados, amemos sólo á Dios, que nunca muere, y siempre estaremos contentos.

14. Un santo andaba siempre riéndose; y preguntándosele por qué motivo, contestó: « Porque nadie puede quitarme á Dios. » Gocémos también nosotros en el Señor según el consejo de David, no en los bienes temporales, ni en la ciencia ni en la estimación del mundo, sino en cumplir la voluntad de Dios, pues sólo ella nos da verdadero contento. Todo lo demás fuera de Dios, puede ocupar el alma, pero no llenarla; excitar el hambre, pero no satisfacerla. « El avaro no se llenará con el dinero, — dice el Espíritu Santo ¹, — porque las riquezas no son el alimento natural del alma, como no lo es el viento para el cuerpo; aquellas podrán hincharnos, pero no sustentarnos; porque el pan del alma es la justicia, y sólo los que tienen hambre de ésta quedarán satisfechos. » Nos crió el Señor para gozarlo, y sólo con su posesión seremos dichosos.

15. Si nos conformamos con la voluntad de Dios, haremos siempre nuestra propia voluntad, pues que entonces deseamos y queremos lo mismo que Dios quiere.

¹ Eccl., V.

16. Los mundanos, por ganancias temporales hacen como suya la voluntad ajena; pues ¿qué mucho que hagamos nosotros por conseguir la gloria lo que ellos hacen por alcanzar una corona corruptible?

17. ¿Qué grande sería nuestro contento si al fin llegásemos á hacer nuestra la voluntad de Dios, y quisiéramos en todas las cosas lo mismo que Dios quiere!

18. Mucho agrada á Dios nuestro Señor que nos conformemos con su santa voluntad; por esto, cuando así lo hacemos, nos colma de favores. El mismo Señor dijo á Santa Gertrudis: « Cualquiera que desee que yo venga libremente á morar en él, me ha de entregar la llave de su propia voluntad, y no volvérmela más á pedir. »

19. Esta conformidad nos dispone además para recibir los favores de Dios, porque quita de nuestra alma las malas aficiones y deseos que pudieran impedirlos, y obliga á Dios á que mire por nosotros y nos socorra, supuesto que nos hemos entregado en sus manos para cumplir en todo su santa voluntad.

20. Las virtudes se adquieren con el ejercicio de sus actos, y conformándonos con la voluntad de Dios tendremos sin duda alguna que ejercitar todas las virtudes, y así vendremos á adquirirlas todas; unas veces se nos ofrecerán ocasiones de humildad, otras de pobre-

za, ó de paciencia ó de obediencia, y así de otras virtudes.

21. Tengamos, pues, siempre en el corazón y en los labios esta palabra de San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Palabra breve pero llena, y que todo lo comprende.

22. La conformidad con la voluntad de Dios sirvenos también para vencer las tentaciones. A veces imaginamos que otro nos injuria, ó que sucede tal y cual cosa que nos desagrada, y nos preguntamos: ¿qué responderíamos ó qué haríamos en tales circunstancias? Podemos contestar que lo que fuese voluntad de Dios, y que haríamos lo que Dios quisiese, remitiéndonos en todo á su santa voluntad.

23. Ejemplo. Refiere Cesáreo de un monje que hacía muchísimos milagros sin que resplandeciese en él ninguna virtud singular; su abad le llamó y le preguntó por qué causa le había concedido el Señor el don de los milagros; el monje contestó que no lo sabía; pero que por su parte sólo podría decirle que en todos los acontecimientos guardaba la paz, recibéndolos con igual acción de gracias y conformándose siempre con la divina voluntad.

24. Un teólogo preguntó á un pobre que llevaba una vida muy santa, cómo había adquirido la perfección; éste le respondió: «Procuré unirme y conformarme con la voluntad de Dios de tal suerte, que cuanto Dios quiere lo quiero

yo; si el hambre me fatiga ó el frío me molesta, alabo á Dios; si el tiempo está sereno ó tempestuoso, alabo á Dios; lo que El me da ó permite que me venga, próspero ó adverso, dulce ó amargo, lo recibo de su mano con grande alegría como cosa muy buena y resignado todo en El con humildad, sin hallar descanso sino en su santa voluntad.»

25. Muchas personas se encomendaban á las oraciones de Santa Gertrudis; pero á veces la Santa se olvidaba de pedir á Dios por ellas, y con todo venian á darle las gracias por los favores recibidos: la Santa se confundía por esto, y una vez se quejó amorosamente con el Señor, y su divina Majestad le dijo: «El día que me diste tu voluntad, te di yo la mía; y aunque no me pidas nada particularmente, sé lo que quisieras de mí, y por esto lo hago.»

26. Un labrador recogía siempre abundantes cosechas de sus campos, lo cual no lograban sus compañeros; y preguntádosele por la causa de esto, respondió: «Yo nunca quiero otro tiempo sino el que Dios quiere; y como siempre quiero que se cumpla su santa voluntad, el Señor me da los frutos como yo los quiero.»

CAPÍTULO II

De la confianza filial que debemos tener en la divina Providencia. — Conformidad con la voluntad del Señor. — Ejemplos.

EL Señor, — decía David, — nos ha cubierto por todos lados con su benevolencia como con un escudo impenetrable ¹. » « Me tuvo escondido en su tabernáculo, — decía también, — y en los días aciagos me puso á cubierto en lo más recóndito de su pabellón ². » ¡Oh! Si acabásemos de conocer cuán tierna y amorosa es la providencia que el Señor tiene de nosotros, sin duda que pondríamos en El toda nuestra confianza y siempre andaríamos llenos de consuelo. El hijo de un padre muy rico y favorecido del rey, seguro está de que en todos sus negocios su padre le ha de proteger; pues ¿con cuánta mayor razón debemos nosotros confiar en aquel Padre en cuyas manos está el poder del cielo y de la tierra, y sin cuya voluntad nada nos puede suceder? En comparación de este amorosísimo Padre no merecen los otros lla-

¹ Psalm. V.

² Idem XXVI.

marse padres, porque no hay entrañas tan llenas de amor y de ternura como las de Dios. Estemos, pues, seguros que cuanto nos enviare será por nuestro bien, porque el amor que nos tiene en su unigénito Hijo no le dejará que haga otra cosa sino colmarnos de santas bendiciones y gracias celestiales.

2. « El Señor me ha tomado por su cuenta, y nada me faltará. Yo, en verdad, soy un mendigo; pero el Señor anda solícito y cuidadoso de mí ¹. » ¿Quién no se consolará ó dejará de derretirse en amor de Dios? Vos, Dios mío, tenéis tanto cuidado de mí como si no hubiera en el cielo ni en la tierra otra criatura objeto de vuestros cuidados.

3. Lo dicho debe imprimirnos una confianza sin límites en Dios nuestro Señor, porque no hay padre ni madre tan tiernos y amorosos como lo es su divina Majestad. Nos trae en sus manos, nos lleva en su seno y no nos puede olvidar un solo instante.

4. Los santos, que estaban penetrados de estos sentimientos, en medio de sus trabajos y peligros vivían siempre alegres y seguros, porque sabían que sin la voluntad de Dios nadie podría tocarles. Los demonios se aparecían á San Antonio Abad en figura de espantosos animales, amenazándole y procurando intimidar-

¹ Psalm. XXXIX.

le; pero el Santo se burlaba de ellos, diciendo: « Dios os ha quitado las fuerzas, y por esto os juntáis mucha canalla para poder intimidarme. Si el Señor os da poder sobre mí, despedazadme; pero si no, ¿ para qué trabajáis inútilmente? »

5. El Señor dijo á Santa Gertrudis: « La segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero ayudarle fielmente en todas las cosas, me atraviesa el corazón y hace tanta fuerza á mi piedad, que en cierta manera no puedo favorecerlo por el contento que recibo al verle colgado de mí, y por aumentar su mérito; ni dejar de favorecerle por ser yo quien soy y por lo mucho que lo amo. » Y á Santa Matilde dijo el Señor: « Mucho contento me da que los hombres confíen en mi bondad, y yo favoreceré en esta vida, y en la otra haré más bien que el que merece al que pusiere en mí toda su confianza. »

6. Veamos, pues, todo lo que nos pase como venido de la mano del Señor; tal es la enseñanza que nos dan los libros santos. ¿ Qué es lo que Dios ha hecho con nosotros? Así se expresaban los hermanos de José que volvían á su tierra cuando encontraron el dinero en los sacos de trigo que traían de Egipto.

7. El mismo José hablaba en estos términos á sus hermanos: « No queráis temer por haberme vendido para estas regiones, pues por vues-

tro bien dispuso Dios que viniese yo antes que vosotros á Egipto... No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios ¹. »

8. Cuando se perdieron las pollinas de Cis, fué enviado Saúl á buscarlas; y no sucedió sin la voluntad de Dios aquella pérdida, y el que fuese enviado Saúl y no las encontrase, y el consejo que le dió su compañero de ir á preguntar por ellas á Samuel, pues todo eso tuvo lugar para que el mismo Saúl fuese ungido rey de Israel. « Mañana te enviaré al que has de ungir por Rey », — dijo Dios á Samuel ².

9. Saúl tenía una vez sitiado á David de tal manera, que en lo humano no tenía éste salida; pero vino un correo avisando que los filisteos habían penetrado en las tierras de Israel, y Saúl tuvo que acudir á la defensa, y David quedó libre.

10. Estos y otros ejemplos, y los que experimentamos cada día, han de ir aumentando y fortaleciendo en nosotros la filial confianza que tenemos en Dios; y cuanto mayor sea ésta más seguros estaremos, y sólo con ella tendremos verdadera paz y reposo de corazón.

11. ¡ Oh Señor! Vos me amasteis hasta entregaros por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisieran; ¿ qué

¹ Gén., XLV.

² I Reg., IX.

mucho que yo me ponga enteramente en vuestras manos, no crueles, sino piadosísimas, para que hagáis de mí lo que quisieréis?

12. Dijo el Señor á Santa Catalina de Sena: «Olvidate de ti para acordarte de mí, y yo pensaré siempre en ti, y tendré cuidado de todas tus cosas.» Hagámoslo así nosotros, y veremos que el Señor nos cuida con tierna y muy amorosa providencia, y que nos acompaña en todos los caminos de la vida, y en nuestros peligros está con nosotros para defendernos.

13. Para gozar los favores de la providencia del Señor nos es muy necesaria la conformidad con su voluntad, principalmente en las adversidades y cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne. En tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las gracias que les hace, y en tiempo de guerra los soldados descubren el amor que tienen á su rey, peleando y muriendo por él. Tobías, después de grandes trabajos, perdió la vista, pero no la felicidad ni la obediencia, pues antes daba gracias al Señor lleno de paz y de consuelo porque le afligía según su voluntad.

14. Esta conformidad con la voluntad de Dios debemos procurarla, no sólo en general, sino en cosas particulares y muy pequeñas, queriendo antes sufrirlas que ofender á Dios, recibéndolas de buena voluntad por su beneplácito y llevándolas con prontitud y facilidad; y

no sólo esto, mas también alegrándonos mucho con ellas y deseándolas por contentar á Dios. Así los Apóstoles volvían llenos de gozo después de ser azotados, porque habían sido dignos de padecer afrentas por Jesucristo.

15. La voluntad de Dios ha de ser para nosotros tan amada, que nos haga dulces y apetecibles los trabajos y sinsabores que su divina Majestad se digne enviarnos, sin tener otro consuelo que cumplir en todo el divino querer. Y hemos de estar tan resignados en ella, que todo nuestro empeño sea conocerla para cumplirla fielmente.

16. Debemos por lo mismo estar enteramente conformes con los dones del Señor, y no tener tristeza porque otros nos aventajen en el talento y en la honra que se les tributa. Y para evitar la tristeza es indispensable tener mucha humildad, pues de su falta nace todo el sentimiento que tenemos porque otros adelantan y son tan honrados y tienen más inteligencia que nosotros. Nuestros primeros padres desearon tener más de lo que el Señor les dió. «Seréis semejantes á Dios sabiendo el bien y el mal», dijo el demonio á Eva, y cayeron, perdiendo los dones del Señor. «Por esto nosotros debemos pedir al Señor, — dice San Agustín, — que nos dé un corazón desinteresado y fielmente inclinado á cumplir su voluntad.»

17. ¿Sabemos, por ventura, lo que sería

de nosotros si tuviéramos una elevada inteligencia ó si el mundo nos colmase de honras y favores? Si con lo poco que sabemos andamos tan contentos de nosotros mismos y nos preferimos tal vez á los demás, ¿qué sería si el Señor nos hubiera dotado de maravilloso entendimiento? Si conociéramos, pues, los peligros que hay en esas ventajas, daríamos infinitas gracias al Señor por habernos negado lo que acaso sería ocasión de nuestra ruina. ¡Oh si acabásemos de caer en la cuenta de que todo es vanidad sino hacer la voluntad de Dios, y pusiéramos todo nuestro contento en el contento del Señor! Si con menos inteligencia y menos honores agradamos más á Dios, ¿para qué queremos todo eso? Que si para algo lo habríamos de querer sería para agradarle, y si Dios se agrada de que seamos de humilde inteligencia, ¿cómo tener pena si nos la ha negado mayor?

18. Lo mismo que en el teatro, acá en la vida los hombres representan diferentes papeles; y no está el mérito de cada uno en el papel que representa, sino en la perfección con que sabe desempeñar aquel que le ha tocado. Desempeñemos, pues, debidamente el que tenemos y nos ha tocado, y agradaremos más á Dios.

19. También debemos conformarnos con la divina voluntad en las enfermedades que el Señor nos manda, pues son un don de sus divi-

nas manos para probarnos, corregirnos, hacer que conozcamos la vanidad del mundo, despegar nuestro corazón de las criaturas y enflaquecer nuestras pasiones. «Hijo,—decía un antiguo padre á uno de sus discípulos, que estaba enfermo,—no te entristezcas con la enfermedad; antes da muchas gracias á Dios por ella, porque si eres fierro, con el fuego perderás el orin, y si eres oro, con el fuego quedarás probado.»

20. Santa Clara estuvo enferma veintiocho años, y nunca se quejaba de sus males; mas siempre daba gracias al Señor por ellos, y decía: «Desde que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo, por su siervo Francisco, ninguna enfermedad me fué dura, ninguna pena molesta, ninguna penitencia pesada.»—La virgen Ludivina sufrió treinta y ocho años gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores, y daba continuamente gracias al Señor porque se cumplía en ella su santa voluntad.

21. San Crisóstomo dice que mereció más el santo Job en bendecir á Dios y conformarse con su voluntad en sus enfermedades y trabajos, que en las limosnas y bienes que antes había hecho; porque es más perfección llevar con paciencia las enfermedades y trabajos que ocuparse en obras muy buenas; pues Dios no tiene necesidad de nosotros, y si habíamos de desear la salud, era para emplearla en su servicio y agradarle más; pero recibiendo con pacien-

cia la enfermedad y los trabajos, le servimos y agradamos según su voluntad, que es lo mejor y lo que más nos conviene.

22. Si no tenemos quien nos cure, pongamos en Dios nuestra confianza; y si tenemos y sanamos, debemos atribuirlo todo á Dios, que nos volvió la salud por medio de los médicos; y si éstos yerran, tomemos aquel yerro por acierto de Dios, y digamos: El Señor ha sido servido que así sucediese: bendito sea su santo nombre.

23. De esta manera la enfermedad del cuerpo no impide la pureza del corazón, sino antes bien la ayuda llevándola como se debe. Pero no olvidemos que entonces es necesario estar muy prevenidos para no perder el mérito de la paciencia; pues por una parte los dolores y la tristeza, y por otra el demonio, nos incitan á quejarnos demasiado y á mostrarnos delicados é impacientes si no se nos trata con esmero y atención.

24. Aparecióse el Señor á Santa Gertrudis, trayendo en su mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad, y le dijo que escogiera lo que quisiese. La Santa contestó: «Lo que yo deseo de todo corazón es que no miréis mi voluntad, sino que se haga en mi vuestra mayor gloria y contento.»

25. Un enfermo pidió á Santo Tomás Cantuariense que le alcanzase de Dios la salud;

pero después de haberla conseguido, aquel enfermo pidió de nuevo al Santo que le volviese la enfermedad si así le convenía para su salvación, y así sucedió; y el enfermo quedó muy consolado porque ésta era la voluntad del Señor.

26. Un santo monje tenía el don de milagros, y curaba con sólo el tacto de su mano ó con ungir aceite á los enfermos; pero él estaba hidrópico y tan hinchado que no podía salir por la puerta de su celda, donde estuvo hasta su muerte sin entristecerse ni quejarse, y diciendo á sus hermanos: «Rogad á Dios por mi alma, y no cuidéis de mi cuerpo, que cuando estaba sano de nada me servía.»

CAPÍTULO III

De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades. — Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconsoles que tenemos en la oración.

§ I

DEBEMOS conformarnos con la voluntad de Dios, así en la vida como en la muerte. Porque si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor, esto es, para honrarle y darle gloria, cumpliendo en todo su santa voluntad.

2. La muerte nos es muy amarga porque

cia la enfermedad y los trabajos, le servimos y agradamos según su voluntad, que es lo mejor y lo que más nos conviene.

22. Si no tenemos quien nos cure, pongamos en Dios nuestra confianza; y si tenemos y sanamos, debemos atribuirlo todo á Dios, que nos volvió la salud por medio de los médicos; y si éstos yerran, tomemos aquel yerro por acierto de Dios, y digamos: El Señor ha sido servido que así sucediese: bendito sea su santo nombre.

23. De esta manera la enfermedad del cuerpo no impide la pureza del corazón, sino antes bien la ayuda llevándola como se debe. Pero no olvidemos que entonces es necesario estar muy prevenidos para no perder el mérito de la paciencia; pues por una parte los dolores y la tristeza, y por otra el demonio, nos incitan á quejarnos demasiado y á mostrarnos delicados é impacientes si no se nos trata con esmero y atención.

24. Aparecióse el Señor á Santa Gertrudis, trayendo en su mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad, y le dijo que escogiera lo que quisiese. La Santa contestó: «Lo que yo deseo de todo corazón es que no miréis mi voluntad, sino que se haga en mi vuestra mayor gloria y contento.»

25. Un enfermo pidió á Santo Tomás Cantuariense que le alcanzase de Dios la salud;

pero después de haberla conseguido, aquel enfermo pidió de nuevo al Santo que le volviese la enfermedad si así le convenía para su salvación, y así sucedió; y el enfermo quedó muy consolado porque ésta era la voluntad del Señor.

26. Un santo monje tenía el don de milagros, y curaba con sólo el tacto de su mano ó con ungir aceite á los enfermos; pero él estaba hidrópico y tan hinchado que no podía salir por la puerta de su celda, donde estuvo hasta su muerte sin entristecerse ni quejarse, y diciendo á sus hermanos: «Rogad á Dios por mi alma, y no cuidéis de mi cuerpo, que cuando estaba sano de nada me servía.»

CAPÍTULO III

De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades. — Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconsoles que tenemos en la oración.

§ I

DEBEMOS conformarnos con la voluntad de Dios, así en la vida como en la muerte. Porque si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor, esto es, para honrarle y darle gloria, cumpliendo en todo su santa voluntad.

2. La muerte nos es muy amarga porque

estamos muy apegados al mundo: amamos las riquezas, los deleites, los honores, y al pensar que tarde ó temprano tendremos que dejar tan caros objetos, nuestro corazón se llena de tristeza.

3. Nuestra mala conciencia, nuestros muchos pecados son otros motivos por los cuales tememos la muerte. El remedio contra estos temores y amarguras consiste en desapegar el corazón de los bienes de la tierra, reflexionando que no hemos nacido para el mundo, y que nada alcanzariamos con ganar todas las cosas perdiendo nuestras almas. — Debemos también apartarnos del pecado y llorar los que hemos cometido, y nuestra penitencia calmará nuestros temores y endulzará las penas de la vida, y entonces aceptaremos la muerte con una santa conformidad con las órdenes de Dios.

4. Mas pasemos adelante, y veamos cómo la muerte puede ser objeto de nuestros deseos. Podemos, en efecto, desearla por huir los trabajos que trae consigo la vida, porque es mejor la muerte que la vida amarga y trabajosa. Muchos pecan en esto por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden á Dios la muerte con quejas é impaciencias; mas si la pedimos con paz y sujeción: « Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos; bástame lo que he vivido », no será pecado.

5. También podemos desearla por no ver la persecución de la Iglesia y las continuas ofensas que se hacen contra el Señor. Así la deseaba Elías en tiempo de Acáz y Jezabel, quienes destruyeron los altares y dieron muerte á los profetas de Dios.

6. Otro motivo para desear y pedir la muerte, es el vernos libres y seguros del pecado, pues mientras vivimos podemos ofender á Dios; y si por no pecar aún puede desearse no haber nacido, ¿cuánto más podrá morir? Porque peor cosa es el pecado que el no ser, y mejor fuera no ser que haber pecado. Digamos, pues, á Dios: « Señor, no permitáis que yo me aparte jamás de Vos. Si os he de ofender, llevadme antes que esto suceda, que no quiero la vida sino para servirlos; y si no os he de servir con ella, no la quiero. »

7. Y aun por evitar los pecados veniales es bueno desear la muerte, lo mismo que por vernos libres de tantas faltas é imperfecciones, tentaciones y miserias como cada día experimentamos.

8. Una Santa decía que si pudiese escoger alguna cosa escogería la muerte, pues por su medio ya no tendría el peligro de pecar. Y el Padre Maestro Avila añadía que cualquiera que se halle con mediana disposición debe antes desear la muerte que la vida, por el peligro en que se vive y que cesa con la muerte.

9. Pero el motivo de mayor perfección para desear la muerte es por estar con Jesucristo. Cuando el amor que sentimos es tan encendido que creemos no poder vivir sin el Señor, entonces la vida nos causa un santo fastidio y suspiramos por la muerte con un vivo deseo. Gozar de Dios, quedar libres de todos los males de este mundo, conseguir nuestro fin soberano en la preciosa herencia de los hijos de Dios, todos estos bienes alcanzamos por medio de una buena muerte. Por esto los santos suspiraban por ella, y lo mismo debiéramos hacer nosotros.

10. Vivía un leproso en lo interior de un bosque, y estaba cubierto de asquerosas llagas que exhalaban un hedor insoportable; y con todo, estaba lleno de alegría y cantaba con una voz muy dulce. Uno le preguntó cómo podía alegrarse y cantar en medio de tantos dolores, y el leproso le contestó: «Entre Dios mi Señor y yo no hay otro medio que esta pared de lodo y podredumbre; y cuando ésta caiga, iré á gozar de Dios; y como veo que esto se va acercando cada día, porque mi carne se cae á pedazos, estoy muy alegre, y canto porque al morir iré al Señor.»

11. También en los trabajos y diversos acontecimientos, ya de cada uno de nosotros, ya generales, como hambres, guerras, enfermedades, pestes, muertes y otros semejantes,

debemos conformarnos con la voluntad de Dios. Todo esto tenemos que sentirlo como mal de nuestro prójimo; pero en cuanto es voluntad del Señor y ordenado para su mayor gloria y provecho nuestro, podemos conformarnos con su santísima y divina voluntad; y será mayor perfección; no sólo sufrir con paciencia estas cosas, sino amarlas y quererlas en cuanto son su voluntad y beneplácito, como lo hacen los bienaventurados en el cielo, que en todo se conforman con el divino querer; pues querer lo que Dios quiere y por la misma razón y fin porque lo quiere, es siempre muy bueno.

12. Creamos que la bondad y misericordia infinita de Dios no envía ni permite semejantes cosas sino para sacar mayores bienes. Dios quiere llevar al cielo por este camino á muchos que de otra suerte se perderían. ¿Cuántos hay que con los trabajos, las humillaciones ó las enfermedades se vuelven al Señor de todo corazón, y mueren con verdadero dolor de sus pecados, que de otra suerte se condenarían? Por lo mismo, aquellos castigos eran para tales personas grandes misericordias del Señor.

13. El Señor se apareció á Santa Catalina de Sena presentándole una corona de oro y piedras preciosas y otra de espinas, para que escogiera. La Santa le dijo: «Señor, ha mucho tiempo que yo he negado mi voluntad por seguir

la tuya : á mi no me pertenece escoger ; pero si quieres que responda, te digo que en esta vida prefiero á todo lo demás conformarme á tu santísima Pasión, abrazando por tu amor todas las penas para consuelo mío.» Y dicho esto, tomó la corona de espinas y la puso en su cabeza con toda su fuerza.

§ II

14. Para conformarnos con la voluntad de Dios en todos los trabajos de que hablamos, entremos en nuestro propio corazón, recordemos nuestros pecados y consideremos cuán merecidos tenemos por ellos todos esos castigos, menores, con mucho, á lo que hemos merecido. Y si sentimos como debemos el pecado, poco ó nada se sentirá la pena exterior; así como el enfermo que tiene una llaga gangrenada se pone de buena gana en manos del cirujano para que obre y corte por donde le parezca, así nosotros, sintiendo de veras las llagas y enfermedades que nos causó el pecado, también de buena gana recibiremos los trabajos, humillaciones y mortificaciones con que Dios quiera curarnos.

15. Los santos deseaban todo esto para satisfacer al Señor en esta vida más bien que en la otra. «Señor, — le decía San Agustín, — aquí

quemamos y corta, y no me perdones nada en esta vida con tal que me perdones en la otra.»

16. Si conociéramos y ponderáramos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos parecería pequeño; porque, ¿qué deshonoras, qué injurias y desprecios no recibirá de buena voluntad para satisfacer sus pecados quien pensare que por ellos debía estar en los infiernos para siempre jamás ?

17. Los santos atribuían á sus pecados los trabajos que Dios enviaba á su Iglesia, y así se conservaban en la humildad y en el temor de Dios. Imitemos su ejemplo, ya que con más razón podemos creer que nuestras culpas han provocado las iras divinas. Por lo demás, muchas veces castiga Dios á todo un pueblo por el pecado de uno solo. Así castigó á los israelitas por los pecados de Acán y de David.

18. Traigamos, pues, delante de los ojos esta consideración por una parte, y por otra el beneplácito de Dios, y fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que se digne enviarnos. Es Dios quien lo quiere, Dios lo hace, Dios lo envía; venga en hora buena; bendito sea su santo nombre.

19. Debemos asimismo conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos que tengamos que sufrir en la oración, porque á ésta no vamos por consolar-nos, sino por cumplir la voluntad de Dios; y

por esto, si el Señor nos da consuelos, debemos recibirlos con acción de gracias, pues sirven en gran manera para fortalecernos en la virtud, para quebrantar la propia voluntad y vencer nuestros apetitos y pasiones y llevar alegres la cruz del Señor. Pero no debemos parar en ellos ni desearlos por sólo nuestro gusto, que esto sería ya un mal, sino por las ventajas que hemos dicho y por la mayor gloria de Dios. Y tales deseos no deben ser demasiado ardientes, de manera que turben nuestra paz y sosiego, pues mejor que todo es la voluntad de Dios y conformarnos con ella.

20. Lo mismo decimos del don de oración y de la entrada que deseamos tener en ella, y de la quietud interior de nuestras almas; pues muchas veces estamos como una piedra delante del Señor, muy distraídos aun á pesar nuestro, y tan llenos de malos pensamientos que nos parece que no vamos á la oración sino para ser tentados. Muchas veces el Señor prueba á sus escogidos con tales trabajos, y para aprovecharnos de ellos conformémonos con su voluntad, con fortaleza de espíritu, diciendo: «No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.» Que no está la perfección en los consuelos, sino en unir nuestra voluntad con la de Dios.

21. «En todas las cosas que os vinieren, — decía San Pablo, — dad gracias á Dios, porque

ésta es su voluntad¹.» Pues si ésa es la voluntad de Dios, ¿qué más tenemos que desear? Por que la vida es tan sólo para agradarle, y por lo mismo, si El nos lleva por obscura y estrecha vereda, no hay que suspirar por otra luminosa y apacible. Todas las cosas del cielo y de la tierra no son para desear si de ellas se aparta la voluntad del Señor; y al contrario, no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que con la voluntad de Dios no se haga preciosa y muy amable.

22. Tal vez creeremos que las distracciones y sequedades que padecemos en la oración sean por nuestra culpa, y en creerlo así no hay inconveniente; mas no por esto debemos quejarnos ni perder la paz, sino conformarnos con la voluntad divina. En efecto: si conocemos que por nuestra falta merecemos el castigo, y que cualquiera que el Señor nos dé en la vida será muy pequeño para quien ha merecido el infierno, y tal castigo es un indicio de que no quiere castigarnos para siempre, pues nos castiga en este mundo, debemos recibir los castigos que Dios nos manda en la oración, conformándonos con su santa voluntad y dándole mil gracias porque así se porta con nosotros, pues bien merecen tal castigo todas nuestras culpas; castigo lleno de justicia

¹ Tim., V.

y de misericordia; de justicia, porque si tantas veces hemos cerrado á Dios las puertas de nuestra alma, resistiendo sus inspiraciones, justo es que, ahora que llamamos, no nos responda ni nos quiera abrir la puerta. Y es castigo harto pequeño y lleno de misericordia, pues mucho más merecíamos, y por otra parte, su divina Majestad lo encamina á nuestro bien. Por lo mismo conformémonos con la voluntad divina, y no nos atrevamos á pedir consuelos y regalos; baste que el Señor nos tenga en su casa y nos deje entrar en su presencia, y esto será para nosotros un beneficio muy grande.

23. Si por nuestras culpas vienen esas sequedades, digamos al Señor que mucho nos pesa de nuestras faltas; mas en cuanto aquellas sequedades son por su voluntad y en castigo de nuestros pecados, las aceptamos con todo nuestro corazón, ofreciéndonos á llevar esa cruz todos los días de vuestra vida, bendiciendo siempre su sagrado nombre.

24. El hijo sufrido y callado que se conforma con la voluntad de su Padre celestial en todo lo que le envía, aunque sea muy trabajoso y pesado, le agrada más que el delicado y quejoso y que anda con disgusto porque no le dan lo que quiere. — El pobre que aguarda á la puerta del rico con paciencia y sin quejarse, mueve más á que le den limosna y que le tengan compasión, que otro que se impacienta y

se queja porque le hacen esperar: éste más bien indigna y enfada. Lo mismo es respecto del Señor: nuestra humildad y paciencia lo inclinan á favorecernos, mas no lo contrario.

25. Cuando, pues, su divina Majestad nos mande sequedades y tentaciones en la oración, si nos conformamos con su voluntad haremos grandes actos de paciencia, porque sufrimos con resignación esos trabajos; y de amor de Dios, pues los llevamos por su causa; y de humildad y conocimiento propio, porque estamos palpando, por decirlo así, lo muy indignos que somos de estar en la presencia del Señor, ya que, siendo El quien es, tan bueno y tan piadoso, nos niega sus consuelos. Y si todo esto sacamos de las sequedades y desconuelos que sufrimos en la oración, ¿qué mejores frutos podemos desear?

CAPÍTULO IV

Concluye el anterior. — Conformidad con la voluntad de Dios en las virtudes y dones sobrenaturales que hemos recibido de su mano. ®

§ I

MUCHAS veces las sequedades y desconuelos en la oración no son castigo de nuestras culpas, sino efecto de la providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como El es ser-

vido y según nos conviene. Tal vez, si se nos diera una oración muy alta y llena de consuelos, no nos conservaríamos en el temor de Dios y en la humildad. San Pablo nos dice que á fin de que las grandezas de sus revelaciones no le ensobrecieran, se le dió el estímulo de su carne, un ángel de Satanás que le azotase ¹. Y si esto podía temer San Pablo, ¿qué no tendremos que temer nosotros? Pero no teniendo sino desamparos y desconsuelos, andaremos siempre confundidos y posponiéndonos á todos.

2. La pena y amargura que sentimos por no tener tan bien la oración como la quisiéramos, nos debe servir de consuelo, en cuanto nos indica que amamos al Señor; pues no hay dolor sin algún amor, ni pesar de no servir bien sin propósito y voluntad de lo contrario. Mala señal sería que nada se nos diera de aquellas sequedades; pero sentir pena y dolor por parecernos que todo lo hacemos mal, es un indicio que debe consolarnos y hacer que nos conformemos con la voluntad de Dios y le demos gracias porque así se porta con nosotros.

3. Por lo dicho podrá conocerse que es un engaño dejar la oración ó no darle todo el tiempo acostumbrado, por parecernos que nada hacemos ó que perdemos el tiempo. — Cuando el Señor nos llena de consuelos y favores, no

¹ II Cor., XI.

es mucho que perseveremos en la oración; mas no dejarla á pesar de que en ella tengamos sequedades, amarguras, tentaciones, es de mucho mérito y descubre la grandeza y fidelidad de nuestro amor; porque los verdaderos amigos se prueban en los trabajos y aflicciones, y entonces se conoce si buscamos la voluntad y contento de Dios; y por lo mismo hemos de perseverar con humildad y paciencia, permaneciendo en la oración aun algo más del tiempo señalado.

4. El Señor hacía grandes gracias y favores á uno de sus siervos, y éste, con humildad y por el deseo de agradarle más, le pidió que, si era servido, le quitase todo aquello; el Señor escuchó su oración, y durante cinco años lo dejó entre desconsuelos, tentaciones y angustias; y como este hombre estuviese una vez llorando amargamente, se le presentaron los ángeles queriendo consolarlo; pero él les dijo: «Yo no pido consuelo, porque lo tengo en que se cumpla en mí la voluntad de Dios.»

5. Santa Brígida estaba muy afligida por malos pensamientos que no podía echar de sí, y muy temerosa del juicio de Dios, y su divina Majestad le dijo: «Teme mi juicio con moderación y discreción, y confía en mí, que soy tu Dios. Los malos pensamientos á que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no los puedes impedir,

súfrellos con paciencia y resístellos con tu voluntad; y aunque no los consientas, teme por ellos para que no te venga alguna soberbia y caigas; pues al que está en pie sólo le sostiene mi gracia. »

6. Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en todas las gracias y virtudes que recibimos de su mano. Es verdad que siempre hemos de desear el ser mejores, el ir adelante en la virtud; pero de tal manera que no perdamos la paz si no llegamos á ser tan humildes como San Francisco, tan mansos como David y tan pacientes como Job. Por eso que nos falta debemos andar confundidos y humillados, pero no sin sosiego ni reposo, ni mucho menos quejándonos de lo que sufrimos. Los santos siempre deseaban ser mejores de lo que eran, no por su inclinación y amor propio, sino por Dios, y nunca perdían su paz; antes bien estaban contentos con aquella medida de gracias y favores con que el Señor se dignaba enriquecerlos.

7. Es necesario que seamos muy diligentes y sumamente cuidadosos en adquirir las virtudes: esto es indudable; pero ese cuidado y diligencia deben conformarse en todo y por todo con la voluntad de Dios. Hagamos lo que es de nuestra parte; y si á pesar de esto no somos como quiséramos y caemos en faltas, no nos admiremos, que somos hombres y no án-

geles, ni desmayemos por esto, pues Dios conoce nuestra miseria y está dispuesto á socorrernos si entonces nos humillamos como debemos.

8. En lo que hemos dicho solamente tenemos que evitar un peligro: la tibieza que quiera entrar en nuestras almas, por ver que nunca seremos tan perfectos como los mayores santos. Sirvamos á Dios con toda diligencia y fervor, y por lo demás tengamos entendido que más le agradan la paciencia y humildad en las flaquezas que las inquietudes y congojas por no ser tan perfectos como quiséramos. Y no olvidemos que muchos sirven más á Dios sin tener la virtud y el recogimiento que desean que si lo tuviesen; porque viven en humildad, andan con más cuidado, procuran adelantarse y acuden á Dios con frecuencia, lo cual tal vez no hicieran teniendo el recogimiento y la virtud porque suspiran; se volverían tibios y dejarían de trabajar, estando ya contentos con lo que habían conseguido.

§ II

9. Debemos también conformarnos con la voluntad de Dios respecto de los bienes temporales, pues todo nuestro gozo debe referirse al divino beneplácito, al agrado y contento de

Dios, con preferencia á nuestros propios intereses : la voluntad del Señor y el amor de su honra deben sobreponerse á todo lo demás, y en esa honra y voluntad debemos alegrarnos más que en todos los beneficios que su divina Majestad nos haga. Este es el gozo de los santos en la gloria, más suave y delicioso por el cumplimiento de la voluntad divina que por su propia dicha ; y de aquí viene que se hallen tan contentos con el grado de gloria que tienen, y que no deseen más, ni les pese de la mayor que tengan los otros ; pues transformados en Dios, quieren como El ; y viendo que tal es su contento y beneplácito, éste es el mismo que ellos tienen. Hagámoslo así nosotros, y cumpliremos en la tierra la voluntad de Dios como se cumple en el cielo ; pensando que si tenemos que apartar los ojos aun de la misma gloria, por decirlo así, para ponerlos en la voluntad y contento de Dios, con más razón debemos posponer á esta misma voluntad todos los bienes de la tierra.

10. Para conformarnos prácticamente con la voluntad de Dios recordemos que uno de los principales efectos del amor es hacer que los que se aman tengan una misma voluntad y estén continuamente unidos entre sí ; y cuanto fuere mayor esta unión, será también mayor el amor y más conforme la voluntad de los amantes. Veamos esto en los santos que

reinan con Dios en el cielo. La voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su Ser sumamente perfecto y glorioso, y esta misma es la voluntad y el amor de los santos. Aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, tan bueno, tan glorioso y digno de honra como lo es ; y viendo en Dios todo esto, tienen un gozo inefable y son muy dichosos con tal vista. Pues esto es lo que hemos de procurar acá en la tierra para que se haga la voluntad de Dios como se hace en el cielo. Estando en la oración, consideremos el Ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia y la infinita sabiduría, hermosura y gloria que tiene, y regocijémonos en esto y tengamos complacencia y la más viva y santa alegría, porque El es el Ser perfectísimo y no tiene necesidad de nadie porque es omnipotente y está lleno de gloria. Y así de sus demás atributos.

11. No hay amor más perfecto que el que Dios se tiene á sí mismo, el de su Ser perfectísimo é infinitamente dichoso, ni puede haber mejor voluntad que ésta ; y por lo mismo, nuestro amor será más y más perfecto cuanto más se asemeje al que Dios se tiene á sí mismo, y de la propia manera será más perfecta nuestra voluntad cuanto más se una y conforme con la suya.

12. El mayor bien que podemos querer al

Señor, es el que tiene en sí mismo, su Ser infinito, su bondad, su sabiduría y sus demás perfecciones; y amar es querer bien á quien se ama, y así nuestro gozo en el Ser de Dios y su divina gloria es un acto de amor muy perfecto. Por esto lo vemos tan recomendado en la divina Escritura. «Gozaos siempre en el Señor, — nos dice San Pablo, — otra vez os digo, gozaos¹.» Y nuestra querida Madre, en su hermoso cántico: «Se alegró mi espíritu en Dios mi Salvador.» Y del divino Maestro está escrito que se regocijó en el Espíritu Santo².

13. Este amor de complacencia, este alegre y suavísimo gozo de nuestra alma podemos ejercitarlo con la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, alegrándonos sobremanera de su perfección y grandeza, de la unión que tiene con la persona del Verbo, de la plenitud de su gracia, de la elevación de su gloria, de ser ella el instrumento de Dios en la santificación y glorificación de los escogidos y en todo lo demás que le corresponde.

14. Estos mismos afectos podemos ejercitar respecto de la santísima Virgen y de los otros santos, gozándonos de sus excelencias y virtudes y de la gloria con que el Señor los ha premiado.

¹ Filip., IV.
Luc., X.

15. Siendo Dios infinito, no podemos querer para El algún bien que no tenga; pero Dios puede crecer exteriormente en sus criaturas, siendo más conocido y amado por ellas; y así podemos ejercitarnos en este amor considerando cuán digno es de ser amado y honrado de todos, y deseando que el mundo entero le conozca, le ame, le alabe y glorifique en todas las cosas.

16. De aquí hemos de descender á desear y procurar por nuestra parte el cumplir en todo la voluntad de Dios y su mayor gloria, estando firmemente resueltos á agradarle en todas nuestras obras, sin olvidar lo que está escrito: «El que dice que conoce á Dios y no guarda sus mandamientos, miente y no hay verdad en él; pero quien guarda sus mandamientos, en ése verdaderamente la caridad de Dios es perfecta¹.»

17. No es bastante para amar á Dios y conformarnos con su voluntad la complacencia que tenemos por su gloria y los deseos de que todas las criaturas le conozcan y le sirvan, sino que es indispensable ofrecernos y dedicarnos del todo al cumplimiento de su voluntad, comenzando á hacer en la tierra lo que por una eternidad tendremos que hacer en el cielo.

¹ 1 Joann., II.



TRATADO VII

DE LA MORTIFICACIÓN

CAPITULO PRIMERO

Debemos unir la mortificación con la oración.

§ I

BUENO es unir la mortificación con el ayuno, dijo el arcángel San Rafael á Tobias¹. Por nombre de ayuno entendemos todo género de penitencias y mortificaciones de la carne. Veamos, pues, la necesidad que hay de juntarlas con la oración para poder adelantar en la virtud.

2. Las amigas de la Esposa decían en los *Cantares*: «¿Quién es la que va subiendo por el desierto, como una columnita de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?» El incienso y la mirra, símbolos de la oración y mortificación,

¹ Job, XII.

² Job, III.

siempre nos han de acompañar,—dice San Bernardo,—pues ellas nos elevan á Dios, y la una sin la otra poco ó nada aprovechan. La mortificación sin la oración nos podrá hacer soberbios; y si oramos, pero no queremos mortificarnos, se nos podrán decir estas palabras: «Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo ?»

3. Así como en el templo de Salomón había un altar fuera, donde se mataban los animales que se habían de sacrificar, y otro dentro del *Sancta Sanctorum*, donde se quemaba el incienso, así también en nosotros debe haber dos altares: uno en el corazón, donde ofrezcamos á Dios nuestras oraciones, y otro en el cuerpo, donde mortifiquemos nuestras desordenadas pasiones y la rebeldía de todos nuestros apetitos.

4. La mortificación dispone y es medio necesario para la oración, porque las pasiones no mortificadas ciegan la razón y disminuyen la libertad y turban el alma; y tales impedimentos, que no nos dejan entrar en la oración, los quitamos mediante la mortificación cristiana. El amor propio desordenado, el deseo de cumplir nuestros gustos y la estimación de los hombres, embarazan nuestro corazón y no nos dejan tener recogimiento ni quietud, antes bien

1. Luc., VI.

nos quitan la suavidad y los consuelos que pudiéramos tener en conversar con Dios. Mortifiquemos, pues, nuestras pasiones.

5. En el agua turbia no vemos nuestro rostro; y así también, si no está purificado el corazón y limpio de los afectos terrenos que lo turban é inquietan, ni está sosegado de vanos cuidados, tampoco veremos en él el rostro de Dios. A Moisés se le prohibió llegar á la zarza hasta que se descalzase; y nosotros queremos ver á Dios y tratar con Él, llenos de pasiones y afectos de la tierra?

6. La oración es también medio para alcanzar la mortificación, y ésta el fruto de aquella; pero así como para labrar el hierro no basta ablandarlo con el calor de la fragua, sino que es necesario el golpe del martillo, de la misma manera para alcanzar la virtud es indispensable añadir la mortificación de las pasiones al santo fuego de la oración.

7. Según lo que vamos diciendo, se entenderá en qué consiste la mortificación: en arreglar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones y el amor desordenado de nosotros mismos. «El que quiera venir en pos de mí,—dijo Jesucristo,—niéguese á si mismo, tome su cruz y sígame». «El hombre se niega á si mismo cuando se hace casto si antes no lo era,

1. Matth., XVI.

humilde si era soberbio, y así de las otras pasiones. Y notemos que primero dijo el Señor que nos neguemos á nosotros mismos, y después que lo sigamos; pues si no quebrantamos de antemano nuestra voluntad, ni mortificamos las pasiones, á cada paso tendremos estorbos que nos impidan seguir á Jesucristo. Por esto debemos allanar el camino por medio de la mortificación. Esta es la cruz que hemos de llevar siempre con nosotros; ésta la guerra continua que debemos hacernos á nosotros mismos para poder unirnos al Señor.

8. De esto se infiere cuán terrible es el castigo que el Señor nos manda cuando permite que nos entreguemos al goce de nuestras pasiones, pues éstas nos llevan de precipicio en precipicio, hasta dar con nosotros en la última y eterna desgracia, la condenación de nuestras almas. Por esto debemos pedir al Señor que no nos abandone. «¡Oh, Señor, Dios de mi vida! No me entreguéis á este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitáis que me lleve en pos de sí, pues ésta sería una terrible señal de tu furor¹.»

9. Cuando el médico deja que el enfermo coma lo que quiera, tenemos á éste por desahuciado; y si Dios nos deja seguir en todo nuestros malos deseos, temamos y temblemos,

¹ Eccl., XXIII.

no sea que también nos tenga por incurables y se cumplan en nosotros estas terribles palabras: «Ninguno puede corregir á quien Dios ha dejado de su mano¹.»

10. Si pensamos bien lo que hemos dicho, se engendrará sin duda en nuestro corazón un odio santo de nosotros mismos, sin el cual no podremos ser discípulos de Jesucristo; porque conoceremos que nuestra propia carne es el mayor enemigo que tenemos, que anda buscando, por decirlo así, cómo dar muerte, y muerte eterna, á quien le da de comer y beber, y en nada tiene irritar á Dios y echar el alma al infierno por contentar sus pasiones. Si se nos dijese que uno de nuestra casa, que con nosotros come y vive, nos quiere hacer traición y que es tan grande el odio que nos tiene que se entregará á la muerte con tal de matarnos, sin duda alguna estaríamos siempre llenos de temor y sobresalto; y al descubrir quién era el infame, le tendríamos un odio muy grande y nos vengariamos de él. Pues ese traidor es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros, y que, haciendo mal al alma, se lo hace también á sí mismo; y, sin embargo, por nada se detiene al seguir sus pasiones. Tenemos, pues, mucha razón para aborrecerlo. ¡Cuántas veces nos ha hecho ofender á Dios! ¡de cuántos

¹ Eccl., VII.

bienes espirituales nos ha privado, y cuántas veces ha puesto en peligro nuestra salvación, encaminando al infierno nuestras almas!—Aborrecemos al demonio porque es nuestro enemigo y por los males que nos hace; pues mayor enemigo es nuestra carne, y mayores son también los males que ella nos causa.

11. De aquí nació el odio y aborrecimiento que los santos tenían contra sí mismos, y el espíritu de penitencia para castigar su cuerpo y tenerlo sujeto y rendido. San Doroteo se mortificaba mucho, y uno le preguntó por qué atormentaba tanto á su cuerpo; él respondió: «Porque mi cuerpo me da la muerte.»

12. Andemos, por lo mismo, como los santos, mortificando y humillando nuestra carne; y así como de ésta se sirve el demonio para hacernos guerra, sirvámonos nosotros también de ella para vencerlo, mortificándola y contradiciéndola; pues quien castiga su cuerpo vence al diablo, dice San Agustín.

DIRECCIÓN § II

13. Es de tanta importancia la mortificación, que San Jerónimo nos dijo que aprovecharemos en la virtud según la fuerza y violencia que nos hiciéremos. Y San Francisco de Borja, cuando le alababan á alguna persona como

perfecta y santa, decía: «Lo será si es mortificada.» El cristiano mortificado es como un hermoso racimo de uvas que está ya en sazón, blando y suave al gusto, y el no mortificado es un racimo de agraz, duro, desabrido y amargo.

14. Es verdad que nuestra perfección consiste en el amor de Dios; pero la mortificación quita los obstáculos que no nos dejan poseer ese mismo amor, y por esto es de tanta importancia en la vida espiritual.

15. «El ciervo,—dice San Agustín,—mata las serpientes, y después siente una sed muy grande, y corre con ardor y ligereza á las fuentes de las aguas. Ahora bien: si nosotros no tenemos una ardiente sed y un deseo muy vivo de la perfección, es porque aún no hemos dado muerte, como el ciervo, á las serpientes de nuestros vicios.»

16. La mortificación y penitencia es de dos maneras: una corporal, que castiga y aflige al cuerpo y se llama exterior, como disciplinas, ayunos, cilicios, mala cama, comida pobre, vestido áspero. Otra espiritual ó interior, que consiste en regir los movimientos de nuestro apetito, en pelear contra los vicios y malas inclinaciones, negando siempre la voluntad, quebrantando el propio juicio, venciendo la ira, reprimiendo la impaciencia, refrenando la gula, los ojos, la lengua y todos los sentidos y mo-

vimientos. Esta es la violencia con que escalamos el cielo, y éstos son los esfuerzos con que hemos de alcanzarlo.

17. La mortificación interior es la más excelente, pero también la más difícil; y con todo eso, menos podemos excusarnos de ésta que de la exterior, pues podrán faltarnos las fuerzas para ayunar y hacer otras penitencias corporales, pero esto no se necesita para ser pacientes y humildes, obedientes y rendidos.

18. Esta mortificación de que tratamos no es odio, sino verdadero amor, no sólo del alma, sino también de nuestro cuerpo; pues lo que aborrecemos son los vicios de la carne y sus malas inclinaciones, y no la misma carne; como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra ésta pelea. Amar á uno es desearle bien; y quien mortifica su cuerpo y reprime sus apetitos desordenados, le desea y procura el sumo bien, que es la gloria eterna; y al contrario, quien le deja seguir sus malas inclinaciones le procura el mayor mal, que es el infierno para siempre jamás, y así éste es en realidad quien le aborrece.

19. Si un enfermo come y bebe lo que gusta, y rehusa tomar las medicinas amargas por no sufrir un poco, sin duda quiere menos su vida que otro que se abstiene de todo alimento nocivo y que toma las medicinas que se le dan, por amargas que sean. « Quien amare

desordenadamente su vida, la perderá, — nos dijo el Señor, — y quien la aborriere por mi amor, la hallará en la vida eterna ¹. »

20. No se deja de amar una cosa por amar otra cosa más que aquella. Dejamos que nos corten un brazo por conservar la vida, pero tenemos amor al brazo que vamos á perder. El avariento ama su dinero; mas con todo eso, lo gasta para comprar lo que ha menester. Así también nosotros no dejamos de amar nuestra carne con mortificarla, sino que amamos más el alma y la vida eterna, y para alcanzar ésta y salvar aquélla es necesario mortificar y humillar nuestra carne.

21. La vida mortificada nos hace semejantes á los ángeles, que tratan con Dios y se ocupan en las cosas del cielo; y la otra, en que nos entregamos á los gustos de los sentidos, nos da la semejanza de las bestias, que se entregan al cumplimiento de sus apetitos.

22. ¿Qué diríamos si viésemos que una bestia, enfrenando á un hombre, lo llevaba á donde quería, rigiendo á quien debía regirla? Pues esto sucede cuando dejamos que las malas inclinaciones de la carne nos dominen y esclavicen.

23. Para animarnos á la mortificación, reflexionemos lo siguiente: Es mayor trabajo

¹ Matth., XV.

huir de ella que mortificarnos. Todo desorden inquieta y molesta; así, el hueso dislocado causa grandes dolores, y el elemento fuera de su lugar decimos que sufre violencia. Ahora bien: el hombre, siendo racional, tiene que vivir, por su misma naturaleza, conforme á la razón; y por lo mismo, si no obrare de esta suerte, tendrá que sufrir y padecer. Muy bien dijo el santo Job: «¿Quién jamás resistió á Dios y tuvo paz¹?» Que no la puede haber viviendo de esta suerte; y así San Juan nos dice que los que adoraban la bestia no tenían descanso de día ni de noche². Si nosotros servimos á la bestia de nuestra carne y sensualidad, tampoco tendremos sosiego ni descanso.

24. Después que nos hemos dejado llevar de la ira ó la impaciencia, ó hemos proferido palabras descompuestas, nos llenamos de tristeza, nos turba la inquietud, y á pesar nuestro tenemos que probar una amargura muy grande; y semejantes sufrimientos y trabajos son mayores sin duda que la pena que hubiéramos sufrido al mortificar las pasiones.

25. Un soberbio que se ve despreciado y humillado se llena de inquietud; la ira le atormenta y le llena de furor, y es en verdad como un verdugo que lo lleva al suplicio; y si, por el

1 Job, IX.

2 Apóc., XIV.

contrario, es honrado y preferido á los demás porque sus tramoyas han surtido efecto, todavía no cesa su tormento, pues bien conoce sus malos procederes; su conciencia le remuerde y no lo deja descansar. Mas el que vence sus pasiones y trata de mortificarse en todas ellas, puede con verdad decir: «Trabajé muy poco, y he adquirido mucho descanso¹.» La serenidad de la conciencia, la alegría del triunfo, el contento que ha dado á Dios nuestro Señor, le llenan de paz y santo consuelo. «Yo cercaré su camino con espinas,—dijo Dios,—hablando de los pecadores²». Y puso en los deleites tristes remordimientos de conciencia, en los pasatiempos amarguras, y en seguir nuestra mala voluntad tormento y dolor. Al contrario, el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno³. Rebosan de paz, y la alegría más pura se halla pintada en su semblante. «Ningún acontecimiento podrá contristar al justo,—nos dice el Señor;—mas los impíos estarán llenos de pesadumbres⁴.

1 Eecl., LI, 35.

1 Oseas, II.

2 Prov., XIV.

3 Prov., XII, 21.

4 St. Jer., LIII, 18.

CAPÍTULO II

Importancia y práctica de la mortificación.

§ I

Si al ser molestados por alguna pasión ó mala inclinación condescendemos con ellas dejándonos vencer, la pasión se hará muy fuerte, y más arraigada quedará la mala inclinación; pero si resistimos con valor, perderán mucho de su fuerza y serán menores las molestias que en adelante nos causen. Por lo mismo importa mucho resistir á los principios, para no tener después un trabajo mayor en vencernos á nosotros mismos.

2. Estemos profundamente convencidos, y nunca lo olvidemos, que el hombre exterior, nuestra carne y sensualidad, es el mayor enemigo que tenemos, y que anda siempre procurando nuestro mal. Este convencimiento nos descubrirá los peligros y los males que debemos evitar en nuestras inclinaciones y apetitos, sin fiarnos de nosotros mismos; porque ¿quién se fiará de su enemigo? Y esto servirá para resistirle y mortificarnos.

3. Si tuviésemos que cuidar de algún enfermo, le negaríamos lo que hace daño aunque

lo pidiese con lágrimas y súplicas, y le haríamos tomar la medicina por más que fuese amarga y repugnante. Pues nuestro cuerpo es ese enfermo que el Señor nos tiene encomendado; si no le negamos lo que nos pide y le hace daño, ¿qué responderemos al Señor? Y si no hacemos que tome la medicina de la mortificación, que restaure la salud, ¿no seremos responsables de su muerte?

4. Podemos ejercitarnos en la mortificación comenzando: primero, por las ocasiones que se nos ofrecen, ya vengan de los superiores, ó de nuestros hermanos ó de cualquiera otra parte. Recibámoslas con buena voluntad; así es necesario para conservar la paz y dar buen ejemplo. Estas ocasiones se presentarán, ya en la mala comida, ó en el vestido pobre ó en la casa que habitamos. Algunas veces se nos reprimirá sin culpa, no harán caso de nosotros, y así de lo demás. Todo esto debemos llevarlo con paciencia, sin volver por nuestra causa y teniendo gran contento en sufrir por Dios.

5. Por nuestra parte, hay que mortificarnos en todo lo que nos impida guardar los mandamientos; y así, por la mañana podemos pensar en todas las obras del día para descubrir y evitar las dificultades que puedan ocurrir contra la observancia de la Ley del Señor, y resolvernos con valor á no faltar en nada.

6. El Señor nos llena de buenos deseos de

virtud, y, sin embargo, faltamos muchas veces porque no nos resolvemos á servirle con firmeza, como es nuestro deber.

7. Podemos también mortificarnos en las cosas lícitas y aun en las que es necesario practicar; verbigracia: no volver la cabeza cuando quisiéramos hacerlo. ¿En la conversación nos ocurre decir alguna cosa que nos parece muy buena para agradar á los otros?, no la digamos; ¿ó preguntar lo que no es necesario?, no lo preguntemos. — Paseándonos por un jardín, quisiéramos coger una flor que nos agrada, mas por mortificarnos como es debido no la toquemos.

8. Al santo duque de Gandía le agradaba mucho la caza, y al volar una garza, cuando el halcón hacía su presa, el Santo bajaba los ojos, y por amor del Señor se privaba de aquel gusto que había buscado todo el día.

9. En las cosas necesarias podemos mortificarnos de la manera siguiente. Antes de comer refrenemos la gula, deteniéndonos un poco y no comiendo porque nos agrada, sino por cumplir sólo la voluntad de Dios, que nos lo manda. Antes de estudiar contengamos el deseo del estudio, y después estudiemos, no por nuestra voluntad y gusto, sino porque Dios lo manda. Así en todo lo demás; acostumbándonos en todas las cosas á hacer la voluntad de Dios y no la nuestra, y á gozarnos en ellas, no

porque sean conforme á nuestra inclinación, sino según la divina voluntad.

10. San Francisco de Borja, en una ocasión llegó muy de noche á una casa de la Compañía; nevaba mucho y hacía un viento muy frío; estuvo un gran rato llamando á la puerta, y nadie le abría; y cuando por fin lo hicieron, el Santo dijo á las personas, que se avergonzaban de aquella tardanza en abrirle, lo siguiente: «No os mortifiquéis, pues yo os aseguro que el Señor me ha regalado mucho en el tiempo que os he estado aguardando; porque pensaba que su divina Majestad era quien tiraba los copos de nieve y enviaba aires helados sobre mi, y que todo lo que obra lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debía yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y alegrarme del gozo que El tenía en esto; pues se despedaza un león ú otro animal delante de un gran príncipe sólo por darle contento.»

11. En cuanto á la materia de la mortificación, lo principal en que debemos mortificarnos es en el vicio ó pasión que más nos domine y nos haga caer en mayores faltas. Saúl, contra la orden de Dios, perdonó al rey Agag y á los mejores rebaños de ovejas, y á todo lo que era precioso y de valor; pero Samuel lo reprendió y dió muerte á Agag, según la orden de Dios. Pues así lo hemos de hacer nosotros; sacrificar al Señor lo que más

trabajo nos cueste y lo que más amamos con perjuicio de su santa ley. No pongamos todo nuestro cuidado en lo exterior, sino en lo más sublime y precioso, que es la mortificación interior. De otra suerte seríamos como los fariseos, que tenían mucho cuidado con la limpieza exterior de los platos y vasos en que comían y bebían, y por dentro estaban llenos de inmundicia; y también como los sepulcros blanqueados, que parecen por de fuera muy hermosos, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.

12. Pero de tal manera hemos de atender á las cosas principales que no dejemos las menores. Conviene atender á las primeras, mas no por esto se han de dejar las segundas. Y he aquí la razón: estas pequeñas mortificaciones son muy agradables al Señor, que no atiende tanto á la obra que hacemos como á que en ella neguemos nuestra voluntad, que es propiamente mortificarse y negarse á sí mismo. Y algunas veces nos cuesta más trabajo el negarnos en lo pequeño que en lo grande. David hizo un sacrificio muy agradable al Señor al ofrecerle un jarro de agua que le trajeron de la cisterna de Belén, y también le agradó sobremanera cuando, olvidando su dignidad, danzaba delante del Arca, mereciendo más con esto que con vencer á Goliath, pues más es vencerse á sí mismo que á los otros.

13. Mucho daño nos haríamos al menospreciar la mortificación en cosas pequeñas; porque no hemos de atender tanto á estas mismas, sino á que no quereinos quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios ni aun en lo pequeño, y aquella propia voluntad se va fortaleciendo y aumentando para resistir en cosas mayores. Al principio es un leoncito muy pequeño; después será un león indómito y terrible, que acaso nunca lleguemos á vencer.

14. El demonio procura vencernos en culpas pequeñas, para de aquí pasar á las mayores; justo es, por lo mismo, que nosotros le resistamos en aquéllas para no ser vencidos en éstas.

15. Hay otro bien en estas mortificaciones de cosas pequeñas, y es que evitaremos muchos combates y tentaciones en cosas grandes; y si acaso algunas veces salimos vencidos en aquéllas, no perderemos mucho; cuando, al contrario, en las mayores, si fuéremos vencidos, estaremos perdidos.

16. En la materia que tratamos debemos atender á nuestro temple y condición particular. Hay personas que sienten gran repugnancia y dificultad para las obras de virtud; mas no deben por esto entristecerse ni afligirse. El mismo San Pablo sentía esa repugnancia en los miembros de su cuerpo, y así no hay que extrañar que también la sintamos nosotros. El mal

no está en sentir esa repugnancia y esos movimientos contra la razón, sino en consentirlos y obrar conforme á ellos. Mugian las vacas que llevaban el arca del Testamento; pero con todo, iban camino derecho de Betzames, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra; así nosotros sigamos el camino de la virtud, por más que las pasiones de la carne vayan mugiendo como aquellas vacas.

17. La diferencia entre el hombre espiritual y el carnal no está en sentir ó no sentir contradicciones de la carne, sino en que éste las consiente y aquél las resiste. El pez vivo va agua arriba, y el muerto agua abajo; esto nos dirá si somos espirituales ó carnales. Si resistimos y mortificamos nuestras pasiones, éstas mismas nos elevarán al cielo y serán como una escala que nos lleve á Dios; en caso contrario, ya sabemos hacia dónde vamos descendiendo.

18. Hay otras personas de tan buen temperamento, que todo es para ellas en la vida cristiana muy fácil y ligero. Tales personas no deben tenerse en más que aquellas que no tienen tan buena condición, sino antes deben humillarse, conociendo que en nada se han vencido, mientras que los otros tienen que pelear continuamente y andar sobre aviso y con temor de Dios, cuando á ellas su buen natural les es ocasión de continua tibieza y descuido.

Esto servirá para humillarlas y para que estimen á las demás.

19. Hay, en fin, algunos que no sienten repugnancia ni contradicción de sus pasiones ni rebeldía en su carne; pero es porque en todo siguen sus apetitos, y si tienen paz no es la de Dios, sino otra engañosa y funesta, y que, sin duda, los arrastra á la muerte. Pues si nosotros no sentimos esta guerra ni los combates de la carne, bueno es que nos examinemos y veamos nuestra conducta, no sea que estemos miserablemente engañados.

20. Mas aunque hayamos progresado mucho en la mortificación nunca debemos dejarla, dice San Bernardo, porque lo podado vuelve á brotar, y lo que parece ya muerto vuelve á revivir; y así, no basta podar y cortar una vez, sino muchas, y es indispensable mortificar continuamente nuestras pasiones y malas inclinaciones. Por esto nos dijo el Salvador: « El que quiera venir en pos de Mí, lleve su cruz cada día y sígame ¹. » No debe pasársenos día ninguno sin quebrantar en algo nuestra voluntad. Decía San Francisco de Borja que le sería muy amarga la comida el día que no castigase su cuerpo con alguna penitencia ó mortificación, y que viviría desconsolado si hubiese sabido que su muerte había de ser en algún día en

¹ Luc., IX, 23.

que no se hubiera mortificado. Suplicaba al Señor que los regalos le sirvieran de tormento y cruz, y los trabajos de regalo, y de todas las cosas se servía para mortificarse: si el sol le fatigaba en el estío, andaba muy despacio, y solía decir: « ¡Oh, cuánto nos ayuda este buen amigo! » Lo mismo decía del hielo, del aire, de la lluvia en el rigor del invierno, de sus enfermedades y de los que le perseguían y murmuraban de él; á todos llamaba sus amigos, porque le ayudaban á vencerse y á mortificar su cuerpo, al que tenía por capital enemigo. En sus enfermedades tomaba las bebidas amargas muy despacio, y en todo procuraba aumentar sus mortificaciones, llegando de esta suerte á admirable santidad.

CAPÍTULO III

Medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación.

§ I

PARA inclinarnos al ejercicio de la mortificación nos proponen los santos los medios siguientes :

Primero. Debemos implorar con fervor y confianza la divina gracia, pues ella todo lo sua-

viza y dulcifica. El yugo del Señor es suave, y su carga ligera : sus Mandamientos no son pesados, y los que esperan en su divina Majestad mudarán su fortaleza; porque si eran por sí mismos incapaces del bien, todo lo podrán con la gracia del Señor.

2. El segundo medio es el amor de Dios, ya que no hay cosa tan eficaz ni que tanto aligere y facilite cualquier trabajo como el amor, porque quien ama no trabaja. A Jacob le parecían breves y fáciles los trabajos de catorce años para conseguir la mano de Raquel. La Esposa de los Cantares dijo que su Amado era para ella como un manojito de mirra, porque todos sus trabajos le parecían muy pequeños atendida la grandeza de su amor. Pues amemos mucho á Dios, y las más penosas mortificaciones serán también para nosotros muy suaves y ligeras.

3. El tercer medio para facilitar la práctica de la mortificación es la esperanza del premio. Los peligros del mar no desalientan á los marineros y comerciantes, ni las tempestades á los labradores, ni las heridas y aun la misma muerte á los soldados, ni los golpes y caídas á los lidiadores, cuando piensan en la ganancia, en la cosecha y en la victoria; pues quien espera el reino de los cielos, ¿ desmayará con la vista del trabajo y de la mortificación que se le pide para conseguirlo? Aquellos hombres trabajan por conseguir una corona corruptible, mientras

nosotros trabajamos por alcanzar la eterna recompensa. Justo es por lo mismo que trabajemos con valor y denuedo hasta el fin de la carrera; que nada es lo que se nos pide comparado con el inmenso precio de la gloria que el Señor nos tiene prometida.

4. El gran San Francisco de Asís, estando fatigado de graves y continuos dolores y de las más terribles tentaciones del demonio, en tanto grado que parecía no haber fuerzas humanas que pudieran sobrellevar aquellas cruces, oyó una voz del cielo que le dijo que se alegrase, pues por aquellos trabajos había de alcanzar en la gloria un tesoro tan grande que, aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en perlas preciosas, y todas las aguas en bálsamo, nada sería comparable con el grande y preciado galardón que había de recibir á causa de sus trabajos; con lo cual el Santo se llenó de un consuelo tan grande que ya no sentía sus dolores y tribulaciones.

5. El cuarto medio que nos facilita el ejercicio de la mortificación es el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, lo que sufrió por nosotros en su santísima Pasión. ¿Quién hay que al recordar que Jesús, con ser Dios de majestad y de grandeza infinitas, sufrió los más horribles dolores, el tormento de la cruz, la misma muerte por salvarnos, no se determine á mortificarse y padecer por su amor? El recuerdo de

los padecimientos de Jesús endulzará las amarguras de la penitencia y mortificación que tomemos por su causa. Moisés arrojó un madero en las aguas de Mara, tan amargas que no se podían beber, y luego se volvieron dulces y agradables; y si nosotros ponemos el recuerdo de la cruz en nuestras mortificaciones y trabajos, se volverán también muy dulces y saludables para nuestras almas.

§ II

6. Podemos y debemos adelantar cada día en el ejercicio de la mortificación. Para esto, he aquí lo que tenemos que hacer:

7. Pensemos que somos peregrinos en este mundo, que no tenemos aquí ciudad permanente, que buscamos la patria celestial, y que mientras estemos en el cuerpo nos hallamos separados del Señor. Ahora bien: un peregrino va camino derecho de su patria; procura excusar todos los rodeos, y nada le interesan los negocios de los otros; se contenta con un vestido ligero, y procura no ir cargado para no cansarse. Así debemos habernos nosotros, no tomando las cosas de este mundo sino de paso, como los peregrinos, y tomando solamente lo que sea necesario para caminar.

8. Esto servirá para no poner el corazón en

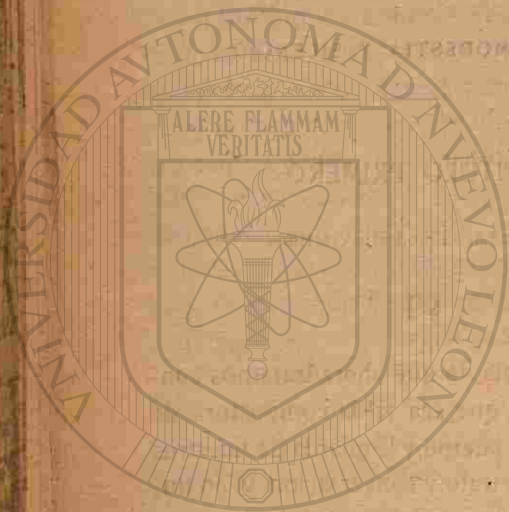
el mundo, ni amar sus placeres, ni codiciar sus riquezas, ni procurar sus honras. Y aunque este grado de virtud nos eleve mucho, debemos pasar adelante; porque el peregrino algunas veces se detiene, y se alegra de ver y oír lo que pasa á su alrededor, y así tarda más en llegar; por esto hay que considerarnos como muertos; porque el muerto oye, por decirlo así, igualmente á los que le vituperan y á los que le alaban, ó mejor dicho, no oye á nadie, no ve, no habla, no siente, no se envanece ni se irrita; por lo cual, si nosotros tenemos ojos para ver y juzgar lo que hacen los demás; si hacemos sentimiento cuando nos humillan y reprenden ó no hacen caso de nosotros, no estamos muertos, sino muy vivos en nuestras pasiones; porque el que está muerto, aunque le desprecien, le pisen y no hagan caso de él, nada siente.

9. Aunque este grado es de mucha perfección, con todo, hay otro más perfecto, y es el que San Pablo nos indica en estas palabras: «El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo¹.» Quiere decir: Todo lo que el mundo ama, los placeres de la carne, las honras, las riquezas, las alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco: lo que el mundo tiene por cruz y tormento, eso es lo que yo amo y abrazo; las

¹ Galat., VI, 14.

humillaciones y desprecios, los trabajos y dolores.

10. Según lo que hemos dicho, si queremos saber si aprovechamos en la mortificación, si somos perfectos en ella, veamos cuál es nuestro gozo y alegría cuando otros quebrantan nuestra voluntad y nos niegan lo que les pedimos, y nos desprecian ó nos tienen en poco, y cuál es nuestra pena y aflicción cuando nos honran y estiman. Y por cierto que mucho tendremos de que avergonzarnos si sobre esto nos examinamos con madurez y sinceramente, como es razón que lo hagamos.



TRATADO VIII

DE LA MODESTIA Y SILENCIO

CAPÍTULO PRIMERO

Necesidad de la modestia cristiana.

§ I

LA modestia de que ahora tratamos consiste en que sea tal la compostura de nuestro cuerpo y la guarda de nuestros sentidos, nuestro trato y conversación, y, en fin, que todos nuestros movimientos sean tan concertados que edifiquen á nuestros prójimos.

2. Los hombres no ven lo interior, sino solamente lo de fuera: esto es lo que los edifica ó los escandaliza; por lo mismo, si somos verdaderamente modestos en nuestras palabras y acciones y en todo lo exterior, los edificaremos con semejante conducta. En el caso contrario los escandalizaremos.

3. La modestia ayuda en gran manera para nuestro propio aprovechamiento espiritual, por la correspondencia y armonía que existe entre

el cuerpo y el espíritu, pues lo que hay en el uno se comunica luego al otro; así, si el espíritu está compuesto, luego se compone el cuerpo, y si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, comunica luego al espíritu su inquietud y descompostura.

4. La modestia y guarda de los sentidos ayuda en gran manera á la guarda del corazón, al recogimiento interior y á conservar la devoción; porque los sentidos son como las puertas del alma; si están cerradas y bien guardadas, todo lo demás está seguro; mas si están abiertas y sin que nadie las guarde, podrá entonces entrársenos la muerte por ellas, según la expresión del Profeta. Por esto el Sabio nos amonesta que guardemos nuestro corazón con toda diligencia, porque de él procede la vida ¹. Y San Gregorio nos dice que para tener puro y limpio el corazón necesitamos guardar los sentidos con mucho cuidado. Y los antiguos monjes del Egipto decían también que para alcanzar la perfecta pureza y el recogimiento espiritual debíamos ser sordos, ciegos y mudos, no haciendo caso de lo que oímos, no dejando que nuestro corazón se incline á las vanidades de la tierra, sino despidiéndolas luego de nosotros.

5. De San Bernardo se dice que tenía su

¹ Prov., IV.

corazón tan puesto en Dios, que viendo no veía, y oyendo no oía, pues parecía que no usaba de sus sentidos; no sabía si el techo de su celda era de bóveda ó de madera, ni si había tres ventanas ó una sola en la iglesia de su monasterio: una vez, caminando casi todo el día por la orilla de un lago, no lo echó de ver. Si de esta manera fuéramos nosotros modestos y tuviéramos ocupado el corazón en Dios, no impediría nuestro aprovechamiento espiritual ninguna cosa que oyéremos ó viéremos.

6. Ciertamente la perfección esencial está en el amor de Dios, y no en estas cosas exteriores; pero sin duda no la alcanzaremos sin el recogimiento de los sentidos, la modestia y compostura exterior; pues por medio de todo esto se adquiere y crece aquella perfección, dice San Buenaventura. Y San Basilio añade que entre el alma recogida y la distraída hay la diferencia que entre la mujer honesta y la liviana: aquella está siempre en lo interior de su casa y rara vez se deja ver, mas la otra está casi de continuo en la ventana, viendo á todos los que pasan, llamando al uno y entreteniendo al otro; y aunque la honestidad ó liviandad de la mujer no consiste en asomarse ó no á la ventana, con todo, la que lo hace da muestra de ser inmodesta y liviana. Así pasa en lo que vamos diciendo; la falta de recogimiento descubre la imperfección de nuestras almas.

7. Así como lo exterior ayuda á conservar lo interior, así lo interior compone luego lo exterior; porque donde está Cristo, dice San Gregorio, está también la modestia. Y antes nos había dicho San Pablo que cuando era niño hablaba, sabía y pensaba como niño; pero llegando á ser hombre, dejó las cosas de niño¹. Y si nosotros no dejamos todavía las cosas de los niños; si derramamos nuestros sentidos, ocupando los ojos en ver las vanidades de este mundo, y los oídos en escuchar todo lo que pasa, y la lengua en conversaciones impertinentes, aún somos niños é imperfectos. El varón espiritual desprecia todas esas cosas, así como el que ha llegado á la perfecta edad no se ocupa ya en los juegos y entretenimientos de los niños.

CAPITULO II

Del silencio y sus ventajas espirituales. — Reglas que debemos guardar cuando hablamos.

§ I

PARA alcanzar la virtud y aprovechar en la perfección es muy útil refrenar y mortificar la lengua; lo contrario nos causa grande daño. El

¹ Cor., XIII, 11.

apóstol Santiago nos ha dicho: « El que guardare bien su lengua y no pecare con ella, será varón perfecto. » Y también: « Si alguno piensa que es hombre religioso y no refrena su lengua, se engaña, que vana es su religión¹. »

2. Si damos por bien empleados los largos años que gastamos en aprender otras ciencias, razón será también que hagamos lo mismo cuando tratamos de aprender la ciencia de hablar, la cual no se alcanza sino callando y ejercitándonos en el silencio, porque estamos acostumbrados á hablar lo que queremos y sin las circunstancias que debieran acompañar á nuestras conversaciones; y el silencio hace que se nos olvide aquel lenguaje, y nos da tiempo y lugar de aprender el buen modo de hablar; por esto, el primer documento que daba Pitágoras á sus discípulos era que callasen durante cinco años, para que con tan largo silencio olvidasen lo que mal sabían, y oyéndole á él, aprendiesen cómo y cuándo debían hablar.

3. El silencio nos enseña á hablar con Dios en la oración, y engendra en el alma santos y elevados pensamientos. Yo llevaré el alma á la soledad, y le hablaré al Señor por Oseas². « Y esta soledad es la espiritual, — dice San Bernardo; — pues poco aprovecha la del cuerpo si no

¹ Jac., III, 2: 1, 26.

² Oseas, II, 4.

se tiene la del corazón.» Quiere Dios que tengamos en lo interior de nuestras almas una morada secreta donde tratemos con su divina Majestad. Recogidos en ella, conservaremos la devoción y tendremos mucho tiempo para entregarnos á Dios.

4. He aquí, por el contrario, los males que causa la falta del silencio: Del mucho hablar viene la miseria; mas el que guarda su boca guarda también su alma, nos dice el Espíritu Santo ¹. El varón deslenguado no aventajará en la tierra ². Quien habla mucho, hará daño á su alma ³. En el mucho hablar no faltará necesidad ni pecado ⁴. El que no puede contenerse en hablar, es como una ciudad abierta y sin muros ⁵, la cual está muy expuesta á ser saqueada de los enemigos. El hombre descuidado y entretenido en diferentes cosas, fácilmente puede ser engañado. Esto no sucede con el que está sobre aviso; el cual, merced al silencio, que no le distrae en otras cosas, puede advertir por dónde viene el mal y evitarlo.

5. Un vaso destapado está dispuesto á recibir cualquier inmundicia y á llenarse de polvo y suciedad, y por esto era tenido por inmundicia.

¹ Prov., XIV, 23-13-3.

² Psalm. CXXXIX, 12.

³ Eccli., XX, 8.

⁴ Eccles., V, 2; Prov., X, 19

⁵ Prov., XXV, 28.

do en la antigua ley ¹. Así también, el que no guarda silencio está como dispuesto á llenarse de imperfecciones y pecados.

6. Mas débese advertir aquí que el silencio y el recogimiento de que hablamos no producen tristeza ni melancolia, sino antes gusto y consuelo; y tal vida es más dulce y alegre que la de los mundanos, cuanto es más agradable tratar con Dios que con los hombres; y los que guardan silencio, aunque andan como tristes, siempre rebosa en ellos el contento, pues la verdadera alegría está en el corazón, en tener buena conciencia, en despreciar las vanidades del mundo y disfrutar la paz del Señor.

§ II

7. He aquí las reglas que deben acompañar nuestro lenguaje: Primera, nunca debemos hablar contra la verdad ó la caridad del prójimo, y para evitarlo tengamos presentes las palabras de Santiago: « Todo hombre sea pronto para escuchar y detenido en hablar ². » La palabra, primero ha de ir á la lima que á la lengua; debiendo reflexionarse si lo que queremos decir es conforme á la razón, á la justicia y á la caridad,

¹ Num., XIX, 15.

² ac., I, 19.

ó si no lo es, para que callemos en este último caso. Los necios tienen su corazón en la lengua, porque hablan todo lo que se les viene á la boca; pero los sabios tienen la lengua en el corazón, porque hablan con reflexión y madurez. « Debemos, por lo mismo, tener tanta dificultad en abrir la boca para hablar, — dice San Vicente, — como en abrir la bolsa para pagar. »

8. Segunda. Al hablar es indispensable atender al fin para que hablamos, el cual fin debe ser la gloria de Dios, la utilidad de nuestras almas y el bien de nuestros prójimos.

9. Tercera. Es necesario también considerar quién es el que habla, á quién y delante de quién habla, para ver el respeto, las atenciones y cautelas que debemos emplear.

10. Cuarta. Debemos pensar sobre el tiempo en que se ha de hablar, porque el hombre sabio y prudente callará hasta su tiempo, pero el imprudente no aguarda tiempo ni coyuntura¹. La palabra dicha á su debido tiempo es como manzana de oro en canastillo de plata. Mas de la boca del necio no es bien recibida ni aun la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo². Por esto no hay que interrumpir á nadie cuando habla, porque no es tiempo de hablar cuando otro está hablando. Ni tene-

¹ Eccli., XX, 7.

² Eccli., XX, 22.

mos que responder antes de oír lo que se nos dice; de otra suerte, mostraríamos ser insensatos y dignos de confusión¹.

11. Quinta. El modo y tono de la voz es también una circunstancia á que debemos atender cuando hablamos. Que no sea afectada, sino grave, pero que no decline á la aspereza. Y aunque siempre es necesario guardar buen modo en el hablar, este modo principalmente tenemos que observarlo cuando hay que amonestar ó representar, porque el aviso y la amonestación deben hacerse sin ira ni aspereza.

12. Sexta. Evitemos en nuestras palabras la afectación con que deseamos parecer discretos, y hablemos siempre con sencillez.

13. Finalmente, no olvidemos esta sentencia de San Jerónimo: « La palabra que sale de la boca, es como la piedra que sale de la mano: que no la podemos recoger ni evitar los males que tiene que causar; y por esto es indispensable, antes de hablar, pensar muy bien lo que vamos á decir. »

¹ Prov., XVIII, 13.

CAPITULO III

De la murmuración.

§ I.
 No murmuréis unos de otros, nos dijo el apóstol Santiago. Y San Pablo: « Los murmuradores son aborrecidos de Dios ¹. » Y el Sabio dice que lo son también de los hombres ². Esto basta para aborrecer y huir la murmuración; porque ¿ qué mayor mal que ser aborrecidos de Dios y de los hombres? Consiste la malicia de la murmuración en que oscurece ó quita la fama del prójimo, que es bien de mayor precio que la hacienda y las riquezas temporales.

2. Murmurando de nuestros prójimos faltamos á nuestro deber, ya por dejarnos llevar de la mala inclinación que tenemos á criticarlos, sin atender á la materia en que lo hacemos ó á las circunstancias de las personas de quienes hablamos, ó bien por el escándalo que producen nuestras palabras. Pero he aquí una excelente regla que da el seráfico Doctor para evitar estos males: « Nunca digamos del ausente

1 Cor., IV, 11; Rom., I, 30.

2 Eccli., V, 17.

lo que no pudiéramos decir delante de él sin faltar á la caridad. Esta regla abraza las cosas graves y las leves, las ocultas y las públicas. Tengamos á todos por buenos, virtuosos y dignos de honra, y sepa el mundo que por nosotros nadie ha de perder ni ser tenido en menos.»

3. « Si sabemos alguna falta de nuestros hermanos, sepultémosla en nuestro pecho, que no hemos de reventar si así lo hacemos, — nos dice el *Eclesiástico*; — y no seamos como el necio, que padece dolores de parto por causa del secreto que se le ha confiado ¹. » Y antes bien la caridad nos obligue á ocultar todos los defectos de nuestros hermanos.

4. Mas no sólo debemos hablar mal de nuestros prójimos, sino que es necesario evitar que otros murmuren en nuestra presencia, pues el Espíritu Santo nos ha dicho: « Pon una cerca de espinas á tus orejas, y no des oídos á la mala lengua ². » Y en esto seríamos más culpables si fuésemos causa de que otros murmurasen, ya moviendo á ello, ó preguntando, ó manifestando cuánto nos agrada el que murmuren. Todo esto es muy contrario á la caridad que debemos tener con nuestros prójimos.

5. Para evitar estas faltas, huyamos luego al punto de los que murmuran. « Si oyes

1 Eccli., XIX, 10-11.

2 Eccli., XXVIII, 28.

murmurar á alguno, huye de él como de una serpiente », nos dice San Jerónimo. Y cuando esto no se pueda, ya por el respeto á las personas que murmuran ó por otras circunstancias, mostremos en el semblante el desagrado que tales pláticas nos causan; porque el viento Norte disipa las lluvias, y un semblante severo reprime la lengua murmuradora¹. Y con la tristeza del semblante se corrige el ánimo del que peca².

6. También podemos mudar tal conversación con otra buena, no esperando muchas coyunturas ni que venga á propósito lo que deseamos, porque de esta manera se conocerá más bien nuestro interior; si hacemos lo contrario, esperando el fin de la plática ó que lleguen algunas coyunturas, que quizá no llegarán, no evitaremos el mal, y nuestras palabras entonces serán acaso inoportunas.

7. Muchas veces, al murmurar de nuestros prójimos, decimos lo que no es verdad, y en tal caso es más grave nuestra falta. « Preceda á todas tus obras la palabra de verdad, — nos dice el Espíritu Santo³. » Nadie ignora cuán indigna es de un cristiano la mentira. Para evitarla debemos recordar que entre las cosas que

¹ Prov., XXV, 23.

² Eccles., VII, 4.

³ Eccl., XXXVII, 20.

Dios aborrece, la segunda es la lengua mentirosa.

8. Miéntese también diciendo más de lo que es; y por lo mismo, para no cometer esta falta, huyamos de exageraciones y encarecimientos, pues muchas veces encarecemos y exageramos las cosas más de lo justo.

9. No afirmemos nunca con demasiada certidumbre y pertinacia, pues esto nos lo prohíben la modestia y humildad cristianas, ni estemos muy fiados en nuestro propio parecer; antes bien, siguiendo el ejemplo de los santos, desconfiemos de nosotros mismos.

§ II

No sólo debemos hablar siempre con verdad, sino también con sencillez, sin doblez, sin usar de palabras equívocas. « El que habla sofisticamente, con doblez, fingimiento y equívocaciones, se hace odioso, — nos dice el Espíritu Santo; — se quedará con las manos enteramente vacías, saldrá mal en todo¹. » Y San Agustín dice « que toda simulación y duplicidad es mentira ». Si en algún caso es lícito hablar con palabras equívocas á fin de ocultar lo que no conviene que se sepa, esto no debe ha-

¹ Eccl., XXXVII, 23.

cerse ordinariamente, pues destruiría la confianza social y el dulce sentimiento de comunicación fraternal que debe existir entre los cristianos.

11. En nuestras conversaciones no usemos de palabras juglares y ridículas, ni mezclemos las burlas y retruécanos, que desdican de la gravedad cristiana y lastiman muchas veces el amor de nuestros prójimos; no conviene á quien trata de santificarse el hacerse chocarrero. Y tenemos de procurar que no salgan tales dichos de nosotros, ni tampoco de nuestros prójimos, valiéndonos para esto de la virtud de la prudencia.

12. Sobre todo no usemos de palabras picantes que mortifican al prójimo, y que son tanto más perjudiciales cuanto se dicen con mayor gracia, y así se imprimen más en los que las oyen.

13. No olvidemos nunca esta doctrina del Apóstol: «No salga palabra mala de vuestra boca, sino todas vuestras pláticas sean siempre buenas para edificación de la fe, que den gracia é inspiren piedad á los oyentes, que los inflamen y enciendan en el amor de Dios y en deseos de la virtud y perfección.»

14. Para poder practicar con más facilidad lo que vamos diciendo, nos ayudará mucho

1 Ephes., IV, 29.

acostumbrarnos á hablar, así en el seno de nuestra familia como con nuestros amigos y conocidos, de cosas buenas y espirituales. El gran San Francisco de Asís mandaba á sus hijos que lo hicieran así, y el Señor se apareció en medio de éstos en forma de un hermosísimo joven, dándoles la bendición é indicando cuánto le agradaban semejantes pláticas.

15. Amemos mucho á Dios y tengamos gran afecto á las cosas espirituales, pues de esta suerte no nos cansaremos de hablar de Dios; antes tendremos mucho gusto en ello, porque nada consuela tanto como hablar de lo que se ama. Por esto el comerciante habla con gusto de sus negocios y ganancias, el labrador de sus cosechas y el pastor de sus rebaños. «Ellos son del mundo, —decía San Juan, — y por esto hablan de las cosas del mundo.» Seamos, pues, de Dios, y hablaremos siempre de su amor y de su santa gloria, y de esta suerte nos inflamaremos más y más en ese mismo amor. Los discípulos que iban al castillo de Emaús, hablando con ellos el Señor, decían después: «¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras Jesús nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras?»

16. Todas las conversaciones de Santo To-

1 Joann., I, 4-5.

2 Luc., XXIV, 32.

más de Aquino eran de cosas santas y provechosas á la salud de las almas, y por esto, después de haber hablado, volvía con mucha facilidad á la oración.

17. Por el contrario, si nuestro trato y conversación no es de Dios, correremos gran peligro de manchar nuestro corazón, pues fácilmente haremos lo que oímos y tratamos.

18. Cierto es que debemos acomodarnos á todos por medio de la suavidad, del buen trato y de una amable condescendencia; pero esto ha de ser para levantarlos y salvarlos, y no para perdernos. Quien da la mano para levantar al que está caído, no se arroja al suelo; se inclina solamente para poderlo hacer sin su propia desgracia.

19. Finalmente, portémonos en esta materia de tal manera que todos los que nos vieren ú oyeren se edifiquen con nuestra conducta y puedan decir: «He aquí un verdadero cristiano que nunca falta en sus palabras.»

TRATADO IX

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPITULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la humildad. — Es el fundamento de las otras virtudes. — Sus grados. — El propio conocimiento. — Su práctica. — Falsa humildad. — Bienes del propio conocimiento. — Males que hay en no conocernos. — Ejemplo de los santos. — Cómo debemos ocuparnos durante la oración en el propio conocimiento. — A quiénes conviene.

§ 1

APRENDED de Mi, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas¹. » Jesucristo, Maestro de todas las virtudes, lo fué especialmente de la humildad, que nos enseñó con su ejemplo y doctrina. Toda su santísima vida fué un continuo ejercicio de esta virtud: descendió de los cielos abatiendo su infinita grandeza, nació en un pesebre y murió en las ignominias de una cruz, para enseñar al hombre á no ensoberbecerse. Y si el Hijo de Dios, igual al Padre, toma la forma de siervo y quiere ser humilla-

¹ Matth., XI, 29.

más de Aquino eran de cosas santas y provechosas á la salud de las almas, y por esto, después de haber hablado, volvía con mucha facilidad á la oración.

17. Por el contrario, si nuestro trato y conversación no es de Dios, correremos gran peligro de manchar nuestro corazón, pues fácilmente haremos lo que oímos y tratamos.

18. Cierto es que debemos acomodarnos á todos por medio de la suavidad, del buen trato y de una amable condescendencia; pero esto ha de ser para levantarlos y salvarlos, y no para perdernos. Quien da la mano para levantar al que está caído, no se arroja al suelo; se inclina solamente para poderlo hacer sin su propia desgracia.

19. Finalmente, portémonos en esta materia de tal manera que todos los que nos vieren ú oyeren se edifiquen con nuestra conducta y puedan decir: «He aquí un verdadero cristiano que nunca falta en sus palabras.»

TRATADO IX

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPITULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la humildad. — Es el fundamento de las otras virtudes. — Sus grados. — El propio conocimiento. — Su práctica. — Falsa humildad. — Bienes del propio conocimiento. — Males que hay en no conocernos. — Ejemplo de los santos. — Cómo debemos ocuparnos durante la oración en el propio conocimiento. — A quiénes conviene.

§ 1

APRENDED de Mi, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas¹. » Jesucristo, Maestro de todas las virtudes, lo fué especialmente de la humildad, que nos enseñó con su ejemplo y doctrina. Toda su santísima vida fué un continuo ejercicio de esta virtud: descendió de los cielos abatiendo su infinita grandeza, nació en un pesebre y murió en las ignominias de una cruz, para enseñar al hombre á no ensoberbecerse. Y si el Hijo de Dios, igual al Padre, toma la forma de siervo y quiere ser humilla-

¹ Matth., XI, 29.

do, ¿será razón que el hombre, que es polvo y ceniza, busque la grandeza, la estimación y la gloria?

2. El Señor nos dijo que aprendiésemos de El, no á fabricar los cielos y la tierra, ni á sanar los enfermos y resucitar los muertos, sino á imitar la mansedumbre y humildad de su divino corazón.

3. No sólo es muy excelente la humildad, sino también muy necesaria, pues todas nuestras obras deben ir precedidas y acompañadas de esta virtud; de otra suerte, la vana complacencia y la soberbia las arruinarán del todo: querer reunir virtudes sin humildad, es como levantar un montón de polvo, que se lleva el aire.

4. La humildad es la raíz y el fundamento de todas las virtudes; y así como la raíz sustenta á la flor, y cortada aquélla ésta se marchita, así las otras virtudes reciben su savia de la humildad, y si ésta se corta, aquéllas se secan muy presto. — La raíz está debajo de la tierra, la pisamos con facilidad y no descubre su hermosura; y con todo, para que el árbol crezca y dure mucho tiempo, es necesario que la raíz éntre en la tierra más profundamente, y así también, para que la virtud se levante á mayor elevación y sea más duradera, el hombre tiene que ir descendiendo á cada paso hasta llegar al abismo de su propia nada.

5. La humildad es el cimiento de todas las virtudes. Dos cosas se necesitan para fundar bien una casa: abrir los cimientos y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar á la firmeza; después de esto se asientan las piedras del cimiento. Ahora bien: « en el edificio espiritual, — dice Santo Tomás, — la humildad abre los cimientos y echa fuera la arena y la tierra; su oficio es ahondar más y más, hasta llegar á la piedra viva, á la peña firme, que es Jesucristo, verdadero cimiento, fuera del cual nadie puede poner otro ¹. »

6. De aquí que no son verdaderas virtudes, sino aparentes, las que no se fundan en la humildad; por esto decía Santo Tomás: « Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco y le pesa si lo es, aunque haga maravillas está lejos de la perfección, porque eso es virtud sin cimiento. »

7. La humildad es el fundamento de la fe, la cual pide un entendimiento humilde y rendido y que esté cautivo en obsequio de Jesucristo. « ¿Cómo podéis vosotros creer en Mí, — decía el Señor á los judíos, — cuando queréis ser honrados unos de otros ²? »

8. La humildad es necesaria para conservar la fe, pues el principio de todas las herejías es

¹ Cor., III, 11.

² Joann, V, 44.

la soberbia, que nos hace anteponer nuestro propio sentir al de la Iglesia.

9. La esperanza se sostiene con la humildad, porque el humilde siente sus necesidades y conoce que por sí mismo no las puede remediar; por esto acude á Dios y todo lo espera de su gran bondad.

10. El amor de Dios se enciende y aviva con la humildad, porque esta virtud nos enseña que todos los bienes descenden de Dios, que no los merecemos y que somos muy indignos de ellos, y esto enciende y aviva en nuestros corazones la llama de la caridad, pues vemos que á pesar de todo somos objeto de los cuidados y del afecto de nuestro Dios. Y cuanto más conozcamos la grandeza de nuestras miserias brillará más y más á nuestros ojos la bondad de Dios, y le alabaremos y le amaremos con más tierno y ardiente amor.

11. La humildad nos es muy necesaria para conservar el amor del prójimo, pues lo que suele entibiarse este amor es juzgar las faltas de nuestros hermanos y tenerlos por imperfectos; mas el humilde está bien lejos de hacerlo: ve en sí mismo sus propias faltas, y en los otros las virtudes que los adornan, y los tiene por mejores que á sí mismo. De aquí se sigue su estimación, respeto y amor á los demás, y por esto no siente que le sean preferidos ni tiene envidia de su bien.

12. De la humildad nace la paciencia, porque el humilde conoce sus pecados y ve que es digno de humillación y desprecio, y cualquier trabajo lo juzga por menor del que merece. Y al revés del soberbio, que de todo se queja y juzga que en todo le faltan, aunque no sea así, el humilde á nadie resiste, y aunque le hagan injuria la humildad se la oculta, y por esto recibe con dulzura todos los trabajos y desprecios que le vienen de los hombres.

13. De la humildad nace también la paz: entre los humildes no hay disensiones ni porfías, sino solamente deferencia y mutuo rendimiento.

14. La humildad es muy amiga de la pobreza evangélica, y ésta sin aquella corre muchos peligros; pues muy fácilmente puede originarse espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre, de la mala comida, etc., y de ahí suele venir el despreciar á los demás.

15. A la castidad le es necesaria la humildad. Muchos ejemplos tenemos en la historia de los Padres del Yermo de tristes caídas en hombres que habian pasado muchos años en la penitencia y el retiro, naciendo todas ellas de falta de humildad.

16. Respecto á la obediencia, quien no fuere humilde no será buen obediente, ni dejará de serlo si tuviese humildad, porque el humilde se conforma con el juicio del superior en la obra,

en la voluntad y en el entendimiento sin ninguna resistencia ni contradicción.

17. Finalmente, respecto á la oración, si no va acompañada de humildad no tiene valor, y con la humildad penetra los cielos. «La oración del que se humilla, — dice el Sabio, — pasará las nubes y no descansará hasta alcanzar de Dios lo que desea.» El publicano humillándose fué justificado, y el soberbio fariseo no alcanzó perdón.

§ II

18. La virtud de la humildad contiene tres grados, según San Buenaventura. El primero, que el hombre se tenga en poco y sienta bajamente de sí mismo, y el medio único y necesario para conseguirlo es el propio conocimiento; porque, si no nos conocemos, no podremos tenernos en poco ni sentir como debemos de nosotros mismos.

19. He aquí de qué manera podremos conocernos: consideremos nuestro propio ser y hagámonos estas preguntas: ¿Qué fuimos? En el tiempo de nuestra generación, una materia sucia é indigna de nombrarse. ¿Qué somos ahora? Vasos de corrupción. ¿Qué seremos dentro de breve tiempo? Manjar de gusanos. Los árboles del campo producen hojas, flores y frutos

muy buenos; el hombre arroja de sí corrupción y suciedad. Es nuestro cuerpo un como sepulcro blanqueado y como muladar cubierto de nieve, lleno en su interior de toda especie de inmundicia. No es el hombre sino un poco de podre y un manantial de gusanos; pues ¿de qué se ensoberbece el polvo y la ceniza?

20. Antes que el Señor nos criase éramos nada, y sólo por su bondad tenemos la existencia; por lo mismo, si alguno piensa que es algo, se engaña á sí mismo, porque es nada.

21. El Señor conserva nuestra vida con su continua asistencia, y si retira su mano protectora dejamos de vivir. ¿De qué, pues, se ensoberbece la nada?

22. ¿Habrà otro abismo más profundo que la misma nada? Si lo hay: el pecado; abismo adonde hemos descendido por nuestra propia malicia, porque no hay lugar tan bajo, tan apartado y despreciable á los ojos de Dios como aquel á que nos arroja la culpa mortal; culpa que nos priva del cielo y nos hace enemigos de Dios, siendo por ello sentenciados al infierno para siempre jamás. Al vernos, pues, cubiertos con la lepra del pecado, ó al recordar los pecados que hemos cometido, procuremos humillarnos más y más, persuadidos á que nunca llegaremos á la profunda sima del desprecio que merece el que ha ofendido al bien infinito, que es Dios. ¡Oh! Si anduviésemos siempre con la

consideración de nuestros pecados y miserias, ¡cuán humildes seríamos, en qué poco nos tendríamos y con cuánta voluntad recibiríamos los desprecios de los hombres! Si el que ha sido traidor á Dios y le ha ofendido por gozar un deleite sucio y momentáneo merece estar en los infiernos, ¿qué deshonras y afrentas no recibirá de buena gana en satisfacción de sus pecados? ¿No deberá ser tenido en poco el que tuvo en poco á Dios? Y la voluntad que se atrevió á ofenderle, ¿no tendrá que ser humillada y castigada? Y aunque confiemos que el Señor nos haya perdonado nuestras culpas, esto no lo sabemos de cierto, y ¡ay de nosotros si no estamos en su gracia! Esto deberá servirnos para andar siempre humillados y confundidos y llenos de temor, y para pedir á Dios misericordia y estimularnos para bien obrar y no despreciar á nadie aunque haya pecado más que nosotros, pues éste acaso está ya perdonado, y nosotros no sabemos si lo estamos.

23. Los males que causó en nosotros el pecado original nos dan muy abundante materia para humillarnos. Está lleno el corazón del hombre de inclinaciones y apetitos desordenados y vergonzosos. Somos muy fáciles en seguir las más ignominiosas pasiones y en entregarnos á toda suerte de infamias. ¡Oh, cuánto es lo que debemos humillarnos al considerar nuestra inmensa y profunda miseria!

24. He aquí ahora cómo debemos ejercitarnos en el conocimiento de nosotros mismos. Consideremos nuestras miserias y flaquezas para desconfiar enteramente de nosotros y humillarnos más y más; pero no paremos aquí, porque el desaliento y la mayor desconfianza se apoderarían de nosotros, sino pongamos luego los ojos en la infinita bondad del Señor, con cuya gracia todo lo podemos. Esto nos impedirá desalentarnos. Y si volvemos otra vez á contemplar nuestras miserias, podremos conservar al mismo tiempo la humildad y la confianza. Así la escala de Jacob por una parte estaba fija en la tierra, y por la otra llegaba al cielo. Subamos nosotros y bajemos continuamente por la humildad, subiendo por medio de la confianza que debemos tener en Dios nuestro Señor, y bajando por el conocimiento de nuestras flaquezas y miserias.

25. Grandes son los bienes que trae consigo nuestro propio conocimiento: por él alcanzamos la humildad y conocemos á Dios más que por el ejercicio de todas las ciencias. Jesucristo nos da la vista que nos falta y hace que nos conozcamos á nosotros mismos, del mismo modo como se la dió en otro tiempo al ciego de nacimiento, poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuimos formados, la nada que somos, de suerte que conociéndonos conozcamos también al Señor; y mientras más conociere-

mos que nada bueno hay en nosotros, que sólo tenemos pecado y miseria, más descubriremos la bondad y misericordia con que el Señor nos trata. De aquí vendremos á inflamarnos más en su divino amor, y no acabaremos de admirar su bondad y de darle gracias por la paciencia con que nos sufre y los favores de que nos colma, cuando muchas veces no podemos sufrirnos á nosotros mismos; y no sólo nos sufre, sino que llega á decir que sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

26. He aquí por qué los santos usaban tanto el ejercicio del propio conocimiento para aumentar su amor á Dios. El Serafín de Asís pasaba las noches enteras diciendo estas palabras: «¿Quién sois Vos, Dios mio, y quién soy yo?» Y San Agustín usaba esta oración: «Dios mio, que siempre eres el mismo, conózcame yo á mí mismo y conózcate á Ti.» Y cuanto más profundizaban en su propio conocimiento, más se elevaban á Dios y más se abrasaban en su santo amor; nunca dejaban de encontrar motivos para humillarse y confundirse, y de aquí nació en ellos el odio santo que sentían contra sí mismos al considerarse enemigos de Dios por sus pecados; se aborrecían por haber dejado á Dios á causa de sus culpas y haber merecido con ellas el infierno.

27. Pero tiene además otras ventajas el propio conocimiento: no sólo no nos acobarda ni

desmaya, sino antes nos inspira aliento y fortaleza para todo lo bueno; porque cuanto más nos conocemos, más desconfiamos de nosotros mismos, y ponemos toda nuestra confianza en el Señor y le atribuimos todo el bien que hacemos, y el Señor toma por suya nuestra causa y nos da con más abundancia sus auxilios; de esta manera descubre los tesoros y riquezas de sus misericordias por medio de instrumentos llenos de miseria y de flaqueza; y así como el médico gana más honra cuando es más grave la dolencia del enfermo, así también cuanta más flaqueza hay en nosotros, más honra gana el brazo de Dios; por esto, cuando el hombre se conoce y desconfía de sí mismo y pone toda su confianza en Dios, su divina Majestad le ayuda con todo el poder de su gracia.

28. Por aquí se entenderá que no es humildad el desmayo y la tristeza que á veces sentimos por falta de aprovechamiento espiritual, por no haber alcanzado la virtud ni vencido las malas inclinaciones; pues debemos confiar en Dios, con cuya gracia todo lo podemos, y no en nosotros, que somos incapaces para todo bien.

29. El Señor nos colma de sus dones cuando nos humillamos y conocemos nuestra flaqueza y miseria. «De muy buena gana me gloriaré en mis enfermedades y miserias, — decía San Pablo, — para que more en mí la virtud de Cris-

to «.» «Y si se ha de gloriar el cristiano, —nos dijo San Ambrosio, — lo ha de hacer en su bajeza y en su nada, pues éste es el camino para crecer delante de Dios.» Y así como acá los pobres, mientras más descubren su pobreza y sus llagas á los ricos misericordiosos, más les mueven á piedad y mayor limosna reciben, de la misma manera nosotros, mientras más conozcamos y confesemos nuestra miseria, más inclinaremos la misericordia de Dios para que tenga compasión de nosotros y nos comunique con mayor abundancia los dones de su gracia.

30. Muchos son, por el contrario, los males que trae consigo el no conocernos á nosotros mismos. En efecto: si juzgamos á nuestros hermanos ó hablamos de ellos, si murmuramos de los superiores, si excusamos nuestras faltas, si nos turbamos y entristecemos por las tentaciones y caídas, todo esto nace de que no nos conocemos ni somos humildes; que si lo fuéramos no pondríamos los ojos en los demás, veríamos á los superiores con gran respeto y sumisión, y lejos de admirarnos de nuestras caídas daríamos gracias á Dios que nos ha librado de otras mayores; pues de una sentina y manantial de vicios no es de esperar que salgan sino pecados, y de un muladar como somos

1. II Cor., XII, 6.

nosotros sino corrupción, ni de un árbol malo sino frutos malos.

31. San Francisco de Borja caminaba con tanta pobreza é incomodidad, que alguno le dijo que atendiese más á su persona, y el Santo, con alegre semblante, le contestó: «No voy tan desprevenido como parece, porque antes de llegar á la posada envió delante de mí un aposentador que la prepara muy bien: ese aposentador es mi propio conocimiento y la consideración del infierno que merezco por mis pecados; y cuando llego, la peor posada me parece muy buena y veo que no la merezco.»

32. Los santos nos advierten que nos ocupemos mucho durante la oración en el propio conocimiento, y reprenden el engaño de los que pasan ligeramente sobre sus defectos y se detienen en pensar cosas devotas, por el gusto que tienen en esto y no en la consideración de sus miserias; y la causa de esto es que no les agrada parecer mal á sus propios ojos, como la persona fea que no gusta de verse en el espejo; mas nosotros, si queremos aprovechar en el servicio de Dios, no dejemos que se nos pase ni un solo día sin ocuparnos en conocernos, humillarnos y confundirnos. El mismo San Francisco de Borja empleaba cada día las dos primeras horas de su oración en conocerse y despreñarse, y de todo tomaba ocasión para su propio abatimiento. Todas las mañanas besaba tres

veces la tierra para acordarse de que era polvo y que había de volver al polvo. Nosotros, á imitación suya, no paremos ni descansen en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en el alma un entrañable desprecio de nosotros mismos, y una confusión y vergüenza muy grandes delante de Dios viendo nuestra miseria y flaqueza. Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos á ser estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, en toda hora nos hallaremos levantados sobre nuestra nada, como el corcho sobre el agua.

33. Este ejercicio no es sólo de principiantes, sino conviene aun á los mayores santos, como San Pablo. Y no causa tristeza ni turbación, sino dulce paz y muy grande consuelo; porque, á pesar de todas nuestras miserias, luego ponemos los ojos en la bondad de Dios, en lo mucho que nos ama y padeció por nosotros, y esto nos llena de confianza y del más puro y santo gozo en el Señor.

CAPÍTULO II

Del segundo grado de la humildad y de la manera de adelantar en él. — Medios para alcanzar la perfección de este grado. — Motivos para ser humildes. — Ventajas de la humildad. — Desgracias que suelen venir contra los soberbios.

§ I

EL segundo grado de humildad consiste en que el hombre desee que los demás le tengan en poco. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad no nos sería muy difícil alcanzar este segundo, pues alegrándonos todos de que los otros se conformen con nuestro parecer, si realmente nos despreciamos á nosotros mismos y nos tenemos en poco, tendremos gusto en que los demás nos desprecien y no hagan caso de nosotros. Si no nos alegramos cuando nos desprecian, es porque en realidad no sentimos bajamente de nosotros mismos: somos humildes en nuestras palabras, mas no vive con nosotros la verdadera humildad; que si viviera, ni sentiríamos tanto cuando nos reprenden, ni diríamos palabra para defendernos, ni perderíamos la paz del corazón. Pero sucede muchas veces que hablamos de nosotros, sin querer por esto que los demás crean lo que decimos. Hay algunos que se humillan fingida-

veces la tierra para acordarse de que era polvo y que había de volver al polvo. Nosotros, á imitación suya, no paremos ni descansen en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en el alma un entrañable desprecio de nosotros mismos, y una confusión y vergüenza muy grandes delante de Dios viendo nuestra miseria y flaqueza. Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos á ser estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, en toda hora nos hallaremos levantados sobre nuestra nada, como el corcho sobre el agua.

33. Este ejercicio no es sólo de principiantes, sino conviene aun á los mayores santos, como San Pablo. Y no causa tristeza ni turbación, sino dulce paz y muy grande consuelo; porque, á pesar de todas nuestras miserias, luego ponemos los ojos en la bondad de Dios, en lo mucho que nos ama y padeció por nosotros, y esto nos llena de confianza y del más puro y santo gozo en el Señor.

CAPÍTULO II

Del segundo grado de la humildad y de la manera de adelantar en él. — Medios para alcanzar la perfección de este grado. — Motivos para ser humildes. — Ventajas de la humildad. — Desgracias que suelen venir contra los soberbios.

§ I

EL segundo grado de humildad consiste en que el hombre desee que los demás le tengan en poco. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad no nos sería muy difícil alcanzar este segundo, pues alegrándonos todos de que los otros se conformen con nuestro parecer, si realmente nos despreciamos á nosotros mismos y nos tenemos en poco, tendremos gusto en que los demás nos desprecien y no hagan caso de nosotros. Si no nos alegramos cuando nos desprecian, es porque en realidad no sentimos bajamente de nosotros mismos: somos humildes en nuestras palabras, mas no vive con nosotros la verdadera humildad; que si viviera, ni sentiríamos tanto cuando nos reprenden, ni diríamos palabra para defendernos, ni perderíamos la paz del corazón. Pero sucede muchas veces que hablamos de nosotros, sin querer por esto que los demás crean lo que decimos. Hay algunos que se humillan fingida-

mente, y su corazón está lleno de engaño y soberbia¹; porque, ¿qué mayor engaño que por medio de la humildad buscar la honra y estimación de los demás hombres? ¿Ni qué mayor soberbia que el pretender ser tenido por humilde? ¿Qué cosa puede haber más fuera de razón que querer parecer mejores en aquello mismo en que tratamos de ser despreciados?

2. Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos á ser estimados, que buscamos mil medios para conseguirlo: si hablamos ó hacemos alguna cosa que nos parece bien, preguntamos luego por las faltas que hay en ella para oír cómo nos alaban. Otras veces decimos mal de lo que hemos hecho para saber lo que los otros piensan y lograr que nos excusen. En otras ocasiones confesamos llanamente nuestras faltas para ganar de esta manera lo que hemos perdido por ellas, ó bien las exageramos para que, no pudiéndose creer lo que decimos, se atribuya todo á la humildad.

3. Tan excelente y preciosa es la humildad, que la misma soberbia pretende cubrirse con ella; y la soberbia es tan baja y vergonzosa, que no quiere presentarse á cara descubierta, pues quedaríamos muy avergonzados si entendiesen los otros que buscábamos su estimación y alabanza y que realmente éramos soberbios.

¹ Eccli., XIX, 23.

¿Pues por qué queremos ser lo que tendríamos vergüenza de parecer? El mal está en querer la honra, no en que los otros conozcan que la queremos. Y si tenemos vergüenza de los hombres, ¿por qué no la tenemos de Dios?

4. Conozcamos, pues, nuestra miseria y nada, y de tal conocimiento nazca el sentir bajamente de nosotros mismos, y despreciarnos y tenernos en poco; y de aquí subamos al segundo grado de humildad de que estamos hablando, alegrándonos y deseando que los demás sientan de nosotros lo mismo que nosotros sentimos, y que nos desprecien y tengan en poco.

5. En este segundo grado podemos adelantar de la manera siguiente: Primero, no sólo no deseando ser honrados de los hombres, sino antes huyendo de toda honra y estimación. Jesucristo nuestro Señor huyó al saber que querían elegirlo por rey después de la multiplicación de los cinco panes y de los dos peces.

6. El venerable Fray Gil, de la Orden de los Menores, sabiendo la caída de Fray Elias, que había sido ministro general y gran letrado, se arrojó al suelo y se apretaba contra la tierra; y preguntándole alguno por qué hacia aquello, contestó: «Quiero descender cuanto pudiere, porque aquél cayó por subir mucho.»

7. Segundo. Debemos sufrir con paciencia los desprecios que nos hicieren: «Acepta gus-

toso, — nos dice el Espíritu Santo, — todo cuanto te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento¹. »

8. Llévase adelante lo que quieran los demás, que en todo sean oídos y alabados, y reciban lo que pidan y se haga caso de ellos en todos los negocios; y á nosotros se nos contradiga, y nos humillen y desprecien, y entonces mostremos gran paciencia, y bendigamos á Dios, que nos presenta tantas ocasiones de humillarnos.

9. Tercero. No nos alegremos cuando los hombres nos alaban y muestran su aprecio. Esta es la diferencia que hay entre los soberbios y los humildes: alégranse los primeros cuando son elogiados, aunque sea con mentira, porque no reflexionan lo que son verdaderamente en sí mismos y sólo pretenden ser honrados; mas los humildes se avergüenzan y confunden en tales casos, porque les parece que no tienen las gracias y virtudes que los otros admiran en ellos, ó si las tienen temen que el Señor se las quiera premiar en este mundo. Y así como la plata se prueba en la hornaza y el oro en el crisol, así se prueba el hombre por la boca de quien le alaba². Si el oro es malo, se consume

¹ Eccli., II, 4.

² Prov., XXVII, 21.

en el fuego; y si es bueno, el fuego lo purifica más y más. Si el hombre se envanece con las alabanzas que recibe no es buen oro, pues se consume con ellas; pero si se humilla más y más es oro finísimo, acendrado y purificado, pues las alabanzas no han logrado sino hacerlo más humilde.

10. Para llegar á la perfección de la humildad debemos desear los desprecios y alegrarnos con las deshonras é injurias. Hay dos maneras de humildad: una de entendimiento, por la cual, viendo nuestra miseria y vileza, nos tenemos en poco y nos juzgamos dignos de todo desprecio. Otra de voluntad, y por ésta queremos ser tenidos en poco y deseamos que todos nos desprecien. En Jesucristo hubo esta última, no la primera, porque sabía que era hijo de Dios é igual al Padre. En nosotros deben existir las dos. Y para animarnos á abrazar la segunda, que es la más difícil, contemplemos el gran deseo y la sincera voluntad con que Jesucristo abrazó los desprecios por nuestro amor, no contentándose con humillarse haciéndose hombre por salvarnos, sino tomando la semejanza de pecador, siendo contado entre los malhechores y pospuesto á Barrabás. Y eran tan vivas y abrasadas las ansias que tenía de sufrir las afrentas é ignominias de su santísima Pasión, que llegó á decir: « He de ser bautizado con un bautismo de sangre; ; oh, cuánta pena

me da el ver que aún no se cumple ¹. » Y este bautismo comprendía los escarnios; las bofetadas, las salivas, los azotes, las espinas y el tormento de la cruz; y lo deseaba como quien espera una cosa muy agradable, y quería gustar todas aquellas afrentas hasta quedar enteramente satisfecho. Pues si el Hijo de Dios tuvo tan gran deseo de las deshonras y desprecios, y los recibió con tanto gusto por salvarnos, no es mucho que nosotros, tan dignos de todo desprecio y deshonra, queramos por su amor ser tenidos en lo que somos, y nos alegremos en ser afrentados por su causa; y así como los mundanos aman y buscan con tanta diligencia la honra y el aprecio acá en la tierra, así nosotros busquemos y estimemos todo lo contrario, deseando sufrir injurias, falsos testimonios y afrentas para imitar en alguna manera á Jesucristo. Vos, Señor mío, fuisteis infamado y puesto como malhechor entre dos ladrones: no permitáis que yo sea tenido por bueno; que no es razón que el siervo sea tenido en más que el Señor, ni el discípulo en más que su maestro. Y si á Vos os persiguieron y menospreciaron, persiganme á mí también, desprecienme y afrentenme para que os imite y sea vuestro discípulo.

11. Los deseos de la humillación y del des-

¹ Luc., XII, 25.

precio han de ser muy sinceros, y debemos procurar que sean tan perfectos que cuando la ocasión se brinde recibamos los desprecios con gozo y alegría, y no como por fuerza ni con resistencia alguna; porque mientras no practicamos las obras de virtud sino á más no poder, nos costará mucho el perseverar en ella; pues lo que se hace de esta manera no puede durar mucho tiempo. Nada violento es perpetuo.

12. El gozo que hallaban los santos en las humillaciones y desprecios hacia que ejecutasen algunas acciones inconvenientes según la prudencia de la carne. Así, por ejemplo, el humilde San Francisco se puso á amasar barro con los pies para huir la honra y el recibimiento que le querían hacer en cierta ocasión. Y Fray Junípero, con el mismo fin se ponía á jugar con los muchachos. Veían los santos que el mundo había despreciado al Hijo de Dios, la sabiduría del Padre, y por eso reprobaban lo que el mundo aprobaba y amaban lo que él aborrecía, huyendo con sumo cuidado de ser apreciados de aquel que despreció al Señor, y teniendo por una gran señal del amor de Jesucristo el sufrir los desprecios del mundo, desprecios que por tal motivo amaban y codiciaban cual incomparable y riquísimo tesoro.

13. He aquí algunas razones que nos manifiestan la necesidad de la humildad:

14. ¿Qué es la opinión y estimación de los

hombres, que tanta guerra nos hace y tanto nos da en que entender? Una vanidad que nos halaga y nada más, pero que realmente no nos confiere ningún verdadero bien. ¿Somos acaso mejores porque los otros nos tenga en algo, ó peores porque nos tengan en menos? Lo que cada uno es en los ojos de Dios, eso es y nada más. «Y no es aprobado quien se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda.»

15. La soberbia y estimación del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazón. Ahora bien: cuando una cosa está muy hinchada, parece grande y no lo es; lo mismo sucede con los soberbios, que son estimados del mundo, parecen grandes y no lo son.

16. Los soberbios que buscan honras son como los niños que cazan mariposas, y como las arañas que se desentrañan tejiendo sus telas para cazar moscas. Ellos trabajan, se fatigan y sudan para alcanzar las miserables alabanzas de los hombres, que nada valen. San Francisco Javier aborrecía muy particularmente la estimación del mundo, y exclamaba algunas veces: «¡Oh estimación, oh estimación de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!»

17. El soberbio y arrogante, no sólo es pe-

1 Il Cor., X, 18.

gador, sino loco. En efecto: ¿qué dijo el primer soberbio, que fué Lucifer? «Subiré al cielo, y pondré mi asiento sobre las nubes, y me sentaré sobre el monte del Testamento, y seré semejante al Altísimo.» ¿Qué cosa más desatinada y fuera de razón?

18. El rey de los asirios se gloriaba de haber vencido y sujetado á todos los reyes de la tierra, como quien toma un nido de pequeños pajaritos que crían las aves, como quien va á coger los huevos que han dejado. «Así, — decía aquel rey, — yo tomé toda la tierra con la misma facilidad, sin que hubiera quien se me nease y osase abrir la boca.» ¿Qué mayor locura? Y como los locos mueven á risa con las extravagancias que dicen y con lo que hacen, así también los soberbios con sus palabras arrogantes y la estimación que procuran provocan á risa y diversión. Y es peor la locura del soberbio y digna de mayor ignominia que la natural, porque ésta no trae consigo pecado, y si aquélla.

19. Condescendemos con los locos por tener paz con ellos, y no los contradecemos porque están locos, y de esta manera tratamos también á los soberbios. ¡Cuántas veces, en efecto, son elogiados, sin que aquellos que los elogian sientan lo que dicen, sino todo lo con-

1 Isa., XIV.

trario! Y delante de los otros se habla mal de ellos y se critican sus faltas, pero en su presencia se les alaba, porque todos conocen cuánto desean ser tratados de esta suerte. ¿Y qué mayor locura y vanidad que el pagarse tanto de estas alabanzas y buscarlas diariamente, y no poder vivir sin ellas?

20. Los soberbios son aborrecidos de Dios y de los hombres, nos dice la Santa Escritura; y así como el hombre que tiene el estómago dañado arroja un aliento corrompido, así el corazón del soberbio está exhalandos continuamente un hedor que nadie puede sufrir; acecha la caída de su prójimo y convierte el bien en mal¹.

21. Aun el mundo les da el pago que merece su soberbia, castigándolos en lo mismo que pretendían, pues todo les sale al revés; quieren ser estimados de todos, y vienen á ser tenidos por locos.

22. De todos es aborrecido el soberbio: de los mayores, porque quiere igualarse con ellos; de los iguales, porque quiere sobrepujarlos; y de los menores; porque quiere más de lo que es razón.

23. San Bernardo prueba la locura de los soberbios de la manera siguiente: « O fué locura la del Hijo de Dios, que escogió la humildad

¹ Ecdl., X, 7: XVII, 32.

y los desprecios, ó lo es la nuestra en buscar lo contrario. No fué locura la del Hijo de Dios, ni pudo serlo; luego locura es la nuestra, y somos locos en hacer tanto caso de la honra y estimación de los hombres. »

24. Notemos que si la soberbia al ser conocida trae consigo el desprecio, la humildad, aunque ella no lo quiera, es honrada de todos; y por lo mismo, aun por prudencia y buen juicio deberíamos ser humildes, por ser aquella virtud camino de la honra. El que se humilla será ensalzado. No queremos decir que debamos humillarnos para ser honrados, sino solamente que ni aun por este motivo es codiciable la soberbia; porque así como la sombra nos va siguiendo cuando huimos de ella y se retira cuando la seguimos, así también la honra y estimación se alejan de nosotros al buscarlas, y, por el contrario, huyendo de ellas se empeñan en seguirnos dondequiera que marchamos. « Cuando fueres convidado á bodas, — dijo el divino Salvador, — no te pongas en el primer lugar, no sea que otra persona de más distinción que tú haya sido convidada por el dueño, y viniendo el que á ti y á él ha convidado, te diga: Haz lugar á éste, y entonces te veas precisado á ocupar el último lugar. Por el contrario, cuando fueres convidado ve á ponerte en el último lugar, para que cuando llegare el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba.

Entonces te resultará grande honra en presencia de los convidados ¹. »

25. La humildad trae consigo la paz del corazón. El Señor nos dijo: « Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. » Al humilde no le turban los desprecios; porque en ellos halla gran consuelo; ni las alabanzas de los hombres le envanecen; las huye, las ve con horror y las desprecia; ¿qué habrá, pues, que pueda inquietarle y hacerle perder la paz del Señor? He aquí uno de los principales motivos que deben animarnos á despreciar la honra y estimación del mundo: la paz de nuestras almas.

26. Al contrario, los soberbios nunca gozan de la suavidad de esta paz; y aunque algunas veces parezca que la tienen exteriormente, con todo no la tienen en su corazón. El soberbio anda, por una parte, con deseos de honra y estimación, y nunca ó casi nunca consigue todo lo que quiere, y por otra, anda lleno de envidia, porque ésta es hija de la soberbia y su inseparable compañera; y cuando el soberbio ve que otros son estimados ó le son preferidos, su corazón rebosa en amargura y le devora la inquietud, y el desasosiego no le deja descansar. Amán era el privado de Asuero, hombre muy rico, grande entre los príncipes del reino,

¹ Luc., XIV, 25.

temido y estimado de todos; pero era soberbio, y porque un pobre judío que estaba sentado á las puertas de palacio no hacía caso de él, ni se quitaba el sombrero, ni se levantaba cuando él pasaba, se llenó de indignación y de furor, y le parecía como si no tuviese nada al ver á aquel judío, y para vengarse de él procuró la muerte de todos los israelitas, y en su misma casa levantó una viga para ahorcar á Mardoqueo, que así se llamaba el judío; pero todo le salió al revés, pues Amán fué el ahorcado. Así suele pagar el mundo á los soberbios.

27. Cuando el soberbio no consigue lo que pretende, se llena de tristeza y abatimiento; pero el humilde, que no desea la honra ni el aprecio de los hombres, está libre de estas turbaciones y miserias. Y así, aunque no hubiera en la humildad sino sólo nuestro interés y la paz del corazón, debiéramos procurar esta virtud; ¿cuánto más habiendo en ella tantos otros bienes?

CAPÍTULO III

Práctica de la humildad.

§ I

Las ciencias y las artes se adquieren con el ejercicio, y lo mismo sucede con las virtudes morales. Para ser buen músico ó buen filósofo, tenemos que ejercitarnos en la Filosofía y en la Música, y para alcanzar el hábito de la humildad tenemos que ejercitarnos en sus actos. Y si creyéramos que para alcanzarla nos bastan la razón y los documentos y avisos de la Escritura divina, nos engañaríamos. El que quisiera aprender á construir edificios y sólo se entretuviese en oír los documentos y avisos del arte, nunca aprendería; así tampoco aprenderá la humildad el que no practique esta virtud.

2. «La humillación exterior, — dice San Bernardo, — es el medio para alcanzar la humildad, como la paciencia lo es para alcanzar la paz, y el estudio para obtener la ciencia. Por lo mismo, si queremos ser humildes no huyamos de la humillación.»

3. Entre el hombre interior y el exterior hay una dependencia y unión admirables; de manera que, cuando el cuerpo anda humillado, se

despierta en el corazón el afecto de la humildad. El inclinarse á los otros ó besarles los pies, el usar vestido pobre, el oficio bajo y humilde, todo esto parece que engendra la humildad en el corazón; y si ya la hay la conserva y aumenta, porque el cuerpo comunica al alma sus disposiciones, y por esto de una manera estamos en la salud, y de otra en la enfermedad; unos sentimientos se despiertan en el alma en la opulencia, y otros en la pobreza. Además, ayuda mucho la humillación exterior para adquirir la humildad, porque el objeto presente mueve más que el ausente; y por esto, más ganaremos sufriendo bien algún desprecio, que sólo deseándolo; más vistiendo pobremente, que sólo proponiéndose hacerlo; y asimismo el acto interior, cuando se acompaña con el exterior, por lo común se hace más intenso y eficaz.

4. El ejercicio exterior de la humildad es necesario para conservarla y aumentarla, porque la virtud se conserva y se aumenta por los mismos medios con que se adquiere.

5. Juntemos, pues, en nosotros continuamente la humillación y la humildad: de esta última, que consiste en despreciarse el hombre á sí mismo y tenerse en poco y en desear que lo tengan en poco los demás, ha de nacer la humillación exterior que manifieste el concepto que tiene de sí mismo.

6. La santísima Virgen dijo una vez á un

siervo suyo: « Mucho agradarás á Dios y vencerás á tu enemigo si te humillares siempre en la comida, en el vestido y en los oficios; en la comida, deseando y procurando los manjares más viles; en el vestido, el más pobre y grosero; y en los oficios, los más bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en los oficios más abatidos que otros desdennan, y de los cuales todos huyen. »

7. Si queremos practicar la humildad debemos guardarnos con mucho cuidado de no alabarnos á nosotros mismos, ni decir palabras que den á entender el talento, la nobleza, la virtud ó cualesquiera otras gracias que el Señor nos haya dado; porque está escrito: « Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazón ni en tus palabras ¹. » Y también: « La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe; el extraño, y no tus propios labios ². »

8. Apenas habrá cosa buena en nosotros que no conozcan los demás; y si callamos y la escondemos con humildad, seremos más dignos de alabanza. Sucederá lo contrario si vamos publicándola.

¹ Job, IV, 14.

² Prov., XXVII, 2.

siervo suyo: « Mucho agradarás á Dios y vencerás á tu enemigo si te humillares siempre en la comida, en el vestido y en los oficios; en la comida, deseando y procurando los manjares más viles; en el vestido, el más pobre y grosero; y en los oficios, los más bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en los oficios más abatidos que otros desdennan, y de los cuales todos huyen. »

9. Debemos practicar la humildad en la oración del modo siguiente: Examinemos nuestra conciencia, y veamos si hay en nosotros grandes deseos de las humillaciones y desprecios; si no los hubiere, humillémonos delante del Señor y pidámosle con vivas ansias que los inspire á nuestro corazón, y suspiremos por alcanzarlos. Y si ya los tenemos no hay que pasar ligeramente por ellos, sino avivarlos y fortalecerlos, penetrándonos de su importancia y no parando hasta ponerlos por obra; y en esta misma, es decir, cuando recibamos las humillaciones, adelantar, aceptándolas primero con paciencia y después con santo gozo, y alegrándonos en ellas, como los mundanos en las honras, placeres y riquezas.

10. En la oración descendamos á casos particulares, imaginando los que aquel día se nos puedan presentar y deteniéndonos en ellos hasta no sentir dificultad ninguna, pues así va desarraigándose el vicio, y la virtud se va fortaleciendo en el alma. Si al principio sentimos turbación, detengámonos hasta que venga la calma, y otra vez imaginemos que recibimos humillaciones, desprecios é injurias; y si de nuevo nos turbamos, procuremos con la oración humillar-

nos repitiendo estos actos hasta sentir el corazón penetrado de vivos y santos deseos de humillaciones y desprecios.

11. Sin embargo de lo que hemos dicho, muchas veces podemos desear el tener buena opinión con los hombres y alegrarnos de tenerla; pero esto solamente puede hacerse cuando tal opinión es necesaria para el provecho del prójimo, y no alegrándonos en ella por sí misma, pues en tal caso no queremos sino la gloria de Dios y el provecho de nuestros hermanos. El que toma una purga por conseguir la salud, ama ésta y aborrece aquélla; así lo hace también el que admite la honra humana solamente como medio necesario para el servicio de Dios y bien de las almas; ése, en verdad, no quiere sino la gloria divina.

12. Pero no siendo necesaria aquella honra para los fines dichos, no sólo no hemos de alegrarnos, sino que es necesario entristecernos y afligirnos por ella. De manera que nuestros deseos y afectos, cuanto es de nuestra parte, se han de inclinar á las deshonras y desprecios; y dada la ocasión, debemos abrazarlos y alegrarnos en ellos, pues hemos hallado el precioso tesoro que andábamos buscando. Mas si rehusamos humillarnos al brindarse la ocasión, y si

1 Del examen particular sobre la humildad se habló en el tratado V.

cuando no son necesarios para el provecho del prójimo nos alegramos en la estimación y alabanzas de los hombres, entonces no buscamos la gloria divina ni el bien de los prójimos, sino solamente nuestra gloria y provecho.

13. Muy difícil es recibir la honra y no ensoberbecerse ni tener en ella vana complacencia; por esto los santos huían con tanto empeño los honores y las dignidades, y abrazaban las humillaciones y desprecios, que son el camino más seguro para conservar la humildad.

14. Si podemos alegrarnos santamente al ser estimados de los hombres por el bien de ellos, ¿no será muy conveniente que también nos alegremos en las humillaciones y desprecios por nuestro propio bien? Si nos gozamos en tener salud para trabajar en bien de los prójimos, ¿por qué no gozarnos cuando estamos enfermos, ya que entonces somos nosotros los que aprovechamos?

15. Y aun para el provecho del prójimo importa mucho el desprecio de la honra, porque el mundo la tiene en tan subida estimación que se admira de ver que haya quien llegue á despreciarla y tenerla en nada, y nace de aquí su respeto y estimación á tales personas, y el recibir con docilidad su doctrina y el quedar edificado con los ejemplos de su vida.

CAPÍTULO IV

Del tercer grado de humildad. — Su práctica. — Ejemplos de los santos.

§ 1

El tercer grado de humildad consiste en que teniendo uno grandes virtudes y dones de Dios, y siendo muy estimado de los hombres, no se ensoberbezca ni se atribuya á sí cosa alguna, sino que todo lo atribuya á Dios, de quien procede todo bien y todo don perfecto. Que el malo é imperfecto se conozca y se tenga en nada, no es mucho; pero que el rico se haga pobre, y el grande se humille y se conforme con los pequeños, esto es de admirar. Tal fué la humildad de la Reina de todas criaturas, la Madre purísima de Dios, que se llamaba á sí misma la esclava del Señor, á quien referia todas las gracias y prerrogativas de que estaba adornada, quedándose Ella firme en su profundísima humildad.

2. La dificultad de este grado consiste en que en las buenas obras que practicamos con la gracia del Señor, cooperando á esta misma gracia, no atribuyamos á nuestros esfuerzos el buen resultado, pues casi sin sentirlo confiamos

en nosotros mismos y entra en el alma la presunción y una soberbia secreta, y nos engreimos y envanecemos, y nos alzamos con la gloria de aquellas obras como si fuesen enteramente nuestras.

3. Es muy difícil evitar semejante vanidad y presunción siendo tan miserables como somos. Aun en el cielo algunos ángeles no la evitaron; se veían muy hermosos y colmados de los dones de Dios, y no permanecieron en la verdad ni atribuyeron á Dios la gloria de todo, sino á sí mismos; no porque desconocieran que todo su bien les venía del Señor y que de El dependían, sino porque quisieron robarle su gloria y complacerse en sí mismos. Pues si aquellos ángeles se desvanecieron y cayeron, sobrada razón tenemos nosotros de temer entre los honores y grandezas, porque somos hombres, que como el humo nos desvanecemos; y así como el humo, mientras más alto sube más se disipa y llega á perderse, así también el hombre cuanto más se eleva más se desvanece, y llegará á perderse si no procura con empeño conservarse en humildad.

4. Una vez que volvian los Apóstoles de la misión que el Señor les habia confiado, le dijeron: « ¡ Oh Señor, hemos hecho maravillas; hasta los demonios se rendían y nos obedecían en vuestro nombre. » El Señor les respondió: « Yo estaba viendo á Satanás caer del cielo como

un rayo¹.» Quiere decir: «Guardaos de la vana complacencia, pues por ella cayó Lucifer, contentándose de sí mismo y no atribuyendo á Dios la gloria que por sus dones le corresponde.»

5. Consiste el grado de humildad de que tratamos en distinguir el oro que nos viene de Dios por sus dones y beneficios, del polvo y miseria que somos nosotros, para dar á cada uno lo que le pertenece. No basta conocer especulativamente que nosotros nada podemos sin Dios, que de El es todo el bien y que El obra en nosotros el querer, el comenzar y el acabar; es necesario además conocer esto prácticamente, estando tan convencidos y penetrados de lo dicho como si lo viésemos con nuestros propios ojos y lo tocásemos con las manos. Y sentir y reconocer de esta manera los dones del Señor como ajenos y recibidos de su misericordia, es un don muy singular de su bondad.

6. Esta era la humildad de los santos, que á pesar de las gracias de que estaban colmados, y de sus muchas virtudes y del aprecio de los hombres, con todo eso se tenían por muy viles y como si nada tuvieran; no se les pegaba ninguna vanidad al corazón ni estimaban en nada la honra del mundo, porque sabían distinguir entre lo que era ajeno y lo que era propio, atribuyendo los dones y virtudes y esti-

¹ Luc., X, 18.

mación de que gozaban á Dios nuestro Señor, y rindiendo á El toda la gloria. Consideraban al mismo tiempo que de sí nada tenían y eran incapaces de obrar el bien, y de aquí les venía el no alegrarse con las alabanzas de los hombres, pensando que no hablaban con ellos, sino con Dios, á quien solamente pertenece toda bendición y toda gloria.

7. Tenemos parte en las buenas obras que hacemos, porque nuestro libre albedrío concurre y obra juntamente con Dios, y esto es lo que hace tan difícil, según dijimos, alcanzar el grado de humildad de que tratamos; pues por una parte debemos poner todos los medios que estén en nuestra mano para alcanzar la virtud y vencer las tentaciones, y por otra hemos de desconfiar de todo esto como si nada hubiésemos hecho, y tenernos por siervos inútiles, poniendo toda nuestra confianza en sólo Dios; si esto conseguimos habremos conseguido mucho, y fácilmente daremos al Señor en nuestras buenas obras la honra y gloria que le corresponden.

8. «Así como un cuerpo sin alma, — dice San Agustín, — no se puede mover, así nosotros, sin la gracia de Dios, no podemos hacer buenas obras en orden á la vida eterna.» Y como sería locura atribuir al cuerpo el movimiento y la vida, y no al alma, de quien recibe vida y movimiento, así también sería locura que el

alma se atribuyese á sí misma las buenas obras que hace, y no á Dios, que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia con que poder hacerlas. Y como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, no pueden ver sin luz, así el hombre no puede vivir virtuosa y santamente sin la luz de la gracia. ¡Oh, si acabásemos de entender que no tenemos de qué gloriarnos en nosotros mismos, sino en Dios! ¡Oh, si nos enviase Dios luz del cielo, con la cual, disipadas las tinieblas, conociésemos y sintiésemos que ningún bien, ni ser, ni fuerza alguna hay en todo lo criado fuera de lo que el Señor ha querido dar y conservar por su buena y adorable voluntad!

9. Esta es aquella aniquilación de nosotros mismos en que consiste la humildad; aquel terneros y confesarnos por indignos é inútiles para todo; aquella desconfianza de nuestras fuerzas, y aquel estar colgados y pendientes de la bondad de Dios; aquel terneros en nada que debemos sentir con verdad y prácticamente, como si lo viéramos con nuestros ojos y lo tocáramos con nuestras manos; entendiendo que de nuestra parte nada podemos ni tenemos sino perdición y pecado, y que todo el bien que obráremos no es de nosotros, sino sólo de Dios, á quien pertenecen la honra y gloria en todo y por todo.

10. Tanto en el ser de naturaleza como en

el de la gracia, todo nos viene de Dios; y así como el Señor, no sólo nos dió el ser natural, sino que nos lo conserva continuamente, así también sucede con el sobrenatural: nos da la gracia y nos conserva en ella para que no caigamos: esto basta para terneros en nada y por pecadores, porque cuanto es de nuestra parte, eso somos y fuimos, y eso seríamos si el Señor nos dejase de su mano. «¡Oh Dios mío, en cuántos pecados hubiéramos caído sin vuestro socorro! ¡cuántas ocasiones de pecar habéis alejado de nosotros, y cuántas veces habéis atado las manos al demonio para que no nos dañe! Tiempo ha que nos hubiéramos perdido si nos hubieran faltado los cuidados del más tierno y amoroso de los padres.» Reflexionemos, pues, lo que seríamos por nosotros mismos.

11. De aquí venían los santos á confundirse y despreciarse tanto, que no se contentaban con tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenían en menos que todos y por los más viles y pecadores que había en el mundo. Conocían que no había ningún peligro, y sí mucho bien en humillarse y ponerse debajo de los pies de todos, y que podían causarse mucho daño anteponiéndose á uno solo. No daña, pasando por una puerta baja, el inclinar mucho la cabeza; pero si no la bajamos lo que es necesario, podremos recibir un golpe funesto.

§ II

12. Los santos se tenían por los mayores pecadores, y con razón; ya que poniendo uno los ojos en sus propios defectos, y considerando en los demás los dones ocultos que tienen ó que pueden tener, con verdad podrá decir de sí que es más vil y mayor pecador que todos. ¿Sabemos, por ventura, si Dios ha perdonado á los demás? Tal vez ya están perdonados, y nosotros acaso todavía estamos en desgracia suya.

13. El verdadero humilde considera en los otros las virtudes y en sí mismo sus pecados, y anda tan ocupado en conocerlos y remediarlos que no levanta los ojos para ver las faltas ajenas. Mientras más santo es uno, más practica este documento; y según que tiene más conocimiento de la bondad de Dios, conoce más su miseria y su nada.

14. Ama Dios tanto la humildad que, á fin de que el hombre se conserve en ella, muchas veces su divina Majestad le oculta los beneficios y dones que le hace; y así como al salir el sol se ocultan las estrellas, así cuando la humildad brilla en el alma se encubren todas las demás virtudes y parecele al humilde que no tiene ninguna; no ve sino sus faltas é imperfecciones,

creyendo además que sólo descubre la menor parte de sus males.

15. Pero si Dios nos descubre sus gracias y los dones con que nos regala, debemos cuidar mucho no creer que tenemos más de lo que realmente se nos ha dado. Y aun conociéndolos, podemos tenernos por los mayores pecadores; he aquí cómo se explicaba acerca de este asunto el humilde San Francisco: «Verdaderamente entiendo y creo que si Dios hubiera hecho con un ladrón y con el mayor de todos los pecadores las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, sería mejor y más agradecido que yo. Y, por el contrario, entiendo y creo que si Dios levantase su mano de mí y no me tuviese, yo cometería mayores males que todos los hombres y sería peor que todos ellos.» Esto es lo que hacía á los santos hundirse debajo de la tierra y ponerse á los pies de todos: sabían penetrar muy bien lo que ellos eran y tenían de sí; su propia miseria y flaqueza y los dones de Dios los veían como cosa prestada que les servía para aumentar su humildad, creyendo que no usaban de ellos como era conveniente, y estaban temerosos por la cuenta que tenían que dar de los mismos.

16. Este tercer grado de humildad es medio para vencer las tentaciones y alcanzar la perfección de las virtudes; pues no se puede alcanzar la pureza de corazón ni la victoria sobre

nosotros mismos si no conocemos que toda nuestra industria y trabajo no son bastantes para eso sin especial ayuda de Dios. Este conocimiento debe ser prácticoy muy profundo en nosotros. Salomón nos dijo: «Luego que llegué á entender que no podía ser continente si Dios no me lo concedía, — y conocer esto es gran sabiduría, — acudí al Señor y se lo pedi con fervor¹.» Contiente, en este lugar, significa la represión de todas las pasiones y apetitos, é indica la fuga de todos los vicios, lo que no puede alcanzarse sin particular gracia de Dios nuestro Señor.

17. Preciso es por lo mismo conocer nuestra miseria para vencer las tentaciones y adquirir las virtudes.

18. El abad Moisés, para triunfar de las tentaciones contra la castidad, trabajaba mucho, comía muy poco, practicaba grandes mortificaciones y se entregaba á la oración la mayor parte de la noche, y con todo no cesaban sus combates, porque aún no tenía el don de la desconfianza de si mismo; mas luego concluyeron cuando llegó á ser muy humilde. Lo mismo sucedió al abad Pacón, á quien Dios le dijo que había permitido tan recias batallas para que conociera su flaqueza y lo poco ó nada que tenía de su parte, y se humillara en todo, no

¹ Sap., VIII, 21.

confiando en cosa alguna de si mismo, mas acudiera siempre al Señor.

19. A pesar de la absoluta desconfianza que la humildad exige de nosotros, esta virtud no nos vuelve cobardes, ni incapaces de grandes acciones, pues se halla en perfecta armonía con la magnanimidad. En efecto: el hombre magnánimo desea hacer cosas grandes y dignas de honra, y realmente las emprende; pero no las desea por la honra humana, ni es éste su fin: tiene su corazón muy elevado y ve con indiferencia la honra y la deshonra, y sólo tiene por grande á la virtud, en cuyo amor arden sus deseos; mas para ver con tal indiferencia las honras y alabanzas de los hombres es indispensable tener mucha humildad.

20. El varón magnánimo emprende grandes cosas, pero no fiando en si mismo, que esto sería presunción y soberbia, sino en Dios solamente, en quien todo lo puede, y para esto es necesario tener mucha humildad; pues el humilde es verdaderamente quien confía en el Señor, y los que confían en su divina Majestad mudarán de fortaleza, dejando la fortaleza de los hombres, que es debilidad, por la de Dios, y cambiando su brazo de carne por el brazo de Dios; y así quedan fuertes, porque todo lo pueden en Dios.

21. El humilde San Francisco, entrando en un pueblo, recibía la honra que le tributaban

como á santo besándole las manos, el hábito y los pies, y él no se resistía, que antes bien dijo á su compañero: «Nada hace esta buena gente en comparación de la honra que debía hacer, y que yo no me atribuyo á mí mismo, mas toda la refiero á Dios, de quien es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza, y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura.» Pues á esta humildad hemos de procurar llegar nosotros con la divina gracia, no dejando que se nos pegue la honra, sino refiriéndola toda enteramente á Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO V

Bienes de la humildad. — Favores que Dios hace á los humildes. — La humildad tabla de salvación para los pecadores.

§ I

Por medio de la humildad damos al Señor gracias por sus beneficios, pues no nos atribuímos bien ninguno á nosotros mismos, sino todo lo referimos á su divina Majestad, ofreciéndole toda la gloria que le corresponde. Y este agradecimiento no es de palabra solamente, sino de afecto y de obra, pues el profundo conocimiento de nuestra vileza y miseria nos despoja de la honra, que bien conocemos que no es nuestra, para rendirla al Señor.

2. Siguese de aquí otro bien en el verdadero humilde, el cual ni por la abundancia de los dones de Dios, ni por la estimación de los hombres, se tiene en más, sino siempre permanece en su miseria y bajeza y en su nada; antes bien, como el que ha recibido prestada una gran cantidad de dinero anda con harta pena y cuidado por tener que pagarlo á su tiempo, el humilde reconoce la grandeza de su obligación y teme mucho no corresponder como es debido á los favores que el Señor le hace, y esto aumenta su humildad y confusión. Y no pone los ojos en los otros, ni desprecia á nadie, aunque los vea caer en grandes culpas, pues sabe que son de su misma masa, y que si él no ha caído lo debe á la gracia de Dios, sin la cual sería tan malo ó peor que los demás. Y tales beneficios aumentan su gratitud y lo humillan delante del Señor, pues no los ha merecido, y acaso los demás los hubieran aprovechado más que él.

3. La humildad nos alcanza grandes mercedes y gracias del Señor. «¿En quién pondré mis ojos, — dijo Dios por Isaias, — sino en el humilde, en el pobrecito, en el que tiembla y se confunde delante de Mí?» Y por Santiago: «Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes.» Lo mismo nos enseñó la purísima Virgen María en su cántico: «El Señor abate á los

1 Isa., LXVI, 2. — Jac., IV, 6.

soberbios y ensalza á los humildes; llena de bienes á los hambrientos y deja sin nada á los ricos. » Las aguas se dirigen á los valles y los hacen fértiles, y los dones de Dios descienden sobre los humildes y llenan sus almas de virtud y gracia. Dios enriquece tanto á los humildes porque nada se atribuyen, sino le dan toda la gloria, y teniéndose á si mismos como vasos de barro, buenos para nada, ponen en su divina Majestad toda su confianza, y la mano del Señor se extiende para sostenerlos, pues está escrito: «Humíllate al Señor y espera de su mano el amparo¹. »

4. Todos hemos pecado en muchas cosas, y no tenemos derecho ninguno delante del Señor; tenemos, empero, que temer sus terribles castigos. Es, por lo mismo, muy necio el que no se funda en la humildad, pues con ella podemos suplir lo que nos falta en todo. Cuando después de nuestros muchos pecados no podemos por falta de salud hacer penitencia, caminemos por la senda de la santa humildad, que no hallaremos entonces otro medio más conveniente de salvarnos.

5. De la misma manera, si no podemos orar ni hacer grandes cosas en el servicio de Dios, humillemos nuestras almas y así supliremos lo que nos falte.

¹ Eccli., XIII, 9.

§ II

6. Muy poco es, en verdad, esto que nos pide el Señor: que nos conozcamos y humillemos. ¿Tendremos acaso alguna excusa para dejar de hacerlo? No se nos pide salud, ni fuerza, ni talento, sino lo que tenemos siempre con nosotros: nuestra nada, que debemos conocer y despreciar.

7. Es indispensable humillarnos si no queremos que nos humille el Señor. Ama Dios tanto la humildad y aborrece tanto la soberbia, que permite que caigamos en faltas veniales para que viendo que aun en éstas, que son tan fáciles de evitar, sucumbimos sin su auxilio, conozcamos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores y andemos siempre con humildad y temor, sin atribuirnos á nosotros mismos sino el pecado y la miseria. Y si estas faltas no bastan para humillarnos, suele también permitir que caigamos en pecados mortales y muy vergonzosos, pues castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria. Y así como Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña, así también hay en El una ira que llamamos pequeña y otra grande, y ésta es cuando desampara al hombre dejándole caer en pecados mortales; y sin embargo de ser ira

tan espantosa y tremenda, dicen los santos que algunas veces es bueno y provechoso al soberbio que Dios le castigue de esta manera, para sanarlo de la soberbia con tan terrible y funesta humillación. Aun en sus escogidos permite el Señor estas caídas cuando ve que la soberbia ha entrado en su corazón y que ellos tal vez no lo conocen; pero su caída se lo da á conocer, y así se humillan y hacen penitencia de ambos pecados y alcanzan perdón de ellos.

8. ¡Oh Señor! Castigadme con castigo de padre; curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con todas las humillaciones que queráis enviarme, pero no permitáis que me aparte de Vos.

¹ De civit. Dei, lib. XIV, cap. III.

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

CAPÍTULO PRIMERO

De las tentaciones en general. — Tiempos en que Dios las manda. — Bienes que hay en ellas. — Remedios contra las mismas.

§ I

LA vida presente está llena de tentaciones. « Como una guerra continua, nos dice el santo Job, y como el día del jornalero es el día del hombre en la tierra »; porque así como el jornalero trabaja todo el día, y después obtiene el premio y el descanso, así nosotros, en el día de la presente vida, estamos bajo el peso de la tentación y del trabajo, para recibir después el premio si acaso lo hemos merecido.

2. Dentro de nosotros mismos llevamos el origen de las tentaciones, en la rebeldía y con-

¹ Job, XIV.

tan espantosa y tremenda, dicen los santos que algunas veces es bueno y provechoso al soberbio que Dios le castigue de esta manera, para sanarlo de la soberbia con tan terrible y funesta humillación. Aun en sus escogidos permite el Señor estas caídas cuando ve que la soberbia ha entrado en su corazón y que ellos tal vez no lo conocen; pero su caída se lo da á conocer, y así se humillan y hacen penitencia de ambos pecados y alcanzan perdón de ellos.

8. ¡Oh Señor! Castigadme con castigo de padre; curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con todas las humillaciones que queráis enviarme, pero no permitáis que me aparte de Vos.

¹ De civit. Dei, lib. XIV, cap. III.

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

CAPÍTULO PRIMERO

De las tentaciones en general. — Tiempos en que Dios las manda. — Bienes que hay en ellas. — Remedios contra las mismas.

§ I

LA vida presente está llena de tentaciones. « Como una guerra continua, nos dice el santo Job, y como el día del jornalero es el día del hombre en la tierra »; porque así como el jornalero trabaja todo el día, y después obtiene el premio y el descanso, así nosotros, en el día de la presente vida, estamos bajo el peso de la tentación y del trabajo, para recibir después el premio si acaso lo hemos merecido.

2. Dentro de nosotros mismos llevamos el origen de las tentaciones, en la rebeldía y con-

¹ Job, XIV.

tradición de nuestra carne. Y hablando especialmente de los que se dedican al servicio del Señor, nos dice el Espíritu Santo: «Hijo, si quieres servir á Dios consérvate en justicia y en temor, y prepara tu alma para la tentación.» Y también: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, serán perseguidos y combatidos con tentaciones¹.» La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; «pero esto es, — dice San Agustín, — en los que tratan de virtud; porque en los malos no hay espíritu que contradiga á las inclinaciones de la carne, y por esto no sienten sus combates.» Por esto, una señal de que los demonios han sido vencidos por nosotros es la guerra que nos hacen, porque sólo se pelea contra los enemigos, y no contra aquellos que ya están vencidos y en nuestro poder.

3. En cuanto al tiempo de las tentaciones, algunos son tentados al principio de su conversión para que no piensen que ya son santos y la seguridad de la paz no los haga negligentes. Y si al entrar en el servicio de Dios el hombre es tentado como nunca lo había sido, no es porque en el mismo hombre no hubiera existido la raíz de aquellas tentaciones, sino porque éstas no se habían descubierto. El cardo que nace en el camino es de todos pisado, y no se echa

¹ Eccli., II, 1. — Tim., III, 12.

de ver ni descubre sus espinas; mas dejándolo de pisar, luego brotan las espinas y se echan de ver; así también, llevando una vida disipada y llena de ocupaciones y cuidados del mundo, no se descubren los pensamientos é inclinaciones que hay en nuestro corazón; pero al recoger-nos á la vida interior brotan las espinas y sentimos que las tentaciones nos molestan.

4. Otros muchos hay que al principio de su conversión sienten mucha paz y consuelo en sus almas; no sienten el combate de las tentaciones para que no les parezca dificultoso el camino de la virtud y no desmayen y vuelvan á la vida que han dejado. Dios les llena de consuelo para que, animados y fortalecidos, puedan á su tiempo resistir con mejor resultado las tentaciones; mas los que Dios trata de esta manera deben comprender que no han alcanzado la perfección, sino que su divina Majestad atiende á su gran miseria, portándose con ellos como un padre que, aunque ama á todos sus hijos, singulariza su cariño, por decirlo así, con los que están enfermos. Muchas veces también hace el Señor más regalos á los que fueron grandes pecadores que á los que conservaron la inocencia, para que aquéllos no desesperen ni desconfíen y éstos no se ensoberbezcan. Así lo hizo aquel buen padre de que nos habla el Evangelio con su hijo mayor y con el pródigo.

5. El Señor permite que nos vengan tenta-

ciones para que se vea si lo amamos de veras y de todo corazón, no para que nos perdamos.

6. Nos es provechoso el ser tentados y que Dios levante algunas veces su mano de nosotros, para que clamemos á El y vivamos en su santo temor.

7. La ociosidad y la prosperidad nos hacen mucho daño; mas los combates de las tentaciones nos dan en qué entender y nos quitan la falsa seguridad que acaso teníamos.

8. Siendo la vida un destierro y el hombre un peregrino que camina á la patria celestial, quiso el Señor que aquí tuviera el hombre tentaciones y trabajos, para que no tomase el destierro por la patria, ni se extraviara del buen camino, ni amase la gloria de este mundo más bien que la eterna, sino, al contrario, los males de la vida temporal le hicieran suspirar ardentemente por los bienes de la eterna.

9. Manda el Señor las tentaciones para darnos después mayor premio y corona en la gloria. Bienaventurado el hombre que sufre la tentación, porque después que fuere probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman. « Es necesario, — nos dice San Pablo, — entrar en el reino de Dios por medio de grandes tribulaciones ? »

1 Jac., I, 12.

2 Tim., II, 5.

10. Las piedras que se han de sentar en el templo de la gloria han de ir bien desbastadas y labradas; tanto más cuanto fuere mejor el lugar en que se han de poner. He aquí la necesidad de las tentaciones, pues ellas nos labran como piedras escogidas para el cielo.

11. Como es muy grande el amor que nos tiene el Señor, no quiere solamente que alcancemos la gloria, sino también que la gocemos luego sin detenernos en el purgatorio, y para esto nos envía las tentaciones, que nos purifican más y más; y se digna conmutarnos en estos breves trabajos las grandes penas que sin ellos tendríamos que sufrir en la otra vida.

12. Las prosperidades apartan el alma de Dios: cuando las tenemos, nos olvidamos de su divina Majestad y ponemos nuestro corazón en las criaturas. Pues ved el gran amor que Dios nos tiene: no quiere que nos perdamos, y por esto nos manda tentaciones, adversidades y trabajos que nos desprendan del amor del mundo y nos lleven á su divina Majestad como á puerto de refugio, descanso y alegría.

13. Las tentaciones hacen que nos conozcamos á nosotros mismos, porque descubren nuestra gran flaqueza é ignominia; nos ponen cerca del precipicio y nos patentizan que nada podemos sin el socorro de Dios. « Si no tuviésemos tentaciones, — dice San Gregorio, — nos tendríamos en algo y pensaríamos que éramos

fuertes; pero viene la tentación y nos prueba que nada podemos y que nada somos. Y viendo nuestra flaqueza, conocemos la necesidad del auxilio del Señor y se lo pedimos en la oración, y cuando nos atiende estimamos en mucho su santa protección y quedamos más agradecidos y con mayor conocimiento de su bondad y misericordia, y vemos que no hay que atribuir á nosotros ningún bien, sino sólo á Dios, á quien hemos de dar toda la gloria.»

§ II

14. Así como con los vientos y tempestades se ve si el árbol ha echado hondas raíces, y así como el valor del soldado no se descubre sino en la guerra, así la virtud y fortaleza del cristiano se manifiesta en las tentaciones y trabajos con que Dios prueba la constancia y firmeza con que le sirve. Y de la misma manera que los hombres se alegran de tener amigos probados, Dios también quiere que así lo seamos de su divina Majestad.

15. Sirve también la tentación para purificarlos más y más; pues como el fuego purifica la plata y el oro, así la tentación purifica nuestras almas, va consumiéndolas y gastando en ellas el orin de los vicios y el amor de las cosas del mundo y de ellas mismas, y las deja más

acendradas y purificadas. Sin embargo, no todos consiguen estos frutos, sino solamente los que llevan como deben las pruebas del Señor.

16. El labrador poda la vid para que dé más fruto, y así también lo hace Dios con sus vides, que son los escogidos; comienza en ellos la poda de las tentaciones y de los trabajos con que fructifican más y se arraigan también más y más en la virtud. Esas tentaciones y trabajos son también como los recios vientos que sacuden los árboles de un bosque; vientos que en vez de arrancarlos de raíz los hacen más resistentes y vigorosos; pues acumulando el demonio tentaciones para destruir la virtud, el cristiano busca motivos y pone en práctica los mejores medios para conservarla, y se ejercita más en los actos de la virtud combatida, añadiendo Dios por su parte el consuelo y recordando el premio con que alegra y remunera á los que pelean con valor por sostenerse en la gracia.

17. Salió un león al encuentro de Sansón, y éste le acometió y lo mató, y después halló en la boca del león un panal de miel; lo mismo nos pasa en la tentación: al principio nos parece un león; pero no la temamos, antes procuraremos acometerla y vencerla, que después hallaremos en ella una dulzura y suavidad muy grandes. Por el contrario, si consentimos crecerá el vicio y la tentación se hará más fuerte; porque es un engaño el creer que al condes-

cender con ella dejará de molestarnos, pues al contrario, se arraigará más y más y tendrá de allí en adelante mayores fuerzas y mayor señoría sobre nosotros, haciéndonos caer una y otra vez con más facilidad; por lo mismo, el medio para alcanzar victoria y conseguir la paz y la quietud es resistir las tentaciones y no dejar que nos lleven jamás adonde quieren, pues de esta manera perderán la fuerza y nosotros creceremos en virtud y gracia.

18. Las tentaciones hacen al hombre diligente y cuidadoso y que ande con fervor y espíritu, como quien anda siempre á punto de pelear. La larga paz trae consigo la flojedad y el descuido; mas la guerra despierta la vigilancia y el valor. Sin las tentaciones, anda el hombre mano sobre mano; no hay quien le haga tomar la disciplina y el cilicio; es tibio en la oración, remiso en la obediencia y amigo de entretenimientos inútiles y tal vez perjudiciales; pero viene una fuerte tentación y ve los peligros que le cercan, y reanima su fervor, y mortifica sus pasiones y ruega á Dios con instancia que le salve. De esta manera las tentaciones, en vez de ser estorbos, son medios poderosos para adelantar en la virtud; por esto las llama San Pablo estímulo y aguijón, porque el aguijón no mata, sino aviva y despierta y hace caminar más aprisa. Y aunque el demonio pretende con ellas nuestra ruina, Dios quiere y obra maravillosa-

mente todo lo contrario. Y aun cuando hayamos cometido alguna falta ligera al resistir, sin embargo, la paciencia que tuvimos en sufrirlas, y la conformidad con la voluntad de Dios, y la resistencia que hicimos y los medios empleados para alcanzar victoria, no sólo quitan aquellas faltas, sino que nos hacen crecer en méritos de gracia y gloria. Santa Gertrudis rogaba á Dios que le quitara un defecto que no acababa de vencer, y el Señor le dijo: « ¿Para qué quieres que Yo sea privado de grande honra, y tú de grande mérito? Pues siempre que reconociendo ese defecto propones evitarlo, alcanzas gran premio y me honras como honra á su rey un soldado que procura vencer á sus enemigos peleando varonilmente contra ellos. »

19. Por estos grandes bienes que se hallan en las tentaciones los santos no se entristecían, sino más bien se alegraban de padecerlas, y Santiago nos dijo en su Epístola: « Tened por asunto de sumo gozo el padecer diversas tentaciones ¹. » Y San Pablo: « Nos gloriamos en las tribulaciones sabiendo que la tribulación trae la paciencia, y la paciencia la prueba, y la prueba aumenta la esperanza ². » Y cuando este Santo pidió á Dios que le quitase las tentaciones, su divina Majestad le contestó: « Bástate mi

¹ Jac., I, 2.

² Rom., V, 3.

gracia, porque en la tentación se perfecciona la virtud. »

CAPÍTULO II

Concluye el anterior. — Remedios contra las tentaciones.

LAS tentaciones traen consigo otros bienes á más de los que hemos referido; porque no sólo nos enseñan para aprovechar nosotros mismos, sino también para que aprovechen los otros, pues vamos conociendo todos los caminos por los cuales acostumbra el demonio asaltar á las almas.

Así como el andar por el mundo hace á los hombres prácticos en sus negocios, el sufrir las tentaciones hace lo mismo en los caminos del Señor. El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber?

2. Permite el Señor que nos vengan tentaciones para que sepamos compadecernos de nuestros hermanos cuando se hallen en los mismos trabajos, procurando tratarlos con mansedumbre y bondad, según el consejo del Apóstol, y recordando que nuestro Señor no quiebra la caña cascada, ni acaba de apagar la mecha que aún humea.

3. Hablemos ya de los remedios que debemos emplear contra las tentaciones.

4. San Antonio Abad solía decir que uno de los principales medios para vencer las tentaciones era mostrar en ellas ánimo y alegría, pues con eso el demonio se entristece y desmaya y pierde la esperanza de podernos vencer.

5. «El demonio se porta con nosotros,—decía San Ignacio,— como una mujer que pelea contra un hombre, que si éste la resiste, ella se acobarda y vuelve las espaldas; mas si el hombre se muestra pusilánime, la mujer toma de allí más atrevimiento y osadía.» Si el demonio nos ve cobardes, luego nos embiste con furor; mas si sabemos resistirle, huye de nosotros. «Resistid al diablo y huirá de vosotros¹.»

6. El demonio se entristece de vernos alegres en las tentaciones, y se alegra de nuestra tristeza y cobardía; y así, aun por esto debemos mostrarnos esforzados y contentos en las tentaciones. ¿Por qué habríamos de afligirnos y temer, cuando muy poco es el daño que puede causarnos aquel enemigo de nuestra salud? No puede vencer sino al que quiere ser vencido. Antes de la venida de Jesús, el demonio andaba suelto; pero después lo encadenó su divina Majestad para que no pudiera hacer el mal que quisiera, y si prevalece contra muchos es por el descuido y negligencia de éstos, pues realmente ahora está como perro encadenado, y no

¹ Luc., IV, 7.

puede morder sino al imprudente que se le acerca. Puede ladrar, solicitar al pecado, pero no puede morder ni hacer daño sino al que quisiere; y como es muy necio el que se acerca á un perro y se deja morder, así es necio el hombre que se llega al demonio para que le dañe.

7. Para llenarnos de esfuerzo y valor en las tentaciones, consideremos que el Señor nos ve; porque si un buen soldado pelea con valor delante de su capitán, ¿cuál tendrá que ser el esfuerzo y denuedo que nosotros debemos mostrar combatiendo en presencia del Señor?

8. En una ocasión en que San Antonio fué reciamente azotado por el diablo, levantando los ojos vió un rayo de luz que entraba por el techo de su celda, y dijo al Señor, que entonces se le apareció: «¿Dónde estabas, ¡oh buen Jesús!, cuando yo era tan maltratado de los enemigos?» El Señor le contestó: «Aquí he estado desde el principio viendo cómo te portabas, y porque peleaste bien siempre te ayudaré y te haré renombrado en toda la tierra.»

9. Dios cuando nos ve nos da su auxilio, y no sólo está presente como juez para premiar-nos si vencemos, sino también como padre para defendernos con su amparo.

10. Una vez el rey de Siria mandó todo su ejército, sus carros y caballos á la ciudad de Dostaim para prender á Eliseo; y Giezi, su criado,

viendo aquella multitud de enemigos, le decía: «¡Ay, ay, ay! Señor mío, ¿qué haremos?» El Profeta le contestó: «No temas, porque son más los que están con nosotros que contra nosotros.» Y rogó á Dios que abriera los ojos á Giezi, y éste vió todo el monte lleno de caballerías y carros de fuego que estaban prontos para defenderlos, quedando muy reanimado con tal vista. Pues así también hemos de quedar nosotros viendo que el Señor está de nuestra parte.

11. Esforcémonos en combatir con valor las tentaciones, porque no nos va en ello solamente nuestra honra, sino la de Dios, á quien quiere injuriar el demonio en nosotros; y por lo mismo, antes que pecar debemos escoger la muerte, pues peleamos por la causa más sagrada. ¿Pudiera el Señor en tales circunstancias dejarnos sin su amparo? Si un príncipe acá en la tierra ve que alguno padece por su causa, luego procura socorrerlo; pues mucho mejor lo hará con nosotros el Señor.

12. Dios no permitirá que seamos tentados más de lo que pueden nuestras fuerzas, y si creciere la tentación crecerá también la divina gracia para triunfar de nuestros enemigos y salir con ganancia. Esto debe llenarnos de consuelo y aliento en todas nuestras tentaciones; porque ni el demonio podrá hacer sino aquello que Dios le permitiere, ni Dios le dejará que

nos tiene más de lo que pueden nuestras fuerzas. — Si el alfarero pone los vasos de tierra en el horno, y si los tiene en el fuego el tiempo que conviene para que queden bien cocidos y sean de provecho para el uso de los hombres, ¿no hará esto mismo con nosotros el Señor, cuya sabiduría y bondad son infinitas y el amor paternal que nos tiene incomparable?

13. Aunque seamos muy amados del Señor y andemos en su compañía, las tentaciones nos habrán de combatir y Dios hará como que duerme para que nosotros acudamos á su divina Majestad pidiéndole socorro: Sálvanos, Señor, que perecemos. Está con nosotros y nos dará el auxilio en tiempo conveniente.

14. Muchas veces el Señor nos deja en medio de las tentaciones y parece que nos ha olvidado; mas no es así, que después nos saca de ellas con mayor gloria.

15. Cuando Jonás pensó que era ya perdido y que no había más remedio que ser echado en el mar, el Señor preparó un monstruo marino, no para que le diera muerte, sino para salvarlo y llevarlo adonde Dios quería. Así también nos sucede á nosotros, pues muchas veces lo que tenemos por pérdida es ganancia, y hallamos la vida donde temíamos encontrar la muerte.

16. Procuremos sostener nuestro valor en medio de las tentaciones, recordando estas pa-

abras de los libros santos: «No temas, — dice el Señor, — porque Yo te redimí y sé tu nombre, y cuando pasares por las aguas estaré contigo y no te hundirás; si caminares en medio del fuego, no te quemarás, ni la llama te hará ningún mal, porque Yo soy tu Dios, tu Señor y Salvador ¹.» Y también estas otras: «Como una madre acaricia á su hijito, así Yo os consolaré á vosotros ².» Ved el amor y ternura con que una madre abraza á su niño y lo acaricia y regala; pues con mayor suavidad y ternura acoge Dios á los que á El acuden en sus tentaciones y peligros.

17. Otro medio muy principal y de los más eficaces para alcanzar victoria en las tentaciones, es desconfiar de nosotros y poner nuestra confianza en el Señor, porque entonces no nos atribuimos nada, sino todo lo referimos al Señor, y su divina Majestad se encarga del buen resultado y vuelve por su gloria. Mas si el hombre confía en sus fuerzas, Dios le deja en su flaqueza para que no haga nada, ó retarda sus gracias y permite que duren en nosotros las malas inclinaciones que tenemos á fin de que nos conozcamos y humillemos, y estimemos más sus dones y á El le atribuyamos todo el bien; pues solemos usar tan mal de esos mis-

¹ Isa., XLIII.

² Ibid., LXXVI.

mos dones que mejor nos fuera no tenerlos, porque nos llenamos de soberbia y creemos poder alguna cosa por nosotros mismos.

18. La oración es también un gran medio para vencer las tentaciones. « Velad y orad para que no caigáis en la tentación, — nos dijo el Salvador ¹. » Y para tener siempre con nosotros esta arma poderosa debemos acostumbrar las oraciones jaculatorias que en un instante elevan á Dios el corazón y nos alcanzan su gracia. De éstas hemos propuesto algunas en el tratado de la oración, donde pueden verse. Entre estas oraciones jaculatorias recomendamos muy particularmente la invocación de los dulcísimos nombres de Jesús, María y José; alabar á la Santísima Trinidad, al santísimo Sacramento y la pureza inmaculada de María.

19. Es necesario para vencer con más facilidad en los combates espirituales reconocer cuál es la parte más débil de nuestra alma, nuestra inclinación natural, la pasión ó mala costumbre que más nos empuja al precipicio; y una vez conocida, acudir allí con todas nuestras fuerzas. Y en general, al ser combatidos de alguna tentación, volvamos los ojos, para defendernos, á la virtud que le es contraria; verbigracia: si la soberbia nos tienta, ejercitémonos en actos de humildad, y así en las demás tentaciones.

¹ Matth., XXVI, 42.

20. Remedio muy bueno para vencer las tentaciones es resistir á los principios. Entonces la tentación es un enemigo pequeño que fácilmente se puede dominar, una centella de fuego que un soplo la puede apagar; mas si dejamos que crezca el enemigo ó la centella se extiende, aquél se hará muy fuerte y ésta causará un incendio.

21. En resistir prontamente hay otra ventaja. Si cuando ocurre el mal pensamiento, verbigracia, el deseo de ver algún objeto prohibido, al punto lo desechamos y refrenamos la vista, nos libramos de la molestia de la tentación y del peligro que consigo trae; mas en el caso contrario morirá nuestra alma con el pecado, ó á lo menos tendremos que emplear gran trabajo para resistir; y lo que al principio costaba muy poco, después nos pone en apretura.

22. Nunca el demonio nos halle mano sobre mano, sino siempre ocupados: de esta manera escaparemos de sus tentaciones. La ociosidad es raíz y origen de muchas tentaciones y de grandes males, por lo cual debemos huir-la con gran diligencia y cuidado.

23. San Antonio Abad oyó una voz que le decía: « Si quieres servir á Dios, ora; cuando no puedas orar, trabaja; procura siempre estar ocupado en algo, hacer lo que esté de tu parte, y no te faltará el auxilio del Señor. »

CAPITULO III

Concluye la materia del anterior. — Avisos para el tiempo de la tentación.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS § I

BUENO es advertir, — dice San Buenaventura, — que las tentaciones que pone el demonio á los que tratan de virtud tienen apariencia de bien, porque algunas veces mezcla él las cosas buenas con malas; después ofrece falsos bienes, que son verdaderos males, y cuando uno está ya en el lazo y no puede salir de él sin gran dificultad, le hace caer en pecados manifiestos. » ¡ Cuántas personas de diferente sexo han contraído amistad sin ningún mal fin, é insensiblemente ha venido el demonio á perderlas ! Comienzan las conversaciones prolijas, que unas veces son de Dios y otras del amor que se tienen; siguen los regalos en señal de cariño y para mutuo recuerdo, cosas que no tiene el amor santo, y, en fin, se llegan á perder.

2. El remedio contra esta tentación es conocerla desde un principio, y para adquirir con facilidad tal conocimiento es necesario desconfiar en todas ocasiones de nuestro afecto á las criaturas. Y á fin de no padecer ilusión en punto

de tanta importancia, debemos manifestar nuestra conciencia con toda claridad á nuestro director y seguir con humilde obediencia su dictamen.

3. Algunas veces, al ser combatidos de malos pensamientos, ya contra la fe, ya contra la pureza ú otras virtudes, nos llenamos de tristeza y desaliento. Este es un engaño muy grande del demonio, que por ahí nos quiere cerrar las puertas del remedio. No debemos, pues, entristecernos, sino tratar de vencer las tentaciones.

4. Otras veces queremos desechar los malos pensamientos haciendo mucha fuerza, moviendo la cabeza, cerrando los ojos, apretando los labios y diciendo vocalmente que no consentimos. De esta manera maltratamos la cabeza y gastamos la salud, y aunque no consintamos gana mucho el demonio con aquel daño que nos ocasiona. Todo esto hay que evitarlo, por no ser ése el medio más á propósito para desechar los malos pensamientos y traer consigo graves inconvenientes.

5. He aquí la manera más sencilla de triunfar de esos pensamientos de que hablamos: no hagamos de ellos caso, ni los examinemos, ni nos detengamos en ellos. Cuanto más malos fueren, menos han de llamar nuestra atención ni causarnos aflicción.

6. A Santa Catalina de Sena, que era mo-

lestada de esos pensamientos, se le apareció el Señor, y la Santa le dijo: «¿Dónde estabais, Señor mío, cuando tales cosas pasaban por mi corazón?» Y el Señor le contestó: «Yo estaba en medio de tu corazón.» «¿Cómo, — replicó la Santa, — podíais estar entre tan torpes y malos pensamientos?» El Señor le preguntó si tenía gusto en ellos, y contestó la Santa que eran su mayor tormento. «¿Pues quién hacía que te llenaran de amargura, — le dijo el Señor, — sino yo que estaba allí?» Consolémonos, pues, también nosotros cuando los malos pensamientos, en vez de deleitarnos, nos afligen y molestan, porque así tenemos una señal de que el Señor está con nosotros; y cuanto mayor fuere la pena y el trabajo que sufrimos, mayores serán nuestro premio y corona.

7. El temor y el hacer mucho caso de tales pensamientos es muy malo y dañoso, porque hace crecer la tentación, supuesto que despierta la imaginación y hace que se impriman más en la memoria. Muy bueno es el temor del pecado, y con frecuencia debemos pedir al Señor que no permita que nos separemos de su divina Majestad; pero ese temor ha de ser, en general, sin fijarnos en la tentación que entonces nos combate.

8. Cuando nos viniere algún mal pensamiento procuremos luego ocuparnos en alguna buena consideración, y éste es un remedio ge-

neral contra toda clase de tentaciones. De esta manera hurtaremos el cuerpo á la tentación y estaremos muy lejos de consentir en ella. Podemos entonces recordar la Pasión y muerte del Señor y refugiarnos en sus santísimas llagas, ó bien pensemos en la muerte, en el juicio ó en el infierno, en lo que más nos moviere y que conozcamos que nos es de mayor provecho.

§ II

9. Siendo muy diferentes las tentaciones con que el demonio nos puede combatir, diferentes han de ser también los medios que empleemos para resistirlas. En las que traen deleite, como las de impureza, de gula y otras semejantes, hemos de pelear huyendo, apartándonos de las ocasiones, separando de ellas la vista y la memoria con toda prontitud; pero en las otras debemos considerar atentamente su malicia y fealdad para mejor vencerlas, aunque en las de ira y deseo de venganza no debemos detenernos para no ayivarlas con ello.

10. « Cuando me vienen pensamientos impuros, — decía el venerable Fray Junipero, franciscano, — cierro fuertemente las puertas de mi corazón, y para guardarlo pongo en él mucha gente de santas meditaciones y buenos de-

seos; y cuando aquellos pensamientos llaman á la puerta, contesto sin abrirles: « Fuera, fuera, » que la posada está tomada; y pues sois gente tan ruin, no podéis entrar. » La puerta fácilmente se defiende; mas tomada la puerta, ¿qué será de nosotros? »

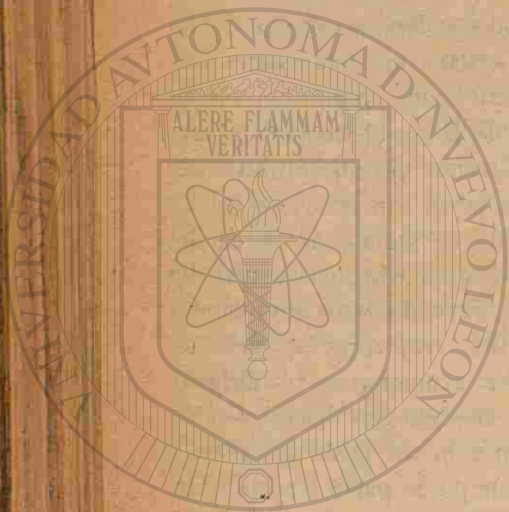
11. He aquí algunos avisos para el tiempo de las tentaciones: Primero, en ese tiempo no dejemos nuestros ejercicios espirituales, antes bien procuremos practicarlos con mayor fervor y diligencia, y en vez de disminuirlos debemos aumentarlos, pues son nuestras armas de defensa, con las cuales combatimos al demonio; y si éste nos las quita, podrá vencernos con facilidad.

12. Segundo, no hagamos mudanzas, ni tomemos nuevas resoluciones en tal tiempo, porque no es ese tiempo á propósito para esto; pues así como en el tiempo del consuelo Dios nos lleva y nos mueve á lo bueno, en el de la tentación el demonio nos instiga á lo malo, y con tal instigación nunca se hace cosa buena.

13. Tercero, acudamos entonces á los medios que hemos señalado, no quedándonos ociosos, sino haciendo todo lo que esté de nuestra parte, y teniendo en cuenta que, así como en las enfermedades corporales no aprovechan las medicinas cuando los enfermos comen cosas dañosas, tampoco nos aprovecharán los remedios que tomemos en las espirituales si al

mismo tiempo no evitamos las ocasiones, las malas compañías y lo demás que bien sabemos que nos daña, si no nos dedicamos á la oración, al ayuno y á otras mortificaciones, pues de otra manera el Señor no nos dará la victoria.

14. Podemos resistir las tentaciones con mayor ó menor perfección, según correspondamos á la gracia de Dios. El beato Fray Juan de Alverne, franciscano, vió una multitud de demonios que arrojaban sin cesar, contra los siervos de Dios, muchas saetas, de las cuales algunas volvían con gran violencia contra los mismos demonios, huyendo éstos afrentados y dando grandes gritos; otras veces las saetas tocaban á las personas á quienes se las dirigían, pero luego caían al suelo sin hacerles daño; otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues según esto, nosotros procuraremos resistir, hiriendo al demonio con sus mismas armas y sacando provecho de aquello mismo con que quiere dañarnos; verbigracia: de la tentación de soberbia y vanidad, saquemos humildad y confusión; de la de impureza, horror á ese vicio y amor á la virtud contraria, y andar con mayor recato y fervor y acudiendo á Dios con mayor frecuencia. Así de las demás.



TRATADO XI

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

CAPITULO ÚNICO

Daños que ocasiona la tristeza. — Sus raíces. — Sus remedios.
— Tristeza buena y santa. — Bienes que produce la alegría
en el servicio del Señor.

§ I

HERROJA lejos de ti la tristeza, — dice el Señor, — pues á muchos ha dado la muerte y no hay utilidad en ella ¹.» La tristeza quita el gusto de la oración, nos llena de tedio en todos los Ejercicios espirituales, instigándonos á dejarlos como insoportables, nos hace de mal genio y que seamos ásperos en el trato con los prójimos; mueve la impaciencia, excita la ira, nos vuelve sospechosos y llenos de malicia, y algunas veces de tal manera nos turba que parece quitarnos el juicio. Lo que hace la polilla en el vestido, y el gusano y la carcoma

¹ Eccli., XXX, 23.

en la madera, hace la tristeza en el corazón del hombre, tornándolo inútil para todo lo bueno. Es raíz de muchas tentaciones y funestas caídas.

2. «Mucho se alegra el demonio,—decía el humilde San Francisco,—cuando el hombre está triste, porque fácilmente le induce en desesperación, como á Caín, ó le precipita en placeres carnales, haciéndole buscar en ellos consuelo y alivio.»

§ II

3. La tristeza suele nacer del humor melancólico que predomine en nosotros, y entonces pertenece á los médicos curar el mal; para no aumentarlo debemos quitar los pensamientos que puedan excitarla.

4. Otras veces nos invade la tristeza de repente, y entonces nos causa enfado tratar con los demás, y mostramos nuestro mal humor con impaciencias y palabras ásperas, sin que nadie nos dé motivo. La causa de este mal está en no tener mortificadas las pasiones, y su remedio es, no ya huir del trato y conversación con los prójimos, sino vencernos y humillarnos á nosotros mismos.

5. Nace también la tristeza de algún trabajo que nos sobreviene ó de no haber conseguido alguna cosa que deseábamos. El remedio es-

tá en pensar que Dios es quien nos manda aquel trabajo para nuestro bien, y que es necesario la paciencia para merecer la gloria, y estar desprendido de todas las cosas del mundo, poniendo nuestro contento en el Señor.

6. Finalmente, la causa más común de la tristeza es la soberbia que reina en nuestro corazón; y mientras no tratemos de humillarnos no nos faltarán tristezas y melancolias, pues nunca faltan ocasiones que contraríen la soberbia. El remedio de semejante tristeza es humillarnos, teniéndonos en poco y renunciando al propio juicio y á la propia voluntad, y abrazando las humillaciones y desprecios que se nos hicieren.

§ III

7. Cuando no andamos en el servicio de Dios como debemos, se apodera de nuestra alma la tristeza. Esto lo vemos por propia experiencia; por el contrario, en tiempo de fervor y cuando procuramos aprovechar, estamos muy alegres y contentos. «El corazón perverso se cargará de dolores y abundará en tristeza», nos dijo el *Eclesiástico*¹. Y también: «No hay alegría mayor que el testimonio de la buena conciencia.» Y Salo-

¹ Eclli., III, 26-29.

món nos dijo : «La buena conciencia es como un banquete continuo ¹.»

8. Esta tristeza se cura procurando corregir nuestra conducta y caminar bien delante del Señor; y si entonces nos acomete, pronto morirá como una centella de fuego que cae en un estanque de agua. Y así como la miel, no sólo es dulce en sí misma, sino que dulcifica las cosas con que se junta, así la buena conciencia, dulce y agradable en sí misma, dulcifica y vuelve muy ligeros los trabajos de la vida.

9. Y si la buena conciencia y el andar bien con Dios produce alegría, señal es ésta é indicio muy grande de tener buena conciencia y de estar en gracia de Dios; porque la alegría espiritual nació para los rectos del corazón, y uno de los frutos del Espíritu Santo es el gozo en el Señor.

§ IV

10. Mas cualquiera que sea el principio de la tristeza, es un buen remedio para curarla acudir á la oración. «¿ Está alguno de vosotros triste? Haga oración », nos dijo Santiago ². Y David había dicho antes : «Rehusó mi alma el

¹ Prov., XV, 15.

² Jac., V, 13.

consuelo; me acordé de Dios y me llené de alegría ¹.» Así el verdadero cristiano ha de buscar su consuelo en el Señor, y no en las criaturas, y lo hallará abundante y verdadero.

§ V

11. Sin embargo de lo dicho, hay una tristeza buena y provechosa para nuestras almas, y ésta la podemos tener : Primero, por los pecados que hemos cometido contra Dios. «Ninguna pérdida se repara con el dolor y la tristeza sino el pecado, — dice San Crisóstomo, — y por lo mismo sólo por el pecado debemos afligirnos y llorar.» Segundo, por los pecados de los otros, viendo que nuestro amoroso y dulce Señor es ofendido. El pensamiento de tales ofensas debe despedazarnos las entrañas de dolor y consumirnos de tristeza. Esto nace del amor que á Dios tenemos, del celo de su gloria y del bien de las almas. Tercero, podemos también entristecernos por el gran deseo de la perfección cristiana, deseo que debe vivir en nuestro corazón, y por las grandes ansias de adelantar en la virtud, suspirando y llorando porque no somos mejores y más perfectos. Finalmente, puede nacer la santa tristeza del pen-

¹ Psalm. LXXVI, 4.

samiento de la gloria y del deseo de los bienes celestiales, ya que nos vemos desterrados de la patria celestial y en peligro de no llegar á ella.

12. Mas la tristeza buena se distingue de la mala en que aquélla es obediente, afable, humilde, mansa y llena de suavidad y de paciencia, mientras que la mala es impaciente, áspera, llena de rencor y de amargura; nos inclina á desconfianza y desesperación, y está sin ningún consuelo ni alegría, al paso que la buena es en cierto modo alegre y nos llena de aliento para la virtud. Lloramos nuestros pecados ó los ajenos, ó suspiramos por la gloria; pero todo esto derrama en nuestras almas una dulzura inefable, una paz muy grande, que nos consuela interiormente y enjuga nuestro llanto.

§ VI

13. Es tanta la importancia de conservar la alegría en el servicio de Dios, que aun en nuestras caídas no debemos desanimarnos, ni desmayar, ni entristecernos demasiadamente; mas la tristeza que tengamos ha de ser moderada y prudente, y con esperanza en la misericordia de Dios para que tal tristeza no nos perjudique. Lo que hemos de sacar de nuestras faltas y caídas ha de ser: primero, confundirnos y humillarnos más y más viendo que somos

más flacos de lo que pensábamos. Segundo, pedir mayor gracia á nuestro Señor, pues que tanto la necesitamos. Tercero, vivir con mayor cautela y recato, tomando experiencia de nuestras caídas, previniendo y apartando las ocasiones. Con esto haremos más que con una tristeza exagerada.

§ VII

14. Desechemos, pues, la tristeza y sirvamos á Dios con alegría. Así nos lo dice repetidas veces la Santa Escritura, y he aquí algunas razones de que así debemos servir á Dios nuestro Señor.

15. Acá en el mundo cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría, y no recibe bien su servicio cuando lo hacen de otra suerte; pues también Dios quiere lo mismo de nosotros, ¿y no será mejor dar gusto á tan buen Señor?

16. Nuestro alegre servicio redunda en mucha gloria y honra de Dios, porque manifiesta cuán digno es de ser servido Aquel en cuyo obsequio todo lo que hacemos nos parece nada en comparación de lo que debemos á un Señor tan grande y tan amable.

17. Lo que hacemos con alegría es comúnmente de mayor mérito y valor que lo que se

hace sin ella; « porque la alegría, — dice el Filósofo, — perfecciona la obra, y la tristeza la corrompe. »

18. Semejante servicio edifica á nuestros prójimos y los anima á entrar en el camino de la virtud, porque les está diciendo que no hay en ella las dificultades y amarguras que ellos piensan, sino mucha suavidad y contento.

19. Finalmente, si servimos á Dios con alegría podemos tener gran esperanza de perseverar en la virtud. Cuando uno lleva á costas una gran carga, y va molesto y lleno de tristeza y pena, y como agobiado con el peso, tememos con razón que no llegue con ella adonde va; mas si le vemos alegre y que anda ligero, y le oímos cantar por el camino, creemos que no tirará la carga, pues le sobran fuerzas para llevarla.

TRATADO XII

DE LAS RIQUEZAS Y TESOROS ENCERRADOS
EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CAPÍTULO ÚNICO

De los grandes bienes y riquezas que tenemos en Jesucristo. — Es muy agradable al Señor meditar en su sagrada Pasión. — Modo de hacerlo provechosamente.

§ 1

POR el pecado original los hijos de Adán perdimos el estado de inocencia en que fueron criados nuestros primeros padres y caímos en infinitas miserias; pero Dios quiso remediarlas enviándonos á su Hijo unigénito, que se hizo hombre para rescatarnos de la potestad y servidumbre del demonio, para reconciliarnos con Dios, hacernos hijos adoptivos de su Padre y abrimos la puerta del cielo, que nos había cerrado el pecado.

2. Son tan grandes los bienes que trajo consigo la Encarnación del Hijo de Dios, que la Iglesia llega á exclamar: ¡Oh feliz culpa que

mereció tener tan gran Redentor! ¡Oh pecado de Adán, en cierto modo necesario, que fué destruido con la muerte del Señor! Más se nos da por Jesucristo que lo que se nos quitó por Adán, y mayor fué la ganancia de la Redención que la pérdida de la culpa. ¡Oh maravilloso amor! ¡Oh caridad inestimable, por la cual el Señor entrega su propio Hijo para redimir al esclavo! ¿Quién pudiera imaginar tal cosa? Pues lo que el hombre no pudo imaginar ni pensar, lo hizo el Señor por el amor que le tuvo.

3. Jesucristo no solamente nos sacó del cautiverio en que estábamos, sino que tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya, elevándonos al ser de hijos adoptivos de Dios su Padre, haciéndose El mismo nuestro hermano.

4. En otro tiempo José, allá en Egipto, dijo á sus hermanos: «Venid á mí, y yo os daré todos los bienes de que puedo disponer.» Pues esto mismo hace con nosotros Jesucristo, que nos ama con mayor ternura que aquel hijo de Jacob á sus hermanos: á todos nos quiere llevar consigo y comunicarnos todas sus riquezas.

5. Por esto, cuando el desaliento y la tristeza nos acometieren al recordar nuestros pecados, pensemos que Jesucristo es nuestro medianero y abogado para con el Padre, habiendo sacrificado su santísima vida por nosotros en medio de humillaciones y tormentos inauditos.

Por esto, si el demonio pretende hacer que desconfiemos, pongamos los ojos en Jesús, que es la justicia, la santificación y redención de nuestras almas.

6. Todo lo tenemos en nuestro amado Señor: medicina que cura nuestras llagas, fuente de agua viva que apaga nuestra sed, misericordia que perdona los pecados, fortaleza de los flacos, vida de gracia, camino del cielo, luz indeficiente que disipa las tinieblas del pecado, pan de los cielos que mantiene nuestras almas, maestro, pastor, sacerdote, amigo, padre, hermano y dulcísimo Esposo en quien están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas, todo nuestro bien y remedio, y en quien todas nuestras obras tienen mérito y valor delante del Eterno. Y así, teniendo de nuestra parte un Pontífice tan grande que penetró los cielos, podemos con gran confianza acercarnos al trono de su gracia para conseguir misericordia y alcanzar perdón de los pecados.

7. El Apóstol nos manda cubrirnos con las armas de Dios para resistir las tentaciones del demonio, y estas armas las tenemos en Jesucristo, en quien está todo nuestro bien y remedio y el mérito de nuestras obras, las cuales, teñidas en su sangre, son de mucho valor. Por esto la Iglesia siempre eleva sus oraciones al Eterno Padre, rogándole por nuestro Señor Jesucristo. Si los servicios de Abraham, Jacob y

David, ofrecidos al Señor, aplacaban su ira y atraían grandes favores sobre el pueblo de Israel, los merecimientos de Jesucristo, en quien el Padre nos ha hecho agradables á sus divinos ojos, ¿no nos obtendrán el perdón y todos los bienes de la gracia? El mismo Jesucristo nos ha asegurado que su Padre nos concederá todo lo que le pidamos en su nombre, y por lo mismo podemos presentarnos delante de su divina Majestad llenos de confianza creyendo que se nos franquearán los tesoros de la divina misericordia en bien de nuestras almas.

§ II

8. « No hay cosa que sea tan saludable para nuestras almas como pensar cada día en la Pasión de Jesucristo, — nos dijo San Agustín ¹. » « Ni la hay tan eficaz, — añadió San Bernardo, — para curar las llagas de la conciencia y alcanzarnos la perfección como la frecuente meditación de la muerte y Pasión del Señor. » Es un gran remedio contra todas las tentaciones, principalmente contra las deshonestas. Hallamos en ella con abundancia todo lo que necesitamos, y fuera de Jesús no hay cosa ninguna que buscar.

¹ *Ad Frat. in Erem.*, serm. 32.

9. Mucho se agrada el Señor de que pensemos en El y recordemos su santísima Pasión, y hace grandes favores á los que en esto se ocupan. Santa Gertrudis entendió que siempre que uno ve con devoción el santo Crucifijo, es visto amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Y si al Señor no le pareció mal, sino muy bien, padecer por nosotros, no es mucho que nosotros nos acordemos con buena voluntad de sus padecimientos.

§ III

10. He aquí cómo podremos ejercitarnos en la meditación de la Pasión y muerte de nuestro Señor, y cuáles han de ser los afectos que saquemos de tal meditación.

11. No debemos ocuparnos solamente en meditar y discurrir por la historia, sino que es necesario mover nuestra voluntad con afectos y deseos que, formándose primero en el corazón, vengán después á ponerse por obra. Deja de cavar la tierra quien busca el agua cuando la ha encontrado, y nosotros debemos también contener la meditación del entendimiento, una vez que la voluntad está movida, para ocuparnos en los afectos y deseos que pretendíamos; en beber hasta saciarnos del agua viva que he-

mos hallado, de la cual estaba sedienta nuestra alma.

12. Los afectos en que hay que ocuparnos y detenernos con mucho fruto al pensar en la Pasión del Señor, son los siguientes:

13. El primero es la compasión. Debemos recibir pena de la pena del Señor, y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazón. Y para despertar en nosotros este afecto consideremos que los tormentos de Jesucristo fueron los mayores que se han padecido y pueden padecerse en esta vida. «Ved si hay dolor semejante á mi dolor, — dijo el Señor, por Jeremías ¹.» En el cuerpo de Jesús no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores; las manos y los pies fueron traspasados con los clavos, la cabeza coronada con espinas, la espalda desgarrada con azotes, y todo el cuerpo descoyuntado con el tormento de la cruz. Su alma santísima estaba sumergida en una amargura incomparable, privada de todo consuelo, y era tan terrible y acerba esta pena que el Señor se quejó amorosamente de ella á su divino Padre.

14. El solo pensamiento de sus grandes dolores hizo que Jesús sudase sangre en el huerto, con tanta abundancia que corría hasta la tierra; pues ¿qué sería el padecerlos? Y para poder

¹ Thren., I, 12.

sufrirlos hasta apurar el cáliz de la pasión fué necesario un milagro que le conservase la vida.

15. Los dolores de su alma santísima comenzaron desde el momento de su concepción hasta el punto en que murió; pues siempre tuvo presentes los pecados de los hombres contra Dios su Padre, á quien tanto amaba, y á quien con indecible amargura y tormento de su alma veía tan ofendido. Pecados que causaban la ruina de los hombres sus hermanos, á quienes también amaba con amor incomprensible, y por los cuales se entregaba á la Pasión, y, sin embargo, muchos de ellos serían eternamente desgraciados. Todo esto era para Jesús como una espada de dos filos que le causaba inaudita y extremada pena, y por esto nosotros tendríamos el corazón más duro que una piedra si no llegáramos á enternecernos y á participar de sus tormentos y amarguras, ya que aun las mismas piedras se partieron en su muerte.

16. El segundo afecto en que podemos ejercitarnos al meditar la Pasión del Señor, es el dolor de nuestros pecados. ¡Oh! ¡Las espinas y azotes que el Señor sufrió las causaron nuestros grandes delitos! Nuestras culpas le han condenado á muerte y le han hecho morir en una cruz. Jesús es el Hijo de Dios, y con todo, le hemos escupido y afrentado, y pospuesto á humillantes y vergonzosas pasiones. ¡Oh, cuán amargas y sinceras lágrimas debe arrancarnos

el dolor cuando pensamos en nuestras culpas! Un sentimiento de indecible pena nos ha atravesado el corazón, pues nuestros pecados han renovado la Pasión y muerte del Señor.

17. Este afecto de dolor por las culpas que hemos cometido sirve para conservarnos en humildad y temor de Dios; pues quien ha ofendido a su Criador y merecía estar en el infierno, ¿qué injurias y desprecios no recibirá de buena gana en satisfacción de sus pecados? Este ejercicio asegura mucho el perdón, porque si traemos nuestros pecados delante de los ojos para llorarlos y confundirnos, Dios los quitará de su presencia sin acordarse de ellos. «Confesare al Señor, —dijo David,—contra mí mismo mi injusticia, y Tú perdonaste la impiedad de mi pecado¹.» El dolor de nuestras culpas sirve también para no caer en adelante; porque quien anda continuamente confundiéndose y acordándose de ellas, lejos está de volver a cometerlas. Finalmente, éste es un ejercicio de amor de Dios, porque de tal amor nace la perfecta contrición de haber ofendido a un Dios tan bueno y digno de ser amado y servido.

18. El apóstol San Pedro, al recordar que había negado á su Maestro, lloraba con tanta abundancia que las lágrimas le hicieron como canales en las mejillas, y eran tan ardientes

¹ Psalm. XXXI, 5.

esas lágrimas que le quemaban el rostro. Todas las noches se levantaba al primer canto del gallo, permaneciendo hasta el día siguiente en oración, llorando sus pecados.

19. El tercer afecto en que debemos ocuparnos al pensar en la Pasión del Señor, es el del amor divino. No hay cosa que nos mueva más á amar á alguno que vernos amados de él; y como el Señor nos dió tantas pruebas de amor en su Pasión y muerte, al pensar en estos misterios nuestras almas se irán encendiendo más y más en su divina caridad.

20. Este amor de Jesucristo se llama exceso, ya por haber muerto su divina Majestad aun por sus mismos enemigos, ya porque, bastando una sola gota de su sangre para redimir al mundo, quiso derramarla toda por la misma caridad con que nos amó. Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Amémoslo por lo mismo, y procuremos mostrarle nuestro amor de la misma manera con que El nos mostró el suyo, con obras muy costosas. ¿Quiso ser despreciado y abatido por nosotros? Pues deseemos nosotros los desprecios, y alegrémonos sobremedera en ser humillados por su amor. ¿El se ofreció á Sí mismo en sacrificio por nuestros pecados? Pues ofrezcámonos nosotros á su divina Majestad, dándole todo nuestro corazón y deseando que se haga su voluntad en nosotros, y no la nuestra.

21. El cuarto afecto en que hemos de ejercitarnos al meditar la Pasión del Señor, es el de acción de gracias por este beneficio. Esta acción de gracias puede ser de tres maneras: primera, interior, reconociendo y estimando la grandeza del beneficio y teniéndose el hombre por muy obligado á tan soberano Bienhechor. Segunda, por medio de palabras, alabándole y dándole gracias. Tercera, pagando con obras el beneficio recibido. Y de todas estas maneras hemos de dar gracias al Señor al meditar en su santísima Pasión, reconociendo la grandeza de tal beneficio y estimándole mucho, ponderando sus circunstancias y los bienes que nos ha traído, y confesándonos por muy obligados á servirle con todas nuestras fuerzas. Hemos de alabarle y glorificarle, deseando que todas las criaturas nos ayuden á alabarle y darle gracias. Finalmente, hemos de procurar corresponderle con nuestras obras, consagrándonos enteramente á su servicio.

22. Debemos estimar este beneficio, común á todos, como si se hubiese hecho solamente á nosotros, porque el Señor estaba tan dispuesto á padecer por cada uno como por todos; no hubiera rehusado hacer por uno solo lo que hizo por todo el mundo; y así decía San Pablo: « Jesucristo me amó y se entregó á la muerte por mí. »

23. No olvidemos que la ingratitud es un

viento abrasador que todo lo seca y consume y cierra la puerta de la divina misericordia, ni que la acción de gracias que damos al Señor por sus beneficios los conserva y nos enriquece con otros nuevos que nos alcanza de su divina Majestad.

24. El quinto afecto que podemos ejercitar meditando la Pasión del Señor es la admiración, ponderando que padezca y muera Dios, que es imposible é inmortal, y que esto lo sufra por los mismos que le dan la muerte. Admiraremos su paciencia en sufrir tantos dolores y tormentos, y su inmensa caridad hacia nosotros, y el altísimo consejo de su sabiduría en escoger tan conveniente remedio á la salud del hombre, por el que, sin defraudar los derechos de su justicia, hizo que brillase al mismo tiempo su infinita misericordia.

25. Podemos también sacar de la meditación en la Pasión una confianza muy grande en el Señor, considerando lo mucho que hizo por salvarnos. El Padre entregó su propio Hijo á la muerte por nosotros; y si esto hizo cuando éramos sus enemigos, ¿ qué hará cuando ya nos reconcilió consigo por el sacrificio de aquel Hijo que tanto ama? Si cuando huíamos de El y resistíamos sus inspiraciones todavía nos buscaba, ¿ cómo no ha de recibirnos lleno de amor cuando volvemos á su divina Majestad para entregarnos á su santo servicio?

26. El séptimo afecto que podemos ejercitar meditando en la Pasión de Jesucristo, es el de la imitación de sus santas virtudes. El Señor se hizo hombre para convertir al mundo y para darnos ejemplo de todas las virtudes. Pongamos, pues, nuestros ojos en Jesús, considerando y ponderando muy despacio las virtudes que nos manifestó al padecer por nosotros, queriendo y procurando sacar un afecto y deseo muy grande de ellas, un propósito eficaz de practicarlas y un aborrecimiento muy grande á los vicios contrarios. Al meditar, por ejemplo, en la humildad de Jesucristo, que sufrió los mayores desprecios y afrentas, debemos despreciarnos y tenernos por muy viles y miserables, y hemos de desear que no nos honren los hombres, sino que nos humillen y desprecien. Y así podemos hacerlo en las demás virtudes, descendiendo en su ponderación á los casos particulares que se nos puedan ofrecer, aceptándolos y alegrándonos en ellos, procurando detenernos en tales afectos hasta quedar bien penetrados y saciados de toda su dulzura y suavidad para lograr todos sus frutos.

27. En cada misterio de la Pasión del Señor podemos ponderar lo siguiente: Quién es el que padece. Qué es lo que padece. El modo con que lo padece, esto es, la paciencia, humildad, mansedumbre y el amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas. Por quién padece.

De quién lo padece. Y el fin por qué lo padece.

28. Un siervo de Dios pedía al Señor que le dijese qué obras y servicios le eran más agradables para hacerlos por su amor, y el Señor se le apareció todo llagado, desnudo y temblando, y con una cruz sobre los hombros, y le dijo: « Una de las cosas que más me agradan y en la que mis hijos me harán mayor servicio, es en ayudarme á llevar esta cruz, acompañándome con la consideración en todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazón. » Y dichas estas palabras, desapareció.



TRATADO XIII

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

CAPITULO PRIMERO

Inestimable beneficio y grande amor que el Señor nos mostró al instituir el divino sacramento de la Eucaristía. — Enseñanza de la fe. — Disposiciones para recibir la sagrada Comunión.

§ I

Dos obras ha hecho Dios sobremanera grandes y admirables en beneficio de los hombres: la Encarnación, por la cual se unió estrecha é indisolublemente á nosotros, y la institución del santísimo Sacramento del altar. En la primera cubrió su Ser divino con una cortina de carne para que lo pudiésemos ver; en la segunda cubre, no sólo lo divino, sino también lo humano, con los accidentes de pan y vino para que podamos comerlo. En la primera se unió con el hombre tomando su naturaleza; en la segunda quiere que los hombres nos unamos con su divina Majestad recibéndole en nuestro pecho.

2. ¡Qué amor tan grande nos ha mostrado Jesucristo al instituir este divino Sacramento! El amor verdadero quiere tener siempre consigo al que ama, y no sufre la ausencia del amado. Por esto el Señor, teniendo que partir de este mundo, quiso hacerlo de tal manera que siempre se quedase con nosotros.

3. Es también condición del amor desear vivir en la memoria del amado, y por esto los que se aman se dan prendas cuando se separan. Respecto de Jesús, su divina Majestad nos dejó en recuerdo suyo este divino Sacramento, en el cual se quedó El mismo en persona, no queriendo que entre nosotros y su divina Majestad hubiera otra prenda que despertase su memoria sino El mismo. « Haced esto en memoria mía », dijo á sus Apóstoles al acabar de instituir este adorable misterio.

4. A la verdad, no hay nación alguna sobre la tierra que tenga tan cercano á su Dios como tenemos nosotros al solo y verdadero Dios, que se dignó escogernos por su pueblo. Salomón, en otro tiempo exclamaba admirado: « ¿ Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? » ¿ Pues qué diremos nosotros teniéndole en nuestra compañía todos los días de nuestra vida, y sabiendo que puede ser llevado á nuestras casas, y paseado por las ciudades y en nuestros pechos?

5. Es gran consuelo en los trabajos y aflic-

ciones de la vida tener con nosotros un amigo; ¿ y cuál no deberá ser nuestro consuelo sabiendo que este amigo es el mismo Dios, hecho hombre por nosotros, el amigo más fiel y verdadero que podemos concebir? El cual no está solamente con los justos é inocentes, sino también con los culpables, cuyos males y desgracias viene á remediar, mostrando siempre una dulzura inefable, una paciencia infinita y una caridad abrasada y generosa sobre toda expresión.

6. Debe ser, pues, muy grande el aprecio que tengamos de este divino Sacramento, y muy grande también y muy ardiente nuestro amor á Jesucristo, que lo ha instituido.

§ II

7. Véase ahora lo que debemos creer acerca del misterio adorable de la Eucaristia. Al acabar de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración, el pan se convierte en el cuerpo, y el vino en la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Aquel cuerpo es el mismo que nació de nuestra Señora la Virgen María, y esta sangre es la misma que Jesús derramó por nosotros en su santísima Pasión. — Después de las palabras de la consagración, no queda pan ni vino, aunque, según nuestro sentidos, pa-

rezca otra cosa. — En este Sacramento los accidentes de color, olor, sabor y los demás están sin sujeto para que tenga lugar la fe, y ésta es otra maravilla que resplandece en la divina Eucaristía, pues Dios los sustenta con un perpetuo milagro. — Bajo la especie de pan, juntamente con el cuerpo del Señor, está su sangre, su alma y su divinidad. Y de la misma manera bajo la especie de vino están asimismo el cuerpo, el alma y la divinidad de Jesucristo. Y aunque esto es así, se consagran el pan y el vino cada uno de por sí, para representar más vivamente la Pasión del Señor, en la cual se apartó del cuerpo la sangre. Además, como este divino Sacramento había de sustentar á nuestras almas, convino que se instituyese, no sólo como comida, sino también como bebida, pues estas dos cosas constituyen el verdadero sustento del cuerpo. Mas debemos notar que aunque comulgemos solamente bajo la especie de pan, recibimos tanta gracia como los sacerdotes que comulgan también bajo la especie de vino llegando con igual disposición; pues así como en la antigua Ley, ni el que cogía más maná hallaba por eso más, ni el que cogía menos hallaba menos, así en este divino Sacramento, el que lo recibe bajo ambas especies no recibe más que aquel que lo recibe bajo una especie solamente.

8. Jesucristo en este augusto misterio, no

solamente está todo entero en la hostia y en el cáliz, sino también en cada partícula, y tan entero como está en el cielo, por mínima que sea la partícula. El Señor no consagró cada parte de por sí de la que dió á los Apóstoles, sino consagró de una vez la cantidad de pan que, dividida, bastase á todos para comulgar. Y respecto del cáliz, dijo su divina Majestad: «Tomadlo y divididlo entre vosotros.» Aun antes de dividir la hostia ó el cáliz está el cuerpo de Cristo entero en toda la hostia, y también entero en cada una de sus partes; lo mismo sucede respecto del cáliz, así como la voz está entera en nuestros oídos y en los de aquellos que nos escuchan. Y al dividir la hostia ó el cáliz no se divide la carne ó la sangre del Señor, sino los accidentes del pan y del vino.

9. Es verdaderamente incomprensible y admirable, por lo que hemos dicho, este divino misterio. En los demás nos basta creer lo que no vemos; mas en éste necesitamos creer contra lo que parece que vemos, esto es, pan y vino, que ya no existen después de la consagración.

§ III

10. Las grandezas y excelencias de la divina Eucaristía nos manifiestan cuánto debemos esmerarnos para recibirla dignamente por me-

dio de una santa preparación; pues no disponemos hospedaje para recibir á un hombre, sino al mismo Dios, cuya majestad es adorable y cuya grandeza y santidad son infinitas.

11. He aquí las principales disposiciones con que hay que llegar á la santa Comunión. Primera, debemos llegar sin conciencia de pecado mortal, probándonos antes por medio de la confesión si hubiésemos caído en pecado mortal. Segunda, debemos evitar los pecados veniales y las demás faltas é imperfecciones de nuestra vida; pues si bien tales defectos no impiden del todo el fruto de este adorable Sacramento, pero disminuyen las gracias y virtudes que se derivan de aquel copioso manantial, y otros efectos admirables que suele obrar en las almas más limpias y devotas. Esta pureza con que hemos de llegar á la sagrada Mesa nos la indicó Jesucristo al lavar los pies de sus discípulos antes de darles su santísimo cuerpo, para que estuviesen limpios aun del polvo que se suele pegar á los pies. Y si Nabucodonosor quiso que los niños que habían de comer de los manjares de su mesa estuvieran limpios de toda mancha, ¿no será justísimo que para llegarnos á la mesa de Dios y comer su misma carne nos preparemos con la mayor pureza y santidad que podamos? Al fin es mesa de ángeles, que requiere pureza de ángeles.

12. Cierta sacerdote alemán se atrevió al-

gunas veces á celebrar en pecado mortal, y en tres de ellas desapareció la hostia de sus manos, y del cáliz la sangre. Este milagro de la misericordia del Señor le hizo abrir los ojos y llorar amargamente sus delitos; se abstuvo de celebrar por algún tiempo, haciendo entretanto rigurosa penitencia, hasta que el Obispo se lo permitió de nuevo; y la primera vez que lo hizo, con muchas lágrimas y sentimiento, al consumir se le pusieron delante las tres hostias que antes habían desaparecido, y en el cáliz se halló toda aquella cantidad de sangre de las tres Misas anteriores; el sacerdote dió gracias al Señor por tan gran misericordia, y siguió en adelante una vida muy perfecta ¹.

13. Hemos de llegar á la santa Comunión con profundísima humildad y reverencia. Para despertar en nuestras almas estos nobles y hermosos sentimientos consideremos la grandeza y soberana majestad de nuestro Dios, que está verdaderamente en este Sacramento, y que es el mismo que con sola su voluntad crió y conserva los cielos y la tierra, y en cuya presencia los más altos serafines tiemblan de profundísimo respeto. Volvamos luego los ojos á nuestra indecible bajeza, y confundidos hagamos nuestras las palabras del publicano y las del pródigo: « Señor, ten piedad de mí, que soy gran peca-

¹ Cluniac., lib. I *De mirac.*, cap. II.

dor.—Padre mio, pequé contra el cielo y contra Ti; ya no soy digno de llamarme tu hijo, mas á lo menos recibeme como uno de tus jornaleros.»

14. Hemos de llegar al santísimo Sacramento con abrasado amor y gran confianza. Pues ¿quién no amará á quien tanto nos amó? ¿Quién no confiará en quien tanto bien nos hizo? ¿Y qué no nos dará el que se nos dió á Sí mismo? ¿Hubo acaso algún pastor que apacentase sus ovejas con su propia sangre? Pero ¿qué decimos pastor? Madres hay que después de los dolores del parto entregan sus propios hijos á otras para que los crien; pero no así el Señor, que con su propia sangre nos mantiene y junta consigo.

15. Hemos de acercarnos á la santa Comunión con hambre insaciable y con deseo muy vivo de este pan celestial; porque así como el manjar corporal parece que aprovecha más cuando se come con hambre, así este manjar divino es también muy provechoso á nuestras almas cuando lo tomamos con hambre espiritual y con ansia amorosa de unirnos con Dios. Para aumentar el ansia y avivar el hambre consideremos nuestras necesidades y los grandes efectos de este santísimo Sacramento; recordemos cómo se acercaron á Jesús la pecadora del Evangelio y la mujer que padecía flujo de sangre, los leprosos, los paralíticos y otros enfermos, y de esta ma-

nera procuremos llegar á la sagrada Comunión llenos de humildad, de confianza, de amor y con los más ardientes deseos de alcanzar nuestra salud.

CAPITULO II

Concluye el anterior. — De la acción de gracias. — Frutos de la sagrada Comunión.

§ I

PODEMOS prepararnos para recibir la sagrada Comunión considerando el inmenso amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz, y recordando la amargura y los dolores de su santísima Pasión. Podemos imaginarnos á Jesucristo crucificado y hacer calvario en nuestro corazón, abrazarnos con sus santísimos pies y recoger las gotas de su preciosa sangre. O bien imaginemos que estamos á la mesa con Jesús y sus discípulos, y que el mismo Señor nos da la comunión, considerando la infinita ternura con que nos ama, y que no descansa hasta darnos su propio cuerpo y su sangre y morir por nosotros.

2. También podemos considerar los puntos siguientes: ¿Quién es el Señor que viene á visitarnos? El Criador y Señor de todas las cosas,

Rey y Señor de los cielos y tierra, Dios de infinita majestad y perfección. ¿A quién viene? A nosotros, que somos polvo y ceniza, y que tantas veces le hemos ofendido. ¿A qué viene? A comunicarnos el fruto de su Pasión y los preciosísimos dones de su gracia. ¿Qué le mueve á venir? Su amor hacia nosotros y el deseo que tiene de que nuestra alma se salve. Pidámosle que El mismo la disponga para recibirle con la humildad, pureza, amor y reverencia que conviene. Hagamos esta misma petición á la santísima Virgen, á los ángeles y santos nuestros abogados. Y cuando no tengamos el fervor que quisiéramos, deseemos ardientemente tenerlo, procurando desde la víspera de la santa Comunión ocuparnos en el gran negocio que tenemos entre manos, diciéndonos á nosotros mismos: «Mañana he de recibir en mi pecho al buen Jesús, que tanto nos amó y se entregó á la muerte por nosotros.» Y al despertar al día siguiente, pensemos de nuevo en lo que vamos á hacer.

3. En cuanto á la acción de gracias después de la santa Comunión, reflexionemos que éste es el mejor tiempo para negociar con Dios y abrazarlo en nuestro pecho, y por lo mismo nos hemos de aprovechar de El, ocupándonos en consideraciones y afectos semejantes á los que hemos mencionado para antes de comulgar.— Hemos de alabar al Señor y darle muchas gracias por todos sus beneficios, singularmente por

los de la Redención y Eucaristía, ofreciéndole todas las bendiciones y alabanzas de todos los ángeles y santos, de María santísima y las que El mismo dió á su Eterno Padre, deseando que Dios se ame y se alabe á Sí mismo por ser quien es, infinita bondad.

4. Debemos hacer después de la Comunión muchos actos de amor de Dios, excitando en nosotros los más vivos deseos de agradarle y servirle. Hemos de presentar entonces nuestras peticiones al Señor, porque aquellos momentos son de gracia y misericordia, y podemos decir á su divina Majestad con amorosa confianza: «No os dejaré si no me dais la bendición.» Pidámosle el perdón de nuestros pecados, la fortaleza para vencer las pasiones y resistir las tentaciones, gracia para alcanzar humildad, obediencia, paciencia, perseverancia final y las demás virtudes.

5. Podemos imaginar á Jesucristo sentado en nuestro corazón, y le hemos de presentar nuestras potencias y sentidos para reconocerlo y venerarlo por nuestro Dios y Señor, dándole gracias porque nos los dió, doliéndonos entrañablemente por haberle ofendido con ellos, y prometiéndole emplearlos en adelante en su santo servicio.

6. Imaginemos que estamos enfermos, y descubramos al divino Médico todas nuestras dolencias y miserias, pidiéndole el remedio de

ellas. Señor, ¡ ved mis ojos enfermos, ved mi lengua y mis manos, y compadeceos de mí! Y no olvidemos que mientras duran las especies sacramentales recibiremos gracia aun por el mismo Sacramento, ejercitándonos en actos de virtud.

7. Respecto del fruto de la santa Comunión, notemos que, á más de la gracia que recibe el que comulga dignamente, el efecto propio de la Eucaristía es la refección espiritual, que mantiene nuestra alma y restaura sus fuerzas para que resista á las pasiones y abraze la virtud; y lo que obra el pan material en el cuerpo, obra espiritualmente este divino manjar en el alma. Aquel pan sustenta la vida del cuerpo, renueva las fuerzas y lo hace crecer hasta cierta edad; da gusto y sabor al que lo come, y se convierte en su propia substancia. Este manjar divino obra lo mismo en nuestras almas: sustenta la vida espiritual, restaura las fuerzas del espíritu, aumenta la virtud, nos fortalece contra las tentaciones, nos hace crecer hasta la debida perfección, nos da el gusto de las cosas de Dios y nos une intimamente con su divina Majestad, no convirtiéndole en substancia nuestra, sino transformándonos nosotros en El; pues el efecto propio de este Sacramento es transformar al hombre en Dios, haciéndole muy semejante á su divina Majestad.

8. Por cuanto llevamos dicho se ve el fruto

que hemos de sacar de la sagrada Comunión: ánimo resuelto y varonil para continuar los caminos de Dios, y fortaleza para mortificarnos en todo y dominar nuestras pasiones. Contra todas las tentaciones es gran remedio la frecuencia de la Comunión porque amortigua el fuego de la concupiscencia, que es raíz de todos los males, y nos hace prontos para cumplir la voluntad de Dios. Además, siendo un recuerdo de la Pasión de nuestro Señor, por la cual fueron vencidos los demonios, cuando estos enemigos ven en nuestro pecho el cuerpo y la sangre de Jesús, huyen, y los santos ángeles nos acompañan y socorren.

9. La Comunión principalmente es un medio efficacísimo para conservar la castidad y vencer las tentaciones deshonestas, porque pacifica los movimientos de la carne y apaga el ardor de la sensualidad, como el agua apaga el fuego. ¿Cuál será el bien que viene de él, se dijo de este divino convite, y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?.

10. Otro de los principales frutos que hemos de sacar de la santa comunión es el unirnos é incorporarnos con el Señor, transformándonos en su divina Majestad, siendo semejantes á El en la vida y costumbres; humildes como Je-

sús, pacientes, obedientes, castos y pobres como lo fué su divina Majestad.

§ II

11. La sangre del Señor es como un vino generoso que embriaga á quien vive de él; y como la embriaguez enajena al hombre y le hace otro, así también este divino Sacramento nos enajena y convierte en otros hombres, haciendo que nos olvidemos de las cosas del mundo y que sólo pensemos en las del cielo. Y por esto deseamos entonces ser menospreciados, y abatidos y humillados, para no gloriarnos sino en la cruz de nuestro Señor.

12. Otro de los principales frutos que hemos de sacar de la santa Comunión es el resignarnos á la voluntad de Dios, poniéndonos del todo en sus manos, como un poco de barro en manos del alfarero, para que el Señor haga de nosotros lo que quiera, cuando lo quiera y de la manera que quiera, sin exceptuar ni reservar cosa alguna. Y no es mucho lo que con esto hacemos, pues el Hijo de Dios se entregó á la muerte por nosotros y se nos da después en la santa Comunión. Hagamos por lo mismo con su divina Majestad lo que el Señor hace con nosotros.

13. Esta ha de ser también la acción de gra-

cias después de la santa Comunión: conformarnos con la divina voluntad, así en la enfermedad como en la salud, así en la vida como en la muerte, y así en la tentación como en el consuelo, especificando lo que más nos repugne y nos sea más costoso, ofreciéndolo al Señor en acción de gracias y diciéndole con San Ignacio: «Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad, todo lo que tengo ó poseo. A vos que me lo disteis, todo os lo ofrezco y restituyo y pongo en vuestras manos, para que hagáis de ello lo que os agrade; dadme solamente vuestro amor y gracia, y quedaré rico, sin tener más que pedir.» Aquí hemos de ejercitarnos en todos los actos de las virtudes, principalmente de aquellas que más necesitamos; verbigracia: la humildad, contemplando el abatimiento del Hijo de Dios, oculto bajo los accidentes del pan y que descansa en nuestro pecho, que tantas veces se ha manchado con pecados muy graves. Humillémonos y prometamos al Señor recibir con gusto todos los desprecios y deshonras que se nos ofrezcan. Así podemos ejercitarnos en otras virtudes.

14. En cada Comunión debemos sacrificar y ofrecer á Dios alguna cosa en particular, procurando poner en práctica lo que ofrecemos el mismo día que comulgamos; verbigracia: refrenar la vista, moderar la lengua, no deslizarla en ninguna mentira, ni incurrir en otras faltas

que parezcan en nuestra conducta. De esta manera siempre estará en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunión, pues siempre, con la gracia de Dios, podremos vernos y mortificar nuestras pasiones, y de este modo no comeremos de balde el pan de la Eucaristía cuando así nos aprovecha para ser virtuosos y santos.

15. Algunas veces no sentimos el provecho que era de esperarse de la santa Comunión; pero esto sucede tal vez por nuestra culpa, porque, ó no nos preparamos como es debido, ó sólo llegamos por costumbre á la mesa del Señor. Tal vez caímos advertidamente en culpas veniales, y todo esto, como es natural, impide en gran parte los efectos divinos de este Sacramento. Examinemos nuestra conciencia, y si ésta nos reprende procuremos corregirnos.

16. Otras veces no sentimos los efectos de la santa Comunión aun sin culpa nuestra; en tal caso no debemos afligirnos, pues bien podemos adelantar en la virtud y sacar provecho del pan de los ángeles sin llegar á conocer claramente sus efectos. Así el manjar, aunque no agrade al enfermo, no deja por esto de sustentarle y serle provechoso. Acaso en mucho tiempo no hemos cometido una culpa mortal, y ésta es ya inmensa ganancia; en verdad, no es menos estimable la medicina que nos preserva de la enfermedad que aquella que aumenta la sa-

lud, y el santísimo Sacramento es el remedio que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales.

CAPITULO III

Del santo sacrificio de la Misa. — Su excelencia. — Cómo debemos oírla. — Ejemplos.

§ I

LA Misa es un verdadero sacrificio y una representación de la vida y muerte de nuestro Señor. No sólo es memoria y representación del sacrificio de la cruz, sino que es el mismo que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. En la cruz Jesús Cristo fué el sacerdote y el sacrificio, y esto mismo sucede en la Misa, en la cual el Señor se ofrece á sí mismo á su Eterno Padre por ministerio de los sacerdotes.

2. En un sacrificio hay que considerar cuatro cosas: la persona á quien se ofrece, quién lo ofrece, por quiénes lo ofrece y qué es lo que ofrece; y la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio, que el que lo ofrece para reconciliarnos con Dios es uno con Aquel á quien se ofrece, y se une con aquellos por quienes lo ofrece, y El mismo es lo que se ofrece, para que

que parezcan en nuestra conducta. De esta manera siempre estará en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunión, pues siempre, con la gracia de Dios, podremos vernos y mortificar nuestras pasiones, y de este modo no comeremos de balde el pan de la Eucaristía cuando así nos aprovecha para ser virtuosos y santos.

15. Algunas veces no sentimos el provecho que era de esperarse de la santa Comunión; pero esto sucede tal vez por nuestra culpa, porque, ó no nos preparamos como es debido, ó sólo llegamos por costumbre á la mesa del Señor. Tal vez caímos advertidamente en culpas veniales, y todo esto, como es natural, impide en gran parte los efectos divinos de este Sacramento. Examinemos nuestra conciencia, y si ésta nos reprende procuremos corregirnos.

16. Otras veces no sentimos los efectos de la santa Comunión aun sin culpa nuestra; en tal caso no debemos afligirnos, pues bien podemos adelantar en la virtud y sacar provecho del pan de los ángeles sin llegar á conocer claramente sus efectos. Así el manjar, aunque no agrade al enfermo, no deja por esto de sustentarle y serle provechoso. Acaso en mucho tiempo no hemos cometido una culpa mortal, y ésta es ya inmensa ganancia; en verdad, no es menos estimable la medicina que nos preserva de la enfermedad que aquella que aumenta la sa-

lud, y el santísimo Sacramento es el remedio que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales.

CAPITULO III

Del santo sacrificio de la Misa. — Su excelencia. — Cómo debemos oírla. — Ejemplos.

§ I

LA Misa es un verdadero sacrificio y una representación de la vida y muerte de nuestro Señor. No sólo es memoria y representación del sacrificio de la cruz, sino que es el mismo que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. En la cruz Jesús Cristo fué el sacerdote y el sacrificio, y esto mismo sucede en la Misa, en la cual el Señor se ofrece á sí mismo á su Eterno Padre por ministerio de los sacerdotes.

2. En un sacrificio hay que considerar cuatro cosas: la persona á quien se ofrece, quién lo ofrece, por quiénes lo ofrece y qué es lo que ofrece; y la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio, que el que lo ofrece para reconciliarnos con Dios es uno con Aquel á quien se ofrece, y se une con aquellos por quienes lo ofrece, y El mismo es lo que se ofrece, para que

tal sacrificio fuera por todas partes acepto, agradable y eficaz. Por esto bastó para satisfacer á Dios por nuestros pecados y por los de todo el mundo; y tal satisfacción no fué solamente suficiente, sino sobreabundante, porque es mucho más lo que aquí se ofrece que la deuda que teníamos, y mucho más agradó al Eterno este sacrificio que lo que le habia desagradado la ofensa cometida. Y aunque sea malo el sacerdote que lo ofrece no pierde su valor, porque es el mismo sacrificio de la cruz, y Jesucristo es quien lo ofrece; y solamente está la diferencia en que el de la cruz fué sangriento, y en este de la Misa no hay efusión de sangre. — Consideremos aquí el gran amor que nos tiene Jesús y lo mucho que le debemos; pues no se contentó con ofrecerse una vez por nuestros pecados, sino quiso quedarse con nosotros para que tengamos, no una sola vez, sino diariamente y hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Eterno Padre y un presente con que aplacarlo, tan grande y tan precioso que no puede ser mayor, ni más rico, ni de más estimación. ¿Qué fuera del pueblo cristiano si no tuviera este sacrificio con que aplacar á Dios? Estuviera ya como Sodoma y Gomorra, y Dios lo hubiera destruido cual merecian sus pecados. — Es tan alto y soberano este sacrificio, que sólo á Dios puede ofrecerse; pues si bien se acostumbra decir Misa en reverencia y memoria de los

santos, con todo, no se ofrece sino á solo Dios.

3. Este sacrificio consiste en la consagración de ambas especies, y queda ofrecido al acabarse de decir las palabras de la consagración¹. Pero á más del sacrificio hay en el misterio de la Eucaristia la razón de Sacramento, el cual subsiste mientras duran las especies, ya sea que se reserve en la custodia ó que se lleve á los enfermos. Y como Sacramento, aprovecha á quien lo recibe; mas como sacrificio, también aprovecha á aquellos por quienes se ofrece. Y por estas dos causas instituyó el Señor tan divino misterio como Sacramento y como sacrificio, para que fuese sustento de nuestras almas y para que la Iglesia tuviera qué ofrecer á Dios en satisfacción de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de sus beneficios y para alcanzar además nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no sólo para nuestro alivio, sino también en sufragio de las almas del purgatorio.

4. Ahora pasemos á explicar de qué manera debemos asistir á la santa Misa. Tres son los métodos que hay más recomendados para esto. Consiste el primero en recordar los misterios de la Pasión que se representan en la Misa, sacando de aquí actos de amor y propósito de servir á Dios. Para esto ayudará mucho saber qué sig-

¹ Así muchos y graves teólogos.

nifica lo que se hace y dice en la Misa, así como lo que nos recuerdan los ornamentos sagrados. Y comenzando por éstos, decimos que el amito nos trae á la memoria el lienzo con que los judíos cubrieron el rostro de nuestro Señor, diciéndole: «Profetiza quién te hirió.»—El alba, la túnica blanca con que Herodes vistió al Señor, y burlándose de El lo mandó á Pilato.—El cingulo, las primeras sogas con que fué atado el Señor cuando lo prendieron; y el manipulo, las segundas con que lo ataron á la columna. Se pone en el brazo izquierdo para denotar el gran amor con que recibió los azotes por nuestros pecados, y el que es razón que le tengamos por todos sus beneficios.—La estola representa la soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz sobre sus hombros.—La casulla, el manto de púrpura que le vistieron para burlarse de su Majestad.—La entrada del sacerdote en la sacristía para vestirse los ornamentos sagrados, nos recuerda la Encarnación del Señor, en la cual se vistió de nuestra carne.—El Introito, los deseos y suspiros de los Patriarcas por la venida del Señor.—Los kiries, la misericordia de Dios y nuestra gran miseria.—El *Gloria in excelsis Deo*, las alabanzas que debemos al Señor por el beneficio de la Encarnación.—La Epístola, la doctrina del Antiguo Testamento.—El Gradual, la penitencia que hacía el pueblo con la predicación del Bautista.—El Ale-

luya, la alegría del alma cuando ha conseguido el perdón de los pecados.—El Evangelio, la doctrina de Jesucristo. Se oye de pie para indicarnos la prontitud con que hemos de obedecerle. El Credo es el fruto de la doctrina del Evangelio. Aquí concluye la primera parte de la Misa.

§ II

5. La segunda es desde el Ofertorio hasta el *Pater noster*, y el sacerdote comienza á decir las oraciones en secreto para indicarnos que debemos aumentar el recogimiento y devoción al acercarnos á la parte principal del sacrificio.—El lavatorio indica la pureza con que hemos de comulgar.—El Prefacio, nuestros deseos de recibir al Señor y las divinas alabanzas en que debemos emplearnos.—Sigue el Canon y el Memento de vivos, en el cual el sacerdote ruega por el Papa, por el Obispo y por sus necesidades particulares.—San Francisco de Borja hacia su memento por las cinco llagas del Señor. En la llaga de la mano derecha encomendaba al Papa y á todos los eclesiásticos. En la de la izquierda, á todas las autoridades civiles. En la del pie derecho, las Ordenes religiosas. En la del pie izquierdo, á sus parientes, amigos, bienhechores y á los que se habian encomendado á sus oraciones. La llaga del costado la reservaba para sí

mismo, entrando en ella, pidiendo el perdón de sus pecados y remedio de sus necesidades, y quedando abrasado en las llamas del amor de Dios. En el memento de difuntos pedía por sus padres y parientes, por los difuntos de su Religión, por sus amigos, bienhechores y encomendados y por las almas con quien tuviera obligación, por las más desamparadas y que estuvieran en más graves penas, por las que se hallasen más cerca de salir del purgatorio y por las que el pedir fuera de mayor agrado y servicio de Dios. Así podemos hacerlo nosotros, y muy bueno será que también ofrezcamos el santo sacrificio en unión del sacerdote, atendiendo á lo que él dice y hace, é ir haciendo con él lo que podamos, pues que tenemos parte en tan santa oblación. Principalmente podemos ofrecerlo en acción de gracias por todos los beneficios de Dios, así generales como particulares; en satisfacción de nuestros pecados y de los de todo el mundo, y para alcanzar remedio en nuestras necesidades y conseguir nuevas gracias del Señor para nosotros y para toda la Iglesia. Ofrezcámonos entonces á nosotros mismos en unión de Jesucristo y con la misma intención que tuvo su divina Majestad en la cruz. Y éste es el segundo método de oír la santa Misa.

6. La tercera parte de la Misa es desde el *Pater noster* hasta el fin, y entonces debemos

prepararnos para la comunión espiritual, teniendo vivas ansias y los más abrasados deseos de recibir espiritualmente al Señor, á quien por entonces acaso no recibimos sacramentalmente; y con tal deseo participamos de los bienes y gracias celestiales que suelen recibir los que comulgan sacramentalmente, y aun tal pueden ser nuestra humildad y reverencia, y la vehemencia del deseo de comulgar, que podemos recibir mayor gracia que los que comulgan sacramentalmente cuando éstos no tienen tan buena disposición. Mas para que el deseo de que hablamos sea comunión espiritual debemos estar en gracia; si no lo estamos sabiéndolo nosotros, y deseamos comulgar saliendo antes de tan infeliz estado, este deseo, aunque bueno, no será comunión espiritual.

7. He aquí cómo podemos expresar estos deseos de recibir á Jesucristo: ¡Oh Señor! ¡quién tuviera la pureza de la Reina de los ángeles para recibiros dignamente! ¡Quién fuera digno de recibiros cada día y teneros siempre en sus entrañas! Pero á lo menos, ¡oh Señor! venid espiritualmente á mi corazón, enriquecedme con Vos mismo. Venid, Dios mío, que yo os amo, suspiro por Vos y quiero teneros amorosamente en mi corazón. Parece que ya os tengo conmigo, y una y otra vez repito que os amo, os bendigo y os consagro enteramente mi corazón, para que os sirva todos los días de

mi vida. Estas comuniones podemos hacerlas durante la santa Misa ó visitando al santísimo Sacramento, y siempre que queramos. Este es el tercer método de oír Misa.

8. Había un devoto caballero que era molestado de una grave tentación de ahorcarse, y algunas veces estuvo á punto de hacerlo; su remedio fué oír Misa diariamente, y un día que no lo hizo le volvió la tentación. No hallaba el modo como remediar aquella pérdida; mas un labrador que lo supo le dijo que él le vendería la Misa que había oído aquel mismo día y lo que había merecido con ella, recibiendo luego la ropa de aquel caballero; el cual de allí se fué para una iglesia á hacer oración, y volviendo después al mismo sitio, halló que el labrador se había ahorcado y estaba colgado de un árbol, permitiéndolo Dios así en castigo de su pecado. El buen caballero dió gracias al Señor, y se confirmó más y más en la devoción de oír Misa diariamente.

9. El rey de Portugal Don Dionisio, paseándose á caballo un día por donde había un horno de cal que se estaba cociendo; y llamando aparte á los hombres que le daban fuego, les dijo que al día siguiente les mandaría un criado que les preguntaría si ya habían hecho lo que el Rey les había mandado, y que á ese criado le tomaran y le echasen en el horno de la cal para que luego muriera, porque así convenía á su

servicio. A la mañana siguiente, el Rey mandó al paje limosnero de Santa Isabel, su esposa, con aquel funesto recado. Pero el paje, al ir á cumplir su comisión, pasó por una iglesia y oyó la campanilla de alzar, y entrando luego, se estuvo allí hasta el fin de aquella Misa, y después oyó otras dos que se siguieron. Entretanto, inquieto el Rey y deseando saber lo que pasaba, mandó otro paje, que había acusado al primero, que era inocente. Llegó el segundo, y los caleros le tomaron luego y le arrojaron al horno de la cal; y cuando después llegó el otro, que se había detenido oyendo Misa, los mismos caleros le dijeron que ya estaban cumplidas las órdenes del Rey.

10. Dos artesanos de un mismo oficio vivían en un pueblo: uno de los cuales estaba cargado de familia y era muy devoto de oír Misa, y Dios le ayudaba en todo, dándole en abundancia con qué mantenerse. El otro sólo tenía su mujer, trabajaba día y noche y aun los domingos, y con todo estaba en la última miseria. Una vez preguntó á su compañero de dónde sacaba tantos recursos, y éste le llevó á la iglesia á que oyese Misa, y le dijo que no tenía otro lugar donde buscar el sustento del cuerpo y el premio de la vida eterna sino la iglesia, pues el Señor había dicho: « Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. » El otro artesano tomó

el consejo oyendo Misa todos los días, y comenzó á irle bien y á prosperar en todos sus negocios.

11. Un día de fiesta dos jóvenes salieron al campo á cazar: uno de ellos oyó Misa, y el otro no. De repente el cielo se cubrió de nubes y comenzó una gran tempestad; después de esto oyeron una voz que decía: «Hiérole.» Quedaron atemorizados con tal voz; pero después, siguiendo su camino, cuando menos pensaron cayó un rayo y mató al desgraciado que no había oído Misa, quedando salvo el primero.

12. A la hora de la Misa se halla rodeado el altar de muchos ángeles, que con gran reverencia y asombro adoran al Hijo de Dios en la divina Eucaristía, y «entonces nosotros, — dice San Crisóstomo, — no debemos pensar que estamos en la tierra, sino entre los querubines y serafines. Estemos en la iglesia, — prosigue el Santo, — con gran silencio, temor y temblor. Ved de qué manera están los criados delante de su Rey; con qué modestia, atención y respeto; no hay quien se atreva á hablar una palabra ni á volver los ojos á otra parte; pues de ellos aprendamos cómo debemos estar en la casa de Dios y en la santa Misa¹.»

¹ De *Sacerdot.*, lib. III.

TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

CAPÍTULO PRIMERO

Necesidad de la pobreza espiritual. — Males que trae consigo la avaricia. — Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen.

§ I

BIENAVENTURADOS los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos¹. Estas palabras de nuestro divino Maestro nos declaran cuán indispensable nos es la pobreza espiritual, porque todos tenemos necesidad de ser dichosos y de alcanzar la gloria eterna, y todo esto lo tenemos mediante esa pobreza. Por el contrario, de los que no la tienen no hallamos escrito que el Señor les haya prometido el cielo.

2. «Pertenece al amor filial, — nos dice Santo Tomás, — manifestar á Dios la reverencia que le debemos y estar sujetos á su divina

¹ Matth., V.

el consejo oyendo Misa todos los días, y comenzó á irle bien y á prosperar en todos sus negocios.

11. Un día de fiesta dos jóvenes salieron al campo á cazar: uno de ellos oyó Misa, y el otro no. De repente el cielo se cubrió de nubes y comenzó una gran tempestad; después de esto oyeron una voz que decía: «Hiérole.» Quedaron atemorizados con tal voz; pero después, siguiendo su camino, cuando menos pensaron cayó un rayo y mató al desgraciado que no había oído Misa, quedando salvo el primero.

12. A la hora de la Misa se halla rodeado el altar de muchos ángeles, que con gran reverencia y asombro adoran al Hijo de Dios en la divina Eucaristía, y «entonces nosotros, — dice San Crisóstomo, — no debemos pensar que estamos en la tierra, sino entre los querubines y serafines. Estemos en la iglesia, — prosigue el Santo, — con gran silencio, temor y temblor. Ved de qué manera están los criados delante de su Rey; con qué modestia, atención y respeto; no hay quien se atreva á hablar una palabra ni á volver los ojos á otra parte; pues de ellos aprendamos cómo debemos estar en la casa de Dios y en la santa Misa¹.»

¹ De Sacerdot., lib. III.

TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

CAPÍTULO PRIMERO

Necesidad de la pobreza espiritual. — Males que trae consigo la avaricia. — Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen.

§ I

BIENAVENTURADOS los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos¹. Estas palabras de nuestro divino Maestro nos declaran cuán indispensable nos es la pobreza espiritual, porque todos tenemos necesidad de ser dichosos y de alcanzar la gloria eterna, y todo esto lo tenemos mediante esa pobreza. Por el contrario, de los que no la tienen no hallamos escrito que el Señor les haya prometido el cielo.

2. «Pertenece al amor filial, — nos dice Santo Tomás, — manifestar á Dios la reverencia que le debemos y estar sujetos á su divina

¹ Matth., V.

Majestad. Siguese de tal sujeción que el hombre no se engrandezca ni glorifique en sí mismo, ni en las otras criaturas, sino solamente en Dios. Gloríase malamente en sí mismo mediante la soberbia, y en las otras criaturas poniendo su corazón en ellas y en las riquezas. Mas la pobreza de espíritu, por la cual puede entenderse la humillación del espíritu soberbio ó la renuncia de los bienes temporales, impide ambas cosas, las cuales son los grandes obstáculos que tenemos para conseguir la vida eterna. Si, pues, la pobreza espiritual los aparta de nosotros, claro es que necesitamos de ella para salvarnos.

3. El Señor nos manda que le amemos con todo nuestro corazón; ¿y cómo podremos cumplir este divino precepto si amando la honra y las riquezas negamos á Dios el cariño que ponemos en el mundo y en sus bienes? Mas la pobreza espiritual rompe todos esos lazos, y elevando al cielo nuestros ojos nos descubre dónde está el verdadero y riquísimo tesoro que debemos codiciar sobre todas las cosas, el objeto amable sobre todo amor que ha de llevar en pos de sí todo nuestro afecto.

4. El Señor no nos ha mandado que dejemos realmente los bienes que hemos recibido de su mano; pero si nos prohíbe que pongamos en ellos nuestro afecto. « Si tenéis grandes riquezas, — nos dijo en otro tiempo por

boca de David, — no pongáis en ellas vuestro corazón ¹. » Y si bien es cierto que podemos ser santos aun en medio de la opulencia, como lo fueron Job, San Luis, rey de Francia, San Fernando y otros muchos, con todo eso, jamás llegaremos á la santidad si no imitamos el desprendimiento de esos mismos santos, que realmente fueron pobres en medio de sus riquezas. Mas si nosotros las amamos serán un lazo de perdición y muerte para nuestras almas. « Vendrá la avaricia con todos sus horrores; porque no hay cosa más detestable que un avaro, ni hay cosa más inicua que el que codicia el dinero; que éste á su misma alma la pone en venta, y aun viviendo se arranca sus propias entrañas, — nos dijo el Espíritu Santo ². » Y en efecto, el avaro no tiene compasión de nadie, no sabe socorrer al desgraciado, y es duro y cruel aun consigo mismo. ¿A qué excesos no arrastra la avaricia, ni qué es lo que llega á respetar? Porque los que pretenden enriquecerse caen en tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que hunden á los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición; porque la raíz de todos los males es la avaricia, arrastrados de la cual algunos se desviaron de la fe y sesujetaron á muchas pe-

¹ Psalm. LXI, 11.

² Eccli., X, 9-10.

nas¹. Para evitar semejantes desgracias, que trae consigo el amor de las riquezas, San Pablo decia á Timoteo: « Manda á los ricos de este siglo que no sean altivos, ni pongan su confianza en las vanas riquezas, sino sólo en Dios vivo, que nos provee de todo. Exhórtales á obrar bien, á enriquecerse con buenas obras, á repartir liberalmente, á comunicar sus bienes, á atesorar un buen fondo para lo venidero, á fin de alcanzar la verdadera vida². »

§ II

5. Grandes son los bienes de la pobreza espiritual; mas por ahora sólo mencionaremos la paz y la verdadera libertad de nuestras almas. « Es la paz, — nos dice San Agustín, — la serenidad de la mente, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, la unión de la caridad. » El verdadero pobre de espíritu conserva una serenidad admirable y una tranquilidad que nada turba ni aun en medio de los mayores infortunios y desastres; porque ¿ qué es, en realidad lo que inquieta y turba nuestras almas, sino el temor de perder lo que amamos ó el ver desvanecidas nuestras espe-

¹ 1 Tim., VI, 9-10.

² Ibid., XVII, 19.

ranzas? Mas la pobreza espiritual destruye los temores de que hablamos al desprendernos de los bienes de este mundo, y sólo nos deja una esperanza que nunca nos confunde porque está fundada en Dios; tal esperanza es la de alcanzar la vida eterna, pues el Señor nos ha dicho: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. »

6. La santa pobreza de que hablamos nos da también la libertad de espíritu. ¡ Oh, cuántas son las cadenas que rompe, y cuán pesada es la carga que nos quita de encima! Las riquezas no se adquieren sin trabajo, ni se conservan sin amor, ni se pierden [sin alguna pena; mas la pobreza espiritual nos libra de todos estos males, haciendo que en todo trabajemos por la vida eterna, santificando y volviendo provechoso el trabajo, poniendo nuestro cuidado en no quebrantar la santa ley de Dios y trayéndonos siempre á la memoria estas palabras del divino Maestro: « Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura¹. » Finalmente, en la pérdida de los bienes temporales la pobreza nos consuela, haciéndonos saber que el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros á fin de enriquecernos con su santísima pobreza².

¹ Matth., VI.

² II Cor., VIII.

7. ¿ Con qué podrá turbarse la santa y dulce paz de que disfruta el verdadero pobre de espíritu, que nada espera ni desea de los bienes de este mundo, ni á nadie teme sino á Dios, á quien es gloria el temer ? ¿ Quién podrá impedir la libertad que trae consigo la verdadera pobreza de espíritu si ésta nos da sus benditas alas para remontarnos más allá de las nubes, desde donde contemplamos la miseria y nada de los bienes de este mundo, y la preciosidad y belleza de aquellos que el Señor tiene reservados para los pobres de espíritu ?

8. Grandes son los bienes que se siguen de la pobreza espiritual, ya en nosotros mismos, ya en nuestros semejantes. « En nosotros es ella como la madre y origen de las virtudes, según nos dice San Ambrosio. » Y con respecto á nuestros semejantes, la pobreza nos inclina á las obras de beneficencia y caridad, tanto por el desprendimiento de los bienes temporales que nos infunde, el cual nos hace fácil la liberalidad y franqueza para con los pobres, como porque nos hace ver que esto es lo mejor en que podemos emplear nuestras riquezas, no dejando que se nos olviden jamás estas preciosas palabras : « No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la pollila los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban ; atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni pollila

que los consuman, ni ladrones que los desentierran y los roben. Porque donde está vuestro tesoro allí está vuestro corazón ¹. »

CAPITULO II

Medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual.

§ I

AUNQUE hay muchos medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual, nosotros indicaremos solamente los siguientes :

2. Primero: la oración. Bien sabemos que toda dádiva preciosa y todo don perfecto vienen de arriba, descienden del Padre de las luces ²; pues siendo la pobreza espiritual una margarita de inestimable valor, un verdadero tesoro de bienes celestiales, un precioso regalo de la bondad de nuestro Dios, no podremos hallarla en la tierra, sino tiene que bajar de lo alto, y para esto es indispensable pedirselo al Señor. ¿ Ni cómo hemos de poder adquirir por nosotros mismos el espíritu de la santa pobreza, cuando para esto nos es indispensable estar íntimamen-

¹ Luc., XII, 33-34.

² Jac., I.

te penetrados de la vanidad de los bienes de este mundo, y tener una fuerza de voluntad á toda prueba con que resistir las tendencias de nuestro corazón, que continuamente nos está inclinando á la comodidad, al regalo, al descanso y á procurar los honores y atenciones de los hombres, que tan fácilmente conseguimos mediante las riquezas? Debemos, pues, pedir á Dios nuestro Señor que nos dé su luz y un profundo conocimiento de la nada de todos los bienes de este mundo, y que nos llene de fortaleza para despreciarlos y poner nuestro amor solamente en los bienes invisibles, que nunca se han de acabar.

3. El segundo medio para adquirir la pobreza espiritual es la frecuente meditación sobre su importancia y necesidad, sobre los males y los inútiles cuidados que trae consigo el deseo de las riquezas, sobre los peligros é inconstancia de éstas, y sobre la paz é inefable dicha que gozan, aun en este mundo, los verdaderos pobres de espíritu. De los ricos está escrito que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que no que un rico éntre en el reino de los cielos¹; mas á los pobres de espíritu está prometido este reino.

4. «El desvelo por las riquezas, — nos dice el Espíritu Santo, — consume las carnes, y sus

¹ Matth., XIX.

cuidados quitan el sueño... No será justo aquel que es amante del oro. Muchos han caído en el precipicio á causa del oro, cuyo resplandor fué su perdición. Leño de tropiezo es el oro para los que idolatran en él... ¡Ay de aquellos que se van tras el oro! Por su causa perecerá todo imprudente¹.»

5. «Estad alerta, — nos dijo el Señor, — y guardaos de toda avaricia; que no depende la vida del hombre de la abundancia de bienes que posee. — Un rico tuvo una vez una abundante cosecha de frutos, y discurría consigo mismo diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Derribaré mis graneros y construiré otros mayores, y diré á mi alma: Ya tienes muchos bienes para muchos años. Descansa, come, bebe y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! Esta misma noche te han de exigir tu alma. ¿De quién será cuanto has reunido? Esto es lo que sucede al que atesora para si y no es rico en los ojos de Dios².»

6. «En la heredad de Dios tendrán lugar los que pertenecen á su grey, — dijo David; — á ninguno faltará el sustento; pero el Señor lo tiene preparado muy suave y lleno de dulzura para los pobres³.» Isaías dijo también que re-

¹ Eccli., XXXI.

² Luc., XII.

³ Psalm. LXVII, 11.

posarían con seguridad los pobres que tienen su esperanza en el Señor; y el Señor tiene sobre ellos sus ojos llenos de misericordia ¹, porque El mismo los eligió para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino celestial ². Todo lo cual causa en los verdaderos pobres de espíritu inmenso júbilo y paz dulcísima que el mundo no conoce ni puede dar las riquezas.

7. Estas grandes verdades, meditadas con detenimiento y frecuencia, nos darán, con el auxilio de la divina gracia, los más favorables resultados: veremos en la pobreza espiritual una bendición de Dios, reservada para escogidos, y no pondremos nuestro corazón en las riquezas.

8. El tercer medio para adquirir la pobreza de espíritu es la caridad y misericordia para con los necesitados. «Da limosna de tus bienes, — dijo al joven Tobías su padre, — porque así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su rostro. Usa de misericordia según pudieres. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena voluntad aun de lo poco que pudieres, pues de esta manera atesoras un gran premio para el día de la necesidad ³.»

9. El ejercicio de la caridad en el socorro de los pobres nos hace generosos y desprendidos y nos enseña cuál es el uso que debemos hacer

¹ Isai., XIV.

² Jac., II, 5.

³ Tob., IV, 7.

de las riquezas, dispone nuestro corazón para recibir el espíritu de la verdadera pobreza, que no tardará el Señor en comunicarnos, premiando con este riquísimo tesoro el bien que hacemos á los pobres.

10. «Dichoso el rico que es hallado sin culpa, — nos dijo el Señor, — y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste y lo alabaremos? Porque él ha hecho cosas admirables en su vida. Fué probado por medio del oro y hallado perfecto, por lo cual alcanzará la gloria eterna. Pudo pecar y no pecó; hacer el mal y no lo hizo; por esto sus bienes están asegurados en el Señor, y toda la congregación de los santos celebrará sus limosnas ¹». En cuanto á los pobres de espíritu, ya el Señor nos dijo: «Son dichosos porque de ellos es el reino de los cielos.»

¹ Eccli., XXXI.

TRATADO XV

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Medios para conservarla. — Remedios contra las tentaciones deshonestas.

§ 1

QUÉ es la voluntad de Dios, — dice San Pablo, — vuestra santificación: que os abstengáis de la deshonestidad; que sepa cada uno de vosotros guardar su cuerpo santa y honestamente... Porque no nos ha llamado Dios á la inmundicia, sino á la santidad.¹» Si San Pablo llama santidad á la pureza, nuestro Señor la llama virtud celestial y de ángeles; y en realidad, ninguna otra nos hace tan parecidos á los ángeles como ella, haciéndonos vivir en la carne como si no lauviésemos.

2. Agrada á Dios tanto esta virtud, que al

¹ 1 Thes., IV, 7.

hacerse hombre quiso nacer de una virgen consagrada con voto de castidad. Además, San Juan Evangelista fué preferido á los demás Apóstoles en el amor porque fué virgen, y este mismo Santo vió en el cielo á los que guardaron virginidad en compañía del Cordero, al cual seguían adondequiera que iba, y cantaban un cántico nuevo que nadie podía entonar sin ellos¹. El mismo San Juan descansó en el pecho del Señor en la noche de la última cena, y á él le encomendó Jesús, antes de morir, su santísima Madre.

3. «Siete son, — dice Casiano², — los grados de esta virtud, por los cuales podemos subir hasta llegar á su perfección. El primero es que el hombre, estando despierto, no se deje vencer de ningún pensamiento ó movimiento deshonesto. El segundo, que no se detenga en tales pensamientos, sino que luego los deseche. El tercero, que no se mueva ó se altere, ni mucho ni poco, con la vista de personas de otro sexo. El cuarto, que no permita en sí mismo ni un simple movimiento de la carne. El quinto, que cuando tenga que tratar ó estudiar acerca del vicio deshonesto, lo haga con ánimo quieto y no tenga más movimiento con el recuerdo de estas cosas que si tratara de edificar, sembrar,

¹ Apoc., XII.

² Collat., XII.

ó cosa semejante. El sexto, que ni aun durmiendo tenga ilusiones ni representaciones deshonestas. El séptimo, que ni velando ni en el sueño sienta ya ningunos movimientos que suelen venir por causas naturales. »

4. Los medios para guardar la castidad son los siguientes: Primero, mortificar nuestros sentidos, y especialmente la vista. «¿ Quiénes son éstos que vuelan como nubes, — decía un Profeta, — y como palomas se recogen á sus ventanas¹ »? «Son los justos, — dice San Gregorio, — que se levantan de las cosas de la tierra, y como palomas se recogen, sin asomarse por las ventanas de sus sentidos para no ver lo que pasa en el mundo. » David se olvidó alguna vez de este recogimiento, detuvo sus miradas en una mujer, y la muerte penetró en su alma. — El santo Job, por el contrario, para evitar semejante desgracia, nos dice que hizo pacto con sus ojos de no ponerlos en objetos peligrosos. No nos dice que hiciese tal pacto con su entendimiento, porque bien sabía que por los ojos vienen los malos pensamientos, y que, teniendo guardados sus sentidos, también tendría guardado el corazón. Y este santo, que peleaba á brazo partido con el demonio, quedando vencedor en todos sus combates, no se atrevía á ver á una doncella; para que entenda-

¹ Isa., LX, 8.

mos cuán necesaria nos es la modestia por más virtuosos que seamos.

5. «Mucho nos ayudan para ser castos la templanza, el silencio y la guarda de los ojos; mas aunque observemos las dos primeras, si no guardamos los ojos no será firme nuestra virtud, — dice San Efrén; — porque así como cuando se rompen los acueductos se derrama y pierde el agua que va por ellos, así cuando no recogemos la vista se pierde la castidad.»

§ II

6. El segundo medio para conservar esta virtud es hacer mucho caso de cosas pequeñas, pues quien las menosprecia poco á poco viene á caer en las grandes. — Es la castidad una virtud muy hermosa, no hay ninguna otra más tierna y delicada que ella; y así como un espejo muy brillante se empaña con el más ligero soplo, así aquella santa virtud pierde su hermosura y resplandor por cosas muy pequeñas. Por esto debemos huir de ellas con sumo cuidado; porque así como la llama deja rastro de sí en dondequiera que toca, y cuando no quema á lo menos tizna y empaña, así también las más ligeras faltas contra la pureza, pues que despiertan imaginaciones, pensamientos ó movimientos desarreglados. Además es necesario no

olvidar que quien se echa por una pendiente resbaladiza, aunque piense no pasar de un punto señalado, con todo eso, el peso de su cuerpo y lo resbaladizo del terreno lo llevan más adelante; esto mismo sucede en lo que vamos diciendo. — Llevamos este preciosísimo tesoro de la castidad en un vaso de tierra, que con casi nada puede romperse; y así, es indispensable andar con mucho cuidado y diligencia para evitar nuestra ruina.

7. Los atletas que corrian en los juegos olímpicos, para no disminuir sus fuerzas se abstendian de comidas dañosas, se guardaban de la ociosidad y hacian frecuentes ejercicios corporales para conservarse con vigor, y esto para alcanzar un premio temporal y una corona corruptible; ¿pues qué será razón que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y la eterna corona de la gloria?

8. El tercer medio para conservar la castidad es que manifestemos en la confesión las faltas más pequeñas contra la misma virtud: pues la vergüenza y humillación que por esto sentimos nos serán muy saludables, las amonestaciones y consejos del padre espiritual nos descubrirán los peligros que acaso no hemos advertido; despertarán en nosotros un saludable temor, y la gracia del Sacramento nos dará nuevas fuerzas.

9. El cuarto medio es evitar con mucho cui-

dado la pasión del amor, apartando todas las ocasiones que lo puedan excitar en nuestras almas, y esto aunque sea muy bueno y con personas de mucha virtud y santidad, y aunque el trato y la conversación sean de cosas espirituales y nos parezca que aprovechamos en el camino de Dios. Tengamos, pues, mucha cautela y recato, porque el amor espiritual fácilmente degenera y se convierte en carnal; pues el demonio hace en esto lo que dijo el maestresala de las bodas de Caná, que algunos ponen primero el buen vino y luego el peor; así, aquel enemigo de nuestra salud hácenos creer al principio que todo es devoción y espíritu, y cuando nos tiene ya rendidos descubre su ponzoña y nos prende en sus redes.

10. He aquí los principales remedios que podemos usar contra las tentaciones deshonestas: primero, la oración, pues nuestro Señor nos ha dicho: «Velad y orad para que no caigáis en la tentación¹.» Y así como los ladrones huyen en oyendo voces, y todos se levantan y vienen á socorrernos, así el clamor de la oración espanta al demonio y llama á los ángeles para que nos auxilién. «Especialmente el pensamiento de la Pasión del Señor y el escondernos en sus llagas es el remedio más poderoso y eficaz contra estas tentaciones», nos

¹ Matth., XXVI.

dice San Agustín. Digamos, pues, cuando seamos tentados: Mi Dios pende de un madero, donde sufre cruelísimos tormentos; ¿y habré yo de entregarme á los deleites de la carne?

11. Podemos pensar también en la eternidad de las penas del infierno, en aquel para siempre jamás, durante el cual los réprobos serán atormentados por sucios deleites, que pasaron como sombra que se desvanece. De la misma manera pensemos en la amargura de la muerte, en el tremendo y espantoso juicio que tendrán los pecadores, ó bien consideremos cuán insensatos seríamos prefiriendo á las eternas delicias de la gloria unos placeres tan breves y tan vergonzosos como son los de la carne.

12. Para vencer las tentaciones de que hablamos mucho nos ayudará hacer la señal de la cruz en la frente y en el corazón, alabar los dulces nombres de Jesús, María y José, tener muy especial devoción á la santísima Virgen María, Reina de toda castidad y Madre de toda pureza, rezarle diariamente algunas oraciones y llamarla con humildad y fervor en la hora del peligro. Así también es muy bueno visitar muchas veces al santísimo Sacramento del altar, pidiéndole el auxilio de su gracia y, sobre todo, debemos recibirlo con frecuencia, porque él es el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes.

13. Otro remedio contra estas tentaciones es la mortificación de la carne, sujetándola con

ayunos, cilicios, disciplinas y otras austeridades. Una persona pidió á Fray Gil, compañero del gran Patriarca de Asís, un remedio contra las tentaciones deshonestas, y el siervo de Dios le dijo: « ¿Qué harías tú á un perro que viniese á morderte? — Tomaría una piedra ó un palo, y lo golpearía hasta lograr ahuyentarlo, — le contestó. — Pues hazlo así con tu carne, que te quiere morder, — repitió Fray Gil, — y huirá de ti la tentación. »

14. En lo que vamos diciendo sólo tenemos que advertir que en el uso de las penitencias corporales debemos ser prudentes y discretos, pero no melindrosos ni delicados; y para evitar que el amor propio nos engañe, consultemos con nuestro director y sigamos su parecer.

15. Algunas veces las tentaciones deshonestas que padecemos y los desórdenes de la sensualidad que experimentamos suelen ser reliquias de la mala vida pasada y castigo de nuestras culpas; en tal caso el remedio consiste en llorar nuestros pecados, reconociendo que bien merecemos aquel castigo, sufriendolo con paciencia y humillándonos bajo la mano del Señor, que nos castiga con mucha misericordia.

16. Recurramos á Dios nuestro Señor, desconfiando enteramente de nosotros mismos y poniendo toda nuestra confianza en la bondad divina, y así venceremos nuestras tentaciones.

San Antonio Abad vió en espíritu que todo el mundo estaba lleno de lazos, y muy afligido preguntó al Señor quién se libraria de caer en ellos, y el Señor le contestó: « El humilde. » Pues seamos humildes y el Señor nos sacará victoriosos de todos los combates. Los altos montes son combatidos de las tempestades, los grandes árboles son los que arranca el viento; pero las débiles cañas, los mimbres y las humildes plantas, que se abaten é inclinan á una y otra parte, quedan en pie después del huracán.

17. Saquemos de estas tentaciones gran conocimiento de nuestra indecible miseria, humillándonos profundamente al ver que tales cosas pasan por nosotros, y digamos al Señor: « Ved, Señor, quién soy yo; ¿qué puede dar de sí mi carne corrompida sino esta fetidez intolerable? Y esta tierra, ¿qué otra cosa puede producir sino zarzas y espinas? » Decía el santo Fray Gil que nuestra carne es como el animal inmundo, que corre ansioso á hundirse en el lodo, y como el escarabajo, que pasa la vida revolcándose en el estiércol.

CAPÍTULO II

Nuevos remedios contra las tentaciones. — Ventajas del santo temor de Dios.

§ 1

PUEGO que sentimos que la tentación impura nos asalta, procuremos desviar la atención de aquello á que nos incita, sin examinar lo que nos dice, sino volviendo prontamente las espaldas y ocupándonos en otra cosa, y cuanto más pronto seamos en adoptar este medio, más pronta y completa será la victoria.

2. Podemos también afrontar al demonio, que nos sugiere tales tentaciones; pues siendo él tan soberbio como es, no puede sufrir que le humillen y desprecien. Un día se arrojó á los pies de San Antonio Abad un muchacho negro, sucio y asqueroso, lamentándose de que el Santo le hubiese escarnecido. Preguntóle San Antonio quién era, y él contestó: « Soy el espíritu de la impureza. — De aquí en adelante, — replicó el Santo, — ningún caso haré de ti, pues eres cosa tan vil y desechada. » Y desapareció luego la visión.

3. Una de las cosas que más nos ayudará para ser castos y conservarnos en gracia de Dios

será el andar siempre con temor y recato, desconfiando de nosotros mismos y poniendo en el Señor toda nuestra confianza; « porque aquel hombre es dichoso, — nos dice la Sagrada Escritura, — que anda siempre con este santo temor. Y, por el contrario, lo que ha hecho dar grandes caídas aun á los santos ha sido fiar de sí y andar con poco temor y cautela, porque el necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sabio anda con temor, y así se libra del mal. »

4. Muchas personas fueron castas en su juventud, á pesar de las grandes tentaciones que tuvieron, porque vivían en gran temor y humildad, acudían á Dios, y su divina Majestad las defendía; pero después, con la larga posesión de la castidad, confiaron en sí mismas y cayeron luego miserablemente. ¿ A quién no atemoriza la caída de Jacobo el ermitaño, el cual, después de cuarenta años de rígorosa penitencia, siendo ya viejo y teniendo el don de milagros, ofendió al Señor por haber confiado de sí mismo? Le llevaron una joven, de la cual arrojó él al demonio, y después de esto consintió en que se quedase en su compañía; fué tentado de impureza y sucumbió á la tentación, y después dió muerte á la joven y la arrojó en un río, y desesperando de la misericordia de Dios

1 Prov., XIV.

determinó entregarse á toda suerte de vicios y pecados, aunque, á pesar de esto, aquella divina y adorable misericordia no le faltó al fin de su vida.

5. Temamos, pues, de nosotros mismos, porque escrito está que la soberbia precede á la caída, y antes de la ruina se levanta el espíritu. ¡Ay de aquel que no ande siempre con este temor! Bien podemos llorar por él, que pronto caerá, pues el Espíritu Santo nos ha dicho: « Si no te mantienes siempre firme en el temor del Señor huyendo el peligro, guardándote de la ocasión, desechando luego el mal pensamiento y previniéndote para el combate, searruinará tu casa ». Y no nos engañemos diciendo que ni sentimos tentaciones ni tenemos peligro en tratar y ver con libertad, pues quiere el demonio que nos creamos seguros para después atacarnos de frente y vencernos con más facilidad. Y mientras mayores mercedes hubiésemos recibido del Señor con mayor cuidado debemos proceder, no olvidando que en esta vida no hay seguridad, que navegamos en un mar tempestuoso, que por todas partes nos cercan muchos enemigos y, por lo mismo, que aunque estemos en pie tenemos siempre que velar y estar sobre aviso para no perecer.

1 Prov., XVIII.

2 Eccli., XXXII.

6. Felipe II, rey de España, dijo al Padre Araos, jesuita: « Me han dicho que los de la Compañía traen consigo una planta que tiene virtud para conservar la castidad; decidme, ¿ qué planta es ésa? » « Así es, señor, en verdad, — contestó aquel Padre; — esa planta es el temor de Dios, que hace huir á los demonios, como el pez de Tobías puesto sobre las brasas. » Tengamos, pues, este santo temor, porque al que teme á Dios, el Señor le conserva en medio de la tentación y le libra del mal, y su santo temor echa fuera el pecado; por esto su divina Majestad nos dice que lo guardemos hasta el fin de la vida ¹.

§ II

7. He aquí algunos bienes del temor de Dios. Este temor no causa desconfianza, ni desmayo, ni hace á los hombres cobardes ó pusilánimes, sino fuertes y muy confiados y animosos, porque toda su fuerza está en el Señor, y quien teme á Dios de nada temblará, pues El es su esperanza, y fuera de Dios nadie puede dañarle, ni el mundo, ni el demonio, ni el infierno, que nada puede hacer sin la licencia de

1 Eccli., II.

aquel Altísimo Dios, que es firme apoyo de los que le temen ¹.

8. El temor de Dios no causa congoja ni amargura de corazón, ni pena alguna ó fatiga; antes es dulcísimo y alegre, regala el alma, entenece el corazón, derrite las entrañas porque nos hace andar continuamente en actos de amor de Dios; es gloria y justo motivo de gloriarse, es alegría y corona de triunfo; nos da contento y gozo y larga vida, y al que teme al Señor, le irá felizmente en sus postrimerias y Dios le bendicirá en el día de su muerte ². Este temor no nos hace temblar como á esclavos por miedo del tormento, pues nace del amor de Dios, y cuanto es mayor este amor tanto más tememos ofenderle y nos esforzamos á no causarle enojo.

9. Finalmente, todas las prerrogativas y excelencias que se dicen de la humildad y de la sabiduría las hallamos aplicadas al temor de Dios, al cual llaman los Padres áncora del corazón y guarda de las virtudes. La Santa Escritura se expresa en estos términos: « Oh, cuán grande es el hombre que ha adquirido la sabiduría y posee la ciencia! Pero nadie supera á aquel que teme á Dios. El temor de Dios se sobrepone á todas las cosas. Bienaventurado el hombre á quien ha sido concedido el don del

¹ Psalm. XXIV, 14.

² Eccli., I.

temor de Dios. ¿ Con quién compararemos al que lo posee ¹? »

10. San Juan Climaco refiere de un joven que llegó á tan alto grado de virtud que mandaba á las fieras y las obligaba á servir en el monasterio. Este joven, á quien San Antonio comparó con un navío cargado de ricas mercancías en medio del mar, y cuyo fin se ignoraba, cayó miserablemente; mas arrepentido después y estando llorando su pecado, mandó decir á San Antonio que rogara por él al Señor, y el Santo, sabiendo su caída, exclamó: « Una gran columna de la Iglesia ha caído hoy. » Pues si las columnas de la Iglesia llegan á caer, y aun los santos alguna vez se olvidan de la virtud, ¿ no tendremos por ventura nosotros sobrado motivo para temer por nosotros mismos, que ni somos santos ni columnas de la Iglesia? Nunca, pues, olvidemos el temor de Dios y que este temor nos salvará.

¹ Eccli., XXV, 13.

TRATADO XVI

DE LA OBEDIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Su materia.
A quiénes tenemos que obedecer.

§ I

Dios prohibió al hombre comer del árbol de la ciencia del bien y del mal,—dice San Agustín,—para mostrar cuán grandes son la excelencia y el valor de la obediencia y qué mal tan grande la desobediencia. » Si no hubiera comido de aquel árbol, el hombre habría permanecido en la inocencia y justicia original, y se habrían evitado los infinitos males que sobre él y sus hijos vinieron en castigo de su crimen.

2. El hombre debía reconocer el supremo dominio del Señor, y con este intento le fue impuesta aquella prohibición, cuya obediencia era indispensable para confirmarle en los bienes que se le habían prometido. Mas el hom-

bre no quiso obedecer, y por su culpa todos sus hijos fueron constituidos en pecadores. Empero Dios, que no quería que el linaje humano pereciera, descendió del cielo para enseñarnos con su ejemplo que la obediencia abriría las puertas del paraíso que había cerrado la desobediencia, y nos había de obtener la gloria; «pues Jesucristo, —dijo San Pablo,—obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillasen el cielo, la tierra y los infiernos.»

3. La obediencia es el origen y madre de las virtudes, dicen los santos: las introduce en el alma, y después de introducidas las conserva y defiende. Seamos, pues, obedientes y seremos castos, humildes, pacientes, mortificados; tendremos todas las virtudes, pues la obediencia hace que nos ejercitemos en todas ellas, y nos enseña á vencernos á nosotros mismos, haciendo que sigamos solamente el camino de Dios.

§ II

4. La obediencia tiene tres grados. El primero consiste en cumplir exteriormente lo que se nos manda. ¿Con cuánto cuidado y diligencia debemos habernos para obedecer con per-

fección? Con aquel con que acudimos á las cosas necesarias para conservar la vida, como acude á comer el que tiene hambre, y aun con mayor diligencia, ya que la vida eterna que se merece con la obediencia es más noble y excelente que la temporal. «El verdadero obediente, —dice San Bernardo,—no conoce la tardanza ni espera el día de mañana, sino luego cumple lo que el superior le manda; y en oyendo su voz le obedece como si oyera al mismo Jesucristo, porque no ignora que dijo el Señor: «El que os oye á vosotros, á Mi me oye.» Asimismo, quien sabe obedecer perfectamente no espera el expreso mandato de su superior; bástale saber su voluntad para tratar luego de cumplirla.»

5. La prontitud que pide de nosotros la perfección de la obediencia nos está indicada en la conducta de Abraham, á quien Dios mandó sacrificar á su hijo Isaac; no esperó á la mañana, sino de noche se levantó para cumplir las órdenes del cielo. Lo mismo hizo el ilustre Patriarca San José cuando el ángel le mandó que huyera á Egipto, llevando consigo al Niño y á su Madre.

6. El segundo grado de la obediencia consiste en conformar en todo nuestra voluntad con la del superior, sin querer otra cosa que lo que éste quiere, aunque sea muy difícil y repugnante lo que se nos manda; aun entonces

conviene que mostremos mayor prontitud, para que no se nos hagan mayores las repugnancias y dificultades que sentimos y para que sea mayor el sacrificio que ofrezcamos al Señor.

7. No procuremos que se nos mande lo que nos agrada, pues en tal caso no haríamos la voluntad del superior, sino antes él se conformaría con la nuestra. Hemos ayunado y humillado nuestras almas, deberíamos entonces decir, y todo ha sido en vano. ¿Queréis saber la causa de esto? Pues la causa es porque en todo eso habríais hecho vuestra voluntad.

8. Grande mal es, pues, la propia voluntad, porque hace que las buenas obras que hacemos no sean buenas para nosotros.

9. El tercer grado de la obediencia que quiere ser perfecta consiste en conformar nuestro entendimiento con el del superior, teniendo su mismo sentir, sujetando al suyo nuestro juicio en todo y por todo. La obediencia es como un holocausto perfectísimo en que nada se reserva, sino todo se ofrece al Señor. Esta era la diferencia que había en la ley antigua entre el sacrificio y el holocausto: que en aquél se quemaba una parte de la víctima en honra de Dios, y lo demás se dejaba para el sustento de los sacerdotes, mientras en el holocausto toda ella era consumida con el fuego. — Nosotros,

pues, ofrezcamos á Dios al obedecer no solamente el sacrificio, sino también el holocausto, para que nuestra obediencia sea perfecta y muy agradable á su divina Majestad.

10. «La obediencia puede ser imperfecta, — dice San Ignacio, — y ésta tiene ojos, mas para su mal; la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría: la una tiene juicio en lo que se le manda, la otra no. Aquella se inclina más á una parte que á otra, ésta se halla igualmente dispuesta para todo lo que le mandaren; la primera obedece con la obra negándose á ella el corazón, y así no merece el nombre de verdadera y perfecta obediencia; la segunda hace lo que se le manda, y sujeta su juicio y voluntad á la voluntad y juicio de los superiores, teniendo por bueno lo que se le ordena, sin buscar otras razones sino esta solamente: Dios lo manda.»

11. He aquí un admirable ejemplo de obediencia: Dios había prometido al patriarca Abraham que en su hijo Isaac se multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y con todo eso, le manda sacrificar á este mismo hijo, y Abraham se pone en camino para cumplir las órdenes del cielo y espera contra toda esperanza que vendría á ser padre de muchas naciones, según se le había dicho; no dudó ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, plenamente persua-

dido de que Dios es poderoso para cumplir todo lo que tiene prometido.

12. Para mejor obedecer tengámonos como muertos; pues así como el muerto no ve, ni responde, ni siente, ni se queja, así nosotros no hemos de tener ojos para ver ni juzgar cosa alguna contra lo que nos está mandado. — Un bastón se toma en la mano cuando se quiere, y lo llevamos sin dificultad y lo ponemos donde nos agrada, y sólo se mueve según el impulso que le damos. Seamos también así nosotros al obedecer á nuestros superiores.

13. La sujeción de nuestro juicio y voluntad á las órdenes del superior debe extenderse, no sólo á lo que es conforme á nuestra carne y sangre, sino también á las cosas que le son contrarias, y á las muy espirituales y santas, pues seguir nuestro propio dictamen en cualesquiera de éstas contra la obediencia nos es muy nocivo y desagrada al Señor. Obedezcamos, pues, en la frecuencia de la Comunión, en el ejercicio de la penitencia, etc.

14. La materia de nuestra obediencia son los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia, las particulares obligaciones de nuestro estado y los mandatos de nuestros superiores.

15. A quiénes tenemos que obedecer? El criado á su amo, el hijo á su padre, la esposa á su esposo, el religioso á su Prelado, el sacerdote á su Obispo y todos los fieles al Romano Pon-

tífice, Vicario de Cristo en la tierra. — Pero no todos están igualmente obligados á la obediencia, ahora se atiende á la extensión de sus deberes, ahora á las razones por las cuales deben cumplirlos. Mas nosotros, si deseamos alcanzar la perfección cristiana, tenemos que poner la mira en un punto muy elevado de virtud, aspirando á lo más santo y perfecto en todas nuestras obras. — No olvidemos esto, así en orden á lo que hemos dicho como á lo que diremos todavía en este tratado.

CAPÍTULO II

Razones y medios para obedecer. — Castigos de la desobediencia.

OBEDCED á vuestros superiores, — nos dijo San Pablo, — y estadles sujetos, ya que ellos velan, como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras almas. » He aquí una razón para obedecer y uno de los mayores consuelos que tenemos en la obediencia: Dios manda que obedezcamos, y en obedecer estamos seguros de agradar á su divina Majestad. El superior podrá errar cuando nos mande, pero nosotros no errar-

mos al obedecerle: Dios nos pedirá cuenta solamente del cumplimiento de la obediencia; lo demás corresponde al superior. ¿Por qué, pues, no habremos de cumplir en todo lo que se nos manda? «La obediencia es excusa delante de Dios, — dice San Juan Climaco; — por esto, si me preguntan por qué hice esto ó lo otro, contestaré porque así se me ordenó, y quedaré bien excusado.» — Es la obediencia navegación segura, camino que durmiendo se pasa; y así como el que navega va parado, sentado ó durmiendo, y va caminando sin tener cuidado del rumbo que lleva, porque este cuidado lo tiene el piloto, así también sucede al que obedece: corre á cargo de sus superiores, y éstos velan por él, y son como el Moisés que Dios ha puesto para que lo encamine á la patria del cielo.

2. «Obedeced á vuestros superiores, — añade San Pablo, — para que cumplan su oficio con alegría y no gimiendo.» Tengamos compasión de aquellos que nos mandan, y no hagamos enojosa y pesada la carga que llevan en no obedeciendo nosotros sus órdenes. Siendo como son nuestros padres, solícitos de nuestro bien, ¿no ha de ser conveniente y muy justo que paguemos su solicitud con nuestra pronta y rendida obediencia? «Por lo demás, lo contrario no nos es provechoso, — dice también San Pablo, — pues los superiores, cansados de nosotros, dejarán que hagamos lo que nos agrade,

y que dejados de su mano sigamos, no la voluntad de Dios, sino la nuestra.»

3. ¿Cuanto á los medios para obedecer con perfección, uno de los principales consiste en obedecer á los superiores como al mismo Jesucristo. Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, como al mismo Cristo, no sirviéndoles solamente cuando os ven, como si no pensaseis sino en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios; y servidlos con amor, haciéndoos cargo de que servís al Señor y no á los hombres. Y estad sumisos, no tan sólo á los superiores buenos y apacibles, sino también á los de condición recia. Tal es la enseñanza de San Pedro y San Pablo; y la razón de lo que ellos nos dicen es manifiesta. Porque si Jesucristo en persona nos mandase alguna cosa, ¿con cuánta prontitud y alegría le obedeceríamos? Nuestra voluntad sería la suya y nuestro juicio le estaría rendido, sin juzgar ni dudar, y sin detenernos por ninguna excusa ni pretexto cumpliríamos sus órdenes. Dios lo manda, Dios lo quiere, nos diríamos á nosotros mismos, y nos tendríamos por dichosos en obedecerle. Pues no olvidemos que el Señor dijo á sus Após-

1 Ephes., VI.

2 1 Petr., II, 18.

toles, y en su persona también á nuestros superiores que le representan: «El que á vosotros oye, á Mi me oye.»

4. Así es que en la obediencia hemos de ver á Dios y su santa voluntad, ya sea que la declare por sí mismo ó por medio de los hombres, tomando de la misma manera lo uno que lo otro, pues siempre es Dios quien manda y á Dios es á quien obedecemos.

5. Aunque tengamos que obedecer á los hombres, no por eso somos de peor condición que aquellos á quien Dios habló por sí mismo; antes bien, así como en las cosas de la fe, que no vemos, tenemos más mérito que si las viésemos, de la misma manera en la obediencia que rendimos á los superiores, y no al mismo Jesucristo en persona, en cierto modo merecemos más, pues manifestamos que nuestra fe y el amor que tenemos al Señor se extienden aun á aquellos que le representan. — Obedeciendo al hombre por Dios se humilla más el corazón, se niega más la voluntad y hay mayor resignación á las órdenes del cielo, haciendo más por Dios, como hace más el que obedece á un criado por amor del Rey, que el que obedece al mismo Rey.

6. Si consideramos al superior como hombre solamente, y no como representante del Señor, no tendremos en la obediencia la paz de nuestra alma ni la perfección que conviene;

pues en tal caso habrá de ocurrirnos que, siendo el superior hombre, puede obrar por respetos humanos con injusticia ó aversión á nosotros, lo cual, ciertamente, no dejaría de turbarnos; pero viendo en él al mismo Cristo, no ha lugar á tales pensamientos y murmuraciones.

7. Tampoco debemos rendir nuestra obediencia al superior por la prudencia, bondad y demás cualidades que le adornen, pues en tal caso aquella virtud perdería su fuerza y no sería acto de religión, ya que de esta manera se sigue el parecer de un hombre prudente, docto ó experimentado. Mas nuestra obediencia debe ser por Dios.

8. Obedeciendo al superior como al mismo Cristo tendremos gran confianza de poder hacer lo que se nos manda; pues Dios nunca nos manda sino lo que podemos, y nos da poder y fuerza para hacerlo. Cuando Dios mandó al profeta Abacuc que llevase la comida á Daniel, que estaba en Babilonia en el lago de los leones, Abacuc dijo al Señor: «No he visto á Babilonia ni conozco el lago.» Entonces un ángel le tomó de un cabello de la cabeza y le puso sobre el lago, para darnos á entender la facilidad y presteza con que Dios nos socorre en el cumplimiento de lo que nos manda.

9. Obedeciendo al superior como al mismo Cristo andaremos en un ejercicio continuo de cumplir la voluntad de Dios, pudiendo de esta

suerte estar continuamente abrasados en el amor divino; pues pensar que hacemos la santa voluntad de Dios y alegrarnos de ello es muy provechosa oración y ejercicio de su presencia, muy agradable á su divina Majestad.

10. Viendo á Dios en nuestros superiores gozaremos de muy grande paz, sin inquietarnos por nada, pudiendo entonces decir con David: «El Señor me gobierna y nada me faltará.»

§ II

11 Así como el Señor dijo á sus Apóstoles: «El que á vosotros oye, á Mí me oye», así dijo también: «El que á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.» Dios toma como suyos los desprecios que se hacen á los superiores, que le representan; por esto, cuando los israelitas murmuraron contra Moisés y Aarón, éstos dijeron al pueblo: «El Señor ha oído lo que habéis murmurado contra El; pues nosotros, ¿qué somos? No son contra nosotros esas murmuraciones, sino contra El.» Y cuando los hijos de Israel desecharon á Samuel y pidieron Rey, dijo el Señor á Samuel: «No te han desechado á ti, sino á Mí.»

1 Exodo, XVI.

2 1 Reg., II.

12. Otra vez murmuraron los hijos de Israel contra Moisés y Aarón, y Dios mandó contra aquéllos unas terribles serpientes que los castigaron; y á María, hermana de Moisés, por el mismo delito de murmuración, el Señor la cubrió de lepra, haciendo que permaneciese durante siete días apartada del campamento de los israelitas.

13. Por lo dicho podemos comprender que los actos de los superiores, aunque alguna vez parezcan dignos de reprensión, no se han de cortar, — dice un Santo, — con el cuchillo de la lengua, pues los superiores tienen el lugar de Dios. Añádase á esto el daño que hacemos al prójimo con tal murmuración; pues al disminuir la buena opinión que se tenía del superior se ocasiona tal vez en el súbdito que nos oye aversión ó desafecto para con él, y esto menoscaba la autoridad, quita su fuerza á la obediencia é impide que el súbdito aproveche como debiera, obedeciendo con sencillez y humildad.

14. La desobediencia se compara en la Sagrada Escritura al pecado de la idolatría y al de consultar á los demonios; porque así como estos pecados quitan el culto y obediencia que se debe á Dios, así también la desobediencia á los superiores quita á Dios la honra que se le debe, pues están en lugar de su divina Majestad. Y así como el idólatra, dejando al verdadero Dios, adora un ídolo, así el desobediente, dejando la ver-

dadera regla, que es Dios, sigue su propio juicio, y no el del Señor.

15. Esto manifiesta la gravedad de la desobediencia y cuánto debemos huirla para no desagradar á aquel Señor y Dios nuestro, que bajó del cielo por obedecer al Padre y fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

16. Para concluir el presente capítulo sólo advertiremos que, á pesar de la necesidad de la obediencia, si alguna vez no está en nuestra mano cumplirla ó tenemos motivos que nos excusen de ella, podemos licitamente manifestarlo todo al superior; pero hemos de hacerlo de tal manera que, una vez indicadas nuestras razones y excusas, nos resignemos á lo que nos manden, sin perder la paz del corazón y sin procurar conseguir lo que deseamos, sino solamente, y siempre y en todo, el cumplimiento de la santa y adorable voluntad de nuestro Dios.

FIN

INDICE

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| <i>Capítulo primero.</i> —Preciosidad y belleza de los bienes espirituales.—Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos..... | 1 |
| <i>Cap. II.</i> —El no ir delante es volver atrás.—Medios para adquirir la perfección..... | 9 |
| <i>Cap. III.</i> —Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana..... | 18 |

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

| | |
|---|----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse..... | 27 |
| <i>Cap. II.</i> —Daños de la vanagloria y sus remedios..... | 35 |

TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

| | |
|---|----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Excelencia y necesidad de esta virtud.—Cómo debe ser.—Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla..... | 47 |
| <i>Cap. II.</i> —Cómo nos hemos de haber en las diferencias que tengamos con el prójimo.—Gravedad de los juicios temerarios.—Sus causas y remedios..... | 58 |
| <i>Cap. III.</i> —De la corrección fraterna.—Es prueba de amor.—Bienes que trae consigo.—Por qué no se re- | |

dadera regla, que es Dios, sigue su propio juicio, y no el del Señor.

15. Esto manifiesta la gravedad de la desobediencia y cuánto debemos huirla para no desagradar á aquel Señor y Dios nuestro, que bajó del cielo por obedecer al Padre y fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

16. Para concluir el presente capítulo sólo advertiremos que, á pesar de la necesidad de la obediencia, si alguna vez no está en nuestra mano cumplirla ó tenemos motivos que nos excusen de ella, podemos licitamente manifestarlo todo al superior; pero hemos de hacerlo de tal manera que, una vez indicadas nuestras razones y excusas, nos resignemos á lo que nos manden, sin perder la paz del corazón y sin procurar conseguir lo que deseamos, sino solamente, y siempre y en todo, el cumplimiento de la santa y adorable voluntad de nuestro Dios.

FIN

INDICE

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

Págs.

| | |
|--|----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Preciosidad y belleza de los bienes espirituales.—Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos..... | 1 |
| <i>Cap. II.</i> —El no ir delante es volver atrás.—Medios para adquirir la perfección..... | 9 |
| <i>Cap. III.</i> —Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana..... | 18 |

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

| | |
|---|----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse..... | 27 |
| <i>Cap. II.</i> —Daños de la vanagloria y sus remedios..... | 35 |

TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

| | |
|---|----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Excelencia y necesidad de esta virtud.—Cómo debe ser.—Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla..... | 47 |
| <i>Cap. II.</i> —Cómo nos hemos de haber en las diferencias que tengamos con el prójimo.—Gravedad de los juicios temerarios.—Sus causas y remedios..... | 58 |
| <i>Cap. III.</i> —De la corrección fraterna.—Es prueba de amor.—Bienes que trae consigo.—Por qué no se re- | |

Págs.

cibe como es conveniente. — Cómo la debemos recibir. — Ejemplos. — Avisos 64

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

- Capítulo primero.* — Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla. — De la meditación. — De los afectos de la voluntad 73
- Cap. II.* — Concluye el anterior. — Medios para tener buena oración. — De las distracciones y sus remedios 84
- Cap. III.* — Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año 93

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA CONCIENCIA

- Capítulo primero.* — Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios. — Grandes bienes de esta presencia, y en qué consiste 99
- Cap. II.* — Del examen de conciencia. — Su importancia. — Su materia y modo de hacerlo 104
- Cap. III.* — De la claridad de la conciencia que se ha de tener con el director espiritual. — Importancia y necesidad de esta claridad. — Grandes bienes que trae consigo 112
- Cap. IV.* — Dificultades que ofrece la claridad de la conciencia. — Su resolución 117

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

- Capítulo primero.* — Debemos conformarnos con la voluntad de Dios. — Grandes bienes que hay en esto. — Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad. — Ejemplos 125
- Cap. II.* — De la confianza filial que debemos tener en

Págs.

- la divina Providencia. — Conformidad con la voluntad del Señor. — Ejemplos 134
- Cap. III.* — De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades. — Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconsuelos que tenemos en la oración 143
- Cap. IV.* — Concluye el anterior. — Conformidad con la voluntad de Dios en las virtudes y dones sobrenaturales que hemos recibido de su mano 153

TRATADO VII

DE LA MORTIFICACIÓN

- Capítulo primero.* — Debemos unir la mortificación con la oración 163
- Cap. II.* — Importancia y práctica de la mortificación. — Reglas que debemos guardar en el ejercicio de la mortificación 174
- Cap. III.* — Medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación 182

TRATADO VIII

DE LA MODESTIA Y SILENCIO

- Capítulo primero.* — Necesidad de la modestia cristiana 189
- Cap. II.* — Del silencio y sus ventajas espirituales. — Reglas que debemos guardar en el hablar 192
- Cap. III.* — De la murmuración 198

TRATADO IX

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

- Capítulo primero.* — Excelencia y necesidad de la humildad. — Es el fundamento de las otras virtudes. — Sus grados. — El propio conocimiento. — Su práctica. — Falsa humildad. — Bienes del propio conocimiento. — Males que hay en no conocernos. — Ejemplos de los santos. — Cómo debemos ocuparnos durante la

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| oración en el propio conocimiento.—Á quiénes conviene..... | 205 |
| <i>Cap. II.</i> —Del segundo grado de la humildad y de la manera de adelantar en él.—Medios para alcanzar su perfección.—Motivos para ser humildes.—Sus ventajas.—Desgracias que suelen venir contra los soberbios..... | 219 |
| <i>Cap. III.</i> —Práctica de la humildad..... | 232 |
| <i>Cap. IV.</i> —Del tercer grado de humildad.—Su práctica.—Ejemplos de los santos..... | 238 |
| <i>Cap. V.</i> —Bienes de la humildad.—Favores que Dios hace á los humildes.—La humildad, tabla de salvación para los pecadores..... | 248 |

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo primero.</i> —De las tentaciones en general.—Tiempos en que Dios las manda.—Bienes que hay en ellas.—Remedios contra las mismas..... | 253 |
| <i>Cap. II.</i> —Concluye el anterior.—Remedios contra las tentaciones..... | 262 |
| <i>Cap. III.</i> —Concluye la materia del anterior.—Avisos para el tiempo de la tentación..... | 270 |

TRATADO XI

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

| | |
|---|-----|
| <i>Capítulo único.</i> —Daños que ocasiona la tristeza.—Sus raíces.—Sus remedios.—Tristeza buena y santa.—Bienes que produce la alegría en el servicio del Señor..... | 277 |
|---|-----|

TRATADO XII

DE LAS RIQUEZAS Y TESOROS ENCERRADOS EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo único.</i> —De los grandes bienes y riquezas que tenemos en Jesucristo.—Es muy agradable al Señor meditar en su sagrada Pasión.—Modo de hacerlo provechosamente..... | 285 |
|--|-----|

TRATADO XIII

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| <i>Capítulo primero.</i> —Inestimable beneficio y grande amor que el Señor nos mostró al instituir el divino sacramento de la Eucaristía.—Enseñanza de la fe.—Disposiciones para recibir la sagrada Comunión..... | 299 |
| <i>Cap. II.</i> —Concluye el anterior.—Del nacimiento de gracias.—Frutos de la sagrada comunión..... | 307 |
| <i>Cap. III.</i> —Del santo sacrificio de la Misa.—Su excelencia.—Cómo debemos oírla.—Ejemplos..... | 315 |

TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

| | |
|---|-----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Necesidad de la pobreza espiritual.—Males que trae consigo la avaricia.—Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen..... | 325 |
| <i>Cap. II.</i> —Medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual..... | 331 |

TRATADO XV

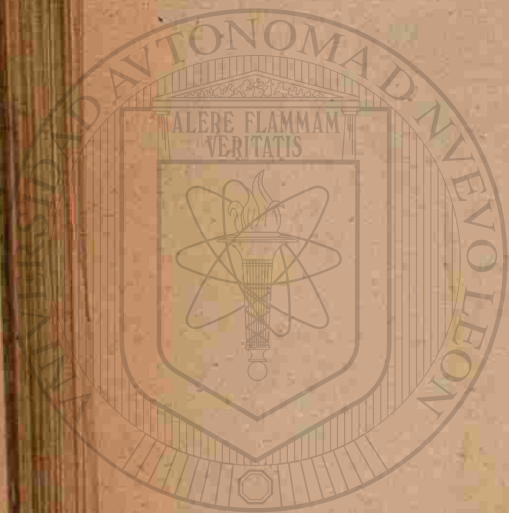
DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Excelencia de esta virtud.—Sus grados.—Medios para conservarla.—Remedios contra las tentaciones deshonestas..... | 337 |
| <i>Cap. II.</i> —Nuevos remedios contra las tentaciones.—Ventajas del santo temor de Dios..... | 346 |

TRATADO XVI

DE LA OBEDIENCIA

| | |
|--|-----|
| <i>Capítulo primero.</i> —Excelencia de esta virtud.—Sus grados.—Su materia.—Á quiénes tenemos que obedecer..... | 353 |
| <i>Cap. II.</i> —Razones y medios para obedecer.—Castigos de la desobediencia..... | 359 |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CARTA CIRCULAR

DEL BEATO

LUIS MARIA GRIGNON DE MONTFORT

A LOS

Amigos de la Cruz.



LEÓN, 1906.

TIP. GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.



CARTA CIRCULAR

DEL BEATO

LUIS MARIA GRIGNON DE MONTFORT

A LOS

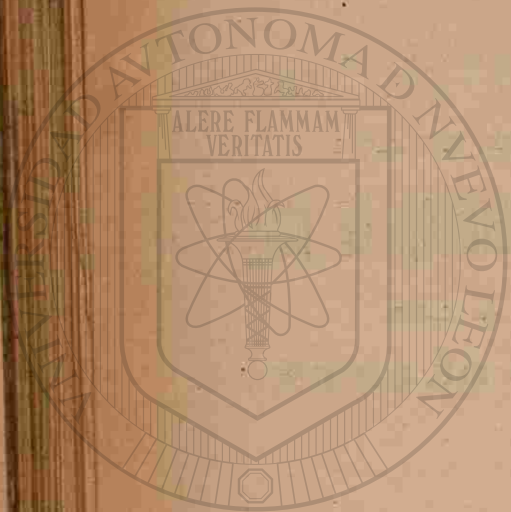
AMIGOS DE LA CRUZ.

OBSERVACION.

El Beato Montfort había establecido en Nantes, la Cofradía de los "Amigos de la Cruz." Al terminar su retiro, que hizo en Reims, escribió á los miembros de dicha Asociación, la carta siguiente.

LEON.—1906.

TIP. GUADALUPANA DE C. SEGURA.



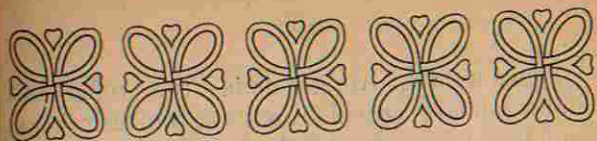
León, Abril 6 de 1906

Damos nuestra licencia para que se imprima la "Carta Circular del Beato Luis María Grignon de Montfort á los Amigos de la Cruz" y concedemos á nuestros diocesanos cincuenta días de indulgencia por la lectura de dicha carta.

✠ **Leopoldo,**
Obispo de León.

Por mandato de S. S. J.
Angel Martínez,
Srio. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IHS.

A los Amigos de la Cruz.

Amados amigos de la Cruz:

.....Hoy, último día de mi retiro, salgo, por así expresarme, de mi amado recogimiento, para trazar sobre este papel algunos ligeros rasgos de la Cruz, á fin de impresionar con ellos vuestros nobles corazones. Ojalá que para lograrlo bastara trocar la tinta de mi pluma por la sangre de mis venas.....mas ¡ay! aun cuando fuera indispensable, la creo demasiado criminal para este fin. Sea pues, el espíritu de Dios vivo, la vida, fuerza y tenor de esta carta; su unción, la tinta con que escribo; la cruz divina, mi pluma; y el papel, vuestros corazones.

Estais unidos, Amigos de la Cruz, como otros tantos soldados crucificados para combatir con el mundo, no como los religiosos y religiosas que al parecer huyen por temor de ser vencidos, sino como valientes y animosos soldados en el campo de batalla, sin echar pie atrás ni volver las espaldas. ¡Animo! ¡Luchad con valentía! Uníos estrechamente con todas las fuerzas de vuestra alma, que esta unión para luchar con el mundo y el infierno, es infinitamente más poderosa que las fuerzas de un reino muy unido para combatir con los enemigos del Estado. Los demonios se unen para perderos, uníos vosotros para derribarlos; se unen los avarientos para negociar y ganar oro y plata, unid vuestros esfuerzos para grangear los tesoros de la eternidad encerrados en la cruz; se unen los libertinos para divertirse, uníos vosotros para sufrir: Os llamais "Amigos de la Cruz" ¡cuán grande es este nombre! Os confieso que me encanta y deslumbra. Porque es más brillante que el sol, más alto que los cielos, más glorioso y más pomposo que los títulos más espléndidos de los reyes y emperadores: es el gran nombre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es el propio nombre del cristiano.

Mas si su esplendor me enagena, su peso, no menos me espanta. ¡Cuántas obligaciones indispensables y dificultosas encerradas en este nombre y expresadas en estas palabras del Espíritu Santo: *Genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis!* Un Amigo de la Cruz, es un hombre escogido por Dios entre

10,000 que viven la vida de los sentidos y de la propia inclinación, para ser un hombre todo divino, elevado sobre la razón y del todo opuesto á la disipación por una vida y una luz de fe pura y un amor ardiente á la Cruz. Un Amigo de la Cruz, es un rey todopoderoso y un héroe que triunfa del demonio, del mundo y de la carne en las tres concupiscencias. Por su amor á las humillaciones, derriba el orgullo de Satanás; por su amor á la pobreza, triunfa de la avaricia del mundo; por su amor al sufrimiento, amortigua la sensualidad de la carne. Un Amigo de la Cruz, es un hombre santo y apartado de todo lo visible que tiene su corazón muy por encima de todo lo caduco y perecedero, y cuya conversación está en los cielos; que pasa por la tierra como un extranjero ó peregrino, y sin dejar apearse su corazón, la mira con indiferencia, la pisa con desprecio. Un Amigo de la Cruz, es una ilustre conquista de Jesucristo crucificado en el Calvario, en unión de su santa Madre; es un Benoni ó Benjamín, hijo de dolores que nacido del costado abierto de Cristo y teñido de su purpúrea sangre, tiene presente su sangriento origen y no respira sino cruz, y sangre, y muerte, al mundo, á la carne y al pecado, para vivir escondido con Cristo en Dios Nuestro Señor. Finalmente, un perfecto Amigo de la Cruz, es un verdadero *Cristoferario* (porta-Cristo) ó por mejor decir es otro Jesucristo de forma que puede decir con toda verdad: *Vivo jam non ego, vivit vero in*

me Christus. Vivo yo, mas no yo, Cristo es el que vive en mí.

¿Sois por vuestras obras, amados Amigos de la Cruz, lo que significa vuestro gran nombre, ó al menos teneis verdaderos deseos de serlo con la gracia de Dios, á la sombra de la Cruz del Calvario y de Nuestra Señora de la Piedad? ¿Empleais los medios necesarios para ello? ¿Habeis entrado en el verdadero camino de la vida que es la estrecha y espinosa senda del Calvario? ¿No os encontráis sin pensarlo en la vía ancha del mundo que es camino de perdición? ¿Sabeis que hay una senda que al hombre parece recta y segura, siendo así que conduce á la muerte? ¿Sabeis distinguir la voz de Dios y de su gracia, de la del mundo y la naturaleza? ¿Percibís bien la voz de Dios nuestro Padre, quien después de haber maldecido tres veces á los que siguen las concupiscencias del mundo: *vae, vae, vae habitantibus in terra*, os dice amorosamente abriéndoos sus brazos: "*Separamini popule meus*, separaos, pueblo mío, escogido, amados Amigos de la Cruz de mi Hijo, separaos de los mundanos, maldecidos de mi Majestad, excomulgados por mi Hijo y condenados por el Espíritu Santo. Guardaos de sentaros en su cátedra pestilente, no tomeis parte en sus deliberaciones, ni siquiera os detengais en su camino. Huid de la populosa é infame Babilonia, no escuchéis sino la voz ni sigais sino las huellas de mi Hijo muy amado que os he dado para que sea vuestra vía, vuestra verdad, vida y modelo, *ipsum audite*, escuchad sus enseñanzas?"

¿Oís en una palabra á nuestro amable Jesús que con la Cruz á cuestas os dice: "*Venite post me*, venid en pos de mí; quien me sigue no anda en tinieblas; *Confidite, ego vici mundum*, confiad, yo he venido al mundo."?

He aquí, amados hermanos, dos partidos que se nos presentan cada día á nuestros ojos, el de Jesucristo y el del mundo: el de nuestro adorable Salvador está á la derecha y va cuesta arriba por un camino estrecho y angosto más que nunca, debido á la corrupción del mundo. Nuestro buen Maestro, camina á la vanguardia con los pies descalzos, la cabeza coronada de espinas, el cuerpo ensangrentado y llevando sobre sus hombros la pesada Cruz; sólo le sigue un puñado de gente; pero gente valiente, porque su voz tan tenue, no se percibe en el tumulto del mundo donde falta ánimo para seguirle en su pobreza, en sus dolores, en sus humillaciones y otras penas que es forzoso sobrellevar en su servicio, todos los días de la vida. A la izquierda está el partido del mundo, ó del demonio, más esplendoroso y brillante, al menos en la apariencia. Lo más lucido del siglo corre hacia allá, como que es la vía más espaciosa y se encuentra más ensanchada que nunca, por las multitudes que lá recorren. Claro está, se encuentra sembrada de flores, cercada de juegos y placeres, cubierta de oro y plata. (R)

A la derecha el reducido rebaño que sigue á Jesucristo no habla sino de lágrimas, penitencias, oraciones y desprecio del mundo; continuamente prorrumpe en estas palabras entrecortadas por

sollozos: "Suframos, lloremos, ayunemos, oremos, escondámonos, humillémonos, empobrecámonos, mortifiquémonos; porque el que no tiene el espíritu de Jesucristo que es espíritu de Cruz, no le pertenece; los que son de Jesucristo, han crucificado la carne con sus concupiscencias; es preciso parecerse á la imagen de Jesucristo ó condenarse.

¡Animo! así claman, ¡ánimo! si Dios está con nosotros, dentro y delante de nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que está de nuestra parte es más fuerte que el que favorece al mundo; el siervo no es mayor que su señor; un momento de tribulación nos produce frutos de eterna gloria. Los escogidos son menos de lo que se piensa; sólo los animosos y valientes son los que arrebatan el cielo; nadie será coronado sino el que combatiere legítimamente según el Evangelio y no según la moda. Luchemos pues con esfuerzo, corramos muy de prisa á fin de que lleguemos á la meta y ganemos la corona."

Estas son algunas de las inspiradas frases con que los Amigos de la Cruz se animan mutuamente, en tanto que los mundanos para animarse también á perseverar en su malicia, claman á voz en cuello: "La vida, la vida, la paz, la paz, el gozo, el gozo..... A comer, á beber, á cantar, á bailar, á jugar. Dios es bueno, Dios no nos ha criado para condenarnos, no prohíbe Dios que nos divertamos; no nos condenaremos por esto, fuera escrúpulos, *non moriemini*, etc."

Acordaos, amados hermanos, que nuestro buen Jesús os está mirando y os dice á cada uno en

particular: "He aquí que casi todo el mundo me abandona en el camino real de la Cruz; los idólatras ciegos, se ríen de mi Cruz como de una locura, los judíos obstinados se escandalizan y la miran como objeto de horror, los herejes la rompen y abaten como cosa digna de desprecio; y lo que es más y no puedo decir sin lágrima en los ojos y amargura en el corazón, mis hijos que yo he criado en mi seno, que he enseñado en mi escuela, mis miembros que yo animé con mi espíritu, me han abandonado y despreciado haciéndose enemigos de mi Cruz..... *Numquid et vos vultis abire?* ¿quereis también vosotros abandonarme huyendo de mi Cruz como los mundanos que son en esto otros tantos antecristos? *Antichristi multi.* ¿Quereis, para conformaros con el espíritu del siglo, despreciar la pobreza de mi Cruz y correr tras de las riquezas, evitar el dolor de mi Cruz, para buscar los placeres, odiar las humillaciones de mi Cruz, para codiciar los honores? Tengo muchos amigos aparentes que protestan que me aman, y en el fondo me odian; porque no aman mi Cruz; tengo muchos amigos de mi mesa, pero muy pocos de mi Cruz."

Acudamos presurosos á este llamamiento de Jesús; no nos dejemos seducir de nuestros sentidos, como Eva; no miremos sino al autor y consumidor de nuestra fe Jesús crucificado.....; huyamos de la corrupción de la concupiscencia que tiene corroido al mundo; amemos á Jesucristo con verdad, es decir siempre y en toda suerte de tribulaciones. Penetremos bien el sentido de

estas admirables palabras de nuestro divino Maestro, que encierran en sí toda la perfección de la vida cristiana. "*Si quis vult venire post me, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me.*" En efecto, toda la perfección cristiana consiste 1^o en querer hacerse santo; Si alguno quiere venir en pos de mí; 2^o en abstenerse: que renuncie á sí mismo; 3^o en sufrir: que tome su cruz; 4^o en obrar: y me siga.

Si quis, si alguno, alguno y no algunos dice, para significar el pequeño número de escogidos que quieren conformarse con Jesucristo crucificado, llevando su Cruz. Es tan reducido y exiguo este número, que si lo conociéramos, quedaríamos pasmados y transidos de dolor. Es tan pequeño, que si Dios quisiera juntarlos, les diría como en otro tiempo por boca de su profeta. "*Congregamini unus et unus,*" juntaos uno de esta provincia, uno de este reino. [1]

Si quis vult, si alguno tiene verdadera voluntad, una voluntad entera y determinada, no por la naturaleza, la costumbre, el amor propio, el interés ó el respeto humano, sino por una gracia victoriosa del Espíritu Santo que no se da á todos: "*Non omnibus datum est nosse misterium.*" El conocimiento del misterio de la Cruz en la práctica, se concede á pocos; es preciso que el hombre para subir al Calvario y dejar que le pongan en

[1] El Beato Monfort no habla aquí sino de los cristianos que siguen á Cristo con más perfección, llevando siempre sus Cruces con ánimo; no es su intento contar entre los réprobos, á los cristianos menos perfectos cuyo número es muy grande.

Cruz con Jesús, sea valiente, un héroe, un hombre decidido y enaltecido en Dios que desprecie al mundo y al infierno y á su propia voluntad, un hombre enteramente resuelto á emprenderlo todo, á dejarlo todo, á sufrirlo todo por Jesucristo. Sabed, amados Amigos de la Cruz, que los que no teneis esta determinación, no andais sino con un pie, no volais sino con una ala, y no sois dignos del nombre que llevais. Para ello, hay que amar á Jesucristo, *corde magno et animo volenti*; con grande corazón y alma decidida. Basta un sólo hombre veleidoso para dañar todo el rebaño como si fuera una oveja sarnosa. Si acaso ha entrado en vuestro redil por la falsa puerta del mundo uno sólo de esos hombres, en nombre de Jesucristo, echadle fuera como á lobo de entre las ovejas.

Si quis vult post me venire, si quiere alguno venir en pos de mí, que me humillé y anonadé, de mí que me hice gusano y no hombre, *ego sum vermis et non homo*; en pos de mí, que vine al mundo sólo para abrazarme con la Cruz, *ecce venio*; colocarlo en medio de mi corazón, *in medio cordis*; y amarla desde mi juventud, *hanc amavi a juventute mea*; y suspirar por ella toda mi vida, *quomodo coarctor*; y llevarla con alegría dándole la preferencia á todos los goces y delicias del cielo y de la tierra, *proposito sibi gaudio sustinuit*; en pos de mí, en fin, que no me dí por satisfecho hasta morir en sus divinos brazos.

Si alguno pues, quiere venir en pos de mí, aniquilado y erucificado, no quiera gloriarse sino co-

mo yo, en la pobreza, en las humillaciones y dolores de mi Cruz: *abneget semetipsum*, renúnciese á sí mismo.

Lejos de la compañía de los Amigos de la Cruz esos sufridores llenos de orgullo, esos sabios del siglo, esos grandes genios y esos espíritus fuertes encaprichados y engreidos con sus luces y talentos; lejos de aquí esos grandes charlatanes que hacen mucho ruido y sólo producen frutos de vanidad; lejos esos devotos altaneros que con una reserva orgullosa y luciferina, *non sunt sicut caeteri*, no pueden sufrir un vituperio sin excusarse, ni un ataque sin defenderse, ni una humillación sin insolentarse. Cuidaos mucho de admitir en vuestra compañía á esos delicados y sensuales que temen una picadura, claman y se quejan de cualquier dolor, no saben lo que son cerdas, cilicios, disciplinas y demás instrumentos de penitencia, y mezclan con sus devociones á la moda, la más atildada y refinada delicadeza y falta absoluta de mortificación.

Tollat crucem suam, que lleve su Cruz, la suya propia. Porque el hombre y la mujer aquella tan difícil de encontrarse, *de ultimis finibus pretium ejus*, deben tomar con alegría y con amor su Cruz, y llevarla sobre sus hombros, y hacerse cargo que es la propia y no la de otro, la propia que Jesús con sabiduría divina le ha labrado con número, peso y medida; la propia, la que con sus mismas manos le dió aquellas cuatro dimensiones con suma precisión, á saber: espesor, longitud, anchura y profundidad; la propia, que Jesús la-

bró con parte de la que llevó al Calvario impulsado del amor infinito que le tiene; la propia, que es el mejor regalo que puede hacer á sus amigos en la tierra; la propia, compuesta en su espesor de las pérdidas de bienes, de las humillaciones, desprecios, dolores, enfermedades y penas espirituales que por su Providencia le han de venir todos los días hasta la muerte; la propia Cruz, compuesta en su longitud de cierto número de meses ó días en que se ha de sentir abrumado por la calumnia, tendido en una cama, reducido al estado de mendigo y ser presa de las tentaciones, sequedades, abandonos y otras penas del alma; la propia Cruz compuesta en su anchura de las circunstancias más ásperas y amargas por parte de sus amigos allegados y parientes; la propia Cruz finalmente, labrada en su profundidad con las penas más ocultas con que será afligido sin que pueda hallar consuelo alguno en las criaturas, las cuales, por sabia disposición, le volverán las espaldas y servirán de instrumentos para atormentarle.

Tollat, que la lleve y no que la arrastre, y la sacuda, y la esconda, es decir, que la lleve con la mano en alto, sin impaciencia y enfado, sin queja ni murmuración voluntaria, sin miramientos y condescendencias á la naturaleza, sin vergüenza ni respeto humano. *Tollat*, póngala sobre su frente, diciendo con San Pablo: "*Mihi absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi.*" No quiera Dios que busque yo mi gloria, sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo. Llévela en sus homa-

bros siguiendo el ejemplo de Jesucristo, para que sea la Cruz el arma de sus conquistas y el cetro de su imperio, *imperium principatus ejus super humerum ejus*; póngala por último en su corazón por amor para que como leño inflamado, arda día y noche sin consumirse, en el amor puro de Dios.

Crucem, la Cruz, llévala ya que nada hay más necesario, útil y dulce, nada más glorioso que padecer algo por Jesucristo. Porque todos, amados Amigos de la Cruz, todos sois pecadores, ninguno hay entre vosotros que no merezca el infierno y yo más que todos..... Nuestros pecados han de ser castigados ó en este mundo ó en el otro; si lo son en este, no lo serán en el otro; si Dios los castiga en este, el castigo será amoroso; la misericordia que reina en este mundo será la que castigue y no la rigurosa justicia; el castigo será leve y pasajero, acompañado de dulzuras y méritos, seguido de recompensas en el tiempo y en la eternidad. Mas si el castigo de los pecados cometidos queda reservado para la eternidad, será la justicia vengadora de Dios que todo lo pone á fuego y sangre, la que haga este castigo. Castigo espantoso, horrendo, inefable, incomprensible..... *quis novit potestatem irae tuae?* castigo sin misericordia, *judicium sine misericordia*; sin piedad, sin alivio, sin mérito, sin límites ni término. Si sin término, ese pecado mortal de un momento que habeis cometido, ese pensamiento malo y voluntario, esa palabra que se llevó el viento, ese acto pequeño contra la ley de Dios que tan poco duró, será castigado por toda una eternidad mientras Dios

fuere Dios, con los demonios en los infiernos, sin que el Señor de las venganzas tenga piedad de vuestros atroces tormentos, de vuestros sollozos y lágrimas, capaces de quebrantar los mismos peñascos. ¡Eternamente sufrir, sin méritos, sin misericordia, sin término! ¡Pensamos en esto, amados hermanos y hermanas, cuando sufrimos alguna pena en este mundo? ¡Cuán felices somos pues, al trocar por tanta dicha nuestra, una pena eterna y sin fruto, por otra pasajera y meritoria, sólo con llevar esta Cruz con resignación! ¡Cuántas deudas tenemos sin pagar! ¡Cuántos pecados que por expiarlos, aun después de una confesión sincera y amarga contrición, tendremos que pagar en el Purgatorio por siglos enteros, por habernos contentado en este mundo con ligeras penitencias! ¡Ah! paguemos pues en este mundo como amigos llevando bien nuestra Cruz, porque en el otro, todo, aun una palabra ociosa, se ha de pagar con rigor, hasta el último maravedí. Ojalá pudiéramos arrancar al demonio el libro de muerte, donde tiene apuntados todos nuestros pecados con sus debidas penas, que hallaríamos en el Debe de la gran cuenta; y cuán gustosos sufriríamos acá años enteros, antes que sufrir en la otra vida, un sólo día.

¡No os lisonjeáis, Amigos de la Cruz, porque sois amigos de Dios, ó porque quereis serlo? Resolveis pues, á beber el cáliz que es preciso apurar para ser admitidos á la amistad de Dios. “*Calicem Domini biberunt et amici Dei facti sunt.*” El amado Benjamín apuró el cáliz, mientras sus

hermanos tenían trigo en abundancia; el amigo predilecto de Jesús se reclinó en su corazón, subió al Calvario y bebió el cáliz: *potestis bibere calicem?* Bueno es desear la gloria de Dios, mas desearla y pedirla sin resolverse á sufrirlo todo, es una petición loca y extravagante. "*Nescitis quid petatis.*" "*Oportet per multas tribulationes.....*" Es preciso, *oportet*, es una necesidad, es una cosa indispensable; es menester que entremos en el reino de los cielos por muchas cruces y tribulaciones. Os gloriais y con razón de ser hijos de Dios, gloriaos también de los azotes que este Padre misericordioso os ha dado y os dará en adelante, porque á todos sus hijos castiga. Si no sois de sus hijos muy amados, sereis ¡ay! ¡qué desdicha! ¡ay! ¡qué amenaza tan terrible! sereis según San Agustín, del número de los réprobos..... El que no gime en esta tierra como peregrino y extranjero, no gozará en la otra vida como ciudadano del cielo, como afirma el mismo San Agustín. Si Dios Padre no os envía de vez en cuando buenas Cruces, señal es que ya no se ocupa de vosotros, que está enojado con vosotros, que no os mira sino como á extraños fuera de su casa y protección, ó como á hijos desheredados, quienes ya que no merecen tener parte en la herencia, tampoco merecen sus cuidados y corrección.

Amigos de la Cruz, discípulos de un Dios crucificado, el misterio de la Cruz, es un misterio desconocido para los gentiles, rechazado de los judíos, despreciado de los herejes y malos católicos; mas es el gran misterio que habeis de apren-

der prácticamente en la escuela de Jesucristo y que sólo en sus aulas podeis aprender. En vano buscareis en todas las Academias de la antigüedad un filósofo que la haya enseñado, en vano consultareis el dictamen de los sentidos y de la razón; sólo Jesucristo puede enseñaros y daros á gustar este misterio por medio de su gracia triunfadora. Procurad pues, salir aventajados en esta ciencia sobreeminente, guiados por tan insigne Maestro, pues así poseeréis todas las demás ciencias, ya que esta las posee todas en grado eminente. Esta es nuestra filosofía natural y sobrenatural, es nuestra misteriosa y divina teología, es nuestra piedra filosofal la cual por medio de la paciencia, convierte los metales más groseros en otros más preciosos, los más agudos dolores, en delicias, las pobrezaas en riquezas, las más profundas humillaciones en gloria. El que de vosotros sepa mejor llevar la Cruz, aunque por otra parte no conozca ni el a, b, c, es el más sabio de todos. Oíd á San Pablo, quien volviendo del tercer cielo donde conoció misterios ocultos á los mismos ángeles, exclama que no sabe ni quiere saber más que á Jesucristo crucificado. Alégrate pobre idiota, mujer sin ciencia ni talento; si sabes sufrir por Dios con alegría, sabes más que un Doctor de la Sorbona, que no sabe sufrir tan bien como tú. Sois miembros de Jesucristo, ¡qué honra! mas también como tales, ¡qué necesidad de padecer! Está la cabeza coronada de espinas y ¿han de coronarse los miembros de rosas? Está la cabeza befada y cubierta de lodo en el camino del Cal-

vario, y ¿han de cubrirse los miembros de perfumes en un trono? No tiene la cabeza una almohada en que reclinarse, y ¿han de descansar los miembros en muelles plumas? No, porque esto sería una monstruosidad nunca oída. No, no, amados compañeros de la Cruz, no os engañéis, esos cristianos que veis por todas partes adornados á la moda, delicados en extremo, excesivamente aliñados, no son los verdaderos miembros y discípulos de Jesús crucificado; si pensáreis lo contrario, haríais injuria á este jefe coronado de espinas, y á la verdad del Evangelio. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántos fantasmas de cristianos que piensan ser miembros de Jesucristo y que son sus más alevosos enemigos; porque aunque con la mano hacen la señal de la cruz, en su corazón abominan de El! Si es el espíritu de Cristo el que os guía, si vivís de la misma vida de vuestro Capitán coronado de espinas, no esperéis más que espinas, latigazos, clavos, en una palabra, Cruz..... porque es preciso que sea el discípulo tratado como el Maestro, el miembro como la cabeza; y si el Maestro os presenta como á Santa Catalina de Sena una corona de espinas y otra de rosas, escoged como ella sin vacilar ni un punto la de espinas y claváosla en la cabeza para asemejaros así á Jesús.

No ignorais que sois templos vivos del Espíritu Santo y que como otras tantas piedras vivas, debéis ser colocados por Dios en la fábrica de la celestial Jerusalén; por tanto, estad dispuestos á que os corte, y labre, y talle, con el martillo de la

Cruz, porque de lo contrario, quedareis como piedras toscas que no sirven para nada y se desprecian y desechan. Guardaos de hacer saltar el martillo que os labra y el cincel que os talla y la mano que maneja estos instrumentos. Quizá quiera el diestro y amoroso arquitecto hacer de vosotros una de las primeras piedras de su edificio eterno y una de las estatuas más hermosas de su palacio celestial. Dejadle pues que obre; El os quiere y sabe lo que hace, porque tiene experiencia, todos sus golpes serán certeros y amorosos; no dará golpe en vano, si vosotros no lo inutilizais con vuestra impaciencia. El Espíritu Santo, compara á veces la Cruz, con una criba que separa el buen grano de la paja é inmundicias, dejad pues que os criben como al trigo, que de la criba del buen padre de familia, pasareis bien presto al granero. Otras veces la compara al fuego que quita la herrumbre con la voracidad de sus llamas; pues es nuestro Dios un fuego consumidor que mora por medio de la Cruz en el alma para purificarla sin consumirla como en otro tiempo la zarza que vió Moisés. No pocas veces la compara al crisol de una fragua donde se purifica el oro bueno, en tanto que el falso acaba en humo; el oro puro, sufre la prueba del fuego, y el falso se levanta contra las llamas. Pues en el crisol de la tribulación y en las llamas de la tentación es donde se purifican los Amigos de la Cruz llevándolo todo con paciencia, mientras que sus enemigos acaban en humo, por sus impaciencias y murmuraciones.

Mirad, amados Amigos de la Cruz, mirad delante de vosotros una muchedumbre de testigos que sin hablar una palabra, prueban lo que estoy diciendo. Mirad siquiera sea de paso al justo Abel, muerto por su hermano; al justo Abraham viviendo como extraño sobre la tierra; al justo Loth echado de su país; al justo Jacob perseguido de su hermano; al justo Tobías, probado con la ceguera; al justo Job, pobre, humillado y llagado de pies á cabeza. Mirad á tantos apóstoles y mártires teñidos con su propia sangre; á tantas vírgenes y confesores empobrecidos, humillados, perseguidos, desechados; todos exclaman con San Pablo: "Mirad á nuestro buen Jesús autor y consumidor de la fe que en El tenemos, y en su Cruz; fué preciso que padeciese por entrar en su gloria por medio de la Cruz." Mirad al lado de Jesucristo, una espada aguda que penetra hasta el inocente y tierno corazón de María, que nunca había tenido pecado alguno ni original ni actual. ¡Ah que no me sea dado aquí extenderme sobre la pasión de uno y otro, para demostrar que lo que sufrimos es nada en comparacion de lo que ellos sufrieron! Después de esto, ¿quién de nosotros podrá dispensarse de la Cruz? ¿Quién de nosotros no irá volando á donde sabe que le espera la Cruz? ¿Quién no exclamará con San Ignacio Mártir: "Que vengan sobre mí el fuego, las bestias y todos los tormentos del demonio, á fin de gozar con Jesucristo?"

Mas si no quereis sufrir con paciencia y llevar vuestra Cruz con resignación como los predesti-

nados, la llevareis con impaciencia y murmuración como los réprobos; sereis semejantes á aquellos animales que llevando el Arca iban mugiendo; imitareis á Simón de Cirene, quien contra su voluntad puso las manos en la misma Cruz de Cristo y todo el tiempo que la llevó fué murmurando. Os pasará finalmente lo que al mal ladrón que de lo alto de la Cruz, cayó á lo más profundo de los abismos. No, no, esta tierra maldecida donde habitamos á nadie hace venturoso; en esta región de tinieblas, no se ve claro; en este borrascoso mar no se puede estar tranquilo; en este lugar de tentaciones y combates no se puede lidiar con denuedo; en esta tierra sembrada de espinas no se puede transitar sin sentirse herido. No hay remedio, todos, predestinados y réprobos tienen en este mundo que llevar su Cruz, ó de agrado, ó por fuerza. Tened presentes estos versos.

El llanto es una ley; alzad la frente:
Las Cruces elegid del monte santo;
O la que sufre el Dios omnipotente,
O al menos la de Dimas penitente,
Si huir quereis la del eterno llanto.

Es decir, que si no quereis sufrir como Cristo con alegría, ni con paciencia como el buen ladrón, tendreis que padecer á pesar vuestro como el mal ladrón; y tendreis que apurar hasta las heces el cáliz más amargo, sin que os consuele la gracia, y solos tendreis que llevar todo el peso de vuestra Cruz sin tener el poderoso auxilio de Jesucris-

to. Mas aún, tendreis que cargar con el peso fatal que el demonio añadirá á vuestra Cruz por vuestras impacencias, de modo que después de haber sido desgraciados como el mal ladrón en la tierra, le hareis compañía en las llamas sempiternas.

Mas si por el contrario, sufrís como debeis, la Cruz se os hará un yugo muy suave que Jesús llevará juntamente con vosotros; se os convertirá en alas con las cuales volareis sin dificultad al cielo; será para vosotros un mástil firme con el cual podreis arribar seguros al puerto de salvación. Llevad vuestra Cruz con resignación, porque si la llevais bien, ella os alumbrará en vuestras tinieblas espirituales. Tened presente, que el que no es tentado, nada sabe.

Llevad vuestra Cruz con alegría, porque así os abrasareis en el amor divino; puesto que en el amor puro del Salvador, no se sienten las tribulaciones de la vida. Las rosas, se recogen entre las espinas; la Cruz y sólo la Cruz es el pábulo para mantener el amor divino, como la leña lo es para el fuego. Acordaos pues, de esta hermosa sentencia del libro de la "Imitación:" "Tanto te aprovecharás en el amor divino, cuanta fuerza te hicieres," sufriendo con paciencia.

No esperéis nada de esas almas delicadas y perezosas que rehusan la Cruz cuando se presenta y que no buscan ninguna con discreción; son como un terreno inculto que sólo produce espinas, porque le falta un prudente labrador, que lo arripone y remueva; son como el agua estancada

que no vale ni para beber ni para limpiar. Llevad vuestra Cruz alegremente, porque así hallareis una fuerza vencedora á la que ninguno de vuestros enemigos podrá resistir, y gustareis en ella una suavidad encantadora que no conoce parecido. Sí, hermanos, sabed que el Paraíso terrenal, está en sufrir algo por Jesucristo.

Preguntadlo á todos los Santos, y todos á una voz os dirán que nunca gustaron manjar más delicioso que cuando padecieron los mayores tormentos. "Vengan sobre mí todos los tormentos del demonio," decía el mártir San Ignacio. "O padecer ó morir," replicaba Santa Teresa. "No morir sino padecer," añadía Santa Magdalena de Pazzis. "Sufrir y ser despreciado por Vos," exclamaba el bienaventurado Juan de la Cruz; y otros innumerables se expresaron del propio modo, como se lee en sus vidas.

Creed en Dios, amados hermanos, cuando se sufre por El con alegría, la Cruz, según el Espíritu Santo, se convierte en toda suerte de goces para todo género de personas. Mayor es el gozo causado por la Cruz, que el que experimenta un mendigo al volverse acaudalado, mayor que el de un campesino elevado de improviso á un trono; mayor que el de un mercader que obtiene pingües ganancias; mayor que el de un general que reporta completas victorias; mayor que el de un cautivo al verse libre de las cadenas; en una palabra, imaginaos los goces todos de los hombres; pues bien, el que experimenta un hombre crucifi-

cado que sufre con resignación, los encierra y los sobrepuja todos juntos.

Regocijaos pues, y estremeceos de alegría cuando Dios os concede alguna Cruz, porque entonces, sin que reparéis siquiera en ello, está descendiendo sobre vuestras almas, lo más grande que hay en el cielo y hasta en Dios mismo.

¡Oh! ¡Cuán excelente don de Dios es este de la Cruz! Si lo entendiérais, haríais celebrar Misas, ofreceríais novenas, visitaríais los sepulcros de los Santos, haríais largas peregrinaciones, como lo hicieron muchos justos para alcanzar del cielo este divino regalo. El mundo lo llama: locura, infamia, tontería, indiscreción, imprudencia..... dejad que esos ciegos lo digan; su ceguedad que les hace mirar la Cruz como objeto despreciable, es parte de nuestra gloria. Siempre que con sus desprecios y persecuciones nos ocasionan alguna Cruz, nos regalan joyas, nos colocan en el trono, nos coronan de laureles, ¿qué digo? ni las riquezas, ni los honores, ni los cetros, ni las más ricas coronas de reyes emperadores merecen compararse con la gloria de la Cruz, porque según el gran Crisóstomo, excede hasta la gloria de apóstol y escritor sagrado. De buen grado, dijo este hombre inspirado del Divino Espíritu, me bajaría del cielo, para sufrir por Dios que está en el cielo. Preferiría yo los calabozos y las prisiones á los tronos del Empírio; ni ambiciono tanto la gloria de los más encumbrados serafines, como las más grandes Cruces. Tengo en menos el don de hacer milagros con que se manda á los demo-

nios, se trastornan los elementos, se detiene el sol, se resucita á los muertos, que la honra que se encuentra en gustar de los sufrimientos. Más gloriosos me parecen San Pedro y San Pablo en los calabozos teniendo los pies encadenados, que al elevarse hasta el tercer cielo y recibir las llaves del Paraíso. Porque ¿quién sino la Cruz dió á Jesucristo un nombre sobre todo nombre ante el cual se dobla toda rodilla en la tierra, en el cielo y en los infiernos? Es tan grande la gloria de una persona que sufre como debè, que el cielo, los ángeles y los hombres, y hasta el mismo Dios del cielo, lo contemplan con agrado, como el espectáculo más grandioso; y si en los bienaventurados cupiera algún deseo, sería ciertamente el volver á la tierra á sufrir las mayores penas por Dios.

Mas si en la tierra es tan grande la gloria que se experimenta, ¿cual será la que se alcanza en el cielo? No hay duda, amados Amigos de la Cruz, que para algo grande os dispone el cielo, según os lo dice un gran Santo, cuando el Espíritu Santo os une tan estrechamente en una cosa de que todos huyen. No hay duda que quiere Dios convertirnos en otros tantos santos y santas, cuantos sois los Amigos de la Cruz, si os manteneis fieles á vuestra vocación y llevais vuestra Cruz como debéis y como la lleva Jesucristo.

Mas no basta sufrir: el demonio y el mundo tienen sus mártires; hay que sufrir y llevar la Cruz, pisando sobre las huellas de Jesucristo, *sequatur me*, me siga; es decir, que hay que llevar-

la, como la lleva El y para esto, he aquí algunas reglas que habeis de guardar.

1^ª Nos os procureis Cruces de intento y por culpa vuestra; no se ha de hacer ninguna cosa mala, para que de ella se siga el bien; y sin especial inspiración no se han de hacer las cosas mal hechas, á fin de grangearse el desprecio de los hombres, mejor es imitar á Jesucristo de quien se dice que hizo bien todas las cosas, no por amor propio ó vanidad, sino por agradar á Dios y ganar al prójimo. Que si desempeñais vuestras ocupaciones lo mejor que podais, no os faltarán contradicciones, persecuciones, desprecios que la Divina Providencia os enviará contra vuestra voluntad y elección.

2^ª Si haceis una cosa indiferente de la cual se escandaliza el prójimo, aunque sin razón, por caridad dejadla, para que cese el escándalo de los pusilánimes; y cierto que el acto heroico de caridad que practicais, en tal ocasión, vale infinitamente más, que lo que haceis ó quereis hacer. Con todo, si el bien que haceis es necesario ó útil al prójimo, y si algún fariseo ó espíritu malicioso en mala hora se escandaliza, aconsejaos de un hombre prudente, para conocer si lo que haceis es necesario ó útil para el bien común; y si juzga que lo es, seguid adelante y dejad que digan, con tal que os dejen obrar, y contestad lo que en ocasión semejante contestó Cristo á algunos de sus discípulos cuando le dijeron que los escribas y fariseos se habían escandalizado de sus palabras y acciones. "Dejadlos, están ciegos."

3^ª Si bien es verdad que algunos Santos y grandes personajes han pedido, buscado y hasta procurado con acciones ridículas, cruces, desprecios y humillaciones; contentémonos nosotros con admirar la operación extraordinaria del Espíritu Santo en estas almas, y humillémonos á vista de tan sublime virtud, sin atrevernos á volar tan alto, como que al lado de esas águilas argantes, no somos sino diminutas avecillas.

4^ª Podeis sin embargo, y aun debeis pedir la sabiduría de la Cruz, que es una ciencia deliciosa y fundada en la verdad de la experiencia, que descubre á la luz de la fe los misterios más recónditos y entre ellos, el de la Cruz; la cual no se alcanza, sino con grandes trabajos, profundas humillaciones y fervorosas plegarias. Si os falta este espíritu principal, que hace llevar con ánimo las cruces más pesadas, pedidlo, que este espíritu, es el que hace que la parte superior del alma, reciba consuelo en las más repugnantes amarguras; este espíritu sano y recto que no sabe buscar sino á Dios, esa ciencia de la Cruz que encierra todas las ciencias, ese tesoro, en fin, cuyo buen empleo hace participar al alma de la amistad de Dios. Pedid esa ciencia, pedidla con ahinco é instancia, pedidla sin vacilar y sin dudar que la obtendreis, porque así la obtendreis sin falta y vereis por experiencia como puede ser que se desee, se busque y reciba con gusto la Cruz.

5^ª Cuando por ignorancia y aun por culpa vuestra cometais un yerro, que os traiga una Cruz, humillaos luego dentro de vosotros mismos bajo

la poderosa mano de Dios, sin que por eso os turbeis voluntariamente; antes bien decid en el interior: "Señor, esas son mis obras." Si hay en ello pecado, tomad la humillación como castigo propio; y si no hay pecado, como humillación de vuestra soberbia. A menudo y muy amenudo permite Dios que sus grandes siervos, los más elevados en gracia, cometan faltas humillantes para abajarlos en sus propios ojos y ante los hombres, quitarles la vista y el orgulloso pensamiento de las gracias que poseen y del bien que ellos hacen, y para que ninguna carne, según el Espíritu Santo, se glorie delante de Dios.

6^o Persuadíos bien que todo dentro de nosotros está muy inficionado por el pecado de Adán y por los pecados actuales; no sólo los sentidos del cuerpo, mas aun las potencias del alma, y de que tan pronto como nuestro espíritu dañado mira con reflexión y complacencia algún don de Dios dentro de sí, ese don, esa gracia, se mancha y corrompe de suerte que Dios aparta de nosotros sus divinos ojos. Y si las miradas y los engreídos pensamientos del espíritu del hombre menoscaban tanto las mejores obras y los dones más divinos, ¿qué diremos de los actos de la voluntad propia, más corrompidos aún que los del espíritu? Después de esto, no es extraño que guste Dios de esconder á los suyos en los secretos de su retiro para que no los manchen las miradas de los hombres y su propio conocimiento. Y para esconderlos así, ¿cuánto hace y permite el Dios de las bondades! ¿Cuántas humillaciones no les acarrea! En

cuántas faltas no permite que caigan! ¿De qué tentaciones quiere que se vean acosados como San Pablo! ¿En qué incertidumbre, tinieblas y perplejidades no los deja! ¡Oh! ¡cuán admirable es Dios en sus Santos y en los caminos que sigue para llevarlos á la humildad y á la santidad!

7^o Guardaos pues, de creer como los devotos orgullosos y llenos de sí mismos que son grandes vuestras Cruces, que son pruebas de fidelidad y testimonio del singular amor de Dios para con vosotros. Muy fino y delicado es este lazo de orgullo espiritual lleno de pestífero veneno. Habéis de creer: 1^o que vuestro orgullo y delicadeza, os hacen mirar las pajas, como vigas; las picaduras, como llagas; un ratón, como un elefante; una palabrilla al aire, una nonada de verdad, como la más atroz injuria y el más cruel abandono; 2^o que las Cruces que Dios os manda, son más bien amorosos castigos de vuestros pecados, como de verdad lo son, que señales de un afecto especial; 3^o que por grande que sea la Cruz ó humillación que os mande, todavía os perdona infinitamente mirando el número y enormidad de vuestros crímenes que sólo habéis de comparar con la infinita santidad de Dios cuyos ojos no sufren nada manchado; con la imagen de un Dios moribundo y abrumado de penas y dolores, vivo retrato de vuestros pecados; con un infierno sin fin que habéis quizá merecido mil y hasta cien mil veces; 4^o que en la paciencia con que sufrís, se mezcla más de humano y natural de lo que pensáis; testigos, esos pequeños miramientos, esas secretas

pretenciones de consuelo, esas confidencias tan naturales á vuestros amigos y quizá á vuestro director, esas excusas tan finas y prontas, esas quejas, ó mejor esas murmuraciones contra los que os han causado algún mal tan bien traídas, y dichas con tanta caridad, esas alusiones y delicadas complacencias de vuestros males, esa persuasión luciferina de que sois grandes, etc., etc. Sería interminable si quisiera describir aquí las vueltas y revueltas de nuestro amor propio aun en los mismos padecimientos.....

8^ª Sacad provecho de los pequeños sufrimientos, tanto ó más que de los grandes. Dios no mira tanto al padecimiento cuanto á la manera de llevarlo. Padecer mucho y padecer mal, es el padecer del condenado; sufrir mucho y con aliento por un fin malo, es sufrir como mártir del demonio; sufrir poco ó mucho y sólo por Dios, es sufrir como Santo. Si es cierto que cada cual puede escoger sus Cruces, lo es sin duda tratándose de las pequeñas y ocultas cuando se comparan con las grandes y vistosas. El orgullo puede pedir, buscar y hasta escoger las grandes y deslumbradoras, pero escoger y llevar con alegría esas cruces pequeñas ocultas á las miradas de los hombres, sólo es efecto de mucha fidelidad con Dios. Haced pues, lo que el comerciante en su despacho: aprovecharlo todo, y no dejéis perder ni la más mínima partícula de la Cruz. Aunque no fuese sino una picadura de mosca ó de alfiler, un encuentro de nada, una pequeña injuria hecha sin advertencia, la pérdida de un centavo, una inquietud

del alma, un cansancio del cuerpo, un dolorcillo de cabeza, etc. Sacad provecho de todo como el mercader de su tienda, y presto sereis ricos en Dios, no de otra suerte que el que atesora caudales, centavo por centavo. Al menor contratiempo, decid: ¡Bendito sea Dios! Gracias, Dios mío; y dejadle á El todo el cuidado de lo que con esto lucráis, que aunque vosotros os olvidéis, El lo tendrá presente.

9^ª Cuando se os dice que améis la Cruz, no se trata del amor sensible que es tan contrario á la naturaleza. Distinguid tres amores: el amor sensible, el amor racional y el amor fiel y supremo; ó de otro modo: el amor de la parte inferior que es el de la carne, el amor de la parte superior que es el de la razón, y el amor de la parte suprema ó cima del alma que es el del entendimiento iluminado por la fe. No os exige Dios que améis la Cruz con la voluntad de la carne, pues siendo tan corrompida y criminal, cuanto de ella nace está ínficionado; ni aun por sí misma, puede sujetarse á la voluntad de Dios y á su ley crucificadora por así decirlo. Por eso Ntro. Señor hablando de ella en el Huerto de los Olivos, exclamó: “Padre mío, hágase vuestra voluntad y no la mía.” Y si la parte inferior de Jesucristo hecho hombre, tan santa como fué, no pudo sin embargo aceptar la Cruz sin repugnancia, con mucha más razón la rechazará la nuestra siendo tan mal inclinada. Podemos, es verdad, sentir á veces una alegría sensible de lo que sufrimos, como la experimentaron algunos Santos; mas esta

alegría aunque está en la carne, no viene de la carne; sino que viene de la parte superior tan llena de este divino gozo del Espíritu Santo, que redundando hasta en la parte inferior, de suerte que en ese instante puede con verdad exclamar el alma más atribulada: “Mi corazón y mi carne se estremecieron de alegría en Dios vivo.” Otro amor de la Cruz hay que llamo racional y reside en la parte superior del hombre que es la razón; este amor, es enteramente espiritual, y como nace del conocimiento de la dicha que hay en sufrir por Dios, puede ser y lo es, que la fortifica y alegra interiormente. Mas este amor racional y advertido, aunque bueno y muy bueno, no es siempre necesario para sufrir con alegría espiritual. Hay otro amor que nace de lo más alto del alma según los maestros de la vida espiritual, ó del entendimiento como afirman los filósofos, por el cual, sin experimentar ninguna alegría en los sentidos, sin descubrir ningún gozo racional en el alma, se ama y se gusta por la mirada de la fe pura, la Cruz que se lleva, aunque por otra parte se experimente intranquilidad y lucha, y la parte inferior gime, se queja, llora y busca consuelo, de modo que diga con Jesucristo: “Padre mío, hágase vuestra voluntad y no la mía,” ó con la Virgen Santísima: “He aquí la esclava y sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra.” Con uno de esos dos amores, dichos antes, hemos de amar y aprobar la Cruz.

10^o Resolveos, amigos de la Cruz, á padecer todo género de Cruces sin exceptuar ni escoger

una sola: cualquiera clase de pobreza, cualquiera injusticia, cualquiera pérdida, cualquiera enfermedad, cualquiera humillación, cualquiera contradicción, cualquiera calumnia, cualquiera sequedad, cualquier abandono, cualquiera pena interna ó externa, diciendo siempre: “Dispuesto está mi corazón, Dios mío, dispuesto está.” Disponéos, pues, á que os abandonen los hombres y los ángeles y hasta el mismo Dios; disponéos á ser perseguidos, envidiados, vendidos, calumniados, desacreditados, abandonados de todos; disponéos á pasar: hambre, sed, desnudez, destierro, prisiones, la misma horca y toda clase de suplicios aunque no los hayáis merecido por los crimines que se os imputen. Finalmente, imaginaos que después de perder vuestros bienes, vuestra honra, después de echaros de vuestra casa como á Job, á Santa Isabel, Reina de Hungría, se os heche lodo como á esta Santa, ó que se os arrastre á un muladar como á Job, hediondo y plagado de úlceras, sin que nadie os dé un poco de ropa para ponerla sobre vuestras llagas, ni un bocado de pan que no se negaría á un perro; y que con todos esos males extremos os abandone Dios á todas las tentaciones de los demonios, sin derramar en vuestra alma la menor consolación sensible. Creed firmemente que no es otro el punto culminante de la gloria de Dios y de la verdadera felicidad del sincero y perfecto Amigo de la Cruz.

11^o Para disponernos á padecer con facilidad, tomad la santa costumbre de considerar cuatro cosas: Primera, la mirada de un Dios quien á ma-

nera de un gran Rey que desde lo alto de una torre contempla á sus soldados en la pelea y se complace y alaba su valor, así desde lo alto de los cielos te mira y observa tus acciones. ¿En qué se fija Dios de lo que hay sobre la tierra? ¿Acaso en los reyes y monarcas? tal vez los mira con desprecio. ¿Será en las grandes victorias de los ejércitos, en las riquezas, en los honores, en las piedras preciosas, en una palabra, en las cosas que tienen en tanto los hombres? lo que es grande á los ojos de los hombres, es ante Dios objeto de abominación. ¿Qué es pues, lo que mira con gusto y complacencia y de lo que se entera y pide noticia á los ángeles y á los demonios? es un hombre que combate por Dios, con la fortuna, con el mundo, con el infierno y consigo mismo, un hombre que lleva su Cruz con alegría. Dijo el Señor á Satanás: “No has visto una gran maravilla en la tierra que el cielo contempla con admiración? ¿No has visto á mi siervo Job que sufre por mí?”

En segundo lugar, considerad la mano de este poderoso Señor que permite todos los males de la naturaleza desde el mayor hasta el menor. La misma mano que destruye un ejército de cien mil hombres, hace que caiga la hoja del arbol y un cabello de vuestra cabeza; la misma que tocó á Job, con tanta aspereza, os toca á vosotros suavemente con el pequeño mal que os envía. Con aquella misma mano con que formó el día y la noche, el sol y las tinieblas, el bien y el mal, permite los pecados que se cometen al ofenderos. Así que si veis á un Semei injuriaros, echaros piedras

como á David, decíos á vosotros mismos: “no nos vengueemos, dejémosle obrar porque el Señor le ha mandado que así lo haga. Sé que soy merecedor de toda suerte de ultrajes y que Dios me castiga con toda justicia. Deteneos brazos míos, deteneos lengua mía, no digais palabra. Ese hombre, esa mujer que os causa mal ó profiere injurias, no son sino embajadores de Dios que vienen de su parte á tomar amistosa venganza. No irriteis su justicia usurpando los derechos de su venganza; no desprecies su misericordia resistiendo á sus amorosos latigazos, no sea que os despida hasta la eternidad con rigurosa cuenta.” Mirad como Dios con una mano omnipotente é infinitamente delicada os detiene y sustenta, mientras que con la otra os hiere; con una mano vivifica y con la otra mortifica; con una humilla y con la otra ensalza; y si extiende sus amorosos brazos, abarca de un extremo á otro de nuestra vida suave y eficazmente: con suavidad, no permitiendo que seais tentados y afligidos más allá de lo que podeis con su gracia; con eficacia, ayudándoos con su gracia que corresponde en todo á la medida y duración de vuestra tentación y desconsuelo. Con eficacia también, obrando El mismo, á nuestra manera de ver, y según las frases que usa la Iglesia. Yo soy vuestro apoyo al borde del precipicio en que os encontráis, vuestro guía en los tortuosos senderos, vuestro refrigerio, cuando el calor os abrasa, vuestro vestido para defenderos de la lluvia y vuestro abrigo cuando os acosa el frío, vuestro vehículo cuando el cansancio os abruma, vuestro

socorro en la necesidad, vuestro consuelo en la adversidad, vuestro puesto en las tempestades que os amenazan con la ruina del naufragio.

Tercero, mirad las llagas y los dolores de Jesucristo crucificado. El mismo os lo dice: "Vosotros, que pasais por el camino sembrado de espinas y Cruces que yo recorrí, mirad y ved: mirad con los ojos del cuerpo y ved con la vista de vuestra contemplación, si vuestra pobreza, desnudez, vuestros desprecios, vuestros dolores, vuestros abandonos son semejantes á los míos; miradme á mí que soy inocente, y quejaos luego vosotros que sois culpables! El Espíritu Santo también nos manda por boca de los apóstoles que miremos así á Cristo crucificado; nos manda que nos armemos de este pensamiento más penetrante y terrible para nuestros enemigos, que todo género de armas. Cuando os acose la pobreza, la abyección, el dolor, las tentaciones y otras cruces, armaos de un escudo, de una coraza, de un casco, de una espada de dos filos, á saber: de Jesús crucificado. Esa es la solución de todas las dificultades y la victoria de todos los enemigos.

Cuarto, mirad á lo alto y ahí la hermosa corona que os aguarda en el cielo, si llevais bien la Cruz. Esa recompensa es la que ha sostenido á los patriarcas y profetas en su fe y en sus contradicciones, la que animó á los apóstoles y mártires en sus trabajos y tormentos. Queramos más, decían los patriarcas con Moisés, queramos más estar afligidos con el pueblo de Dios, para ser eternamente felices con El, que gozar por un momento

un gusto criminal." "Suframos grandes persecuciones por la recompensa," decían los profetas con David. Somos como unas víctimas destinadas á la muerte, somos un espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres en nuestros padecimientos; somos la basura y anatema del mundo, prorrumpan los apóstoles y los mártires con San Pablo; pero todo esto es nada para la recompensa que nos espera. Miremos sobre nuestras cabezas á los ángeles que nos dicen á voces: "Cuidaos de perder la corona marcada con la Cruz que se os dará si sabeis sufrir; de lo contrario, otro la llevará." "Luchad con denuedo, dicen los Santos, sufriendo con paciencia y recibireis un reino eterno." Oigamos finalmente á Jesús que nos dice: "No daré mi recompensa, sino al que sufra y salga vencedor por la paciencia." Miremos el puesto que nos aguarda en el infierno, si sufrimos como el mal ladrón y los réprobos, con murmuraciones, despecho y espíritu de venganza. Exclamemos con San Agustín: "Quemad, Señor, cortad, destrozad, partid acá en este mundo, en castigo de mis pecados con tal que me los perdoneis en la eternidad."

12.^o Nunca os quejeis voluntariamente y con murmuraciones de las criaturas de que Dios se sirve para afligiros. Para eso, distinguid tres suertes de quejas en los males. La primera, es involuntaria y natural: es la del cuerpo que gime, suspira, se queja, llora, se lamenta; cuando el alma, como queda dicho, está resignada en la parte superior con la voluntad de Dios, no hay

ningún pecado. La segunda es racional, y es cuando uno se queja y descubre su mal á los que pueden poner el remedio, como sería, un superior, un médico; esta queja puede ser imperfecta cuando se hace con demasía; pero no es pecado. La tercera que es pecaminosa, consiste en quejarse del prójimo para eximirse del mal que por su causa sufrimos y esto con espíritu de venganza; ó bien quejarse del dolor que se padece y esto con impaciencia y formal murmuración.

13^a No recibais nunca una Cruz sin besarla humildemente y con agradecimiento; y cuando Dios, tan bueno como es, os haya favorecido con otra mayor, agradecédsela de un modo especial, y haced que también otros se lo agradezcan, como aquella pobre mujer, que habiendo perdido toda su fortuna en un pleito injusto, hizo luego celebrar una Misa, con una moneda de diez centavos que le quedó, para dar gracias á Dios de la buena ventura que le había sucedido.

14^a Si quereis haceros dignos de recibir Cruces que vengan sin causa vuestra, y que son las mejores, cargad con cruces voluntarias, siguiendo el dictamen de un prudente director. Por ejemplo, ¿teneis afición á un mueble útil que hay en vuestra casa? Dadlo á los pobres diciendo: "¿Quieres tener cosas superfluas cuando Jesús es tan pobre?" ¿Sentís horror á cierto alimento, á cierto acto de virtud, á cierto mal olor? Gustad, practicad, venceos. ¿Amáis á alguna persona, con ternura algo extremada? ausentaos, privaos, alejaos de lo que os halaga. ¿Teneis impetus

naturales, por ver, por obrar, por lucir, por ir á ciertos sitios? deteneos, callad, escondéos, apartad la vista. ¿Teneis odio natural á cosa ó persona determinada? venceos, buscadla y tratadla á menudo. Si sois verdaderamente Amigos de la Cruz, el amor, que siempre ha sido industrioso, hará que encontréis así mil crucesitas con que os enriqueceréis insensiblemente, sin temor de la vanagloria, que suele mezclarse con la paciencia con que se sufren las Cruces de brillo; y puesto que de esta manera habreis sido fieles en lo poco, el Señor conforme á su promesa, os elevará sobre lo mucho; es decir, sobre muchas gracias, que os dará, sobre muchas Cruces que os enviará, y sobre mucha gloria que os tendrá preparada.....

LAUS DEO.



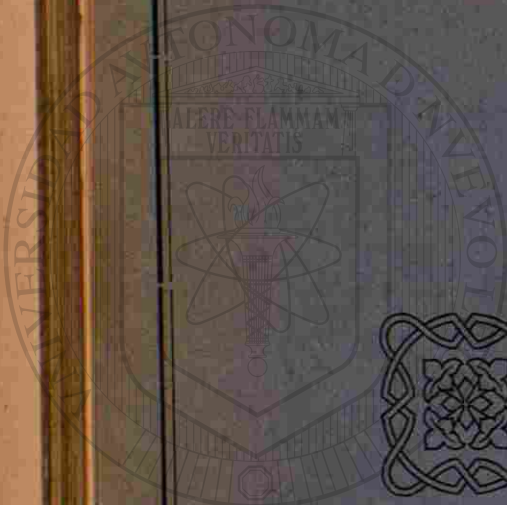
®



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

